

Cuadras, Maricel de los Ángeles

Danza, pasión y sangre - 1a ed. - Salta : el autor, 2019.

375 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-33-7891-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 04/03/2019

Danza, Pasión y Sangre

Maricel de los Ángeles Cuadras

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia, o por cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial o del autor.

Hecho el depósito legal

IMPRESO EN ARGENTINA

Maricel de los Ángeles Cuadras

*Danza, pasión
y sangre*

Salta - Argentina

Dedicado a todas aquellas personas
que, a pesar de tener heridas escondidas en su interior,
aun así continúan viviendo con la esperanza y la fe de encontrar
una verdad que pueda colmar de luz y de amor a esos cortes espirituales.

Y cómo no dedicar también este libro a Natalia Gutiérrez y Tamara Bornia...
pues sé que ambas no fueron conscientes del impacto que produjeron
en mis heridas artísticas y, más que nada, en las personales.

Mi enorme agradecimiento a Dios Padre Celestial
porque gracias a Él existo y respiro,
mientras recibo a través de su Hijo, el Mesías,
innumerables bendiciones en mi vida.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULOS:	
1 “¿Seguiré danzando?”	15
2 “Conociendo a una colega encantadora”	20
3 “No me quedo mirando atrás”	27
4 “No me arrepiento de ser como el salmón”	37
5 “Recibiendo nuevas enseñanzas”	50
6 “Halagos y debut en San Miguel de Tucumán”	60
7 “Detenerse para continuar”	78
8 “Show soñado”	89
9 “Viajando a La Banda - Santiago del Estero”	97
10 “Te voy a extrañar”	119
11 “Amarga pesadilla y dulces ensoñaciones”	129
12 “¡Bienvenida al Ballet!”	141
13 “Miento si digo que estoy bien”	152
14 “Un litro de lágrimas”	166
15 “Una cristiana no tiene dos caras”	180
16 “Inocencia, ¿a dónde te fuiste?”	192
17 “Dictando mi primer seminario en El Bordo”	207
18 “Lo material, espiritual y carnal se va desmoronando”	220
19 “Nunca antes sentí un dolor así”	235
20 “17 años”	251
21 “Ésta será mi última vez”	265
22 “¡Cristo, por favor salvame!”	280
23 “El propósito no es huir sino perseguir los sueños”	299
24 “Emoción en los ojos y amor en el corazón”	317
25 “Tu regreso”	329
26 “No importa el resultado. Importa obrar bien cada día”	340
27 “Sonríe y dejo que los demás se pregunten ‘¿por qué?’”	349
28 “El final... es el comienzo de algo nuevo”	362
CONCLUSIÓN.....	369
EPÍLOGO.....	372

PRÓLOGO

Si ya me conocés porque leíste en el pasado “Danza, pasión y lágrimas...” simplemente te diré: ¡Hola otra vez! Pero si no sabés quién soy, no hay problema. En resumidas líneas me presentaré frente a tus ojos.

Soy Maricel de los Ángeles Cuadras, amo la danza árabe tanto como amo leer y escribir. Quienes me conocen saben muy bien que estas son las pasiones que hay en mi vida porque abastecen de felicidad a mi alma y llenan de experiencias a los crecimientos en mi mente y en mi corazón. Sin importar las circunstancias o sin importar el transcurso de los años, estas pasiones no cambian. Y si bien Dios es testigo en mí que a veces las emociones suben y bajan porque, en definitiva, nosotros somos quienes cambiamos (lo cual está muy bien ya que eso hace que una pasión sea una PASIÓN), aun así las vocaciones son para siempre. El que se les haya dado una pausa por un tiempo, nunca habrá de significar que éstas hayan desaparecido. Ahora lo sé muy bien.

Y así también ocurre con las sensaciones que nos embriagan cuando miramos atrás en nuestros pensamientos intentando reencontrarnos con ese niño que alguna vez fuimos. El hecho de que ya no lo veamos en el reflejo de un espejo, para nada significa que haya desaparecido. Si las vocaciones en la vida son eternas, la niñez también lo es. Pero así como lleva su tiempo descubrir la primera, lleva también su tiempo moldear la segunda. Y el optar por no enterrar esos especiales detalles de la niñez es lo que realmente hace maduro a un adulto.

Cuando fuimos niños no dimensionábamos cómo es el mundo de la “gente grande”. Es más, ni siquiera nos preocupábamos en pensarlo. Pero el reloj amarrado a la pared hace su trabajo y, tarde o temprano, todos crecemos. Nuestros huesos se agrandan y nuestros pensamientos también. Allí es cuando nos enfrentamos a la realidad tan dura en la que el dinero mueve al mundo; el estrés nos consume si no lo sabemos dominar; la impotencia muchas veces nos entristece y otras incluso nos deprime; y cuando los simples trámites cotidianos se apoderan de nuestros horarios es ahí donde, si somos sinceros con nosotros mismos, empezamos a añorar esas lastimaduras y costras en la piel que solíamos tener por habernos caído desde una bicicleta con tal de querer andarla.

Hay cicatrices que sencillamente guardan recuerdos... pero hay también cicatrices que fuertemente guardan historias; marcas de lo que se vivió y superó, muestras de batallas que nos permitieron crecer, enseñándonos que con fuerza, perseverancia y fe, ¡todo es posible!

“Danza, pasión y sangre” no pretende ser un manual de instruc-

ciones donde se enseñe cómo bailar danzas árabes. Tampoco es una resumida enciclopedia acerca de la salud y del organismo ni mucho menos es una guía práctica de obreros de cómo asentar ladrillos para edificar de manera adecuada una construcción. Ni se te ocurra pensar que es una guía de vida que te permitirá descifrar a tu alrededor quiénes son familia de verdad en el árbol genealógico, o bien quiénes son amistades sólidas o vacías, respectivamente. No, esta novela no es nada de eso. Pero ¡cuidado! ya que eso no quita que pueda estar presente la indiscutible influencia que tiene el espíritu sobre el cuerpo o la manera tan invasiva en la que nuestros anhelos sobresaltan a las emociones en el cerebro, e incluso las sorpresas cabalgadas de sonrisas o empujones que nos dan las personas a nuestro alrededor.

En fin... el torbellino de palabras que forman parte de las siguientes páginas es muchísimo más que tan sólo letras impresas en el ejemplar de un libro. ¿Por qué? Porque a lo mejor no es más que el reflejo de cómo pedalear hacia adelante si no se quiere perder el equilibrio de la vida, la inocencia de la niñez ni mucho menos la madurez de nuestra existencia.

INTRODUCCIÓN

Regresé al salón de mi Escuela. Mis alumnas me observaron con impaciencia queriendo saber si sus mamás les permitirían estar unas horitas más, con el claro objetivo de que les terminase de contar la historia de mi vida.

– Las más grandes pueden quedarse – les informé al mismo tiempo de mirarlas –. Cerca de las 21:00 horas regresarán a buscarlas.

Sus respuestas no fueron más que ¡enormes sonrisas! Sin embargo el siguiente comunicado iba a contrarrestar el entusiasmo de las pequeñas.

– Pero ustedes deben irse. Dicen sus mamis que ya es tarde.

– ¡Ooooooh! – Se escuchó a coro el lamento.

Una a una fui besando sus frentes a modo de despedida, recordándoles con una sonrisa que a pesar de ya tener que retirarse, aun así habían escuchado gran parte de mi historia mientras disfrutaron beber vasitos de gaseosa acompañados de Papas Lays, sanguchitos de miga, galletas dulces, etc.

Interiormente pensé (sin ser negativa por supuesto) que mejor que sólo quedasen mis alumnas grandes. Lo siguiente por relatarles se trataba en gran parte de escasez de felicidad, una cruda pendiente en tobogán que las niñas no merecían escuchar, pues se deslucirían sus frágiles oídos con mis antiguos errores.

– Bueno... Maryam... – rompió el silencio una de las chicas –. ¡Continuá contándonos!

– Sí profe, ¡seguí! – apoyó otra.

Observé el mismísimo salón en el que me encontraba cuestionándome si debía advertirles algo respecto a todo lo que iba a exponerles. Miré lo gustosas y divertidas que yacían sobre el suelo de madera y con rapidez comprendí que no debía advertirles nada pues, en definitiva, no todas las páginas del libro de mi vida relatan tristezas y amarguras.

No obstante, antes de volver a sentarme junto a ellas, entendí que sí debía recordarles lo esencial:

– Reanudo mi historia... Pero tengan siempre presente que ¡todos subimos y bajamos en la vida! Algunos más suben que bajan; otros, más bajan que suben. Sin embargo, al final... cuando dejemos de subir y bajar será porque realmente ya estemos muertos.

CAPÍTULO 1

“¿Seguiré danzando?”

No es nada fácil dormir teniendo la almohada húmeda por culpa de las lágrimas; pero claro, se puede llorar de felicidad como así también de tristeza. Esta vez me temo que mis ojos sollozaban por la última razón. Simplemente hay veces en las que dar explicaciones de por qué llorás ¡es difícil!, porque unas sencillas palabras no pueden expresar lo que unas lágrimas ya están justificando.

Durante varias noches pensé con claridad ¡DEJAR DE BAILAR DANZAS ÁRABES! De esta manera evitaría tener que pararme frente a un espejo y dar clases siendo profesora, pues así como Verónica Cardozo me dañó siendo alumna, lo que menos quería yo como profesora ¡es lastimar a quienes fuesen las mías! En conclusión, la ilusión que había tenido en un principio al desear enseñarles a bailar danza árabe a otras personitas, fue dañada por mi propia maestra.

Rotundamente ¿qué tanto costaba que mi gran pasión, latiendo a cada segundo en el fondo de mi corazón, desapareciera? Estuve más que segura en que no pisar nunca más un escenario en mi vida sería el claro objetivo para que las heridas en mis alas no dolieran más. No obstante, ¿qué pasaría con la construcción de mi academia? Si en un principio los ladrillos marcaron mi vida, ahora era yo quien debía marcarlos a ellos... expresándoles que la felicidad que en un principio me causaron, ya no significaba nada. ¿¡NADA!>? ¿Realmente no significaba nada ver lo grandioso que avanzaba la construcción? Los ladrillos ya habían alcanzado su altura estipulada: 3, 70 *m*, sin mencionar que las cuatro paredes del futuro baño ya estaban completamente elevadas también. A su vez, los tirantes de madera de 6,00 *m* de largo que fueron almacenados en el living los meses anteriores, ya habían sido colocados para, en el siguiente paso, sujetar desde ellos el machimbre. Y siendo precisa, Efraín e Iván, los albañiles, ya se encargaban de situar las correas de hierro también; éstas cumplirían la función de sujetar las chapas opacas y traslúcidas.

Qué dolor era ver crecer una bendición ¡completamente en vano! a causa de soltarle la mano a mi vocación...



Días después, dispuesta a ver una película a través de *YouTube*, algo en mi interior me susurró que antes de disfrutar del cine en la pantalla de

mi computadora, mirase por lo menos un video de alguien bailando. De este modo, busqué un video de Larissa y al verla danzar con una espléndida sonrisa sobre el escenario, ¡sentí ganas de hacerlo yo también! Sin embargo, si bailaba percibía cuánto me dolían mis alas soñadoras y eso, irremediamente, me afectaba aún más. Contradictorio, ¿no?; pero real.

Sin ser capaz de concentrar mis pensamientos en la película, me aparté de la computadora y me dirigí al ropero en donde guardo mis vestuarios de danza. Miré mis caderillas y observé cada uno de mis trajes. Cuando empezaron a resbalarse lágrimas por mis mejillas, me dije:

«No puedo seguir bailando».

Sin esperarlo, mi mamá apareció a mis espaldas.

— ¡Mary!

A lo mejor tan experta soy llorando que tragué el resto de mis lágrimas y sequé con rapidez las gotitas de dolor que se encontraban justo bajo mis ojos. No permitiría que nadie viese la profunda pena que, apenas, si yo la comprendía.

— ¿Sí? — le respondí.

— Ya está la comida.

No bien estuve sentada a la mesa con mi familia para devorar la cena, mi hermana Micaela comentó:

— ¿Qué pasará con el título de Maryam? Desde que hizo pública la verdad en *Facebook*, Verónica la bloqueó a Mary.

— Todavía no sé qué haremos al respecto — confesó mi papá apenado—. Lo que sí sabemos es que ese mismo día del examen no le entregó el título porque aún no lo tenía preparado.

— Uh — expresó Gabriel, mi hermano—. ¿En serio no lo tenía listo aquel día?

Inundada de bronca, recordé el sabotaje que Verónica le hizo a mi examen, dándome seguridad para pronunciar:

— Supuestamente “no lo tenía preparado”.

— ¿Y si te comunicás con Amal para ver si sabe algo de tu título? — intervino mi mamá.

— ¿Amal? — repitió mi papá pensativo. Terminó de servirse gaseosa en el vaso y continuó—: ¿La profesora que integró la mesa de examen?

— Así es, ella misma.

— Si quieren le dejo un mensaje en *Facebook*... — expresé con indiferencia. A fin de cuentas si la danza ya no me importaba, ¡mucho menos mi título de profesora!

Mi ingeniero... mi papá, como si estuviese percibiendo con claridad la confusión interna por la que estaba atravesando, me preguntó:

—Mary, desde el examen que no bailás. ¿Estás bien?

¿Cómo explicarle con coherentes palabras el remolino de sentimientos que hundía a mi pobre corazón? ¿De qué manera decirle que sí quería seguir bailando pero, a la vez, era como si algo en mi interior no me lo permitiese?

—Sí... Es que el piso del living está lleno de las cosas de la construcción y no hay mucho espacio para que baile... —justifiqué entre dientes.

—Ya la próxima semana, si Dios quiere, limpiaremos y acomodaremos los materiales que están puestos en el living. En unos días tendrás tu espacio nuevamente.

—Eh, Mary. —Me miró de repente mi mamá—. ¿No querés que te lleve a la casa de tus abuelos para que bailés en su patio? Por lo menos hasta que tengás tu espacio de siempre.

—¡Claro!, ignoremos que van a ser las diez y media de la noche así me llevás ¡ya mismo! —solté embroncada.

¿¿¿Qué me estaba pasando???! Pues de repente sentí que la ira no sólo estaba siendo hacia mi ex profesora, sino también ¡hacia mí misma!

¿Cómo vuela un pajarito en plena lluvia? Y si no vuela, ¿dónde permanece refugiado? Siguiendo el mismo criterio, ¿cómo continuarían volando mis alas si en mi interior una extraña punzada las estaba carcomiendo?

—Primero veamos de conseguir el título por medio de Amal, ¿dale? —le expresé a mi mamá con la intención de distraerla.

Cuando terminé de cenar, ingresé a mi *Facebook* dispuesta a escribirle a Amal. Allí mismo me topé con un inesperado mensaje de ella cuando era yo quien debía redactarle unas palabras.

—Hola Mary, ¿cómo estás? Vi todo lo que publicaste después del examen, tengo control de etiqueta y lo vi tarde. Sólo quiero que sepás que acá tenés mi apoyo en lo que pueda ayudarte. Tu examen fue el último que tomé en lo de Verónica y ahora tengo que encontrarme con ella para firmar tu título. Si bien a mí no me gusta escribir públicamente algunas cosas para evitar conflictos, quiero ayudarte a solucionar esto. ¡Te mando un beso enorme!

A lo que le respondí:

—Hola Amal, gracias por escribirme. Desde el examen que no sé absolutamente nada de Verónica. Ella quedó en avisarme lo del título, pero como verás ya estamos a mitad de enero y aún no hay noticias de su parte. Espero que te comuniqués con ella ya que yo no puedo porque me bloqueó. ¡Besos!

Qué irónica es la vida... La que ocasiona el daño es la que, al final, bloquea el perfil de *Facebook* de su víctima. ¿No debería ser al revés? A esas alturas ya no sabía si era acorde reír o llorar ante la situación. Sin embargo, más se hablaba del examen... y del título... ¡y mis alas más se lastimaban! Era como revolver continuamente un doloroso pasado que no deseaba ser recordado por mi corazón. Entonces sí... respuesta encontrada: llorarle a mi almohada en las noches es lo único que debía seguir haciendo.

— A partir de ahora ¡nunca más confiaré en nadie! —le expresé a mi papá luego de apagar mi computadora.

— ¿QUÉ? ¿POR QUÉ? —Se sorprendió levantando sus cejas.

— Es lógico: ¿para qué depositar mi confianza en la gente de afuera si con el tiempo me harán daño?

— Mary, mi tesoro, que tu profesora se haya comportado de semejante manera con vos, no significa que todas las personas sean así.

Miré sus ojos y le formulé una última pregunta:

— Entonces decime, ¿dónde puedo encontrar buenas personas como vos, la mamá, Micaela y Gabriel?

— Si le pedís a Dios, a su debido momento Él te las dará.

Seguidamente me informó de una razonable idea que desde hacía días andaba rondando por su cabeza.

— Estoy pensando con firmeza en vender la *Renault Kangoo*, así terminamos con la construcción de tu academia justo antes de que inicie marzo. ¿Qué te parece?

¿Vender el vehículo de la familia Dimín para concretar el mayor sueño de toda mi vida? ¡Sonaba muy bien aquella idea! Pero... ¿cómo sostenerla sintiendo el entusiasmo por la danza, en el piso?

— ¿Y el dinero que nos prestó la abuela el año pasado en octubre? —consulté confundida.

— Ya se está por acabar, Mary. Aquel monto de \$50.000 fue invertido con rapidez, y quien no lo crea que observe lo que está surgiendo en el jardín de nuestra casa.

— ¡¡¡NOOOO!!! —vociferó mi mamá mientras lavaba los platos—. ¡USTEDES ESTÁN LOCOS! ¡CÓMO VAN A PONER EN VENTA LA *Kangoo*, NUESTRO INDISPENSABLE MEDIO DE TRANSPORTE!

— A ver, el hecho de que saquemos un aviso por *El Diario Chiquito* informando la venta de la *Kangoo* no significa que de primera instancia la vendamos. Veríamos qué pasa... si algún interesado está dispuesto a pagar lo que pidamos. ¡Me siento muy seguro con esto! —manifestó mi papá—. Incluso así comprobaríamos si la voluntad de Dios es que

realmente Maryam inicie las clases como profesora ahora en marzo, o si nos estamos apurando con nuestras propias decisiones.

Sus palabras se escucharon firmes... lindas... seguras... Pero regresando a las heridas en mis alas: ¿cómo animarme a ser profesora si mis ilusiones quedaron hechas pedazos, escupidas y pisoteadas? Acaso, ¿había alguien quien pudiese curármelas?



La penúltima semana de febrero ocurrió algo muy peculiar... A lo mejor la voluntad de Dios se daría a conocer a través de aquel mensaje privado que recibí en *Facebook* de una tal Janaan. Se trataba de un breve comunicado de un curso de verano a realizarse la semana siguiente en su Academia, desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche, con un costo de \$100.

Me pareció extraño que una profesora de danza árabe de Salta, ¡a quien ni conocía!, me enviase aquella información. Husmé el *Facebook* de Janaan y advertí que hacía un año que nos teníamos agregadas en la red social. Sin saber quién era exactamente, me puse a mirar y admirar sus fotos hasta que, de repente, una poderosa curiosidad empezó a surgir en mí. Quería conocer quién era Janaan y de alguna manera descubrir por qué razón me envió aquel mensaje.

Les comenté a mis papás lo del curso de verano en la Academia de Janaan y accedieron con mucho gusto llevarme la semana siguiente. De tal manera, confirmé mi asistencia en el mensaje lo que conllevó que a los pocos minutos Janaan me respondiese haciéndome saber que mi lugar ya mismo sería reservado.

Su atención tan puntual para conmigo me intrigó muchísimo más. Nuevamente husmé su *Facebook* en lo que leí una frase que hacía unas horas atrás había compartido:

*"No se puede sonreír para adelante
si uno vive llorando para atrás."*

CAPÍTULO 2

“Conociendo a una colega encantadora”

El día del curso de verano llegó. Y a lo mejor no fue más que una confusa ilusión el haber sentido un extraño entusiasmo en mi interior, o quizá se trataba de un aviso de parte de mis alas expresándome que las heridas de amor hacia la danza árabe ¡podían ser curadas! De repente me pareció que no importaba cuán roto estuviese mi corazón, ya que debía sentirme agradecida de que aún siguiese latiendo.

Al llegar a la cuadra de *Pro-Cultura*, sitio en donde se realizaría el seminario, bajé de la *Kangoo* despidiéndome de mis progenitores.

— A las nueve te venimos a buscar — me dijeron.

Ingresé por la puerta y sin saber dónde quedaba el salón en el cual se realizaría el curso de verano, me dejé llevar por aquella percusión que de pura suerte empezó a sonar desde algún lugar. La música me indicó que subiera por una elegante escalera caracol. Un cartel de pie relativo a la Academia estaba colocado al lado de un pequeño escritorio. Detuve mis pasos al verla a Janaan sentada en la silla. La reconocí gracias a las incontables fotos que había visto en su perfil de *Facebook* los días anteriores, pues hasta entonces nunca nos habíamos visto personalmente.

Su cabello castaño oscuro y su agradable sonrisa, me cautivaron de inmediato.

— Hola — le expresé poco antes de arrimarme hacia ella y darle un beso.

Me correspondió el saludo y reafirmó:

— ¿Maryam, verdad?

— Sí.

— Genial, ¡bienvenida! Tomá asiento Maryam.

Me ubiqué enfrente de ella y mientras sacaba de mi bolsito el billete de \$100 para abonarle el curso de verano, evidenció:

— Te pago el seminario.

— Muy bien, ahora mismo te hago el recibo.

Mientras lo preparaba, me animé a preguntarle:

— ¿Hace cuánto que sos profe?

— Uuuuf... — Suspiró antes de seguir —: ya son casi once años que doy clases, tengo treinta y dos. Y si bien empecé a bailar un poco tarde, nunca me detuve al elegir el arte de la danza como vida, como pasión y como trabajo.

Clavó su mirada en mí y, a la par de sentir que sus ojos más que observar ¡irradiaban luz!, siguió:

—Si bien de por ahí se complica equilibrar el trabajo y la familia a la vez, amo a mis alumnas de la misma manera en la que amo a mis hijas.

—Ah, ¿¿¿sos madre???

—Sí, tengo dos hijas.

—¡Qué lindo! — Me asombré—. ¿Y cómo se llaman?

—La más grande se llama Andene, ahora en marzo cumple los siete.

Y Ainara tiene tres añitos, los cumplió hace unas semanas.

Sin asimilar que Janaan además de ser bailarina y profesora de danza árabe, ¡fuese madre! no pude ocultar mi curiosidad:

—Y estando embarazada ¿hasta qué mes estuviste dando clases?

—Hasta horas antes de que nacieran seguí dando clases.

—¡Wow! ¡¡¡Qué admirable!!!

—Gracias — me dijo con un gesto de dulzura—. Y vos... decime, ¿qué edad tenés y hace cuánto que bailás?

—Tengo dieciséis y bailo desde los diez.

—Eh, ¡excelente! Y doy por hecho de que ya te recibiste.

—Sí, el año pasado me recibí.

—¿Con quién estudiaste?

—Con Verónica Cardozo.

—Ah, con Vero... Mirá vos, ¡qué lindo!

Al nombrarla a mi "majestuosa profesora", no sentí nada. Fue raro. Pude hablar de ella con naturalidad, sin lágrimas de por medio que me hiciesen recordar el daño que le provocó a mi vida durante el año anterior.

—Listo tu recibo. — Me lo entregó.

—Gracias.

—Si querés andá pasando o si necesitás cambiarte, decime, así te indico dónde están los baños. ¡Tené en cuenta que ya en minutitos arrancamos!

—No, está bien. Gracias. Ya vine con calza así que estoy lista para empezar.

—¡Perfecto! — finalizó guiñándome un ojo.

Entré al salón y mientras ubicaba mi bolsito en una de las sillas que allí se encontraban, alguien a mis espaldas exclamó:

—¿¡MARYAM!?

Me volteé y, al verlo, traté de recordar su nombre.

—¿Sergio?

—Sí — afirmó riendo—. ¡Tanto tiempo! ¡¡¡Cómo creciste!!!

—Gracias. — Solté una risa también—. ¡Qué bueno volver a vernos!

—Sí... La vez anterior fue hace como dos años, ¿no? Cuando participaste en aquella competencia que organizó la profesora de hip hop.

—Así es. Me acuerdo que fue poco antes de mis quince ese evento.

—No sabía que vendrías al taller de verano que organizamos —dijo de repente.

—Janaan me mandó la información por *Facebook*.

—Entonces hoy me verás como profesor y no como jurado —me dijo mientras ubicó las manos cómodamente en sus caderas—. Ya que al seminario lo dictamos Janaan y yo.

—¡¡¡¡¡Y YO!!!! —manifestó una profesora que acababa de hacerse un rodete frente al espejo—. ¿Qué te pasa Sergio que fingís olvidarte de mí? ¡¡¡Yo también dictaré el semi!!!

—Ah sí, cierto... Ella también lo dicta —dijo Sergio haciéndose el sarcástico.

—¡Qué tal! Soy Mónica. —Me saludó la profesora con una sonrisa.

—Hola, qué tal. —Me presentó.

—¡COMENCEMOS! —exclamó Janaan ingresando al salón—. Según mi conteo, ya están presentes todas las bailarinas anotadas.

Me coloqué mi caderilla con mucho entusiasmo, con mucha curiosidad y, prácticamente, sin notarlo; ¡con mucha alegría! Me ubiqué junto a las demás chicas frente al espejo, listas para dar inicio a la jornada de aquel curso de verano en la Academia de Janaan.

Sergio fue quien inició con las enseñanzas de la primera temática designada: árabe pop. Cerca de una hora y media duró su clase; súper energética y vital. Luego un descanso de diez minutos nos invitó a sentarnos. Yo no quería que las enseñanzas se detuvieran, pero por lo visto el resto de las chicas se estaban cansando. Estaba claro que el fuerte calor del verano jugaba en contra. No obstante, gracias a ese relax, conocí a Gisela, una profesora de apenas diecinueve años.

—De reojo te miraba por el espejo... ¡¡¡¡¡bailás hermoso!!!! —expresó acercándose a mí.

—¡Muchas gracias!

Nos dispusimos a charlar ya que quería saber hace cuántos años que bailaba y con qué maestra. Al aclararle que ya era profesora yo también, ¡se sorprendió de mi edad!

—Y supongo que deseás dar clases y tener alumnas —me dijo de repente—. Y lo más grande con lo que uno sueña cuando en su momento se es alumna: ¡que tu profe conozca las tuyas!

Bajé mi mirada con aflicción. Lo pronunciado por Gisela era exactamente lo que yo había soñado cuando elegí a Verónica Cardozo como maestra. En concreto, ¿quién no anhela un espectáculo junto a sus propias alumnas mientras esté presente también la persona quien te formó en la danza?

—Sí... lo que acabás de decir es lo que yo soñaba —le compartí—. Hasta que mi profesora me desilusionó muchísimo.

—¿Te desilusionó? ¿Cómo es eso? —dijo confundida.

Ya que Gisela fue quien formuló las preguntas, aproveché en contarle todo lo ocurrido con Vero. De más está decir lo impresionada que quedó. Y más aún al deducir que no me entregaría mi título de profesora de danzas árabes por simple envidia.

—¡Envidia! —repitió—. Es eso lo que sintió y siente tu ex profesora por vos. Viajaste prácticamente por todo el país... eso te permitió ser la bailarina que sos... recibiste premios... te llenaste de experiencias... tu academia está en plena construcción en tu propia casa y además ¡sos hermosa! La gente adulta muchas veces se comporta como idiota cuando ve tantas condiciones en alguien menor.

—¿En verdad te parece que envidia es lo que siente por mí?

—¡Segurísima! Yo solamente la conozco a Verónica por nombre pero creo absolutamente todo lo que me acabás de contar.

—Te agradezco por escucharme. Y decime, ¿tu Academia en dónde está?

—Yo vivo en el departamento General Güemes, más precisamente en el municipio de El Bordo. ¡Eso no te aclaré! —Soltó una humilde risita—. Ahora tengo que ultimar unos detalles en el salón donde me alquilan y ya inicio con las clases. Calculo que en abril arranco con todo, ya tengo varias nenas y chicas inscriptas.

—¡Qué lindo, Gisela! ¡Muchísimos éxitos en tu primer año como profe! —la felicité.

—¡Muchas gracias, Mary!

—Chicas, ¡¡¡continuemos!!! —exclamó Mónica dirigiéndose hacia todas—. Sergio recién dio árabe moderno, ahora yo les enseñaré tribal y luego Janaan les marcará una coreo de percusión.

Nuevamente me ubiqué frente al espejo, pero esta vez pensando que estaba a punto de bailar una danza que no es de mi agrado. Ya que en tribal las bailarinas suelen pintarse los labios de colores muy oscuros, la mirada debe ser profunda... sería... y dicha danza refleja en sí mucha concentración. Lo mío es expresar sonrisas y miradas alegres mientras bailo y no "reflejar caras malas".

Por un momento dudé si realmente aquel estilo me disgustaba o si la falta de interés en este tipo de baile se debe a la escasez de enseñanzas que recibí de parte de Verónica Cardozo, resultando ser un posible trauma dicho estilo. Sin mencionar que Vero me había hecho confeccionar un traje de tribal para bailar junto a su Ballet y al final nunca lo utilicé. ¿Realmente existe la posibilidad de sentir un cierto complejo

hacia la danza tribal a causa de mi ex profesora?

De igual manera presté atención a las técnicas y movimientos que Mónica nos enseñó, pero no con el mismo entusiasmo con el cual ansiaba que Janaan impartiese ¡ya mismo! su clase de percusión.

Transcurrió poco más de una hora cuando Mónica terminó con sus enseñanzas y un nuevo descanso, esta vez de cinco minutos, se presentó. Bien acabasen aquellos cinco minutos ¡¡¡Janaan se ubicaría frente al espejo a dar su clase!!! ¡¡¡Cuánta convulsión en mi interior!!!

Cuando el esperado momento llegó, me ubiqué a su lado, ambas enfrentadas al espejo. Explicó los primeros pasos de la coreografía que nos estaba a punto de enseñar, largó la música desde el control remoto hacia el equipo, bailó a su par y...UN EXTRAÑÍSIMO SENTIMIENTO EMPEZÓ A SURGIR EN MIS ALAS. ¿Será que el pajarito interno pudo volver a volar porque la tormenta al fin terminó?

A su vez, me sorprendió ver cómo explicaba llena de gracia y simpatía las distintas técnicas de la percusión que estábamos bailando. Y sin saber cómo describir lo que Janaan transmitía mientras mostraba los pasos hacia las demás chicas, alumnas y bailarinas que estaban allí, de pronto entendí que ¡ENSEÑABA CON AMOR! Sin ni siquiera permitirme por un segundo apartar mi vista y mis oídos de ella y de sus palabras, caí en una obvedad que por alguna razón había arrinconado en mi mente.

«Somos colegas... ¡Janaan y yo somos colegas!».

Aunque por mi parte, viéndome frente al espejo pequeña e incapaz de ejercer la palabra “profesora”, no creí merecer ese puesto. Con apenas dieciséis años de edad debía ser realista: ¿qué tan buena podía ser enseñando?

Cuando se hicieron las nueve de la noche detesté que aquel día haya concluido con tanta rapidez. Tras la entrega de certificados por haber asistido a aquel seminario intensivo dictado en la Academia de Janaan, ella misma capturó a través de su cámara digital una foto grupal de todas las presentes.

Fui hasta donde estaba ubicado mi bolsito y agarré mi cámara. No quería acabar aquel hermoso día sin tener una foto de recuerdo al lado de la profesora quien, desinteresadamente, me mandó aquel mensaje por *Facebook* la semana anterior.

Se la entregué a Gisela pidiéndole que me tomase una foto junto a Janaan. De tal manera, me acerqué a ella.

—Janaan, quiero una foto a solas con vos.

—¡Obvio! Después etiquetámela en *Facebook*, ¿eh?

Janaan y yo nos arrimamos y en el instante en el que le sonreí al lente de la cámara sostenida por Gisela, ¡sentí una alegría en mi espíritu que parecía no tener fin! Lo sentido se asemejó bastante a aquella situación en que, en plena carretera de un viaje, los ojos insisten en atrapar visualmente esos espejismos creados por la refracción de la luz del sol en el asfalto, y sin embargo cuando te acercás a ellos te das cuenta de que era una simple ilusión óptica; pero de inmediato, surge otra más a lo lejos y todo vuelve a comenzar. ¿Es posible que ocurra lo mismo con la tristeza y la felicidad?

Le agradecí por la foto. Y a los minutos, mientras me desataba la caderilla para guardarla en mi bolsito, percibí el grandísimo error que sería abandonar esa preciosa tela con moneditas sólo por tener aquellas heridas en mis alas.

Antes de guardar el certificado, noté debajo de las tres firmas de los profesores disertantes que Janaan y Sergio tenían el mismo apellido. Queriendo al menos descifrar una porción de mis dudas, nuevamente me acerqué a Janaan y le pregunté:

—¿Vos y Sergio qué son? Digo... porque tienen el mismo apellido.

—Somos primos —me aclaró con una sonrisa.

¿Primos? Increíble... ¿Qué tan unidos tenían que resultar los sucesos en mi vida? Ya que, habiendo conocido a Sergio en aquel *Certamen Coreográfico Provincial* de hacía dos años atrás, ¿no podía también haberla conocido a Janaan? No, no podía. ¿Por qué? Porque la vida... Dios... el destino... se encargan de hacernos conocer a cada persona en el momento justo, ni antes ni después. ¡El encuentro siempre ha de tener propósitos escondidos! Entonces, el haber conocido a Janaan ese viernes veintidós de febrero, ¿qué intención tenía en mi vida?

Al mirar sus ojos entendí que aquel día, a través del curso de verano que impartió, ¡restauró en mí el entusiasmo y la motivación por la danza! ¿De verdad era posible que todas y cada una de las heridas que Verónica me produjo estuviesen siendo aliviadas por Janaan?

—Me tengo que ir —le dije—. Mis papás de seguro ya me están esperando abajo.

—¡Gracias por haber venido, Maryam!

Sin esperararlo, luego de pronunciar aquello, me abrazó. Y aún en medio de esa singular expresión de cariño, me susurró:

—Las puertas de mi Academia siempre estarán abiertas para vos.

Al escuchar esas palabras no entendí cómo fue posible que mis sentimientos no se aflojasen. Está bien, no es que mi alma siempre deba llorar por ser extremadamente sensible, pero... ¿será que no me conmoví

debido a tanto asombro? Quizás aquellas palabras no eran más que un cumplido de su parte.

No obstante, ¿merecía ser llamado un cumplido el haber llenado de amor mi espíritu a través de su maravillosa clase? Acaso, ¿Janaan sabía lo que padecí con Verónica los meses anteriores? ¿Será que por eso me escribió invitándome al curso de verano? ¿¿¿Realmente estaba enterada de todo??? Y si no lo estaba, ¿cómo pudo darse cuenta de que había heridas en mí?... ¿heridas que sencillamente dejarían de doler gracias a un sincero abrazo de su parte?

CAPÍTULO 3

“No me quedo mirando atrás”

— ¡Papáaaaaaaa! — grité desde mi computadora —. ¡Amal me escribió!
Reinó un silencio absoluto.

— ¡iiiiiiiiii; Papá!!!!!! — repetí.

Escuché el portazo de la puerta del living, dando por hecho de que había estado afuera con los albañiles.

— ¡Mary! ¿Qué pasa?

— Amal me dejó un mensaje en *Facebook* preguntándome si vos, la mamá y yo podemos apersonarnos hasta su Academia para hablar acerca del título. Al parecer Verónica no me lo piensa dar.

— Uuh... ¡qué mal! — expresó —. Entonces, ¿cuándo hablamos con Amal?

— ¿Querés que le pregunte si puede ser mañana?

— ¡Sí! Lo más antes posible, mejor.

Respondí su mensaje y al cabo de unos minutos acordamos en vernos en su Academia a las once de la mañana del día siguiente.



Cuando el sucesivo día llegó, Amal, sentada a la mesa del escritorio en su Academia, nos informo mucho.

— Primero que nada, no sé si ustedes saben que no se puede entregar títulos a menores de dieciocho años, o al menos tienen que tener el secundario realizado.

¿Secundario? Uf... esa palabra sonaba tan desconocida para mí. Tan desconocida como fue América hasta que *Cristóbal Colón* la descubrió.

— Quiero acabar con esto del título de Maryam y luego no saber más nada de Verónica debido a problemas personales que tengo con ella — siguió contándonos —. Entre ellos, me debe dinero de varios años por evaluar a sus alumnas en los exámenes.

Mis papás y yo intercambiamos una mirada sorprendidos, aunque no de gran manera pues que Verónica Cardozo no le retribuya a una de sus colegas el dinero de los permisos de exámenes, es más o menos lo mismo que pedirle a una de sus alumnas abonar el importe para preparar una coreografía y, al final, no marcársela desde su obligación como profesora. Ambas son diferentes estafas pero con el mismo olor.

— Entendemos la situación — comentó mi mamá —. Pero Maryam todavía no ejercerá la docencia con alumnas ya que su academia no está terminada.

—Y aun así si ejerciera la docencia siempre tendrá la supervisión de nosotros —amplió mi papá con honestidad.

—Claro, está bien, yo los entiendo. La cuestión es que le escribo a Verónica por lo del título, me responde que no lo puede dar porque se trata de una menor de edad, le aclaro más o menos como son las cosas y no vuelve a aparecer.

—Pero Amal —le consulté—, ¿cómo se explica entonces que las chicas que egresaron el año pasado, también de mi misma edad, sí recibieron sus títulos de profesoras?

—Exactamente lo mismo me pregunto, Mary. La conozco muy bien a Vero y sé que toda su vida entregó certificados y constancias sin ningún problema, ¡y hasta a nenas muy pequeñas! Por eso que de repente no quiera cederlo a una egresada de dieciséis años me extraña.

—Entonces, ¿cómo quedamos? —preguntó mi papá preocupado.

—Le volveré a escribir. Hasta tanto rogaré que deje de darle tantas idas y vueltas al asunto. —Intentó calmar a mi ingeniero y luego siguió—: Por otro lado, ¿le pedirán que le confeccione a Maryam el título analítico?

—¿Título analítico? —repitió desorientada mi mamá.

—Sí, título analítico: el trámite y papeleo que, al menos, yo considero más importante al momento de egresar. Contiene en detalle el listado de las materias que se cursaron, ordenadas por año y por nivel, con las calificaciones que se obtuvo y con las respectivas fechas en que fueron aprobados cada uno de los exámenes.

—Por lo que veo también es significativo tenerlo, ¿verdad? —dijo mi mamá.

—Lo ideal es que sí —afirmó Amal—. Si bien no son más que papeles, en muchas ocasiones son necesarios y hasta a veces más importantes que el propio título.

Observé detenidamente cómo mi papá y mi mamá cruzaron una cierta mirada que reflejó impotencia, ya que mucho no podían hacer desde su lugar debido al semejante silencio de parte de Verónica hacia nosotros.

—¿Les parece si le comento a Vero lo del título analítico también? —indagó Amal.

—¡Eso sería de gran ayuda! —expresaron agradecidos mis progenitores.

Al despedirme de Amal, la abracé mientras le agradecía por el apoyo y la ayuda que me estaba brindando. Y justo antes de retirarme de su Academia, observé con cierta añoranza su salón con los espejos y el equipo de música, sintiendo muchas ganas de bailar.

De tal manera, entretanto caminábamos por la vereda para situarnos en la *Kangoo*, le pedí a mi mamá que me llevase a la casa de mis abuelos para bailar en su patio. Ya que el clásico lugar de ensayo en el living de nuestra casa seguía sin disponer de espacio.

—Muy bien, si estás por ir a lo de tus abuelos podrías comentarles cómo vamos con la construcción de tu academia —me dijo mi papá mientras ingresábamos a la *Kangoo*—. Incluso, deciles también que a raíz de ya haberse invertido aquellos \$50.000 que nos prestaron, habíamos pensado en vender nuestro queridísimo vehículo para acabar con la obra antes de que marzo llegase. Pero, claramente, eso no sucedió ya que la mamá estuvo en desacuerdo.

—Tanto que insisten, ¡¡¡¡¡VENDANLA!!!! —nos vociferó—. ¡Pero no se quejen después de por qué nos movilizaremos el resto de nuestras vidas en colectivo!

—Eh mi vida, ¡tranquila! —le expresó mi papá—. La idea era venderla en el mes de enero y así Maryam empezaba con sus clases de danza en marzo. ¡Ahora no tiene sentido si ya estamos en marzo!

—¡¡¡IGUAL VENDELA!!!

—¿No me estás escuchando? ¡Ya es tarde para ponerla en venta! Si alguien la compra, imagínate cuánto demorarán los albañiles en acabar con lo que les falta. Sin contar que los materiales de construcción subieron de precio y no compensaríamos el dinero con la venta de la *Kangoo* —reiteró mi papá—. ¿Acaso no se entiende? —Me miró y añadió—: Maryam, ¿vos entendés?

—Sí papi, yo sí te entiendo —le expresé desde el asiento trasero.

—Además, mi vida —continuó mi papá dirigiéndose hacia ella—, ¿no pensaste en que si hubiésemos vendido la *Kangoo* nuestros hijos aprenderían lo que es sacrificarse? El hipotético caso de tener que manejarnos en colectivo les hubiese permitido aprender que en la vida a veces es necesario renunciar a algo a cambio de lograr un enorme sueño.

—TE REPITO: ¡ENTONCES VENDELA! —exclamó mi mamá.

—¡Ya está... no importa! ¡No discutan! —les dije a la par de discernir cuánta razón había en las palabras de mi papá y cuánta desazón en lo pronunciado por mi mamá.

—¡No Maryam! ¡¡¡Sí importa!!! —recalcó mi papá—. Tiene que quedar en claro por qué razón ya no nos sirve poner en venta la *Kangoo* ahora.

—¡Pero es que ya quedó claro! ¡No lo repitás! —intenté ponerle fin a la discusión.

—Al parecer tu mamá no comprende, por eso lo repito.

Al llegar a casa almorzamos una riquísima pizza con ajíes, jamón y

tomate en rodajas hecha por mi ingeniero. Inclusive le invitamos una pizza entera a Efraín, el albañil. En cuanto a Iván, su hijo, ya no estaba siendo parte de la construcción debido a que bien inició marzo se había ido a estudiar en la *Armada Argentina*.

Se nos ocurrió invitar a Efraín a almorzar junto a nosotros no sólo con la intención de ir sembrando un poco más de confianza, sino también con el objetivo de que no perdiese tiempo yendo a su casa a comer y, a las horas, recién regresar. Los ladrillos de canto -actuando como tejas- que él mismo ya estaba ubicando, se iban percibiendo tan magníficos que daban ganas de que siguieran su autenticidad por arriba de las paredes.

A la hora de la siesta, agarré el reproductor de música portátil, mi caderilla y unos cuantos CDs. Y estando en mi habitación para ponerme mi infaltable calza negra, abrí la parte superior del ropero ya que allí guardo todos mis elementos de danza. Me tomé los minutos necesarios para observar las wings, los velos, los bastones, el aro de seda, los fan veils, el derbake, el candelabro y el sable. No obstante, cuando miré el sable sentí que debía llevar conmigo aquel deslumbrante elemento. Lo agarré y, abrazándolo entre mis brazos, me dirigí hasta donde estaba mi mamá.

— Estoy lista, ¡vamos!

— ¿Vamos? ¿A dónde pensás ir? — me preguntó.

— ¡A bailar en el patio de la casa de los abuelos! ¡A dónde más podría ir!

— Ah, cierto... — balbuceó—. Entonces en cinco minutos salimos.

No bien me hallé en el patio de la casa de sus padres, desplegué aquella alfombra de color verde que mi abuelo solía guardar en un cuartucho del fondo. Conecté el reproductor de música portátil en el enchufe más cercano y luego de poner uno de los CDs, me senté en la alfombra acompañada por mi sable.

¿Qué tan cierto es que el inconsciente necesita escuchar letras de canciones tristes cuando no nos sentimos bien? ¿Será una manera de sentirnos empatizados con la música? Puesto que ante el dolor que había sentido los meses anteriores, prácticamente me la pasé escuchando *My Heart Will Go On*, pero no la clásica letra cantada por *Céline Dion*, sino una hermosa interpretación en versión árabe.

Dicho sea de paso, cuando a los segundos empezó a sonar *The Arabic Versión of Titanic*, será tal la profundidad con la que me dejé llevar por los altos y bajos de la melodía, que eché mi espalda en aquella alfombra. Y levantando mi pierna derecha, coloqué el sable en el centro de la planta de mi pie e inmediatamente hice un rol hacia atrás a la par de

mantener el equilibrio del elemento. Más que bailar... ¡estaba innovando trucos con el sable! Trucos que, hacía tiempo atrás, solamente los solía ver a través de videos en *YouTube* en bailarinas profesionales; pero allí por fin me animé yo a realizarlos también.

Así estuve toda la tarde... Entretanto descubrí en mí que ya no tenía las ansias ni mucho menos la necesidad de gritar hacia los cuatro puntos cardinales lo hondo que Verónica Cardozo logró derribarme. Más bien quería desafiarme que aquella misma caída podía ser tomada como un gran impulso para ponerme de pie nuevamente. Y en gran parte no había logrado ponerme de pie solamente por mi cuenta, pues al recordar lo sentido en aquel curso de verano que impartió Janaan en su Academia, entendí con claridad que por medio de ella mi amor por la danza no sólo revivió sino también se agrandó. Se multiplicó de tal manera que me permitió comprender que mi pasión hacia la danza ¡jamás desaparecerá en mí! Es algo que lo llevo en la sangre, en las venas, en las emociones, en el cuerpo y en el espíritu. Por más que mis alas guarden heridas que habían sangrado demasiado, mi corazón siempre habría de seguir atesorando el puro y sublime amor que siento por la danza. Al menos así lo hará hasta el día en que deje de latir.

A la noche, cuando regresé a casa junto con mi mamá, mi papá me interrogó.

— ¡Tesoro! ¿Les contaste a tus abuelos cómo van los ladrillos por aquí? Y... más que nada... ¿cómo van nuestros bolsillos?

¡Ups! Había olvidado completamente hablar con ellos pues tan entusiasmada había estado en el patio, tumbada en la alfombra con mi sable, que apenas si los había saludado a ambos.

— Papá, ¡perdón! Las horas volaron mientras bailé, es que empecé a marcar una coreo con sable.

— ¿Con sable? — reafirmó —. ¡Qué lindo!

— Cuando vuelva a ir hablaré con ellos ¡sin falta!

— Está bien, Mary. Y decime, ¿lo que estuviste bailando con sable es mejor que aquella coreografía que presentaste en Jujuy el año pasado?

Me reí, y le dije:

— ¡Es mucho mejor! Ya la vas a ver... y quedate tranquilo que cuando la baile en algún show o en algún certamen no se me caerá el sable de la cabeza como aquella vez.

— ¡Más vale, mi tesoro! — ultimó con simpatía.



A los días, Amal me informó a través de *Facebook* que solamente pudo sellar mi título debido a que Verónica le sacó copia a uno de años anteriores que ya estaba con su correspondiente firma. A su vez me avisó que debía ir a retirarlo en el salón del club, sin que me olvidase de entregarle a Vero diferentes fotocopias de todos mis exámenes para que confeccionara el título analítico.

Cuando mis progenitores y yo nos dirigimos en la *Kangoo* hasta lo de Verónica, empecé a sentir una sensación rara en mi interior. Quizás era una cierta amargura que reflejaba lo que significaría volver a toparme con la persona que tanto me lastimó. No obstante, mientras ingresé al salón del club a la par de divisarla a Vero, entendí que las tristes experiencias del pasado no deben ser recordadas con lágrimas sino más bien ¡superadas con sonrisas!

Mi ex profesora al acercarse a mí, expresó:

—Hola mi am...

Inmediatamente detuvo sus palabras. Al parecer el “Hola mi amor” que siempre suele decirle a sus alumnas, estaba siendo un saludo completamente equívoco para mí.

—Hola —le dije mientras intenté camuflar mi risa a causa de su inconsciente saludo amoroso que, sin dudas, ya no empatizaba conmigo.

—Acá tenés tu título, Maryam —expresó con seriedad entregándomelo.

Lo agarré, en lo que leí:



—Muchas gracias —le expresé con una sonrisa.

En ese momento noté que Rosario, Daniela, Ariana y las pequeñas Luciana y Yamila estaban sentadas al lado de las indispensables colchonetas que posee el salón del club. Quise saludarlas pero no lo hice ya que algo no me lo permitió. Ninguna de ellas me miraba, fue como si se hubiesen impedido a sí mismas observarme.

—Acá están las fotocopias que le dijiste a Amal que debía traer. —Se

las entregué retomando mi mirada y mis palabras—: Están las notas de carpeta con sus fechas y mis certificados de los exámenes anteriores para que me confeccionés el título analítico.

— Emm... en cuanto a eso... — titubeó —. No puedo hacerlo... — expresó insegura — no puedo... no podés recibir el analítico hasta que no tengás dieciocho años.

— ¿Ah no? Bueno, no importa. Tranquilamente esperaré hasta cumplirlos el año que viene para que recién me lo entregués — concluí con sencillez.

— Bien. — Arqueó sus cejas.

Me despedí de Verónica, incluso le agradecí una vez más por entregarme el “título”. “Título” ya que verdaderamente no se trataba más que de un enorme y simple certificado. Debido a que, ¿un título puede tener una firma fotocopiada en lugar de ser firmada a pulso? Sin mencionar que los títulos deben ser cedidos en el propio momento del egreso, y no tres meses después.

Mientras salía del salón del club las miré una última vez a mis compañeras; ex compañeras mejor dicho. En ese instante entendí que la hermandad en nuestros corazones fue rota al dejarse llevar por los incorrectos comentarios que, sin dudarlo, Verónica les manifestó sobre mí. Cómo me hubiese gustado hablarles y hacerles entrar en razón en aquel preciso momento; pero bueno... supongo que en la vida siempre existirán experiencias intransferibles que van a estar completamente fuera de nuestro control.

Al llegar a casa, le avisé a Amal por *Facebook* que ya tenía el título en mis manos y nuevamente le di las gracias por la ayuda que me brindó para conseguirlo. Por otro lado, un inesperado comentario de Janaan en el álbum de fotos de la construcción de mi academia, me maravilló:

— Woooow... ¡¡¡¡qué bello!!!! Que los sueños se concreten es maravilloso... Usted se lo merece mi cielo. ¡Besos!

¿Era posible que una profesora a quien había visto tan sólo una vez en mi vida se alegrase por la realización de mi más grande anhelo?

Con una sonrisa inexplicable frente al teclado de mi computadora, escribí:

— ¡Gracias Janaan! Todo es diseño de mi papá jaja. ¡Gracias otra vez!

A lo que comentó simpáticamente:

— Felicidades entonces a su papi señorita jeje. ¡¡¡Todo el éxito!!! ¡Sos muy linda!

A su vez, chateando con Gisela (que de hecho bastante hablábamos desde el día en que nos conocimos en el curso de verano), me comentó

que en unos días asistiría a un seminario. La bailarina, de nombre Samia, era quien lo dictaría, trayendo sus enseñanzas desde Buenos Aires.

Y debí admitir que, asimilándola en muchos de sus videos a través de Internet, había llegado a admirarla tanto como mi corazón se entusiasmó años atrás con Larissa. Samia corrió tras su sueño al instalarse en la ciudad de la furia con tal de estudiar con la mejor de la Argentina, lo que con el tiempo le permitió ser parte del prestigioso Ballet de dicha exponente. ¿Cómo no ser, entonces, aquel testimonio una fuente de inspiración para mi vida? De esta manera, ¡cómo no aceptar la propuesta de Gisela para que vayamos juntas al seminario!

Al contactarme con la profesora que era la encargada de traer a Samia a la ciudad de Salta, me informó que el seminario tenía un costo de \$150, se realizaría en su Academia y duraría tres horas.

¿Entusiasmo? ¿Euforia? ¿Alegría? Estaba claro que tenía otro sueño por vivir: ¡conocer personalmente a una bailarina que admiraba tanto como a Larissa!



Sin embargo cuando el día del seminario llegó, me topé con dos personas completamente inesperadas.

Gisela y yo nos colocábamos nuestras caderillas cuando ingresaron a aquella Academia ¡Romina y Alicia! Sin tener tiempo ni siquiera para reaccionar, ambas ya se acercaron a saludarme.

— ¡Niña hermosa! — exclamó Alicia —. ¡Tanto tiempo!

— ¡Hola Mary! — completó Romina.

Muy confundida les devolví el saludo con un sencillo “Hola” hacia ambas. Luego madre e hija recorrieron espaciosamente aquella Academia saludando una por una a las bailarinas y alumnas presentes.

Sin tener la intención de revolver el pasado, sencillamente me pregunté interiormente:

«¿Cómo pueden acercarse a saludarme como si nada hubiese ocurrido entre nosotras?».

— Mary — me habló de repente Gisela —. ¿Vos las conocés a ellas dos? Todas les devuelven el saludo. ¿Son famosas? Si en verdad lo son yo vivo en una caverna porque honestamente no las conozco — concluyó riéndose.

— Capaz que famosas es precisamente lo que quieren ser — le respondí en un murmullo, riéndome también —. Sí las conozco, incluso solía considerarla como una segunda mamá a Alicia y, por consiguiente, como una hermana a Romina. Hasta que descubris que no todas las

personas son transparentes... muchas llevan puesta una careta y cuando se les cae ahí te das cuenta de cómo son en realidad.

Gisela me miró sorprendida, quizá preguntándose cómo es que sabía tanto sobre sus vidas. Sin embargo, sólo se limitó a decirme:

—Me pareció muy raro que hace ratito me hayan saludado como si me conociesen de toda la vida, ¿no viste? Y la señora quien me decís que se llama Alicia, hasta recién me tiró besos. ¿Ella siempre es así?, porque es ridículo que una persona actúe de tal manera con alguien a quien ni conoce.

Ante la repentina presencia de Samia saliendo del baño, Gisela y yo dejamos de hablar. Sentí que quedó mucho por decir sobre aquella madre y aquella hija, no obstante me quedé embobada admirando el precioso enterito negro que vestía Samia, acompañado de una plateada caderilla. Soltó su cabello para que las finas ondas en sus puntas quedasen libres y, lista y preparada para dar inicio al seminario, todas las bailarinas presentes nos ubicamos detrás de ella.

En cierto momento de la clase me distraje al advertir que Alicia me observaba fastidiada, como si yo la hubiese incomodado en algo. Y pensar que minutos atrás me comió a besos, qué ironía ¿no? De hecho, me pregunté si era realmente necesario que Alicia se quedase al lado de “la pequeña Rominita” ya que con veintidós años de edad la presencia de su mami en una jornada de danza es un poco desubicado. En mi humilde opinión, si así es su manera de expresar apoyo hacia su hija, ¡está muy desequilibrada! Porque mi mamá, por ejemplo, sencillamente me apoya en la danza a través de su amor como madre. A fin de cuentas si es el sentimiento más fuerte del universo, basta con expresarlo en aplausos y con abrazos.

Siguiendo con las enseñanzas que impartió Samia, de repente me sentí como una esponja que nunca dejaría de absorber pasos y técnicas nuevas en la danza sin importar que ya fuese profesora yo también. Por unos minutos dudé si el gran certificado que me había cedido Verónica días atrás verdaderamente significaba “ser profesora”, porque aun siéndolo seguía aprendiendo como si fuese una alumna.

Cuando de pronto recordé que Janaan también había exprimido nuevos aprendizajes sobre mí, empecé a percibir un extraño sentimiento por dentro. ¡Realmente tenía que volver a verla y darle las gracias por el entusiasmo que hizo revivir en mis alas!, porque un misterioso y peculiar cariño había exprimido... depositado... sembrado... sobre mi corazón. Quería y necesitaba retribuírselo.

Pasadas las tres horas del seminario, una foto de recuerdo al lado de la grandiosa Samia fue infaltable. Y básicamente, aprovechando el

momento de tenerla a unos sesenta centímetros de mí, le dije lo que le debía decir:

—Samia, ¡te admiro! ¡¡¡¡¡Bailás increíble!!!!

Por lo visto, ante su mirada aturdida, no esperaba semejante comentario de mi parte. Seamos realistas, ¡ella ni sabía quién era yo! Detrás de las visualizaciones de videos en Internet, una bailarina jamás podrá saber de quiénes y de dónde provienen; pero eso mismo no importaba en absoluto hacia ella entretanto mi corazón la siguiese manteniendo en mi lista de inspiraciones junto a Larissa.

—Sos tan linda, ¡muchas gracias! —acabó expresándome a la par de regalarme una sonrisa.

—Mary — Me codeó Gisela —, perdón por interrumpir pero tu mami ya está afuera esperando.

Volví la mirada hacia Samia en lo que me quitó las palabras de la boca.

—Fue todo un gusto conocerte, Mary. Espero nos veamos otra vez en algún otro seminario.

—Lo mismo digo, Samia —concluí dándole un sincero y respetuoso abrazo. Luego me acerqué a mi amiga y le sugerí:

—Gisela, ¿quierés que nos vayamos juntas? Mis papás te podrían acercar hasta la terminal en la *Kango*.

—Ay Mary, sería genial. ¡Gracias!

—No hay por qué, es lo menos que puedo hacer después de que viniste desde El Bordo para que estemos juntas en el seminario.

—Sos una buena amiga, Mary. ¡Y una muy buena persona!

Agarramos nuestros bolsos y nos fuimos encaminando hacia la puerta; pero en unos determinados segundos me detuve. Gisela siguió caminando sin percatar que me había quedado atrás.

Examiné con detenimiento aquella Academia como así también a muchas de las bailarinas que todavía no se habían retirado. Comprendí que aunque ciertas miradas despiadadas hubiesen estado presentes, en gran manera me ayudaba a entender que a mi alrededor también existían miradas amables.

Seguidamente algo en mi interior reflexionó de manera simultánea.

«¿Un ejemplo de mirada amable?», preguntó mi cerebro.

Cerré los ojos y sentí la felicidad explayarse por mis alas.

—¿Maryam? — me llamó Gisela de repente.

Inmediatamente abrí mis ojos con seguridad. Y mientras cruzaba la puerta para situarme en la vereda, de golpe entendí el gigantesco vuelco que había dado mi vida artística.

«Janaan», respondió mi corazón.

CAPÍTULO 4

“No me arrepiento de ser como el salmón”

A los días, un sincero y precioso mensaje a través de *Facebook* me impresionó:

—Hola Mary, soy Cintia, espero te acordés de mí. Yo fui parte del Ballet de Verónica Cardozo hasta el año pasado. Y te escribo porque me enteré lo tuyo con Vero... perdón si me estoy metiendo en lo que no me incumbe pero al leer todo lo que escribió tu mami hace unos meses la verdad que me apena por lo que pasaste. Yo estoy los fines de semana en mi Academia, si querés te doy una mano y practicás con mis nenas sobre cómo dar una clase. Avisame cualquier cosita, ¡de corazón te lo digo!

Tan desconcertada quedé luego de leer aquel mensaje que opté por mostrárselo a mi papá y a mi mamá con el objetivo de que ambos lo analizaran también.

—Estoy confundido... ¿quién es Cintia? —preguntó mi papá.

Al recordarle que Cintia asistió a la Cena-Show de mis quince años, como así también al mencionarle las veces en las que la visité en terapia intensiva cuando la internaron por sus problemas cardíacos, recapituló con claridad de quién era el mensaje.

—Me acabo de acordar que cuando Verónica te integró a su Ballet, misteriosamente Cintia ya no estaba siendo parte —expresó mi mamá.

—Exactamente. —Asentí con mi cabeza.

Luego de observar la pantalla de mi computadora a la par de divisar el mensaje otra vez, seguí:

—Siempre me llevé bien con Cintia pero desde que dejó de integrar el Ballet de Vero nos distanciamos.

—De ser así, comunicate ya mismo con ella. Es una oportunidad hermosa que te invite a su Academia y te “preste” sus alumnas —pronunció mi papá—. ¿Ves que no todas las personas son como Verónica Cardozo, Mary?

Solté una risita antes de decirle:

—Tenías razón, papi... De hecho, ¡siempre la tenés!



Al día siguiente, domingo, poco antes de las 19:00 horas me dirigí a la Academia de Cintia. Y más que palpar ansiedad en mi interior por estar encaminándome para dar una clase de danza ¡por primera vez en mi vida!, euforia es lo que sentí por dentro.

— ¡Hola Mary! — Me saludó Cintia al verme ingresar a su salón.

Salón el cual se trataba del garaje de su propia casa. Un modesto espacio acompañado de un espejo pegado en la pared me hizo notar la humildad de su Academia.

— Tanto tiempo sin vernos — le expresé con una sonrisa.

— ¡Lo mismo digo! — me exclamó luego de un habitual abrazo — . A las siete es la clase, así que mis nenitas de seguro ya empezarán a llegar.

— Gracias por el espacio que me estás dando. — Le agradecí.

— No hay por qué dar las gracias Mary, somos colegas y mi ayuda debe ser como tal.

Me invitó a sentarme en una silla junto a la mesita que pretendía ser un escritorio. Al ponernos cómodas me dijo:

— ¿Sabías que yo también tuve grandes inconvenientes con Verónica?

— Algo supe... aunque no sé con exactitud qué fue lo que pasó entre ustedes.

— ¿Recordás que yo sufro serios problemas de salud? Bueno, la cuestión empezó más que nada por ahí. En varias ocasiones no podía bailar en los shows que se nos presentaban como Ballet por estar internada de urgencia y Verónica se disgustaba de gran manera conmigo.

Se detuvo por un momento. Me dio la impresión de que hablar sobre aquello le dolía, pero al ratito continuó:

— Una vez vino por mi casa con la supuesta intención de solucionar lo que andaba ocurriendo, pero al venir no hizo más que refregar en mi cara y en la de mis padres lo mal alumna que estaba siendo.

— Te entiendo completamente — le dije con honestidad recordando las similares situaciones por las que yo había pasado también.

— Poco después me echó de su Ballet y, por consiguiente, me echó de su Academia también. Por suerte no me afectó tanto como sé que te afectó a vos, ya que yo ya había egresado como tres años atrás, cuando tenía diecinueve.

— Claro, los dolores que yo padecí fueron plenamente siendo alumna, no colegas como tu situación — me limité a decir — . Sin embargo no dejo de preguntarme: ¿por qué Verónica es así?

— Para empezar tenés que saber que no sos la primera que se fue de su Academia, y hasta me atrevo a asegurar que no vas a ser la última.

Mi repentino asombro surgido ante sus palabras, me dejó inmóvil.

— Mary, ¿en verdad no tenías idea de que muchas otras chicas también se fueron de la Academia de Vero años atrás? Obviamente, por cuestiones diferentes, pero a lo que voy es que el daño que produce Verónica, ¡siempre está!

—Qué tristeza... —le expresé al mismo tiempo de reflexionar si las demás chicas quisieron despojarse también de su pasión a la danza a causa de su profesora, tal como yo lo pretendí.

—No sé si la conocés a Zamira... —comentó de repente—. Si mal no recuerdo se recibió un año antes que vos, sé que tiene tu misma edad. El punto es que siendo egresada de igual manera siguió tomando clases con Vero en la Academia, pero a la par de manejar ella misma su Academia. ¿Me entendés no? —reafirmó—. Y hablando una vez con Zamira, juntas deducimos que al parecer a Verónica no le gusta que sus alumnas crezcan, o más aún que sus alumnas la superen. Como te dije, Zamira abrió su Academia y al poco tiempo surgieron los problemas.

—Pero... ¿cómo es posible que a una maestra no le guste ver crecer a sus alumnas? —le pregunté confundida—. Aunque ahora que lo pienso con detenimiento, creo encontrar una respuesta ante los gestos y las miradas que Vero me brindó cuando le compartí lo de la construcción de mi academia. Incluso ahora entiendo también que las veces en las que me habló mal de vos, sólo fue para que no descubriese la auténtica verdad.

De repente, dos hermosas niñas ingresaron al pequeño salón con unas coloridas caderillas. Cintia las saludó con un beso a cada una y luego me las presentó.

—Mary, ellas son Lourdes y Abril. ¡Eh...! y ahí está entrando Michell —agregó con rapidez.

Con timidez, o quizá con demasiado respeto, las pequeñas se armaron a saludarme. A los pocos minutos se hicieron presente las que faltaban: Rocío y Valeria.

Cintia, ya ubicada frente al espejo, las ubicó a sus cinco alumnitas para dar inicio a la clase. Llenas de gracia, simpatía e inocencia las pequeñas empezaron a bailar a la par de su seño. Pasados los dos temas musicales como calentamiento, Cintia me avisó:

—Ahora continuá vos, Mary.

Me levanté de la silla, me até la caderilla y mientras advertía que mi humilde colega se ubicaba en el escritorio, yo me situé junto a las nenas frente al espejo. Por consiguiente una alegre melodía empezó a sonar... a través de los parlantes, claro; pero a través de mis alas algo inexplicable empezó a transcurrir también. ¿Cómo manifestarlo sin ser tan obvia? ¡ESTABA DANDO UNA CLASE! Es más, estaba dando una clase a quienes ni siquiera eran mis alumnas. Las cinco sonrientes niñas no dejaron de observarme, de prestarme atención y de intentar realizar los movimientos que les fui explicando. Fue una sensación tan pura...

tan grande... tan radiante... ¡SER PROFESORA DE DANZA ÁRABE ES SUBLIME!

Hasta las nueve de la noche, hora en que la clase acabó, concluí con la compañía de las aluminitas de Cintia. La sonrisa en mí, delatadora de la tremenda felicidad que estaba sintiendo, me permitió comprender que costase lo que costase quería pasar el resto de mi vida bailando, dando clases, enseñando y, en resumen: ¡ejerciendo la vocación que tanto amo!

— Vení cuando quieras, ¿eh? — me expresó Cintia —. Ya sabés: doy clases los sábados y domingos de siete a nueve. ¡Siempre serás bienvenida, Mary!

Con un cálido abrazo nos despedimos. Y dirigiéndome hasta la vereda, pues mis papás ya me esperaban allí, me di cuenta de que cada persona que está en nuestras vidas siempre tiene algo que ofrecernos, algo que brindarnos. Puede que su entrega sea buena como así también puede que sea mala. No obstante, en ambos casos, terminan siendo grandes experiencias... siempre y cuando las sepamos analizar.

Al llegar a casa, cené con mis progenitores y con mis hermanos unos riquísimos raviolos con salsa acompañados de carne picadita. Más tarde, al terminar de ducharme, alistándome para ir a la cama a dormir, la noté rara a mi hermana. Y sin encontrar una palabra concreta que la describiese, me pareció verla frustrada con aquella obesa cartilla entre las manos.

— Mica, ¿qué lees? — le pregunté.

— Prensa escrita — me respondió sin levantar la vista de la cartilla.

— ¿Todo eso tenés que estudiar para la Universidad?

— Sí Mary. Dentro de poco se vienen los exámenes cuatrimestrales para los cuales tengo que estudiar las cartillas ¡de punta a punta!

Mis ojos se abrieron más de lo habitual ante su respuesta, pues me pareció que la cantidad nunca haría la calidad de algo en la vida. Me aparté por un momento del libro que estaba a punto de agarrar, dispuesta a continuar con mi habitual lectura de cada noche, y me arrimé hasta su cama.

— ¿Te puedo preguntar algo? — le dije al sentarme en la orilla de su colchón.

— ¿Qué pasa?

— ¿Te gusta Ciencias de la Comunicación? Digo, porque como el año pasado intentaste estudiar Licenciatura en Historia en la *UNSa* también, de repente me intriga saber qué carrera te gusta más.

— Mirá Mary... me gustan las dos, me gusta ir a la Universidad, me gusta aprender. ¡Pero me cuesta horrores estudiar y sobre todo enfrentar los exámenes!

—Pero más allá de eso, es admirable que sigás adelante al probar con una nueva carrera este año.

—¿Seguir adelante? —recalcó—. Pfff... ¡¡¡tengo ganas de tirar todo!!!
¡Ya es la segunda vez que leo esta cartilla y no se me queda nada! ¡¡¡Me dan ganas de hacer machete y ya fue!!!

—¿¿¿¡¡¡Machete!!!??? Micaela, por favor, ¡no digás tremenda tontera! Los resultados deben ser conseguidos con paciencia y esfuerzo, no con trampas.

—¡¡¡¡¡Ya fue!!!! — me repitió exaltada.

—Si realmente amás lo que estás estudiando, no tendrías por qué estar renegando.

Regresé a mi cama y mientras aparté el señalador del libro *La Tierra y el Universo* en mi mesita de luz, le formulé una última pregunta:

—¿Podría ir mañana con vos a la *UNSa*?

Su mirada me reflejó asombro.

—¿Querés ir conmigo a la Universidad?

—Sí, eso mismo es lo que dije.

—¿Y por qué?

—A ver... mis padres no me mandan al colegio — pronuncié con un sarcástico tono en mi voz —, por lo tanto nunca estudiaré en una Universidad como lo hace la mayoría, así que al menos deseo conocer una — concluí.

Micaela rio poco antes de decirme:

—No hay ningún problema. De hecho, me encantará que me acompañés mañana.

—Entonces despertame a las siete, ¿eh? Así vamos juntas en el colectivo.

—Dale Mary, ¡genial!

Me zambullí en las incontables letras de mi pequeña enciclopedia hasta que una hora después, el sueño me venció sin ni siquiera imaginarme cuántos sentimientos surgirían en mí al día siguiente.



A primera hora de la mañana, poco antes de dirigirnos hacia la *UNSa*, les dejé una notita a mis papás al lado del lavaplatos, en la cocina. Aquello decía lo siguiente:

“Me fui a la Universidad con Mica. Regreso con ella, así que no se preocupen.”

Ni me molesté en firmarla ya que me pareció una obviedad distinguir de quién era esa notificación.

Durante el trayecto en colectivo, mi hermana no paró de hablar:

— ¡La Universidad es grandísima! Hay mucho silencio en todas las aulas... en los jardines... en las confiterías... en los boxes de consulta... en los anfiteatros... ¡A mí me encanta! Hoy tengo clases de “Fotografía”, de “Comprensión y Producción de Textos” y de “Introducción a la Ciencia de la Comunicación”. Hay profesores que usan micrófonos para dar las clases ¿podés creer?, son tantos alumnos y como el espacio es tan grande que la voz no les alcanza.

— ¿Y los chicos hacen bromas en medio de la clase? Como en el colegio, que los compañeros interrumpen las enseñanzas del docente — amplié.

— ¡Para nada! La Universidad es otro ambiente, Mary. Nada que ver con el secundario.

Al cabo de cincuenta minutos, aproximadamente, llegamos a la *UNSa*. Micaela descendió del colectivo contenta, en cuanto a mí, descendí muy impaciente... y más al notar aquel enorme cartel: “*Universidad Nacional de Salta*”.

Había muchos edificios, innumerables escaleras en cada uno de ellos y, a la vez, numerosas puertas. Los jóvenes iban y venían... algunos de ellos apartándose de sus vehículos luego de ubicarlos en el estacionamiento. De repente, me sentí una niña entre tantos universitarios. Y sí... en parte, con dieciséis años, y siendo más de las ocho de la mañana, tenía que estar sentada en un pupitre, en el colegio, ¡cursando cuarto año de secundaria!, y no estar exactamente donde me encontraba.

— Mary. — Me codeó Micaela —. Vamos al aula ciento ochenta, en seguida comienza la clase de “Comprensión y Producción de Textos” de la que te comenté.

¿Ciento ochenta? ¿¿¿Aula ciento ochenta??? Wow... ¡vivamente me sentí pequeña ante aquel mismísimo número!

De camino, mi hermana me fue orientando dónde se encontraban las bibliotecas, las fotocopadoras, los sanitarios, los diferentes kioscos y buffets. Como así también me indicó los edificios de las distintas facultades: Facultad de Ciencias Naturales, Facultad de Ciencias de la Salud, Facultad de Humanidades, Facultad de Ciencias Económicas, Facultad de Ciencias Exactas, Facultad de Ingeniería.

Ya ubicadas en dos bancos del aula ciento ochenta (que más que un aula se trataba de un anfiteatro), me incomodé debido a qué podrían llegar a decirme entre tanta multitud siendo una completa extraña en el lugar. Ante mi inocencia, pregunté:

— Mica, ¿no estoy ocupando el lugar de nadie?

— ¿El lugar? ¿A qué te referís?

— Emm... — balbuceé —. ¿En la Universidad cada alumno no tiene su banco?, como en el colegio...

— No — me contestó riendo —. Cada día, cada uno se sienta donde quiere. Incluso si necesitas ir al baño, te levantas y te vas, punto. No hay que pedir permiso al profesor.

Ratifiqué con mi cabeza sin poder asimilar cuán peculiar resultaba ser la Universidad. Un mundo completamente diferente, sin dudas.

— Mary, ¡no te preocupes por nada! ya que cualquiera puede asistir a clases como oyente. Ahora, por ejemplo, si te presentas a rendir un parcial eso sí sería otra cosa porque te piden el DNI.

Minutos después, cuando el profesor ingresó al anfiteatro deseando “¡Muy buenos días!” a través del micrófono, mi cabeza no paró de evocar recuerdos...

De pequeña, al tener nueve u ocho años, me solía imaginar a mí misma estudiando una carrera en la Universidad. Pues claro, ¿quién a esa edad nunca se dijo: “Cuando sea grande voy a ir a la Universidad”? Pero... ¿qué tanto vale la lealtad hacia unas palabras que emitimos de pequeños cuando ni siquiera comprendíamos lo que verdaderamente significa “amar una profesión”?

Con disimulo me volteé para ver los rostros de los jóvenes que estaban sentados en los bancos de aquel anfiteatro esa mañana. Al hacerlo, me resultó un tanto inevitable preguntarme:

«¿Están aquí porque aman estudiar y porque aman la carrera? ¿O están aquí porque desde sus casas los obligan a “ser alguien en la vida”? ¿O simplemente porque no son capaces de ser diferentes a lo que la sociedad te exige ser?».

Luego de regresar mi vista hacia adelante, de pronto me sentí una extraterrestre, una marciana, una alienígena; en definitiva: un extraño ser de otra planeta o más aun ¡de otra galaxia! ¿Por qué? Porque ante la propuesta de mi papá y de mi mamá de que dejase de ir al colegio para así dedicarme de lleno a mi vocación por la **DANZA**, era un claro hecho de sentirme completamente diferente a los demás.

Contrariamente, mis hermanos pisaban una Universidad. ¡Yo jamás estaría en una! Bueno, lo estaba aquel día... ¡¡¡Me encontraba allí sin ni siquiera egresar del colegio!!! ¿Qué incongruencia no? Pero hablando con seriedad y prudencia, jamás pisaría Universidad alguna y no porque no quisiera estudiar sino porque no hay carrera que sea la adecuada para mí. Y en verdad no la hay cuando se siente profundamente en el espíritu que la vida de alguien no está en los bancos del colegio ni mucho menos en los bancos universitarios. Hay vidas que están en los

escenarios. Con el pasar de los años, ¿cómo me trataría la sociedad teniendo esa postura? ¿El mundo me entendería? Quizá sí... quizá no... Ya encontraría la manera de averiguarlo.

— Mary, ¿estás prestando atención a lo que está explicando el profesor? — me preguntó de repente mi hermana.

— Por supuesto, Mica.

Y volviendo a sentirme un ser de otro planeta, concluí:

«El hecho de que hoy esté siendo una infiltrada en la *UNSa*, no quita que no quiera escuchar ni mucho menos aprender».

Mucho más tarde, cuando ambas regresamos a casa, me empecé a preguntar en qué parte del universo cabe la posibilidad de que una persona ame una profesión sin haber acabado de cursar la secundaria. Y con una inmensa seguridad que brotó desde mi cabeza y corazón mutuamente, me recordé:

«¡No todas las profesiones en la vida surgen a través de pupitres!».



A la mañana siguiente, al cargar en mi *Facebook* un par de fotos que me saqué en la Universidad como recuerdo, surgió un inesperado comentario en una de ellas:

— ¡Hola desaparecida! ¿Ya estás en la *UNSa*? jajaja ¿Cuándo venís al colegio, hermana? Por si no lo sabías, ya empezaron las clases, ¿eh?

Aquel comentario era de Andrea: ¡mi mejor amiga del colegio! O mejor dicho, a quien solía considerar mi mejor amiga, puesto que no pasó mucho tiempo para que entendiese que nunca fuimos más que tan sólo compañeras de banco.

— Fui a conocer ya que nunca andaré por allí. — Me limité a escribirle en respuesta a su comentario.

Pocos minutos después, me redactó un mensaje privado:

— Mary, ¿a qué te referís? Ya son dos semanas que empezaron las clases acá en el cole y no estás viniendo. Pensé que estabas faltando porque no te gustan las semanas de diagnóstico. Pero... estoy confundida, no entiendo qué te pasa.

Suspiré. ¿Cómo explicarle a una madre adolescente de diecisiete años que no iría nunca más al colegio? Es más, ¿cómo debatir con alguien que, evidentemente, estaba utilizando el celular y las redes sociales en medio del horario de clase?

Bajé la mirada hacia el teclado y sencillamente escribí:

— Dejé el colegio. Pero no por eso dejé de estudiar, ¿eh? ¡No es lo mismo!

—¿QUÉ? ¡JODEME MARYAM! ¡¡¡NO PODÉS!!! ¡¡¡VENÍTE YAAA!!!
¿¿Me estaba pidiendo que fuese allí mismo al colegio???. ¡Qué locura!
Aunque pensándolo bien, tenía ganas de ir con el objetivo de dejar bien en claro frente a mis compañeros que no todos los adolescentes son iguales.

Una sonrisa surgió en mi cara mientras el visto en el chat de *Facebook* quedó marcado para Andrea. Apagué mi computadora antes de buscar a los adultos por la casa. Al advertir que estaban en el garaje a punto de subirse a la *Kangoo*, los detuve con un interrogatorio.

—¡Eh! ¿A dónde se están yendo?

—Tenemos que hacer unos trámites, Mary. Entre ellos ir a reclamar porque la boleta de luz no llega todavía — me contestó mi mamá.

Me acerqué a ambos y les manifesté:

—¿Sería mucho pedir si de pasada me dejan en el colegio?

El rostro de mi papá y de mi mamá se retorció ante semejante desconcierto. Él repitió:

—¿En el colegio?

—Ustedes solamente llévenme. Si confían en mí, ¡d demuéstrenlo! Aquí su hija menor está por hacer algo coherente y maduro.

Tras unos veinte minutos ya me encontraba ingresando por la enorme puerta del establecimiento educativo. No hice más que pisar la institución para ya oír gritos y bullicios y percibir chivateos originados desde las aulas. ¡Qué irritante resultaba volver a situarme en aquel lugar! Pues ¿qué profesora de danza es capaz de soportar que seres humanos de su misma edad tiren bollos de papel hacia el ventilador encendido con el objetivo de divertirse a espaldas del docente?

Me dirigí hasta la dirección y, para mi sorpresa, justo salía el director. En un primer momento me miró impresionado, sin duda alguna no esperaba verme ahí. ¡Mucho menos sin el uniforme del colegio! Poco después pronunció:

—¡Alumna Dimín! ¡¡¡Apareció!!! Por casualidad, ¿se cambió de colegio y viene a buscar el pase?

Sonreí a la par de responderle respetuosamente:

—¿Se acuerda de “El caso Dimín”?

Me miró perdidamente hasta que afirmó con su cabeza.

—Cuando los casos en la vida no tienen respuestas, no hay nada mejor que dar vuelta a la siguiente página. — Me encogí de hombros.

—¿A qué se refiere? — me preguntó cordialmente.

Le conté sobre la decisión de mis padres sobre mí, tomada el año anterior, referente a abandonar el secundario a cambio de crecer sin

límites en mi apasionante vocación. Me dijo que me entendía y a mis progenitores igual puesto que él mismo era padre de familia también. Asimismo, me reveló su sincera impotencia de no poder apoyarme tal como le hubiese gustado ya que las normativas de clases y asignaturas no dependían en absoluto de él como director. Y estuvo en lo cierto con lo que me dijo: “El responsable no es nada más ni nada menos que el propio sistema educativo tan obsoleto para nuestro siglo veintiuno que no es capaz de apoyar y darle alas a los artistas”.

—Si me permite, me gustaría despedirme de mis compañeras y compañeros —expresé como dando un punto final.

Se volteó y miró por unos segundos la bandera de ceremonia que se utiliza en los actos. Volvió su mirada hacia mí, entretanto percibí con claridad la pregunta que, sin dudarlo, se estaba formulando en su cabeza: “Entonces... ¿quién llevará la bandera de ahora en más?”.

—Vení —me dijo de repente.

Lo seguí y me detuve luego de que me señaló el aula de cuarto año. Él ingresó primero al curso, lógicamente para informarle al profesor de Historia -docente que estaba dictando la clase en aquel momento-, por qué razón la ex mejor alumna de la institución ingresaría al aula por unos minutos.

No bien entré, Andrea junto a Sol y Carolina, mis compañeras más allegadas a quienes en un principio consideraba grandes amigas y hasta hermanas de corazón, se me arrimaron precipitadamente.

—¿En serio no vas a venir más, Maryam?

—¡Los mejores años de la vida los vivís en el secundario! ¿De verdad te los pensás perder?

—¡Es obvio que en algún momento te vas a lamentar!

Uno de los muchachos, desde el fondo del aula, exclamó:

—¡Tus amigas tienen razón, Maryam! ¡Te lamentarás de haber dejado el colegio!

—¿Me permiten hablar a mí ahora? —expresé levantando un poco el tono de voz para que todos me escuchasen.

El aula entera enmudeció. Está claro que el silencio es poderoso y si se lleva un mágico y seguro micrófono en las cuerdas vocales, el mensaje se potencia aún más. Las observé a Sol, a Carolina y a Andrea y les dije:

—Si realmente fuesen mis amigas me tendrían que estar apoyando con esta decisión. Se supone que saben lo que significa la danza árabe para mí: ¡es mi vida entera! Además las amigas hacen eso... ¡apoyarse mutuamente!

Me pareció que ninguna de ellas me entendía, mucho menos mis

compañeros. A lo mejor porque aún no habían encontrado la pasión en sus vidas, ese sentir en tu interior que logra desbordarte de alegría y plenitud el espíritu.

—A ver... —Se escuchó a otro de los varones—. Dejame que entienda, ¿te vas a perder la promoción del próximo año, el diseño de la chomba, el viaje de egresados, la cena y otras tantas cosas copadas solamente porque querés dedicarte a bailar?

—¿Querés vivir de la danza? —se apuró a decir otra de las chicas entre risas.

—Así es. —Asentí con una firme sonrisa.

—Pero, Shakirita, no vas a ganar nada de dinero bailando ni dando clases.

—Es verdad, ¿te vas a morir de hambre si vivís solamente de la danza!

—Puede que sí... puede que no... de eso no estoy segura. Sin embargo algo de lo que sí estoy completamente segura es que pasaré el resto de mi vida trabajando de lo que amo gracias a que Dios me permitió encontrar mi vocación siendo muy pequeñita.

—Mary, con la mejor onda, no seas vaguita y terminá el colegio y estudiá algo en serio. Abogacía o no sé... contadora o algo de mayor importancia todavía.

Cuando escuché aquellas palabras una profunda pregunta surgió en mi mente:

«¿Por qué la mayoría de las personas suelen decir “Estudiá una carrera en la que ganés mucho dinero” mientras que casi nadie te dice “Estudiá lo que realmente te gusta para que seas feliz”?».

—Les pregunto algo —me animé a seguir—. ¿Alguno de ustedes tienen una razón en sus vidas que los motive y los haga sonreír cada día?

Sus miradas revelaron aturdimiento y asombro. A lo mejor nunca nadie les había preguntado algo así, hasta ese momento.

—Yo soy feliz cuando salgo a bailar los fines de semana, nada más —comentó alguien repentinamente.

—¡Síííííí! ¡Viva la joda! —apoyó una de las chicas.

—Yo siento pasión cuando estoy con la vagancia en la esquina —declaró un chico a quien no conocía, de seguro era un alumno nuevo—. Mi pasión es salir a la calle.

—El hoy es el hoy y el mañana es un misterio. Yo no busco ser feliz las veinticuatro horas de cada día —manifestó otro de los muchachos.

Los observé con cautela a cada uno de aquellos adolescentes que no tenían un rumbo... un proyecto... un sueño en la vida. Sin duda alguna eso es tener el espíritu vacío. ¿No se sentían deshabitados en sí mismos?

—Yo me siento muy alegre desde que Benjamín nació —dijo Andrea.

—¿Y no te preocupa que tu hijo no tenga papá? —me animé a preguntarle con firmeza recordándole que cuando su novio la embarazó, este se evaporó de la faz de la tierra.

—No, no me preocupa. Ahora tengo otro novio que está haciendo el papel de padre con mi bebé.

—¿El papel de padre!? —comentó otra de las chicas—. A mí me parece que vos lo utilizás a él y a muchos otros como papel de reciclado cada noche, en la cama.

—¡CALLATE, BOLUDA! —gritó Andrea molesta.

De repente, el profesor de Historia bajó su cabeza para mirarme por arriba de sus anteojos. Todavía apoyado contra el pizarrón, me hizo un gesto emitiéndome que fuese terminando con la visita ya que la charla se estaba yendo de tema.

—Disfrutaremos el viaje de egresados del año que viene por vos, ¿dale? —comentó con soberbia uno de los chicos—. Ya que nunca vas a hacer un valioso viaje en tu vida.

¿Nunca voy a hacer un valioso viaje en mi vida? De hecho, y sin ser vanidosa, ¡ya lo había hecho! El año anterior, en el mes de agosto, había viajado a Villa Carlos Paz para conocer personalmente a Larissa, ¡mi ídola, mi inspiración! ¿Acaso eso no fue un viaje significativo y lleno de crecimiento?

Los miré a todos una última vez mientras percibía un extrañísimo sentimiento en mí. Y sí que lo era, sino ¿por qué no callé la sincera compasión que estaba a punto de expresarles?

—Me lamento por ustedes... —murmuré todavía en el silencio que albergaba el aula—. Quizás el día en que descubran sus vocaciones, me entiendan. Y si son vocaciones asociadas con el arte, con más razón.

Me despedí con respeto del profesor sin animarme a decirle:

—¿Conoce usted una persona que hable con mucha seguridad al referirse a su “pasatiempo”?

Al salir del aula me lamenté nuevamente de cómo era posible que mis ex compañeros no tuviesen una auténtica y verdadera pasión en sus vidas. Y sin pretender ser pesimista, seguí reflexionando sobre el tema.

«¿Por qué la mayoría de los adolescentes creen que la vida sólo es boliche, joda y alcohol? Esa “felicidad” no es más que temporaria. ¿Por qué no buscan una que sea eterna?».

Sentí mucha tristeza por cada uno de ellos pues no hacían más que estar rodeados de una realidad muy vacía. Se reunían cada fin de semana para compartir momentos banales, matando las horas de cada día

sin producir nada bueno ni lindo en los demás ni mucho menos en ellos mismos. No viven, sólo existen.

Al menos aquella tristeza sentida me sirvió para valorar y amar aún más mi realidad. Y gracias a eso entendí que lo sentido días atrás al situarme frente al espejo acompañada por las niñas, no era sublime; pues lo sublime va más allá de ser profesora de danzas árabes... lo sublime está en tener una vocación en la vida la cual se ame con todo el corazón.

Crucé la puerta del establecimiento y, al voltearme unos segundos hacia atrás, con mucha certeza pronuncié:

—No me arrepiento de ser como el salmón.

Pues naturalmente, y para quienes no lo conozcan, el salmón es un pez que nace en el río y vive su adultez en el mar. Es muy característico por realizar viajes contra la corriente para desovar en el lugar de nacimiento, conducta que no es demasiado comprendida por los científicos. Realmente es un viaje muy duro el que hacen, centenas de kilómetros llenos de dificultades, ya que deben liberarse de las plantas acuáticas que los tratan de retener pero, más aún, de los intentos constantes por saltar río arriba en las cascadas.

Mientras extraje mi celular del bolsillo para llamar a mis papás con tal de preguntarles si me pasaban a recoger o si les era más cómodo que regresase a casa en colectivo, pensé:

«Tener actitudes como las de un salmón es una clara decisión de seguir río arriba contra la corriente, en lugar de dejar que el agua te arrastre hacia abajo»

CAPÍTULO 5

“Recibiendo nuevas enseñanzas”

Días antes de que iniciase abril, al entrar a mi *Facebook*, noté que Janaan me había etiquetado en una foto que acababa de subir a dicha red social. Se trataba de una publicidad de su Academia detallando la nueva dirección, ya que se había mudado de *Pro-Cultura*. Viendo la foto la curiosidad se apoderó de mí una vez más. ¡Realmente era impactante! pues cuando conocí a Janaan sentí que el objetivo de ella hacia mí no era más que el de revivir mi pasión hacia la danza. Pero al parecer había otro propósito oculto. Varios propósitos...

Analicé una vez más la foto de la publicidad en la que me etiquetó.
«¿Y si tomo clases con ella?».

Cerré los ojos. Recordé la grandísima felicidad con la que había vuelto a casa aquella noche, al terminar el curso de verano.

«Sí...» conluí en mi interior. «Anhelo, quiero, debo y necesito tomar clases con Janaan».

Me aparté de mi computadora dirigiéndome hasta donde se encontraba mi papá y mi mamá. Sin importar que ambos estuviesen picando verduras para la cena sobre la mesada, les manifesté:

— ¿Puedo tomar clases de danza este año?

— ¿Clases de danza? ¿Clases de danza con quién? — me preguntaron.

— ¡Con Janaan!

— Aaah... ¿con la profe que está en el *Pro-Cultura*? — recordó mi mamá.

— La que estaba... — le aclaré al comentarle que Janaan se había mudado.

Callé por unos segundos y repetí:

— ¿Puedo?

— Sí mi tesoro, claro que podés — dijo mi papá.

— ¡Genial! — pronuncié feliz—. Entonces ahora mismo me comunico con ella preguntándole los días, el horario y el precio de la cuota.

Aprovechando que Janaan estaba conectada, inmediatamente la saludé y le manifesté mi consulta. Y de una manera muy atenta, llena de sencillez, a los minutos me respondió:

— Hola Mary, gracias por el interés. Te comento que las clases de perfeccionamiento son los lunes y viernes de 21 a 22 horas, y la cuota mensual es \$150.

— Perfecto, gracias. ¿Puedo comenzar este lunes?

— ¡Claro que sí!, te espero el lunes entonces. Gracias por la confianza, Mary linda.

— ¡Gracias a vos! — Me despedí.

— Buenas noches... y que tengas un lindo fin de semana. — Se despidió dulcemente.



Cuando el día lunes llegó, poco antes de las nueve de la noche me dirigí a la Academia de Janaan y como de costumbre en la *Kangoo* junto a mi papá y mi mamá. Al llegar, justo antes de bajar, mi papá me miró a través del espejo retrovisor.

— ¿Quieres que la mamá te acompañe?

— No, está bien. Voy sola — respondí con seguridad.

Un hermoso banner con una foto de Janaan en la vereda me invitó a ingresar por la puerta. Subí por unas escaleras y, al finalizar los peldaños, me topé con una preciosa recepción. Una enorme alfombra bordó era pisada por varias chicas. Un fugaz pensamiento se cruzó por mi cabeza:

«No conozco a nadie. ¿Qué hago?».

Sin esperar lo aquellas chicas se arrimaron a mí. Sin asimilar lo que estaba sucediendo, me dijeron:

— ¡Hola!

— ¿Tu nombre es Maryam que no?

— ¿La buscás a Janaan?

Esboqué una sonrisa y expresé:

— Sí, soy Maryam. ¿Dónde está Janaan? Yo soy nueva así que debo pagar la cuota.

— Está terminando con la clase del grupo de las ocho. Ahora la llamo — me avisó una de las chicas.

— No, está bien. — La detuve—. Si está dando clase no la interrumpás.

— No hay problema. Además seguro querrá saber que ya viniste.

En un santiamén, Janaan apareció en la recepción tras cruzar unas cortinas que, claro está, eran la entrada al salón. Se acercó a mí y...

— ¡Bienvenida Mary! — me expresó a la par de darme un abrazo.

Era, apenas, la segunda vez que nos veíamos personalmente y sin embargo sus abrazos en mí se sentían tan especiales. ¿¿¿Se puede confiar así de fácil en una persona??? A lo mejor cuando los abrazos son especiales, la persona que los está brindando también lo es.

— Me dice Belén — La señaló a una de sus alumnas — que querés pagar la cuota. Ella te hará el recibo, ¿dale? En minutitos termino y ya arrancamos con la clase de perfeccionamiento.

— Dale, genial — concluí con una deslumbrante sonrisa antes de que se retirase de mi presencia.

—Si querés, sentate — me dijo Belén.

—Sí, gracias.

—Sólo por curiosidad... ¿cuántos años tenés? — me preguntó.

—Dieciséis. ¿Y vos?

—Dieciocho. ¿En verdad tenés dieciséis? — me expresó de repente — .

¡Parecés más grande!

Me entregó el recibo y a cambio yo le cedí los \$150 para que luego se los alcanzase a Janaan. Le di las gracias, me levanté de la silla y caminé unas pocas baldosas tras haberme apartado de la alfombra que delimitaba la recepción. Y al cruzar las radiantes telas que daban inicio al salón, noté cómo Janaan concluía con aquella clase. Y bueno... ¿ya conocen a Maryam no? Pues al detener mis pasos y observar la hermosa Academia, un sentimiento desde lo más recóndito de mi ser, surgió. Fue como si sospechase que estaba en el lugar adecuado, con las personas adecuadas.

No obstante, entre medio de ese bello sentir, apareció también un sentimiento de duda y de inquietud. Ay... ¿tan profundas tuvieron que ser las heridas que Verónica Cardozo me ocasionó que no me estaba permitiendo creer del todo en los demás?

Me obligué a respirar con tranquilidad.

«Ahora son cicatrices las que llevo en mis alas. ¡Cicatrices! ¡¡¡No más heridas, sólo cicatrices!!!».

Todavía cargando mi bolso al hombro, la miré a Janaan frente al espejo con esperanza.

«Algo muy fuertemente me dice que puedo volver a volar gracias a ella».

La clase de perfeccionamiento comenzó poco después. Eran siete u ocho alumnas nada más, aunque muy simpáticas y educadas me saludaron antes de que la clase hubiese iniciado. Y sin pretender ser engreída, soberbia ni nada semejante, sino al contrario ¡sencilla!, me ubiqué a la izquierda de Janaan enfrente del espejo. Aunque sí, lo admito, quería estar lo más cerca posible de ella de tal manera que mi amor hacia la danza árabe siguiese resurgiendo como si no tuviese un final.

Y una vez más, recibiendo las enseñanzas de parte de Janaan, de aquella grandiosa profesora que sin duda alguna era, reafirmé que mi amor hacia tan bellísimo arte no tenía un final o, al menos, no si YO se lo ponía.

Cuando la hora terminó, me coloqué la remera encima del top que tenía puesto y luego me puse las zapatillas. Es por demás sabido que danza árabe se baila descalza, sin embargo hay quienes toman las clases con calzado o sencillamente con medias. ¡Yo aborrezco eso!

Agarré mi bolso y me dirigí hasta el equipo de música, pues al lado de este estaba Janaan.

—Nos vemos el viernes —le expresé—. Ah, y gracias...

Por unos segundos me miró desconcertada como preguntándose por qué razón me encontraba agradeciéndole. ¿Acaso ninguna bailarina da las gracias por el simple hecho de haber recibido una clase de danza?

—Nos vemos el viernes, Mary —dijo con una expresión pensativa.

De regreso a casa en la *Kango*, mi papá y mi mamá me preguntaron:

—¿Qué tal todo?

—“¿Qué tal todo?” —repetí—. ¡JANAAN ES MARAVILLOSA!

Y típico en mi papá, inmediatamente me miró por el espejo retrovisor. Al hacerlo, fue como si se interrogara a sí mismo por qué tanta euforia en su hija por el sólo hecho de haber tomado una clase de danza.

Recapitulé y... ¿no fue él mismo quien me dijo que no todas las personas son iguales? Entonces, ¿cómo explicarle que no todas las profesoras de danza lo son tampoco?



Siendo viernes me desperté cerca de las diez de la mañana. Y al haberseme ocurrido una interesante rutina para el día, mientras desayunaba mi café con leche sentada a la mesa, le dije a mi mamá:

—¿Me podés llevar ahorita a la casa de los abuelos? Quiero bailar todo el día en el patio, y ya a la noche me pasarías a buscar para ir a la Academia de Janaan.

—Dale, no hay problema. Terminá de desayunar y voy sacando la *Kango*.

—¡Anda sacándola ahora! —le manifesté entusiasmada.

Me vestí y cepillé los dientes con tanta rapidez que hasta me desconocí. Agarré el reproductor de música portátil y mi queridísimo sable. Ya en el bolso estaba la caderilla, los CDs y mi indispensable botellita de agua.

Encaminándome hacia la *Kango*, que ya se encontraba situada junto al cordón de la vereda, me detuve por unos minutos a admirar la construcción de mi academia en el jardín. Aunque bueno, mucho verde ya no era lo característico, debido a semejante salón de 33,15 m² que se encargaba de cubrir la mayor parte del terreno.

Me situé en el umbral de la entrada principal y contemplé desde allí los cuatro tirantes de madera de 6,00 m de largo ya colocados perfectamente en el techo.

—¿Cuándo se sujetará en ustedes el precioso machimbre de pino? —pregunté todavía con mis ojos fijos en ellos.

Lógicamente, sin esperar una respuesta, me di media vuelta sintién-

dome un poco afligida puesto que ya hacía exactamente una semana que el ingeniero, mi papá, le avisó a Efraín que dejase de ir ya que el dinero a invertir se había acabado completamente. De ahí en más había que esperar un par de meses hasta tratar de equilibrar los gastos cotidianos para luego recién analizar cómo habría de continuar la edificación de mi academia. Darle un stop al mayor sueño de toda mi vida dolía, mas no me entristecía.

Al llegar a lo de mis abuelos, mi mamá le expresó a la suya:

— Mary se quedará aquí todo el día bailando. Poco antes de las nueve de la noche la vengo a buscar. No te preocupés por ella porque se maneja y atiende sola.

— Sí... sola... —comenté—. Pero no para el almuerzo ya que ¡no sé cocinar!

Mi abuela me observó y continué simpáticamente:

— Solamente me tenés que alimentar, ¿sí?

A los minutos mi mamá y yo nos despedimos. Y rápidamente me instalé en el patio junto al reproductor de música, la alfombra verde y mi sable. Si bien ya disponía del clásico espacio en el living de mi casa para bailar, ensayar allí mi nueva coreografía con sable hubiese sido peligroso. A menos que chocar y/o empujar -obviamente sin querer- la pantalla del televisor con el duro mango del sable en pleno baile no sea un hecho para considerar riesgoso, explayarme en mi nueva preparación coreográfica sería lo de menos.

Poco antes de las dos de la tarde mi abuelo interrumpió mi inspiración a la par de la melodía musical avisándome que la comida estaba lista. Y ya ubicada a la mesa, le agradecí a mi abuela por el solemne plato que ubicó delante de mis ojos. Mientras fui saboreando el arroz con orégano, el huevo frito y el bife, ella me preguntó:

— ¿No te cansaste de bailar? Estuviste en el patio toda la mañana.

— No, no me cansé. Al contrario, lo disfruto... y hasta siento que el tiempo no existe por cómo volaron las horas.

Me sonrió y allí mismo la conversación acabó. Me hubiese gustado escuchar de su boca, o más aún de la boca de mi abuelo algo así como: “¿Van bien con la construcción?”, “¿Cuándo podemos ir de visita así vemos cómo está quedando todo?”, “¿Creés que necesitarán más dinero para esa hermosa inversión? Tené presente que acá estamos nosotros para apoyar a nuestra nieta”.

De manera opuesta, ellos no emitieron ninguna palabra, sin embargo yo sí. No podía dejar en el silencio de la mesa el deseo de compartirles mi enorme anhelo.

—Hace una semana tuvimos que darle un stop a la construcción. La plata ya se acabó así que no podemos seguir avanzando. Sueño tanto con ser profe de danza que a veces me duele ver que mi sueño no pueda hacerse realidad a causa del dinero.

Mis abuelos tan sólo me miraron. Sin embargo yo les seguí hablando al recordar lo que me había dicho mi papá hacía unos días atrás, evidenciándome que los gastos deben ser repartidos hacia los hermanos también.

—Además, ahora a finales de mayo son los exámenes de ingreso en Tucumán para ver qué alumnos de la *UNSa* de la carrera Licenciatura en Física están en condiciones de ingresar al *Instituto Einstein* en Bariloche. Así que Gabriel junto a mis papás viajarán y por consiguiente andaremos apretados de dinero.

Tragué saliva, apoyé el tenedor sobre el plato y...

—¿No podrían prestarnos un poco más de plata para que mi sueño se concrete y para que las cosas resulten fáciles? Es más, así sentiría el apoyo de parte de ustedes.

Al ver cómo bajaron sus miradas hacia sus respectivos platos, prácticamente como si ignorasen mis palabras, me apené puesto que así como yo les estaba compartiendo lo que sentía, lo menos que ambos podían hacer era compartirme sus oídos. Y no tanto para escucharme sino más bien ¡para entenderme!

Seguí comiendo a la par de considerar que el silencio ya estaba siendo la clara respuesta a mi pregunta. No obstante, al transcurrir unos minutos, mi abuelo expresó:

—¿Qué te hace pensar que tenemos mucha plata en el banco?

Durante la hora de la siesta continué bailando y creando nuevas coreografías. Entre ellas, además del dominio que fui adquiriendo al bailar con el sable de una manera más profesional, estaba creando también una desenvuelta coreografía con velo. Ésta última con una música nueva (lo era para mí que la acababa de descargar a través de Internet).

Más entrada la noche mi mamá me fue a buscar siendo ya casi la hora para la clase de Janaan. De hecho, no lo mencioné: tras haberse mudado, la nueva dirección de su Academia quedaba relativamente cerca de nuestra casa.

Al estar en su salón percibí tan claramente cuánto me fascinaba y llenaba el alma que Janaan, desde su posición como profesora, me exigiese y enseñase para así poder seguir creciendo como bailarina que se me ocurrió además de tomar clases con ella, tomar clases con otra profesora también.

«¿Qué tal Amal?» recordé. «Me conoce bastante y yo la conozco a ella también. Y de alguna manera u otra sabe de mis progresos al haberme tomado durante los seis años consecutivos los exámenes del Profesorado en lo de Vero. Sin duda, sería satisfactorio recibir enseñanzas de su parte».

Al comentarles a mis progenitores sobre mi repentina idea, quedaron realmente sorprendidos de mí. Porque a simple vista, tras haber padecido situaciones lo bastantes tristes y dolorosas con Verónica, que de repente desease tomar clases con dos profesoras paralelamente, jera de no creer!

— Mary, sos una persona resiliente — me dijo mi mamá.

— ¿Resiliente? ¿Y eso qué significa?

— Es la capacidad de sobreponerse a las adversidades, como así también poder salir fortalecido de ellas, utilizando esas situaciones para crecer.

— Es verdad, mi tesoro. ¡Vos sos un claro ejemplo de una persona resiliente! — concluyó mi papá.

«¿Realmente soy una persona resiliente?» pensé, reconociendo que lo único que quería era asistir a muchas más clases de danza.

Al comunicarme con Amal a través de *Facebook*, le expresé que quería tomar clases con ella en su Academia. Incluso le pregunté si era posible que me diese clases personalizadas. No tuvo inconvenientes. Es más, quedó muy agradecida que la tuviese presente y que confiase en ella. Me cobraría \$200 la cuota mensual y mis horarios serían de 17 a 18 horas los lunes y miércoles.

Aquella noche me fui a mi cama muy complacida. Sin duda alguna qué bien se siente dormir sobre una almohada rellena de alegría y algodón. Si bien no podía dejar de imaginar lo que sería tener alumnas en mi propia academia, era increíble lo bien que se sentía seguir aprendiendo de la mano de alguien más.



Cuando el fin de semana acabó, el día lunes llegó con ese tenue calorcito de otoño. Y llena de impaciencia, no pude dejar de observar al inculpable reloj de la cocina.

— ¡Papá, ya quiero que sean las cinco!

— Ay Mary, ¿por qué tanta ansiedad? — Intentó tranquilizarme con el dulce tono en su voz.

—Ser alumna de Amal es un sueño, ¿entendés? Ella estudió en Buenos Aires con *Amir Thaleb*, ¡el mejor maestro de la Argentina!

—Entiendo pero, ¡controlá las ansias!

A las cuatro y media de la tarde, mi papá fue arrancando el motor de la *Kangoo*. Debíamos salir media hora antes ya que la Academia de Amal no quedaba nada cerca.

Agarré mi bolso y mirando por última vez el reloj, pensé graciosamente:

«Qué bueno que tus agujitas se apuraron porque de lo contrario ¡te hubiese despedazado!».

Transcurridos poco más de veinte minutos, llegamos. Al bajarme de la *Kangoo* mi papá me expresó:

—Disfrutá de las enseñanzas, mi tesoro. Aquí mismo te estaré esperando.

—Gracias por estar siempre a mi lado —le dije con una inmensa sonrisa.

Recorrí la vereda e ingresé a la Academia. Una suave melodía acompañada de voces árabes se escuchaba a través de los parlantes. No bien Amal percató mi presencia, se apartó de su escritorio para saludarme con un cálido abrazo.

—¡Mary! ¡Qué lindo que estés acá!

Poco después, Amal y yo nos situamos frente a los espejos. Se sentía tan pero tan extraño ser la única alumna... pero este hecho no me hizo dudar ni por un segundo en deducir cuánto crecería a su lado.

Cuando se hicieron las seis de la tarde, ¡nuevamente sentí ganas de destrozar un reloj! Jamás descuarticé nada en mi vida, aunque admitamos que no sería nada raro que Maryam Dimín, algún día, sea capaz de mutilar a un condenado reloj. Realmente, ¿por qué sentimos que el tiempo vuela cuando hacemos lo que amamos? Aunque, de hecho, hay una frase que revela una clara respuesta: “Descubre aquello en lo que pierdas la noción del tiempo y entonces sabrás que has encontrado tu pasión”.

Tiene sentido aquella frase, ¿no? Queridos relojes de todo el mundo: no los despedazaré, sé que ustedes no tienen la culpa; pero tengan en cuenta que eso no justifica que quiera su descanso eterno.



Pasaron unas semanas hasta que, una noche, tras terminar la clase de Janaan, ella misma me avisó que no me fuese todavía ya que debía hablar conmigo.

Al ubicarnos cómodamente en la recepción, me dijo:

— Te quiero invitar como bailarina solista para nuestro Show del mes de junio, será junto a la *Orquesta Memphis*.

¿INVITACIÓN? ¿SHOW? ¿*Orquesta Memphis*? Tardé un buen par de segundos en asimilar que viviría mi anhelo de bailar en vivo por primera vez junto a una Orquesta ¡¡¡¡¡gracias a ella!!!!

Intenté controlar mi euforia interna para no parecer una excéntrica a causa de tanta alegría, a lo que sencillamente pronuncié:

— ¡Qué lindo!, ¡¡¡muchas gracias!!! Será un placer bailar y ser parte de tu Show.

— Más a la noche cuando entre a *Facebook* te paso el repertorio que tocan los chicos así elegís un tema para tu coreo, ¿sí?

— Sí, genial. ¡Gracias!

Estuve a un vocablo de emitirle un gigantesco agradecimiento por las innumerables enseñanzas que me brindaba desde que era parte de su Academia, pero no pude pues una señora acababa de subir las escaleras queriendo averiguar por las clases de danza para niñas. Me lamenté que, sin querer, interrumpiese nuestras palabras pero entendí que Janaan debía continuar haciendo su trabajo así que me despedí y bajé las escaleras para situarme en la *Kango*.

Pero al llegar a casa, luego de bañarme y cenar milanesa con ensalada rusa, ingresé a *Facebook*. ¡¡¡No podía callar mis sentimientos!!! Fue allí que le escribí:

— Más vale que sepás la felicidad que consigo en cada una de tus clases. ¡Sos una profesora sensacional! Espero sepás cuánto te quiero...

Y sin esperar que inmediatamente me contestase, expresé:

— Yo también te quiero y muuuucho. ¡Gracias miles por elegirme, por confiar y valorar mi trabajo! Te adoro, Mary.

Por un instante me sorprendí debido a que, hace tan sólo poco más de una hora, Janaan concluyó con las clases. ¿Efectivamente se daba tiempo de estar en *Facebook*? Convengamos que es madre y su tiempo es limitado.

— ¿Sabés qué? — Continué escribiendo —. Me hubiera gustado que vos hubieras sido la profesora que me enseñase los primeros pasos... ¡mi profesora de toda la vida! Me pregunto si hay una razón por la cual no te conocí antes. — Concluí con una carita triste a través del chat.

— Ay mi niña... ¡qué belleza de palabras! Viste que las cosas pasan y eso ya está. Lo bueno es que tu ansia de perfección y aprendizaje no pone barreras y por suerte nos encontramos, es aquí y ahora nuestro momento ¡¡¡y espero sea por mucho más!!!

Cerré con fuerza los ojos frente a la pantalla de mi computadora.

Imaginé la posibilidad de que existiese una máquina del tiempo para viajar hacia el pasado con el objetivo de que Janaan hubiese ocupado el lugar de Verónica. ¿Qué tan diferente resultaría todo? De seguro los litros de lágrimas de tristeza que Verónica me hizo derramar, Janaan los transformaría en litros de lágrimas de felicidad.

Al abrir los ojos, un nuevo mensaje de ella apareció:

—Espero siempre darte lo mejor de mí... Y cuando no lo esté logrando ¡decímelo!

Es en serio, ¿con quién debía comunicarme para conseguir una máquina del tiempo?

En ese instante sentí en lo más profundo de mi corazón demasiada sinceridad en Janaan. A su vez, me resultó indescriptible explicar el afecto que puede llegar a surgir entre una alumna y su profesora.

«¿Profesora?» pensé de pronto. «Janaan y yo somos colegas al igual que Amal».

Sin embargo yo no las veía ni mucho menos las sentía así. Porque clase tras clase aprendía de ambas, frente al espejo, infinitas enseñanzas al compás de la música. Claramente yo las consideraba como mis nuevas profesoras de danza y no como colegas. ¿Eso estaba mal? ¿Estaba mal que me sintiese una alumna nuevamente?

Hasta que recordé que en uno de los viajes realizados el año anterior uno de los miembros del jurado me expresó: “Siempre hay algo nuevo por aprender”. De tal manera, tenía muchísimo sentido que teniendo ya el título de profesora al igual que Janaan y Amal, yo siguiese aprendiendo. Pues en la vida nada implica ser profesor, alumno o colega cuando en realidad ¡todos somos maestros y aprendices a la vez!

¿Seré la única que siente escalofríos al asimilar lo maravillosa que es la sabiduría?

CAPÍTULO 6

“Halagos y debut en San Miguel de Tucumán”

—Má, ¿cuándo es que viajan a Tucumán para que Gabriel rinda el examen de ingreso?

—Ahora a fines de mayo, Mary.

—Ya sé, pero... ¿qué fecha es exactamente?

—Viernes treintaiuno —contestó mi hermano que acababa de aparecer en la cocina tras escuchar su nombre un instante atrás—. ¿Por qué lo preguntás?

Expresé una sonrisa y grité:

—¡¡¡¡¡¡Papá!!!!!!

—¿Para qué lo llamás? —quiso saber mi mamá.

Al acudir a nuestra presencia luego de mi oíble grito, dijo:

—¿Qué pasa, mi tesoro?

—Les informo que alguien irá de colada en su viaje de fin de mes —declaré con picardía.

—¿Quién? ¿Vos? —consultó Gabriel.

—Ajam... —Asentí—. Y ni se te ocurra decir algo porque vos fuiste de colado al primer viaje que hice el año pasado cuando visitamos el zoológico, ¿te acordás? ¡Así que estaríamos a mano, jovencito! —expresé con ironía.

Dirigí mis palabras hacia los señores de la casa y continué:

—Una Orquesta de Tucumán me acaba de invitar para que baile en un Show que ellos mismos están organizando en una café-concert muy conocido de allá y, casualmente, ¡es el viernes treintaiuno!

Ante la confusión de mi papá, les seguí explicando que, la presente invitación a través de *Facebook*, no tenía nada que ver con la participación en el Show de Janaan junto a la *Orquesta Menfis* de Salta.

—¡Excelente! —Se alegró mi papá asimilando la hermosa coincidencia de fechas.

Debatiendo en familia durante los posteriores minutos, llegamos a la conclusión de que Micaela se quedaría en casa. De esta manera Gabriel y yo viajaríamos junto a los mayores en la *Kango* para cumplir cada uno su objetivo en San Miguel de Tucumán.

—Puedo... ¿puedo sugerir una cosa? —titubeé.

—Claro que sí Mary —me respondió mi papá.

Suspiré cargada de experiencias al mismo tiempo de sentir que nunca podría olvidar los sucesos de mi vida, sin importar por más sencillos que estos hubiesen resultado.

—¿Te acordás que en el viaje a Tucumán del año pasado, vos y yo nos perdimos yendo al Teatro para la premiación por culpa de esa procesión que pasó frente a la plaza? —pronuncié entre risas—. Bueno, cuestión que al llegar, mientras nos dormíamos en las butacas, estaban terminando de participar las bailarinas de la categoría Profesional... ¿Te acordás o no?

—Sí tesoro, sí me acuerdo —afirmó riéndose.

—Entre aquellas bailarinas, una tal Lucía Valdez me impresionó por lo lindo que bailó. Y no sé si sabían —les expresé a él y a mi mamá— que a raíz de eso la busqué en *Facebook* y desde entonces chateamos.

Al mirarme ambos con ojos alegres, fui directo al grano:

—¿Mientras Gabriel rinda su examen puedo ir al Estudio de Lucía y tomar clases con ella? Una de las tantas veces que hablamos me dijo que por favor la próxima vez que viaje a Tucumán le avise así nos juntamos, compartimos... y bailamos.

—No hay problema, Mary —dijo mi papá—. ¡Qué lindo realizar un viaje por varios motivos!

—Entonces... —habló mi hermano—. ¿Maryam es la colada?, porque ella parece la protagonista del viaje— concluyó con sarcasmo.

—¡¡¡Admití que te encanta que sea parte de tu viaje!!! —le expresé mientras lo ataqué a cosquillas.

—Síííí... Claaaro... ¡cómo no me va a encantar! —finalizó con aún más sonrisas entre medio de su sarcasmo, con tal de que la risueña tortura acabase.

Al dejar de lado la ironía, las risas y las cosquillas, de repente asimilé en voz alta:

—Estoy por bailar dos veces junto a una Orquesta. Y cabe aclarar que son diferentes... y en diferentes provincias también.

Mientras una delicada sonrisa surgió en mis labios luego pensé:

«¿Qué tan cierto es que los mejores momentos en la vida se hacen esperar?».



Al llegar fin de mes, el día jueves treinta emprendimos el viaje a Tucumán poco antes de las ocho de la mañana por la Ruta Nacional 9. Y seamos sinceros, ¡era una infiltrada sentada en el asiento de la parte de atrás de la *Kangoo*! Pues en un primer momento la idea era que yo me quedase en Salta, en casa junto a Micaela, mientras Gabriel viajaba. Sin embargo, es realmente impactante cómo Dios prepara los aconteci-

mientos de una manera tan perfecta en la vida. Porque calificar como “suerte” el hecho de que el mismo día que mi hermano rendía, una Orquesta me invitase a bailar, era mucho más que una casualidad.

Poco después de las cuatro horas de viaje aproximadamente, nos dirigimos hasta el hotel. Hotel el cual, una semana antes, mi mamá se encargó de buscar y reservar a través de Internet. ¡Gracias *Google Maps* por siempre contribuir en cada viaje!

— ¡Qué bien! — exclamé al estar en la recepción del hospedaje que, de hecho, acababa de ser rociado con aromatizante a frutilla por la mu-
cama —. ¡Hay ascensor!

— ¿Y qué tiene de especial que haya ascensor? — me preguntó mi hermano, pensativo.

— Subir interminables escaleras con valijas es muy agotador, ¿sabías?

— Ay... bueno... Disculpe su majestad por no saber que es famosa y que por lo tanto necesita de un ascensor para movilizar sus importantes pertenencias.

Solté una risa y le dije:

— Vamos nosotros subiendo a la habitación. El papá y la mamá están en la cochera terminando de bajar las cosas de la *Kangoo*.

— La llave, señorita. — Me la entregó el recepcionista.

Al llegar a la puerta de la habitación N° 58, Gabriel se encargó de abrirla. Ingresamos e, ignorando la cama matrimonial, enfoqué mi vista en aquellas dos camas simples que estaban ubicadas a unos cortos metros más allá.

— ¡Yo duermo en esta! — exclamó Gabriel con rapidez al sentarse en la cama que estaba ubicada frente al ropero.

— En conclusión, la otra es mía. — La señalé para luego tumbarme sobre ella.

— Me apodero de esta ya que tiene un toma corriente recerquita, así podré enchufar mi computadora portátil mientras repaso unas últimas veces los contenidos para el examen de mañana.

— Y la mía prácticamente está al lado de la cama matrimonial — le manifesté.

— ¿Eso es útil?

Inmediatamente después de la pregunta de Gabriel, nuestros progenitores entraron a la habitación abrazaditos. Allí mismo se me ocurrió una seductora respuesta:

— Es muy útil... así podré vigilar que ciertas personas no vayan más allá de los abrazos en la cama. Al menos no en nuestra presencia, ¿no te parece?

— ¿De qué hablan? — consultó mi mamá mientras se despojaba de

los últimos equipajes.

—Del calentamiento global... o quizá de... de otro tipo de calentamiento... —concluí fingiendo una inocente sonrisita.

Mi ingeniero aprovechó la situación y se arrimó todavía más a mi mamá a cambio de besarle los labios frente a mi presencia y la de Gabriel. ¡¡¡Amaba tanto esos momentos en familia!!! Quién diría que, si no se los aprecia profundamente, luego hacen tanta falta en el corazón...

Posteriormente de almorzar unas riquísimas porciones de pizza en un restaurante, Gabriel se quedó en el hotel. En lo que a mí concierne, mis papás me llevaron en la *Kango* al Estudio de Lucía. Este se encontraba en la entrada a San Miguel de Tucumán, bastante lejos de donde nos habíamos alojado.

—¡Qué emoción conocerla a Lucía! —expresé.

—¿Pero qué no se conocen ya? —me preguntó mi papá a cargo del volante.

—No, o sea sí... A ver, jamás hablamos personalmente ya que todo siempre fue por *Facebook*. Y la única vez que “nos vimos” fue en un certamen, bailando... No cruzamos palabras.

—Entonces es entendible tu entusiasmo —comentó mi mamá desde el asiento del copiloto.

Al cabo de media hora más o menos, llegamos. Y ya en la vereda advertí la comodidad que es tener un salón de danza apegado a tu propia casa. Pues los padres de Lucía Valdez hacía años convirtieron lo que solía ser la terraza del hogar en un hermoso Estudio de Danza.

Una señora peinada con un precioso rodete bajó las escaleras mientras, con un beso, me saludó con alegría.

—¡Qué tal! Soy la mamá de Lucía.

Le presenté a mis papás. Incluso durante el saludo se nos arrimó un señor. Sin duda alguna el padre de Lucía.

—Lucía nos habló mucho de Maryam —pronunció—. ¡Qué lindo conocerlos a ustedes también!

—Muy amable, gracias —Le estreché la mano mi papá.

—Subamos, Lucía está esperando en el Estudio. —Nos indicó la señora.

Mi papá, mi mamá y yo avanzamos por las escaleras hasta encontrarnos en el hermoso salón de danza. Bajo una ventana, un amplio escritorio era aprovechado por Lucía. Al verme se le iluminaron los ojos, sonrió con gran fogosidad y se apartó de la silla con brusquedad. Tras haberse acercado a mí, me saludó con un fuerte abrazo.

—¡Qué lindo conocerte por fin! —le expresé igual de feliz que ella.

— ¡Lo mismo digo, Maryam!

Lucía saludó a mis papás mientras ambos admiraban el Estudio que ella misma era capaz de manejar teniendo apenas diecinueve años. Sin mencionar que, paralelamente de hacer lo que ama, asistía a la Universidad para estudiar Ciencias Económicas.

Mis papás y los papás de Lucía compartieron palabras un buen rato. Ella y yo tan sólo escuchábamos complacidas al advertir lo bien que estaban congeniando.

— Qué gran inversión construirle a su hija todo esto... — comentó mi papá —. Me imagino lo que le costó, pues yo estoy haciendo exactamente lo mismo con la mía.

— Cuando los hijos se lo merecen, ¿cómo no vamos a sacrificarnos por sus sueños y ayudarlos! — afirmó el padre de Lucía.

— ¡Exactamente! — Se complació mi ingeniero felicitándolo por ser un hombre de familia que apoye constantemente a su hija.

— Notando que la danza es lo que realmente ama — amplió su madre con humildad —, le dijimos a Lu hace unos años que abandonara los estudios en el colegio pues ella sufre mucho de problemas de presión: se pone nerviosa y se desmaya. Pero no quiso. Y hoy se da tiempo para todo... le gusta estudiar por más que la facultad la coma viva. — Rio con sencillez.

Después de que la charla de adultos finalizó, me despedí de mis dos ángeles hasta la noche. Por lo tanto, Lucía y yo nos quedamos a solas en su Estudio. Y antes de que nos ubicásemos frente al espejo para que me impartiese su clase, nos sentamos delante del escritorio para compartir multitud de palabras. Convengamos que estaba siendo la primera vez que hablábamos cara a cara. ¡Cómo no hablar por un buen rato!

— Vos me hacés acordar mucho a mí...

— ¿Ah sí? ¿Por qué? — le dije con desconcierto.

— Gracias a Dios siempre me fue bien como maestra — empezó diciéndome — a pesar de que cuando empecé a enseñar con apenas trece años, mi profe se olvidó de mí. Ahora que tengo una trayectoria es como que se quiere volver a acercar, pero no entiendo sus intenciones al querer restablecer el vínculo de una manera tan repentina.

Acomodó unos CDs sobre el escritorio y siguió:

— Digo que me hacés acordar mucho a mí porque algo parecido leí en tu *Facebook* el año pasado con respecto a tu profe. ¿Pero sabés qué?, uno nunca deja de aprender y eso es importante recordarlo. Puede que pase que al principio uno no lo entienda, pero cuando comprendés que en la vida las enseñanzas no tienen un final, encontrás gente que te da

todo... sin guardarse nada. En conclusión, descubristis otras profesoras que son capaces de entregarte mucho más de lo que la tuya no te dio. ¡Dalo por seguro!

Al escuchar aquello, de inmediato aparecieron en mi cabeza las imágenes de Janaan y Amal brindándome sus clases. ¿Cómo manifestarle a Lucía que entendía claramente lo que me acababa de expresar? Y más que comprender al pie de la letra sus palabras, ¿sabía lo que se sentía por el simple hecho de estar viviéndolo!

— Comparto lo que acabás de decir, después la vida te sorprende con otras profes que te brindan más y mejores cosas.

Me asintió con la cabeza y, cambiando de tema, me preguntó:

— Al final no estás enseñando todavía, ¿no?

— No, no estoy enseñando todavía porque mi academia sigue en construcción. Si Dios quiere para el año que viene ya debería estar todo listo y ahí sí ya empezaría a full con las clases. Aun así, tuve la oportunidad de enseñarles a unas nenas en la Academia de una colega y pararme enfrente de un espejo ¡fue hermoso! Vos debés saber bien lo que se siente.

— ¡Es hermosísimo! Mirá, por mi parte, yo prefiero ser profesora que bailarina. O sea, si me dan a elegir entre enseñar o pisar un escenario, elijo enseñar.

— Qué lindo... — expresé a la par de preguntarme cuál de ambas, con el transcurso del tiempo, llegaría a ser más fuerte en mí: ¿Ser bailarina o ser profesora? Porque si bien se podría decir que ambas están unidas por el mismo hilito de pasión, son sentires completamente diferentes.

Hasta poco antes de las siete de la tarde disfruté de las enseñanzas de Lucía. Y debo mencionar que, mientras aprendí a su lado, asimilé con mucha madurez que cada bailarina tiene su estilo al bailar y más aún cada profesora tiene su método al enseñar. Eso no está mal, al contrario ¡eso es único! ya que ahí mismo mora la autenticidad de cada artista. Pero... si aquello estaba siendo una reflexión mental muy inteligente de mi parte, ¿entonces por qué hay quienes en el ambiente de la danza se empeñan a decir “ella baila feo”, “ella baila mejor”, “ella no sabe enseñar”, etc.? Si cada artista es único a su manera, realmente no hay nadie mejor ni peor. Y más aún, si conservan la humildad arriba y abajo del escenario, y dentro y fuera del salón de clases, en efecto no hay nada más que decir.

De un momento a otro las alumnas más pequeñas de Lucía empezaron a llegar para su clase. Me las presentó a cada una. Las nenas, muy entusiasmadas al advertir una visita en el Estudio, ¡quisieron que yo les dé la clase!

—Gracias por tan lindo halago.

Le indiqué a otra de las niñas que bajase su mano para que formulase su pregunta.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—Empanadas de queso.

—¿Y tu bebida favorita?

—*Pepsi* — respondí sin vacilar siquiera un segundo.

—¿Por las mañanas qué desayunás?

—Mayormente café con leche, a veces té.

Al decir esto aflojé una sonrisa debido a que, antes, ¡solía amar profundamente tomar té! Con rapidez até cabos de que si no fuese por los viajes realizados el año anterior (recorriendo innumerables hoteles), el café con leche nunca me hubiese gustado.

—¿Tenés hermanos?, ¿cómo se llaman?, ¿cuántos años tienen? — me interrogó otra pequeña.

— ¡¡¡Epa!!! — exclamó Lucía entrometiéndose en la charla—. Era una pregunta por cada mano levantada, ¡no tres! — concluyó riendo.

Me reí también y luego contesté:

—Tengo una hermana, tiene diecinueve años y se llama Micaela. Y Gabriel, mi hermano, tiene uno más que yo: diecisiete.

Las preguntas tan sencillas e inocentes, tal como lo eran quienes las pronunciaban, no acabaron hasta las 20:30 horas, momento en el cual sus mamás y papás fueron subiendo las escaleras del Estudio para buscarlas. Al enterarse los padres de las pequeñas por qué razón Lucía no dio la clase aquel día, con respeto, aprecio y hasta con admiración, los adultos se acercaron a saludarme. Fue muy extraño lo que sentí... pues recibir semejante cordialidad de personas a quienes ni conocía, no es algo que ocurra todos los días.

De hecho, cuando llegaron las alumnas más grandes -chicas de entre doce y veinte años-, ¡¡¡el respeto fue inmenso!!!

—Como ven, hoy tenemos a una hermosa invitada. — Me presentó Lucía—. Ella es la profesora Maryam Dimín de la provincia de Salta.

Las chicas me saludaron con admiración, algunas de ellas como si ya supiesen quién era yo exactamente. Entre ellas noté que había ¡tres señoras! ¡¡¡Qué deslumbrante que a su edad se animen a bailar!!! Y casi sin organizarlo, cada una se fue sentando contra el espejo. E incluso ubicadas allí, las alumnas de Lucía no dejaron de observarme con curiosidad.

A lo mejor por las expresiones de admiración tan evidentes de parte de las chicas hacia mí, Lucía movió la silla del escritorio y la ubicó

enfrente de sus alumnas indicándome que me sentara para así poder dialogar con ellas.

—¿La podemos entrevistar? —Se escuchó la voz de una de las chicas.

—Esa es la idea justamente —respondió Lucía con alegría.

Suspiré. No podía asimilar que cerca de treinta chicas (¡algunas más grandes que yo!) utilizaran aquella expresión como si se tratase de que tenían enfrente a una destacable bailarina. Tenía, apenas, dieciséis años. Era una simple chica tal como ellas, que ríe, que llora, que puede sentirse enamorada y en definitiva: ¡que ama la danza árabe! ¿Por qué tanta cortesía entonces?

—Profe —murmuró una de ellas—. ¿En serio es de Salta?

—Sí, soy de Salta.

—¿Y tiene muchas alumnas?

—Si bien ya soy profesora —les aclaré—, todavía no estoy dando clases ya que mi academia sigue edificándose.

Sorprendidas, me cedieron el espacio y la confianza para que les compartiese que el mayor sueño de toda mi vida se hacía realidad en la parte delantera de mi casa. Incluso entré en detalles al relatarles que todo aquello había sido idea de mi papá; un domingo por la noche del mes de octubre, hacía casi ocho meses atrás.

—Profesora —habló otra de las chicas—. ¿Usted con quién estudió danza allá en Salta?

«¿USTED?». Por un instante sentí la necesidad de voltearme y comprobar que la pregunta realmente era para mí, porque ante tanto respeto parecía que se dirigía hacia otra persona. ¿¿¿En verdad me estaba tratando de “usted”??? Asombroso... un hecho inimaginable.

—Estudié con Verónica Cardozo, en diciembre del año pasado me recibí —respondí.

—Me imagino que sigue manteniendo el contacto con su profesora —siguió diciendo.

—La debe querer mucho habiendo estado a su lado por seis años —completó otra de las alumnas.

Negué con la cabeza antes de pronunciarles:

—Lamentablemente el inmenso cariño que solía sentir por mi profesora fue desapareciendo ante los malos tratos que tuvo conmigo.

Me tomé unos segundos para volver a mirar cada uno de esos rostros. Las chicas no despegaban sus piernas al seguir sentadas en el piso.

—Desde lo más profundo de mi corazón, reconozco que si no hubiese sido por Janaan, una amorosa profesora que conocí en el mes de febrero, ¡yo no seguiría bailando! Y más aún, si no hubiese sido por

ella, hoy por hoy no comprendería que aferrarse al rencor es como agarrar un carbón ardiente con la intención de tirárselo a la persona que te dañó, pero quien en realidad se quema es uno mismo. La ira es tan tóxica que, tarde o temprano, te destruye por dentro cuando se quiere seguir mirando atrás sin entender que nuestras alas deben desplegarse otra vez hacia adelante.

Ante el silencio que persistía en aquel Estudio, concluí:

—Jamás podré olvidar el daño que mi profesora me causó. Pero queda en mí, como queda en cada uno de nosotros como personas, acariciar las cicatrices del pasado con dolorosas lágrimas o con radiantes sonrisas.

—Usted, profesora Maryam, ¡es un ejemplo de vida! —expresó de repente una de las señoras.

—Dios quiera sea así... ¡Muchas gracias! —pronuncié ante sus preciosas palabras.

—¿Podemos verla bailar? —consultó una de las chicas.

—Si Lucía me permite, bailar en este espacio sería todo un gusto.

—¿Qué tema te gustaría bailar? —me preguntó de inmediato arriándose al equipo de música.

—¿Tenés *Ljdid Baladi* de la *Orquesta Al Yabal* de acá de Tucumán?

—Claro que sí, ese tema es precioso. Ya mismo lo pongo.

Me aparté de la silla dejándola nuevamente junto al escritorio. Y mientras me encaminé hacia el centro del salón lista para bailar, mentalicé lo que más pude de la coreografía que bailé en otras ocasiones durante el año anterior con aquella preciosa música.

Justo antes de que Lucía le diese el play a la melodía, percaté el entusiasmo en las miradas de cada una de sus alumnas por estar a punto de verme bailar. De hecho, ya mientras lo hacían, me sorprendí de mí misma debido a cómo calificar la circunstancia de recordar aquella coreografía ¡sin ni siquiera haberla ensayado! Sin poder dejar de sonreír mientras les compartía mi felicidad, sentí con extrema claridad que no es indispensable pegarse pestañas postizas, pintarse las uñas ni colocarse un traje de lentejuelas y canutillos para bailar. Pues al recordar que el auténtico escenario está por dentro, hay rutinas que quizá se transforman en hechos innecesarios tras experimentar que, sin estar pisando unas tablas de madera, sino al contrario: ¡simples baldosas!, aun así se está haciendo lo que se ama.

Cuando la música terminó, todos aquellos aplausos emitidos por las chicas me volvieron a la realidad. A la realidad de que durante toda la coreografía me encontré frente a unos simples espejos... y sin embargo

yo había sentido que estuve sobre un escenario. Eso sí que fue MAGIA en su máxima expresión.

– Usted profesora, ¡baila hermoso!

– ¡Es muy carismática!

– ¡Es hermosa y una gran bailarina!

– ¡Su manera de bailar es única!

Cuando quise agradecer las palabras y las expresiones, ¡ellas mismas no me lo permitieron! Pues después de haberlas pronunciado, con rapidez se levantaron y se dirigieron conjuntamente hacia Lucía. Por unos cortos minutitos la secretearon en el oído hasta que ella misma me dijo:

– Me piden que, por favor, las veás bailar y le hagás alguna pequeña devolución de manera verbal.

Parpadeé como queriendo caer en esa realidad tan enorme al concluir lo mucho que deseaban que fuese la jueza de sus coreografías aquel día.

De tal manera, ahora la sentada en el piso contra el espejo estaba siendo yo.

Mientras me mostraron algunas de sus coreos, me deleité viéndolas bailar. Si bien a algunas de las chicas les faltaba corregir la posición de los dedos, el estiramiento de los brazos y de los empeines, hubo algo extra que me maravilló.

– ¡Son admirables, chicas! – les expresé con una sonrisa cuando acabaron –. Porque sin importar que sean muchas, hasta cuando bailan se refleja lo unidas y buenas compañeras que son.

Dirigí mis palabras hacia Lucía y finalicé:

– De corazón, ¡te felicito a vos! porque como profesora sabés plasmar en tus alumnas una conexión muy notoria. Espero saber cómo lograr lo mismo el día de mañana con las mías.

Sonriendo, me asintió con la cabeza no sin dejar de agradecerme por lo pronunciado. Y justo cuando me pregunté qué otra maravillosa experiencia podría surgir, en un abrir y cerrar de ojos, prácticamente sin que me diera cuenta, Lucía me llamó entretanto sostenía en sus manos un llamativo envoltorio rectangular.

– Esto es para vos, Maryam. – Me cedió el presente –. Es de parte de todas nosotras.

Abrí conmovida aquel envoltorio en lo que descubrí que se trataba de un precioso cuadro. Este mismo, acompañado por el logo impreso de su Academia, decía: “El Estudio de Lucía Valdez y sus alumnas de San Miguel de Tucumán, agradecen tu visita.”

—Para que nunca te olvides de nosotras... y para que lo tengas muy pronto colgadito en tu academia — puntualizó Lucía.

Todavía agarrando el obsequio entre mis manos, dirigí una rápida mirada en torno a sus alumnas.

— ¡¡¡Es hermoso, muchas gracias a todas!!!

Y al volver mis ojos hacia Lucía le di un fuerte abrazo agradeciéndole por ser una persona llena de sencillez, pues eso mismo es lo que yo había percibido aquella vez que la vi bailar pese a que no cruzásemos palabra alguna.

Me arrimé a mi bolso para guardar en su interior el impensado y lindo presente entretanto las alumnas de Lucía junto a la ayuda de su mamá, se ubicaron en el centro del salón para colocar un largo mesón y extender sobre él un amplio mantel. Y sin poder analizar los peculiares sentimientos de cordialidad que no dejaba de recibir durante todo aquel día, que de hecho todavía no terminaba, de un momento a otro ya habían ubicado sobre el largo mesón bandejas de pizzas, papas fritas, sanguchitos, paquetes de galletas, porciones de pastafrolas, etc.

No obstante, cuando la madre de Lucía colocó en la punta de la mesa un plato cargado de empanadas y varias botellas de *Pepsi* dispersas sobre el mantel, ¡me deslumbré! Pues comprendí que no sólo las alumnas del Estudio me estaban haciendo sentir una diosa sino también la misma familia de Lucía. De hecho su mamá no dejaba de atesorar cada momento a través de su cámara fotográfica.

— ¿Viste que resultó ser más que una entrevista lo que las nenas te preguntaron?

Me reí ante el comentario de Lucía. Y luego de agradecerle una vez más, exclamó hacia todas:

— ¡Acérquense! La idea es que todas compartamos con la profe Maryam.

Fue tal el respeto, la honra, la admiración y la cortesía que noté que me brindaban, que por unos segundos dudé si aquella sensación de “sentirse una diosa” era correcta o no. En conclusión, ¿qué hacer con tantos halagos cuando se empieza a sentir que agradecerlos no compensa el cariño?

Pasadas las 23:00 horas, mi papá y mi mamá me fueron a buscar ya que la clase o, más aun, la comilona en el Estudio había acabado. Del mismo modo a las alumnas de Lucía las fueron a retirar también, unas que otras regresaron solas a sus hogares. En cuanto a Lucía y a mí, nos despedimos felices hasta el día siguiente ya que, ante lo acordado, mientras mi hermano estuviera rindiendo en la Universidad yo segui-

ría compartiendo con mi colega.

Cuando llegamos a la habitación del hotel, mi papá y mi mamá no hicieron más que ponerse sus pijamas y ubicarse cómodos en la cama matrimonial; listos para... para dormir, claro. Y Gabriel ya descansaba en su cama también, luego de haber estado a lo largo del día repasando una última vez los temas para su examen de ingreso del día siguiente.

A su vez, siendo inapelable en mí, ¡como siempre!, después de un día tan transpirado a causa de la danza, no era capaz de acurrucarme entre las sábanas y el colchón sin antes hacerle una visita a la espléndida ducha.

Y entretanto la esponja, el jabón, el champú y la crema enjuague realizaban su trabajo, mi cerebro no dejaba de hacer el suyo también. Pues ante semejantes elogios recibidos durante todo aquel día, de pronto reinó una confusión en mí. Previamente agradecí el estar a solas en el baño y a la vez encerrada por la cortina de la bañera ya que eso me permitió encontrarme conmigo misma con el único objetivo de pensar con extrema tranquilidad. Rodeada de tanto silencio, a menos que el fluir del agua a través de las cañerías se considere ruidoso, entendí que quedaba solamente en mí cómo responder ante el “sentirse una diosa”. Puesto que frente a las admiraciones de los demás, yo misma debía decidir entre dos simples acciones: que los elogios subiesen a la cabeza o que se situasen en el corazón. Sonaba fácil decírmelo a mí misma, sin embargo ¿cómo llevar a cabo tan sólo una de las dos?

Ya ubicada delante del lavatorio, rocé la mano en el espejo para que dejase de estar empañado. Me desenredé con la ayuda del peine los rulos que tanto amo, hasta que en un determinado momento me detuve al observar mis orejas en el espejo. ¿Mis orejas? Sí... las orejas. Gracias a Dios, quienes tenemos la dicha de poder escuchar, toda palabra que nos emiten ingresan por ellas. Y acaso será que, ¿tan cerca están los oídos de la mente que resulta más fácil ubicar allí lo que nos expresan los demás? Porque ante la confusión que ya había aclarado mientras me duchaba, ¡yo quería conservar los elogios en mi corazón! que quizá por estar tan alejado de los oídos, mucha gente lo ignora a la hora de qué hacer ante los halagos que se reciben por parte del prójimo.

Me terminé de peinar a la par de comprender que si conservaba las palabras en la cabeza, quizás en poco tiempo se transformarían en una pelota de nieve abastecida de sutiles copitos de ego imposibles de calentar. En cambio, el conservar las palabras en el corazón, día a día me enseñaría lo grande que se puede llegar a ser siendo humilde. De

esta manera, “sentirse una diosa” ante las palabras que te brindan los demás, no está mal.



— ¡Mary, ya son las ocho! — Escuché decir a alguien.

Dormitando, despegué mi cabeza de la almohada entretanto escuchaba la constante voz de un hombre. Apenas si me llevó unos segundos darme cuenta de que mi mamá veía el noticiero tucumano por la televisión.

— ¿Era necesario que me despertés con el ruido de la tele? — le pregunté a mi mamá, ya sintiéndome bien despabilada.

— No te desperté con el ruido de la tele, sólo te avisé que ya son las ocho.

Al levantarme de la cama del hotel, de repente me pregunté dónde quedó la madre que me solía despertar con un beso en la frente. Aunque más bien la correcta pregunta sería: ¿dónde quedó aquella Maryam que solía dormir abrazadita de un peluche?

— Tesoro, cambiate así bajamos a desayunar. Gabriel debe estar en la Universidad a las nueve y media y ya de ahí te dejamos en lo de Lucía — me recordó mi papá al salir del baño.

— Sí papi, ya mismo me preparo.

Cuando llegamos a la *Avenida Independencia*, calle en donde se sitúa la *Universidad Nacional de Tucumán*, mi papá estacionó la *Kangoo* con el objetivo de bajarnos y acompañar a Gabriel hasta la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, ya que allí le debían indicar en qué aula se rendirían los exámenes para poder ingresar al *Instituto Einstein* en el mes de agosto, en Bariloche.

— ¿Estás nervioso? — le pregunté a mi hermano.

— ¿Nervioso? — me repitió.

Realmente mi pregunta había estado de más. Tratándose de un chico de diecisiete años con un coeficiente intelectual lo bastante elevado, consultarle si se sentía nervioso por estar a minutos de presentarse a un importante examen era como si a mí me preguntasen: “¿la danza es tu pasión?”.

«No, no es mi pasión» respondería en el hipotético caso si de verdad me lo preguntasen. «Bailo porque mi familia me obliga».

Ante mi sarcasmo mental, Gabriel continuó:

— ¿Sabés, Mary? Estoy taaan nervioso que creo que voy a vomitar el café con leche y las medialunas que desayunamos.

Nos reímos por unos gozosos segundos. Luego lo codeé y le dije:

— Qué haría yo sin vos... y sin nuestras charlas enormemente sar-

cásticas que solamente nosotros entendemos.

—No sé. —Me guiñó un ojo—. Quizá la vida sería más fácil para vos ya que alguien no estaría constantemente haciéndote cosquillas.

—Lo mismo digo para vos...

Después de recorrer largos pasillos y subir incontables escaleras, al fin nos topamos con el aula adecuada. Antes de que Gabriel entrase, le di un abrazo pero no tanto con el objetivo de deseárselo sino más bien para recordarle lo importante que él es para mí.

—Te amo, mi chico Einstein.

Al ya estar Gabriel realizando su propósito del viaje, nuevamente yo estaba haciendo el mío. Y esta vez no sólo compartí palabras a solas con Lucía en su Estudio, ya que además de disfrutar y seguir agradeciéndole por las enseñanzas personalizadas que me estaba brindando, me invitó a que me quedase a almorzar junto a su familia. Claramente, con mucho gusto acepté, pues que me otorgase el espacio permitiéndome conocerla más a ella y a sus padres, fueron acciones que me llenaron de alegría el corazón.

—Anoche después de que te fuiste, me puse a mirar todas las fotos que sacó mi mamá mientras le diste clase a las nenas, mientras las evaluabas a las chicas, mientras vos y yo nos abrazamos retiernamente cuando te di el cuadro... En fin, ¡están hermosas las fotos! —me contó ya sentadas a la mesa en el comedor de su casa—. Ya las voy a subir a *Facebook*, ¿dale?

—Dale Lucía, ¡genial! Etiquetame en todas.

Pasadas las seis de la tarde mis papás me buscaron en su Estudio, tal como habíamos acordado. Me despedí de Lucía con un abrazo tan perdurable que evidenciaba lo agradecida que me sentí por todo lo que me había enseñado en las últimas veinticuatro horas y, más que nada, por todo lo que me había permitido enseñar. Pues la experiencia tan singular de compartir con sus alumnas ¡fue ÚNICA e IMPENSADA!

—¿Nos volveremos a ver? —le pregunté.

—¡Seguro que sí! Recordá que las puertas de mi Estudio y de mi casa siempre están abiertas para vos.

Le agradecí entendiendo que nuestra relación como colegas acababa de empezar... Vaya a saber lo que nos depararía el futuro para ambas.

Nuevamente en el hotel, merendamos en familia. Gabriel me comentó que realizó el examen de una manera impecable durante la mañana; es más, me aclaró que escribió cerca de ¡veintitrés hojas! Honestamente qué orgullo es ser su hermana. No me cabía ni la menor duda de que en la semana entrante le avisarían por correo electrónico que

aprobó y que, por lo tanto, sería recibido y becado en el mejor Instituto del país para estudiar Física.

Y como en menos de tres horas me situaría delante de una Orquesta para bailar, me fui instalando frente al espejo del baño de nuestra habitación, iniciando así con mi rutina de maquillaje. Por otro lado, considerando que deseaba destruir un reloj por detestar que la hora hiciese de las suyas cuando de mi pasión se trataba, esta vez debía agradecerles a aquellas hermosas agujitas por haber hecho su trabajo con tanta velocidad. Debido a que, en el tiempo menos pensado, ¡ya se habían hecho las nueve de la noche! Eso implicaba ya mismo abandonar el hotel y encaminarse al sitio en donde viviría mi anhelo de bailar por primera vez en vivo junto a una Orquesta.

Resulta realmente increíble cuánta convulsión puede llegar a surgir en el interior de una persona por el sólo hecho de estar transitando las veredas de una preciosa provincia con la aspiración de concretar un sueño. Pues eso sucedió hasta que ingresé al conocidísimo *ABC Concert*, una distinguida cafetería de la ciudad. Y observando el escenario tras un escalón que le proporcionaba una mínima altura, noté que fingía ser un escenario precisamente, porque en verdad no lo era. Es decir, no había piso de madera alguno, aunque aquello era lo que menos me importaba puesto que ¡el único y verdadero escenario siempre está en mí! Este sentimiento siempre me permite ver los hechos más allá de lo que son en realidad. ¿Acaso el mismo *Principito* no lo dijo?: “Lo esencial es invisible a los ojos”.

—¡Maryam! — Me recibió con una amplia sonrisa uno de los integrantes de la Orquesta —. ¡¡¡Bienvenida!!! Andá cambiándote en el baño que en minutos arrancamos.

—Sí, muchas gracias —le expresé—. Y te hago una pregunta, ¿en qué orden estoy?

—Sos la invitada especial, eso te convierte en la bailarina que abre la noche.

Al compartir el minivestuario con las demás bailarinas tucumanas, advertí que todas eran más grandes que yo. En otra expresión, fui la única menor de edad. Pero esto no impidió en absoluto que nos saludemos y conozcamos mínimamente.

Ya cuando estuve lista con mi traje, me arrimé a una de las mesas de más adelante para, con un gesto, avisarles a los chicos de la Orquesta que ya podían arrancar con el espectáculo. Y apenas transcurrieron unos pocos minutos hasta que se escuchó por el micrófono una honorable presentación:

—Recibimos a la primera bailarina de esta noche... Ella es nuestra invitada especial... Es de la hermosa provincia de Salta, hace honor a su ciudad y quiero que la reciban con un muy fuerte aplauso. Con ustedes... ¡la belleza salteña: Maryam Dimín!

Con una pícaro sonrisa, me ubiqué delante de la Orquesta. Recordé que cuando semanas atrás escogí el tema titulado *Saut Iqa at Solo* entre la lista de sus trabajos y repertorios que me cedieron a través de *Facebook*, allí mismo había decidido que mi coreografía empezase de espaldas al público.

Y sin darme cuenta, haber marcado mi creación artística de esa manera me permitió un hecho inimaginable para aquel preciso momento: admirarlos tocar sus instrumentos justo antes de que yo comenzase a bailar.

¿De qué manera explico lo que sentí? ¿De qué manera manifestar lo inaudito que es experimentar la música con tanta vida mientras palpita por tus venas llegando hacia tu corazón a la par de danzar? Fue todo tan maravilloso... Y el resultado de haber creado de una manera tan espontánea y natural una unión entre los músicos y yo, fue sublime.

Al acabarse aquellos tres minutos tan significativos de mi vida, una multitud de gente me aplaudió desde las mesas. A su vez, yo me tomé los segundos necesarios para aplaudirlos a los integrantes de la Orquesta por la simple y sencilla razón de que sin ellos, mi deseo no hubiese palpado la realidad.

Luego de verlas bailar y aplaudirlas al resto de invitadas tucumanas que hacían posible aquella noche también, por un instante me sentí sola. En todos los viajes que había realizado hasta el momento jamás tuve una acompañante. En una expresión más clara, necesitaba a mi lado aquella presencia inspiradora antes y/o después de bailar. Mi mente por siempre habría de guardar aquellos momentos que solía ver en certámenes y competencias, sobre todo. Esos abrazos de profesora a alumna a la par de expresar: “¡A dar lo mejor!”, “¡Éxitos!”, “¡Lo hiciste excelente!” minutos antes o, claro está, minutos después de su despliegue en el escenario, no se me olvidarían nunca. Supongo que a algunas de mis plumas espirituales le hubiese gustado sentir aquel constante apoyo de parte de una maestra.

Cuando el Show finalizó, mientras me vestía en el baño de la cafetería y guardaba mi indumentaria de danza, intenté atar a cabo el verdadero significado de la palabra “apoyo”. Pues al recordar que antes de viajar, Amal se despidió de mí brindándome un fuerte abrazo tras la clase personalizada, no paró de desearme éxitos y recordarme que disfrutase de la experiencia al bailar con Orquesta en vivo. Como

así también al aludir lo sucedido a raíz de exponer en *Facebook* lo que significaría vivir un sueño tan esperado por mí, Janaan comentó mi publicación con un tierno “¡¡¡Brillá!!!”.

— ¿Ya estás lista, Mary? Así regresamos al hotel.

Las palabras de mi mamá me sacaron de mis pensamientos. Típico en mí: reflexionar bajo el agua de la ducha o, claramente, al vestirme. Creo que son los únicos momentos en los que estando a solas conmigo misma puedo congeniar las ideas con mayor precisión.

Abrí la puerta del baño y salí. Advertí que junto a ella estaba mi ingeniero también. Si bien ambos siempre estaban a mi lado en cada una de mis presentaciones aun así necesitaba la presencia de alguien más. No es que no supiese valorar la suya, ¡amaba observarlos desde el escenario! Sin embargo necesitaba aquella presencia junto a mí que comprendiera la adrenalina que se siente milésimas de segundos antes de comenetrarse con la música sobre un escenario.

Retornando las cuadras hasta el hotel de pronto entendí que, por más que cientos de kilómetros me alejaban de las maestras que tanto estaba apreciando, no tenía por qué sentirme sola si días atrás me brindaron un cálido abrazo y hermosas palabras.

Aun así me afirmé que el día en que la palabra PROFESORA cobrase vida en mí al rodearme de alumnas, yo siempre estaría al lado de cada una de ellas. ¿Actitud posesiva? ¿Sobreprotectora? ¿Cargosa?

«No» me respondí interiormente, «simplemente no quiero cometer los mismos errores que mi profesora cometió conmigo».

CAPÍTULO 7

“Detenerse para continuar”

Al regresar de San Miguel de Tucumán, me topé con un inesperado mensaje privado en *Facebook*. Me fijé y era de Cintia invitándome a que bailara en la muestra de danzas del taller artístico de la escuela en la cual trabajaba. ¡Me resultó una noticia hermosa su mensaje! Porque, así como en su momento conocí en su humilde Academia a sus dulces cinco alumnas, esta vez conocería a las niñas de una escolita de barrio situada en la zona oeste, prácticamente en la periferia. En ella, cada sábado, se llevaba a cabo en las aulas aquel *Plan Provincial de Escuelas Abiertas* para promover diferentes talleres destinados a los alumnos y niños del propio barrio.

Como dicha muestra artística se realizaría el día sábado siguiente, disponía de toda la semana para ensayar dos de mis coreografías. Y llena de viveza, deduje que bailarían aquel mismo *Baladi Ljdid* que tanto sentir produjo en mí en el Estudio de Lucía, en Tucumán; como así también bailarían una coreografía de árabe moderno que había estado creando en el patio de la casa de mi abuela las semanas anteriores.

A la noche, nuevamente en mi habitación, Micaela me hizo compañía como de costumbre.

—¿En serio te llevaste tu almohada? —me preguntó viéndome desempacar mis pertenencias desde la valija hacia la cama.

—¡Obvio! Me cuesta horrores dormir en otras camas si no tengo MI almohada bajo la cabeza.

Se rio de mí. La miré simulando una enorme seriedad y le dije:

—¿De qué te reís? Vos cuando eras chiquita no podías dormir si no tenías entre tus manos el lulo rosadito.

Claramente aquel comentario de mi parte fue con el objetivo de rematar sus risas, pero como continuó mirando con una burlona sonrisa al objeto de tela y algodón que ya se encontraba en la cabecera de mi cama, seguí:

—Al menos lo mío se trata de algo indispensable, ¿no te parece? A diferencia de lo tuyo que no era más que un pedacito de lana.

—Era cosa de bebés, cosas de niñas, Mary —concluyó con una inocente sonrisa reflejante de recuerdos.

Terminé de vaciar mi valija y acomodar mis ropas y elementos que había llevado a San Miguel de Tucumán, a lo que mi hermana estrepitosamente se me acercó para darme un abrazo.

—¡Cómo te extrañé!

—Supongo que disfrutaste de tener la habitación para vos sola e igual toda la casa.

Gracias a Dios, me soltó. ¡Sus abrazos son propensos a torcer costillas!

—Sí, pero el dormitorio no es lo mismo si vos no estás.

—Aaah... —Asentí para luego decir—: ¿O sea que estás diciéndome que realmente te gusta compartir habitación?

—Para que quede claro: este dormitorio fue mío desde que nació. Hasta que llegó ALGUIEN de imprevisto y me vi en la obligación de compartirlo.

—No me lo digás a mí — admití con una sonrisa —. Decíselos al papá y a la mamá... ¡ellos hicieron todo!

—¡YA ESTÁ LA COMIDA! — Escuchamos de repente. Por lo tanto, apagamos la luz de nuestro dormitorio y nos encaminamos hacia la cocina para gozar de la cena en familia.



Durante el día lunes, ya en la Academia de Amal poco después de la hora de la siesta, le pedí si era posible que sólo por aquel día en vez de darme clase me corrigiera, puliera y revisara la coreografía que andaba preparando para el Show al cual Janaan me había invitado junto a la *Orquesta Menfis*. Quedaban cerca de dos semanas, eso equivalía a seguir esperando con paciencia y alegría el bailar con una Orquesta nuevamente.

—Claro Mary, con mucho gusto te la reviso — me respondió Amal mientras le entregué mi pendrive para que pusiese la música en el equipo, lista para ser ensayada.

Por más de media hora me puntualizó pequeños errores en la coreografía. No me molesté en absoluto, al contrario, valoré y amé que me indicase qué pasos y qué giros debía mejorar.

—Como no pude verte bailando con la Orquesta en Tucumán, quiero verte con la *Orquesta Menfis* — me expresó rato después.

Y sintiendo que mi espíritu se iluminaba, le dije:

—¡Me va a encantar que estés ese día viéndome bailar!

—¡Pues claro! No me lo perdería, Mary. Además, ¡bailás tan bien!

Sin darme tiempo de que le agradeciese por lo dicho, continuó diciéndome:

—Me acuerdo que el día del examen final en la Academia de Verónica, parecía que no eras vos la que bailaba frente al espejo. Te noté tan triste y tan apenada mientras te evaluaba desde el escritorio. De hecho,

cuando te tomé la parte oral no me costó deducir que algo andaba ocurriendo entre Vero y vos. ¡La verdad que me sentí con tanta impotencia, Mary! Te merecías un diez en la calificación, ¡creéme! Pero Verónica, siempre queriendo tener la última palabra, me forzó a que te pusiera un seis incluso sabiendo que sería una nota que vos no merecías.

Até cabos sueltos ante tantas sinceras palabras de Amal hacia mí. Y queriendo de alguna manera retribuirle la sinceridad con respecto a aquel examen final, por mi parte le conté lo siguiente:

—No sé si recordarás que en la parte teórica, en lo de presentar un plato salado y un plato dulce de comida árabe, yo te expuse las clásicas empanadas y... un budín de dátiles.

Al escucharme a mí misma pronunciar “budín de dátiles” de inmediato me empecé a reír. Amal me miró desconcertada. Tranquilité mis sonrisas y le declaré:

—Ese día te mentí. Aunque bueno, más bien, mi mamá me mintió a mí en primer lugar.

—No entiendo, ¿por qué decís que me mentiste? Aquel budín de dátiles estaba riquísimo, ¡la fruta de las palmeras es un manjar!

—Ahí está la mentira —pronuncié—. No era un budín de dátiles, simplemente se trataba de un budín de frutillas que mi mamá compró en el *Carrefour* del barrio.

De manera espontánea, Amal se largó a reír.

—Es en serio lo que te estoy diciendo —le recalqué.

—Pará Mary... —dijo intentando calmar su propia risa—. ¿Pero por qué me engañaste? ¿A Vero también la engañaste?

—Minutos antes de que vos llegases a la Academia aquel día, Verónica me informó lo de presentar un plato dulce. Incluso me dijo de una manera indirecta que si no lo hacía vos me ibas a desaprobado. Y yo ya con ganas de tirar todo y salir corriendo, me encerré en el baño y la llamé por celular a mi mamá diciéndole que me llevase un típico plato dulce de algún país árabe.

Amal me escuchaba con atención, así que proseguí.

—Ya días después del examen me enteré que mis papás se abrumaron recorriendo panaderías y reposterías sin hallar al menos ¡una! abierta luego de que los había llamado por celular. Eran las tres y media de la tarde... todas estaban cerradas. Así que no tuvieron otra elección que ir al supermercado del barrio a comprar ese budín de frutilla y hacerlo pasar por un budín de dátiles.

—¿Qué locura, no? —habló Amal reflexiva—. Lo que Verónica hizo con tu examen de gresada ¡fue claramente un sabotaje!

—Sí... — me limité a decir sin intenciones de escarbar en el pasado.
—Sin embargo, Mary, admiro que recordés con sonrisas los momentos tristes por los que pasaste.
—Pero Amal, las lágrimas me ahogaban... no hubo ninguna sonrisa ahí.
—En su momento no hubo, pero ahora sí las hay. ¡Vos las tenés y las conservás! y eso es lo que importa. ¿No te suena la frase “los logros en la vida no se consiguen por lo que se alcanza sino por lo que se supera”?
—Tenés razón —le afirmé—. Las personas se hacen grandes gracias a sus caídas, no gracias a sus éxitos.
—Y no sólo grandes nos hacemos a través de una caída Mary, sino también ¡fuertes!

Escuchar esa palabra me hizo sentir tan llena de valentía que estuve muy segura de que nunca nadie más me podría derribar. Y me tomo la molestia en repetirlo, N-A-D-I-E.

Ya a la noche en la clase de Janaan, cuando pensé que me preguntaría cómo me fue en cuanto al viaje y la presentación con la Orquesta, me sorprendí que me saludase como siempre. Es decir, sin nada más que agregar. Su tierno abrazo junto al “Hola Mary” fue como toda clase a la que siempre asistía.

De repente, mentalmente consideré que la inexperta Maryam del pasado hubiese sentido desilusión ante aquel hecho de no recibir palabras de parte de Janaan. Quizá se debía a que como no había un diálogo súper fluido entre ambas (contrario a Amal con quien ya estaba establecida la confianza), claramente una mínima charla no tendría lugar en medio de la clase.

Pero... ¿y si nos conociésemos tal y como se debía? Porque en verdad anhelaba conocerla. De hecho, los motivos al deseárselo sobran: ¡ella fue quien revivió en mí el amor hacia la danza!

Ubicada frente al espejo junto a mis demás compañeras, listas para perfeccionarnos de la mano de tan excelente profesora, dejé de lado y en claro mis pensamientos al presentarse espontáneamente un interrogatorio en mi sentir.

«¿Janaan desea conocerme de la misma manera en la que yo deseo conocerla?».

El tiempo lo diría... el tiempo lo dice todo. Y en este sentido, sí que valoro las agujitas de un reloj.



Por la mañana del sábado, ya concentrada en bailar en la escuela a

raíz de la invitación de Cintia, un comentario de un señor me detuvo mientras me dirigía al baño dispuesta a colocarme el primer traje.

— Disculpá, ¿vos no sos la bailarina que estuvo presente en diciembre del año pasado en la velada en honor hacia la directora que se jubiló?

— Sí — respondí —. Estuve presente en aquella escuela también.

Las pupilas del señor se dilataron. Parecía orgulloso de sí mismo por poseer una memoria tan magistral al recordarme.

— Me gusta mucho compartir mi danza en espacios como estos — le conversé.

— Eso es muy generoso de tu parte. Hay artistas que no quieren caminar en lugares modestos tratándose de patios de escuelitas barriales.

Me habló también con mucha convicción acerca de la humildad y la sencillez que actualmente escasea en las mentes de los grandes artistas que fueron engeguedidos por la fama. Cuando se despidió de mí respetuosamente, me felicitó por ser diferente a la mayoría.

En lo que se acercaron mis dos fieles acompañantes, mi papá me preguntó:

— Tesoro, ¿a quién le hablabas?

— No sé — le contesté con una sutil risita —. Calculo que es el padre de algún niño de aquí... o sencillamente un docente. Dice que sabe quién soy porque estuvo en la escuelita en la que bailé el año pasado también.

— ¡Mirá vos! Salta en verdad es muy pequeña — dijo mi mamá.

Entretanto continué recorriendo los pasillos de la escuela buscando los sanitarios, me topé con un cartelito pegado en una puerta con la inscripción "Biblioteca". Apoyé mi mano en el picaporte y justo antes de bajarlo e ingresar, me volteé para manifestarle a mi mamá:

— Aquí me cambiaré.

— ¿Ahí? ¿En la biblioteca?

— Tengo dos motivos. Primero: nos topamos con este sitio antes que los baños. Y segundo: considero que no hay nada más bonito que cambiarse rodeada de libros.

— Está bien. Como quieras — dijo riéndose.

No bien me encontré lista con mi traje violeta para estrenar mi coreografía de estilo moderno, permanecí a un costado del patio ya que Cintia las presentó por el micrófono a sus pequeñas alumnas. Siendo ellas las primeras en bailar las observé con sus topcitos, calzas y caderas. Y tratándose de personitas con tan bajos recursos, me apené por ellas; pero al verlas disfrutar del baile junto a la música noté que, en crudas palabras, el hecho de ser pobres no les quitaba que se sintieran los seres más felices del planeta.

Minutos después llegó el momento de que Cintia me presentase por el micrófono. Sus pequeñas alumnas me aplaudieron con fervor cuando me ubiqué en el centro del patio y, por la manera en la que me gritaron, la circunstancia por sí sola las convertía en mis pequeñas y dulces fans. ¡Qué placer mostrar mi danza a personitas tan puras!

Cuando mi baile finalizó, los aplausos surgidos por aquel público adulto tan humilde sentados en las sillas, fue en aumento. Y aprovechando que el siguiente número de baile se trataba de una chacarera dirigida por el profesor de folclore, regresé a la biblioteca junto a mi mamá para que me ayudase con el cambio de vestuario para mi segundo baile.

—Muy bien, todo en orden —concluyó luego de prenderme el corpiño—. ¿Te dejo, sí?

—Sí, andá nomás. Así el papá no está solito —le dije con ternura.

Mi mamá salió de la biblioteca. En cuanto a mí, después de haberme puesto el hermoso pantalón en evasé de color naranja, busqué el espejito adentro de mi estuche de maquillaje. Lo necesitaba para mirarme con la intención de sujetar con una trabita un mechón de cabello, para que los rulos no se me fuesen a la cara.

En un santiamén guardé el espejito y a su vez guardé el estuche en mi bolso. Levanté la vista y prácticamente sin ser consciente, enfoqué mi mirada en una de las estanterías de madera. Me arrimé hasta ella en lo que descubrí la colección de libros llamada *Leer es genial* de la Editorial Santillana.

—¡Noooo! —me dije al verlos—. ¡Amo estos ejemplares!

Si bien tenía unos cuantos en la repisa de mi dormitorio después de haberlos comprado, empecé a curiosear aquellos de la biblioteca. Percaté que en ella estaba la colección ¡completísima!

—*Una larga travesía.* —Leí en la tapa tras sacar uno del estante.

Sosteniendo este en mi mano, no pude dejar de leer en el lomo *La novela del HOMBRE BALA* en otro de los libros. De hecho, me puse a hojear un tercero: *El diablo en la botella y otros cuentos*. Y más que hojearlo, ya estaba leyendo el índice.

—¡Maryam! —Escuché de pronto.

Aturdida, me di media vuelta y vi a mi mamá junto al marco de la puerta.

—Hola —dije proyectándole una sonrisa.

—¿¡Qué hacés!? ¡Te están buscando! —Me miró apurada—. ¡¡¡Ya mismo tenés que bailar!!!

«¿Bailar? Ah, sí, claro. El baile... el patio... las niñas... ¡MI PASIÓN!».

—Ahí voy —le dije, no sin antes tomarme los segundos necesarios para colocar los libros en el mismo sitio de donde los había sacado.

Con pasos veloces, mi mamá y yo regresamos al sector del patio. Con un gesto le avisé a Cintia que ya podía largar la música. Y justo antes de ubicarme en el espacio destinado a la muestra de danzas, mi mamá me susurró al oído:

— Para la próxima, nada de utilizar una biblioteca como vestuario.

— No — la corregí —. La mala idea fue que me dejaste sola allí. ¡Eso es mortal para alguien a quien le encanta leer!

La hermosísima melodía titulada *Ljdid Baladi* empezó a sonar. Una tremenda felicidad inundó mi mirada la cual se reflejó también a través de mis labios. Es inexplicable la alegría que se es capaz de transmitir a través de los ojos mientras se danza. O acaso, ¿mi mirada se encontraba más radiante de lo habitual porque minutos atrás estuvo plagada de letras?

Cuando acabé de bailar, a coro se escuchó de parte de los espectadores semejantes aclamaciones.

— ¡¡¡¡¡BRAVOOO!!!!!

— ¡¡¡¡¡OTRA, OTRA!!!!!

¿Otra? ¿Lo decían en serio? Ya había exhibido las dos coreografías preparadas. Desde mi posición no había más coreos. Ni siquiera había llevado más trajes. Aunque al humilde público esto es lo que menos le importaba... y ellos se encargaron de recordármelo.

— ¡¡¡¡¡UNA MÁS!!!!! ¡¡¡¡¡UNA MÁS!!!!! ¡¡¡¡¡UNA MÁS!!!!!

Cintia se me arrimó y me preguntó:

— ¿Te animás a hacer otra? Te pongo la música que bailaron las ne-nas hace rato e improvisala.

— Bueno, dale — le respondí con entusiasmo a la par de sentir que la palabra “improvisar” alberga el significado que uno le quiera dar.

Dicho lo anterior, cuando la alegre y cantada música con la voz de *Nancy Ajram* comenzó a sonar, me acerqué bailando a cada silla en la que estaban las alumnas de aquella escuelita, sentadas con una impagable sonrisa. Esto me permitió agarrarlas de la manito invitándolas una por una a que bailaran conmigo. Al principio se sorprendieron al captar que mi idea era disfrutar de un baile ¡juntas! El aturdimiento apenas si les duró segundos, pues las expresiones de felicidad que surgieron en cada una de ellas lograron dominar al sentimiento anterior.

En un preciso momento me ubiqué de espaldas. Al hacerlo, las ne-nas plagiaron mi movimiento. Y sin esperarlo, esto me permitió ver que en una de las paredes ubicadas a cortos metros de mí se hallaba una cartelera. En su delicada pizarra se encontraba pegada una pequeña lámina con el rostro de Aquel quien murió clavado en una cruz. Junto a la hermosa ilustración en caricatura unas palabras reflejaban:

*“Nadie ha visto jamás a Dios. Pero si nos amamos los unos a los otros,
Dios permanece entre nosotros,
y entre nosotros se ha manifestado plenamente.”*

Por un extraño instante no entendí cómo fui capaz de tomarme el tiempo necesario para leer aquel pasaje bíblico aun bailando con las niñas. Hasta que, de pronto, el mensaje se me aclaró percibiendo la inmensa alegría que ¡yo misma estaba sintiendo! Fue glorioso... Y más enaltecido resultó todo cuando, al acabar la música, el público aplaudió con fervor mientras las bellas personitas a quienes yo había invitado de la manito a bailar conmigo se arrimaron en tumulto a abrazarme.

Si aquello no fue amor ni mucho menos sentirse con las alas en el cielo, ¡que alguien me explique qué fue entonces!

Cuando el objetivo del día fue concluido, tal como pretendió Cintia junto a los demás profesores del *Plan Provincial de Escuelas Abiertas* al ver lo contentos que se retiraron los alumnos y sus humildes familias, regresé a casa junto a mi papá y mi mamá. Sin embargo al querer ingresar la *Kangoo* a través del portón de nuestro garaje, no pudimos pues un señor nos impidió la entrada.

— ¡Efraín! — Saludó mi papá bajándose del vehículo—. ¿Qué anda haciendo por acá?

— ¡Qué tal! — El albañil le estrechó la mano—. Quería saber cuándo continuaré con la obra, ya pasaron cerca de tres meses.

Inmediatamente me bajé de la *Kangoo* también. Tras saludar con un gesto a Efraín, pronuncié:

— Papi, es verdad. ¿Cuándo seguiremos con la construcción? Ya estamos en junio, desde abril que nos paralizamos.

Efraín soltó una risa. Me miró y expresó:

— Por lo visto, Maryam, tendrás que seguir esperando.

— Sí mi tesoro, deberás esperar. Recordá que nos detuvimos con tu sueño para continuar con el de tu hermano, ¡hay que equilibrarse!

— Lo sé — dije con comprensión—. Pasado mañana vos y Gabriel viajan a Buenos Aires para la entrevista, habiendo aprobado el examen en Tucumán el mes pasado.

Observé desde la vereda aquellos ladrillos tan significativos para mí. ¿Cuántos meses más debía seguir esperando? Aunque lo quisiese negar debía aprender a ser paciente.

— Bueno... — dijo el albañil—. Esperaré la llamada de los Dimín para cuando dispongan de más ingresos. Hasta tanto, ¿es mucho pedir si la hor-

migonera, los baldes y los andamios sigan permaneciendo en su jardín?

Todavía ubicados en la vereda, mi papá y yo cruzamos una mirada de aprobación.

—Si usted no lo necesita para alguna otra obra, no hay problema que sus materiales estén con nosotros.

—No los necesito. Gracias por cuidarlos. —Agradeció una vez más Efraín.

Corrí hasta el interior de nuestra casa dirigiéndome al dormitorio de Gabriel. Al verme, no hizo más que preguntarme:

—¿Cómo te fue en la escolita?

Me senté en su cama y, mirando sus bellos ojos azules mientras él miraba los míos tan maquillados, lo interrogué:

—Vos que sos demasiado inteligente, escuchame: Hacé de cuenta que alguien se siente feliz porque su hermano está por viajar a Buenos Aires para que lo entrevisten por ser el primer caso en la Argentina que siendo menor de edad ingresará al *Instituto Einstein* en Bariloche. Pero a la vez, ese alguien además de estar feliz, se siente un poco molesta también... porque a causa de aquel viaje del hermano, su propio sueño está obligado a detenerse por el dinero que ambos proyectos conllevan. Ahora, mi pregunta es: ¿qué clase de sentimiento es ese?

Gabriel soltó un buen par de risas. Me hizo cosquillas y me reí con él. Luego me respondió:

—Si ese “alguien” es Maryam y ese “hermano” soy yo, vos misma ya sabés qué tipo de sentimiento es.



Durante los días en que los hombres de la casa -mi papá y mi hermano- estuvieron en Buenos Aires, mi mamá aprovechó en cocinarnos a Micaela y a mí todo tipo de exquisitos pasteles y tartas de verduras, tanto para los almuerzos como para las cenas. Sacar partido de la ausencia de quienes no les gustan ciertos vegetales, fue agradable. Mas en el sentido opuesto, me resultó una tortura la falta de Gabriel y de mi papá aquellos días. Por ratos me preocupaba al pensar qué sucedería en mí cuando en el mes próximo, julio, mi hermano ya partiese a Bariloche para estudiar y vivir allí. Asimismo ¿qué sucedería el día en que, definitivamente, mi papá ya no estuviese más a mi lado?

De manera habitual, al ser él mismo el encargado de llevarme en la *Kangoo* a las clases de Amal y a las de Janaan, cuando aquel lunes mi mamá estuvo frente al volante, me resultó de lo más extraño porque real-

mente rara vez ella me transportaba a las clases.

En medio del trayecto hasta la Academia de Janaan a la noche, entre mi mamá y yo hubo un silencio absoluto en el interior de la *Kangoo*. Al recordar que, en cambio, cuando estaba con mi papá eso jamás ocurría, comencé a preguntarme a qué se debía. Acaso, ¿aquello representaba más apego hacia él que hacia ella? Sin embargo en mi niñez las circunstancias transcurrieron al revés. ¿Qué me sucedía? ¿Qué estaba cambiando en mí?

—Gracias por traerme —murmuré al bajar de la *Kangoo*.

—Te busco a las veintidós —puntualizó ella a cambio.

Subí las escaleras de la entrada, atravesé la recepción y crucé las hermosas cortinas de tela. Al traspasarlas sentí una vez más la autenticidad que sin duda alguna Janaan y su Academia poseen. Y al decir esto voy más allá de hacer referencia a aquellos decorados que lograban hacer único el salón, sino más que nada me refiero a que cada vez que me encontraba allí, me sentía plena... plena y muy feliz. Y no es por querer buscar diferencias, pero no solía sentir lo mismo cuando tomaba las clases personalizadas en la Academia de Amal. Verdaderamente lo que lograba sentir en lo de Janaan ¡era algo que nunca antes había palpado en ningún otro sitio!

Poco antes de que la clase iniciase, en lo que me ataba la caderilla al lado de los hermosos silloncitos que proporcionaban comodidad en el salón, Janaan se me arrimó.

—¿Ya estás preparada para el Show del domingo? Contame cómo va tu coreo.

—¡Las ansias por bailar me dominan! —le manifesté—. Y creo que la coreo va bien.

—¿Creo? —enfaticé—. Estoy segura que debe estar hermosa, igual de hermosa como sos vos.

Me reí y continué:

—Gracias, pero Amal me ayudó un poco así que la creación no es en absoluto mía. La conocés a Amal, ¿no?

—Sí, si la conozco. De hecho ella y yo fuimos compañeras cuando inició su formación de danza acá en Salta, ya después cuando se fue a Buenos Aires a estudiar con *Amir Thaleb* nos distanciamos.

Me miró como recordando lo que le mencioné momento atrás, pues con rapidez me formuló:

—¿Tomás clases con ella también?

—Sí, estoy tomando clases con ella y con vos.

—Qué lindo Mary, la verdad ¡sos emprendedora y apasionada!, eso se nota.

— Aprecio lo que decís... ¡gracias!

Seguidamente, me brindó un abrazo. Al hacerlo, de repente expresó:

— ¡Te amo, mi niña! La verdad que me siento agradecida de haberte conocido.

¿Dijo "Te amo mi niña"? Incluso, ¿me agradecía por el hecho de haberme conocido? Wow... O yo estaba en un estado de vigilia a punto de soñar con mi cabeza pegada a la almohada o en verdad sus palabras fueron reales. Efectivamente tantas charlas nocturnas que andaban surgiendo a través de *Facebook* ya estaban dando sus preciosos frutos.

Ya en plena clase junto a mis compañeras, mientras Janaan bailaba al mismo tiempo de continuar con las enseñanzas frente al espejo, de repente me detuve. Empecé a observarla con tanto encanto que me resultó inevitable preguntarme:

«¿Qué se esconderá detrás de su sonrisa?».

Todavía mirándola, una pregunta más surgió en mi interior.

«¿Cómo hará para mantener la energía como profesora estando acá en la Academia si al llegar a casa está la rutina de madre también?».

Al arrimarse a mí con la intención de ver y corregir el movimiento que acababa de explicar frente al espejo, volví a la realidad.

— Mary, ¿todo bien? — me preguntó al verme inmóvil.

— Sí — expresé —. Pero por favor ¿podrías explicar otra vez el paso que acabás de hacer? No lo entendí...

"No lo entendí..." , palabras que en el fondo realmente significaron: "No presté atención por haberme quedado admirando la bella persona que sos".

CAPÍTULO 8

“Show soñado”

En la clase siguiente, es decir el día viernes, confirmé del todo la belleza de persona que Dios puso en mi camino.

Como de costumbre, subí las escaleras e ingresé al salón. No obstante, noté que Janaan se encontraba apagando el equipo de música. En un siguiente paso, ¡apagaría las luces también! Es más, solamente estaba ella en el salón.

—Hola... —expresé desorientada.

Janaan se volteó hacia mí. Y más que mirarme sorprendida, me miró con una expresión de intranquilidad.

—Mary, por lo visto no entraste a tu *Facebook*.

—¿Debía entrar? —pregunté confundida.

—Estoy híper congestionada, aun así desde las cuatro de la tarde estuve dando clases, pero hace cosa de una hora sentí que definitivamente necesito irme a casa a descansar. ¡No sé cómo me puedo venir a resfriar dos días antes de nuestro Show!

—Entiendo... Y resulta que me dejaste un mensaje en *Facebook* avisándome que hoy no habría clases, pero como no entré, ni lo leí —deduje en voz alta.

—Le avisé por celu a las demás chicas que no tendrán clases hoy y que la semana que viene la pueden recuperar en otro horario con otro grupo. Pero cuando te quise avisar a vos me di cuenta de que ¡no tengo tu número! —pronunció preocupada—. Así que no se me ocurrió más que entrar a *Facebook* a través del celular y dejarte allí el mensaje.

—¡Tranquila! No me enoje porque me hayás hecho venir al vicio.

Me sonrió distendida. Advertí que sin importar que estuviese enferma, su viva mirada no desaparecía.

—Sos transparente y sincera, ¿sabés? Eso te hace muy especial, Mary.

—Gracias... —concluí con una risita también.

Dejé mi bolso junto a los silloncitos. Me arrimé a ella y le dije:

—Por algo será que no debí leer el mensaje de *Facebook* y aun así venir ya que debo preguntarte algo muy importante con respecto al Show de pasado mañana.

Nos sentamos enfrentadas delante de los espejos. Me observó con dulzura mientras asimilaba que hablaría con ella ¡estando a solas en el salón! A lo mejor una situación así es de lo más habitual entre una profesora y su alumna, sin embargo, para mí, aquello significaba muchísimo. Y no sólo porque se trataba de Janaan, sino también porque

cuando se desea un sencillo acontecimiento que nunca antes sucedió, no podía más que valorarlo con todo el corazón.

— En casa no andamos muy bien económicamente — empecé contándole —. En primer lugar porque desde hace tres meses que mis papás intentan nivelarse con los gastos cotidianos para así ver qué tanto podemos seguir invirtiendo en la construcción de mi academia. En segundo lugar porque ayer mi papá y mi hermano regresaron de Buenos Aires por trámites que él debía hacer para sus estudios universitarios y lo que se gastó entre los pasajes de colectivo y la estadía, fue bastante.

Percibí lo atenta que me escuchaba, así que continué.

— Y en tercer lugar, aun con todos estos gastos, me muero por viajar a Santiago del Estero para participar en un certamen ahora en julio, en el cual mi ídola estará de jurado. Así que como verás, entre tantas cosas el dinero no nos está alcanzando.

— Te comprendo totalmente. Recordá que soy madre y tanto mi marido como yo tenemos también responsabilidades que cuidar y atender en una familia.

Agradecí que me entendiese. De tal manera fui directo al grano con respecto a mi consulta.

— Necesito preguntarte si hay alguna posibilidad de que en el Show del domingo, mi papá y mi mamá no abonen las entradas. Realmente no podemos más... suficiente con que deberán sí o sí pagar la consumición al hacerse todo el Show en un bar, que es donde siempre lo organizan los chicos de la *Orquesta Memphis*.

— Yo creo que no habría inconvenientes en hacer una excepción, Mary. Por mi parte no hay drama porque como te dije, te entiendo y los entiendo a tus papis también. Pero habría que ver qué opinan los chicos de la Orquesta. Mañana me comunico con ellos y te aviso, ¿puede ser?

— Dale, incluso podrías mandarme un mensaje al celu avisándome qué te dijeron.

Inmediatamente recordé que seguiríamos incomunicadas hasta tanto no intercambiásemos nuestros números. Con una sonrisa, le dije:

— Siempre y cuando agendés mi celular.

— Ya mismo pásámelo.

Al mismo tiempo ella me hizo anotar el suyo. Luego de agendarlo y guardar mi celular en el bolso, le expresé:

— Gracias por escucharme.

— Siempre lo haré, Mary. Estoy para lo que necesités.

¿¿¿Lo dijo en serio??? Porque si hay algo que la propia vida me en-

señó a través de Verónica es que las palabras no valen nada si estas no toman fuerza a través de los hechos.

Entonces... ¿verdaderamente Janaan estaría para mí siempre que la necesitase? ¿Me brindaría sus oídos si precisaba que alguien me escuchara? ¿Me brindaría abrazos que alivien heridas tal como sucedió el día en que nos conocimos? Es más, ¿ella era consciente de la luz que irradió en mí con respecto a la danza desde aquel inolvidable curso de verano? ¿Exigía conocer una respuesta! ¡¡¡La exigía!!!

—El domingo será la primera vez que bailo con la *Orquesta Menfis*, ¿sabías?

—¿En serio? Pero... ¿qué no me habías dicho una vez que estudiaste con Verónica Cardozo? —mencionó pensativa—. Ella las hace bailar a sus alumnas con la Orquesta un montón de veces. Al menos, sé que el año pasado se presentaron en varias ocasiones.

Si mis sentimientos no me jugaban una mala pasada, percibí que aquel estaba siendo el momento de formularle la importantísima pregunta.

—¿Vos sabés todo el daño que Vero me hizo el año pasado?

Aturdida, levantó sus cejas en señal de incompreensión.

—Sé que es bastante problemática, se dicen muchísimas cosas de ella en el ambiente. Sin embargo no sabía que entre ambas pasó algo.

Listo. Respuesta encontrada: Janaan nunca supo que mi profesora de toda la vida pisoteó mis ilusiones. ¿Cómo se explica, entonces, que ella haya curado las heridas de mis alas sin ni siquiera saber el doloroso silencio por el que había estado atravesando? Al no estar enterada de nada significaba que durante todo aquel tiempo que llevaba siendo parte de su Academia, el conjunto de enseñanzas, cariño y confianza que me estaba brindando, desde un comienzo no fueron más que espontáneas, naturales y genuinas.

—Mary, ¿qué pasó exactamente entre ella y vos?

Sin importar que estuviese híper congestionada, permaneció sentada delante del espejo el resto de la hora. Le conté con lujos de detalles el testimonio vivo en mí sobre Verónica Cardozo como profesora pero, más que nada, como persona.

Y por la manera tan especial en la que escuchó cada una de mis palabras, me hizo sentir que cuando dijo “Estoy para lo que necesités”, fue una expresión que le nació desde el corazón.

¿Cuántas personas en el mundo serán capaces de decirle aquello a otra persona desde lo más hondo de sus almas?



En el día del Show, al llegar al bar en el cual se efectuaría el espectáculo, me sorprendí al advertir quién estaba siendo la encargada de cobrar las entradas. Que mi pasado se fusionase con mi presente fue un suceso inesperado.

— Buenas noches, Mary preciosa. ¿Cómo andás?

¡¡¡¡¡Se trataba de Alicia!!!! Cada vez que me la encontraba, más aun ante sus actitudes lisonjeras, mi mente no dejaba de vacilar con lo mismo.

«¿Por qué actúa de esta manera conmigo como si jamás hubiese sucedido nada?».

— Hola — me limité a responderle.

Mis papás, al acercárase por detrás, se sorprendieron por la manera tan dulce y empalagosa con la que Alicia los saludó también. Sinceramente, ¡qué actitud tan hipócrita! ¿Seguía teniendo un noble rostro aun después de habersele caído la careta frente a mí y a mi familia hacía unos meses?

— La entrada sale \$60, por lo tanto sería \$120 para ustedes — nos dijo con rapidez.

Por un cortísimo tiempo pensé en cómo informarle a Alicia que nuestras entradas eran un tanto particulares. Hasta que al observar a mis dos fieles acompañantes entendí que no tenía por qué ocultar nada.

— Janaan les concedió a mis papás un dos por uno con respecto a las entradas — le comuniqué —. Así que acá están los \$60. — Le entregué el dinero.

Arqueó sus cejas ofuscada. Y antes de voltearse para ir a buscarla a Janaan en el interior del bar, con una áspera sonrisa expresó:

— Espérenme acá.

«¿En la vereda?» pensé con ironía. «Sí, tranquila, andá nomás. Acá te esperamos. Haremos un picnic bajo la fresca y estrellada noche de invierno hasta tanto vayás y comprobés la verdad que siempre hubo y hay en mis palabras».

A los minutos regresó. Y conservando su áspera sonrisa les cedió las entradas a mis papás. Por mi parte, tras cruzar la puerta del bar asimilando el lugar con el objetivo de localizar el baño para ir colocándome mi vestuario, un alarmante interrogatorio surgió en mí de manera instantánea:

«¿SE CONOCEN? ¿JANAAN Y ALICIA SE CONOCEN?».

Me di media vuelta y a lo lejos observé a Alicia que todavía seguía junto a la puerta de entrada haciendo de boletera. Sin duda alguna el mundo de los artistas en la provincia de Salta es demasiado pequeño. Aunque bueno, pensándolo mejor, ¿quién no conoce a Romina y a Alicia, su mamá?

A unos cortos metros visualicé a Janaan hablando con los integrantes de la *Orquesta Memphis*. Me acerqué a saludarla y, como siempre, al verme me otorgó un afectuoso abrazo.

— ¿Nerviosa?

Aflojé una sonrisa y le respondí:

— ¡Eso nunca! Estoy feliz y tranquila.

— Así tiene que ser... ¡Tengo que aprender de vos, mi niña! Yo sí estoy nerviosa, ¿podés creer que en cinco minutos el Show debe arrancar y una de mis chicas del Ballet todavía no viene?

Momentito, momentito... ¿realmente estaba nerviosa? De ser así, Janaan sí que sabe cómo manejar ese estrés previo a la preparación de un espectáculo que, calculo, por más experiencias que se tengan siempre se hace presente.

— ¿En qué número baila el Ballet? — me animé a preguntarle queriéndola ayudar a que de alguna manera, su calma se conservase.

— El Ballet abre el Show, Mary.

Intenté colocarme en sus zapatos. Al hacerlo entendí que, básicamente, era una situación complicada. ¿¿¿Dónde rayos estaba la alumna faltante???

— No empezaremos hasta que mi Academia no esté completa — se dijo a sí misma Janaan.

De repente, clavó sus ojos llenos de luz en los míos y me dijo:

— Arriba está el vestuario. Andá subiendo así te cambiás con las chicas. Cualquier cosa que necesités, decime.

— Bien, gracias.

¿“Bien, gracias”? ¿Es todo lo que se me ocurrió emitirle? Pues que una profesora siga tratando a su alumna con tanto cariño sin importar lo estresada que pueda sentirse, ¡es una actitud para valorar! ¿O acaso el haberle compartido cómo me trataba Verónica, la impulsó a ser exactamente de la manera contraria conmigo?

Subí las escaleras y al transitar un estrecho pasillito, hallé el vestuario. Pedí permiso al entrar y para mi sorpresa, el ambiente que me recibió fue un grupo de chicas muy simpáticas.

— ¡Pasá, pasá! — me exclamó una de ellas.

— ¿Vos sos Maryam que no? — Me saludó una segunda.

— ¡Muero por verte bailar! — me expresó tiernamente una tercera.

— Ubicá tus cosas donde quieras. — Me invitó a sentirme cómoda una cuarta mientras enchufaba su planchita para el cabello. Me miró divertida y dijo —: Siempre y cuando sepás ignorar el desorden de nuestros maquillajes delante del espejo.

Me reí e inmediatamente les agradecí.

— Yo soy igual con mis cosas de maquillaje así que no tengo por qué ignorar nada, chicas — comenté.

— ¡Bien ahí! Sos de las nuestras, entonces. — Festejó otra de ellas alzando sus brazos al aire.

Pasados unos diez minutos, quizá quince, en la puerta del vestuario apareció Janaan con su imborrable sonrisa.

— Analía se cambia y empezamos — avisó.

De repente me cayó la ficha. ¡Había estado compartiendo vestuario con las bailarinas que darían la apertura al Show! Es decir, ¡con las mismísimas integrantes del Ballet de Janaan!

— ¡Pero si todavía Analía no llegó! — se preocupó una de las chicas.

— Muchachas, ¡ACÁ ESTOY! — gritó al hacerse ver detrás de Janaan.

Saludó a sus compañeras e incluso me saludó a mí también. Y mientras se colocaba el traje con rapidez no paró de desahogarse.

— ¡¡¡Qué desesperante el colectivero!!! Venía a treinta centímetros por hora, ¡se creyó una tortuga el viejo!

Janaan, aún apoyada contra el marco de la puerta, reía a nuestra par. Y sin darme cuenta sentí que ocurriese lo que ocurriese, Janaan nunca dejaba de ser quien era. Su brillo de persona no se debilitaba ante ningún imprevisto frente a sus alumnas, ni mucho menos frente a mí.

En un santiamén las chicas bajaron las escaleras. Bajé junto a ellas para verlas bailar dando inicio al espectáculo. Y al hacerlo no pude dejar de asimilar que lo simpáticas, lo unidas, lo felices y humildes que eran por lo poquísimo que estaba conociéndolas, era exactamente lo mismo que se reflejaba en el escenario mientras bailaban. Ciertamente, ¿se puede juzgar a una persona por cómo danza?

Pasados unos números, los parlantes emitieron:

— Ahora recibimos a la invitada muy querida, ¡Maryam Dimín!

¡¡¡¡Fuerte esos aplausos!!!!

Entre el bullicio inevitable del público, me ubiqué junto a la deslumbrante Orquesta. No supe describir si ALEGRÍA es lo que inundó mi espíritu pues lo que palpé fue eminente. La sensación tan plena de bailar al compás de la música de la *Orquesta Memphis* -tras suponer en mi pasado que este deseo jamás sucedería a causa de mi profesora-, que lo haya vivido gracias a Janaan fue un hecho que no tuvo descripción frente a mi alma. A su vez, aquellos tres bellos sentimientos que había dado por desaparecidos durante el examen en la Academia de Verónica, de repente estaban volviendo a emerger de mí como si me quisiesen enseñar que no porque hayan estado perdidos por un tiempo significa-

ba que se hubiesen extraviado para siempre. Unir el disfrute, el saber expresarse y el compartir desde el corazón, es sin duda un poderoso pedacito de cielo que produce una peculiar fusión interna en las alas de una bailarina.

Es más, que las alumnas de la hermosa persona que revivió mi amor por la danza, se acercasen para dedicarme unas palabras de elogio luego de haber bailado mi solista, resultó muy agradable. Sin mencionar que mi mente estaba muy tranquila al ya saber cómo manejar las exaltaciones, aplausos y halagos por parte de los demás. Cada vez fui puliendo con más esmero en mi corazón que las felicitaciones son como los perfumes: está bien deleitarse en ellos e incluso está bien olerlos, pero jamás hay que tragarlos.

Minutos posteriores de mi presentación alguien agitó su mano en señal de saludo entre medio de las mesas del bar. Traté de divisar a quién pertenecía tan lindo gesto en plena oscuridad y, al encaminarme hacia el público, lo descubrí.

— ¡Amal!

— Estuviste muy linda, Mary. ¡Y la coreo salió hermosa! — me felicitó.

— Gracias por venir a verme. La coreo no hubiese sido la misma si no fuese por tus correcciones. — Le brindé un fuerte abrazo sin poder dejar de recordar lo lindo que le sentaba a mis emociones que me conociese desde muy pequeña.

Más tarde, luego de que acabasen las demás coreografías presentadas por los distintos grupos de la Academia, unas hermosas fotos grupales entre todas las bailarinas junto a la Orquesta marcaron el fin de la hermosa noche. El fin... y sin embargo para mí resultó ser un precioso comienzo que no quería que jamás acabase al estar siendo parte de la Academia de Janaan. Incluso me tomé una foto exclusiva al lado de cada uno de los integrantes de la *Orquesta Memphis*. Al hacerlo, discerní sintiéndome llena de experiencias que hay personas que hacen daño en nuestra vida, eso es irrefutable. Pero hay también personas que hacen realidad un sueño en nuestra vida y eso... eso es impagable.

Luego de cambiarme en el vestuario y transitar nuevamente las escaleras mientras me dirigía hacia la puerta, lista para regresar a casa con mis progenitores, que habían disfrutado de la noche y de una sutil consumición tanto como yo, Janaan apareció abruptamente delante de mí impidiéndome el paso con un abrazo.

Aún en medio de esa expresión de cariño, me dijo:

— Gracias por compartir tu danza esta noche. ¡Sos bella y humilde!

La solté y, mirando sus ojos, pronuncié:

—Janaan, gracias por todo lo que me estás brindando. ¡Sos muy importante para mí!

Seguidamente, me abrazó otra vez. Y al hacerlo, mientras mi corazón no percibió más que ¡felicidad extrema!, sentí las vibraciones que colmaban de regocijo mi espíritu al mismo tiempo de decirme hacia mis adentros:

«Si tan sólo supiese que cada vez que me abraza me hace volar a un indescriptible cielo del cual no quiero bajar...».

CAPÍTULO 9

“Viajando a La Banda - Santiago del Estero”

– Papi...

– ¿Sí mi tesoro?

– Gracias por el viaje que haremos mañana – le agradecí.

– Nada que agradecer, lo haremos porque te lo merecés y porque viajar es muy enriquecedor.

Me arrimé a él y le di un abrazo. Esos instantes de pura conexión entre padre e hija son tan especiales, tan necesarios y tan reconfortantes para el espíritu.

Al soltarme, me insinuó:

– ¿Sos consciente de que este viaje va a ser realizado con muchísimo esfuerzo, no?

– Sí, lo sé muy bien.

Me asintió con la cabeza, satisfecho.

– Incluso sé que el dinero que se invertirá en el viaje podría haberse invertido en la construcción, pero como te dije que anhelo tanto volver a ver a Larissa acepté que la edificación de mi academia siga pausada un tiempo más.

– Esa toma de decisiones que hiciste es de adultos, ¿sabías mi tesoro?

– ¿En serio? Para mí no es más que fijar prioridades – comenté.

– ¡Justamente por eso! Fijar prioridades, tomar decisiones sabiendo que se deja un proyecto atrás y ser consciente de que el dinero no alcanza para tantos sueños a la vez, eso es ser adulto.

Un poco confundida, le pregunté:

– Entonces... ¿yo ya soy adulta?

– Sí... vas en ese camino.

Bajé mi mirada y con cierta melancolía observé mis largas uñas de bailarina. Qué recuerdos cuando Gabriel me propuso en que me las cortase y, a cambio, él me regalaría una cámara digital.

Sin titubear entendí que aquella situación no era más que una anécdota adolescente. Así como de niña mis aventuras fueron darle vida a las muñecas *Barbie* o no poder conciliar el sueño sin tener un peluche de los *Teletubbies* en la cama.

– ¿En qué pensás? – me sacó con ligereza de mi ensoñación.

Levanté la vista y con una sonrisa le respondí:

– En que crecer es hermoso, papi.



Ya al día siguiente, sábado, emprendimos el viaje rumbo a la ciudad de La Banda, lindante con la ciudad de Santiago del Estero. Era un poco más de las siete de la mañana cuando me ubiqué cómodamente en la *Kangoo* mientras me colocaba el cinturón de seguridad. Y no sé si estaba feliz porque gracias a aquel certamen mis pies y corazón bailarían por primera vez en Santiago del Estero o bien porque compartiría una vez más incontables kilómetros en la ruta acompañada por mis dos ángeles: mi papá y mi mamá. Momentito... ¿y qué con el hecho de que Larissa me evaluase al día siguiente desde su posición como jurado? Sin duda alguna no tenía en claro cuál estaba siendo la alegría más fuerte en mí. Quizás eran los tres sentimientos simultáneamente.

Durante la primera instancia del viaje mi papá estuvo a cargo del volante, entretanto mi mamá disfrutaba de la lectura de la revista *Selecciones* correspondiente al mes de julio. Mi abuela, es decir su mamá, fue quien se la había prestado días atrás para que la leyera. En cuanto a mí, sentada solita en el asiento trasero, mi mente se aisló de todo... mis oídos más bien. Mi MP4 y los auriculares definitivamente son indispensables para mí al llevar a cabo un viaje. Aunque pensándolo mejor, la música es aquella esencia abstracta la cual es indispensable en la vida. ¡Cuánta razón tiene esa frase tan conocida de que, sin música, la vida sería un error!

Unas tres horas más tarde, cuando nos detuvimos en la estación de servicio de Trancas, un municipio de la provincia de Tucumán, mi papá mencionó con mucho énfasis:

— AQUÍ HAY QUE BAJARNOS PARA CARGAR GAS.

— ¿Por qué levantaste el tono de voz? Vos nunca sos así —le dije mientras me sacaba los auriculares de los oídos a la par de ir bajándome de la *Kangoo*.

— Levanté el tono de voz porque de lo contrario la querida bailarina viajera no me hubiese escuchado — me respondió.

Me fue inevitable aflojar una sonrisa.

— Perdón, ¡pero es que la música es mi vida!

— ¿La música? —interrogó mi mamá al unirse a nuestra charla—. Pensé que TU VIDA es la danza, no la música.

— Sin la música, la danza no existiría. Y sin la danza, la música no tendría sentido —aclaré sintiéndome inspirada.

— Muy bien dicho, mi tesoro — me expresó mi papá poco antes de abonarle al muchacho el importe correspondiente del gas.

De inmediato, mi mamá comentó:

— Me toca conducir. Así que ahora te toca a vos ir a mi derecha. —Se

arrimó hacia mi papá y rozó sus labios con los de él mientras le sacaba la llave de la *Kangoo* que había estado teniéndola en mano.

Los observé con simpatía ya que ¡amo cuando se ponen así de empalagosos! De hecho, no tuve mejor idea que situarme delante del capó de la *Kangoo* mientras ellos ya se acomodaban en los asientos. Me crucé de brazos y desde allí los observé mucho mejor a ambos.

—¿Qué te pasa? ¿No pensás subir? —me preguntó mi papá a través de la ventanilla.

Mi mamá completó la descabellada situación tocando la bocina para hacerse la graciosa. Eso ocasionó que, los demás pasajeros que también cargaban combustible en sus vehículos, se volteasen para clavar sus miradas en nosotros tres.

—Pensé que querían estar solos... por eso no subí... —expresé intentando tragar mi propia risa.

Ninguno de ambos emitió palabras y supuse que no lo harían debido a tener un peculiar público a pocos metros. Así que aproveché de seguir:

—¡Cierto que no están en su pieza! —Me hice la desentendida meneando la cabeza—. ¡Cuánto lo siento! —finalicé ya caminando hacia la puerta de la *Kangoo*.

Y ante lo visto de reojo, juraría que varias de las personas ahí presentes soltaron sonrisas a causa de mi histrionismo.

—¿Por qué sos así? —me preguntaron al unísono no bien me ubiqué en el asiento trasero.

—¿Así como? —cuestioné mientras mi mamá arrancó el motor para continuar el viaje—. ¿Así de feliz?, ¿así de simpática?, ¿así de atractiva y hermosa? ¿O se refieren a que cómo puedo ser así de ocurrente al hablar sobre el amor frente a extraños?

Mi papá se volteó desde el asiento delantero para verme.

—Todo lo primero ya lo sabemos... sos así porque Dios te hizo así —me expresó con ternura—. Por consiguiente nos estábamos refiriendo a lo otro... a la segunda pregunta que vos misma dijiste.

—Soy así porque no hay nada más hermoso que hablar del amor que florece entre un hombre y una mujer... ¡y más en un matrimonio tan lindo como el de ustedes! De por ahí si la gente lo ve raro o vergonzoso, ¡no es mi culpa! No soy responsable de que la mayoría de las personas estén acostumbradas a ver situaciones escasas de amor en las calles: adolescentes fumando, prostitutas, robos, patotas drogándose en las esquinas... en fin.

Ambos cruzaron una peculiar mirada, supongo que tratando de buscar alguna palabra que completase mi maduro pensamiento antes expuesto.

—Mi tesoro —se limitó a decir mi papá—, sos una chica con dieciséis años muy ejemplar.

Apyé mi cabeza en la ventanilla y miré el hermoso cielo que se entrelazaba entre las montañas, acompañado de toda la vegetación a lo largo de ambas partes de la ruta. Observando aquel paisaje celeste en lo alto, mi mente recordó de inmediato a su Creador.

Llegamos a La Banda cerca de las dos de la tarde. Y luego de varias cuadras transitadas y esperas en semáforos, finalmente estuvimos frente a la entrada del hotel listos para bajar nuestros equipajes del baúl de la *Kangoo*.

El recepcionista, un señor de edad lo bastante mayor, nos indicó la habitación con una cama matrimonial y una simple, dos veladores, una pequeña mesa, sillas, un televisor y un armario.

«Amo esto...» pensé al mismo tiempo de apartar la almohada de la cama con tal de colocar en su cabezal la mía viajera. «Amo cada momento que la danza me permite vivir».

Allí mismo me coloqué mi pijama calentito de invierno y, luego de ayudar a mis papás sacando de los recipientes de plástico nuestros almuerzos, me senté en una de las sillas a disfrutar de la comida.

—¿Qué tal están los sándwiches de miga que hice en la madrugada?
—me consultó mi papá.

—¡Riquísimos! ¡Todo lo que vos hacés siempre es perfecto!

—Qué papera que estás siendo últimamente, Mary.

—Ay, bueno, perdón... No sabía que decir la verdad es sinónimo de ser papera —cuestioné con simpatía.

Negó su cabeza como diciéndome: “Qué bárbaro”.

—¿Y a mí no me vas a decir nada? —fingió celos mi mamá.

—El filet de carne que pusiste en el horno ayer y que ahora está entre el pan de miga y el queso, ¡está muy rico!

Mi papá me miró, me guiñó el ojo y me murmuró con rapidez:

—Decíle algo más...

Mi mamá no me dio tiempo ni de hablar, pues ella lo hizo primero.

—¡Vas a cobrar!

—¿Yo? ¿Cobrar? —fingió asustarse mi papá con una gran sonrisa—.

Pero si yo no hice nada...

—¡Cómo que no!, la manipulás a tu hija para que hable.

—¿De qué se trata eso de “vas a cobrar”? —le pregunté pensativa a mi mamá.

—Es privado. No te podemos decir —me respondió riéndose.

—Aaaah, creo que ya entendí... Están hablando sobre el calentamiento global. —Asentí mi cabeza con un cierto toque de doble sentido.

No bien acabamos los sándwiches, mi mamá se echó en la cama a dormir una siesta. Mi papá, en cambio, se puso a buscar con el control remoto algo lindo para ver en la tele. Y yo, con las piernas cruzadas en mi cama y apoyada contra la pared, no paré de mirarlos con ternura desde lejos a ambos, sobre todo a mi papá.

—¿Qué pasa que me mirás tanto? —Reaccionó al mover su cabeza minutos más tarde.

Aparté de golpe mi mirada y luego me atreví a expresarle:

—Es que a veces siento que me hacen falta más palabras para agradecerle a Dios por todo lo que me brindás.

De inmediato, apartó su vista de la televisión.

—Cómo no hacerlo, mi tesoro, si en eso consiste el amor como papá terrenal.

—Vos hacés más que bien tu trabajo porque es sabido que no todos los papás son así de luchadores y soñadores para con su hija.

—Hablando de soñadores —me dijo de repente—. ¡Mirá quién está en la televisión!

La observé y, al descubrir quién estaba, me sentí feliz por él.

—¡*Palito Ortega!*

—¡Shhh! despacio, no la vayás a despertar a la mamá.

—Es que me encanta que lo aprecies mucho a ese hombre —admití—. Las letras de sus canciones son tan únicas, equilibradas y especiales.

—*Palito* sí que sabe lo que es subir y bajar constantemente en la vida.

—Vos también sabés lo que es. ¡Lo sabés muy bien! —le recordé—. Guardás un arduo sacrificio al haber comprado inmuebles con tanta rectitud cuando ni siquiera yo existía; tenés tantísimas experiencias buenas y malas con inquilinos; a pesar de que te tocaron suegros demasiado difíciles aun así luchaste por casarte con la mujer indicada; nadás contra corriente con el sistema religioso y el sistema educativo de hoy en día; aceptaste la muerte de tu propio papá e, incluso, sabés vivir día a día con el distanciamiento que hay con tu mamá y tu hermano...

—Está bien, está bien —detuvo mis palabras—. Ya te entendí, mi tesoro.

Regresó su mirada hacia la televisión. Por unos minutos ambos escuchamos entretenidos la entrevista que la conductora del programa le estaba haciendo a *Palito Ortega* acerca de su nuevo álbum musical "*Por los caminos del Rey*", hasta que me confesó un sentimiento que desconocía.

—Siempre que me acuerdo de lo feliz que fuiste al conocer a Larissa el año pasado en Villa Carlos Paz, sé que así también sería mi alegría si

pudiese estrecharle la mano a *Palito Ortega*.

— ¿Lo decís en serio?

— Claro que sí. Pero como todos tus sueños se hacen mis anhelos también, hay tanto por hacer realidad que prefiero luchar por los tuyos, no por los míos.

Las palabras de mi papá me tocaron profundamente el corazón. Es más, me dieron ganas de soltar lágrimas debido a lo conmovido que quedó mi espíritu pues ¿qué había hecho aquella alma que llevaría como nombre “Maryam Dimín” para merecer un padre tan grandioso, bondadoso, emprendedor y leal? ¿En verdad antes de la creación del mundo, Dios ya tenía escrito que yo sería su hija menor?

«Los planes celestiales son tan pero tan perfectos...» medité complacida.



Al mediodía siguiente ya me encontré instalada frente al lavatorio del baño con tal de apoderarme del único espejo que poseía la habitación. Disfrutar de la rutina y preparación previa al pisar un escenario es un requisito fundamental para aquellas bailarinas que, como yo, participan en certámenes no con el objetivo de coleccionar trofeos y medallas sino simplemente para adquirir una nueva experiencia a través de la deseada superación de sí misma. Y más si las palabras de crecimiento en las devoluciones habrían de ser escritas por aquella artista a quien se considera una exponente de inspiración, ¿cómo no disfrutar, entonces, de cada segundo del día?

— ¿Ya vas a terminar? — me consultó mi mamá.

— Lo único que me falta es pegarme las pestañas postizas.

— Bien, porque si la organizadora te informó que tu categoría empezará a bailar más o menos a las una y media, ¡ya deberíamos irnos!

— Mi vida, tranquila — le expresó con delicadeza mi papá—. No te estresés... ya somos expertos en esto de los certámenes.

— ¿Expertos? — Me reí—. Yo diría, más bien, que ya somos todos unos profesionales.

Luego de agarrar mi clásica valija, albergadora de cinco trajes en esta ocasión, caminamos las tres cuerdas que separaban el hotel del teatro en donde se efectuaría el certamen. Cabe destacar que delante de mi pecho llevaba abrazadito el tradicional instrumento árabe: ¡el derbake! A su vez, atravesando mi espalda, se hallaba en su debida funda mi elemento de danza preferido: el sable.

— Estoy muy feliz de bailar por primera vez con sable de una mane-

ra mucho más profesional —les expresé a mis papás todavía transitando por las veredas.

—Y yo estoy feliz de verte tan entusiasmada con la danza. Es como si Vero nunca te hubiese lastimado —me dijo él a cambio.

—Es entendible que así sea si recordamos que nuestra hija es resiliente —mencionó mi mamá con orgullo.

En media vereda me detuve. Incluso de manera indirecta los obligué a ambos a que dejaran de caminar también. No bien advertieron que quería decirles algo más, me miraron expectantes.

—¿Son conscientes de que mi amor hacia la danza árabe se reafirmó y resurgió gracias a Janaan?

—Sí —respondió mi mamá.

—Por supuesto —agregó mi papá.

Cuando el momento de situarme en aquel nuevo escenario llegó, me enorgullecí de mí misma habiendo escuchado aquellas palabras de la locutora a través del micrófono.

—Número de orden: 122... Solista... Maryam Dimín... Ciudad de Salta... Título de la obra: "Entrada de bailarina"... Maestro preparador: Maryam Dimín.

Por un breve momento me preocupé de haber sentido orgullo pues ¿ese sentimiento no es, acaso, sinónimo de "vanidad"? Por ende, si se hace presente quita espacio espiritual para la humildad. Y como bailarina tal que disfruta de cada situación que los diferentes escenarios de la vida me iban presentando, no ha de ser un hecho bonito olvidarse del brillo que posee este valor moral.

Al ubicarme en el escenario advertí que Larissa ¡me guiñó un ojo! desde los metros que habían desde su mesa evaluadora. Sin duda alguna no sólo quedó impactada debido a haber escuchado mi nombre y apellido por el micrófono minutos atrás sino también, al parecer, estaba más que segura de la responsabilidad que significaba tener que calificarme por segunda vez, en un nuevo certamen de danza, en una nueva provincia.

Justo antes de que la música iniciase desde los obesos parlantes, mi propio espíritu me ubicó en una equilibrada tranquilidad, pues el hecho de que mis oídos no hubiesen escuchado (ni escuchasen nunca más) "Maestro preparador: Verónica Cardozo" me hizo caer en la realidad ¡de lo auténticamente libres que estaban siendo mis alas! Porque si bien Janaan y Amal depositaban semanalmente semillitas de enseñanzas en mi constante crecimiento, yo era quien estaba dirigiendo mis caminos... mis fronteras... mis horizontes... mis sueños.

Tanto en mi primera presentación como así también en la segunda,

esta vez mostrando mi coreografía con velo que había sido creada con dedicación en el patio de la casa de mis abuelos, mi plenitud alcanzó sensaciones que ni siquiera sabía que podían ser saciadas. Asimismo la tercera coreografía, la cual se trataba de un sencillo baladi, cargó mi alma con una extensa felicidad.

Mas cuando llegó el turno de la cuarta y quinta coreografía, respectivamente, me sentí dueña de mí misma en toda la amplitud de la palabra. Mi innovación haciendo equilibrio sobre el derbake a la par de estar acompañada de mis indispensables florecillas en el interior de mi corpiño bordado de lentejuelas, como así también con mi atrevimiento de bailar con sable de una manera mucho más complicada -llena de giros y armonía, trucos y desafíos en el piso- me permitió experimentar completa libertad. Nada de ataduras, cadenas ni obstáculos que me impidiesen llegar hasta donde yo quisiese trazar los límites de mis anhelos.

—¿Querés que volvamos al hotel o te querés quedar viendo a las demás participantes? ¿O preferís que vayamos a merendar algo calentito por ahí? —me consultó mi mamá ya guardando mis cinco trajes en la valija.

—¿El papá qué prefiere? —pregunté mientras guardaba mi sable en su estuche.

—Me dijo que te diga que ¡vos mandás hoy! así que vamos a hacer lo que vos decidás.

Aflojé una sonrisa y le dije:

—Pasemos por el hotel a dejar la valija con los trajes, después busquemos una confitería y luego regresemos aquí.

Dicho y hecho, los pormenores sucedieron al pie de la letra. La confitería en la que nos instalamos fue nada más y nada menos que en un pequeño *Refi Shop* de la estación de servicio más cercana.

—¿Vas a querer lo de siempre? —me preguntó mi papá.

—¡Obvio! Café con leche y medialunas, eso nunca va a cambiar.

A diferencia de mí, ellos le pidieron al mesero capuchino con medialunas. Tras unos inacabables minutos, nuestros pedidos ya estuvieron expuestos sobre la mesa. Sin duda alguna, aquellos son placeres del invierno.

—Mary —me habló mi mamá—, ¿ya pensaste en qué momento le entregarás el regalito a Larissa?

—Sí, bien acabe la entrega de premios... a la noche.

—¿Cuándo es que fue su cumpleaños? —indagó mi papá.

—La semana pasada, así que ya tiene veinte años.

—¡Increíble! Es tan jovencita y tan madura para todo lo que está

viviendo.

— Eso es lo maravilloso de ser bailarina — expresé —. Te permite crecer muchísimo como persona, y lo curioso es que mientras más se crece como artista, aún más como ser humano también.

Bebí un sorbito de café con leche y, llena de euforia, continué:

— ¡ESTOY ENAMORADA DE LA DANZA! ¿Eso está mal?

— ¿Por qué habría de estar mal? — dijo mi papá —. Estás amando lo que es tu vocación... tu profesión... tu pasión. Pensá que mis alumnos en el colegio están “enamorados” de las drogas, el alcohol y el cigarrillo. ¿Ves la diferencia? Tu sentimiento es muy puro... tal como Dios anhela que sea.

De regreso al teatro horitas más tarde, con tal de disfrutar del trabajo coreográfico de las bailarinas y grupos que aún no se habían presentado en el escenario, me enteré que la organizadora me había estado buscando desde que me ausenté, luego de acabar con mis presentaciones en horas de la tarde.

— ¡Maryam! — me exclamó desde uno de los pasillos del teatro—. Vení conmigo así te entrego tus cinco premios.

Muy confundida, le pregunté:

— ¿Ya mismo me los vas a dar? ¿Que la entrega de premios ya se hizo y llegué tarde? Las bailarinas siguen participando...

— Por eso mismo te entregaré tus trofeos ahora — me respondió apurada, luego de observar de reojo en el escenario a un trío de chicas bailar con bastones —. Por lo que voy viendo, el certamen acabará a la madrugada... y apenas si son las once de la noche.

— ¿Las hojas de las devoluciones también me las vas a entregar? A decir verdad, eso es lo que más me interesa — reflejé con sinceridad.

— Sí, sí. Todo te voy a entregar — continuó diciéndome con rapidez —. Vení, ¡vamos! Dejé tus cosas al lado del equipo de música.

Al cruzar todo el sector de los asientos, percaté lo complicado que resultaría entregarle el regalo de cumpleaños a Larissa. Puesto que al verla sentada delante del mesón aún evaluando a las participantes, di por hecho que hasta la madrugada no se apartaría de allí. ¿Qué habría de suceder, entonces? ¿Y si me quedaba en el teatro hasta que todo el certamen finalizase con tal de hablar con ella unos minutitos? ¿Mi papá y mi mamá aceptarían desvelarse conmigo aquella noche?

— Todo tuyo, Maryam — me dijo la organizadora al mismo tiempo de ubicar sobre mis manos una mediana caja de cartón conteniendo cinco trofeos y cinco larguitos papeles abrochados entre sí.

— Muchas gracias.

— A vos, por haberte inscripto y participado en mi certamen. Y lo mismo que les dije a las otras bailarinas te lo digo a vos: ¡mil disculpas! por hacer una entrega de premios tan seca e informal, pero es que ¡no podemos más! La jornada se alargó muchísimo más de lo esperado.

Le hice saber que estaba todo bien. Al menos, para mí, aquello no era motivo de molestias ni enojo.

Cuando les avisé lo ocurrido a mis papás, que de hecho me habían estado esperando en la puerta de ingreso del teatro, me dijeron que ya suponían lo que había sucedido pues observaron en la vereda que varias jovencitas maquilladas se despedían entre sí con cajas de cartón con trofeos en su interior.

— Creo que no podré entregarle la cajita de bombones a Larissa — me lamenté.

— Y no... no podrás — se apenó también mi mamá—. Pero bueno, para otro cumpleaños será.

— ¿"Para otro cumpleaños"? — repetí con desilusión—. No me mal interpreten pero no quiero regresar a Salta sin antes darle un abrazo.

Mi papá me miró y, a través de sus ojos, sentí mucha comprensión.

— Entonces nos quedemos hasta que la competencia termine así la saludás como es debido — me dijo con mucha seguridad.

— ¿QUÉ? — se quejó mi mamá—. ¡Ustedes se quedarán!, yo me voy al hotel a dormir.

Por consiguiente mi papá y yo decidimos acompañarla de regreso hasta el hotel. Y no bien él y yo estuvimos nuevamente en el teatro, completamente dispuestos a esperar que todo acabase a horas de la madrugada, nos ubicamos cómodos en uno de los asientos del fondo. Recién allí me dispuse a leer tranquila las observaciones de Larissa escritas en las planillitas. Había obtenido tres primeros puestos y dos segundos; pero ante las tantísimas experiencias adquiridas durante mis viajes llevados a cabo el año anterior, aquello no eran más que simples numeraciones. Las críticas constructivas escritas eran, precisamente, ¡el premio que más amaba!

— Primer premio en sable — me expresó mi papá luego de haber leído él también las devoluciones—. Muy merecido, mi tesoro. La verdad que fue impactante tu coreografía y tu seguridad al bailar con tan difícil elemento.

Tras agradecer sus palabras le otorgué un abrazo. A su vez, le di las gracias también por siempre acompañarme y por siempre estar a mi lado incluso en circunstancias pequeñas y sutiles como en la que nos encontrábamos.

No obstante, cuando lo vi cabecear sin dejarse influenciar por el fuer-

te volumen de la música que no paraba de acompañar a las participantes, entendí el sacrificio que estaba haciendo con tal de mantenerse despierto. Me preocupé pues recordé que al día siguiente debía estar despabilado y bien descansado para conducir la *Kangoo* por la ruta durante seis horas más o menos. Así que, con astucia, me esmeré en buscarle una alternativa a la situación. Para mi sorpresa, la hallé con rapidez.

—Papi... —Lo codeé.

Sin haber reaccionado (quizá su cerebro ya estaba sumergido en la fase del primer sueño), lo volví a codear.

—¡Papá!

—¿Qué pasa? —Reaccionó de repente.

—Por casualidad ¿no tenés una hoja y una lapicera?

—Lapicera, sí. Hoja, no. ¿Qué querés hacer?

—Dejarle una pequeña notita a Larissa. Me di cuenta de que entre una participante y otra hay entre veinte y treinta segundos en los que no hay nadie en el escenario, la locutora no habla y por consiguiente Larissa está sin hacer nada.

—A ver si entendí... ¿querés acercarte a la mesa evaluadora y dejarle un mensaje de feliz cumpleaños a Larissa a través de un papel, junto a la cajita de bombones que le trajiste?

—Algo así...

—Hacelo con mucha discreción, tesoro, no vaya a ser que te digan algo o te llamen la atención. Sé cuidadosa.

—Lo seré. ¡Pero necesito un papel!

Mi papá miró a sus alrededores tal como ya lo estaba haciendo yo con el fin de encontrar, aunque sea, un pedacito de hoja. Cuando lo vi agacharse y alzar algo del piso, me dijo:

—Mirá, acá hay uno.

—¡Eso es la devolución de alguien! —comenté tras hacerle ver que tenía escrito un conjuntito de palabras con la caligrafía de Larissa—. ¡Dejalo donde estaba!

—¿Querés que lo vuelva a dejar en el piso? ¿No te parece que la dueña lo tiró porque no le interesa la devolución del jurado?

Al razonar, sentí que mi papá estaba en lo cierto. Pues si había estado en el suelo era porque alguien consideró la crítica constructiva de Larissa como basura. Y en el mejor de los casos, si de pura mala suerte a alguna bailarina verdaderamente se le cayó la devolución al piso es porque no tenía suficiente interés de cuidar la planillita de observaciones. Al menos, no con el mismo interés y anhelo con el que yo siempre cuidaba las mías.

Mi papá sacó su lapicera del bolsillo de la campera y me la entregó,

entretanto doblé el papel por la mitad para que no quedase muy llamativo. En uno de sus lados escribí:

—“Larissa, ¡feliz cumpleaños atrasado! Espero disfrutés de los bombones de chocolate. ¡Muchas gracias por evaluarme por segunda vez! Dios quiera podamos compartir más momentos en el futuro.”

Le hice leer la pequeña notita a mi papá y tras darle el visto bueno con una sonrisa, me dijo:

—Hacés bien, mi tesoro. Andá y no bien paren la música en esos veinte segundos, entregáselo. Luego vamos al hotel a descansar.

Me aparté de él. No bien estuve muy cerca de la mesa evaluadora, el corazón me comenzó a latir rapidísimo. ¡¿Qué me pasaba?! ¿Será que mi sangre fluía llena de adrenalina hacia mi cerebro debido a estar a punto de situarme por segunda vez en toda mi vida en presencia de aquella bailarina de Buenos Aires que, indescriptiblemente, me inspiraba en la danza?

Repentinamente, un grupo de chicas acabó su coreografía grupal sobre el escenario. Por ende, dichas bailarinas se dirigieron hacia las bambalinas. La locutora seguía sin pronunciar palabra alguna; es más, había un absoluto silencio en toda la sala. ¡¡¡Ese era el momento adecuado para realizar lo planeado!!! ¡¡¡Era ahí o nunca!!! Así que caminé con rapidez hasta delante del mesón, me agaché a su altura para asegurarme de ser discreta y pasar desapercibida ante el público y, teniendo a Larissa finalmente a unos sesenta centímetros frente mío, le expresé:

—Hola.

—¡Maryam, hermosa! ¡Me asustaste!

—Por favor cuando puedas, leé esto. —Le entregué la pequeña nota—. Y por cierto, esto también es para vos —concluí llena de alegría al entregarle la cajita de bombones envuelta en papel de regalo tal como había viajado desde la provincia de Salta.

—Oooh —expresó con dulzura—. ¡Qué sorpresa tan divina!

—Número de orden: 351... Dúo... —continúo de repente la locutora.

—Larissa, me voy —le expresé con rapidez.

—... Ciudad de Córdoba...

—Sí, sí, andá nomás. —Se despidió de mí con un tierno gesto.

Alejándome de la mesa evaluadora con el fin de reunirme con mi papá y regresar definitivamente al hotel, de repente unas palabras dichas por la locutora a través del micrófono me sobresaltaron.

—Acaba de surgir un pequeño inconveniente técnico con el CD. Se pan esperar un momentito por favor.

Al comprobar que mi anterior comportamiento junto a Larissa no

desencadenó ningún llamado de atención, retomé mis pasos por uno de los pasillos laterales. Sin embargo una extraña señora de entre el público se apartó de su asiento con tal de arrimarse a mí y tantearme el hombro por mis espaldas.

—Disculpá, la chica del jurado me acaba de hacer una seña para que te detenga... parece que quiere que vayás a verla.

Desconcertada, obedecí. Y luego de dirigirme nuevamente hacia donde se encontraba Larissa, fue allí que ella me expresó:

—Mañana lunes al mediodía tomo el micro para regresar a Buenos Aires. Por consiguiente tengo toda la mañana libre... ¿querés que tomemos un café?

No estaba dormida, ¿verdad? A lo mejor las anteriores cabeceadas por parte de mi papá en el asiento fueron un reflejo de la inminente necesidad de situarme yo también en la cama del hotel. De ser así, la pregunta formulada por Larissa no había sido más que una ensoñación creada por mi mente. Pues una situación como aquella en la que las palabras expuestas quedan flotando en el aire, son circunstancias de la vida que, definitivamente, sólo han de ocurrir en la imaginación más remota del cerebro.

—Pasame tu número así acordamos por mensajitos dónde encontrarnos mañana, ¿te parece? —continuó hablándome.

Observé el escenario vacío y eso me recordó que los sonidistas estaban arreglando el inconveniente técnico ocurrido. De golpe caí en la obviedad de que ¡ABSOLUTAMENTE TODO ERA REAL! ¡Estaba en La Banda, Santiago del Estero! ¡Mi ídola estaba frente mío proponiéndome compartir más momentos tal como le expresé mi deseo a través de la pequeña nota! ¡¡¡Qué veloces trabajaron las manos de Dios hacia aquel anhelo!!!

—Me encantará compartir un café con vos —expresé finalmente con una inmensa sonrisa antes de pasarle mi número.

Luego de acordar mutuamente que bien acabase el certamen me confirmaría con tranquilidad por celular el horario y el lugar de encuentro, recordé que la familia Dimín debía desocupar la habitación del hotel a las diez de la mañana, no sin antes ingerir un poderoso desayuno que otorgarse energías durante el larguísimo trayecto de viaje en la *Kangoo*. En conclusión: los planes habrían de cambiar. ¿Pero qué importaba eso? ¿Acaso está mal derribar una rutina antes establecida a causa de vivir y disfrutar de un sueño más? Tenía tanto que preguntarle a Larissa al día siguiente e incluso tenía tanto que compartirle que me sentí aún más feliz de lo que había estado minutos pasados. Sin

duda alguna, la determinación de no invertir en la construcción de mi academia ese mes con tal de llevar a cabo aquel viaje, no solamente fue una decisión acertada sino más bien ¡PERFECTA!



A las nueve de la mañana, justo antes de ingresar al *Refi Shop* en el que había arreglado encontrarme con Larissa, me despedí de mi papá diciéndole:

— Imaginá que Larissa es *Palito Ortega* y que vos ¡soy yo!

— No es necesario imaginarlo — me dijo—. Ya sabés que tu felicidad es la mía y que tus sueños son mis deseos también. Y mientras vos vivás los tuyos, yo le estaré agradeciendo a Dios por permitirme compartirlos a tu lado.

Tras sus inspiradoras palabras, me despedí de mi mamá también. Deseé que ambos disfrutasen de su mañana a solas por La Banda tal como yo lo haría en aquel sencillo y acogedor lugar.

Empujé la pesada puerta de vidrio del *Refi Shop* al mismo tiempo de percibir cómo mis latidos en el corazón iban en aumento. No es que se me haya concedido una visión desde el cielo y sepa cuál será mi manera de morir, sin embargo, no sería en absoluto nada raro que mi espíritu se despidiese de esta vida terrenal a través de un paro cardíaco originado por una simple taquicardia. ¡Un paro cardíaco ocasionado por tanta felicidad!

— Prácticamente llegamos juntas, Maryam. — Me saludó con un beso Larissa estando ya ubicada en una de las mesas—. Hace un par de minutos que entré.

— Eso quiere decir que sos tan puntual como yo. ¡Qué lindo!

Instante después un mesero se acercó a nosotras con tal de tomarnos el pedido. Café con leche, medialunas y vasitos cargados con jugo de naranja sería nuestro desayuno. Para mí, al menos, aquello sería mi primera comida del día; contrario para Larissa.

— ¿En serio no dormiste nada? — comencé preguntándole.

— No, nada. ¿Viste que te mandé mensajito a las seis? Bueno, pues fue a esa hora que la organizadora me llevó hasta mi hotel. Recién si había terminado el concurso, ¡imaginate!

— ¿Fueron alrededor de quinientos números los participantes no?

— Quinientos veintidós para ser exacta.

— No te voy a preguntar qué tan agotada estás porque la respuesta es obvia. Sin embargo es admirable lo que hiciste y lo que hacés.

— Es cansador, es verdad. Pero no te voy a mentir: hago mi trabajo

siendo jurado con placer y con muchas ganas. Disfruto de cada coreografía como si fuera la primera y única. Además me gusta ser meticulosa al escribir cada devolución, y creo que al ser así me veo obligada a dejar de lado el agotamiento mental y físico al estar más de doce horas seguidas sentada.

Ahí mismo el mesero regresó con una metálica bandeja trayéndonos las delicias antes mencionadas. Y mientras nos ubicó las tazas delante nuestro, mi menté se ubicó en los pensamientos del muchacho. De seguro habría de pensar que Larissa y yo éramos amigas de toda la vida o primas tal vez. Si supiese que se trataba de mi ídola, ¡ninguno de los trabajadores y consumidores allí presentes me hubiera creído! Al menos los adultos no lo hubieran hecho. Algo en mi interior me insinuó que solamente los niños tienen la capacidad de soñar.

—Como te decía —continuó Larissa luego de que el mesero se retiró—, siempre que juzgo a un artista voy desde la técnica hasta su sentimiento y desde la punta de los pies hasta su cabeza. ¡Observo absolutamente todo!

—Sos muy detallista —comenté mientras endulzaba y mezclaba mi café con leche—. Sinceramente yo soy igual cuando armo mis coreos, por ejemplo. Es más, siempre creí que los artistas que somos así tenemos una creatividad altísima porque nos fijamos en cosas que los demás no.

—¡Exactamente! ¿Pero sabías que los detalles tienen que tener un equilibrio? De lo contrario caemos en un estado de ansiar una constante perfección y eso no está bueno. Nadie es perfecto, ninguna persona lo es ni mucho menos nosotras como bailarinas.

Sin duda alguna, aquel pensamiento de Larissa era digno de ser imitado.

—Si se quiere ser detallista —continuó— hay que serlo sólo con el objetivo de enriquecer el alma de alguien más a través de esos actos minuciosos.

Estando muy de acuerdo con sus palabras, asentí con la cabeza.

—Y hablando de detalles... —expresó luego de masticar un pedacito de medialuna—. ¡Es increíble, Maryam, lo mucho que creciste artísticamente desde que te vi bailar en Córdoba el año pasado!

Un poco ruborizada debido a sentirme afortunada ante el hecho de que mis oídos escuchasen semejantes palabras por parte de una grandísima bailarina, le dije:

—¡GRACIAS! ¡Qué honor que vos me digás eso!

—Pero es que, ¡es en serio! Cuando te vi danzar ayer sentí que flotabas en el escenario, ¡mejoraste al máximo! Y te lo escribí en las devoluciones pero aun así lo reitero al igual que lo hice el año pasado: ¡tenés

un carisma único!

— ¡Muchas gracias, Larissa! De verdad... ¡gracias!

— Y sin ser tu maestra me atrevo a decir que me pone muy orgullosa verte crecer.

En ese instante sentí que mis alas se extendieron de una manera inaudita. Y no porque la propia bailarina a quien consideraba ídola me estuviese elogiando, sino simplemente porque una personita de apenas veinte años recién cumplidos estaba valorando y celebrando conmigo todo aquel crecimiento que, como artista, se iba moldeando en mi alma de la misma manera en la que las nubes en lo alto del cielo se enlazan mágicamente consigo mismas.

— ¿Sabés qué veo también? — siguió —. Tu mirada cambió muchísimo, se nota que creciste como mujercita también.

— Supongo que el que mi profesora haya lastimado mis ilusiones, de alguna manera u otra me obligó a aprender a ser fuerte y a crecer a través de esas cicatrices espirituales que me quedaron.

— Justamente eso te iba a preguntar...

Asombrada ante sus palabras, continué expectante escuchándola.

— Recuerdo muy bien cuando leí todo aquel escrito en *Facebook* que hizo tu mami debido a las malas experiencias que te brindó tu profe. Hoy por hoy ¿cómo estás? ¿Cómo te sentís?

— Al principio sentí rencor hacia mi profesora e incluso por un tiempo tuve pensado dejar de bailar ya que mi entusiasmo y amor por la danza estaban como... como debilitados, o algo así — me esforcé por reflejarle lo sentido —. Pero luego conocí a una profe en un taller de verano y, de golpe, todos mis sueños hacia la danza se renovaron y el rencor que había estado sintiendo desapareció por completo. Fue todo tan increíble... En definitiva, ¿por algo sucede cada cosa en la vida no?

— Sí, así es. Es más, yo creo que Dios es quien va marcándonos el camino y forjando experiencias para que vayamos madurando como personas.

— Sí, eso es cierto. Dios permite que nos ocurran situaciones tristes porque hay un propósito de vida detrás de ellas.

— Por ahí quizás uno como humano imperfecto que quiere hacer de las suyas, optaría por alterar cosas del pasado, ¿no? — agregé pensativa —. Pero aunque eso fuera posible no sería correcto hacerlo porque hay mucho que aprender del ayer y si modificás algo, estarías cambiando la sabiduría del hoy.

Continué bebiendo y disfrutando del calentito café con leche, hasta que me atreví a desviar un poco el tema de la charla y preguntarle:

— ¿A vos qué fue lo que te pasó con tu profesora?

—A ver... —Exhaló—, primero creo que sería bueno aclarar que no por haber estudiado con la mejor maestra de danza árabe de la Argentina significa que, detrás de sus increíbles enseñanzas, haya un noble corazón.

Con muchas ganas de escuchar cada una de sus palabras, presté muchísima atención.

—A diferencia tuya, yo ya tenía mi título de egresada así que cuando todo ocurrió fue simplemente al estar siendo parte de su prestigioso Ballet. Cuestión que así como vos empezaste a abrirte camino a través de tantos viajes en los que tus papis siempre te apoyaron y acompañaron, a mí me abrieron el camino gracias a que muchas profes de distintas provincias me empezaron a contratar para bailar en galas junto a sus alumnas, o bien para dictarles seminarios y lo más arduo: ser jurado en competencias.

—Creo que sé a lo que estás yendo —deduje—. Porque estoy y estuve al tanto de todos los trabajos que surgieron en tu trayectoria como bailarina el año pasado e incluso este.

—Bien. —Me sonrió con simpatía—. En resumidas cuentas, lo que pasó fue que terminé perjudicando, sin querer, al Ballet, a los ensayos e incluso a presentaciones debido a tantísimos viajes. Pero la situación realmente decepcionante fue que mi maestra me hizo ver mis faltas de muy mala manera. Quizá de haberlo hecho con amor no hubiese pensado que ella temía que yo “la igualase” —continuó contándome—. ¿Sí se entiende no?

—Obvio que se entiende —respondí con sinceridad—. ¿Y fue ahí que decidiste no seguir siendo parte de su Ballet?

—Exactamente. Y algo que aprendí de eso fue que los grandes maestros tienen millones de cosas en la cabeza y a veces esto ocasiona que no puedan entender y manejar a todos sus alumnos. Entonces hay que aceptar que se debe dar un paso al costado y seguir cada uno con su propio camino.

—Sos muy madura —me animé a decirle.

Seguidamente aflojó una pequeña risita y luego me dijo:

—Y aunque pensés que no, ¡vos también lo sos!

Terminé de masticar el último pedacito de mi última medialuna y la charla prosiguió.

—Larissa... ¿qué es más gratificante para vos? ¿Bailar en un escenario o dar una clase?

—Esa es una pregunta muy difícil —me respondió luego de pensarla— ya que ambas son las pasiones que tanto amo hacer en mi vida.

Estar en un escenario es desnudar mi alma ante el público, porque a través de mi cuerpo es que expreso lo que quiero transmitir gracias a la danza. Y en cuanto a dictar una clase, mi Estudio es mi segundo hogar y mis alumnas son como mis hijas, a quienes formo brindándome al máximo para que sean excelentes bailarinas y futuras excelentes profesoras — me compartió—. La verdad es que no puedo decirte cuál es más gratificante para mí porque ambas llenan mi alma.

De repente percibí que era tanto lo que estaba compartiéndome que ya no era correcto llamarla “ídola”. ¿Qué pasaría si, de ahí en más, sólo la considerase como mi mayor exponente de inspiración en la danza? Pues tener un ídolo en la vida es nada más ni nada menos que sentir una admiración excesiva hacia una persona. Lo mío ya no estaba siendo de esa manera, pues si bien aún la apreciaba desde lo más hondo de mi corazón, ¿cómo seguir catalogándola de ídola cuando en verdad estaba encontrando una simple amiga en ella?

—¿Querés preguntarme otra cosa o ahora me dejás que yo te diga algo? — me preguntó entretenida.

— Adelante, ahora te toca a vos. — Me reí.

Acabó su café con leche y fue allí cuando me expresó algo completamente impensado para mí... para mi vida... para mis alas...

— Yo, cuando veo talento en alguien, doy una mano siempre, ya que me gusta ayudar en todo lo que pueda con tal de ver crecer a otros. Y en este caso deseo ayudarte a vos porque sé por varias conocidas que son del interior lo mucho que quieren estudiar o simplemente perfeccionarse en Buenos Aires y muchas veces no tienen la oportunidad de hacerlo. En fin, lo digo y ya está: te quiero becar para que aprendás de mí, en mi Estudio, junto a mis alumnas.

¡QUÉ INMENSA SORPRESA FUERON SUS PALABRAS! Nunca había tenido la posibilidad de asistir a algún seminario impartido por ella pues ambas veces en que viajé para que me calificase, las organizadoras de dichos certámenes se limitaron a contratarla como jueza nada más. Sin embargo había acabado de brindarme la dicha de asistir a sus clases y, encima, en su propio Estudio en Buenos Aires.

— ¡Qué increíble y hermosa noticia! — manifesté con una espléndida sonrisa —. ¡Muchísimas gracias por becarme, Larissa!

— Sos una gran bailarina que está surgiendo. Y encima sos una persona maravillosa... con un corazón enorme, lleno de amor, de ternura y de humildad. En verdad lo merecés — me expresó con cariño.

Valoré mucho sus palabras. Y no sólo porque venían de parte de un espíritu hermoso sino también porque sencillamente estaba allí... fren-

te mío, consumiendo su primer alimento del día conmigo y, encima, ¡completamente desvelada!

— La beca consiste en que, una vez al mes en lo posible, vayás a Buenos Aires y tomés mis clases cinco días consecutivos. Si bien los gastos del viaje y la estadía corren por tu cuenta, que quede clarísimo que mis enseñanzas son absolutamente gratis para vos.

Asombroso... ¿qué habría de suceder, entonces, durante los próximos meses? ¿Serían capaces mi mente y corazón de volver a tomar la misma decisión de que la construcción de mi academia continuase pausada con tal de invertir experiencias en un nuevo suelo?

«Suceda lo que suceda, mi papá y mi mamá quedarán impresionados ante la beca que Larissa me otorgó» pensé conmovida.

Continuamos hablando por un ratito más de la felicidad que implicaba tanto para mí como para ella que mis pies se situasen en su Estudio de Danza y, a su vez, conocer y compartir con sus alumnas. Luego nos abocamos a intercambiar recuerdos tales como la primera vez que cada una se situó en un escenario junto a una Orquesta, como así también opinamos sobre las inevitables críticas por parte de las personas del ambiente de la danza. Más tarde charlamos sobre si, verdaderamente, poseer muchos certificados y distintos títulos determinan la trayectoria de una bailarina; y ambas estuvimos de acuerdo en que lo primordial se define en cómo se desenvuelva la pasión y en cómo se la comparta hacia los demás, eso es lo que define la clase de artista que cada uno es y seguirá siendo. Puesto que los papeles son sólo eso... papeles.

Incluso compartimos temas un tantito personales puesto que terminamos hablando sobre su novio. Me contó que ya pronto se cumpliría un año desde que estaban juntos y que, además, a ambos les resultó muy sencillo hacer pública su relación en las redes sociales ya que al ser él también bailarín, congeniaron la danza y el amor con muchísima empatía.

— Me hago pichí. ¿Vamos al baño? — me dijo de repente.

— ¿"Pichí"? — repetí extrañada.

A cambio, ella continuó con una simpática expresión:

— Sí... pichí, orina, pipí, líquido en la vejiga, control de esfínteres... ¿cómo preferís decirlo?

— Creo que me está resultando lindo "pichí".

— Bueno, ¡pero me estoy haciendo pichí! — me recordó.

Me reí sin ser del todo consciente de la intocable confianza que había surgido entre ambas durante toda la mañana. Y apartándome de la mesa en la que habíamos estado ubicadas, finalmente le dije:

— Vamos, te acompaño al baño.

Luego de que Larissa atendió su control de esfínteres, lo hice yo también. Algo me insinuó que de la misma manera en la que, por ejemplo, los bostezos son contagiosos, la función y el trabajo de la vejiga también lo es. Y aún ubicadas delante de los lavatorios del baño del *Refi Shop*, mientras nos lavábamos las manos, me animé a expresarle algo un tanto íntimo... privado en cierta manera.

—Larissa, me gustaría preguntarte una cosa pero es personal.

—No hay problema —me respondió con entera confianza—. Igual preguntá.

Sintiéndome tranquila ante su enorme naturalidad, continué hablando.

—¿Vos cómo hacés para bailar cuando estás en “tus días”? Digo... por los dolores, las molestias y simplemente por la incomodidad que implica estar en un escenario con “algo más” en nosotras mismas.

—Es incómodo, es verdad —me expresó al mismo tiempo de extraer un pedazo de papel desde el mecanismo que lo sostenía en la pared—. Sin embargo con los años descubrí que mientras más se está preocupada durante las horas previas a situarse en el escenario, lo único que lográs es más nerviosismo durante la coreografía.

Me pasó un pedazo de papel y me sequé las manos yo también.

—¿Por qué me lo preguntás? ¿Acaso vos sufrís mucho al estar en esos días?

—Sufrir, no —le respondí mientras deposité en el cesto de basura mi bollito de papel ya utilizado—. Si bien los dolores y las molestias las tengo el primer día nada más, la incomodidad está siempre... siempre que coincidan las fechas con alguna pisada en el escenario, claro.

—¡Te súper entiendo! Porque a fin de cuentas al dolor se lo soluciona con un *ibuprofeno* ¿o no? Pero... ¿cómo solucionar la incomodidad?

Sin molestarnos en salir del baño, continuamos charlando allí.

—Lo que dijiste sobre no llevarle el apunte, está bueno —expresé—. Aunque no es fácil olvidarlo.

—¿Sabés qué, Mary? —me dijo de repente—. El secreto está en la adrenalina que sentimos justo segundos antes de que el DJ largue la música. Si lográs hacer explotar esa emoción interna, no solamente todo a tu alrededor va a desaparecer sino también toda molestia e incomodidad... incomodidad del cuerpo e incluso del alma también.

Entendí su asombroso mensaje y por ende le reflejé lo sentido a través de un delicado asentimiento con mi cabeza.

—Igual nunca está de más evitar bailar con trajes blancos durante esos días, ¿eh? —me dijo entre risas.

—Lo sé. —Nos reímos al unísono mientras nos encaminábamos ha-

cia la puerta finalmente.

—Pero bueno... ese es el precio de ser mujer.

—Yo diría que más bien eso es un privilegio.

—Tenés razón — me afirmó—. Porque siendo mujer es una bendición poder gestar una vida dentro de nosotras.



Cuando la experiencia en Santiago del Estero llegaba a su fin, aun estando ubicada junto a mis papás en el interior de la *Kangoo*, siendo inevitable en mí, observé el oscuro cielo en plena ruta. Apenas si eran cerca de las ocho de la noche y sin embargo las brillantes estrellas ya iluminaban mis ojos a través de la ventanilla de mi asiento. Mientras las observé minuciosamente una tras otra, fui recordando y asimilando lo ocurrido horas atrás puesto que, gracias a que la organizadora del certamen no se hizo presente en la confitería (tal como habían acordado entre ella y Larissa con el objetivo de buscarla y acompañarla hasta la terminal), mi papá, mi mamá y yo terminamos siendo quienes la llevamos hasta allí e, incluso, con mucho gusto esperamos verla subir al micro que la llevaría de regreso a Buenos Aires.

Al ocurrir aquello, Larissa y yo nos despedimos con tan fuerte y sentido abrazo que me entraron ganas de llorar. Y lo supe pues el inevitable nudito en mi garganta siempre se hacía presente con tal de informarme que los sentimientos querían ser expresados en su totalidad. No obstante, me obligué a retener en mi espíritu cada una de esas lágrimas pues no quería arruinarle la despedida a Larissa.

Sin embargo, al estar allí en la *Kangoo* con retorno hacia la provincia de Salta, ¡finalmente me largué a llorar! Aquellos sentimientos expuestos no hicieron más que reflejar lo feliz que me sentía. Esta alegría iba mucho más allá de haber atesorado momentos junto a Larissa. Puesto que los sentimientos en mí me hicieron palpar la dicha que estaba sintiendo de ser una jovencita de dieciséis años muy pero muy diferente al resto de las demás adolescentes a raíz de tener un papá, una mamá, una hermana y un hermano ¡completamente diferentes!

Mi cuerpo, mente, corazón y espíritu estaban adquiriendo vivencias, enseñanzas y lecciones de vida que, sin duda alguna, mis ex compañeros y ex compañeras del colegio no estaban experimentando ni siquiera en lo más mínimo. La gente que no me conocía habría de decir que estaba quemando una etapa, y sí... ¡lo estaba haciendo! Mas la diferencia radicaba que la quemé, pero no me estancué. Al contrario, la quemé

con tal de vivir una completamente nueva y superior tal como me dijo mi papá que pasaría, justo el año anterior, en aquel momento en que me informó su decisión de que abandonase el secundario para siempre.

Todavía observando a través de la ventanilla la belleza en las estrellas, me di cuenta de la obviedad que implicaba que haya sangre transportándose por mis venas, testificando lo verdaderamente viva que me encontraba. Y todavía resbalando en silencio lágrimas por mis mejillas me di cuenta que, por segunda vez en mi vida, mis progenitores estaban allí ¡presentes! y sin embargo no habían sido testigos de cada una de esas sigilosas lágrimas. Agradecí que así fuese, pues hay sentimientos en la vida que es mejor expresárselos solamente a Dios.

CAPÍTULO 10

“Te voy a extrañar”

Mi hermana estaba sentada en la silla giratoria del escritorio de la computadora de Gabriel. Él estaba de pie junto a la cama, al lado de su valija, terminando de equiparla. En cuanto a mí, me hallaba delante del ropero, ubicada muy cómodamente en su puf.

— Esto es tan raro — dijo mi hermana.

— ¿A qué te referís, Mica? — pregunté.

— Es que hace tan sólo cinco días atrás, vos eras quien estaba preparando una valija. Ahora lo está haciendo Gabriel.

— Pero hay una diferencia — comentó él de repente —. Mary se ausentó por un par de días, en cambio yo me ausentaré para siempre.

— ¡No digás eso! — le recriminé.

— ¿Por qué no? Si es verdad — continuó diciendo él al mismo tiempo de ubicar sus chinelas en una bolsa y, a su vez, colocarlas dentro de la valija.

— Después de que subás al avión mañana por la noche, ¿puedo apoderarme de tu habitación? — preguntó Micaela de repente.

Gabriel dirigió su mirada hacia ella y le respondió:

— Si querés, no hay problema.

— ¡Genial! — exclamé sin darle tiempo a que ella argumentase algo más —. Eso significa que me quedará sola en nuestro dormitorio. ¡Eso es increíble!

— ¿Entonces no te vas a poner mal de tener “habitación propia” por más que mi cama continúe allí? — me preguntó.

— ¿Ponerme mal? — repetí —. ¿Querés que me ponga a saltar en una pata para que veás lo feliz que me siento?

— ¿De dónde viene esa expresión de “saltar en una pata”? — desvió Gabriel, sin querer, el tema de conversación.

— No sé, esa expresión existió desde siempre — comentó Micaela —. Al menos yo recuerdo que desde que fuimos niños ya se la utilizaba.

— Hace mucho leí un libro sobre curiosidades hispanas — les compartí a ambos — y justamente allí se mencionaba esa frase que manifiesta alegría desbordante. Es demasiado común utilizarla en la mayoría de los países de América Latina.

— Eso quiere decir que cuando termine de estudiar Física en Bari-loche para luego irme a algún país extranjero a trabajar, si utilizo esa expresión no la van a entender.

— Así es. — Asentí mi cabeza.

—¿Y ya decidiste a qué país te vas a ir? —lo interrogó Micaela.

—Eh, ¡calma! Mañana apenas si viajo para estar finalmente en el *Instituto Einstein*. Cuando sea el momento de hacer mi tesis, ahí recién iré viendo qué países apoyan a los licenciados en física.

Cuando empecé a sentir que mi obstinación en cualquier momento explotaría debido a no poder aceptar que Gabriel se fuese a estudiar a San Carlos de Bariloche -ciudad ubicada en la provincia de Río Negro- me las ingeníe de, al menos, disfrutar de su presencia en casa las últimas veinticuatro horas que restaban.

—¿Ahora mismo debe estar nevando en Bariloche, no? —le pregunté.

—Sí, seguro que sí. Así que veré nieve por tercera vez en mi vida.

—La primera vez que vimos nieve fue cuando éramos muy pequeñitos, ¿se acuerdan? —agregó Micaela con cierta nostalgia.

—Yo tenía tres añitos —expresé—. ¡Así que no me acuerdo de nada!

—¿Ni siquiera viendo las fotos que la mamá nos sacó? —me preguntó Gabriel.

—Cuando veo las fotos reconozco que nevó, pero no siento ningún déjà vu ni nada por el estilo.

—Tenés la memoria de un pez, Mary. —Se me rio Gabriel.

—¿Estás insinuando que soy *Dory* de *Buscando a Nemo*? —le pregunté fingiendo enojo sin darme cuenta de la rapidez con la que mis propias risas me delataban.

—Síiiiiiii, ¡tal cual! ¡¡¡Sos *Dory*!!! —apoyó con mucho énfasis Micaela.

Gabriel hizo un gesto de satisfacción al haber cerrado su valija. Luego se ubicó cómodo sobre la cama y me dijo:

—A ver, querida *Dory*, demostranos que tu memoria no falla. Recordanos alguna que otra anécdota de nuestras épocas de infancia.

—Eso es sencillo —les manifesté a ambos—. Ya que mi cerebro sólo tiene mis primeros años de vida borrosos pero el resto de mi historia no.

Micaela y Gabriel me miraron expectantes. Y ya que habíamos estado hablando sobre la primera vez que, juntos, experimentamos el disfrute de la nieve, se me ocurrió completar los recuerdos generales.

—¿Se acuerdan cuando hace exactamente tres años atrás hicimos un muñeco de nieve y le pusimos tus guantes como manos —Me dirigí a Micaela—, tu gorrito cubriéndole la cabeza— Lo miré a Gabriel— e incluso le pusimos mi bufanda para envolver su congelado cuello?

—¿Querés morir? —me interrogó Gabriel al mismo tiempo de apuntarme con la pistolita que siempre permanecía en sus dedos índice y pulgar—. Te dije que contés una anécdota siendo infantiles... no una que, dentro de todo, ¡es reciente!

—Uh... perdón — me sinceré—. Es que me entusiasmé con la nieve. ¡Amo el invierno! ¡Amo el frío!

—Yo recuerdo una anécdota linda —habló Micaela que aún seguía sentada en la silla giratoria.

—A ver... —expresé mientras distendí mi imaginación para dar paso a los recuerdos.

—¿Qué anécdota es? —preguntó Gabriel curioso.

—Aquella época en la que íbamos a la primaria en turno tarde. Siempre que volvíamos a casa merendábamos, después nos instalábamos a hacer los deberes porque bien los terminábamos nos íbamos al súper a ayudar.

—¡Esa etapa fue muy divertida! —añoró Gabriel.

—Me acuerdo que nos ayudabas con los paquetes en el depósito — recordé—. Mica solía reponer las mercaderías que se iban vaciando en las góndolas y a mí me gustaba mucho estar al lado de la caja registradora embolsando los productos.

—Pero no siempre colaborábamos estando separados —aclaró Micaela—. A veces alternábamos nuestros puestos y otras, claramente, lo hacíamos los tres juntitos.

—¿Se acuerdan que las personas insistían en pagarnos con moneditas? —Sonrió Gabriel—. Y más todavía cuando gentilmente les ayudábamos con sus carros de compras hasta la vereda.

—Y pensar que todo esto empezó gracias a que fue una novedad para nosotros el que haya un súper chino justo al lado de casa —declaré—. Es más, para mí sigue siendo increíble que ellos continúen como inquilinos en el inmueble del papá.

—Ayudar en el súper siempre fue como un juego para nosotros —siguió Micaela.

—¡Sí! —exclamó Gabriel—. Y tanto lo era que los chinos nos devolvían el gesto con golosinas gratis, ¿lo recuerdan?

—O a veces incluso nos lo devolvían haciéndonos sanguchitos de pan mignon con queso y jamón en la fiambrería —detallé repleta de recuerdos.

Micaela trazó una sonrisa inmersa en nostalgia. Gabriel, en cambio, asintió con su cabeza, sin duda alguna feliz de recordar la fabulosa infancia que tuvimos.

—¿Y qué irónico, no? —continué—. Porque mientras el papá y la mamá nos decían que nos aseguremos de no estar siendo una molestia para los chinos, nosotros estábamos aprendiendo sencilleces como por ejemplo nunca mezclar artículos de limpieza con alimentos o bien la

importancia de la fecha de elaboración y la fecha de vencimiento en los productos.

— Es verdad — dijeron ambos al unísono.

— Y creo que lo más grande que esa pequeña etapa nos dejó fue que aprendimos a cómo desenvolvernos y cultivar relación con los adultos, porque ante el simple hecho de ser respetuosos con los clientes ¡es increíble lo mucho que eso nos permitió crecer!

Por un instante los tres nos miramos mutuamente. Fue como si al mismo tiempo quisiésemos continuar revolviendo tesoros de nuestro pasado en aquel imaginario baúl de recuerdos que desde siempre habíamos compartido.

— ¿Se acuerdan de “Buen día señorita. Se le apetece ¿jugo o café?” —relató Gabriel de repente.

De inmediato los tres nos desternillamos debido a tantísimas risas. Puesto que aquella situación nombrada todavía permanecía muy viva entre nosotros sin importar cuánto tiempo nos alejaba de ella.

Nos encontrábamos en un ómnibus junto a nuestra abuela y nuestro tío con destino a Concepción, la ciudad cabecera del departamento tucumano Chicligasta, con el objetivo de visitar a la abuela de nuestro papá y, de paso, festejar con familiares de allí su cumpleaños n° 95. Por aquel entonces Micaela tenía doce años, por consiguiente Gabriel tenía diez y, por ende, yo apenas si había cumplido los nueve. En esos tiempos Mica estaba obsesionada con la soda; es más, ¡era la bebida que siempre acompañaba con sus comidas! Cuestión que en el momento en que la azafata del ómnibus se acercó a nosotros acarreado consigo su bandeja de pequeños insumos para que los pasajeros disfrutasen aún más del viaje, Gabriel y yo optamos por elegir vasitos de jugo para beber. Sin embargo, cuando llegó el turno de Micaela, la azafata le preguntó (tal como nos lo había expresado a nosotros momento antes) si se le apetecía jugo o café, a lo que nuestra querida hermana mayor le respondió a secas: “soda”. Confundida, la azafata le aclaró con una disculpa que no disponía de soda y que, simplemente, debía optar entre un vasito de jugo o un vasito de café. Seguidamente, Mica le volvió a expresar: “Mmm... quiero soda”.

— ¿Estabas rebelde o qué fue lo que te pasó? — pronuncié todavía riendo, aún ubicada muy cómoda en el puf de la habitación de mi hermano.

— Yo creo que estaba tan pero tan obstinada con la soda por aquellos tiempos, que en verdad no podía elegir entre un café y un jugo — se limitó a decir Gabriel, riendo también.

—Lo que pasó fue que se me taparon los oídos por la presión de aire acumulada en el colectivo. Por eso es que no escuché lo que la azafata me dijo y le respondí dos veces lo mismo.

Gabriel y yo cruzamos una típica mirada de compinches como lo auténticos “carne y uña” que siempre fuimos desde niños.

—Claaaaaro. —Asentimos ambos con sarcasmo—. Justo en ese momento tu tímpano no hizo bien su trabajo.

Micaela aflojó una sonrisa y luego dijo:

—Ahora te toca a vos, Mary. Contá alguna anécdota más.

Pensé por un momento y luego les pronuncié:

—¿Qué tal aquellos veranos en los que pasábamos horas jugando con bombuchas en el jardín?

—Uuuuf. —Exhaló Gabriel—. ¿Y nos mojábamos con manguerazos también, no?

—Sí, con la manguera también —completó Mica—. Incluso me estoy acordando que vos —Me miró de repente— no sabías hacerle nuditos a las bombuchas, lo que ocasionaba que siempre seás nuestra víctima favorita.

—Es verdad, no sabía hacer nudos —admití—. Pero después aprendí, así que si actualmente volviésemos a jugar ¡pobre de ustedes, cuántas bombuchas les arrojaría en sus espaldas!

—Che —interrumpió Gabriel—, y recapitulando... ¿se acuerdan del par de veces en que armamos la carpa en el jardín?

A continuación, él carraspeó su garganta y luego retomó sus palabras:

—El jardín era en verdad muy grande cuando tu academia de danza no existía.

—¿Eso te molesta? —le pregunté.

—No, en absoluto —contestó con sencillez—. Simplemente es increíble lo mucho que esta casa cambió a medida que fuimos creciendo.

—¡No se vayan de tema! —nos exhortó Micaela—. ¿No ibas a decir algo de la carpa?

—Sí, cierto. Estaba por decir que disfruté mucho de nuestras “acampadas” en el jardín.

—¿En serio las disfrutaste por más que siempre luchábamos contra los molestos insectos nocturnos? —le recordé.

—Sí, más allá de eso siempre fue divertido dormir en la carpa. Los colchones inflables siempre me resultaron muy cómodos.

—Para mí era frustrante convivir con insectos —se quejó Micaela.

—Así es como se expresa la naturaleza, querida —le dije.

—Aaaaah —prosiguió ella con finura—. ¿Y recuerdan que en las vacaciones de verano de nuestra infancia, además de jugar con bombuchas,

íbamos muy seguido a la *Biblioteca Provincial Victorino de la Plaza*?

— ¡¡¡Amo ese lugar!!! — exclamé—. Me encantaba cuando íbamos en vacaciones porque podíamos estar ahí mañana y tarde completa al no haber colegio.

— ¿Nos levantábamos tipo siete de la mañana, no? — amplió Micaela—. Me acuerdo que desayunábamos, nos preparábamos y finalmente el papá y la mamá nos llevaban hasta allí porque a las ocho abría.

— Y como a las ocho de la noche cerraba — siguió Gabriel — nos quedábamos felices doce horas seguidas ahí.

— El papá y la mamá siempre nos dejaban plata y almorzábamos solitos en el buffet — expresé contenta debido a lo bien que me hacía atesorar momentos junto a ellos—. Y a la hora de la merienda comíamos galletas *Maná Rellenas* de chocolate con *Coca-Cola*, ¿se acuerdan? A la larga, ese aperitivo se nos hizo una especie de tradición entre nosotros.

— ¡Qué buenos tiempos! — reflejó Gabriel—. Y si bien el papá y la mamá nos habían hecho los trámites necesarios para que fuésemos socios de la Biblioteca con tal de que nos permitan traer libros a casa, no se comparaba al hecho de leerlos ahí mismo... en un espacio tan confortable para quienes aman la lectura como nosotros.

— No es por subirme al poni — expresó Mica seguidamente— pero ¡todos nos conocían y nos ubicaban! Desde el señor quien estaba a cargo de los patios internos hasta los oficiales de seguridad en las puertas e incluso ¡cada una de las secretarías y administrativas!

Solté una risita y luego, un poco apenada, comenté:

— ¿Por qué dejamos de ir si nos la pasábamos tan bien?

— En época de clases el colegio nos quitaba tiempo — me respondió Gabriel—. Y más todavía cuando entramos a la secundaria.

— Ah, sí... lo recuerdo — me lamenté.

— Y ahora de grandes es como que cada uno está en lo suyo y cuesta congeniar los horarios entre los tres — opinó Micaela.

De repente deposité mi mirada en Gabriel e, interiormente, me surgió cierto interrogante.

«¿Qué tan diferente será nuestra vida familiar con su ausencia? Pues si bien estudiar en Bariloche no implica que esté instalándose a vivir en otro continente aun así estará lejos. De hecho cualquier sitio lo sería entretanto la familia Dimín pase a tener cuatro individuos en casa y ya no más cinco personas».

— ¿En qué pensás? — paralizó mis pensamientos Mica.

— Nada... — comenté sin saber cómo manifestar lo que andaba sintiendo—. Intento buscar más anécdotas.

— ¿Se dieron cuenta de que no estarán presentes en mi cumpleaños?
— agregó Gabriel.

Tratando de hallar un lado positivo a las palabras recién expuestas por mi hermano, de inmediato argumenté:

— ¡CUMPLEAÑOS! ¡Qué lindos recuerdos de nuestras fiestas con peloteros inflables en el jardín!

— La mamá nos decoraba las tortas tal como le pedíamos — dijo Micaela —. A mí me encantaba cómo hacía rostros de conejos y pequeñas maquetitas con las *Barbies*.

— Las mías solían ser con dibujos de castillos o bien con un tablero y piecitas de ajedrez — rememoró Gabriel.

— Yo tuve tantas facetas... — expresé —. *Gatitos, Teletubbies, Hello Kitty, Winnie the Pooh* y aún más gatitos.

— El papá alquilaba los mejores peloteros, ¿se acuerdan? — dijo Gabriel.

— Me estoy acordando de que el dueño nos llegó a conocer tanto que “no tenía tiempo” para venir y recoger el pelotero bien acabase el cumpleaños — comentó Micaela.

— ¡Cieeeeerto! — exclamé —. ¡Siempre venía al día siguiente!

— Teníamos horas extras gratis a solas con el pelotero — recordó Gabriel entre risas.

— ¿Cómo cambiaron las épocas, no? — les planteé.

— ¿A qué te referís?

— Antes teníamos muchísimos amigos y ahora estamos solos — les expresé.

Mica bajó su mirada hacia el piso. Entretanto Gabriel pronunció:

— Es normal. Siendo niños todos tendemos a “coleccionar amigos”.

— ¿Pero... y de grandes? — lo interrumpí.

— De grandes... la mayoría tiende a seguir haciendo lo mismo, sobre todo los adolescentes. Pero nosotros somos tan diferentes al resto de la juventud que si no nos hacen a un lado, de igual manera nosotros mismos nos apartamos.

Las palabras de Gabriel fueron tan sinceras, precisas y correctas. Sin duda alguna ser como el salmón nadando contra la corriente quebrantaba muchas realidades. ¿Pero quién ha de querer amigos cuando ya se tiene a los VERDADEROS en casa?



Mientras merendaba mi habitual café con leche acompañado de *Pepitos*, un sabor amargo me comenzó a atravesar la garganta. ¿Acaso el

paquete de galletas estaba vencido? No, no lo estaba. ¿Le faltaba más azúcar al café? No, no le faltaba. ¿Qué le pasaba a mi garganta entonces? ¿Por qué sentía una sensación tan pero tan desagradable?

—¿Vas a llevar tu cámara de fotos, Mary? —me preguntó Gabriel que acababa de ingresar a la cocina.

—No, porque lo que va a suceder hoy no merece fotos para el recuerdo.

—Ay, tampoco es para tanto. Las personas viajan todo el tiempo.

Claro que sí; pero no todos los días un apuesto jovencito ingresa a un avión con el objetivo de estudiar en un renombrado instituto del país y, como efecto colateral, se aparta de su pequeña hermana.

—¡En quince minutos salimos! —Le oí gritar de repente a mi mamá—. ¡No se demoren!

Ante el aviso, acabé con rapidez mi merienda tolerando todavía aquel inusual sabor en mí. No obstante, cuando alrededor de unos sesenta minutos más tarde finalmente nos hallamos en el *Aeropuerto Martín Miguel de Güemes*, recién allí pude discernir qué significaba aquella amargura que si bien la sentía en la garganta, se había originado en lo más hondo de mi pecho.

Nuestros progenitores se encargaron de asesorar a Gabriel con los trámites necesarios previos al despegue del avión. Entretanto Micaela y yo nos ubicamos en aquel típico sector con asientos, lugar ideal para los no pasajeros dentro del gran aeropuerto.

—Che Mary, ¿qué me recomendás que haga en lo que resta del año? Como terminé bajando los brazos con la carrera de Comunicaciones al igual que lo hice el año pasado con Historia, otra vez me siento igual de confundida y sin rumbo.

—Y no sé, Mica... —expresé con poco interés de charlar—. Quizá deberías seguir pidiéndole a Dios que te muestre cuál es tu verdadera vocación en la vida.

A lo lejos divisé a Gabriel, a mi papá y a mi mamá que acababan de ser atendidos delante del mostrador. No sé si estaban haciendo el check-in o si ya andaban con el trámite de corroborar que la valija no excediese las medidas estipuladas; pero fuese lo que fuese, algo en mi interior empezó a dolerme de manera sigilosa. ¿Por qué costaba tantísimo aceptar aquella realidad? ¿O es que simplemente era una actitud anormal no saber desprenderse de manera sentimental de tu propio hermano?

Cuando el instante de hacer fila para el ingreso al avión se presentó, percibí de manera fugaz aquel reconocible nudito en mi garganta. Gabriel se despidió con unas palmaditas en la espalda de nuestro papá

y luego abrazó a nuestra mamá. Micaela se acercó a él para despedirse también y cuando lo hice yo, de inmediato comencé a llorar.

—Eh, Mary, ¡no llores! — me dijo Gabriel abrazándome.

¿Cómo no darle rienda a suelta a mis emociones si desde aquel momento en adelante no vería más a mi mejor amigo, mi chico especial, mi único hermano? ¿Por qué nuestros caminos debían tomar rumbos diferentes? ¿Acaso una sólida familia no debe estar unida para siempre? ¿Por qué separarnos, entonces?

Mi cabeza estaba apoyada sobre su hombro derecho sin embargo aun así podía sentir los latidos de su corazón. De reojo advertí que el señor quien estaba ubicado delante de él en la fila ya estaba siendo atendido por la azafata. Eso revelaba que en los próximos treinta segundos, aproximadamente, Gabriel se ausentaría de mi vida para siempre.

— Buenas noches, su ticket de vuelo por favor. — Escuché de repente.

Gabriel me obligó a que lo soltase y allí mismo nuestro abrazo acabó. Mi papá se acercó por mis espaldas y mientras sentí que apoyó sus manos sobre mis hombros, observé con los ojos rojos y los párpados hinchados cómo la azafata, tras comprobar lo necesario, le daba ingreso a Gabriel a través de la puerta de embarque. Una última vez nos dijo chau con la mano y luego desapareció de nuestra presencia. Mi alma continuó ahogándose con mis propias lágrimas mientras mi papá me contenía haciéndome entender que, ante el alto coeficiente intelectual de Gabriel, lo mejor que podía ocurrirle era que encontrase los desafíos, la experiencia y el crecimiento que esperaba adquirir en el *Instituto Einstein* allá en Bariloche. Por ende era por demás necesario para él aquel viaje.

— Yo estoy contento porque sé que él va a estar contento allá — me dijo mi papá.

Al arrimársenos Micaela y mi mamá, noté en ambas que unas cuantas lagrimitas se deslizaban por sus mejillas. Nada comparado con los truenos y la tormenta sobre la cual estaba mi corazón.

De regreso a casa en la *Kangoo*, Mica comentó:

— ¿Cuando se reciba viajaremos hasta Bariloche para verlo?

— Seguro que sí — expresó mi mamá.

— A mí me encantaría así que haremos el esfuerzo — dijo mi ingeniero.

Cuando en una determinada esquina detuvo el vehículo bajo la luz roja del semáforo, levantó un poco su vista con tal de verme a través del espejo retrovisor. Como siempre me encantaba ubicarme justo detrás del asiento del conductor, aquel espejito siempre nos mantenía “conectados” a los dos.

— Mi tesoro, ¡arriba los ánimos!

—No... no puedo... Ya lo... ya lo extraño mucho —expresé haciendo un esfuerzo por calmar el llanto.

—Recordá que no bien Gabriel empiece a recibir su beca por estar estudiando, nos la mandará para que sigamos avanzando con la construcción de tu academia. ¡Arriba los ánimos! —me repitió.

¿De qué valía un estipendio mensual ante su ausencia? ¿De qué valía continuar con mi gran sueño si él no estaba en casa atestiguando mi felicidad?

Las ruedas de la *Kangoo* chillaron sobre las pequeñas rampas de la vereda en el momento en que ingresamos a nuestro garaje de casa. De golpe me compenetré en la realidad de que nunca más iba a ver a Gabriel. Nunca más me haría cosquillas. Nunca más compartiríamos charlas sarcásticas que sólo nosotros entendíamos. Nunca más me apuntaría con su peculiar pistolita. Nunca más me retaría por continuar manteniendo mis uñas largas, claramente desobedeciendo su pasado mandato frente a el regalo de mis quince años.

Fue ahí que presentí que el hogar de la familia Dimín cambiaría su diagrama por completo. Las rutinas cotidianas no serían jamás las mismas.

Es sabido que, tarde o temprano, mis lágrimas cesarían sin embargo podía sentir que mi corazón continuaría estando bajo una terrible nube gris.

CAPÍTULO 11

“Amarga pesadilla y dulces ensoñaciones”

¡Me desperté atemorizada! Y ese sobresalto se agravó cuando me di cuenta de que había estado durmiendo en la cama matrimonial de mi papá y de mi mamá. ¿Qué hacía yo ahí? Volteé hacia mi derecha y percaté sobre el velador, al lado de la lamparita, una foto de ambos que nunca antes se ubicaba allí.

Un instante después, no supe qué pasó. No percibí nada. No sospeché nada. Hasta que de inmediato me encontré en la vereda de la casa de mi abuela...

Mi tío, hermano de mi papá, lloraba desconsoladamente junto a la verja de entrada. Mi abuela -madre de ambos- peleaba agresivamente en medio de la calle con numerosos policías al no dejarse poner las esposas en las muñecas.

Micaela, Gabriel y yo observábamos un árbol que se encontraba en la vereda de enfrente. Nos extrañó de gran manera porque nunca antes lo habíamos visto. Era alto, coposo y grande de ancho y poseía brillantes hojas verdes. A mí me impactó muchísimo el ver que estaba totalmente cubierto de fuego; pero ni el tronco, ni las ramas ni las hojas eran consumidas por el abrasante calor. La zarza ardía con persistencia, sin embargo nada pero nada se consumía en llamas.

—Ustedes dos deben venir con nosotros al Poder Judicial, a la oficina de Juzgado de Menores —nos informó uno de los policías dirigiéndose a Gabriel y a mí.

Lloré al escuchar aquello puesto que comprendí que esa nominación es con el objetivo de designar un nuevo hogar a los chicos que, siendo menores de edad, quedan huérfanos. Sin padres... ¡sin familia!

Micaela se me arrimó llorando, tanto como mis ojos ya lo hacían. Gabriel, esforzándose por ser lo suficientemente fuerte, intentaba consolar nuestras lágrimas. Allí mismo en plena vereda abastecida de curiosos vecinos, nos abrazamos percibiendo que aquel momento sería la última vez en nuestras vidas en que estaríamos los tres juntos, unidos.

En un primer patrullero, ya esposada, la hicieron subir a mi abuela. En el segundo, junto a otros policías, subió mi tío. En el tercero la situaron a Micaela y, finalmente, en un cuarto patrullero, nos hicieron ingresar a los empujones a Gabriel y a mí.

El motor arrancó y mientras avanzábamos por la calle miré por la ventanilla hacia atrás. ¡El árbol coposo lleno de fuego había desaparecido!

De repente añoré ese plato de arroz hervido con atún, acompañado de aceitunas, pequeñas fetas de jamón y rodajas de tomate con salchichas *de viena* que ella solía preparar como almuerzo para sus tres nietos cuando íbamos de visita. Era una comida muy fácil de preparar, pero lo que convertía a ese almuerzo en especial era el ingrediente secreto que mi abuela le ponía: mientras vigilaba el agua hirviendo en la hornalla o mientras cortaba bien chiquitas las aceitunas sobre la mesada, nunca dejaba de sonreírnos ni a Micaela, ni a Gabriel ni a mí.

Antes de que mi corazón siguiese llorando allí en el patrullero sin asimilar, aun con la compañía y presencia de Gabriel, todo lo que estaba sucediendo, el policía que manejaba nos dijo:

— Por lo que hemos investigado hasta el momento, el arma que se utilizó para efectuar los dos disparos fue una *Pistola Bersa Thunder-Ca libre 9mm x 19*.

Gabriel y yo cruzamos una mirada desconcertados y aturcidos. ¿Por qué nos habría de interesar los detalles del arma? Lo único que ansiábamos era a nuestra familia unida de vuelta. Y particularmente, yo deseaba a la abuela y al tío que durante mi niñez solía haber conocido sin que las circunstancias hubiesen ocasionado cambiar sus sentimientos hacia la familia Dimín.

Ahí mismo abrí mis ojos. Miré a mi alrededor... ¡me encontraba en mi dormitorio, en mi cama! Todo había sido un simple sueño o más bien: una atroz pesadilla. No obstante, unas lagrimitas caían desde mis ojos mientras mis manos temblaban del susto pues había parecido tan real y palpable aquel sueño...

Como de costumbre, siendo lunes, a las cuatro y media de la tarde, mi papá y yo nos situamos en la *Kango* para dirigirnos hasta mi clase en la Academia de Amal. Pero al llegar allí luego del viajecito de treinta minutos, ¡la puerta de ingreso al salón estaba completamente cerrada! Confundida, regresé a la vereda para reencontrarme con mi ingeniero en el vehículo ya muy bien estacionado junto al cordón de la vereda.

— Tesoro, ¿qué pasó? — Se sorprendió al verme tras la ventanilla.

— La Academia está con llave. Adentro no hay nadie, está todo oscuro.

— ¿Tu clase es el primer turno o no? ¿No será que llegamos muy temprano?

— Son las cinco y cinco — le dije mientras revisé mi celular —. Nunca llegué tarde y Amal tampoco. Esto es tan raro...

Mi papá me observó pensativo por unos segundos.

— Llamala. Para eso existen los celulares.

Busqué el número entre el listado de contactos. Justo antes de que sonase el tercer tono, corté la llamada pues de lo contrario me atendería el contestador automático.

—No atiende. —Me empecé a preocupar mirando de reojo la Academia.

—Tranquila, volvé a intentar.

Nuevamente llamé a Amal y, para mi asombro, contestó.

—Hola Mary hermosa, ¿pasó algo? ¿Necesitás algo?

—Sí... Estoy en la Academia. ¿Vos dónde estás?

—¡Aaaaay, Mary! ¿No te llegó mi mensaje hoy al mediodía? De último momento tuve que viajar a Buenos Aires para encontrarme con *Amir Thaleb*, debo abonarle el importe de los seminarios a los que mis chicas van a asistir ahora en septiembre — me explicó—. Además debo comprar telas que no se encuentran en Salta para ultimar unas cositas de los trajes míos y de mis alumnas.

—No hay problema, Amal. Disfrutá del viaje entonces — me sinceré.

—¡*Personal* anda de mal últimamente! Disculpá por haberte hecho ir al vicio a la Academia.

—No te disculpés, vos nunca me hiciste daño.

—El miércoles tampoco tendrás clase pero la semana siguiente te hago recuperar los dos días con horas personalizadas también, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Te quiero mucho, hermosa! —soltó abruptamente—. Por cierto, el otro día vi tu publicación en *Facebook* de que tu hermano ya viajó. Más vale que tengás una sonrisa por él, ¿eh? Vos estás viviendo tu sueño de crecer en la danza así como él está viviendo el suyo también. ¡Nada de lágrimas porque te conozco!

Todavía ubicada en la vereda, me aparté un poco de la *Kangoo* para tener cierta privacidad.

—Las lágrimas ya las superé pero todavía se sigue sintiendo su inmenso vacío en casa.

—Ya te acostumbrarás, todo cambio lleva su tiempo hasta que se estabiliza y acomoda.

—¡Te quiero mucho, Amal! —le expresé.

—Nos vemos el próximo lunes ¡sin falta! ¡Te mando un fuerte abrazo, Mary!

De regreso a casa en la *Kangoo*, sentí la necesidad de plantearle cierto tema a mi querido ingeniero.

—Papi, ¿te acordás cuando el tío y la abuela querían que yo haga la

comuni3n tal como lo estaban haciendo mis amiguitas en su momento?
¿Te acordás que insistían en pagarme la fiestita y cualquier otro gasto que fuese necesario?

— ¡Cómo no acordarme de eso si desde ahí la relaci3n familiar fue cambiando!

— Me acuerdo que vos y la mamá ya habían dejado de ir a misa tal como ellos ya habían dejado de ser cat3licos tambi3n. Sin embargo... ¿por qué aun así querían que yo, siendo la hija menor, hiciese la comuni3n?

— Tu pregunta no tiene respuesta porque ni ellos mismos me la supieron fundamentar. Simplemente querían que hagás la comuni3n y punto.

A trav3s de la ventanilla, mir3 el cielo tan decorado con sus gloriosas nubes y su radiante sol, ya casi de atardecer. Desde muy pequeña siempre me result3 inevitable admirar aquella creaci3n celeste tan hermosa, siempre imaginando dibujos e historias con las formas de las mismísimas nubes.

Mi mirada rebot3 sobre las personas que transitaban la vereda en ambos lados. Ahí mismo mi mente se pregunt3:

«¿Qué tantas personas entenderán que la relaci3n con Dios es simplemente conocerle a trav3s de la *Biblia*? ¿Cuántas personas de verdad comprenden que no es necesario asistir a una iglesia ni realizar rituales hechos por la invenci3n humana para así creer en Dios y estar “conectado” con Él? ¿Qué tantas personas leerán con esmero y dedicaci3n Su Palabra?».

De inmediato, como si fuese que mi papá estuviese desvelando mis propios pensamientos, pronunci3:

— Vos sos cristiana porque tu esp3ritu lleva enseanzas bíblicas que yo te fui enseñando con los años y con el tiempo, prácticamente desde que tu mamá y yo dejamos el catolicismo. Pero...

— ... pero me falta leer la *Biblia*. Ya lo sé — terminé su pronunciaci3n por él.

Todavía con ambas manos sobre el volante, me mir3 riendo a trav3s del espejito retrovisor. Le devolví la sonrisa, entretanto algo dentro mío se cuestion3 si realmente era necesario leer aquel libro -el más vendido y con más traducciones a nivel mundial- aun cuando las personas con quienes compartía techo, hablaban y debatían cada día acerca de sus preciosas enseanzas escritas. ¿Acaso para Dios no era suficiente con que yo prestase mis oídos y escuchase con un sincero inter3s las enseanzas del hogar? ¿Para qué leerlas por mi propia cuenta si mi coraz3n nunca dejaría de confiar en la doctrina cristiana tan bonita que impartía mi familia?



Dos días más tarde, el mensaje de Amal llegó a mi celular. Definitivamente, *Personal* andaba funcionando para el lado de los tomates. Más allá de que mi empresa en el celular fuese *Claro*, nada justificaba el hecho de que no pudiese procesar correctamente un mensaje habiendo sido enviado desde una empresa opuesta. ¡Vaya funcionamiento de tecnología!

Si bien continuaron con total normalidad las clases grupales con Jaanan aquella semana, extrañé las enseñanzas por parte de Amal. Sin embargo, lo positivo de que ella estuviese en Buenos Aires fue que eso mismo me provocó de una manera increíble el recordar a Larissa: ¡mi mayor exponente de inspiración! O eso es lo que solía sentir hacia ella puesto que al instalarme en la computadora para ver unos nuevos videos de shows que había acabado de subir, el mismísimo *YouTube* me recomendó que viese también videos de una tal bailarina de nombre Shanell, originaria de allí de Buenos Aires al igual que Larissa.

«¡¡¡¡¡Baila increíble!!!!!» me maravillé internamente mientras analizaba que su precioso cabello en tono pelirrojo resaltaba aún más su talento. «Es tan histriónica y simpática que incluso no se le borra la técnica ante tanta naturalidad».

—¿Cuándo será el próximo viaje para reencontrarte con Larissa? — Escuché la voz de mi hermana detrás de mí.

—Ella no es Larissa. — Señalé la pantalla de la computadora.

—Ah, ¿no es ella? — Se acercó para observarla —. Son tan parecidas todas cuando se maquillan y más si tienen el cabello súper largo.

Me empeñé en continuar mirando aquel video de Shanell. Los pequeños parlantes me emitían aquel precioso tema titulado *Taxim y Baladi Ayam* y supe que, tarde o temprano, lo bailarían por la sencilla razón de todo lo que la misma bailarina estaba produciéndole a mi espíritu a través de esa música.

«No quiero que mi corazón se sienta infiel hacia lo que Larissa me hace sentir» pensé con una mezcla de aflicción y adrenalina, «pero Shanell... ella... ¡ella tiene algo más que no sé cómo describirlo!».

No debía darle vueltas a los sentimientos, debía admitirlo en voz alta. Y más si Mica estaba allí como testigo.

—Mi espíritu acaba de añadir a otra bailarina en mi lista de inspiraciones.

No obstante, al no comentarme nada, me di cuenta de que me encontraba hablando sola. Mi hermana ya no estaba detrás de mí. Vaya a saber en qué momento se apartó de mi presencia.

«Mejor así» pensé con seguridad, «porque la conexión artística que traspasa la pantalla solamente yo la experimento».

Leyendo los comentarios situados debajo del video, me enteré de que Shanell es amiga de Samia: la bailarina que conocí a principios de marzo en aquel seminario al que asistí con Gisela. E indagando más en sus respectivas redes sociales, me enteré que no sólo Samia era parte del Ballet más prestigioso del país; ¡Shanell lo era también! De hecho entre los comentarios del video, Shanell le agradecía a Samia por haberle prestado uno de sus trajes para bailar aquel *Taxim y Baladi Ayam*.

Revisando mis fotos de cuando conocí personalmente a Larissa como así también cuando conocí personalmente a Samia, de pronto me empecé a preguntar si llegaría la oportunidad de que ocurriese lo mismo con Shanell. Cada una era especial y única a su manera sobre el escenario. Cada una tenía un estilo muy característico al bailar. Y si bien Larissa encabezaba la lista quizá por el simple hecho de haberla conocido en primer lugar, eso jamás opacaría en absoluto a los otros dos nombres de los siguientes renglones. Claramente las tres supieron cómo enamorar a mi danza, a mi crecimiento y a mi corazón.



Días siguientes, almorzando un delicioso guiso de fideos con verduras, mi papá me planteó algo muy interesante.

— Maryam, ¿qué tanto te gustaría dar clases?

— Y bueno... — fantaseé — a diario sueño con ver terminada la construcción de mi academia. Así que supongo que eso evidencia lo mucho que deseo dar clases.

Mi mamá, ubicada en el extremo opuesto de la mesa, quiso decir algo; sin embargo terminó tragándose sus propias palabras al mismo tiempo de hacerlo con unos cuantos fideos. Cruzó una mirada con mi papá, así que, como de costumbre, él siguió.

— Ayer viernes mientras estabas en clase de Janaan, Gabriel nos informó por celular que no recibirá sus ingresos de la beca hasta finales de agosto por lo menos.

— ¡Finales de agosto?! — me alarmé — . ¡Falta un mes para eso!

— No es nuestra culpa, tesoro. El gobierno es quien está en demora al retribuirles la mensualidad a los estudiantes.

— Pero la construcción está detenida desde abril. ¡No es justo que mi academia tenga que seguir esperando!

— El dinero maneja las cosas, Maryam — pronunció mi mamá.

— Se hace lo que se puede — completó mi papá.

Si había estado esforzándome por dominar mi aflicción a causa de la

ausencia de Gabriel, al menos por un tiempito cobró sentido aquel sentimiento, ya que realmente estaba viva la esperanza de que nos cediese su beca. Sin embargo, ahora mi corazón habría no sólo de continuar sin su presencia y compañía, sino que también mis manos no tendrían los billetes necesarios. ¿Por qué costaba tanto luchar por un sueño? ¿Dónde se encontraba la queridísima paciencia?

—¿Querés dar clases en una escuelita de barrio? —soltó de repente mi mamá.

—¿Quién? ¿Yo? —me desconcerté.

—Contale la historia completa —dijo mi papá.

—Resulta que una compañera de mi trabajo en el colegio es también secretaria en una escuelita de barrio. Y charlando me contó que en esta escuelita se están por abrir, desde la próxima semana, talleres cada sábado para los alumnos y chicos del mismo barrio.

—¿Eso no es el *Plan Provincial de Escuelas Abiertas* como en el que trabaja Cintia?

—Exactamente eso es.

—¿Puedo yo entonces dar clases de danza los sábados? —Algo dentro de mí empezó a inquietarse con mucha ilusión.

—Andan necesitando un profesor de ajedrez —prosiguió mi papá—. Así que yo me voy a presentar a ver si me quieren contratar.

Sin darme cuenta, sonreí. Pues no sólo es docente de tecnología en un colegio secundario sino también instructor de ajedrez. Cada vez que mi mente recuerda sus habilidades en dicho juego de estrategia, me alegro por él puesto que aquella es la afición que más disfruta realizar.

—Hoy a la tarde me esperan los directivos para charlar. Si venís conmigo a la escuelita busquemos juntos la posibilidad de que vos trabajés dando clases de danza. De paso, el dinero que cada uno ganaría, tené por seguro que iría directo a la inversión de tu academia.

La vida tomaba rumbos inesperados, de eso no había duda. Puesto que ¿quién diría que yo misma aportaría billetes para la construcción del más grande anhelo de mi vida mediante clases de danza que impartiría en una humilde escuela barrial?

Pero claro, los directivos de la escuela debían aceptarme. No lograría nada entretanto no me hiciesen parte del proyecto. Estaba claro que les andaba faltando un profesor de ajedrez, sin embargo, una extraña sensación en mis venas me expresó que no les vendría mal una profesora de danza. De hecho, ¿qué persona puede resistirse ante el encanto de la danza árabe?

—¿Qué hay para comer? —preguntó Micaela adentrándose en la co-

cina, puesto que un momento atrás había estado duchándose.

—Nuevos sueños —contesté de manera espontánea.

Mi papá se rio de mis palabras y luego me dijo:

—Eso es el alimento del espíritu, Mary.

—¿Me perdí de algo? —pareció confundirse mi hermana.

—Quizás... —expresé con una pícara mirada—. Pero por lo pronto, la mamá y el papá hicieron guiso de fideos con verduras para almorzar.



A media tarde, mi papá y yo caminamos hasta la escuela barrial de la cual la compañera de trabajo de mi mamá le había hablado. El establecimiento quedaba a unos quince minutos de nuestra casa, así que que verdaderamente valía la pena ir caminando. Además, el solcito de invierno siempre fue disfrutable así que la caminata cesó con rapidez.

—Buenas tardes, qué tal. —Nos recibió la portera en la entrada—. ¿Usted es el profesor de ajedrez, verdad?

—Buenas tardes. —Saludó mi papá—. Sí, yo soy el profesor de ajedrez. Ella es mi hija —Me presentó al mirarme—, espero no haya ningún inconveniente de que ingrese conmigo.

—No hay ningún problema —dijo sonriendo y con amabilidad la portera—. Ya no es una niña, ¡es toda una mujer! así que por supuesto que puede estar con usted en la reunión.

«Tengo dieciséis años. ¿Eso me convierte en “toda una mujer”?».

Internándonos por las galerías abiertas de la escuelita, la portera nos hizo cruzar el patio hasta llegar al aula en la que ya estaban reuniéndose varios adultos y directivos. Ahí mismo mi papá y yo estuvimos cerca de cuarenta minutos interiorizándonos de que el trabajo se realizaría solamente durante los próximos cuatro meses, es decir desde agosto hasta noviembre. Los horarios serían a partir de las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde durante cada sábado, con un claro receso a la hora del mediodía. La ganancia mensual para cada encargado de los diferentes talleres no se basaba en grandes números. Sin embargo, al cruzar una miradita con mi papá en plena reunión, supe y entendí que de igual manera los billetes serían una ayuda y un aporte hacia mis preciosos ladrillos que no merecían seguir abandonados. Sin mencionar que por medio estaba el mismísimo deseo de enseñarles a bailar a otras personitas. Y si bien compartir la pasión que uno tanto ama desde lo más profundo del corazón no merece una compensación de billetes, ¡aun así los necesitaba! Estaba claro que la construcción jamás se embellecería por sí sola.

«Creo que estoy pensando como adulta» me asusté de repente en mis pensamientos.

Al acabar la reunión, el directivo principal a cargo de la organización de los talleres quedó fascinado con la trayectoria de instructor de ajedrez de mi papá, por lo que lo aceptaron. ¡Mi ingeniero ya estaba dentro del proyecto de la escuela! No obstante ahora continuaba lo complicado...

— ¿Tienen docentes de danza? — indagó mi papá.

— Sí, pero sólo un profesor de folclore y una profesora de ritmos latinos — contestó el director.

Miré a mi papá esperanzada. Y luego miré de igual manera al director, quien estaba vestido con una sencilla camisa y un jean.

— Mi hija es profesora de danza árabe. ¿Podrá ella también trabajar los sábados?

— ¡Woow! ¿En serio sos profe de árabe? — Se impactó observándome de arriba a abajo —. Sos muy jovencita, ¿qué edad tenés? Supongo que sí sería lindo incluir en la lista un tercer estilo de danza.

— Sí, ya soy profe de danza árabe — hablé con alegría —. Tengo dieciséis y sinceramente la danza es lo que más amo hacer.

— Aaaaay — pareció lamentarse —. Sería genial tener a una docente apasionada como vos siendo parte de los talleres, pero no creo que sea posible porque sos menor de edad.

— Oooh, qué pena. — Bajé la mirada con desánimo.

Al recorrer el aula con una rápida vista a todos los maestros allí presentes, corroboré que tenían alrededor de cuarenta y cincuenta años, respectivamente. ¡Yo era la única menor de edad! Era como un extraviado pececito nadando en un largo río habitado y pisado por gigantes pies de elefantes. ¿Así también se siente el salmón en algunos de sus viajes contracorriente?

— ¿Y no se podrá hacer algún tipo de excepción? — preguntó con respeto mi papá —. No es porque sea mi hija pero la verdad que es muy madura para la edad que tiene.

— Lo noto — aflojó el director con sinceridad —. Claramente se percibe en su manera de hablar lo cargada de experiencias que está. Pero no podemos ir en contra de lo que nos impone el ministerio de la provincia —. Clavó sus ojos en los míos y siguió —: Lo lamento mucho.

— Momentito, momentito. — Se nos acercó una señora de cabello rubio teñido —. Me disculpo si no debí escuchar conversación ajena. Yo soy quien dará los talleres de tejidos.

Luego de presentarse, continuó:

— ¿No bastaría con que el señor — Se dirigió hacia mi papá — hiciese

un permiso en la policía para expresar que siendo menor de edad está bajo su tutela y él la supervisa?

— Eh, ¡qué buena idea! — dijo mi papá.

— ¡INCREÍBLE IDEA! — habló el director entusiasmado—. Haga entonces el trámite necesario y con gusto su hija podrá trabajar dando clases de danza árabe.

«Ya veo porque se dice que la esperanza es lo último que se debe perder» pensé animándome otra vez al mismo tiempo de sonreír.

— Te recuerdo que deberás presentar tu curriculum vitae antes de empezar a trabajar en esta escuela.

— No hay problema. Será bien gordito mi curriculum vitae — continué sonriendo.

Minutos después mi papá y yo nos despedimos de los directivos y, caminando de regreso a casa, me preguntó:

— ¿Contenta?

— ¡Muuuuuicho! — exclamé en medio de la vereda—. Porque este sueño me va a permitir acercarme al otro... ¡al más grande!

— Me encanta verte crecer tanto, mi tesoro. Sigo convencido de la excelente decisión de tu mamá y mía al decirte el año pasado que a partir de éste no vayás más al secundario. Entre adolescentes jamás se puede madurar, al contrario: te idiotizás porque el sistema educativo de Argentina no le permite a nadie descubrir todo lo que se desea hacer en la vida. Eso solamente se logra en casa, en el hogar.

— ¿Tenés idea de lo afortunada y bendecida que soy porque vos seás mi papá? No sólo me apoyás con mi vocación sino que también te esforzás por entenderla y paralelamente me enseñás a cómo desenvolverme en la vida a través de ella.

— Gabriel seguramente debe estar agradecido también por lo mismo porque apoyo su proyecto de haberse ido a estudiar física en el mejor instituto del país. A propósito, ¿lo seguís extrañando?

— Obvio que sí. Pero... pero todo esto me está levantando tanto el ánimo que cada vez comprendo mejor que si su felicidad es estar allá en Bariloche, también debería ser esa mi felicidad por el simple hecho de que ambos estamos disfrutando y creciendo en nuestras vocaciones.

— Muy bien dicho, Maryam.

Justo una cuadra antes de llegar a casa, le recordé cierto tema que andaba meciéndose de un lado a otro desde el viaje a Santiago del Estero.

— Papi...

— ¿Sí?

— Ya es oficial que no podremos viajar una vez al mes a Buenos Ai-

res por la beca que Larissa me dio, ¿no?

—No se trata de que no se pueda viajar. Más bien se trata de que si empezamos a invertir el dinero en otra perspectiva, tu academia va a seguir paralizada. ¿Qué es lo que más anhelas?

—Sinceramente me encantaría aprender junto a Larissa cada mes y más todavía si es en su propio Estudio.

—Pero... —alegó él.

—... pero siento un deseo muchísimo más fuerte por vivir la plenitud de ser profesora todos los días en un precioso salón de danza en el jardín de la casa.

—Está todo dicho entonces —puntualizó él ya abriendo el portón de nuestro hogar.

Ingresamos y, ubicados en el jardín, le dije:

—Lo que en cierta manera me entristece es que de las dos veces que Larissa y yo nos vimos, en ninguno de los dos viajes se dio la oportunidad de que asista aunque sea a un seminario suyo.

—Que no te entristezca eso, mi tesoro. Recordá que los planes de Dios son mucho más altos y perfectos que los que nosotros diseñamos. ¿Nunca imaginaste la posibilidad de que cuando tu academia ya esté en funcionamiento, nosotros mismos podríamos pagarle el viaje y la estadía por unos días para que no sólo venga a Salta a enseñarte a vos sino también a quienes serían tus alumnas?

Me quedé congelada ante sus palabras. El espíritu de mi papá era tan pero tan soñador como el mío. Quizás eso mismo es lo que ocasionaba tanta complicidad entre ambos. ¿Por qué no ocurría lo mismo con mi mamá o incluso con mis hermanos? ¿Por qué no habitaba también en ellos aquella misma chispa espiritual hacia los deseos de la vida?

— ¡Esa idea suena increíble, papi!

De reojo observé los ladrillos de canto perfectamente ubicados como si la delimitada altura de la construcción pretendiese rozarlos con aquel cielo de gamas celestes, blancas y azules que tanto me encantaba admirar. Con el tiempo mis alas se explayarían allí mismo, lo podía sentir en toda la amplitud de mi alma. No obstante, eso mismo jamás quitaría la posibilidad de que me dirigiese al cielo contigo... al de compartir muchísimo más con Larissa. E incluso también compartir momentos de enseñanzas con Samia y Shanell, ¿por qué no? Estaba claro que cada una de ellas le aportaba algo sensacional a mis sentires hacia la danza a través de la pantalla. Y mi trabajo era precisamente permitirle a mi corazón que conociese y explorase cada una de esas sensaciones al máximo.

De hecho, ¿los mismos pajaritos en la naturaleza no hacen aquello

también? Examinar diferentes sectores del cielo es muy enriquecedor, pero hay que recordar también que todo sueño tiene su época determinada de crecimiento. Sólo así el perfume de cada flor que se cruce por el jardín de la vida podrá adornar las ensoñaciones de una manera mucho más eficaz. Y más aun conociendo la disposición de mi papá de hacer realidad cada una de esas ensoñaciones que eran tan suyas como mías, ¿cómo no permitirle entonces a mis alas que vuelen hasta el más lejano cielo?

CAPÍTULO 12

“¡Bienvenida al Ballet!”

— Abríguense bien, chicas — nos avisó Janaan a modo de despedida—. Afuera hace demasiado frío.

— Yo siento calor — comentó una de mis compañeras.

— Honestamente, yo también. — Me reí—. Pero estamos transpiradas y justamente es cuando más hay que abrigarse para que el frío no nos juegue en contra.

— Sí, eso es muy cierto.

Guardé mi caderilla en el bolso y me abrigué. Sin duda alguna algo que me fascina del invierno es utilizar bufandas. ¿A quién no le gusta? ¡Son muy cómodas!

Al hacer el ademán de encaminarme para finalmente salir de la Academia, puesto que la jornada de una increíble clase había llegado a su fin, algo me detuvo. Mejor dicho, alguien.

— Mary, no te vayás. Tengo que hablar con vos.

Me volteé y la dulce sonrisa de Janaan ocasionó intriga y misterio en mí.

— ¿Hice algo malo? Hace rato avisaste que no nos olvidemos de pagar la cuota y te recuerdo que yo ya la pagué justo antes de que empecemos la clase.

— No te voy a retar — pareció divertirse conmigo—. ¡Vos sos tan aplicada y responsable!

Todavía sonriendo, me indicó que fuese a la entrada. En la recepción nos ubicamos cómodas junto a la mesa. Una pregunta se hizo latente en mí: «¿qué anda tramando la profesora que curó de manera magistral mis preciosas alas?».

— Esto será rápido — Miró de reojo el reloj situado en su muñeca — porque debo continuar con la siguiente clase.

— Sí, no hay problema — dije todavía más desorientada de lo que había estado instante atrás.

— Pero si necesitás o querés que sigamos charlando, sabés que podemos hacerlo por *Facebook*. Recordá que acuesto a mis hijas y como después ya estoy más libre, siempre a partir de las doce estoy pegada a la pantalla de la computadora.

Seguidamente suspiró y allí mismo me preguntó:

— ¿Los días jueves no tenés clases con Amal, verdad?

— No, los jueves no. Sus clases son solamente lunes y miércoles.

— ¡Genial! — pareció aliviarse.

— ¿Por qué la pregunta?

—Porque los ensayos de mi Ballet son los jueves. Y ahora que estamos a punto de empezar con las coreografías que vamos a presentar en nuestro espectáculo en diciembre, quería proponerte, siempre que estés cómoda, claro —me habló con mucha transparencia—, ¡que seás parte de mi sueño!

Las placas tectónicas de mi alma se movieron por unos cuantos segundos. Por más complicado que sea de asimilar, no todos los temblores causan desastres. Hay algunos que reafirman y estabilizan la posición de los anhelos.

—¡Por supuesto que quiero ser parte de tu sueño! ¡¡¡Gracias por la oportunidad, Janaan!!! —le exclamé inundada en felicidad.

Se apartó de la silla en la que estuvo sentada y se acercó hacia mí para darme un abrazo. Realmente mi espíritu estaba muy agradecido con el suyo por su cariño, su honestidad, su apoyo y sus enseñanzas en danza. De más está mencionar que mis heridas abiertas precisamente se transformaron en cicatrices gracias a ella. Y ahí mismo, aún en medio del abrazo, sentí que por más que el reloj de la vida continuase realizando su trabajo, mis alas seguirían haciendo el suyo también, gracias al impacto de su presencia sobre mí.

Y algo curioso que razoné es que si bien al recordar las cicatrices espirituales de inmediato mi corazón sentía profundas marcas de lo vivido en mi pasado, eso mismo daba testimonio también de todo lo que continué creciendo y volando a la par de abastecer el alma con mucha más fuerza, pasión y voluntad. Por eso mismo, no hay cicatriz espiritual que en cierta manera no contenga belleza y esplendor, ya que cada una de ellas jamás dejará de estar envuelta en antiguos miedos, anécdotas personales e incluso desilusiones que ya fueron superadas. Y lo fueron gracias a que la magia de la vida unida con la magia de la pasión siempre hará surgir a alguna persona llena de bondad que se encargue de brindarles caricias, para que aquella antigua **SANGRE** no perfore las alas nunca más.

«La exquisitez de todo esto es que Dios mismo es quien dispone y ubica a la persona correcta para que te enseñe a cómo vivir con esas cicatrices» pensé conmovida ya de regreso a casa en la *Kangoo*.



Durante la semana, mi papá, mi mamá y yo nos apersonamos en la comisaría ubicada muy cerca de nuestro hogar. Tuvimos que esperar hasta ser atendidos alrededor de una hora, pues el administrativo

encargado en realizar trámites sencillos como el nuestro estaba muy ocupado para asesorarnos.

— ¿Es un simple papel lo que debemos pedir o no? —le pregunté a mi mamá.

— Sí, digamos que sí. Aunque más bien es una planilla —me dijo todavía ubicada a mi izquierda en la sala de espera—. La misma comisaría nos la facilitará para que la llenemos, ya verás.

— ¿Y cuánto más habrá que esperar? Siento que estoy perdiendo mi tiempo sentada acá.

— Bienvenida al mundo de los adultos.

Dirigí mi mirada hacia mi papá quien estaba sentado a mi derecha.

— No sé por qué pensé que hacer trámites iba a ser divertido.

— Porque de por medio está tu pasión, sólo por eso —añadió.

— ¿Y qué me decís de la cita que tendrás mañana a la mañana con la psicóloga? —me preguntó mi mamá.

— Siendo honesta sí estoy un poco nerviosa por lo de mañana.

— No tenés nada de qué preocuparte, mi tesoro. Los docentes de la escuela simplemente quieren corroborar a través de una profesional que sin importar tu corta edad, en serio estás lista para esta increíble experiencia de trabajo.

— ¿Familia Dimín? —Escuchamos de repente a través de la ventana abierta que separaba la sala en la que estábamos de la contigua.

— ¡Nosotros! —Me levanté de golpe.

— Ya pueden pasar.

«Ya era hora».

En la habitación contigua, tras un alto escritorio un policía nos atendió.

— Buenas, ¿qué necesitan?

Mi ingeniero y mi mamá le explicaron resumidamente la situación de trabajo en el que ansiaba involucrarme y la clara ayuda que necesitábamos de su parte. En apenas cinco minutos, el policía llenó en un documento específico dedicado a la patria potestad sobre un menor la debida autorización para que, sin importar que tuviese menos de dieciocho años, sin disponer de emancipación, pudiese firmar válidamente un contrato de trabajo. Detalló también los datos y el domicilio de la escuela barrial y al final de la hoja me pidió que la firmase en su presencia. Lo mismo les pidió a mis progenitores. Y listo, trámite acabado.

Cuando nos retiramos de la sala, de repente en la puerta nos topamos con otro policía. Llevaba de la mano a un muchacho que tenía unos espeluznantes moretones en el rostro, sobre todo en la frente y al lado de los párpados. Y más que producirme curiosidad por saber qué le

había sucedido, lo que más me llamó la atención fue que al acercársele otro uniformado de la misma comisaría, entre ambos oficiales hablaron de que el joven tenía quince años.

«Es más chico que yo» fue lo primero que pude pensar. «¿Qué le habrán hecho? O... ¿qué habrá hecho?».

Mientras volvíamos a casa caminando, al atravesar la plaza de nuestro barrio, observé a otros cinco muchachos prácticamente de la misma edad que el anterior. Tumbados junto al pie de un árbol, bebían varias botellas de cerveza. De hecho algunas de ellas estaban completamente rotas con sus debidos pedacitos de vidrio esparcidos alrededor.

Aquella imagen habrá quedado tan grabada en mi mente que hasta horas después no pude sacarme la idea de la cabeza acerca de las huellas tan pero tan diferentes que mi adolescencia estaba dejándole a la vida.

Paralelamente, mientras mi mamá me ayudó a realizar mi detallado curriculum vitae en la computadora, mi papá me sorprendió con un par de bolsas de cemento tras avisarme que fuese al jardín. ¿En qué momento las había adquirido? ¿Y con dinero sacado de dónde?

— Este mes no hay viajes previstos con vos. Y como Gabriel ya está allá bien instalado, asimilé que sí podemos permitirnos invertir un poquito más de dinero en la obra — me explicó mirando las bolsas con la misma ensoñación que yo.

— ¿Eso significa que se aproxima el revoque de las paredes?

— Empezaremos con el revoque grueso, claro que sí. Y luego se procede con el revoque fino para ir puliendo detalles.

— ¡Llamémosle entonces a Efraín, el albañil! — dije con impaciencia.

— Ya lo llamé y...

— ¿Y cuándo viene?

— No quiere venir, no quiere trabajar. Está deprimido.

— ¿QUÉ? — me alarmé —. ¿Me querés decir que ahora que sí tenemos un poco de dinero para invertir no hay albañil que trabaje para nosotros?

Reubicó las bolsas de cemento junto a la hormigonera para que los elementos no estorbasen de gran manera en medio de nuestro jardín y luego me dijo:

— ¿Te acordás que Iván, a principio de año, se fue a estudiar en la *Armada Argentina*?

— Sí, por supuesto que me acuerdo.

— Sucede que desde entonces Efraín empezó a extrañarlo mucho al hijo. Acordate que siempre trabajaban juntos en las obras. Ahora es como que no tiene motivación ni ganas para la construcción hasta tanto su hijo no esté con él de vuelta.

— Vos también sos padre — pronuncié — y casualmente tu hijo varón también se fue a estudiar a otra provincia y no por eso estás deprimido.

Mi ingeniero soltó una risita.

— Porque no estás deprimido, ¿verdad? — continué.

— No tesoro, yo no me deprimó. Las depresiones jamás atacan a alguien que ya tiene “sellado” — Literalmente marcó las comillitas en el aire — el Espíritu Santo en la mente y en el corazón.

— Sí, pero decime: ¿qué haremos ahora sin un albañil?

— Mañana miércoles vendrá un colega de Efraín. Él mismo lo va a mandar, ya me avisó.

— O sea que tendremos un nuevo albañil...

— Aaaah — expresó repentinamente —, y me dijo que utilicemos con confianza la hormigonera, los baldes y los andamios ya que al haberlos guardado en nuestro propio jardín por tanto tiempo, dice que merecemos utilizar lo que sea necesario.

— Qué amable — dije con sinceridad —. Espero su depresión no sea nada grave.

— No lo creo, tesoro. Con el tiempo volverá a estar bien. Ya verás...

Allí mismo, prácticamente de la nada, una interesante pregunta se instaló en mi espíritu.

«¿Hay diferencias entre una tristeza y una depresión? Comúnmente se las confunde o se las trata como sinónimos, ¿pero realmente lo son? Y si no es así, ¿cómo se sabe con exactitud cuál es cuál?».

— ¿Al final mañana retomás las clases personalizadas con Amal? — me distrajo de mis pensamientos sin querer.

— ¡Cierto! Eso me olvidé de comentarles a vos y a la mamá — hablé.

— ¿Comentarnos qué?

— Por más que ya haya regresado a Salta, Amal me dijo que mañana tampoco podrá darme clase. Anda muy atareada con preparativos para su espectáculo y necesita unos cuantos horarios libres para trámites extras y más ensayos.

— ¿Después te hará recuperar las clases?

— Sí, sí, obviamente las recuperaré. La verdad que la entiendo, ya que como yo no soy una “alumna oficial” en su Academia, es como que, sin querer, estoy robándole tiempo con mis clases particulares en medio de su rutina de ensayos.

— ¡No digás eso! Vos no le robás nada a nadie. Pero como bien lo dijiste, es entendible. ¿Acaso Janaan misma no anda comenzando también con los preparativos de su espectáculo?

— Hablando de Janaan... — le expresé.

Mi papá me miró expectante.

— La otra noche hablamos mucho por *Facebook* y sinceramente quiere hacerme parte de muuuchas coreografías del Ballet.

— ¡Excelente! ¡Disfrutá mucho, mi tesoro! Janaan es muy buena profesora.

Justo cuando estuve a un vocablo de pronunciarle un pequeño detalle más, él solito me robó las palabras de la boca.

— Ah, pero... ¿cuántos trajes tendrá que realizar la modista? ¿Y cuántos trajes deberá bordar la mamá? Recordá que andamos muy apretaditos con la plata, Maryam.

— Eso mismo le planteé a Janaan y me dijo que lo hablase tranquila con ustedes para así confirmar en qué coreos puedo bailar y en qué otras no, para finalmente coordinar los ensayos con las chicas.

— De acuerdo, ya hablaremos de eso con tu mamá a ver qué opina ella. Por lo pronto ¡mañana nos espera un buen día!

— La construcción resurge — expresé levantando mis cejas con entusiasmo.



— Pasá por favor, ponete cómoda en el sillón. — Me permitió el ingreso la psicóloga a su consultorio.

— Muchas gracias.

El lugar era acogedor. Dos pintorescos sillones blancos enfrentados entre sí y una mediana maceta protagonizada por un cactus junto a la ventana. Las paredes, de un suave tono naranja, contenían al ronroneante sonido del caloventor eléctrico, que contrarrestaba el inevitable frío de agosto.

— Me hablaron mucho acerca de vos, Maryam Dimín — dijo con simpleza mientras se ubicaba enfrente de mí—. La verdad es que me impacta conocer a una jovencita con tantos proyectos en mente, con tantas metas fijadas en la vida. Tengo cincuenta y dos años, y esta es la primera vez que llega una menor a mi consulta con el fin de buscar entre los adultos una reafirmación por una peculiar situación y no debido a un problema. Siempre son los mayores quienes se me acercan trayendo a sus menores para que yo los ayude, dándoles guía, apoyo y soluciones.

— Sin importar la edad nunca terminamos de enriquecernos — me animé a decir al mismo tiempo de acariciar mis largos rulos y ubicarlos sobre mi pecho derecho —, así que eso de que cada persona es un mundo y cada persona tiene su historia de vida ¡es más que real!

—Muy bien dicho. ¿Pero vos cómo describirías tu historia? Es decir, ¿qué te está llevando a firmar un contrato de trabajo siendo tan pequeña?

—Mi amor por la danza árabe...

Aquellas palabras tan sólo fueron el inicio de mi plática para luego detallarle cómo fue que descubrí aquella vocación y pasión en mi vida. Los obstáculos que se me fueron presentando y la manera en que mis emociones me enseñaron con el transcurso del tiempo a enfrentar las dificultades; y el apoyo de las personas a mi alrededor y las sorpresas de calidez humana que la vida me obsequió. Aproveché en revelar también lo distinta que me sentía en comparación a las demás chicas de mi edad y las diferentes maneras en la que la gente solía responder al conocerme.

—Qué distinción entre la juventud que vos hayás encontrado tu camino en plena niñez, en plena primaria que es cuando comenzaste a bailar árabe. ¿Sabías que, con suerte, algunas personas encuentran su senda en la vida pocos años después de acabar la secundaria? El tema de descubrir las vocaciones suele ser muy ignorado; sin embargo cuando asimilan su importancia, ya es tarde... tarde para disfrutar de esa pasión, tarde para crecer en ella y tarde para compartírsela al mundo.

Asentí mi cabeza sin saber qué decir. Nunca antes había asistido a una consulta psicológica. Todo aquello era completamente nuevo para mí.

—Además lo apreciable en vos es que tenés la mente como una esponja, eso se nota. Y sos muy inteligente por lo que en tus buenas decisiones siempre vas a ser un ejemplo para las personas que te rodean. Estoy muy segura de que todo esto lo proyectarás en tus alumnas de danza en el futuro —ultimó regalándome una sonrisa.

—Dios quiera sea así. Me encantaría ser capaz de inspirar al prójimo.

Me señaló la amplia mesa ratona de madera ubicada en medio de los respectivos sillones y me dijo:

—Voy a hacerte un test de personalidad y luego ya te podés ir, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien —respondí intrigada.

Se apartó del sillón y fue hasta su escritorio en la esquina de la sala para facilitarme una hoja en blanco.

—Necesito que dibujés una casa, un árbol y una persona —me explicó mientras me entregaba un lápiz—. Tomate el tiempo que necesités.

—De acuerdo —dije arrimándome un poco más a la mesa mientras pensaba con curiosidad qué tanto podía develar de mí tres simples dibujos en un papel.

—Ah, por cierto. —Me miró de repente—. ¿No necesitás un borrador o sí?

—Mmm... por las dudas sí. Sólo por las dudas.

Me lo proporcionó y luego volvió a ubicarse enfrente de mí, en el sillón. Solté un suspiro mientras coloqué la hoja en posición horizontal. En cierta manera me cohibía un poco que estuviese observándome con tanto detenimiento, pero al concentrarme en la hoja en blanco delante de mí fue como si todo a mi alrededor se difuminase.

En la parte inferior, más precisamente en el medio, comencé dibujando una mujer. La retraté con una pollera apenas un poquito más arriba de las rodillas y con una elegante blusa de mangas largas con botoncitos decorativos en su centro. Unos zapatos sencillos completaron su atuendo. Continué con su rostro y, para mi sorpresa, utilicé varias veces el borrador hasta dar con el equilibrio facial entre sus ojos y la redondez de la cabeza. Me esforcé mucho para que ante la fricción del borrador con la hoja, esta no se doblase; y la paciencia tuvo sus resultados con un simple dibujo, porque incluso el cabello quedó tal como lo diseñé con anterioridad en mis pensamientos: rulos largos y abultados.

A mi derecha, proseguí con el árbol. Un grueso tronco afirmado muy bien al borde de la hoja fue lo primero que realicé. Desde allí continué con unas corpulentas ramas que luego derivaron en ramitas más pequeñas. En todas ellas envolví hojas y, a su vez, desde todas ellas amplié su copa a lo ancho y siempre asegurándome que fuese lo bastante alto en comparación a la mujer que tenía dibujada a mi izquierda.

Por último encuadré la casa; pero al asimilar lo chuecas que estaban sus paredes frontales, volví a la realidad y hablé:

—¿Puedo utilizar una regla?

—Sí, claro —respondió la psicóloga—. Ya mismo te traigo una.

Al terminar de dibujarla con sus debidas tejas, su chimenea, sus grandes ventanas, su mediana puerta, su timbre y sus canteritos con florecillas al pie de la entrada, dejé el lápiz a un costado y observé con detenimiento la casa, la persona y el árbol. Para mi gusto, todo había quedado prolijo y equilibrado.

—¿Terminaste?

—Sí. — Alcé la hoja y se la entregué.

—Excelente.

Miró mi trabajo con cautela por unos cortos minutos. Volvió a posicionar la hoja a mi alcance mientras suspendió en el aire del consultorio una interesante pregunta.

—Si tuvieses que ponerle una edad al árbol, ¿qué edad le pondrías?

Volví a mirar su tronco e imaginé lo duro que este sería si fuese mu-

cho más que un simple dibujo. De hecho, imaginé las raíces que estaban ocultas tanto en la realidad como invisibles en el papel.

— Yo le pondría alrededor de unos setenta años — expresé con seguridad.

La psicóloga, muy pensativa todavía observándome desde el sillón, continuó:

— Y la persona del dibujo, ¿qué edad le pondrías?

Tragué saliva y... un poco dudando de mí misma, finalmente respondí:

— Doce años.

— Y supongamos que este test hubiese sido con un límite de tiempo y ahora mismo decido regalarte cinco minutos más: ¿cambiarías algo de la casa?

— No, no cambiaría absolutamente nada — dije sin pensarlo.

Seguidamente regresó a su escritorio y guardó mi dibujo en uno de los cajones. Luego, desde otro, extrajo su sello con matrícula profesional y, posteriormente de escribir unas palabras en una mediana hoja autoadhesiva, marcó su nombre y apellido al final.

— Por favor, Maryam, vení. — Me pidió que me acercase hasta ella.

Me alejé del pintoresco sillón y obedecí.

— Hay un entrenador español de nombre *Pep Guardiola* que afirma que la mayor suerte que uno puede tener en la vida es hacer lo que te gusta porque encontrar eso es la esencia de todo.

— Qué buena frase — me sinceré.

Extendió hacia mí la mediana hoja autoadhesiva que había acabado de firmar y me dijo a modo de despedida:

— Entregásela a los superiores de la escuelita lo más antes posible así tienen tiempo de analizar mis palabras e incluso volver a contactarme si es necesario. Fue un gusto conocerte, Maryam Dimín.

— El gusto fue mío. — Me despedí sin animarme todavía a leer esa constancia que revelaba si, aun en mi minoría de edad, estaba capacitada o no para trabajar.

Ahí mismo me encaminé hacia la salida del consultorio mientras de reojo fui leyendo sus palabras en puño y letra con lapicera negra:

Jovencita de 16 años muy palera, muy puntual, muy responsable, muy perfeccionista. Es consciente de lo que quiere, de lo que hace y de todo lo que quiere alcanzar. Nunca permite que su edad la limite cuando por la lucha de sus proyectos se trata, aunque

—Maryam —habló la psicóloga justo antes de que mi mano rozase el picaporte de salida.

—¿Sí? —Aparté mis ojos del papel sin poder acabar de leer el párrafo.

—Muchos éxitos en la construcción de tu academia.

Sin ocultarle mi alegría, manifesté:

—¡Muchas gracias por todo, de verdad!



El día jueves, siendo el primer ensayo con el Ballet de Janaan, quedé encantada y hasta impresionada con el cálido ambiente que se creó entre las chicas y yo. Si bien habíamos cruzado unas cuantas palabras aquella vez en el show con la *Orquesta Memphis* donde compartimos vestuario, era sabido que recién ese mismísimo jueves la relación se empezaría a afianzar como integrantes de un mismo elenco grupal, donde el principal sueño era el trabajo en equipo.

—¿Cómo va la construcción de tu academia? —me preguntó Graciela, una de las chicas; tenía un año más que yo.

—Gracias a Dios, ¡muy bien! De hecho ayer se retomó —le compartí.

—Eso mismo te iba a decir: ¡qué bueno que se haya retomado! Anoche vi que subiste fotos en *Facebook* sobre el revoque que se está haciendo en las paredes.

—¿Ya está puesta la barra para elongar, no? —Se nos acercó Macarena, otra de las chicas.

—Sí, ayer se la colocó. ¿Cómo sabés? —Me sorprendí.

—El que a partir de hoy seamos compañeras no significa que antes no me haya interesado tu vida. Desde que nos agregamos a *Facebook* que estoy siguiendo todo el proceso de fotos en el álbum.

Su sinceridad me impresionó. No cabía duda de que el Ballet de Janaan era un claro reflejo de valores que ella misma les transmitía a las chicas.

—Me uno a la charla —habló Camila—. ¡Tu academia va a quedar preciosa! ¡Las fotos son preciosas!

—Muchas gracias, chicas —les expresé antes de transparentarme tal como lo estaban haciendo ellas—: La verdad es que se trata de una inversión demasiado grande y muchas veces se hace todo muy difícil, pero sé que el resultado va a ser maravilloso.

Cuando las dos horitas de ensayo con el Ballet acabaron, inició la clase de ritmología con uno de los integrantes de la mismísima *Orquesta Memphis*. El hecho de que fuese integrante del Ballet no me obligaba en absoluto estar presente en dicha clase, sin embargo, yo había opta-

do por ser parte de ella de allí en adelante ya que ¡nunca quería dejar de aprender! A su vez resultaba genial que me quedase en ritmología puesto que las clases habituales con Janaan de los días viernes se habían pasado para los días jueves. Su marido tuvo cambios de horarios en su trabajo y, como no tenían a alguien para que se quede al cuidado de sus hijas por la alteración imprevista de rutinas, Janaan se vio obligada a modificar unos cuantos horarios de danza.

En definitiva, acabé sospechando que el jueves sería mi día preferido de la semana puesto que ingresaba a la Academia de Janaan a las cinco de la tarde y no me iba de allí hasta las diez de la noche.

Si bien había sentimientos pasajeros que me bajoneaban temporalmente, mis alas continuaban creciendo y explayándose de manera magistral. Así que, ¿qué más podría ocurrir como para que volviesen a acabar lastimadas?

CAPÍTULO 13

“Miento si digo que estoy bien”

—¿A quiénes buscan? —nos preguntó una portera diferente a la de la semana anterior—. Solamente a los docentes se les permite el ingreso los días sábados.

—Yo soy el profesor de ajedrez y ella es mi hija —evidenció mi papá—, la profesora de danza árabe.

—Aaaah sí. —Asintió la portera observándonos—. A usted ya lo estaban esperando para designarle el aula y presentarle a los chicos que desean aprender ajedrez, así que pase por favor.

De un impulso a otro abrió la verja para cedernos el ingreso, paralelamente de continuar diciendo:

—Pero vos no podés pasar. No te permitieron trabajar.

Completamente desconcertada y aturdida, me quedé sin palabras. ¿Cómo que no me permitían trabajar si me pidieron que, por favor, hiciese el trámite en la policía por ser menor de edad y que a su vez preparase con esmero mi curriculum vitae? ¿Qué estaba sucediendo!?

Al oír aquello, mi papá se volteó con tal de permanecer en la entrada conmigo, prácticamente en las escalinatas contiguas a la vereda.

—¿A qué se refiere con que no le permiten trabajar a mi hija? Ya todo quedó acordado con los directivos de que tanto ella como yo vendríamos hoy.

—Será que se olvidaron de informarle por teléfono el último cambio de planes que se hizo durante la semana. Ella no puede trabajar, usted sí.

Miré a mi papá confundida. ¿De verdad estaba sucediendo eso? ¿Por qué? ¿Qué había hecho mal? ¿La portera no se daba cuenta de que estaba jugando con mis ilusiones y con mis sentimientos? ¿No se daba cuenta de que entre ambos necesitábamos generar dinero? Estaba claro que ella no había tomado la decisión, sin embargo al ser la encargada de informarla debería haber utilizado palabras dulces hacia mis oídos. Contrario a utilizar palabras frías y cortantes que no ocasionaban más que nuevas marquitas de pesares y disgustos en mi corazón.

Comprendiendo que mi papá ingresaría solo a trabajar, lo cual evidenciaba que debía regresar caminando por mi propia cuenta hasta casa, terminé bajando mi mirada. Algo en mi interior pareció desestabilizarle y mis alas se bajaron también. No obstante, escuché con dureza:

—¿Me podría, por favor, informar cuál es la razón específica por la que no puede ingresar mi hija a trabajar?

—Creo que es porque como ya hay varios profes de otras disciplinas artísticas, no la necesitan a su hija.

Apreté contra mi pecho el reproductor de música portátil que estaba teniendo entre brazos. E incluso con un movimiento de hombro, escuché que desde mi bolso sonaron entre sí las moneditas de varias caderillas que había llevado para compartírselas a quienes serían mis alumnas. Sentí el nudito en el fondo de mi garganta, pero como no quería expresar mis sentimientos en público, lo ignoré y acabé sintiendo una fuerte opresión en el pecho, prácticamente en el corazón.

—¿Me permitiría hablar con el director?

—No señor, no puede. Ahora mismo el director está en una importante reunión y no podrá atenderlo —respondió la portera. Luego me miró de reojo y dirigiéndose otra vez hacia mi papá, dijo—: Pero pase por favor, sus alumnos ya deben estar esperándole.

—Si no le permiten trabajar a mi hija, yo tampoco lo haré —reveló mi ingeniero—. Por favor infórmeselo a los demás docentes y sobre todo al director. Que tenga un buen día. —Se despidió de la portera y me indicó que lo siguiera.

Ya regresando a casa, me explicó que esa clase de peloteos era de lo más común en el plano de la adultez porque la gente mayor constantemente se mueve y se deja manejar por protocolos y esquemas mundanos, dejando de lado la pasión, la experiencia y la empatía hacia los demás. También me dijo que debía empezar a acostumbrarme a sentir que “había perdido el tiempo” para que al final sucediese claramente NADA.

—Pero igual hubieses trabajado vos solo. ¡Necesitamos más plata! —le expresé todavía caminando.

—Lo que iban a pagar por mes no era mucho, acordate. En cambio si trabajábamos los dos, ahí sí se hubiese justificado el esfuerzo de ambos durante cada sábado.

En una determinada esquina de una cuadra, nos detuvimos. En lo que esperábamos que transitasen los vehículos para poder cruzar la calle, me esforcé interiormente por buscar razones para continuar manteniendo una sonrisa en mi rostro a pesar de la opresión que sentía en el pecho.

—Lo bueno de no trabajar es que no vamos a ausentarnos los sábados. Podrás dirigirlo con tranquilidad y explicarle lo necesario al albañil sobre cada detalle y diseño de la construcción.

—Sí, es verdad. ¡Eso es bueno! De hecho ya debe haber llegado —apoyó mi optimismo.

—Sí, estoy segura que la mamá ya lo hizo ingresar al jardín. Ya es hora de que esté ahí.

No obstante, al llegar a casa, nos topamos con la noticia de que el albañil aún no había llegado. Incluso mientras la mañana se fue consumiendo siguió sin presentarse a trabajar. ¿Era normal que, como espectadora, observase tanta irresponsabilidad en la vida adulta? No sólo por el hecho de que el albañil -colega de Efraín- no se hubiese presentado a trabajar aquel día sino también por lo vivenciado en la escuelita barrial. En definitiva, sentí que los sucesos no estaban saliendo como yo quería debido a que, del otro lado, las demás manos no estaban poniendo de su parte para cooperar con mis sueños. ¿Así de insensibles son todos los que conforman la adultez?

Cuando durante la tarde me enteré a través de *Facebook* que Samia nuevamente estaría en la ciudad de Salta dictando un seminario la semana entrante, eso mismo fue un motivo más para esforzarme a mantener viva una sonrisa en mi rostro a pesar de las pequeñas adversidades a las que tenía que acostumbrarme. Entretanto mi papá y mi mamá pudiesen abonar aquel seminario, sabía que toda paciencia habría de valer la pena si permanecía rodeada del abstracto amor que me brindaba la danza.

— ¿Cenamos y después lo llamamos a Gabriel? — preguntó Micaela mientras llenaba su vaso con gaseosa.

— Él nos va a llamar así que comamos tranquilos — dijo mi mamá.

— Sí porque acordate, Mica, que él tiene llamadas gratis hacia nosotros, no nosotros hacia él — comenté—. ¿Y en serio pensás decirle lo mucho que te está gustando dormir en su habitación?

— Sí — respondió riendo—. Y no me digás que a vos no te está gustando mucho también tener “dormitorio propio”.

Por supuesto que me gustaba ya que desde que tuve uso de razón que compartí habitación con Micaela. Si no hubiese sido porque Gabriel estaba estudiando en Bariloche, jamás hubiese experimentado lo que se siente dormir sola. Sin embargo... por más linda que fuese la experiencia, en cierta manera todavía deseaba que las cosas volviesen a tomar su ritmo y cotidianeidad tal como estaba antes de que fuésemos cuatro integrantes en el hogar.

Justo cuando la llamada entrante empezó a surgir desde el celular de mi mamá, en el mismo instante sonó el timbre de la casa. Eran más de las diez de la noche, ¿quién habría de ser?

— Andá y fijate quién es — me avisó mi papá con rapidez.

— Hola Gabriel, ¿qué novedades tenés para contar? — Le escuché decir paralelamente a mi mamá mientras me alejaba de la cocina.

No bien estuve en el jardín, ¡me sorprendió ver al albañil en la ve-

reda! ¿Tan irresponsable sería que entendió que debía apersonarse a trabajar a las diez de la noche en lugar de las diez de la mañana?

—Qué tal, cómo estás, ¿estará tu papá? —pronunció—. ¿Puedo hablar con él?

—Sí, ya le digo que venga.

Mientras mi ingeniero hablaba con el albañil, yo me quedé junto a Micaela en la cocina escuchando a medias la conversación que continuaba teniendo mi mamá con Gabriel. Sus clases empezaron muy bien, de hecho ¡geniales! Particularmente a mí me contó que los compañeros ¡por fin! acabaron con las aventuras y bautizos de bienvenida al *Instituto Einstein*, que por cierto se basaban en esconderle la almohada en la biblioteca o bien en el comedor; lanzarlo al exterior por una ventana baja; obligarlo a caminar descalzo por los pasillos del edificio de alojamiento; en fin, actividades calificadas como TONTAS por mi hermano. A su vez, Mica le dijo que cuando nos visitase en verano por las tres semanitas de vacaciones que les cedían a los estudiantes, extrañaría su habitación.

—¿Qué pasó con el albañil? —le pregunté a mi papá no bien reingresó a la cocina.

—No pudo venir a trabajar esta mañana porque tiene a su hija enferma.

Al escuchar aquello, me sentí un poco mal por haber pensado con anterioridad en mis pensamientos que era un albañil irresponsable.

—Y me pidió si, por favor, podía adelantarle unos \$200 porque necesita urgentemente comprar remedios.

—¿Le diste el dinero?

—Sí, mi tesoro —me respondió—. Yo también soy padre y sé la necesidad que implica ver bien la salud de una hija cuando se enferma.

—¿Y cuándo vendrá a trabajar?

—El lunes por la mañana viene sin falta, él mismo me lo dijo.

—¿Entonces pasado mañana terminará con el revoque de las paredes?

—Estoy seguro que sí. Y ahí mismo empezará con el revoque de las paredes del baño.

—A pesar de todo estamos avanzando bien, ¿o no?

—Sí, de a poco pero bien —dijo—. Lo bueno es que si continuamos con este ritmo, por más lento que sea, en serio podríamos terminar a tiempo con tal de que iniciés en marzo con tus clases.

¿Mis clases... en marzo? ¿De verdad? Restaban siete meses por delante... Con sólo pensar que en aproximadamente doscientos días podría finalmente estar en mi espacio soñado ejerciendo mi docencia de lo que tanto anhelaba, me recorrió un escalofrío encarnado de adrenalina, nervios y emoción.

—Papá —habló Micaela—, Gabriel nos contó que está compartiendo habitación con Pablo, un muy buen chico. Dice que es un poco tímido y callado, pero que aun así va surgiendo la confianza entre los dos.

—¡Qué bueno que esté sintiéndose a gusto allá! —continuó él.

—Los estudiantes siguen sin recibir el estipendio de las becas —le detalló mi mamá—. Espero que no se prolongue demasiado porque si no tendremos que enviarle más dinero del que ya se llevó para las necesidades diarias.

—Si eso llegase a suceder, volveremos a darle una pausa a la construcción —dijo mi papá.

Últimamente me sentía protagonista de una montaña rusa. Y tenía que admitir que ya me estaba acostumbrando a esos delirantes cambios. Subía, giraba, me enderezaba, bajaba, me retorció, permanecía en pendiente, volvía a bajar y volvía a subir. Lo curioso es que, en el más afamado juego de un parque de diversiones, el carrito unido a las vías jamás retrocede. El juego no lo permite. ¡Y qué bueno que en la vida real tampoco esté permitido!



El día lunes mi papá amaneció con fiebre, muy débil y descompuesto. Se había engripado. Por lo tanto, mientras él estaba en cama descansando, yo fui la encargada de indicarle al albañil que en las cuatro paredes del baño sólo retocase con revoque fino sesenta centímetros en lo alto, ya que los restantes 2,00 m estarían cubiertos por azulejos. Estaba claro que no era necesario perfeccionar el revoque de las paredes a la vuelta entera si aquellas acabarían tapadas tarde o temprano.

—¿Ya compraron los azulejos? —me preguntó el albañil con curiosidad.

—No, todavía no.

—¿Pero, entonces, igual no hago el revoque fino en la parte de abajo y del medio?

Al mismo tiempo de haberme formulado la pregunta, abrió una nueva bolsa de cemento para preparar la mezcla. Con rapidez advertí que en ninguno de sus dedos había anillo de matrimonio. ¿Aun así era cierto que tenía una hija?

—No, no lo haga —contesté finalmente—. El revoque fino sólo queremos que esté en la parte de arriba.

Toda mi mañana transcurrió entre idas y venidas del jardín hasta el interior de casa. No era sencillo dirigir y supervisar al albañil paralelamente de estar preparando en archivos de la computadora lo que acabarían siendo los respectivos programas del profesorado de danza.

Quien diga que la danza árabe no es una carrera profesional, ¡está muy equivocado! Puesto que cada año de estudio en una Academia tiene sus niveles de teoría, sus etapas de trabajo específico con diferentes elementos, sus ritmos con instrumentos árabes ¡y muchos más ítems de crecimiento y superación personal! De hecho, yo había aprendido esto gracias a Amal y Janaan quienes disponían a la vista sus programas para el profesorado en sus Academias, contrario a Verónica quien jamás me mostró que por detrás de cada examen rendido por año, se debe hallar una planificación escrita con niveles de enseñanza y teoría, preparadas con antelación por cada maestra.

Mi mente estuvo tan atareada aquel día asimilando la enorme responsabilidad que implicaría ser profesora que, cuando ocurrió un inesperado trance durante horas de la tarde, me costó asimilar y reconocer lo que estaba sucediendo.

—Hola Maryam. —Escuché inesperadamente la voz de Efraín en la vereda, tras el portón.

Dejé de contar las bolsas de cemento. Me aparté de ellas y me acerqué hasta él.

—¡Eh, hola! ¡Tanto tiempo! —Lo saludé contenta ante su imprevista visita—. ¿Cómo está? ¿Qué tal le va a su hijo en la *Armada Argentina*?

—Necesito mi hormigonera, vine para llevármela.

Turbada y confundida, me quedé sin habla.

—Y quiero los baldes y los andamios también.

Me volteé para ver la máquina. Tan sucia estaba debido a que su propio colega estaba utilizándola para hacer su debido trabajo que, desenchufarla y entregársela, ¡dolía! Pues significaba que el revoque de las paredes del baño no continuaría si Efraín nos la quitaba. ¿Quitar? Siendo su hormigonera, el hombre tenía todo el derecho a llevársela. A lo mejor estaba tan agotada mentalmente que una simple situación me confundía en absoluto. ¿Tendría un nombre específico ese intenso dolor de cabeza?

Corrí hasta el dormitorio de mis progenitores. Mi ingeniero continuaba recostado en cama mientras mi mamá estaba ausente debido a estar trabajando aquella tarde.

—Papá, creo que tenemos un problema.

—Uh, ¿qué macana se mandó el albañil en el baño? —me preguntó incorporándose de la cama.

—Efraín vino a buscar sus cosas.

Alzó su pañuelo, se sonó la nariz y luego me dijo:

—¿Cómo decís?

—Efraín está en el portón —repetí con un extraño dolor en el pecho mientras la cabeza me seguía dando punzadas de agotamiento.

Se abrigó y ambos fuimos al jardín. No bien le cedimos el ingreso a Efraín, se cruzó de brazos mirando su hormigonera. Sus ojos revotaron del enchufe hasta los andamios que estaban ubicados en el interior de la obra, apoyados junto a una de las ventanas. Luego su mirada se dirigió hacia los sucios baldes y luego regresó a la hormigonera.

— Necesito todo — nos insistió.

Mi papá obedeció sus palabras y le pidió al albañil que desenchufase y dejase de trabajar a cambio de respetar el anterior mandato de Efraín.

— ¿Encontró trabajo en otra construcción? — le preguntó mi papá con sutileza.

— No, no quiero trabajar. Sigo deprimido por lo de mi hijo.

«Si no va a trabajar ¿por qué necesita llevarse la hormigonera?» pensé de inmediato.

Mientras Efraín movilizó la máquina por la vereda luego de pasar por nuestro portón, nos dijo que en seguidita regresaría por los andamios y los baldes. Miré a mi papá muy apenada. ¿Por qué un hombre no podía tener una mínima dosis de empatía y prestarnos por un par de días más su preciada máquina con tal de que el revoque fino en las paredes se concretase? ¿Cómo continuaría semejante construcción sin la ayuda de una obvia hormigonera?

Lejos de mi confusión, no me di cuenta de que mi papá ya se encontraba retribuyéndole al albañil su salario del día. Fuese verdad o no que tenía una hija enferma, me dolió tener que despedirme del señor ante una situación completamente ajena a nuestra voluntad.

— Estaré esperando entonces su llamada por celular para cuando consiga otra hormigonera. — Se despidió él también.

— Sí — afirmó mi papá —. Deme unos días para que me componga de mi gripe y ya averiguaré cómo alquilar una.

— De igual manera intentaré yo también buscar entre mis compadres a ver si alguien me puede prestar una porque, como le dije, yo no tengo las maquinarias de construcción.

Cuando finalmente mi ingeniero y yo estuvimos a solas en el jardín, sentí ganas de largarme a llorar por la bronca que sentía. No era justo lo que había acabado de pasar. Si bien Efraín tenía el derecho de haber recogido sus elementos, no era una justificación que por continuar deprimido estuviese perjudicando el avance de mi más grande sueño.

Sin embargo, al ver el cansancio y el poco ánimo en los ojos de mi papá, me esforcé por contener el llanto. Suficiente era con que no se sintiese bien por la gripe como para sumarle que tuviese que contener las lágrimas de su hija menor.

—¿Qué pasó, Mary? —me interrogó Micaela curiosa no bien me vio entrar a mi dormitorio.

¿Cómo contarle cada detalle de mis pensamientos cuando ni yo misma sabía discernir cada uno de mis sentimientos? Y si supiese cómo describirlos, ¿para qué tomarme la molestia de compartírselos frente a la desunión que misteriosamente nos acechaba desde que Gabriel se apartó de nosotras?

—Nada, Mica. No pasó nada.



Cuando mi día preferido de la semana llegó, pensé que tantas horas de disfrute en la Academia de Janaan levantarían mis alas y alegrarían mi espíritu. Pero eso no ocurrió. Al margen de sentir que la danza se esforzaba por envolverme con su abstracto amor, aquel día no permití que me reanimase. Tenía tanto dolor en la mente por no entender cómo funciona el mundo de los adultos que mi corazón permaneció de lado frente a los buenos sentimientos que pretendía brindarme la danza. Además, me dolía el cuerpo debido a que en los últimos días me había quedado trasnochando para continuar preparando con mucho esfuerzo los programas de estudio para lo que sería mi Academia de Danza, que mis ojeras no hacían más que atestiguar lo cansada que me hallaba.

—¡Muy bien el ensayo de la coreo de percusión! —nos felicitó Janaan—. Pero como son un Ballet, la energía grupal debería verse y sentirse de manera más uniforme entre todas. —Me miró preocupada.

Cuando pensé que me retaría o regañaría tal como lo solía hacer Verónica, me sorprendí que Janaan no lo hiciese.

—Ahora saquen los abanicos de seda, chicas. ¡Sigamos con esa coreo!

Me arrimé hasta mi bolso y saqué de su interior mis fan veils. Al acariciar su seda teñida de fucsia, rosa y blanco, me remonté a aquella primera vez que los utilicé, siendo protagonistas en un escenario en San Miguel de Tucumán el año anterior. La coreografía que Vero me había marcado por aquel entonces no se comparaba en absoluto con las técnicas y movimientos que estaba enseñando Janaan a su Ballet.

—¿Estás bien, Mary? —Oí su voz de repente.

—Sí... pero cansada. Muy cansada —le contesté mientras juntas regresábamos para reubicarnos frente a los espejos.

—¿Pero por qué cansada, Mary? ¿Ocurrió algo?

—Sí... o no... Supongo que el crecer y el enfrentarse a adversidades duele tanto como agota también —continué acariciando mis abanicos.

—Si hay algo que quieras o necesites que hablemos, sabés que siempre mis oídos están disponibles para vos, ¿eh?

—Lo sé, Janaan ¡y gracias! —le expresé sin todavía asimilar cada sentir que atravesaba mi espíritu hasta oprimir el centro de mi pecho.

En el momento en que mis compañeras y yo iniciamos con el ensayo de dicha coreografía frente a los espejos, recordé la ampolla que me había aparecido hacía relativamente pocos días atrás en el centro de la palma de la mano izquierda. Más bien, el encargado de recordarme su existencia fue el mismísimo tornillito ubicado en la parte baja del abanico que, de hecho, eso mismo fue la causa de la herida.

Tanto solíamos ensayar aquella coreo que mi torpe mano izquierda ya estaba muy tensa. No supe si tener una horrible ampolla era sinónimo de masoquismo, perseverancia o más bien sinónimo de sacrificio. Sea cual sea la palabra correspondiente, aquella tarde en medio del ensayo me di cuenta de que así como el inocente abanico de seda en compañía de su tornillo estrujaban la palma de mi mano a tal punto de no sentirla, necesitaba que alguien hiciese lo mismo con mi corazón. Que sea comprimido, que desaparezca, ¡que deje de sentir!



La semana siguiente, más precisamente el día martes, prometía ser un buen día. ¡Y buenos días es lo que yo necesitaba! Pero... ¿qué tanta probabilidad podía surgir con tal de que las sonrisas se alargasen hasta la noche?

—¿A qué hora termina el seminario, Mary? —preguntó mi papá mientras ambos nos situábamos en la *Kangoo*.

—A las once y media. ¿Me vas a esperar en el auto como siempre?

—Sí, mi tesoro. Ya sabés que es todo un gusto llevarte y esperarte.

De camino al seminario dictado por Samia, quien había llegado a la ciudad de Salta durante el mediodía, la plena y fresca noche nos hizo a ambos desear otro cucharón de sopa de leche y alcaparras que había preparado mi mamá para la cena.

Íbamos charlando muy bien hasta que, de repente, desde el interior del capó de la *Kangoo* empezó a emanar un olor muy penetrante. Era fuerte, muy fuerte. Incluso con el correr de los minutos el olor se tornó insoportable.

—¿¿¿Qué le está pasando a la *Kangoo*??? —me comencé a asustar.

—No estoy seguro, pero creo que está perdiendo nafta.

—¿Pero no es tóxico o sí? ¡DETENÉ LA KANGOO! —me desesperé.

—¡NO PUEDO ESTACIONAR EN PLENA AVENIDA, MARYAM!
¡TRANQUILIZATE!

¿Y si algo dentro del capó explotaba en los próximos minutos? ¿Y si nos acabábamos intoxicando con aquel detestable olor? Me aterrizaba el sólo pensar lo que pasaría si la nafta que estaba escapándose desde su debida manguera rozase algunos cables. Estaba claro que no era para nada normal lo que estábamos presenciando. Y de ser así, ya no me importaba asistir al ansiado seminario ni mucho menos volver a ver a Samia con la oportunidad de aprender de ella una vez más.

—¡No puedo seguir conduciendo así! —dijo de repente—. Bien pueda, estaciono. Y seguiremos a pie hasta llegar al Estudio donde se hace el seminario.

Dolida y asustada, permanecí en silencio. ¿Por qué últimamente mi vida estaba siendo un constante sendero de adversidades? Honestamente, ya no creí ser capaz de continuar tolerando tantas subidas y bajadas. Cada vez costaba más mantener una sincera sonrisa.

—Más vale lo disfrutés al seminario porque te recuerdo que costó pagarlo. Además con mi gripe que no se termina, sigo sin poder ir y averiguar dónde alquilar una hormigonera para seguir con tu construcción. El albañil no volvió a aparecer con el dinero que le entregué el otro día para que buscara él una hormigonera para ir ganando tiempo.

Cuando mi papá expresa muchas oraciones matizadas con diferentes temas es porque se está desahogando frente a la situación. No me molestaba que lo hiciera. De hecho, cada persona expresa sus malestares de la manera más acorde a la necesaria. Sin embargo, aquella noche descubrí lo mucho que me lastimaba que se desahogase sobre mí.

—Pero a lo mejor sí vuelva el albañil —intenté frenar sus palabras—. La semana pasada cuando le adelantaste la paga porque necesitaba comprar remedios para su hijita, sí volvió. Y ahora que le volviste a adelantar para que consiga una hormigonera, sí volverá también.

—No, Maryam, no volverá. ¡La gente es ladrona! ¡Los albañiles se aprovechan de la confianza de uno!

En una cuadra un poco menos transitada hallamos un espacio vacío entre dos garajes. Allí dejamos estacionada la *Kangoo*. Y tal como lo había dispuesto mi papá, terminamos caminando hasta el sitio donde se llevaría a cabo el seminario.

Entretanto él continuaba desahogándose, percibí lo mucho que sus palabras rajaban mi alma. Aunque no sus palabras en sí mismas sino más bien la verdad y la realidad con la que me obligaba a enfrentar.

—¿Cuántas veces le voy llamando y mandando mensajes desde las

últimas cuarenta y ocho horas? Decime, Maryam, ¿cuántas veces le voy llamando al albañil y él sigue sin contestar?

Esfumándose por completo mis ganas de asistir al seminario, de repente sentí la necesidad de llorar. Pero como venía ocurriendo últimamente, no quería hacerlo en público. Mucho menos delante de él. Así que lo único que podía hacer era continuar permaneciendo en silencio hasta que su desahogo terminase.

— ¡Es obvio que no regresará! ¡Así que estamos sin hormigonera, sin albañil y sin dinero, Maryam!

Al llegar a la cuadra del seminario, un viento heladísimo propio del invierno me descompuso de pies a cabeza y de espíritu a cuerpo. Mis oídos guardaban cada una de las palabras pronunciadas por mi papá. Mi estómago se revolvió al recordar la sopa de leche y alcarras que había cenado. Mis fosas nasales persistían con el terrible olor que había desprendido la *Kangoo*. Mi mente me dolía con sólo pensar lo injusta que era la vida. Y mi corazón se desmoronaba en silencio por no saber cómo reencontrar los ánimos necesarios para expresarle a Samia que, por favor, le dijese a su amiga y compañera Shanell lo mucho que intensificaba mi amor por la danza desde el primer video que vi de ella en *YouTube*.

Como era de suponer, nada ocurrió como esperé. No disfruté del seminario ni mucho menos me sentí con ganas de transmitirle el mensaje a Samia. Al menos, las enseñanzas impartidas por ella durante las dos horas entretuvieron a mi cuerpo, a cambio de que intentase olvidar la descompostura y mescolanza de pensamientos que sobrellevaba sin que supiese cómo dominarlos y manejarlos.

— ¿Todo bien en el seminario? — me preguntó mi papá cuando nos encontramos en la vereda a las once y media tal como habíamos acordado.

— Sí, bien.

Cuando ambos reingresamos a la *Kangoo*, no sólo me topé con que el olor insoportable se intensificó sino también advertí que sobre uno de los asientos se hallaban pañuelitos manchados de sangre. Siendo consciente de que una tensión se había instalado entre ambos a raíz de su desahogo, la corté de inmediato al ver aquello.

— ¿Qué te pasó?

— Estuve luchando por no saber si tomar aire frío en la vereda o si continuar inhalando el fuerte olor a nafta que se respira aquí dentro.

— ¿Te salió sangre de la nariz?

— Sí, aunque creo que todo es parte de la gripe y resfrío del que estoy saliendo.

Arrancó el motor de la *Kangoo* con mucho cuidado y, despacito, regresamos a casa en medio de la helada y silenciosa medianoche. La calma que hubo durante el trayecto me agradó mucho, puesto que los cientos de pensamientos que andaban rondando por mi cerebro necesitaban paz y tranquilidad.

Pero cuando estuvimos en casa, su desahogo continuó. Y mi dolor aumentó a pesar de haberme situado en mi dormitorio para escuchar desde allí la discusión que de antemano presentí que surgiría.

—¿Podés mañana dejar la *Kangoo* en lo de Freddy, el mecánico? —se dirigió hacia mi mamá.

—¿Por qué? ¿Qué le pasó? —preguntó ella a cambio.

—Está perdiendo nafta. ¡URGENTE tiene que arreglar lo que sea que le haya pasado!

—¿Y no podés dejarla vos? De paso indagás eso de la hormigonera en los locales de construcción del centro.

—POR EL AMOR DE DIOS —expresó mi papá con mucha piedad en su voz—, ¡¡¡AYUDAME!!! ¡¡¡Y AYUDALA A TU HIJA TAMBIÉN!!! ¡SOLOS NO PODEMOS CON TANTOS IMPREVISTOS!

—NO QUIERO TOMAR FRÍO MAÑANA. EL NOTICIERO DICE QUE VA A HACER UN GRADO DE TEMPERATURA.

—MARYAM —Le oí pronunciar con énfasis de repente a mi papá—, ¿LA ESTÁS ESCUCHANDO A TU MAMÁ? ¡VA A SEGUIR SIN APOYARNOS!

Todavía a solas en mi dormitorio, me senté en mi cama y me limité a permanecer en silencio. Conociéndolos a ambos, sabía que si me hacía presente frente a ellos y dijese algo, él utilizaría mis palabras con el propósito de seguir desahogándose mientras que mi mamá aprovecharía de sus propios pretextos para actuar a la defensiva acrecentando la discusión.

Pero aquel silencio de mi parte comenzó a producirme mucho ruido internamente. Me sentí muy culpable ya que, de no haberles expresado mi deseo de ir al seminario de Samia, nada de aquello habría sucedido. No estarían discutiendo ni mucho menos la salud de mi ingeniero hubiese empeorado a raíz de tomar frío en todo el tiempo que duró el seminario.

—¡LA CONSTRUCCIÓN VA A TERMINAR EN EL AÑO DOS MIL CINCUENTA GRACIAS A LA AYUDA DE TU MAMÁ!

—¡PARA QUÉ SE METIERON EN UN PROYECTO QUE NO VA A ACABAR NUNCA! —remató ella al mismo tiempo de golpear una de las puertas del pasillo con enfado.

—¡CÁLENSE LOS DOS! —Escuché gritar a Micaela enojada al mismo tiempo de haber arrojado con fuerza un plato de loza hacia el suelo.

¡Basta! ¡Ya era suficiente! Yo también necesitaba desahogarme frente a tantas aflicciones que no hacían más que turbar mi corazón.

Salí corriendo de mi habitación y me encerré en el baño. A solas en el minúsculo espacio, de inmediato las lágrimas empezaron a fluir en mí. Más lágrimas caían desde mis ojos y más liviano sentía mi pecho. Más lágrimas resbalaban por mis mejillas y más se aflojaba la opresión que comencé a sentir en mi corazón desde aquella mañana en donde me cerraron la verja en la cara en la escuelita barrial.

¿Por qué estaba siendo todo tan difícil? ¿POR QUÉ? ¿Por qué incluso buscándole un lado positivo y colorido a las situaciones, todo oscurecía y empeoraba? ¿POR QUÉ?

Aparté mi mirada del lavatorio a cambio de observarme en el espejo. En apenas unos cuantos minutos ya tuve hinchados los párpados debido a tanto llorar. Incluso los ojos se me pusieron un poco rojos también. Realmente no quería decir algo como “quiero que las cosas sean como antes” porque jamás había sentido ni siquiera una pizca de nostalgia ni remordimiento por haber quemado la etapa del secundario con tal de vivir mayores experiencias con mi pasión. No, no me arrepentía de eso. Y estaba claro que jamás lo haría porque el amor que mi corazón bombeaba hacia la danza le otorgaba sentido y edificación a toda plataforma artística de mi existencia.

Sin embargo, lo que sí me preocupaba y carcomía el alma era no entender o no saber qué le había pasado a mi fortaleza espiritual, la cual creía que jamás desaparecería. ¿Qué me estaba pasando? ¿Quién o qué me había derribado? ¿Era posible que la fuerza que solía tener hubiese caducado y fuese burlada ante las nuevas situaciones que la vida me estaba presentando? Y si era eso, ¿dónde iba a conseguir una nueva fuerza que fuera rígida y 100% segura, con la abstracta garantía de que no se empequeñezca jamás?

Mis emociones me bloqueaban, me paralizaban. Ya no sabía lo que era ser fuerte. Me sentía vencida y con las alas soñadoras sin ganas de volar por más anhelos vivos que tuviese en mi cielo de ensueños. Si el mundo de los adultos era verdaderamente un lugar peligroso para alguien que no sabe cómo hacerle frente a las adversidades, estaba claro que todo me continuaría causando dolor.

—Hasta una tonta ampolla me molesta — dije en apenas un murmullo acongojada mientras me miraba la palma de la mano.

Pero en el santiamén en que levanté otra vez la vista y vi una tijerita para uñas ubicada en la pequeña repisa del botiquín del mismísimo baño, me convencí que cortando la ampolla la molestia disminuiría.

Y en el mejor de los casos, ¡desaparecería! ¡¡¡Al fin podría bailar con los abanicos de seda sin sentir presión en la mano izquierda!!

Aún a solas encerrada en el baño, y ya con la tijera en mi mano derecha, corté toda aquella piel sobrante alrededor de la ampolla. No sentí nada de dolor puesto que no era más que piel seca, piel muerta... ¿MUERTA? Por unos segundos ¡ME SENTÍ MUERTA YO TAMBIÉN! Pero al volver a mirar mi reflejo en el espejo ubicado arriba del lavatorio, otra vez sentí la necesidad de soltar lágrimas. ¿Realmente estaba muerta? A lo mejor estaban siendo tantas heridas internas ocasionadas por el mundo de la gente adulta, que herirme a mí misma ya no significaba nada, mucho menos significaba dolor. Pero si al morir un cuerpo no siente absolutamente nada porque en definitiva el alma y el espíritu van desapareciendo y desuniéndose de la carne, ¿por qué aun yo estando viva tampoco podía experimentar dolor al estar cortándome la ampolla?

Si la epidermis es la barrera que separa nuestro interior del exterior, claramente es nuestra primera capa de protección ante los agentes dañinos. Sin embargo, ¿es posible que en las personas con espíritus muy sensibles la piel sea más fina de lo normal? Puesto que, sin la necesidad de seguir torturando a la inculpable ampolla, aun así continué cortándome la piel hasta llegar con facilidad a la mismísima dermis. Y si de alguna u otra manera estaba pretendiendo esconderme en mí misma hasta llegar a sentir con mucha más viveza el espíritu dentro de mí para saber que no me había ido a ningún lado, que seguía siendo la misma Maryam pero involucrada en un mundo al que no entendía, debía cortar la tercer y última capa de la piel también.

—¿MARY? ¿YA SALÍS? ¡NECESITO ENTRAR AL BAÑO!

Impactada ante la embroncada voz de mi hermana, coloqué la tijerita exactamente donde había estado.

—Sí Mica, ya salgo.

Enjuagué los rastros que quedaron de mis lágrimas y luego me puse una falsa sonrisa en el rostro. Mañana habría de ser otro día, eso era lo único bueno. No más desahogos de mi papá, no más discusiones entre mi mamá y no más platos rotos por mi hermana.

Pero de sólo pensar en todo lo que podía continuar mal, me asusté. Tenía tanto miedo de que conforme pasase el tiempo las adversidades adultas se agrandasen y que, aun con la compañía de mi papá, su presencia no bastase para una contención espiritual completa.

CAPÍTULO 14

“Un litro de lágrimas”

Tal como había predicho, al día siguiente fue otro amanecer. La estación invernal poco a poco se iba matizando con un sol más potente propio de la esperada primavera. Pero esto sólo ocurría en el exterior. Por dentro, en mi espíritu, absolutamente todo seguía igual. Los truenos y la tormenta en la que estaba mi corazón prometían continuar encapotando con nubes grises. Al menos la alerta meteorológica del alma era sincera al hacerme saber que, por el momento, no habría mejorías en el cielo de mis sueños.

—¿Qué planes tenés para hoy miércoles, mi tesoro? —me preguntó mi papá mientras almorzábamos fideos con salsa acompañados de albóndigas.

Mientras pinchaba con el tenedor una de ellas, pensé:

«¿Cómo hace él para continuar con un nuevo día después de una dolorosa discusión?».

—¿Hoy tampoco tenés clases personalizadas con Amal? —habló de manera cortante mi mamá.

—No, hoy tampoco tengo —respondí—. Sigue a full con sus ensayos.

—¡Pero ya son casi tres semanas que no te está dando clases! ¿Aun así piensa hacerte recuperar todas? —pareció enojarse.

—Espero que sí. La verdad es que extraño mucho sus enseñanzas.

—¿Querés acompañarme durante la tarde a buscar alquiler de una hormigonera? —soltó de repente mi papá—. Recordá que iríamos en colectivo porque la *Kangoo* ya está en el taller desde esta mañana.

¡Por supuesto que quería acompañarlo! ¿Cómo no hacerlo si todo camino que mis pies recorrían era para seguir alimentando mi más grande sueño?

—Sí me gustaría ir, pero...

Pero como a veces los pies no tienen ánimos para continuar batallando en un campo minado, es mejor hacerse a un lado e intentar olvidar las heridas que la cruda realidad ocasionaba cada vez que uno de esos pequeños explosivos se activaba y detonaba.

—... prefiero quedarme aquí en casa y seguir avanzando con las futuras cartillas del profesorado de mi Academia.

—No hay problema, mi tesoro. Voy solo entonces —expresó con sinceridad.

Bebí jugo *Ades* de manzana de mi vaso al mismo tiempo de asimilar lo débil que me sentía emocionalmente y lo ¡urgente! que necesitaba encontrar nuevas fuerzas para seguir adelante con mi anhelo.

Mientras continué realizando y detallando los archivos en *Word* del profesorado a lo largo de la tarde, una vez más asimilé cuánta responsabilidad implicaría ser profesora de danza árabe. Estar a cargo de alumnas y guiarlas, exigirles y enseñarles una hermosa danza realmente sería todo un desafío.

¡Amaba la danza! Mi cuerpo, mi mente, mi alma y mi corazón ¡la amaban con muchísima devoción! Sin embargo, de pronto, me había surgido una pesada inquietud: ¿y si no era buena enseñando? ¿Qué garantías había de que así como me sentía plena y segura pisando un escenario, eso mismo ocurriría al darles clases a alumnas oficiales ubicadas frente a espejos?

Al darme cuenta lo ilusa que estaba siendo por pensar en eso cuando ni siquiera me atrevía a hacerle frente al mundo de los adultos, me enojé momentáneamente conmigo misma por no ser valiente como antes solía pensar que lo sería.

—Maryam, tengo buenas noticias —me informó mi papá no bien regresó del centro horas después.

¿Buenas noticias? ¿En serio? La única buena noticia que podría haber deseado escuchar es que me hubiese comprado algo así como un... paraguas espiritual... para cubrirme de pies a cabeza y, a su vez, una campera impermeable que me proteja por dentro y por fuera con tal de no seguir ahogándome en la incesante e insoportable tormenta que me rodeaba e inundaba.

—¿Cuál es la buena noticia? —pregunté fingiendo buen ánimo.

—Mañana a las ocho de la mañana vendrá un nuevo albañil, se llama Diego.

¡Genial! Pero entretanto no se aprovechase de nuestra confianza y bondad como los trabajadores anteriores, quizás el rumbo de mi anhelo podría continuar su crecimiento. Pero sólo quizá. Porque la escasa posibilidad de que eso ocurriese sería como hallar el juguetito soñado en el interior de una piñata de cumpleaños luego de haber sido reventada.

«Piñata...» pensé de manera inconsciente. «Ojalá fuese posible volver el tiempo atrás y ser niña otra vez con tal de volver a disfrutar la etapa que sin duda alguna más perfecta es».

—Conocí a Diego en el mismo local donde alquilé una hormigonera la cual utilizaremos hasta el sábado a última hora —continuó contándome—. Así que mañana mismo viene él trayendo la hormigonera.

—¿Qué edad tiene Diego?

—Me parece que tres o cuatro años más que vos, es jovencito.

¡Perfecto! Además de tratarse de un joven adolescente que segura-

mente tendría una escala de empatía al 0,01%, estaba claro que habría de hacer torpezas con lo que restaba de la construcción.

—Y de acá a una hora vendrá una camioneta trayendo tres bolsas de cemento.

—¿Pero con el dinero vamos bien? ¿No te acordás que puede que Gabriel necesite que le enviemos más? —Mi preocupación se fue agrandando.

—Al alquilar la hormigonera y comprar las bolsas de cemento que obviamente harán falta estos días, gasté prácticamente los últimos billetes que quedaban en casa.

—¡¿¿QUE GASTASTE QUÉ???! —vociferó inesperadamente mi mamá desde el lavadero.

Asustada, temí que se volviese a armar otra discusión. Lo menos que quería era volver a tener los párpados hinchados, la vista pesada y los ojos rojos.

—Mary, sé que vos me vas a entender. —Me observó con cautela mi papá—. Mi fe y confianza en Dios es tan grande que sé que Él nos está ayudando con toda la administración del dinero. Créeme, lo puedo sentir.

—¡PERO APENAS SI ESTAMOS A MITAD DE MES! —siguió vociferando mi mamá mientras se acercaba a nosotros—. ¿CÓMO SE TE OCURRE GASTAR HASTA EL ÚLTIMO BILLETE?

—No gasté todo. En tu billetera hay unos cuantos más todavía.

Espontáneamente, el celular de mi mamá empezó a sonar.

Corrí hasta su bolso con el objetivo de agarrarlo y atender la llamada. Para mi asombro, la pantalla decía “Gabriel”.

—Hola, mi chico Einstein —hablé con la voz a punto de partírseme por lo mucho que extrañaba su presencia en casa.

No obstante no escuché su voz. Del otro lado de la línea al parecer no había nadie. Cuando corroboré que el celular me indicaba que no había buena señal de conexión, percibí lo cerquísima que estaban de hacerse notar mis lágrimas. De hecho, los ojos ya se me habían puesto vidriosos.

—¿Es Gabriel? —preguntó mi mamá arrimándose a mí.

—Sí, era —apenas si pude emitir.

—¡Qué macana que esté andando mal la señal de *Claro* últimamente! —se lamentó mi papá—. Dios quiera vuelva a llamar más a la noche.

Me di la media vuelta y caminé hasta mi dormitorio. Verdaderamente lo único positivo de que él ya no estuviese en casa era que tanto Micaela como yo teníamos habitación propia. Y en mi soledad, las lágrimas que había estado reteniendo con mucho esfuerzo los minutos anteriores por fin se deslizaron y acabaron mojando mis mejillas como siempre ocurría.

Ya no entendía los planes de Dios... De hecho, ya no sentía gratitud hacia Él. Antes, cuando me bendecía con un viaje mes a mes, ¡no podía dejar de agradecerseles por permitir tanto crecimiento y experiencias en mi vida! Pero esta vez me sentía atrapada en un muy oscuro túnel. Y cuando parecía perfilarse una lucecita revelando el final del camino, era sólo una ilusión. Era una simple luciérnaga burlándose, quizá, de lo bien que ella podía continuar volando mientras yo no.

¿Cuánto más faltaba para ver la potente y real luz enceguecedora que enseñaría que el viaje por aquel oscuro túnel, ya había acabado?



Al otro día, jueves, mi papá y yo supervisamos que Diego concluyese con el debido revoque correspondiente al baño. Honestamente, a pesar de ser principiante, no hacía mal el trabajo. Aunque algo que sí me preocupó fue ver lo rápido que la hormigonera consumía las bolsas de cemento.

—Ya que tenemos de manera provisoria una hormigonera, ¿no deberías pedirle al albañil que haga el contrapiso también? —le planteé a mi papá.

—Lo ideal sería que sí...

—Pero necesitaríamos más bolsas de cemento.

—Lo sé, Maryam. Lo sé.

Lo notaba tenso y muy cansado a mi papá. Y como si fuese capaz de contagiarme su agotamiento, pude experimentar lo mismo que él estaba sintiendo. Y al palparlo de esa manera, entendí que el agotamiento mental tiene un nombre: estrés.

—Si le indicamos a Diego que haga el contrapiso también, no sólo debemos comprar más bolsas de cemento. También necesitaremos una regla de hierro.

—¿Y eso qué función cumple?

—Así como la paleta de caucho alisa el revoque sobre las paredes, una larga regla de hierro lo hace en el suelo —me explicó.

—Entonces... ¿en serio hay que comprarla? Ya no queda casi nada de dinero.

No respondió a mi pregunta sin embargo oí que le dijo a Diego que nos iríamos al centro y que antes del mediodía regresaríamos con más materiales para que, a cambio, continuase avanzando.

Por ende nos dirigimos en colectivo hasta uno de los tantos locales de construcción y adquirimos un prismático pero flaquito hierro de exactamente seis metros de longitud.

—¿Te parece si regresemos caminando? —me preguntó, todavía situados en el local del centro.

Negué con la cabeza, confundida.

—¿Hasta la casa? ¿Querés que caminemos hasta la casa con esta cosa? —Señalé el hierro que de momento se hallaba en la vereda.

—Es que si pagamos un fletero para que nos lo lleve nos saldrá más caro. Si hacemos el sacrificio de llevarlo a mano vos y yo, podríamos pagar por más bolsas de cemento.

—Pero la camioneta que justamente está por llevar las bolsas en un rato, ¿no puede llevar la regla de hierro también?

—No, tesoro —me afirmó—. La política del local solamente se encarga de transportar gratis las bolsas de cemento. Cualquier otro traslado de material de construcción corre por cuenta del cliente.

¿Quién inventaba esas normativas tan estúpidas? De momento parecía que apoyaban a los clientes para que estuviesen cómodos y regresasen en un futuro, pero en realidad los vendedores no hacían más que aprovecharse de los bolsillos de la clientela como así también de mis ilusiones.

Al menos la caminata por alrededor de unas treinta cuadras fue lo bastante llevadera con la compañía de mi papá. Estuve segura de que él habría de opinar lo mismo con respecto a mi compañía. Y si bien exactamente seis metros de largo nos separaban físicamente, nada rompía la unión y conexión entre padre e hija.

El hierro no era pesado. Aunque quizás era yo quien no lo sentía así, puesto que las cargas más pesadas ya las llevaba conmigo... en mi interior, en mi espíritu. De esta manera una regla de hierro era simplemente cargar eso... una regla de hierro.

—¿VAS BIEEEN? —me gritó desde la punta delantera.

—SÍIIIII —respondí desde la trasera.

Las personas que transitaban las veredas al igual que nosotros, nos observaban muy asombrados. Y más que curiosos por indagar para qué necesitábamos aquel largo material, parecían abstraídos por el evidente llamado de atención de que una jovencita trabajase junto a un hombre mayor.

«Construir un sueño conlleva sacrificios» pensaba repetidamente mientras más gente me observaba por las calles entretanto sentía cómo unas gotitas de transpiración me bajaban por la espalda.

De reojo me miré la herida causada por la ampolla en mi mano izquierda con tal de asegurarme que no se infectase por el hierro, debido al paño un poco sucio con el que lo estaba sosteniendo. Hasta que el comentario de un extraño en una determinada esquina, me distrajo.

—EEEEEH, ¡COMPADRE!

Mi papá, impresionado también, se detuvo conmigo.

—¿Dónde consiguió esa bella media cuchara? —preguntó el señor señalándome—. Yo también quiero una ayudante para mis laburos de acá. —Evidenció las baldosas de la esquina sobre las que estaba trabajando.

—**ELLA ES MI HIJA** —respondió mi ingeniero con un tono serio pero al mismo tiempo con ganas de reír.

El extraño señor se sacó la gorra que tenía en la cabeza y, emitiendo un gruñido mezclado de bronca y vergüenza, de repente nos dio la espalda. Por mi parte no supe si reír o cómo reaccionar cuando pasé por su lado. Aunque finalmente molestia es lo que me produjo. No es lindo que un extraño albañil de la calle confunda a una apasionada bailarina enamorada de su vocación con una “sucias obrera” de medio tiempo.

Tras la ardua caminata, llegamos a casa. Y de la misma manera en la que aparece de sorpresa un tiburón en el océano, de igual forma reaparecieron las discusiones familiares. Se puede ser lo más cauteloso posible en altamar sin embargo no se sabe que el obstáculo está allí hasta que no se deslumbra una aleta dorsal en el límite de la superficie. Por desgracia, ya había aprendido que con las adversidades adultas ocurría lo mismo.

—¿Dónde están los billetes que había dejado en mi bolso? —cuestionó mi mamá de mala gana no bien nos vio ingresando sedientos a la cocina.

Mi papá cruzó una peculiar mirada conmigo evidenciándome que revelase lo que habíamos hecho durante la mañana.

—Compramos una regla de hierro. Con eso se acaba absolutamente todo lo relacionado al trabajo con la hormigonera.

—**¡LA PLATA QUE ESTABA EN MI BILLETERA ERA PARA COMPRAR CARNE Y HACER MILANESAS!**

—¡Por el amor de Dios —insistió mi ingeniero—, no hagás problemas con la comida!

—Es verdad, no hagás problemas. —Me escuché decir a mí misma sin ser demasiado consciente—. Hoy podríamos almorzar algo de lo que está congelado en el freezer y ya está.

—**ESE ES EL PROBLEMA, MARYAM. YA NO HAY COMIDA CONGELADA. ¡POR ESO QUERÍA COMPRAR CARNE Y HACER MILANESAS!**

—¿Como que no hay más provisiones en el freezer? —pareció desconcertarse mi papá.

—**NO, YA NO HAY MÁS. EN ESTA ÚLTIMA SEMANA NOS LAS COMIMOS TODAS.**

Tragué mi insípida saliva con preocupación. La heladera estaba vacía al igual que todas las billeteras de la casa. Aún restaban unos diez días para que depositasen en las respectivas cuentas de banco de mi papá y de mi mamá los salarios de sus trabajos como docentes.

«Da igual» pensé atormentada. «Al fin y al cabo últimamente ya no tengo ánimos para comer».



Durante la tarde, en medio de las dos horitas de ensayo junto al Ballet, me sentí sola. Es muy curioso aquel sentimiento de estar rodeada de buenas personas, pero al mismo tiempo experimentar que estás en compañía del silencio. Y más allá de que las músicas en cada una de las coreografías ensayadas me emitieran ruido, había un extraño silencio y hasta un extraño vacío que sólo lo percibía por dentro... por el alma. Y por más contradictorio que parezca, entretanto más se explayaba aquel silencio, más alboroto y más bombeadas se efectuaban en mi corazón.

El trabajo en equipo con Graciela, Macarena, Camila, Analía y demás compañeras ¡era increíble! Está claro que cuando la humildad en grupo se une a la pasión, el compañerismo es maravilloso. Pero sólo eso... el compañerismo; porque aún no lograba concebir lazos de amistad con ninguna de las chicas. Sabía que el tiempo y la confianza serían esos aspectos abstractos que yendo de la mano moldearían con tranquilidad su debido trabajo, pero aun así yo necesitaba una amiga. La necesitaba mucho. Necesitaba desahogarme en los hombros y oídos de alguien sobre aquellos sentimientos de vida que parecían querer ahogar mis anhelos.

Desde que había dejado de ir al colegio que no compartía risas y momentos con alguien de mi edad. Y si bien, viendo las experiencias en retrospectiva, nunca había tenido amigas verdaderas en el secundario sí que las había tenido en la Academia de Verónica tanto como en mi infancia las tuve también. Pero aquella simbólica montaña rusa de nombre VIDA da tantas pero tantas vueltas sobre esas vías de arrastre que muchos pasajeros optan por detenerse y cambiar de asiento. Eso es inevitable y no por eso son falsas amigas, simplemente es el curso de la vida misma. Pero aun así no era posible ser el único corazón latiendo en un juego de parque de diversiones, ¡necesitaba de alguien ajeno a mi familia que pudiese ayudarme a visualizar las situaciones desde una perspectiva diferente!

—Mary, tu mami y tu papi te están esperando abajo — me informó Janaan poco después de la finalización de los ensayos—. ¿No te vas a quedar hoy para la clase de ritmología con el profesor de la *Orquesta*?

Desconcertada, atravesé las cortinas, caminé por la recepción y bajé las escaleras. Verdaderamente ambos acababan de presentarse en la vereda.

—Hoy es jueves —les recordé al verlos—. Me tienen que buscar a las diez de la noche.

—Ya sabemos eso, Maryam —dijo mi mamá.

—Sucede que me llamó Freddy, ya está arreglada la *Kangoo* — me contó mi papá—. Y como el taller mecánico queda bastante cerca de acá, venía a proponerte si querés acompañarnos a buscarla y de allí nos vamos a *Corralón El Amigo*, también a *Easy* e incluso a otros corralones de la zona para ir comparando precios de azulejos para el baño y también ir viendo baldosas para lo que se convertirá en la recepción.

Estaba por decirle que no, que para qué ir a ver elementos si no podíamos adquirirlos por carencia de dinero. Esas borrosas ilusiones no sólo parecían desgastar mis alas sino que también la realidad de necesitar algo y no poder pagarlo, estresaba mucho más a mi mente. Además, si optaba por ir con ellos, perdería mi rutina de los jueves que tanto me gustaba en la Academia de Janaan.

No obstante, no tuve tiempo de mencionar nada pues continuó diciéndome:

—Será tu baño... será tu recepción... será tu espacio... será tu salón... será tu Academia... Así que te corresponde elegir el color y diseño de baldosas y azulejos que quieras.

Por más que no le viese sentido a la situación debido a que la dura realidad reflejaba otra sintonía, aun así sus palabras estaban en lo cierto.

—Bueno... —acabé aflojando—. Vamos a ver y a comparar precios.

Mi ingeniero me regaló una sonrisa esperanzadora mientras mi mamá parecía sentirse incómoda entre medio de nosotros. Al mirarla de reojo deduje que estaba allí por obligación. De seguro mi papá le había pedido que lo acompañase haciéndole entender que le correspondía como madre ser parte de mis proyectos como así también ser parte de nuestras luchas sin importar lo complicadas que fuesen de sobrellevar.

A cambio de que aquella invisible tensión que percibía en ambos no me siguiese lastimando el espíritu -porque quién sabe si tarde o temprano acabaría en un divorcio-, reingresé con rapidez a la Academia y me despedí de Janaan avisándole que volvería a tiempo para la clase de perfeccionamiento de la noche. Y justo cuando me encaminaba nuevamente hacia la vereda, me topé en las escaleras con el marido de Janaan

y con sus dos hijas también. Claro está, deduje que se trataba de su familia al ver cómo se saludaban tan envueltos de amor y sonrisas en sí mismos puesto que no los conocía ni siquiera por fotos.

«Si mal no recuerdo, las niñas se llaman Andene y Ainara» pensé mientras observaba lo bonitas y divertidas que eran.

Ya de camino al taller mecánico con mis progenitores, entre nostálgica y afligida, reflexioné que hubiese dado lo que fuera con tal de volver a tener esa edad en donde el único dolor que se experimenta son los raspones en los codos y en las rodillas por haber perdido el equilibrio en una hermosa bicicleta rosada.

—Qué tal, familia. —Nos recibió Freddy—. Ya restauré la manguera de nafta que se había roto así que ya está todo en orden—. Observó nuestra *Renault Kangoo* ubicada en el interior de su taller.

—No encontraste ninguna otra anomalía, ¿verdad? —indagó mi papá—. Porque de ser así, de acá a unos meses te la vuelvo a dejar. Ahora no porque andamos muy pero muy apretados con otros gastos.

—El único problema fue la manguera rota, así que los \$1500 que me adelantaste ayer por la mañana ya completan todo el trabajo de hoy.

El taller mecánico estaba impregnado con olor a óxido pues, ante lo visto, aquel latoso aroma se desprendía desde las viejas chapas apiladas cerca del foso. Demás está decir que el piso estaba muy manchado y que el ambiente en general apestaba a gasolina, pero no bien ingresé a nuestra querida *Kangoo* todo en su interior me desprendió sensaciones de recuerdos. Las ruedas de ese vehículo habían rozado innumerables calles, avenidas y autopistas de muchas provincias. Los asientos cobijaron mis sueños y mis dormidas en más de una ocasión. Y los vidrios en las ventanillas fueron también en más de una ocasión una contención para mis lágrimas de felicidad.

«Quizá de haberla puesto en venta a principio de año en verdad ahora no andaríamos batallando con la falta de dinero para la construcción», me sorprendí pensando en los más recóndito de mi cerebro. «Pero a su vez eso hubiese significado decirle adiós a este medio de transporte que tantas experiencias me permitió vivir».

Mientras asimilé a conciencia que me estaba lamentando de lo no ocurrido y, al mismo tiempo, de lo ocurrido, observé cómo mi mamá se ubicó de mala gana en el asiento delantero. Conociéndola, estuve segura de que su malestar era debido a que su ropa y su cabello se hallaban impregnados con olor a gasolina que se respiraba allí mismo en el taller. ¡A mí también me molestaba que mis preciosos rulos ya no desprendiesen el refrescante aroma a champú y crema enjuague! ¡Por

supuesto que me molestaba! Sin embargo, era tan penetrante el dolor y la tormenta espiritual que mi corazón no dejaba de desprender hacia mi alma, ¡que lo exterior ya no me importaba! Sólo me importaba lo de adentro... eso que ninguna persona podía ver ni palpar en mí.

Cuando en un determinado corralón me enamoré a primera vista de unas baldosas cuyo matiz y líneas se asemejaban al color de una cálida madera, supe que ese diseño era el indicado para el piso de la recepción de entrada hacia el salón de mi Academia. Y al hallar en el inmenso corralón el sector destinado a los muestrarios referentes al baño, unos blanquitos azulejos con unas suaves florecitas marrones pintadas en su margen superior, me cautivaron de inmediato al imaginarlos a juego con las anteriores baldosas.

—Tenés muy buen gusto, tesoro —dijo mi papá—. Y no están caros ni baratos, lamentablemente eso es lo que vale. —Señaló el cartelito con el precio detallado en efectivo.

—¿Aun así no conviene que sigamos viendo precios en otros corralones? —preguntó con impaciencia mi mamá.

—Mmm... no —expresé—. Sé que estos son los que quiero.

—Bueno, pero estamos sin dinero así que hoy no los compraremos.

¿Cuál era su necesidad de recordármelo? ¡Me lastimaba! Desde su cariño como madre ¿no podía darme un abrazo y susurrarme al oído que por más que la lucha de mi más grande sueño estaba siendo prácticamente insostenible, aun así ella permanecería allí conmigo tal como lo estaba haciendo su esposo, es decir, mi papá?

En vez de procurar alivianarme los acontecimientos, me los hacía el doble de pesados. Era como ubicar un bloque de ladrillos sobre una cajita de cartón. Los ladrillos eran sus innecesarios y crudos recordatorios mientras que la achicharrada caja de cartón terminaba siendo yo.

Durante el trayecto en la *Kango* de regreso a la clase de Janaan, ¡sentí una inmensa necesidad de llorar! ¡REALMENTE ERA INMENSA! Pero no me permití aflojar la tensión allí en presencia de mi papá y de mi mamá. No quería ser una carga emocional para ambos en medio de cada una de las adversidades que se nos presentaban siempre a raíz de la construcción de mi Academia.

En medio de la oscuridad de la noche como así también en medio del silencio del vehículo, por primera vez me pregunté por qué se cerró esa verja en mi vida al no permitírseme dar clases de danza; era mi sueño... y además de recibir felicidad cada sábado, iba también a ganar dinero, el cual iba a ser invertido directamente en la construcción. A su vez, también me pregunté por qué todo en el mundo tiene que

ser manejado por unos números impresos en inservibles papelitos. Me pregunté por qué había adultos que no hacían más que pelotearte... sin ser conscientes de que en su irresponsabilidad mis deseos siempre estaban en juego. Me pregunté por qué mi parte externa tenía que ser tan llamativa... seguramente de no serlo le hubiese pedido al albañil de la calle que me diese trabajo con tal de conseguir más dinero para mi anhelo. Inclusive me pregunté también por qué me hacía tanta falta la presencia de Gabriel en casa. Me pregunté por qué cada día que transcurría, Micaela y yo nos distanciábamos un poquito más. Me pregunté por qué las ilusiones se derrumbaban en apenas unos segundos cuando incluso tardaron años en ser concebidas en la mente.

Justo cuando sentí que estaba por escabullirse una gotita de dolor desde mi lagrimal, parpadeé repetidas veces como obligándole al cerebro a que tomase conciencia de que en aquel reducido sitio no era buen momento de aflojar cada una mis emociones. Aunque, a decir verdad, mi cerebro ya lo sabía. Quien no sabía controlar la congoja era mi espíritu.

Allí mismo la *Kangoo* se detuvo y oí cómo el equilibrado ronroneo del motor se apagó. Divisé por la cuadra del frente a un grupito de chicas, prácticamente de mi misma edad, todavía con sus debidas chombas y polleras del colegio. Paseaban por la vereda muy risueñas mientras comían panchitos con *Coca-Cola*. Y de no haber sido por sus audibles risas, no hubiese sido necesario que apoyase una de mis manos sobre mi panza para sentir cómo se retorció de hambre mi estómago. ¡Quería mi delicioso jugo *Ades* de manzana! ¡Quería empanadas! ¡Quería una botella de *Pepsi*! ¡Quería ser feliz de nuevo! ¿Con qué dinero comprar todo eso?

—¿Maryam, qué pasa que no bajás? —Me sobresaltó la áspera voz de mi mamá desde el asiento delantero.

Al darme cuenta de que ya habíamos llegado a lo de Janaan, acomodé mi bolso al hombro con rapidez. Levanté el seguro de la puerta y salí.

—Eh, Mary, ¡esperá! —Escuché la voz de mi papá mientras asomaba su cabeza por la ventanilla del conductor, justo cuando pretendía alejarme de la *Kangoo*.

Al recordar que se me había pasado por alto decirle aquellas palabritas que siempre le expresaba, me arrimé hasta su ventanilla y se lo dije:

—Gracias por traerme.

—¿Estás bien? Estuviste muy callada hoy —soltó de manera abrupta.

De repente sentí que los latidos del corazón se me aceleraron y, por el contrario, mi ritmo respiratorio aminoró. Y sin importar que la noche estuviese fría, la nuca y los pies me empezaron a sudar. Hasta pude sentir cómo se me dilataban las venas y las arterias en mis brazos y en mi pecho.

—No, no estoy bien...

Añoré los azulejos y las baldosas que mis ojos habían visto durante la tarde. Sin poder discernir si aquellos hermosos y finos elementos fueron el principio, la causa o el final de mi pesada emoción, finalmente le di la libertad a mi espíritu para que llorase todo lo que quisiera. Ya no podía seguir reteniendo las lágrimas. Es increíble lo mucho que pesan en el alma si no las soltás cuando lo merecen.

—... ¿por qué está siendo tan difícil todo?

Mi papá clavó su mirada en mis ojos desde el interior del vehículo. Juraría que gracias a las escasas luces de la calle no se dio cuenta del salado manantial que había en mi rostro, pues simplemente se limitó a responderme con sinceridad:

—Así es el mundo de la gente grande, mi tesoro.

—Apurate que ya estás llegando tarde a clase. —Le escuché decir a mi mamá.

Les asentí con la cabeza sin añadir nada más.

¡Ya estaba harta de esa realidad! ¡Ya no soportaba el mundo adulto! No sabía de qué manera continuar sosteniendo un anhelo cuando ni yo misma era capaz de sostenerme a mí. Tenía tantas ganas de salir corriendo... correr en distintas direcciones y... caer. Caer físicamente tanto como yo lo estaba de manera espiritual.

Cuando al cruzar la calle me descubrí pensando que a lo mejor lo único que podía sostener era mi cuello enganchado a una sogá desde lo alto, ¡me asusté! ¿Por qué mi cerebro se molestaba en reproducirme imágenes de personas ahorcándose?

Dicen que hay una abismal diferencia entre querer morir y no querer vivir de determinada manera. Y yo no quería seguir viviendo como hasta ese momento. O eso es lo que pensé, porque mientras subía las escaleras de ingreso a la Academia, me di cuenta de que había cruzado la calle sin ni siquiera mirar a ambos lados.

Al escuchar la música desde la recepción supe que la clase en verdad ya había iniciado. Crucé las cortinas y no bien estuve en el salón, Janaan me vio a través del reflejo de los espejos. Pensé que se enfadaría conmigo por estar llegando tarde a clase de perfeccionamiento, por lo que me obligué a dejar de llorar. Pero fue imposible. Por el contrario, sólo conseguí aumentar mis sollozos. Todas esas lágrimas, más que mojar mis mejillas estaban hiriendo mi alma, mis sueños y mi vida.

—Mary, ¿está todo bien? —Se acercó por mis espaldas mientras terminaba de atarme la caderilla, luego de haberla sacado de mi bolso.

Me volteé y observé sus ojos que nunca dejaban de irradiar esa inex-

plicable luz. Le negué con la cabeza. No podía hablar. No existía una expresión verbal que pudiese sustituir el significado de aquellos centímetros cúbicos de lágrimas que había estado derramando desde la última semana.

—Mary, ¿QUÉ PASÓ? —me preguntó al mismo tiempo de cobijarme en sus brazos mientras mis lágrimas eran absorbidas por su remera. Sentí los latidos de su corazón y parecían muy preocupados y asustados. O esos eran los míos. No lo sé, no estaba segura. Ya nada era claro para mí.

Por encima de su hombro pude ver cómo el resto de la clase me miraba desbocadamente. No me importó lo que mis compañeras llegasen a pensar de mí. Lo único que quería era que el dolor sentido por dentro, que parecía fusionarse con el miedo, ¡desapareciese!

—Mi amor, tranquila, estoy acá con vos —susurró.

Seguidamente me soltó por un momento y vi que les hizo un gesto a las chicas para que siguieran bailando. Claramente por mi culpa debían terminar solas la entrada en calor.

Janaan agarró mi mano y juntas nos dirigimos hacia la recepción. E indicándome que me sentara a su lado simplemente dijo:

—Soy todo oídos, mi niña.

“Mi niña”... esa expresión me volvía a la vida de tal manera como si antes hubiese estado moribunda. Esa expresión distendía las venas y las arterias de mis brazos y de mi pecho y me calmaba los latidos del corazón. NIÑA. Una palabra. Cientos de sensaciones en el cuerpo y otras cientos en el espíritu.

Tras empezar contándole que lo único ingerido en el día había sido una taza de té con galletas a la mañana, luego le dije detenidamente cómo me sentía. Luchar por un gran sueño estaba convirtiéndose en una carga muy pesada para mis hombros. Tenía tantas ganas y tanta necesidad de soltarlo todo y sentirme liviana otra vez. Mis alas no podían volar por los cielos y disfrutar de la danza si paralelamente llevaban consigo bultos. Se supone que las plumas deben estar pintadas de pasión, no de sufrimientos.

—Quiero bajar los brazos, Janaan... —. Exhalé profundamente desde mi vacío estomacal y luego seguí —: Ya estoy muy cansada de luchar y no ver resultados. Y me duele tanto que mi mamá esté ausente, porque por más que a veces esté allí... en realidad no está.

—Mirá Mary, estás pasando por muchas cosas en tan corta edad y sin embargo no perdés la esperanza de ser mejor de lo que sos. ¡Porque créeme que es así!, ya que al permitirte llorar vas conociendo tus debi-

lidades y tus emociones frente a la vida.

En ese preciso instante me di cuenta que Janaan veía en mí muchísimo más allá de la palabra “alumna”. Y a su vez ese día yo encontré en ella los oídos que se supone toda madre debe tener. Incluso experimenté también los abrazos de la amiga que me hacía tanta falta en aquel desolado parque de diversiones.

—No te des por vencida, Mary. Hacé como las plantas... que cuando llueve y se empapan ellas siguen ahí felices y coloridas dando vida a nuevas flores porque saben que sus raíces se están nutriendo. Prométeme que vas a intentar ser igual de fuerte.

Asentí con la cabeza mientras sequé mis últimas lágrimas con el dorso de la campera.

—Lo intentaré, te lo prometo.

Inesperadamente, abrió la mochila ubicada a su costado y mientras sacaba con mucho cuidado un envase descartable que contenía varias frutas picadas con una cucharita pegada sobre la tapa, me explicó:

—Se lo compré a Macarena hace unas horas. Está intentando ganar dinerillo extra para poder hacerse la campera de egresada para la promo de su colegio. Como te digo, se lo compré pero entre clase, ensayos y más clases al final no me lo pude comer.

Al ubicar la ensalada de frutas entre mis manos, el caliente roce de sus palmas me hizo sentir mucho cariño. Mucho apoyo. Mucha empatía. Mucha comprensión. Y sin permitirme pronunciar nada, se apartó de su silla. Besó mi frente y luego me dijo:

—Comé tranquila. Luego andá que te estaré esperando frente a los espejos.

Sola en la recepción, los crujientes pedacitos de manzana, las jugosas naranjas, las frías rebanadas de bananas y los contrastantes kiwis y frutillas, me permitieron entender con claridad que un estómago hambriento, una billetera vacía y un espíritu abatido tarde o temprano acabarían enseñándome las mejores lecciones de vida. Y quizá si por el momento los aprendizajes no tocaban la luz ¡en el momento menos pensado lo harían! Pues la oscuridad, el frío, el silencio y la soledad de una espeluznante madrugada jamás pueden durar veinticuatro horas.

CAPÍTULO 15

“Una cristiana no tiene dos caras”

Dos días más tarde, mientras Diego, el joven albañil, se encargó de regresar la hormigonera al local en donde la habíamos alquilado, mi papá y yo continuábamos asombrados -entretanto observábamos a través de una de las ventanas del salón el contrapiso ya concluido-, cómo era posible que no hubiese faltado ni sobrado ni siquiera una sola bolsa de cemento.

— Esto es un milagro, Mary.

— ¿Por qué decís eso? Fue una simple casualidad haber repartido sabiamente durante la semana los últimos billetes entre el arreglo de la *Kangoo*, la hormigonera, las bolsas de cemento, la regla de hierro y el lindo seminario al que asistí.

— Esas no son casualidades — pareció corregirme—. Al contrario, esas son las manos de Dios trabajando y demostrándonos que si le tenemos fe ¡mirá las cosas que puede hacer! — Abarcó con amplitud sus brazos señalándome el salón.

Aún ubicada junto a una de las ventanas, miré hacia dentro. El perfecto y nivelado contrapiso estaba terminando de endurecerse. Estiré el brazo y acaricié el fino revoque de una de las cuatro paredes. Su textura era lisa, seca y hasta suave. Y sin animarme a pisar la pequeña pero equilibrada nivelación de cemento que Diego había hecho en el sector de la recepción, con el objetivo de que cuando se ubicasen las baldosas la mezcla se pegase con más facilidad, asimilé que mi más grande sueño de vida ¡sí que estaba avanzando! A lo mejor no con la rapidez que yo quería, pero de a poco iba tomando más y más estructura. Ahí mismo algo dentro de mí me insinuó que tan enceguecida había estado por el dolor de las adversidades como así también por esa extraña sensación de sentir un vacío espiritual, que eso mismo fue lo que no me permitió ver que incluso los sacrificios más pequeños ya reflejaban sus resultados.

— Sigo pensando cómo explicarle al albañil que deberá continuar esperando por otros días más hasta recibir su paga — comentó mi papá de repente.

— Quizá si lo hacemos entrar a casa y le mostramos que estamos bebiendo agua y que lo único que andamos comiendo es té y galletas, quizá nos entienda de corazón. ¡Ah! y si le contamos que ayer y hoy almorzamos esa bolsa de fideos que encontramos escondida en una de las alacenas quizás así acabe compadeciéndose de nosotros.

— La vida adulta no funciona así. No está bien ir generando lástima en el prójimo.

—¿Pero entonces... qué se hace? Tarde o temprano Diego pensará que lo estamos estafando cuando no es así.

—Honestidad ante todo, Mary. Ese es el secreto.

—¿Me querés decir que hay que contarle que apenas tenemos para comer y que por eso todavía no le pagamos sus horas de trabajo, pero al mismo tiempo hay que ser sutil para que no se preocupe por nosotros?

—Algo así. —Me sonrió—. En ese equilibrio hay que vivir hacia el prójimo e incluso hacia uno mismo también. Aun con cuarenta y siete años me cuesta todavía hallar ese equilibrio en la vida, Mary, pero con la ayuda de Dios las cosas se ven con más claridad y más nitidez. Y ahora mismo tengo la fe de que Él tocará el corazón de Diego y así nos entenderá y aprenderá a confiar en nosotros.

Al capturar unas cuantas fotos con mi cámara digital de aquel hermoso avance en la construcción, ingresé a mi *Facebook* desde la computadora con la intención de añadirlas y compartirlas en mi álbum favorito. No obstante, tardé bastante tiempo en realizar aquello puesto que no bien me interné en dicha red social, en el muro de noticias me topé con una singular publicación de Shanell. Estaba tan acostumbrada a que sus publicaciones fuesen videos suyos bailando o simplemente fotos junto a sus compañeras del Ballet en shows o en clases que, verdaderamente, ese link de una peculiar canción me sorprendió muchísimo.

«*“Demente” - Tercer Cielo*», leyó mi mente mientras cliqueaba con el mouse el enlace que me llevó de manera directa a *YouTube*.

Una milésima de segundo antes de que iniciase la canción, con rapidez deduje que se trataba de una composición cristiana ya que el nombre tan único con que se titulaba la banda, ¡era claramente un reflejo bíblico!

Cuando la música empezó a sonar, mi espíritu y mi corazón se llenaron de una alegría que nunca antes había sentido. ¡Ni cuando mis pies rozaban la madera de un escenario palpaba lo que estaba experimentando en ese momento con esa canción! Las imágenes que el video iba mostrando eran tan acordes a la letra que mis oídos y mis ojos continuaban expectantes y complacidos ante lo que estaba mostrándose en la pantalla de mi computadora.

«No puede ser... ¡¡¡Shanell es cristiana como yo y como mi familia!!!» fue lo primero que pensé no bien terminó la canción.

Y con esa insólita necesidad de compartirle a alguien mi alegría, corrí hasta el dormitorio de mi mamá y de mi papá. Para mi sorpresa, Micaela y mi ingeniero casualmente estaban ubicados sobre la cama leyendo la *Biblia*, entretanto mi mamá veía las aburridas noticias en la televisión desde el otro costado de la cama.

— ¡Maryam! — se maravilló mi papá —. ¿Qué te pasó?

— ¡¡¡¡¡¡¡¡Me acabo de enterar de algo muy hermoso!!!!!!

— Sí, eso veo. Tu cara me lo dice — Evidenció mi imborrable sonrisa.

Regresamos hacia mi computadora y le hice escuchar aquella preciosa canción cristiana.

— ¡¿De dónde la sacaste?! ¡ESTÁ MUY BONITA! — expresó luego de escuchar el tema completito.

— Una de las bailarinas que me inspira la compartió hoy en *Facebook*.

— ¿Quién?... ¿Larissa? — pareció confundirse —. ¡Nunca me dijiste que fuese cristiana!

— Noooo, no fue ella.

— Sam... — me interrumpió —. ¿Samia? ¿Fue Samia quien compartió la canción? ¿La chica del seminario al que te llevé durante la semana?

Por más divertido que fuese ver cómo se esforzaba por recordar los nombres de mis increíbles exponentes en la danza, terminé quedándome callada, sumida en mis propios pensamientos. Mentalmente me empeñé en analizar si, ante la realidad de que Shanell fuese cristiana al igual que yo, eso le daba algún sentido a por qué razón en las últimas semanas disfrutaba más viendo sus videos que los de Larissa, por ejemplo. ¿Acaso un espíritu cristiano puede notarse de manera abstracta mientras se danza? Porque si fuese realmente así, ¡qué mágico! que incluso sin haber sabido con anterioridad que es creyente, aun así mi espíritu ya había estado percibiendo algo especial y diferente en ella.

— Shanell compartió la canción. Shanell es cristiana — pronuncié.

— ¿Quién es...

— ... Shanell? — terminó uniéndose a la charla mi mamá.

Cuando caí en la obvia realidad de que jamás les había comentado acerca de Shanell así como en su momento lo hice con Samia o tal como lo hice con Larissa hacía años atrás, me desorienté conmigo misma. Shanell había aparecido en mi vida de una manera tan espontánea pero al mismo tiempo tan silenciosa que quizá por eso no tuve ocasión ni necesidad de compartir su existencia con mi familia.

— ¿Se agregó otro deseo a tu lista de sueños? — me preguntó mi papá.

— ¿Cómo sabés?

— Te conozco Mary, y me imagino que querrás conocerla personalmente. Y si realmente lee y escudriña la *Biblia* como nosotros, ¡con más razón!

— ¿Seguimos, papá? — Apareció Micaela frente a nosotros con su *Biblia* entre manos.

— Hablando de *Biblia*... — La señaló mi papá —. ¿Querés estudiar

con nosotros los pasajes que estuvimos leyendo sobre lo que distingue a un hijo de Dios de un hijo del Diablo?

— ¡Y cómo saber qué persona es una oveja misericordiosa! — completó mi hermana.

— Entonces... ¿venís con nosotros? — me insistió mi papá.

Desde que tengo uso de razón que creía en Dios. Jamás me había cuestionado nada sobre aquel Mesías que murió en una cruz de madera para el perdón de los pecados, como así también jamás me había cuestionado nada sobre Su resurrección demostrando para quienes tuviesen fe que la muerte simplemente se asemeja a estar dormidos.

Sin embargo... algo en mi interior me frenaba cada vez que veía una *Biblia*. ¿Era posible que me estuviese haciendo llamar cristiana sólo por el hecho de que mi familia lo fuese? Estaba claro que ante las circunstancias de ya no sentir gratitud hacia Dios en mi vida y en mis caminos, ciertos pensamientos estaban desfigurándose y perdiendo su plataforma en mi espíritu. No obstante, ¿por qué una canción cristiana había logrado inundar de paz y de felicidad mi corazón durante cinco minutos?

— No, quiero hacer otras cosas — me excusé —. Sigán leyendo ustedes.



El último día hábil de aquel mes, las potentes luces al final del túnel me deslumbraron. La oscuridad había acabado. Allí arriba estaba otra vez el hermoso cielo en donde poder extender mis alas y volar entre las nubes.

— Se hizo esperar demasiado la beca de Gabriel — comentó mi papá estando a cargo del volante en la *Kangoo*, de camino al cajero automático para extraer el dinero.

— ¿Gabriel se quedó con bastante dinero? — pregunté confundida —. Digo... para sus gastos de cada día.

— Recordá que le mandamos mi tarjeta por medio de la novia de su nuevo amigo, cuando viajó hace unos días para visitarlo — me respondió mi papá.

— Así es — enfatizó mi mamá —. Y ahora nosotros tenemos la tarjeta de él para utilizar todos sus ingresos —. Me la mostró desde el asiento delantero.

— Y al final qué andaba pasando con la línea de su celular? — preguntó Micaela que estaba sentada conmigo en el asiento trasero —. ¿Fue problema de la empresa o qué pasó que estuvimos incomunicados con él por casi dos semanas?

—Sí, efectivamente fue un problema pasajero de la empresa — comentó mi mamá.

Al llegar al cajero automático del banco específico que se encargaba de cobijar los estipendios mensuales de los estudiantes del *Instituto Einstein*, Mica y yo nos quedamos en la *Kangoo* mientras los adultos se encargaban de ingresar la clave de Gabriel a través de su tarjeta y de esta manera retirar todo el monto de dinero que claramente a él no le haría falta.

No bien regresamos a casa, compramos en el súper chino de al lado todo lo necesario para abastecer nuestra heladera familiar y nuestras alacenas. Desde mi infancia -en la época en la que Micaela, Gabriel y yo habíamos ayudado en aquel súper- que conocía perfectamente dónde ubicaban los empaquetados cada artículo de limpieza, cada marca específica de un producto y víveres en general. Por ende, aquel día cuando recorrí la góndola de los jugos, no me costó hallar el sector de la marca *Ades*. Sin embargo, no agarré ni una sola caja de mi sabor favorito. No me apetecía. Y no porque me hubiese dejado de gustar. ¡Seguía siendo el de manzana mi sabor preferido! Pero debido a que en las dos últimas semanas había estado bebiendo simplemente agua, increíblemente algo había cambiado en mí.

—¿No vas a llevar tus jugos? — me preguntó mi mamá cuando nos reencontramos en la fila de la caja registradora.

—No hay el que me gusta — mentí—. Pero no importa, en la casa hay agua mineral para tomar.

—¿Compraste una botella de *Pepsi*? — me interrogó mi papá no bien me vio entrar a casa con las bolsas de las compras.

—No sabía que querías una — me disculpé.

—No para mí, ¡para vos! — me corrigió—. Sé que cada tanto te gusta tomar una. Y como ahora ya nos estamos estabilizando con el dinero gracias a la beca de Gabriel, pensé que te cumplirías ese capricho.

Le ayudé a mi mamá con las demás bolsas de compras que había estado cargando y luego, mirando a mi ingeniero, le dije:

—Ya que hay dinero otra vez, ¿podemos ir separando lo que debemos pagarle a Diego? Y con lo que quede de ese monto, ¿podemos ver si nos alcanza para comprar un tarro de pintura de color negro para las puertas y las ventanas?

—Justamente te estaba por decir que me ayudés a calcular el presupuesto de eso y además de las baldosas y de los azulejos.

—Eh, ¡Mary! — interrumpió Micaela mientras, ubicada en la mesa de la cocina, abría su paquete de galletas dulces—. ¡No se olviden de comprar pinceles!

Sin saber si se trataba de una broma o más bien era en verdad una advertencia de su parte, ¡le blanqueé los ojos casi sin darme cuenta! Sin mencionar el hecho de que estaba declarándome una obviada, ¿cómo se atrevía a abrir la boca sin conocer los detalles de la construcción ni mucho menos sin padecer los altibajos de lo que ni siquiera era su sueño? ¡Mi mente jamás se olvidaría de nada relacionado a mi anhelo! Sin ser arquitecta, ni ingeniera, ni pintora, ni electricista, tenía cada detalle y cada trabajo que faltaba concretar más que resguardados en mi corazón.



El lunes, primer día hábil del mes de septiembre, sucedió algo completamente inesperado en la clase de perfeccionamiento en lo de Janaan. Al menos resultó inesperado para mí, pues lo que estaba a punto de presenciar no lo fue para ella.

—Permiso, buenas noches a todas. — Escuché una voz que me resultó muy conocida.

Dejé de charlar con la compañera con quien había estado compartiendo temas intrascendentes y me volteé para corroborar quién había acabado de atravesar las cortinas de la Academia.

Alicia.

— ¡Ay, pero qué precioso es estar acá! ¡Qué hermosísimo lugar!
Y obviamente, Romina, su hija.

Janaan se alejó momentáneamente del equipo de música y sonriendo se arrimó hacia ambas para saludarlas con afectuosos abrazos.

Al ver aquello, algo en mi interior se desestabilizó. No, no eran celos. Tampoco era incomodidad. Por el contrario, me sentí coaccionada. Fue como si alguien desde mis espaldas me estuviese apretando las manos y, al mismo tiempo, alguien por delante estuviese atándome los tobillos para no caminar ni hacer ningún movimiento. Mi boca estaba libre y sin ataduras, pero por dentro algo incomprensible me detenía.

—Chicas, ella es Romi — dijo Janaan al presentarla frente a toda la clase—. De ahora en más tendrán nueva compañera.

—Y yo soy su mami. — Se presentó a sí misma Alicia—. Espero que a ninguna le moleste que me quede durante la clase ya que me encanta sacar fotitos y filmar.

— ¡Ambas son más que bienvenidas a mi Academia! — continuó Janaan complacida.

Mi corazón apenas si tardó diez segundos en discernir que aquello no era rencor o bronca ante lo que ambas, madre e hija, me habían

hecho vivir sino que simplemente era ¡impotencia! ¡El sentirse coaccionada es el reflejo de la impotencia! Janaan estaba confiando equivocadamente en personas que no merecían su cariño. Seamos honestos, ninguna persona merece recibir adulaciones de gente que tiene máscaras en el rostro porque tarde o temprano acaban lastimándote.

— Por favor, chicas, antes de que Janaan comience con la clase me gustaría pedirles...

De allí en adelante, ¿cómo haría para manejar o, más aún, cómo haría para dominar un sentimiento así? ¿Acaso me correspondía contarle a Janaan mis experiencias con aquellas mujeres lisonjeras? Pero... ¿y si no me creía? Aunque si realmente veía en mí más allá de la palabra "alumna" se supone que sí habría de confiar en mis palabras, ¿o no?

— ... Maryam, ¿no venís?...

¿O es que simplemente debía sentarme y esperar a que la vida le revelase la auténtica realidad de a quiénes estaba permitiéndoles formar parte de su Academia?

— ¿Maryam?

Aturdida al escuchar mi nombre, caí en la realidad de que Romina se había arrimado a todas mis compañeras de clase con el objetivo de que su madre capturase una foto grupal para el recuerdo. El invisible fantasma que estuvo apretándome las manos y reteniéndome los pies, desapareció. O mejor dicho, desapareció luego de empujarme hacia delante desde la parte de atrás de mis hombros para que caminase... para que me integrase a aquella foto que se estaba a punto de tomar.

Mientras sonreí mecánicamente continué preguntándome desde hace cuánto tiempo será que Janaan se relaciona con Alicia y Romina. ¿Habrà todo comenzado desde aquella noche en el Show junto a la *Orquesta Memphis*?

De repente, el flash abrumó mis ojos. Y mi cerebro.

— ¡Me encanta! — expresó Romina —. Gracias por la foto, má.

— Está preciosa. Queda para el recuerdo junto a todas tus nuevas amigas — dijo ella a cambio.

La mecánica sonrisa desapareció de mis labios. ¡Yo no era amiga de personas carentes de honestidad! ¿Cómo se atrevió a pronunciar aquello? ¿Acaso no se daba cuenta o no recordaba quién era yo? ¿Tan falsas eran que hasta fingían quererme con tal de recibir la aceptación de las demás?

Mientras todas nos posicionamos frente al espejo para el inicio de la clase, la impotencia volvió a surgir en mí al observarla a Janaan. Sus abrazos destruían mis miedos. Era una gran maestra, una bella bailarina, una increíble madre y una mujer con preciosos valores de vida. No

permitiría que dos personas poseídas de huecos espíritus la lastimasen tal como me habían lastimado a mí el año anterior.



—Papi, ya sé que le estamos pagando a Diego para que él pinte — empecé diciéndole —, pero... ¿puedo pintar yo también? La verdad que me haría mucha ilusión dejar mis huellas digitales en algún pincel.

— ¡Pero por supuesto que podés, Mary! ¡Es tu Academia!

— Teóricamente lo será ya que por ahora es simplemente una construcción —añadí.

— Deberías empezar a mirarla por lo que va a ser porque cada vez estamos más cerca del final.

Eché mi cabeza para atrás y observé aquellos ladrillos de canto que tiempo atrás me habían enseñado a que si los miraba desde mi perspectiva soñadora, realmente sus puntas anaranjadas parecían acariciar el cielo.

— Si vos vas a pintar, entonces yo también — me dijo de repente.

Sorprendida ante su comentario, solté una risita. ¡Cada momento compartido con él era exquisito para mi espíritu!

— ¿Puedo pintar o no...? — me preguntó fingiendo respeto.

— Sos el ingeniero de esta preciosa obra en construcción. Así que supongo que sí... sí tenés permitido ser pintor también.

Rio conmigo mientras extraíamos dos pequeños pinceles desde la bolsa de compras que habíamos hecho el día anterior en unos de los corralones.

— Hoy vas a tener ayudantes, Diego — le avisó mi papá con simpatía.

Diego me observó de pies a cabeza sin vergüenza alguna. Y mientras sonreía nos dijo:

— No hay problema.

Entretanto él continuaba encargándose de pintar las ventanas, mi papá y yo nos situamos en la entrada principal de la Academia para trabajar sobre la hoja derecha e izquierda de la puerta, respectivamente.

Mientras los tres pinceles embadurnados de pintura negra recorrían silenciosamente los fríos hierros de cada lugarcito, me recordé que restaban veinticuatro horas para que hablase a solas con Janaan. El mismo lunes a la medianoche le había dicho a través de *Facebook* si era posible que en medio de la clase de ritmología del día jueves hablásemos de algo que me tenía un poco preocupada.

— De acuerdo. Te secuestraré justo antes de que empiece la clase así el profesor no se da cuenta de tu ausencia. — Me había escrito —.

Pero hablando en serio, valoro mucho que estés confiando en mí. ¡Sabés cuánto te quiero y cuánto te amo!

¿Me seguiría amando incluso después de que fuese demasiado sincera con ella? Rotundamente, era más sencillo guardar silencio y fingir que nunca ocurrió nada con Romina y Alicia, con tal de no arriesgar que mi cariño hacia Janaan pudiese ser empañado en el caso de que ella me malinterpretase. Sin embargo si continuaba tragándome todas las palabras, estaría siendo desleal conmigo misma.

Remojé mi pincel en el interior de la lata de pintura al mismo tiempo de acordarme que horitas atrás Shanell había compartido en su *Facebook* unas líneas bíblicas. Nunca había sabido diferenciar evangelios ni tampoco la manera correcta de buscar versículos ni nada de eso, no obstante lo que mis ojos leyeron había quedado muy latente en mi cabeza: “... conocerán la verdad y la verdad les hará libres.”

—Diego, te agradecemos mucho realmente por haber esperado con paciencia recibir el dinero por tu trabajo —rompió el silencio mi papá.

—Sí... y gracias también por haber confiado en nosotros en que sí te íbamos a pagar por más que en su momento hubiese parecido que estabas trabajando gratis —me animé a agregar.

Diego apartó su mirada de la ventana que estaba pintando y nos miró a ambos.

—Nunca me imaginé haber hecho lo que hice. Pero lo hice porque algo en ustedes me dejaba tranquilo. No sé... se me hace difícil de explicarlo pero sé que son buena gente.

—Gracias por la confianza —expresó mi ingeniero.

—¡MARYAM! ¿¡QUÉ HACÉS PINTANDO!?! —me retó sorpresivamente mi mamá no bien me vio desde la recepción—. ¡TE VAS A MANCHAR LA ROPA!

¿Manchar? Eso era relativo. Mi ex profesora de danza había manchado mis alas con sangre y sin embargo mi corazón seguía bombeando todavía más líquido. Si me manchaba la ropa con pintura o incluso con aguarrás, ¡no era el fin del mundo!

—Te venía a decir —Se dirigió hacia mi papá— que ya me depositaron el sueldo. ¿Querés que me vaya con Micaela hasta el cajero?

—¡Síííí! —respondí con velocidad sin darle lugar a que él hablase—. ¡Lo siguiente en comprar son las baldosas y los azulejos que me están esperando allá en el corralón desde hace tres semanas!

—Eh, tesoro, ¡tranquila! —intentó equilibrar mi efusividad mi papá—. Recordá que por más que compremos las baldosas, primero debemos hacer la instalación de los artefactos del baño.

—Sí, papi. Lo sé.

Una vez más unté pintura negra en mi pincel y mientras lo deslizaba con suavidad en el borde del recipiente para que no gotease demasiado, supe que aquel momento lo recordaría toda mi vida. No estaba simplemente pintando la puerta principal de aquella obra en construcción, sino que por primera vez sentí la dulzura de lo que significa luchar por un sueño mientras las alas despliegan amor. Mi ropa no importaba y tampoco lo harían mis manos cuando oliesen a aguarrás. Asimismo, era irrelevante que se me estuviesen acalambrando las piernas por estar sentada incómoda sobre un duro contrapiso. Nada de eso importaba. Lo único influyente era lo otro... mi anhelo.

—Tesoro, si te cansás de pintar, decime.

Y él... mi papá.



—¿Así que mi alumna favorita se me va a escapar de clase? —preguntó el profesor de ritmología mientras sacaba el derbake de su estuche al mismo tiempo de observarme con curiosidad.

—Yo no me escapo. —Me reí antes de continuar—: Janaan es quien me está secuestrando—. La señalé a mi costado.

—En seguida te la devuelvo —comentó ella, riendo también.

De manera habitual nos instalamos en las sillas de su recepción. Ese acogedor lugar me producía tanta tranquilidad y tanta confianza.

—¿Cómo están yendo las cosas en la construcción de tu Academia? —empezó preguntándome.

—¡¡¡Muy bien!!!

—La otra noche cuando me contaste por *Facebook* que ya disponen de los ingresos de la beca de tu hermano, ¡me puse muy feliz, Mary! Eso es una gran ayuda, un gran empuje y un gran avance.

—Lo sé... Y ahora también sé que los días de lluvia son necesarios para valorar la luz del sol. Las plantas agradecen eso ¡y ahora yo también!

—¿Sabés que siempre soy sincera en mis sentimientos no? —dijo de repente—. Cada una de las integrantes de mi Academia forma parte de algo más que mis alumnas. ¡¡¡¡¡Pero a vos te adoro!!!! Sos tan talentosa y tan humilde, ¡y crecés tan rápido! La verdad es que me pone feliz verte feliz.

—Pero... ¿y si te digo que hay algo que estás haciendo que sin querer me preocupa y me lastima?

—¿A qué te referís? —Su voz sonó perturbada y confundida.

Sin saber cómo abordar el tema de la charla, me quedé callada.

— Mary... ¿qué anda pasando? ¿Qué andás sintiendo que en mi ignorancia pueda yo estar haciendo mal?

— Romina... ella... ¿ella pagó la cuota para todo el mes?

— Sí, por supuesto. Me dijo que desde hace tiempo que andaba queriendo tomar mis clases pero nunca terminaba de acomodar sus horarios.

Bajé la mirada. El hecho de que asistiese a las clases de perfeccionamiento de manera regular, ¿implicaría también que fuese parte del espectáculo en el mes de diciembre? Porque si así fuese, honestamente no sabría cómo sobrellevar mi impotencia ante la situación. Janaan significaba muchísimo para mí.

— ¿Acaso vos y ella no se llevan bien?

— El problema no es que no me lleve bien con ella ni con su mamá sino que... — Exhalé — ... no son buena gente, Janaan. Ese es el problema: no son buena gente. Y al vos permitirles ser parte de tu Academia es como involucrar una manzana podrida en un cajón donde hay solamente manzanas limpias.

Su mirada me reflejó lo pensativa que estaba.

— Y créeme — seguí — el olor de una manzana podrida puede acabar contagiando a las demás... a las que están limpias. ¡Las chicas del Ballet son tan buenas compañeras! ¡Y las del grupo de perfeccionamiento también! Y es verdad, todavía no fraternizo al cien por ciento con ninguna sin embargo estoy cómoda con todas ellas porque son buenas. Son el claro reflejo de su profesora.

— Agradezco que me estés diciendo esto, Mary. Porque me demostrás que te preocupás por mis alumnas, por mi Academia y... por mí.

Sin ser consciente, sonreí. ¡Janaan sí que sabía escuchar! No todas las personas exponen su corazón de esa manera en una charla tan delicada.

— Y no pensés que te estoy exigiendo pruebas — continuó con su sinceridad —, pero necesito saber qué es lo que vos viste o lo que incluso estás viendo en ellas que no estoy viendo yo.

Al relatarle “la pera” que madre e hija me hicieron a mí y a mis papás al no ir por casa para expresarme todo el amor y todo el apoyo que supuestamente querían brindarme cuando padecí el fuertísimo dolor ocasionado por Verónica, recién allí Janaan comprendió mucho mejor la situación. El hecho de que Alicia y Romina se mostrasen de una manera cuando hay sol pero, luego, cuando cae la tormenta se muestran de una manera distinta, en efecto revelaba que no eran sinceras en su cariño ni en su relación hacia los demás.

— Mirá... yo no soy creyente — me reveló abruptamente —, sin em-

bargo esa frase tan conocida que dice “busco quedar bien con Dios y con el Diablo” me parece que califica para ellas.

—¡Exactamente, Janaan! Y por el contrario, yo... yo soy cristiana... Sé que lo correcto sería ayudar a que ese tipo de personas decidan de una buena vez por todas de qué lado quieren estar, pero creo que a mí no me corresponde ayudarlas porque...

—Entiendo a lo que querés llegar —me interrumpió sin querer—. Porque si el universo colocó a Romina en mi Academia con la inseparable compañía de su madre, sé que es porque algo tengo que hacer yo en ellas y en sus vidas.

—Sí... justamente eso te estaba por decir.

—Desde hace meses que las conozco pero la relación se empezó a hacer más sólida desde que Romi me contactó para preguntarme por las clases y los horarios —me contó—. Pero quedate tranquila, Mary, ya charlaré con ambas con mucha sutileza.

—¡Gracias Janaan! —le expresé mirándola con cariño.

—Yo debo darte las gracias, Maryam. Las malas energías se pegan y si no fuese porque vos me hayás hablado de esto, vaya a saber cómo continúan las cosas en este trabajo que tanto amo.

Me sentí sumamente tranquila. Y no necesariamente porque Janaan no me hubiese malinterpretado o porque nuestra sincera relación y sincero cariño no hubiesen salido afectados, sino que simplemente percibí paz conmigo misma por animarme a relatar una verdad frente a alguien que no había sido consciente de necesitar escucharla. ¿Acaso eso mismo se refirió Shanell al compartir aquellas palabras de la *Biblia* en donde se revela que al conocer la verdad, se es libre?

CAPÍTULO 16

“Inocencia, ¿a dónde te fuiste?”

— ¿En serio vas a ir a bailar en medio de la suciedad? — Me miró con desaire Micaela mientras me ataba la caderilla frente al espejo ubicado en mi dormitorio.

— ¿Quién te dio permiso de entrar? — pregunté con relativa ironía.

— También es mi habitación.

— No, ahora tu habitación es la de al lado. — Señalé el dormitorio de Gabriel pretendiendo que mi dedo atravesara la pared.

Ignorando su presencia, me saqué la remera para finalmente quedarme con el top. Y mientras me encaminaba hacia el jardín de nuestra casa, mi hermana continuó con sus palabras:

— Te vas a ensuciar si bailás allá.

— ¿Y qué tiene de malo? Después me baño.

No bien estuve en el interior de la obra en construcción ubiqué mi MP4 a la altura de mi ombligo, siendo sostenido por mi propia calza, y luego coloqué los auriculares en mis oídos. El cablecito atravesaba todo mi pecho y todo mi abdomen pero no me molestaba. Sin embargo, cuando estuve a punto de disponerme a bailar, percaté que faltaba un detalle: ¡adiós zapatillas!

Baladi Zafrah del maestro y compositor *Mario Kirlis* empezó a recorrer cada terminación nerviosa de mi cuerpo y de inmediato mi espíritu no tuvo inconvenientes en imaginarse que había espejos sobre aquel perfecto revoque en la pared principal. A su vez, le indiqué a mi espíritu que imaginase también que mis pies en lugar de estar apoyados en un áspero contrapiso de cemento, en realidad lo estaban sobre una suave y deslizante madera.

La claridad de la tarde se filtraba por cada una de las ventanas -algunas ya completamente pintadas y otras no- mientras creaba aquella nueva coreografía. Los rayos del sol parecían iluminarme de gran manera mientras miraba a mi propia sombra danzar conmigo. Efectivamente, mi Academia... mi salón... mi espacio... no estaba aún terminado, sin embargo al no ponerle límites a mi mente sobre cómo se hallaba realmente esa obra en construcción, mis ojos desde el interior fueron capaces de ver el lugar desde otro panorama. Sin duda alguna la mente es poderosa. Para bien o para mal, pero lo es.

— ¡MARYAM!

Me saqué los auriculares sobresaltada.

— ¿Qué pasa, papi?

— ¿No íbamos a ir al corralón?

— Sí pero dijimos que a las cinco, cuando abran —le recordé.

— Ya son las cinco y media.

— ¿DE VERDAD? —Me quedé boquiabierta.

— Sí, de verdad.

— Bueno, entonces andá sacando la *Kangoo* y ya vamos.

Mientras me colocaba las zapatillas asimilé que, en efecto, un buen termómetro para saber con qué tanto calor está envuelta una pasión, basta en indagar con qué tanta intensidad el tiempo vuela ante los ojos entretanto las alas disfrutaban de ese mismo despliegue.

— ¿Qué te pasa? —le pregunté luego de advertir que estaba observando la construcción con detenimiento.

— Realmente falta muy poco para el final, Mary.

Ambos sonreímos. Y ahí mismo me remonté hacía once meses atrás cuando lo que prometía ser una aburrida noche de domingo se convirtió en el comienzo de un movedizo debate familiar. Nunca olvidaría cuando, mirándome profundamente a los ojos, me dijo: “Yo te voy a construir tu academia de danza en el jardín”. No fue una promesa, sin embargo aquellas palabras suyas habían sido la expresión más sustentada de realidad que mis oídos hayan recibido jamás.

Interrumpiendo las sonrisas, fingí carraspear mi garganta para decirle:

— La *Kangoo*, ¡sacala del garaje!

— Sí, claro —dijo mientras sacudió levemente su cabeza como regresando a la realidad.

Entre los altos numeritos invertidos en los azulejos, las baldosas para la recepción, un precioso y mediano espejo para el baño acompañado de una bonita lámpara dorada de pared y varios accesorios tales como una jabonera, un porta papel higiénico, un tachito de basura, un toallero para manos y unos cuantos percheros de pared, ¡el ingreso de la beca de Gabriel expiró!

— Con el sueldo de tu mamá le pagaremos este mes las horas de trabajo a Diego como así también a Ignacio.

— Ya que lo mencionás a Ignacio, ¿ya lo llamaste por teléfono? —pregunté mientras regresábamos a casa en la *Kangoo*, pesada con tantos materiales.

— No tesoro, todavía no lo llamé. Pero en cualquier momento lo puedo hacer, recordá que somos clientes suyo de hace años y ya hay bastante confianza.

— ¡Me encantará verlo instalar el inodoro, el bidet, el lavatorio y la grifería!

— Y a mí me encantará ver cómo sobrellevamos el dinero este mes.

—Mmm... ¿pero que no estamos haciendo bien la inversión en cada cosa? —me confundí.

Sin apartar su vista al frente, sentado al volante, continuó hablándome:

—Sí, lo estamos haciendo bien pero aun así siempre están los gastos cotidianos: la luz, el agua, el gas, internet y la comida. Y eso sin contar si surge algún imprevisto como en el mes pasado que se rompió la manguera de la nafta.

Ay... las adversidades del mundo adulto... ¿Ni con una mediana remuneración de beca se las podía hacer desaparecer? ¿En serio siempre estarían acechando a mis emociones? Debería existir un cartel informativo al final de la niñez que declare algo así como: “¡Cuidado! La vida adulta está inundada de adversidades. Aprenda a nadar o se ahogará en el impacto por no saber cómo vivir con ellas”.

—De igual manera estamos trabajando contrarreloj y como verás cuesta muchísimo congeniar la existencia del dinero con los días contaditos si en verdad queremos terminar tu Academia para marzo.

—Necesito que esté terminada para marzo —pronuncié—. Todos los estudios de danza arrancan con sus clases en marzo.

—Te prometo que haré todo lo posible para que esté lista para ese mes.

Como de costumbre, miré por la ventanilla a toda esa gente... a todo ese mundo que, en parte, seguía siendo un tantito desconocido y angustiante para mí. Sin embargo, algo que inflaba de alegría a mis pulmones en medio de aquellos temores era tener el papá que tenía. Su compañía era el motor que recargaba mis baterías. Su infinito apoyo era como el vuelo de otro pájaro que se atrevía a escoltar mis propias alas. ¿Qué tantas jovencitas son afortunadas de poseer un pilar tan irrompible, tan sincero y tan luchador en sus vidas?

—No te quiero estresar —siguió— pero tenés que ir haciéndote a la idea de lo mucho que va a costar pagar un equipo de música, los espejos y las maderas para el piso. Estas tres cosas son lo más caro y lo que precisamente concluye el final de toda la construcción.

Lo que más habría de costar era lo más hermoso. Y de hecho no sólo lo más hermoso sino que también eso mismo evidenciaba que aquel salón no era simplemente una construcción. Aquel salón sería una Academia de Danzas Árabes.

—¿Pero no podemos ahorrar durante dos o tres meses y recién allí comprar todo eso?

—No, porque con la inflación lo que vas ahorrando se desvaloriza y de esta manera nunca llegás al monto que necesitás, porque los valores continúan subiendo mientras, paradójicamente, uno está bajando.

Aquellas palabras fueron la piecita que había estado faltando para acabar comprendiendo con lujo de detalles cómo funciona el mundo. Allí mi espíritu conoció la imagen completa de ese rompecabezas llamado ADULTEZ. Cuando se es niño se ignora todo esto y al ignorarlo lo desconoces. Es increíble lo mucho que duele crecer... porque mientras los huesos se alargan y los músculos se ensanchan, la mente sigue viendo alrededor todo coloreado de rosa. Pero hasta que no se pisa un suelo al mismo tiempo de sentir cómo las plantas de los pies hacen eco en el cerebro, nunca se pega el auténtico estirón.



—Maryam querida, ¿cómo estás? ¡Tanto tiempo! —Me escribió Nadia a través del chat de *Facebook*—. Espero te acordés de mí, aunque seguro que sí.

¡Nadia! ¡La señora secretaria de la *Asociación Latinoamericana de Danzas*! ¡Cómo olvidarme de ella!

—Claro que me acuerdo de vos, ¿cómo estás? Yo estoy bien, aunque luchando con mucha paciencia por hacer un sueño realidad.

—Sí, lo sé. Desde hace tiempo que vengo siguiendo el avance de tu Academia a través de las fotitos que compartís.

—Tené por seguro que cuando la inaugure, te voy a pedir que me asesores con el tema de la afiliación. Honestamente me encantaría que mi Academia esté bajo el apoyo de la *Asociación Latinoamericana de Danzas* tal como muchas otras academias por todo el país lo están. —Escribí desde el teclado.

—Será un inmenso honor que tu nombre y tu trayectoria como bailarina estén inscriptos junto al nombre de nuestra *Asociación*.

—Nadia, tenés que saber que el honor más grande lo voy a tener yo.

—Jaja ¡no pensés que es así! Hay bailarinas y futuras maestras que quieren afiliarse a nuestra *Asociación* y nosotros no siempre se lo permitimos. No todas tienen el privilegio. No todas lo merecen.

Estuve a punto de agradecerle que valorase mi crecimiento como bailarina, sin embargo al ver en la pantalla que continuaba escribiéndome, aparté mis dedos del teclado.

—Te envió un archivo adjunto. Abrilo y leé todo tranquila. Ya verás qué es lo que te está esperando.

Intrigada ante sus palabras, abrí el archivo adjunto. Cuando terminó de cargarse, mis ojos tuvieron que leer unas tres veces lo que estaba allí escrito porque al parecer mi cerebro seguía sin asimilar la noticia...

*A la Srta.
Maryam Dimín
CIUDAD DE SALTA*

De nuestra mayor consideración:

Nos dirigimos a Ud. en nombre de Asociación Latinoamericana de Danzas, entidad que nuclea y apoya a los profesionales de danza del país, con la finalidad de homenajear a los Mejores Artistas.

*Por ser considerada ejemplo de vida para la comunidad dancística del Noroeste Argentino, le será entregado el reconocimiento “**JOVEN BAILARINA ÁRABE REVELACIÓN**” en el transcurso de una Cena de Gala a llevarse a cabo en el Hotel Panamericano ubicado en calle Carlos Pellegrini 551, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el día Sábado 5 de Octubre del presente año, a 21:00 hs (se ruega puntualidad).*

A su vez, este homenaje manifiesta el inmenso valor que se le da a las danzas y a la cultura de los pueblos con el sincero deseo de que prevalezcan en el espacio y en el tiempo.

Gracias por contribuir a que la danza sea mejor.

Sin otro particular, saludos cordiales.

Atte.

Asociación Latinoamericana de Danzas

P/D: Confirmar presencia hasta el 1 de Octubre llamando a (+54 9 11) 6566-3885.

-Valor de la tarjeta de entrada: \$500-

¿La Asociación me consideraba la mejor bailarina del Noroeste?
¿De verdad?! ¿Me entregarían un reconocimiento en un lujoso hotel en Buenos Aires? ¿Compartiría una cena junto a otros artistas destacados del ambiente claramente premiados al igual que yo?

¿Era un chiste no? Tenía que serlo porque mi alma siempre fue demasiado experta en soñar despierta.

—Este año sólo participaste en un solo certamen, en aquel que se llevó a cabo en Santiago del Estero. Pero el año pasado estuviste presente en muchísimos más y por eso merecés estar en la Cena. Merecés el reconocimiento, Maryam, porque artísticamente ¡estás creciendo a pasos agigantados!

Al leer las palabras de Nadia terminé convenciéndome de que en absoluto se trataba de una broma pesada. ¡¡¡Todo era real!!! ¡Jamás me hubiese imaginado ni en mis más pequeños sueños que por haber pisado tantos escenarios me otorgasen semejante reconocimiento!

No obstante, cuando les hice saber la noticia a mi papá y a mi mamá, ambos objetaron unas cuantas contrariedades.

—¿La *Asociación* te pagará el viaje y la estadía?

—Sos menor de edad, ¿nosotros debemos acompañarte? ¿Nos pagan a nosotros el viaje también? —completó mi ingeniero.

—No sé... eso no lo sé. Nadia no me dijo más nada.

—¿Y qué es eso de que la entrada vale quinientos pesos?

—¿QUÉ? —se asombró mi mamá—. ¿DÓNDE? ¡Yo no leí esa parte!

—Está abajo, pequeño y escondido al final de la nota —contestó mi papá.

—Bueno pero esa es la entrada al hotel —les expliqué—. Eso abarca la cena, el postre y todo eso.

—Mmm... acá algo huele raro —dijo mi mamá de repente.

—¿Dejaste algo en la hornalla? —me preocupé—. Yo no huelo nada.

De inmediato ambos cruzaron una peculiar mirada. Hace tiempo que no los veía hacer aquello... callar los labios y simplemente comunicarse con los ojos. Y sospechando que algo no estaba bien, les manifesté:

—¿Qué pasa? ¿Qué hay de malo?

—Si alguna bailarina no puede asistir a la cena y por consiguiente no puede pagar los quinientos pesos de entrada al hotel, ¿qué pasa con el reconocimiento... con el trofeo... con el premio? —me preguntó mi papá.

Angustiada, entrecrucé los dedos de mis manos e incluso me apreté con fuerza las uñas sobre mi piel. ¡ADVERSIDADES! ¿POR QUÉ TENÍAN QUE EXISTIR? Estaba claro que no era posible para la familia Dimín abonar aquella entrada. Al menos no por aquel entonces en donde la construcción de mi Academia absorbía cada ingreso monetario cuidando a su vez el no perder de vista los gastos de la vida diaria.

¡Qué pena no poder compartir una cena con otros artistas y con cada honorable miembro de la *Asociación Latinoamericana de Danzas*! ¡Qué pena que mis manos no reciban aquel impensado momento encarnado en un singular trofeo!

—¿Nadia sabe que estamos construyendo tu Academia? —pensó en voz alta mi mamá—. Decile la verdad: no podés abonar la entrada. De seguro, pasada la fecha de la cena te enviarán el premio hasta acá, hasta la casa.

—Cuando el próximo año te envíen la invitación y el reconocimiento de nuevo, sí irás. —Me miró con cautela mi papá mientras volvía a cruzar una peculiar mirada con mi mamá.

—¿Y cómo sabés que la experiencia se va a repetir el año que viene también?

—Sos una gran bailarina, tesoro. Los años no van a cambiar esa realidad.

Allí mismo le escribí a Nadia avisándole que no asistiría. Incluso le pregunté si era necesario que llamase al teléfono citado en el archivo adjunto o si en efecto ya bastaba con que ella -siendo la secretaria- supiese la negativa respuesta a su invitación.

— Oh bueno, ¡qué lástima! — Me escribió —. Entonces si no vas a asistir a la cena tendré que darle tu premio a otra bailarina que sí esté presente.

Inmediatamente comencé a oler aquello que estuve segura mis papás sospecharon con anterioridad.

— ¡ESTO ES INJUSTO! — reproché dirigiéndome a ambos —. Sólo quienes paguen los quinientos pesos de entrada al hotel van a recibir el reconocimiento. Si no estás presente, ¡no te lo dan! ¿Acaso eso no es de alguna manera u otra estar comprando el premio?

Mi mamá simplemente se limitó a asentirme con su cabeza. Mi ingeniero, por el contrario, me dijo:

— Nadia tiene razón, ¡artísticamente estás creciendo a pasos agigantados! Pero lo que ella desconoce en vos, yo sí lo sé: ¡como persona lo estás haciendo también!

Asustada por empezar a sentir que algo le estaba ocurriendo a mi inocencia, estuve a punto de soltar lágrimas a cambio de que sus protectores brazos paternos me cobijasen. Sin embargo, no pude expresar mi conmoción porque otro inesperado mensaje ahí mismo en *Facebook* había acabado de sonar.

— ¡Mary, hermosa! Te estaba por llamar por celular pero como te encontré conectada acá te lo digo por este medio...

Mi mamá, sorprendida por el nuevo chat de conversación que había surgido en la pantalla de la computadora, exclamó:

— Wooooow, ¡apareció Amal!

— Tengo un nuevo viaje a Buenos Aires y como ya sabés, paralelamente mis alumnas y yo seguimos a full con ensayos extras para nuestro espectáculo. — Continuó escribiéndome —. Y se me está partiendo el corazón con esta decisión, Mary, pero no puedo darme abasto con todo... no puedo seguir con tus clases personalizadas. Necesito más días y más horarios y al mismo tiempo tranquilidad de saber que no estoy jugando con tus ganas e ilusiones y con las expectativas de enseñanzas que depositaste en mí.

Leer aquello me dolió. Amal era una profesora tan increíble, tan hermosa y tan exigente al igual que Janaan. Si en las últimas semanas ya había estado extrañando demasiado sus clases personalizadas, ¡lo haría más todavía al ser oficial que se cortaban para siempre!

— Mañana miércoles estaré en la Academia a partir de las tres de la

tarde. Por favor pasá a verme a cualquier hora así te devuelvo el dinero de las clases que no te pude dar en todo este último mes.

Realmente la noticia había lastimado mi corazón, sin embargo mis alas estaban intactas y tranquilas. Supongo que esa es la anestesia natural que brinda la sinceridad de una persona... una extraña sensación en el corazón pero al mismo tiempo es como si el dolor no existiese porque sólo lo percibís por un cortito instante.

—Papá, ¿mañana me podés llevar hasta la Academia de Amal? —le pregunté.

—Claro que sí, no hay problema —me contestó—. Diego viene a colocar las baldosas en la recepción después del mediodía. Ayúdame a que esté cómodo y a que no le falte nada y de ahí ya te llevo, ¿te parece?

—Sí, genial.

Regresé mi vista hacia la computadora y le escribí:

—No hay problema, Amal. Mañana a la tarde paso a verte. ¡Y por favor estate tranquila! Ya una vez te dije que vos nunca me hiciste daño.

—Estoy ansiosa por darte un fuerte abrazo, Mary. —Leí de repente.

Y yo habría de estar ansiosa por recibirlo. Sus abrazos, al igual que los de Janaan, de verdad me hacían volar a un indescriptible cielo del cual mis alas no querían bajar jamás.



Me aparté de la *Kangoo*. Recorrí la amplia vereda como en los viejos tiempos, pero esta vez sintiéndome un poco triste porque sabía que algo especial había llegado a su fin. Fue como cuando te inunda esa sensación melancólica al saber que llegó el final de lo que fueron unas buenas vacaciones. Los recuerdos se quedan dentro nuestro de por vida, sin embargo es imposible volver el tiempo atrás y disfrutar de aquella temporada una vez más.

Ingresé a la Academia y en el amplio salón vi alrededor de unas treinta chicas bailando y ensayando frente a los espejos. Amal estaba en medio de todas ellas mientras sostenía en su mano el control remoto del equipo de música. No bien divisó mi presencia, me sonrió desde lejos.

—Chicas, continúen con esta coreo —les indicó a sus alumnas—. Carlita, sos la encargada del equipo—. Le entregó a una de ellas el control remoto y luego avisó hacia todas—: En seguida regreso, ¡ensayen el saludo final también!

Seguidamente corrió hacia mí y me abrazó. Sentí cómo su largo y lacio cabello oscuro se conectaba con mis largos y claritos rulos. Los

ojos se me humedecieron un poco y de inmediato supe que estaba a punto de llorar debido a lo mucho que la había extrañado. A propósito, ¿qué le había pasado al nudito ubicado en el fondo de mi garganta el cual solía advertirme que las lágrimas se aproximaban? ¿Por qué desde hace semanas que no lo sentía? ¿Se ahorcó a sí mismo en vez de... de ahorcarme a mí?

Justo antes de que le diese fin al sincero abrazo, obligué a mis lágrimas a que permanecieran en mis ojos, ¡que no se deslizasen a través de mis mejillas! Últimamente mis emociones eran como un grifo abierto: una vez que las lágrimas empezaban a transitar, las cuerdas vocales se me trancaban y no respondían tal y como yo quería. Tenía tanto que decirle y agradecerle a Amal. No permitiría que la tristeza se ubicase en medio.

— ¿Estás bien, Mary? — Me miró preocupada.

— Sí... hace más de un mes que no nos veíamos y... de repente... ¡verte! me hace bien.

— Vamos allá. — Me señaló de repente el hall —. Así charlamos aunque sea un ratito.

Nos apoyamos en la ventana que daba de manera directa a la vereda y, en medio de la música que no dejaba de sonar desde unos cortos metros de nosotras, me dijo:

— ¿Cómo le está yendo a tu hermano en el *Instituto Einstein*?

— ¡Muy bien! Comparte la habitación con un amigo y está muy cómodo. Aunque le anda faltando tiempo para profundizar temas de varias materias. Por supuesto que logra estudiar todo lo necesario para los trabajos prácticos y esas cosas, pero aun así él quiere pulir detalles por su propia cuenta para seguir aprendiendo pero no puede porque no le alcanzan los horarios.

— Es que claro, cuando un cerebro tan especial como el de tu hermano siempre busca superarse y continuar aprendiendo, el tiempo siempre será un impedimento. Aun así ¡qué bueno que esté bien!

Sin darme tiempo a argumentar nada, continuó:

— Pero cambiando de tema, hace unas noches leí en *Facebook* algo que... que me perturbó un poco.

Sorprendida ante sus palabras, no supe qué decir.

— Lo que dijeron y publicaron Romina y su mamá sobre vos... ¡no puedo creer cómo hay gente tan pero tan tóxica en el ambiente de la danza! ¡Con qué cara se animan a llamarte "¡Medusa, la monstra griega mitológica con serpientes en la cabeza" sin mirarse ellas mismas en el espejo! ¡Por favor, ellas dos son de terror! ¡Vos sos un ángel, Mary!

—Sí, fue un poco shockeante cuando me enteré lo que publicaron — le conté —, pero luego me recordé que cada uno cosecha lo que siembra y entonces estuve y estoy tranquila.

Le compartí con detalle que ambas habían estado yendo a la Academia de Janaan y que, luego de tratar a solas el tema con aquella profesora de mis sueños, ella misma se encargó de hablar con ambas sobre cómo yo me sentía con sus presencias en el salón. Romina expresó su desinterés diciéndole que no importaba, que buscaría otro estudio de danza en donde continuar perfeccionándose mientras que Alicia objetó con indiferencia que daba igual, que aún quedaban muchas Academias en Salta en donde filmar y fotografiar clases y ensayos.

—Al menos hubiesen sido un poco más creativas en su manera de insultarme en *Facebook* — seguí hablando —. Porque la figura mitológica de Medusa supuestamente convertía en piedra a aquellos que la miraban fijamente a los ojos, ¿conocés la historia no? A lo que voy es que si yo convierto en piedra a quien me mira eso mismo estaría revelando que yo soy más “poderosa” que ellas, ¿no te parece? — Acabé riendo con sutileza.

—Me encanta tu simpatía, Mary. — Me sonrió —. No sé si admiro más tu transparencia hacia los demás o tu fortaleza. ¡Sos tan chica pero tan grande al mismo tiempo!

¿En serio era fuerte? ¿Lo era en verdad por más que en otro detonante aspecto a veces sentía la punzante necesidad de bajar los brazos? ¿O es que así es la vida...? ¿... se encarga de pasarte por el fuego en situaciones que más tarde te permitirán brillar mientras, paralelamente, en otros aspectos te aplaude recordándote que ante las críticas ajenas realmente se es más fuerte de lo que se cree? ¿Puede ser realmente así? ¿Y qué si todos somos metafóricamente diamantes constantemente tallados en máquinas para que, tras las operaciones, acabemos en la fase final como joyas?

—Sabés qué, Mary — Colocó de repente su mano izquierda sobre mi hombro derecho —, cuando una persona a través de los años, bailarina en este caso — puntualizó —, logra subir a un árbol, los que están abajo y no quieren esforzarse al máximo por subirlo también, simplemente sacuden con fuerza las ramas para que te caigas. Digo esto porque vos obtuviste tu título de egresada con muchísimo esfuerzo, con lágrimas y con paciencia. Romi es bastante conocida y nombrada en el ambiente porque con la edad que tiene sigue sin poder recibirse de profe. Pasó por varias Academias y en todas, tanto ella como su mamá tuvieron percances con las maestras, lo que ocasionó que aún hasta el día de hoy siga sin poder rendir de manera continua todos los años del Profesorado.

Sorprendida ante la historia de vida de Romina, me acordé de aquella vez en que Vero la había mandado al salón del club para que la sustituyera y así mis compañeras y yo no continuábamos perdiendo más clases. Aquel día Romi y yo nos conocimos y aprovechó en contarme que había abandonado su anterior Academia porque su antigua profesora no les hacía rendir los debidos exámenes. En fin, no cabe duda de que cuando una persona es lisonjera y, además, poseedora de una careta, ¡es mentirosa también!

—Y aunque no seas del todo consciente con esto que te voy a decir, ¡tenés que creerme! Vos siendo tan pequeña, tan talentosa y encima ya con tu futura Academia y salón propio en plena formación, últimamente estás siendo muy pero muy hablada y reconocida en el ambiente de la danza.

—¿Eso es bueno? —manifesté confundida.

—Sí... y... no al mismo tiempo. Siempre recordá que nunca va a faltar aquel que desde abajo pateo con bronca tu tronco, ¡tenés que acostumbrarte a esos ruidos! Tampoco nunca va a faltar aquellas colegas que estando ya situadas arriba del árbol con vos, aun así van a intentar todos los medios posibles para que te caigás.

Me empecé a asustar. Sé que las palabras de Amal no eran con ese objetivo, pero aun así me inquieté pues comprendí con mucha prolijidad que el mundo de los adultos siempre habría de estar presente también en la danza... en aquello que tan feliz me hacía y que tanto le enseñaba a mis alas cómo volar.

—Pero Mary, que nunca se te olvide tampoco que entre las ramas hay colegas que siempre estarán felices de tenerte, agradecidas de haberte conocido e incluso orgullosas de ver lo mucho que crecés.

Ahí mismo me esforcé porque mis emociones no abrieran su grifo. ¡No quería despedirme de ella de esa manera! ¡No lo merecía! Al menos no frente a los recuerdos de que, habiéndome conocido como un pollito rindiendo mi 1º año del Profesorado con apenas once añitos, ella hubiese contribuido a que mis alas se transformasen en una extensión de mí algo más grande, más profunda y más brillante. Esas memorias no merecían lágrimas. Amal me compartió plumas de sus propias alas y todo pajarito interno jamás puede olvidar de dónde surgieron cada una de ellas. El mío no lo olvidaría. Y supe que el de ella tampoco.



—Mary, ¡no vas a creer quién vino de visita! —Interrumpió Micaela al allanar mi soledad. De repente observó lo limpio que se hallaba el contrapiso del salón y dijo —: Che, la verdad que no está nada sucio acá. Ya veo por qué el otro día viniste a bailar.

—¿Qué me dijiste? ¿Quién vino de visita? —pregunté mientras rerojaba en detergente un rollito de *virulana* para continuar refregando el lavatorio, posicionado provisoriamente en el suelo.

—¡Vino el tío José! ¿No la escuchaste ladrar a Vainilla?

—No, no escuché nada. Sinceramente estoy tan compenetrada limpiando los artefactos del baño para que estén súper limpios cuando sean colocados que... que me siento en otro mundo.

—Bueno, pero ahora vas a tener que volver al planeta Tierra para ir a saludarlo. Ya está en la cocina así que andá. Dice que estaba de pasada por el barrio y se le ocurrió venir a vernos.

Me incorporé desde el contrapiso, me estiré para contrarrestar lo incómoda que había estado sentada y luego dije:

—Teóricamente es nuestro tío abuelo, ¿qué no? Porque en realidad es tío de la mamá.

—Sí, así es. Pero bueno, decirle tío es más corto.

Entretenidos y tranquilos, merendamos en familia tazas de té. De un tema a otro, el tío José acabó hablándonos sobre cuando él estuvo en el combate contra las guerrillas en la selva de Tucumán. A su vez, entre charla y charla se dio el que mi ingeniero le compartiese que andábamos muy apretados de dinero y que, de hecho, se nos complicaría bastante el cómo adquirir un equipo de música, espejos y un piso de madera acorde para danza.

—Puuuuf, ¿por qué tantos gastos si a fin de cuentas es sólo bailar? Eso lo hace cualquiera —planteó secamente mientras alejaba la taza vacía hacia el centro de la mesa.

Miré de reojo su bastón apoyado sobre una de nuestras sillas del hogar y de pronto deduje que el respeto es aquello que, sin importar la edad, alguien debe merecerlo y ganárselo. Por el contrario, ante sus frías palabras ¡mis alas no podían permanecer intactas!

—¡No es sólo bailar, no todos lo hacen! La danza es un arte, es un don... Así como algunos disfrutan y son muy buenos tecleando constantemente en una calculadora, otros sienten lo mismo cuando pisan un escenario.

—Sí, puede que sí pero bailar no te garantiza un plato de comida sobre la mesa cada día.

¿Verdaderamente debía tolerar comentarios de esa índole por el resto de mi vida? Que él hubiese sabido utilizar armas estando en la

guerra no implicaba en absoluto que comprendiese el significado y la autenticidad de una pasión, de una vocación.

— Maryam baila con un sable sobre la cabeza — dijo mi papá desde el otro lado de la mesa —, lo mantiene en equilibrio todo el tiempo y hace unas vueltas y giros súper raros. ¡Yo no puedo hacer eso! ¡Mi otra hija tampoco puede! ¡¡¡Su misma sobrina no puede tampoco!!! — La señaló a mi mamá.

Ante las palabras expuestas por mi ingeniero, el tío José se quedó callado. De seguro algo en su conciencia quedó meciéndose por un momento, ya que minutos más tarde argumentó con cierto afán de control una propuesta completamente inesperada.

— Tengo un plazo fijo de \$35.000 en el banco. Ahora la primera semana de octubre se me vence y si no lo renuevo por otros treinta días, tendré que retirar todo el monto.

Anonadada, miré de reojo a mi mamá. ¿Con tanta rapidez una persona mayor podía cambiar su manera de pensar? ¿Su tío siempre había sido así? ¿De verdad ya había entendido lo que la danza significaba en mi vida como para atreverse a apoyarme?

Revoté la mirada hacia mi papá y, sonriéndome, tanto él como yo supimos cuál sería el siguiente movimiento.

— Estaré encantado de entregarles todo el valor de mi plazo fijo...

Esta vez sí fui súper consciente de estar despierta. Mi corazón latiendo en el interior de mi pecho me lo evidenció. No había duda alguna de que el sol aparecía entre las nubes cada día. Las oportunidades y sorpresas de la vida siempre habrían de ser infinitas.

— ... para que el sueño de Maryam se complete...

¿Ya podía llorar de felicidad o aún debía esperar a ver todo concretado? En definitiva, con semejantes números ¡mi Academia prácticamente estaría terminada en un abrir y cerrar de ojos!

— ... pero para el mes que le seguiría, es decir para los primeros días de noviembre, deberán devolverme todo el monto. Y obviamente con creces, porque todo está subiendo y me corresponderían los intereses de mi propio plazo fijo.

Momentito, momentito. Algo en su apoyo y ayuda no estaba compaginando con integridad y rectitud en mi cabeza. ¿Cómo habríamos de devolverle semejante préstamo en poco más de treinta días cuando incluso se tardaría más de eso en ser invertido todo el dinero? ¡Lo que nos exigía era como llegar a la meta de una maratón sin ni siquiera haber empezado los precalentamientos para la carrera! ¿Era la única que estaba razonando la situación de esa manera?

—¿EN UN MES?! —soltó de repente mi papá—. ¿Quiere que le devolvamos los \$35.000 en un mes? —Me miró afligido y supe que estaba tan impresionado como yo. Y volviéndose a dirigir al tío de mi mamá, continuó—: Con todo respeto, José, ¿no se da cuenta de que en vez de ayudar a Maryam nos está hundiendo a todos con tal de que usted acreciente su plazo fijo?

—No, no es así. Yo sí los quiero ayudar —insistió.

—Bueno, entonces sí aceptamos y agradecemos tu ayuda —comentó mi mamá sin asimilar las anteriores palabras pronunciadas por su propio tío.

—Bien, les llamo entonces para que nos reunamos en el banc...

—¡NO! —interrumpió mi papá—. ¡Esa clase de ayuda no queremos! ¡Nos está tratando como si nosotros fuéramos el banco! ¿ACASO NOS ESTÁ TOMANDO POR TONTOS?

Teniendo en cuenta que habitualmente me enneguecía por las emociones, las adversidades y el dolor, me extrañó de gran manera que no ocurriese aquello en esta situación. Por el contrario, no dejaba de asimilar con detenimiento que el número de velitas sobre una torta de cumpleaños refleja la sincera cantidad de vueltas que hiciste alrededor del sol, pero esa cantidad jamás será un recuento de los momentos atravesados con muchísima intensidad.

—De acuerdo. —Se apartó José de la silla al mismo tiempo de aferrarse a su bastón con una notable superioridad en su mirada—. Que conste que no quisieron aceptar mi ayuda—. Observó a Micaela y le expresó—: ¿Me podrías vos acompañar hasta la puerta y abrirla?

Sí... era real, mi pensamiento no era una equivocación. Hay personas que viven muchas más experiencias en dieciséis años que otras en setenta. Nunca es el tiempo lo que cuenta, ¡es la persona!



—Mary, mi niña —me dijo Janaan mientras se acercaba hacia mí—, ¿me hacés un favor?

Mientras terminaba de atarme la caderilla frente al espejo, lista para recibir las enseñanzas de la jornada, expresé:

—Claro, ¿qué necesitás?

—¿Podés ir haciéndolas entrar en calor a las chicas? Mi marido está esperándome en la vereda, una de mis hijas está con vómito y rapidito la llevaremos en auto hasta el hospital para que la vean en la guardia médica.

Contemplé a las chicas ya ubicadas frente al espejo, listas para darle forma y estructura a la clase de Janaan por medio de sus enseñanzas,

tal como lo había estado esperando yo un instante atrás. No obstante, no es que pretendiese ignorar su pedido de ayuda y reemplazo pero... me preocupé. ¡Lo que me estaba pidiendo que hiciera era una gran responsabilidad! Y más aún al tener en cuenta que hasta entonces nunca había impartido enseñanzas a chicas de mi edad, ¡la responsabilidad era doblemente gigante!

—¿Sabés manejar el equipo? —me preguntó al advertir lo callada que estaba.

—Sí, pero... no puedo —murmuré.

—¿Qué no podés? —me dijo mientras subía con rapidez el largo cierre de su campera.

—Dar clases... Yo solamente lo hice un par de veces con niñas. No sé cómo hacerlo con chicas de mi edad, ¡incluso algunas de ellas son más grandes que yo!

Besó mi frente como tantas veces lo hacía, pero esta vez a modo de despedida.

—Estás capacitada para mucho más de lo que pensás, Mary. ¡Nunca dudés de vos misma!

Seguidamente informó a toda la clase:

—Chicas, me acaba de surgir un imprevisto familiar. Maryam les irá dando la clase, ¿sí? Yo regresaré lo más antes que pueda.

Suspiré cargada de emociones. Me enorgullecía tanto que confiase en mí. Realmente, ¿qué directora de una Academia deja a una menor de edad a cargo de una clase de perfeccionamiento?

Al acercarme hasta el equipo de música para ir eligiendo el tema con el cual arrancar la clase, asimilé con valentía que el solo hecho de que ella creyera en mí, eso mismo le brindaba a mis alas una seguridad incomprensible. Incomprensible pero... eterna al mismo tiempo.

—JANAAN —levanté un poco el tono de mi voz para que me escuchase a tiempo, antes de que atravesara las cortinas para salir del salón.

—¿Sí, Mary? —preguntó volteándose.

—Gracias...

Desde lejos me guiñó un ojo y ultimó:

—¡GRACIAS A VOS!

CAPÍTULO 17

“Dictando mi primer seminario en El Bordo”

No bien inició octubre, llegó el segundo ingreso correspondiente a la beca de Gabriel. Esto nos permitió comenzar con la búsqueda de las maderas para el piso. Los números tenían que alcanzarnos puesto que ahorrar era en verdad un camino que nos descarriaría de la meta final. Por ende, mi ingeniero se empeñó en comparar precios y, a su vez, comparar distintas calidades de maderas a fin de hallar la adecuada.

Sin embargo, ante mi obstinada decisión de querer desde hacía meses que mi Academia dispusiese sobre su contrapiso aquellas conocidísimas tablillas de madera recubiertas por melamina, a mi papá le costó bastante romper con mi terquedad de que eran lindas al tacto y a la vista, ¡pero aquello era una madera completamente falsa!

— ¡Pero yo la quiero! — permanecí con mi postura —. Varias profesoras y colegas las tienen ¡y es en verdad muy bonito cómo les queda!

— El empleado que nos atendió ayer en el corralón te mostró que la melamina es una simple lámina decorativa. ¡La madera queda escondida por debajo! ¿Eso querés en tu salón?

— ¡Y vos querés poner madera de pino! ¡¡¡Eso es horrible!!! — argumenté mi disconformidad sin rodeos —. Es fea, muy áspera y encima no es deslizante. ¡Yo bailo descalza, papá! ¡Mis alumnas lo harán también! ¡Y la melamina justamente es demasiado perfecta porque es deslizante!

Me negó con la cabeza. La situación era estresante tanto para mí como para él. Muy rara vez nos poníamos en desacuerdo con algún tema. Y las pocas veces en las que lo estábamos, nunca nos servían como experiencia para saber cómo ponernos de acuerdo en temas futuros, ya que siempre se trataban de cuestiones diferentes.

— Hagamos una cosa — me propuso.

Permanecí en silencio, esperando que continuase con sus palabras.

— Ya sabemos que el aglomerado no es adecuado para un piso de danza... y en eso ambos coincidimos.

— Sí, ¡pero a dónde querés llegar?

— Hagamos de cuenta que la madera de pino no existe y la melamina tampoco. Sigamos buscando más maderas y estoy seguro de que nos toparemos con una mucho mejor.

— Pero ya anduvimos ayer y antes de ayer por muchos corralones comparando precios y calidades. Fuimos también hasta la zona de Limache y perdimos cincuenta minutos de ida hasta allá y cincuenta minutos de vuelta para acabar desilusionados con las maderas que

supuestamente eran de mejor calidad que las transportadas hasta el centro —le planteé—. ¿A dónde más nos queda por buscar?

Repentinamente empezó a tantear los bolsillos de su pantalón mientras, por mi parte, continué:

—Creo que ya es momento de tomar la decisión de cuál debemos comprar. ¿O querés que esperemos hasta el siguiente mes y con el próximo ingreso de dinero acabar decidiendo la madera correcta?

—Hay un último lugar al que no fuimos. —Me mostró bamboleando un papelito—. ¿Te acordás que leímos la semana pasada en *El Diario Chiquito* que hay un vendedor privado que distribuye maderas desde su casa?

—¿El que vive en Tres Cerritos? —intenté hacer memoria.

—Sí, ese exactamente.

—¿Tenés su número de celular? —Señalé la anotación.

—Sí, pero no su dirección de casa. Lo llamemos y fijemos un encuentro, ¿te parece?

—¡Me encanta la idea! Pero luego de ver lo que el señor tenga en su casa, ¿terminaremos por decidirnos? —pregunté al mismo tiempo de continuar ansiando la melamina.

—Por supuesto que sí, mi tesoro.

Mientras él efectuaba la llamada telefónica recordé lo que estaba realizando Diego allí mismo. El que mi papá y yo estuviésemos en la cocina para nada impedía que imaginase cómo continuaba avanzando el albañil allá fuera en la construcción. Las baldosas de la recepción ya estaban completamente concluidas. Y pronto lo estarían también los preciosos azulejos en el baño para que luego, Ignacio, nuestro plomero de confianza, instalase las cañerías de agua y el saneamiento cloacal y pluvial.

—¡Controlen y cuiden los billetes, por favor! —nos advirtió mi mamá mientras preparaba su merienda sobre la mesada de la cocina—. Están separando mucho para las maderas y para las horas de trabajo de Ignacio y Diego y, como siempre, **NO ESTÁN PENSANDO EN LA COMIDA DEL RESTO DEL MES.**

—Sí somos precavidos, mami —pronuncié intentado calmarla—. Además acuérdense —me dirigí a ambos— que el próximo lunes les daré un seminario a las alumnas de Gisela allá en su Academia en El Bordo.

Sin permitirles que añadieran comentarios, continué:

—Anoche justamente chateamos por *Facebook* y me contó que muchas ya se están inscribiendo para asistir a mi clase. Todavía no sé exactamente cuánto dinero ganaré, pero estoy muy segura de que con eso podremos comprar finalmente el gran tarro de pintura blanca para las paredes. —Crucé una mirada de entusiasmo con mi ingeniero.

— Ahora sí por primera vez vas a experimentar lo que es ganar dinero mientras hacés lo que amás — me dijo con un pausado tono de voz, como si pretendiese reflejar lo feliz que se sentía de verme crecer.

— ¿Son alumnas de Gisela las que te andan etiquetando en estados y comentarios en *Facebook* diciendo lo ansiosas que están por conocerte? — me preguntó mi mamá.

— Sí, ellas son alumnas tuyas. — Sonreí mientras, mentalmente, empecé a escudriñar lo que realmente significaba ser contratada por una colega para impartir un seminario por primera vez en mi vida.



A los poquitos días, mi papá y yo nos encontrábamos presionando el timbre de aquel hogar ubicado en el barrio Tres Cerritos. Mi mamá estaba presente también pero, como era de esperar, apartada de mis anhelos ya que no dejaba de indagar la hora en su reloj de pulsera cada dos por tres.

— ¿Familia Dimín? — nos interrogó a modo de saludo un alto señor con llamativos ojos verdes.

— Sí, así es. — Le extendió la mano mi ingeniero.

— Pasen por favor. — Correspondió él con amabilidad.

Un amplio salón, que se suponía debía acoger sillones como así también un televisor, era acaparado por muchísimas maderas en todos los metros cuadrados de la habitación. Había notables vestigios de aserrín en el suelo y el ambiente emanaba un natural aroma a madera fresca.

— Me comentaba el otro día por celular que anda buscando algún tipo de madera que sea deslizante, ¿verdad?

— Exactamente — me apuré en responder por mi papá.

— Cualquier madera puede obtener una textura lisa siempre y cuando se le brinde un correcto tratamiento de barniz, pulido y encerado. Pero aun así las que por naturaleza son lo bastante suaves son el cedro y la mora. — Nos señaló hacia dos diferentes ángulos de la habitación—. Esta de acá justamente es el cedro. — Nos acercamos con él hasta un apilado conjunto de maderas de un tono rojizo.

Apoyé mi mano en uno de los tablones de poco más de un metro de largo y, efectivamente, no se percibía ni una sola aspereza en el tacto. Sin embargo, al recordar la perfecta y delicada calidad de la melamina, supe que seguiría siendo mi predilecta.

Luego de que mi ingeniero la analizase también, el señor nos reindicó la otra: la mora. Sus apiladas maderitas (algunas de apenas veinte

centímetros, otras de un metro y muchas más de unos cuarenta centímetros de largo) se apoyaban unas sobre otras, exponiendo su suave color marrón clarito, prácticamente con pigmentos naturales en una tierna mezcla entre amarillo y dorado. Además, sus sutiles vetas oscuras sobre cada maderita resaltaban aún más su atrayente color. ¡Visualmente esas tablitas de madera eran maravillosas!

Mas al momento de tocarlas para examinar su calidad, me impresioné. Eran perfectas. Literalmente perfectas. Su aspecto, su textura y su color no tenían punto de comparación con la melamina que tanto había estado empañando mis ojos con terquedad.

— ¿Cómo dijo que se llama esta madera? — le pregunté al señor.

— Mora, esta de aquí es la mora. De hecho ¿conocen el escenario del *Teatro del Huerto*? — nos interrogó de repente.

— Por supuesto que sí — se entrometió mi mamá —. ¿Por qué la pregunta?

— Ese escenario está hecho de mora. El tipo que me revendió hace ya muchos años todas estas tablitas de mora me juró que eran los saldos de ese Teatro.

¡*El Teatro del Huerto*! ¡En aquel escenario mis pies apreciaron por primera vez la magia y el encanto de la danza árabe con apenas diez añitos bajo el cuidado de Vero! Estaba claro que algo cobraba sentido en mi interior de por qué razón visualmente esas maderitas habían acabado de enamorarme.

— ¡Woow! — Asintió mi papá con su cabeza mientras analizaba con sus manos la calidad de la mora —. ¿Qué opinás de esta, tesoro?

Miré con rapidez los ojos verdes del señor y luego observé a mi papá:

— Estas son las correctas. Lo sé... lo puedo sentir.

— Lo excelente de estas tablitas es que ya están perfectamente lijadas para ser encastradas macho y hembra entre sí. ¿Notaron eso? — Agarró una de quince centímetros para mostrársela con más detalle a mi ingeniero.

— ¿Y qué precio tiene? — indagó mi mamá.

— Les dejo todo el apilado — Lo abarcó enteramente con sus manos — a siete mil quinientos pesos, ¿les parece?

— Nosotros necesitamos cubrir un contrapiso de poco más de treinta y tres metros cuadrados — precisó mi ingeniero —. Así que teniendo en cuenta las diferentes medidas de cada maderita, ¿cuántos metros cuadrados habrá en total?

— Sinceramente si mal no recuerdo hay un poco menos de cuarenta metros cuadrados de mora entre todas las tablitas.

— Prácticamente, eso es justo lo que necesitamos — dije.

— Esto es increíble... — expresó pensativo mi papá —. Es como si toda

esta torre de maderitas nos hubiese estado esperando sólo a nosotros.

—Le iba a decir algo parecido ya que nunca nadie antes se había interesado por estos saldos de mora.

—Bueno, casualidad —comentó con indiferencia mi mamá.

¿De verdad se trataba de una casualidad?

Quizá sí... o... tal vez no.



Un día antes de que impartiese mi deseado seminario, es decir el día domingo, Micaela, mi mamá y yo fuimos de visita a la casa de nuestros abuelos. A pesar de que ya nos encontrábamos en primavera, todavía se sentía un poco de aire fresco -sobre todo por las noches-; pero aun así mi abuela abrió su freezer y nos invitó a degustar el pote de helado familiar de *GRIDO* con sabores a chocolate, vainilla y dulce de leche.

—¿Me quieren acompañar al cajero dentro de un rato? —preguntó mi abuelo mirándonos a Mica y a mí.

—Sí, no hay problema.

—Sí, claro, ¡vamos! —completé.

—Retirá bastante efectivo del cajero que hay mucho que comprar mañana en el súper y en la panadería —le recordó mi abuela.

—Sí, ya sé. No me olvido —dijo mi abuelo.

De camino al cajero que, de hecho, quedaba a unas ocho cuadras de su casa, mi abuelo se encontró con uno de los vecinos de la cuadra de enfrente. Se saludaron, hablaron por unos momentos y a modo de despedida el señor nos dijo a Micaela y a mí:

—¡Cuiden mucho a su abuelo! ¡Los abuelos son las personas más sabias de entre todas! Mi viejo me solía decir que yo era la corona de mi abuelo y cuánta razón tenía: de niño me lo demostraba cada vez que íbamos al dique en familia y me colocaba sobre sus hombros. ¡Esos son abuelos!

«La corona de mi abuelo es el dinero, no soy yo», pensé abrumada sin animarme a abrir la boca. Y al mirarla de reojo a Micaela supe que ella había sentido lo mismo ante las palabras de aquel vecino.

Y como si mi propio pensamiento necesitase una confirmación, me enteré de algo un tanto peculiar no bien llegamos al cajero automático y mi abuelo introdujo su tarjeta en la máquina. Al procesar sus debidos datos la pantalla terminó revelando que, en su caja de ahorro, disponía ni más ni menos que ¡\$200.000!

Cerré mis ojos y recordé sus pasadas palabras: “¿Qué te hace pensar que tenemos mucha plata en el banco?”. Los abrí y tragué saliva como

queriendo discernir en mí misma si mis sentimientos revelaban bronca, confusión o dolor, al continuar atragantada con cada una de sus palabras en mi garganta.

Los abuelos y las abuelas tendrán líneas en el rostro que los mismos años les labraron, pero eso en absoluto significa que sean sabios. Eso estaba más que claro al saber que los míos tenían miles y miles de numeritos desvalorizándose, aun sabiendo que los Dimín sudaban la gota gorda procurando llegar a fin de mes sin pasar hambre a causa de la construcción y ambos permanecían igual de fríos y callados.

¿Acaso era una molestia para mi abuelo y para mi abuela apoyarme con mi anhelo, con mi pasión, con mi vocación? ¿Acaso se les olvidó que mis venas tenían parte de su sangre? Si creían que tenían el cartón lleno con su nieta menor sólo por hacerla sentir cómoda en su hogar e invitarla a comer helado, estaban muy equivocados. ¡Eso lo puede hacer cualquiera! ¡Eso no es empatía! Empatía es cuando dejás de lado tu propio orgullo con tal de ayudar a alguien que en verdad necesita de tu comprensión y de tu apoyo. Como por ejemplo, el constante cariño y ánimo que me brindaba Janaan. ¡Y me lo brindaba sin compartir la misma sangre!

Irónicamente, en la niñez se espera apoyo y comprensión de parte del árbol genealógico y no de una “completa desconocida”. Pero de grandes es todo al revés...

¿Por qué es tan pero tan desquiciante el mundo adulto?



¡¡¡LUNES!!!

Despertar a media mañana y quedarme sentada en el borde de la cama asimilando en pijama que el vivir sueños y sentir confianza en sí misma siempre sería la clave para continuar creciendo como bailarina, como futura profesora pero por sobre todo como mujer, revelaba la importancia de ambas percepciones.

Además, que poco antes del mediodía llamasen al timbre, ¡hacía doblemente especial ese día!

— ¡Mary, llegaron tus maderas! — me informó Micaela desde el living con un audible grito.

— ¿Ya llegaron? ¿En serio? — Salí corriendo de mi dormitorio.

El señor de ojos verdes había aparcado su camioneta familiar a pocos metros de nuestro garaje. Pero luego de que mi papá le dijese que era mejor que la estacionase en la playa del supermercado de al lado para

que la trasportación a mano de cada una de las tablitas tuviese un recorrido mucho menos extenso, el señor obedeció sin ningún problema.

—¿Esas son las maderas? —Curioseó Mica mientras mi ingeniero y el señor iban y venían desde el estacionamiento hasta la puerta del costado de nuestra casa.

—Se llama mora —le expliqué mientras apilaba varias tablillas entre sí para luego apretarlas contra mi pecho y cargarlas.

No bien mi papá advirtió que estaba ayudándoles con el traslado desde la camioneta, objetó:

—¡Tesoro, eso es muy pesado para vos! Dejé que lo hagamos nosotros. Simplemente andá y hacé más espacio en el living para asegurarnos de que quepan todas en el suelo. Mové aún más la mesa ratonera si es necesario o alejá un poco los sillones.

—Papá, me hiciste cargar una regla de hierro de seis metros de largo. ¿Te parece que unas maderitas de apenas ochenta centímetros sean competencia?

—Está bien —dijo soltando una risa—. Ayudanos, pero por favor hazelo con mucho cuidado.

—Obvio que sí. Mi trabajo es cuidar a estas bellezas tanto como cuidarme a mí.

Al decir aquello, se hizo presente abstractamente por segunda vez esa dulzura en mis alas. ¡Esforzarse por hacer un sueño realidad era demasiado bonito!

—¡EPA! —Chocó el señor conmigo sin querer en la unión del pasillo y el living. Al darse cuenta que acababa de volver desde su camioneta familiar por lo evidente que estaba cargando entre mis brazos, me dijo a modo de charla—: Hace ratito me comentaba tu papá que todo esto es para tu salón de danza árabe. ¡Sos muy jovencita pero muy valiente para atreverte a vivir tus sueños! ¡Eso es admirable!

—Gracias —expresé mientras apretaba con sutileza las delicadas y largas moras en mi pecho—. Y gracias también por estar ayudándonos a bajar todas las tablitas. No tiene por qué hacerlo.

—¡Cómo que no! si es todo un gusto apoyar a una jovencita llena de sueños. —Me sonrió con amabilidad—. Si mi gordita de siete años se enterase que conocí a una maestra de danza, ¡moriría por ser tu alumna! Desde hace meses que nos insiste a mi señora y a mí que quiere aprender árabe.

—¡Me encantaría conocerla! Y si en serio quiere aprender danza, ahora en marzo del próximo año se inaugurará mi Academia... siempre y cuando todo continúe avanzando, claro.

Entre más se vaciaba el baúl descapotado de la camioneta, menos espacio para caminar en el living había. Pero bueno, las maderas estarían ubicadas allí de manera provisoria porque no bien les llegase su turno de protagonismo en la construcción, volarían hacia el cielo que les correspondía.

Los clientes que ingresaban y salían del supermercado miraban muy curiosos los finos elementos que andábamos acarreado. De hecho, desde que mi Academia disponía de su nivelado contrapiso que los ojos curiosos habían estado manifestándose con mayor interés.

Y entre más espectadores había, más seguido me replanteaba si la gente y el mundo era consciente de los altibajos emocionales que se escondían por detrás. Aunque creo que sólo quien haya luchado con mucha intensidad por un sueño habría de comprender el caudaloso río de lágrimas sobre el que muchas veces estaba obligada a nadar.

Durante la tarde las nubes comenzaron a oscurecerse. Se vislumbraba que en las próximas horas llovería pero jamás hubiese sospechado que por un fuerte cambio climático, todo un diluvio emocional y espiritual acabase inundando otra vez a mi corazón.

—¿Estás contenta, tesoro? —preguntó mi papá desviando por un corto instante sus ojos de la ruta a cambio de mirarme por el espejito retrovisor.

—¡Demasiado! No sé si estoy más feliz porque dictaré un seminario o más bien porque con el dinero que ganaré compraremos el tarro de pintura.

—¿Te confirmó Gisela cuántas son las inscriptas? —me preguntó mi mamá desde el asiento delantero.

—Sí, son once nenas y veinte chicas. De cinco a siete estaré con las principiantes y luego de siete a nueve estaré con las más avanzadas.

Cuando los sesenta minutos de viaje concluyeron, unos relativos quince minutos me separaron hasta llegar a la dirección de la Academia de mi colega. Al ver su puerta de ingreso cerrada y comprobar en mi celular que apenas si eran las 16:15, permanecí en la *Kangoo* junto a mis progenitores. Charlamos simpáticamente sobre aquella última vez que anduvimos por el municipio de El Bordo disfrutando de las vacaciones junto a Santiago, el mejor amigo de Gabriel. Mirando en retrospectiva las imágenes en mi memoria, ¡me veía muy pequeña allí! Tantísimas situaciones y sentimientos habían sufrido metamorfosis desde entonces.

—¿Qué será la vida de Santi? —comentó mi ingeniero con cierta nostalgia—. Poco antes de que Gabriel se fuese a estudiar a Bariloche

ya se andaba enfriando la amistad entre ambos.

Ahí mismo el celular de mi mamá comenzó a sonar. No bien ella atendió la llamada, mi papá y yo escuchamos bastante completa la conversación ya que Micaela en vez de dialogar -desde el otro lado de la línea-, ¡gritaba!

— ¡¡¡MAMÁ, SE INUNDÓ TODA LA CASA!!! ¡¡¡DECILE AL PAPÁ QUE NO SÉ QUÉ HACER!!! ¡¡¡NO SÉ!!! ¡¡¡USTEDES SE FUERON, ME METÍ A BAÑAR Y EMPEZÓ A LLOVER FUERTÍSIMO!!!

— ¡Habla más pausada y despacio que no te entiendo!

Por mi parte, yo tampoco la entendía a Mica. O quizá sí la entendí pero aun así necesitaba una repetición para corroborar que no era una mentira lo que había acabado de escuchar.

— ¡¡¡¡¡TE ESTOY DICIENDO QUE SE INUNDÓ TODA LA CASA!!!!

Esa simple reiteración fue más que suficiente para que mi mamá comenzase con sus malas caras. Alterada, apartó el celular de su oreja y se lo entregó a mi ingeniero.

— Mi amor, Mica, ¿qué pasa?

— ¡PAPÁ, ESTÁ CAYENDO AGUA DESDE EL MACHIMBRE DEL TECHO EN EL COMEDOR Y EN LA COCINA! ¡EL AGUA SE ESTÁ EXTENDIENDO HASTA LOS PASILLOS...

Estaba claro que las canaletas habían rebalsado ante tan fuerte tormenta y que, en lo peor, había que restaurar membranas rotas. En todo caso lo único que debía y podía hacer Micaela ante su soledad era ir contrarrestando el agua con secadores de piso. Luego de que regresásemos a Capital, mi ingeniero se habría de encargarse del resto de la situación.

— ... Y LLEGÓ A MOJAR LAS MADERAS DE MARYAM EN EL LIVING!

Sin hallarse en altavoz la llamada, aun así esas palabras fueron tan audibles en mis oídos que llegaron a darle un macizo puñetazo a mi alma. ¡Con lo que había costado hallar y pagar las tablitas de mora! ¡Eran únicas en su naturaleza y diseño! ¿Por qué merecían acabar mojadas?

Mi reacción involuntaria ante aquel golpe espiritual fueron las lágrimas, como siempre. Pero al recordar de inmediato que a setenta centímetros de mí había dos especiales personas que no meritaban indagar la debilidad que inundaba desde la cabeza hasta los pies a su hija menor, obligué a mi cerebro y a mis lagrimales que se detuvieran y que, por el contrario, fingieran ser fuertes.

— Mica, tranquilízate —le expresó mi papá—. Nosotros no regresaremos a casa hasta tipo diez de la noche, ¿qué no? —Me miró de repente a través del espejo retrovisor como buscando una aprobación.

Con rapidez aparté mi mirada de él pues no quería que viese mis ojos vidriosos reteniendo las inmensas ganas de llorar que sentía. Mi mente y mi corazón sólo debían concentrarse en que, en menos de treinta minutos, arrancararía el seminario con las enseñanzas y técnicas tan preciosas que había preparado con antelación para las alumnas de Gisela.

—NO PAPÁ, ¡NO ME PUEDO TRANQUILIZAR! ¡¡¡¡¡ESTOY ENOJADA CON DIOS!!!!!! ¿CÓMO PUDO HACERME ALGO ASÍ? ¡¿CÓMO PUDO HACERNOS ALGO ASÍ?!

—Por el amor de Dios, Micaela, ¡no digás eso! Cosas como estas a cualquiera le puede pasar, son imprevistos y percances de la vida. ¡DIOS ES BUENO TODO EL TIEMPO!

A través de la ventanilla advertí que Gisela había acabado de bajar de un remis en la vereda de enfrente. Y mientras me cercioraba de que el desahogo de palabras por parte de mi hermana hubiese aminorado, me di cuenta de que mi colega ya se hallaba abriendo la puerta de su Academia.

—Mamá, papá, voy bajando. Gisela acaba de llegar.

—De acuerdo, mi tesoro. —Apartó mi papá por un momento el celular de su oreja—. ¡Que te vaya muy lindo! ¡A dar lo mejor!

—De seguro nos iremos a merendar por ahí —me dijo mi mamá—. Pero a las nueve estamos estacionados de nuevo acá.

—Bueno.

Salí de la *Kangoo*. Salí de aquel espacio que me cohibía soltar las emociones e ingresé a la Academia de mi colega. Allí percibí con vibrantes sensaciones en mi alma que mi sueño esperaba ansioso a que yo le diese forma a través de las alumnas anotadas en el seminario. Pero... ¿acaso mi sueño no se daba cuenta de lo mal que me sentía? ¿Y si lo abandonaba y me echaba a correr hacia atrás aun así la danza continuaría amándome?

—¡Mary! —Me saludó Gisela con un fugaz abrazo—. Te había visto en la *Kangoo* pero no me animé a saludarte desde la vereda porque no quería interrumpirte al ver que estabas hablando con tus papis.

El piso de su Academia eran unas blancas y relucientes baldosas. Los espejos de su salón estaban adornados en los costados con tiernas mariposas y flores hechas de cartulina fucsia. ¿La decoración la habrían hecho sus alumnas o fue ella misma? Sea como sea, aquel viviente color me recordó que yo tenía una Academia por la cual seguir luchando. ¡Si me largaba corriendo era sinónimo de bajar los brazos! ¡¡¡¡No podía permitírmelo!!! ¡Necesitaba el dinero!

—Antes de que empiecen a venir mis alumnas andá firmando y sellando los certificados, ¿te parece? —Me invitó a sentarme junto a su

escritorio.

—Sí, claro —respondí luego de haberme tragado el dolor. Sabía que acorralar las emociones en el centro de mi pecho, a la larga empeoraba la situación ¡pero no podía ni llorar frente a Gisela! Por más buenas amigas y buenas colegas que fuésemos, no había suficiente confianza, empatía ni transparencia. De haberla habido, tendría que haberse percatado de lo mal que la estaba pasando por dentro, en mi corazón.

Sin duda alguna, por el contrario, Janaan sí lo hubiese notado.

Pero en aquel momento me encontraba sola. Los oídos y los abrazos de Janaan no estaban presentes.

Fue ahí que asimilé que era mi camino, mi sueño. Otros podían caminarlo conmigo y apoyarme en el proceso, pero nadie podía caminarlo por mí.

—¿Tenés una lapicera? —pregunté.

—Toda tuya. —Me facilitó una al sacarla desde su bolso.

No obstante mientras realizaba mi firma de manera mecánica en exactamente treinta y un certificados distintos, rememoré a Micaela. ¿Qué fue lo que había dicho? ¿"Estoy enojada con Dios"? ¿Esas habían sido con exactitud sus palabras?

De repente me planteé: ¿continuaba mi hermana siendo una cristiana por más de haber pronunciado con la debida bronca aquello? Y... ¿y si yo andaba experimentando cabalmente lo mismo desde hacía meses? ¿Era posible? ¿Estaba siendo una mala persona y una mala mujer por haberle dado la espalda a Dios incluso cuando fue Él el encargado de disponer en sus divinos planes y perfectos proyectos que encontrase mi vocación a una muy temprana edad?

A pesar de ya no ser capaz de expresarle mi gratitud, aun así otro de mis pequeños sueños estaba anudándose a la realidad. Siempre que ocurría aquello yo se lo agradecía con felicidad. Pero esta vez no lo haría. No me sentía digna o... más bien... no me sentía capaz de expresarle al Creador del universo todas las emociones y sentimientos que apretaban mi pecho como dos insoportables patas de elefantes. No entendía si yo solita las había ocasionado o si verdaderamente Él las estaba provocando.

Extraje mi sello desde mi bolso y mientras grababa las palabritas "*Maryam Dimín - Bailarina y Profesora de Danzas Árabes*" debajo de mis firmas en los certificados de asistencia al seminario, observé con detenimiento la foto que había escogido Gisela desde mi *Facebook* para acompañar a las debidas palabras impresas en cada papel. Al verme con esa increíble sonrisa en la foto, casi sin pensarlo, apareció en medio de mis cuestionables pensamientos la peculiar simpatía de Sha-

nell al danzar.

«Siendo ella también una bailarina cristiana como yo, ¿se habrá sentido así alguna vez en su relación con Dios?».

Cuando las alumnas de Gisela empezaron a ocupar cada rincón y espacio de la Academia, me dirigí al baño y allí me preparé. Por fuera y por dentro lo hice. Lo primero fue más que sencillo: descalzarme las zapatillas y vestirme con un top negro y con un elegante pantalón de ensayo violeta junto a su inseparable caderilla del mismo tono. Pero lo segundo fue complicado: cambiarme por dentro y obligarme a separar sí o sí cada uno de mis sentires para que lo que me esperaba vivir no fuese perjudicado ni empañado por cada acontecimiento y confusión antes sucedidos, ¡fue difícilísimo! Incluso ya ubicada frente a los espejos iniciando con la coreografía exclusiva que les estaba enseñando al compás de la música a las más pequeñas, cada tanto recordaba a mis mojadás y protagónicas maderitas esperándome en casa.

— ¡Ahora nosotras! — exclamaron felices las alumnas más grandes prácticamente al unísono de acabar las dos horitas del seminario dirigiendo hacia las pequeñas.

Antes de iniciar con la coreografía correspondiente para las alumnas avanzadas, las cariñosas niñas no querían retirarse sin que antes sus mamis les tomaran fotos junto a mí. ¡Esos momentitos de amor tan puro me hicieron mucho bien!

Aun así, de momento me afligí pensando que cuando esas pequeñas bailarinas crecieran en el mundo, se enfrentarían a la cruda verdad de que muchas veces no sólo llueve desde una nube sino que también hay veces en las que los goteos empiezan desde adentro de nuestra alma. Así es la vida. Así es la realidad. Sin embargo, sin ser conscientes de todo esto, aun así ellas me recordaron a través de unos dibujitos que me dieron al retirarse que, así como afuera hay un gigantesco sol alumbrando a nuestro planeta Tierra, por dentro puede haberlo aunque sea por unos minutitos también. Fue como si sus inocencias le hubiesen brindado un poco de color rosa a mi oscura realidad.

— Cinco... seis... siete... ¡y va! — exclamé una y otra vez frente a los espejos con mucha seguridad durante las dos siguientes horas mientras les impartía mi estilo y mis enseñanzas al grupo juvenil.

— ¡La coreo que nos está marcando está quedando hermosa, profe Maryam! — habló una de entre las chicas.

— ¡Sí, es verdad! — apoyó otra con entusiasmo.

— Si no hay tiempo para que nos la enseñe enterita, ¿puede después subir un video a *Facebook* de la coreo completa?

— Apoyo la idea — comentó con cierta timidez otra de las chicas.

En sus miradas había ilusiones encendidas por anhelar crecer aún más en la danza. Así como su maestra Gisela sin duda alguna era un modelo a seguir para cada una de ellas, yo lo estaba siendo también. Quizás en menor medida, pero lo estaba siendo también. Fue así como lo sentí cuando se despidieron de mí con afectuosos abrazos luego de la entrega de certificados.

Mi espíritu estaba atravesando una tormenta, claro que sí. Y cuando eso sucedía mis alas no podían volar. ¡Ningún ave puede hacerlo! Pero al buscar refugio en mi misma danza, en mi misma pasión, muy claramente fui entendiendo que aun en las fuertes lluvias hay destellos de luces. Por más que un pajarito esté escondido esperando a que el diluvio termine, para bien o para mal, los rayos y los refucilos neutralizan la oscuridad aunque sea por un instante en medio del viento.

Los contados billetes que me retribuyó Gisela poco antes de despedirse de mí en la puerta de su Academia, claramente se transformarían pronto en un balde de pintura blanca. Y tras unos simples cálculos matemáticos en mi mente, dibujé en mí una sonrisa en medio de la oscuridad de la noche en la vereda.

Me sobrarían \$40.

Mi garganta ansiaba una botella de *Pepsi*. ¡Basta de agua aunque sea por los próximos días!

CAPÍTULO 18

“Lo material, espiritual y carnal se va desmoronando”

Al llegar a casa en la *Kangoo* cerca de las once de la noche, las baldosas del living, del comedor, de la cocina y las baldosas de gran parte de los pasillos permanecían todavía un poco mojadas. A su vez, tres tabloncillos del machimbre del comedor aún continuaban en mal equilibrio cayendo desde el techo hasta la mesa, tal como nos lo había comentado Micaela durante la tarde. Así mismo se hallaban también dos maderas de la cocina, ¡tanta agua en el techo les había hecho perder su posición!

— ¿Tiene arreglo? — le pregunté a mi papá confrontando visualmente el desastre que la tormenta había ocasionado en nuestro techo.

— Claro que sí — afirmó mientras bajaba de la silla sobre la que había estado trepado enfocando hacia arriba con una linterna para asimilar qué tan dañado resultó el machimbre.

— ¿Le vas a pedir a Diego que te ayude? — insinuó mi mamá.

— Sí, y por supuesto le pagaré las debidas horas extras por este trabajo extra.

— Pero... — me confundí — ... Diego terminará estos días con el fijador de pintura transparente sobre el revoque para luego empezar con la pintura blanca cuando la compremos. Si lo hacés trabajar acá — Abarqué la cocina y señalé a lo lejos el comedor —, ¿quién se encargará de avanzar en mi Academia?

— Tesoro — Apoyó una de sus manos sobre mi hombro —, lamento decirlo pero debemos arreglar de manera urgente estos imprevistos de membranas, canaletas y machimbre con el dinero que ganaste hoy en el seminario.

— ¿QUÉ? — me alarmé —. ¡NOOO! El dinero de hace unas horas es para la pintura blanca y un buen rodillo de felpa. ¡Ya lo habíamos dicho!

— Lo sé, pero imprevistos como estos no se los puede ignorar. Si ocurre otra lluvia fuerte, ¡definitivamente nos quedamos sin techo! Hay que arreglar las canaletas y así evitamos también que se nos inunde el jardín.

Exhalé con desgano. Entendía la situación, por supuesto que la entendía. Pero aun así no era justo que arrebatasen el dinero de mis esfuerzos, de mis luchas emocionales y de mis preciosos vuelos sobre algo que era completamente ajeno a mi Academia.

— Usaríamos el ingreso de Gabriel en vez de tocar el tuyo, de no haberlo gastado todo en las maderas — enfatizó mi mamá.

¡Las maderas! ¡Mis preciosas moras!

Regresé corriendo hasta el living y allí aún estaban apiladas, tal

como el señor de ojos verdes nos ayudó a ubicarlas durante el mediodía. Al acariciarlas comprobé que, desde la mitad hacia arriba, todas las tablillas estaban completamente secas. No obstante las de abajo estaban mojadas. ¿De verdad Micaela no se había ocupado en secarlas en mi ausencia? Realmente es increíble lo superficial que resulta un anhelo hacia otra persona que claramente no conoce el valor de una lucha. Y ni hablar de los esfuerzos... ¡han de ser insustanciales para quien no se atreve a soñar!

Me apoderé de un trapo viejo hallado en el lavadero y me ubiqué en el frío piso al lado de toda la pila de maderas. Removí una a una con mucho cuidado las secas a cambio de cobijar en mi falda y en mi alrededor las tablitas de mora que se encontraban mojadas.

Por la ventana ubicada tras los sillones, junto a la mesa ratonera, ingresaba desde el jardín un airecillo impregnado de olor a tierra mojada por la pasada lluvia. Eso, de alguna u otra manera, me recordó que la tormenta interna no se había ido. Seguía allí en mi corazón impidiéndome volar.

¡Necesitaba tanto que mis pies rozasen un escenario! ¡Lo extrañaba! El año prácticamente ya estaba acabando y mis alas habían tenido ocasión de volar rodeadas de placer solamente en tres oportunidades. Y entretanto no pudiese desahogar mis frustraciones, disgustos y malestares a través de la danza, al mismo tiempo de estar envueltos mis pasos en las propias luces de un escenario, lo haría entonces llorando. Eso también funcionaba. Lo hacía momentáneamente pero aun así funcionaba.

—Te ayudo. —Se ubicó de repente mi papá a mi lado, con otro trapo sacado del lavadero también.

Parpadeé en el momento en que se ubicó frente al apilado de maderitas. Las lágrimas eran más. Estas, más que cualquier otra anterior, no podía revelárselas a nadie.

—Gracias por venir a ayudarme —hablé en voz baja con tal de que no se diera cuenta de lo quebradas que tenía mis cuerdas vocales en ese momento.

—Gracias a vos, mi tesoro, por entender y aceptar muchas cosas.

Continué secando una por una las tablitas con aquel trapo mientras, paralelamente de obligarme a retener la privacidad de mis emociones, les obligaba también a las líneas de agua que se fusionaran con las penetrantes vetas marrones para así no dejar rastros deformes sobre la preciosa textura amarilla, casi dorada, de aquella madera que tanto me había cautivado.

Pero incluso haciendo un esfuerzo pleno parecía que a veces eso no era suficiente. No bastaba con haber aprendido a hacerle frente a

las adversidades manteniendo sonrisas sí, paradójicamente, la vida y el mundo se encargaban de posicionar hasta los más sutiles detalles en tu contra. ¿Aun así había que seguir luchando, seguir intentando y esperar lo mejor?

«Mis manos y mis pies ya están tan cansados...» sentí en mi interior al mismo tiempo de mirarlo a mi ingeniero de reojo, «... y mi corazón ya no puede más» razoné mientras emocionalmente los sentimientos se fundían con intensidad en mi cerebro.

Tras cenar milanesa napolitana descongelada del freezer, me duché. El baño me relajó tanto que recién allí tomé conciencia de lo exhausta que me hallaba físicamente por haber estado cuatro horas continuas dando clases. Vivirlo fue un sueño demasiado bonito, pero aun así había otra realidad a la cual enfrentarse: impartir enseñanzas exigía el doble de trabajo, el doble de atención y el doble de esfuerzo en comparación con un simple ensayo como solista, por ejemplo. ¿Qué pasaría si mi cuerpo no estaba preparado para aquella nueva rutina a futuro teniendo mi propia Academia? Lo único que me faltaba era no ser capaz de rendir al máximo en el plano físico.

— Mi niña hermosa, ojalá estés bien y ojalá te haya ido de mil en tu primer seminario. — Leí el mensaje privado de Janaan no bien ingresé a *Facebook*.

Eran poco más de las una de la madrugada. Sus palabras habían sido escritas hacía diez minutos atrás. Rogando que todavía no se fuese a dormir así charlábamos aunque fuera por un ratito, tecleé y le respondí:

— ¡Es increíble todo esto! porque cuando pienso que la danza no puede enamorarme más, lo hace. Ocurren nuevas experiencias y todo se hace más gratificante. Pero al mismo tiempo de amar más a mi pasión, más me asusta el mundo al conocerlo...

Pidiéndome que le contase más con detalle lo sucedido, le relaté lo de mi ganancia, lo del techo roto en casa y lo de mis maderitas estropeadas. Hubiese querido expresarle también mis planteamientos sentimentales acerca de Dios desde mi posición como cristiana, sin embargo no lo hice.

«Janaan no es creyente» me recordé mientras borraba desde el teclado las últimas palabras que había escrito sobre el tema.

No obstante su siguiente mensaje me impactó muchísimo.

— Es entendible que sientás que tu esfuerzo en el seminario no valió la pena si la construcción no sigue avanzando tal y como vos querías. Pero por lo menos agradezcamos que ganaste ese dinero para solucionar un inconveniente imprevisto. Eso sigue siendo dinero invertido, no

malgastado. Y cuando un dinero es invertido con muchas emociones, el esfuerzo y el sacrificio que hay por detrás no cambia y nunca lo hará.

Le iba a decir que qué es lo que hacía para saber exactamente cómo me sentía sin estar en mi lugar, en mi posición, en mis zapatos; pero continuó escribiéndome:

—El universo nunca nos da nada imposible de superar, Mary. Sé que todo parece inalcanzable, lejano, perturbador... Pero así como nos damos cuenta de la capacidad que tenés para ser maestra, seguís sin asimilar que tenés esa misma cualidad para ser fuerte como mujer. Yo como adulta sólo me queda por decir que ¡sos una guerrera! ¡¡¡Te admiro!!! Tantos jóvenes pensando en boludear y vos llena de proyectos y hermosos planes. ¡No sé por qué siendo tan niña sos tan adulta!

Un inesperado escalofrío me recorrió por el cuerpo. Sus palabras fueron como un presagio de mi subsiguiente emoción. Emoción de palpar que verdaderamente tan fuerte había estado siendo que, de repente, ya no podía seguir con ese mismo ritmo. Los latidos de mi corazón estarían a punto de cambiar.

—Pero una guerrera no baja los brazos... —Escribí con sutileza.

—Vos no los bajás. Que estés triste no significa eso. Todo guerrero de vez en cuando cae también, pero sigue adelante al igual que vos.



Al día siguiente Gabriel nos mandó un mensaje de texto informándonos que en la llamada efectuada hacia nosotros en los últimos días ¡la empresa se la cobró hasta tal punto de quedarse sin crédito! Si se supone que al escoger un número para realizar llamadas ilimitadas a otro, la comunicación es gratis, ¿por qué la empresa andaba desobedeciendo su propia promoción?

—Antes del mediodía vayamos a la central de *Claro*. —Le oí decir a mi papá dirigiéndose hacia mi mamá mientras pasaba por el pasillo que conduce a su dormitorio.

—Sí, te iba a decir lo mismo justamente. Hay que ir a reclamar —dijo ella a cambio.

Lo extrañaba tanto a Gabriel... ¡¡¡me hacía muchísima falta!!! Las batallas diarias contra mis emociones se hacían cada día más difíciles de sobrellevar entretanto él no estuviese ahí conmigo, animándome, haciéndome cosquillas o simplemente recordándome con su presencia lo carne y uña que siempre fuimos desde bebés. Y para qué llevar a cabo una llamada a través del celular si luego de marcar su número, su

voz me reflejaba aquella inaceptable realidad de no poder abrazarlo y apoyar mi mejilla sobre su hombro.

—¿Mary? — me apartó mi mamá de mis sentimientos al verme junto a la puerta de su dormitorio matrimonial —. ¿Qué pasa?

Necesitaba comentarles que algo en mi salud no se hallaba bien. Mi menstruación debió bajarme cuarenta y ocho horas atrás y aún no se hacía presente. Por supuesto que un pequeño retraso es de lo más normal; pero teniendo en cuenta lo súper regular que siempre eran mis períodos, la situación me intranquilizaba un poco.

—Quería preguntarles si puedo ir a *Claro* con ustedes —hablé con sinceridad pero obviando mi anterior preocupación ya que no quería que ni ella ni mi ingeniero tuviesen “otra carga” con la cual lidiar.

—Excelente que nos acompañés —apoyó mi papá—, así cuando nos desocupemos con el trámite vamos juntos a comprar las membranas para la cocina y el comedor.

Seguiría sin compartir sonrisas con Gabriel pero al menos estaría invisiblemente presente en la distancia mientras le solucionábamos el inconveniente en la central de *Claro*. Sin mencionar que un momento más tarde, durante la inversión de materiales con mi dinero, intentaría obligarle a mi mente a que dejase de idear imágenes de personas ahorcándose. ¡Ese tipo de ilustraciones continuaba agrediendo a mi cerebro! ¡¡¡Me asustaban!!!

—¿Qué edad tiene su hijo? —preguntó el empleado no bien llegamos y nos situamos delante de uno de los mostradores.

—Dieciocho prácticamente recién cumplidos —le informó mi papá.

—¿Y qué anda haciendo en Bariloche?

—Es estudiante en el *Instituto Einstein* —respondió mi mamá confundida ante las preguntas.

Yo también estaba desconcertada. ¿Qué relación podía existir entre los datos personales de Gabriel con el inconveniente de cobros de las últimas llamadas?

—Eso lo explica todo. —Río el empleado aún tras el mostrador—. Cuando los adolescentes abusan del celular entrando a Internet, matando el tiempo con jueguitos en línea o cargoseando en llamadas a las compañeras, es de esperar que se les acabe el crédito.

—Pero nuestro hijo no es...

—El consumo de llamadas gratis —le interrumpió a mi ingeniero— no es por error de nuestro sistema, es debido a su hijo. Pero no se angustie, todos los adolescentes son así.

¿“Todos los adolescentes son así”? ¿Con qué derecho un desconoci-

do se atrevía a calificar a mi hermano y mejor amigo como quien juzga a un cúmulo de adolescentes metidos todos en un mismo embalaje?

Apoyé mis puños sobre el mostrador intentando que mi bronca no se escapase de entre las palmas de mis manos. Iba a gesticular un comentario pero mi mamá habló de repente:

— ¿Puede fijarse en la computadora el historial del número de mi hijo? Ahí verá que cada siete días solamente efectúa una llamada, la cual justamente es dirigida hacia nosotros.

— Desde hace tres meses esas llamadas eran gratis ¡pero ahora se las están cobrando de manera injusta! — completó mi papá con voz firme y segura.

Aturdidos mis oídos ante la situación, me aparté del mostrador y me ubiqué a solas en uno de los vistosos sillones rojos que proporcionaban comodidad y lujo a la central de la empresa.

Otro de los empleados, desde su escritorio de trabajo, me observó de manera perpleja. Me hallaba desplomada con mis brazos apretados entre sí sobre uno de los regazos del sillón. Y mi cabeza muy bien apoyada sobre ellos intentaba ahuecarlos y lograr bienestar para mi cuerpo y también para mi espíritu. Mis ojeras delataban lo mal dormida que estaba mientras mis rulos despeinados reflejaban mi escasa motivación de colorear un nuevo día. Incluso podía percibir a mi estómago reclamando por qué no había desayunado aquella mañana. ¿Cómo hacerle entender a un órgano del cuerpo que un plato de comida no es capaz de saciar un insólito vacío espiritual?

De reojo comprobé que el empleado continuaba mirándome con extrañeza como si fuese una extraterrestre, una marciana, una alienígena; desmayada en un sillón... tumbada en un mundo desconocido. Me obligué a cerrar mis ojos con tal de borrar esa mirada perturbadora que delataba en mí una apariencia onírica muy alejada para la realidad, pero quizá no tanto para el hondo significado de sacrificio en pos de un anhelo.

«La próxima semana dictaré otro seminario en la Academia de otra colega» me recordé mentalmente en el silencio de mi alma. «Y entretanto no haya más imprevistos que el mundo me dé, ese nuevo ingreso de dinero será para comprar los vidrios para las puertas y las ventanas» razoné con cansancio. «Aunque supongo que antes debería adquirir el balde de pintura blanca» me detallé dolida.

La necesidad de un cerebro relajado y una apariencia nueva era evidente, al igual que la necesidad de comer y dormir. Pero mientras no lograra dominar la lucha con mis propias emociones, todo lo anterior debía continuar en estado de espera. Ya eran muchas las situaciones

externas que me dolían y me estresaban. Sin embargo, la más hiriente de todas estaba ahí mismo en mi espíritu: continuar volando a pesar de las adversidades o definitivamente cortarme las alas.

Mi mente no paraba de evocar la conversación que había tenido con Janaan durante la noche para luego preguntarme qué ocurre cuando después de varias caídas en pleno combate, un guerrero ya no quiere levantarse y continuar peleando en la batalla.

—¿Maryam? —Escuché la voz de mi mamá al mismo tiempo que tocó mi hombro.

Abrí mis ojos. Las relucientes luces blancas en el techo de la central de *Claro* cohibieron mi mirada sin permitirme vislumbrar qué sentimiento se estaba escondiendo en los ojos de mi mamá.

—Ya está todo solucionado con las llamadas de Gabriel —dijo mi papá sentándose en el sillón contiguo al mío.

Me terminé de incorporar, fingí estirarme como quien se hubiese relajado durante diez minutos y expresé:

—Qué bueno que hayamos acabado el trámite.

—Sí, el empleado si disculpó al ver en el historial que realmente estaban cobrando injustamente las llamadas gratis que están dentro de la promoción.

—En definitiva, ya está todo solucionado —completó mi papá.

Mi mamá se encargó de enviarle un mensaje de texto a Gabriel informándole que el percance ya había sido superado y allí mismo él nos llamó. Mi ingeniero fue quien atendió la llamada entrante mientras caminábamos hasta la salida de *Claro*.

—¡Gabriel! ¡Tantos días sin hablar! ¿Cómo va todo por allá?

Tras un tedioso silencio observé en la mirada de mi papá que algo no iba bien. Y presintiendo que mi hermano no estaba cómodo en el *Instituto Einstein*, apoyé mi espalda en la puerta junto a la vidriera de la empresa. Las emociones continuaban acechándome hasta tal punto de olvidar cómo mantener el equilibrio de mi existencia. Realmente necesitaba hallar un sostén permanente que me ayudase a mantener la firmeza tanto como ya había descubierto, a través de las experiencias, el determinar cuándo se aproximaban vendavales en el cielo de mis sueños.

—¿Está todo bien? —pareció impacientarse mi mamá que, al igual que yo, no era parte de la llamada.

Mi ingeniero, todavía con el celular ubicado en su oreja, negó con su cabeza sutilmente. Y no fue hasta que nos situamos en la *Kangoo* de camino a comprar los repuestos para el techo de nuestro hogar que nos enteramos que “la prestigiosa universidad” que forma profesionales en

Física, Ingeniería Nuclear, Ingeniería Mecánica e Ingeniería en Telecomunicaciones, ¡ES DE LO PEOR! Por fuera es un renombrado Instituto que es considerado por su impecable trayectoria como una de las educaciones científicas de mayor interés en Argentina; pero por dentro la realidad es descaradamente decepcionante.

—Gabriel me contó que en los momentos libres de clase —relató mi papá al mismo tiempo de introducir la llave en la cerradura de arranque— los docentes toman alcohol junto a los alumnos, se ríen, se divierten y hablan de temas que nada tienen que ver con las materias.

—¿ES EN SERIO? —se impresionó mi mamá desde el asiento delantero.

—Me dijo también que es tal la cantidad de material que les dan para estudiar en clases que anda sintiendo que no está creciendo sino más bien estancándose. Se ve que los docentes no entienden que ¡la cantidad nunca compensa la calidad!

Al escuchar todo aquello, despegué mi espalda del asiento y me arrimé a ambos razonando lo evidente que la situación revelaba.

—¿Entonces regresará y continuará estudiando en la *UNSa*... acá en Salta?

—Eso es justamente lo que le dije —expresó mi papá— que si no se siente cómodo y además sus capacidades no están siendo bien utilizadas, que regrese.

—Supongo que a mediados de diciembre cuando termine el semestre volverá —pensó en voz alta mi mamá—. Así deja bien asentadas las calificaciones y... la beca también.

—Sí, para diciembre regresará —dijo mi ingeniero.

Arrancó la *Kangoo* y proseguimos con los trámites de la mañana entretanto mi mente asimilaba la realidad: Gabriel volvería a casa. ¡Eso era más que oficial! Pero en vez de proporcionarle a mi espíritu alegría la noticia de que nuevamente bajo el techo de los Dimín serían cinco los integrantes, me sentí triste por él puesto que el *Instituto Einstein* ubicado en Río Negro en el que pensó que encontraría desafíos y oportunidades para crecer con su vocación, había resultado ser una farsa.

¿Qué tantas universidades en el mundo tienen una pintoresca fachada por su exterior mientras que, en el interior de sus aulas, la escritura en sus pizarras se halla torcida?



Octubre estaba a dos semanas de acabar y los contados billetes que había en casa eran la provisión exacta para los alimentos diarios. No

obstante, mi cerebro seguía debatiendo sin sentido el para qué proporcionarle comida al cuerpo si el estómago no era capaz de retribuir esos vitales nutrientes hasta el insólito vacío en mi espíritu. En más de una ocasión le menté a mi papá y a mi mamá diciéndoles que no cenaría o que no almorzaría debido a que ya estaba llena cuando, en realidad, estaba tan vacía por dentro...

Una y otra vez recordaba lo poco que había avanzado mi Academia en las semanas anteriores, debido a la falta de dinero consecuente a las adversidades o incluso debido también al inexistente apoyo del árbol genealógico. La carrera perdida contra el tiempo que significaría llegar a marzo y todavía no haber acabado con la construcción de un sueño, continuaba lastimando a mis alas con el doloroso pensamiento de en verdad ansiar cortarlas. Al fin y al cabo, si toda aspiración siempre habría de ser manejada por el dinero, mucho no valía la pena luchar por un sueño cuando este sólo es determinado por billetes. ¿Acaso no existe un mundo en donde los deseos puedan ser influenciados y moldeados solamente por el amor y la pasión?

— Tesoro, en cinco minutos salimos — me informó mi papá al ingresar a mi habitación.

Ubicada frente al espejo terminando de peinarme, le dije:

— Sí, ya casi estoy lista.

No había duda alguna de que la realidad siempre era más fuerte y más ruidosa en comparación a mis cuestionables y silenciosos pensamientos. Ya que por más necesidad que tuviese mi corazón de salir corriendo con el fin de escapar y esconderme del mundo adulto que tanto miedo me continuaba provocando, la danza parecía acariciar mis alas diciéndome: “Falta poco, no te rindás”.

Me aparté del espejo y, situando mi bolso sobre uno de mis hombros, a último momento coloqué mi sello en su interior a punto de olvidármelo. Aquel pequeño objeto era indispensable para los certificados en un seminario tanto como era innegable el especial refugio que estaba siendo la danza para mí.

¡Qué vocación tan bonita la de enseñar técnicas e impartir mi estilo artístico a las alumnas de una nueva colega! ¡Pero qué desgracia que un músculo del cuerpo que tuvo un esfuerzo superior a su capacidad biológica no sea capaz de resistir la tensión!

— ¡MARYAM, EL PAPÁ TE NECESITA YA MISMO EN EL JARDÍN!

Somnolienta, abrí mis ojos con cansancio. Mi cabeza había estado demasiado cómoda sobre la almohada de mi cama; pero las palabras de Micaela contrarrestaron de inmediato mi descanso. La pequeña alegría

con la que había conciliado el sueño ocho horas atrás, por haber impartido un espléndido seminario, pareció desencajarse de mí.

—¿MARYAM, LEVANTATE! — me repitió.

Me incorporé agobiada. Debido al demandante tono en su voz no costaba deducir que una fatalidad había acabado de ocurrir. Fuese lo que fuese, ahí mismo me dirigí en pijama hasta el jardín. Y quizá de haberme alguien advertido lo que mis ojos y mi corazón estaban a punto de presenciar y corroborar, no hubiese sentido como si arrancasen una flor de mi jardín de ensueños. Una flor recién nacida; ese pequeño cúmulo de alegría que había logrado conseguir fue extirpado gracias a una nueva adversidad.

—¿Papi? — expresé asustada al verlo acariciar con mucha preocupación su pantorrilla derecha. A unos cortos metros de él, una de las mesas de la recepción yacía movida con dos de sus cuatro patas rotas. Los incesantes y habituales ladridos de Vainilla a mitad de mañana junto al portón, rompieron en mí el shock y continué —: Papá, ¿qué pasó?

—Maryam, ¿dónde estabas? ¡No me dejes solo!

Alejé la mano de su pantorrilla y se la pasó por la frente para evitar que las gotitas de sudor llegasen hasta sus cejas. Luego señaló ambas mesas y me explicó:

—Quería ganar tiempo e ir nivelándolas para que estén a la misma altura, pero por no tener un mísero billete de cincuenta pesos para que un changarín me ayude a moverlas ¡tuve que hacerlo solo!

Tragué saliva dolida. Si no hubiese estado durmiendo yo le hubiese ayudado. ¡Me necesitaba! Al fin y al cabo era mi anhelo de vida y no el suyo.

—¡Quería trabajar con las mesas lejos de las baldosas para no rayarlas luego del impecable trabajo que hizo Diego las semanas anteriores pero...

Cuando sus desahogos empezaban, nada lo paraba.

— ... justo al mover una de las mesas Vainilla se metió en medio del camino...

¡Cómo lastimaban sus palabras que tan inmersas de realidad estaban!

— ... y por no lastimarla a ella, parece que acabé haciendo una mala fuerza con todo el peso de la mesa y sentí una fuerte punzada en la pierna!

—¿Te fracturaste? — apenas si pude pronunciar debido a la exaltación.

—No — respondió arrimándose a mí —, porque sí puedo caminar.

Intenté mantener la calma a pesar de que mis dedos temblaban debido al susto. Escondí mis manos tras la espalda para no fastidiar aún más la situación. Al fin y al cabo mi papá, mi ingeniero, mi compañía y pilar irrompible seguía allí conmigo y eso era lo importante.

Mis ojos ya no estaban somnolientos, sin embargo mi pijama aún resaltaba la realidad. Esa realidad de que un simbólico agujijón había penetrado en la carne de mi papá para luego hacerlo en mi espíritu también.

—Pero me está doliendo bastante la pantorrilla —continuó afligido—. Mejor voy a sentarme y descansar un rato en la cocina.

Al enterarse mi mamá de lo ocurrido, de repente nos sermoneó a ambos diciendo que no exagerásemos los hechos, que habría de ser un simple calambre y que con los minutos se pasaría el malestar. No obstante la pantorrilla de mi papá se estaba tornando no sólo hinchada sino también ¡morada!

—Acá Internet dice que es un desgarro lo que sentí y lo que estoy sintiendo —comentó mi papá luego de leer varias fuentes médicas en la computadora.

—¡NO ES PARA TANTO! ¡NO EXAGERÉS! —repitió mi mamá.

¿Cómo era capaz de manifestar aquello sin haber ni siquiera estado presente en el jardín conmigo mientras los ojos de él reflejaban mucha preocupación desde entonces?

No cabe duda de que cuando el estrés está presente los músculos se tensan. ¡La combinación perfecta para recibir un desgarro! Su piel gravemente moreteada en la pantorrilla derecha revelaba lo ocurrido por dentro. ¿Acaso mi mamá no veía lo que mis ojos sí? ¿En qué dimensión paralela de la realidad vivía?

—Maryam, por favor, traeme una bolsa con mucho hielo —dijo mi ingeniero.

Se la preparé y se la entregué con la esperanza de que la hinchazón mermase. De no hacerlo, definitivamente debía ir al médico.

—Esta noche tendrá que llevarte la mamá a la Academia de Janaan. ¡No puedo conducir la *Kangoo* estando así!

—Prefiero no ir —expresé—. Si estás así quiero quedarme con vos.

—No Maryam, no faltés. Yo voy a estar bien —me dijo mientras rozaba con cuidado la bolsa de hielo sobre el notable moretón—. Ya en seguida le aviso por celular a Diego y a Ignacio para que no vengán esta tarde a trabajar así vas tranquila al ensayo y a la clase de Janaan durante todo el día.

Percibiendo cómo se agrietaba mi corazón ante una injusticia más, analicé con cautela su nerviosa mirada. Parecía querer ocultármela sin embargo aun así me daba cuenta de cómo se sentía en realidad. Estaba igual de agotado que yo. Me sobaban las ganas de gritar y de llorar con sólo preguntarme cómo habría de continuar todo: su salud, la construcción, la vida de Gabriel, la mía y...

—¿Qué habrá hoy para almorzar? ¡Ya tengo hambre! —pareció quejarse Micaela.

... y la vida tan escasa de deseos por parte de mi hermana. Puesto que ¡¡¡seguía sin hacer nada!!! Y lo peor era que, en su vacío de vida, ni siquiera ponía un poco de sí misma para esmerarse a llenar la de los demás.

A mis espaldas se hallaba mi mamá enfadada debido a que el hielo goteaba y mojaba el piso a través de la bolsa. En vez de fastidiarse por una trivialidad como esa hasta tal punto de discutirle a su esposo por no saber retener el agua, ¿no podía en cambio dejar de lado el trapo de piso y absorber con un simple abrazo mis gotas internas?

No, no podía.

Y no podía porque ni siquiera asimilaba que el cuerpo de su hija menor estaba siendo la tumba de su propia alma. Porque era real... Como cual cubito de hielo congelado en el freezer que al ser expuesto a la intemperie se derrite, en ese mismo proceso estaban mis sueños.



—Mary, mi niña. —Besó mi frente Janaan.

Abrí mis ojos consternada. Las dos horas de ensayo con el Ballet habían acabado y la hora de clase de ritmología también. Apartó uno de los almohadones en uno de los silloncitos y se sentó por un momento allí conmigo impidiéndome, sin querer, que conciliase el sueño.

—¿Cansada?

—Sí, mucho... pero fue un gran ensayo el de hoy con las chicas. — Dibujé en mí una sincera pero débil sonrisa.

—No falta mucho para el quince de diciembre, pero da igual, ¡las coreos van muy bien!

Asentí la cabeza con desánimo. Intuí que iba a arrojarme entre sus brazos para infundirme energías, pero inesperadamente ingresaron correteando al salón sus dos hijas; la mayor revoloteando en su cabeza su colita de caballo mientras, la menor, cargaba en su espalda una intrigante mochilita. Ahí mismo ingresó su marido por detrás de ambas.

—Mary, en seguida regreso. —Se apartó de mí Janaan.

—Sí, está bien —le dije mientras consideraba en mis pensamientos que por más “mamá” que la sintiese, ella solamente tenía dos hijas, no tres.

Sin embargo ambas pequeñas vinieron hacia mí y se ubicaron en el silloncito de al lado, justo en donde había estado ubicada su mamá instante atrás. La mayor me miraba de reojo con simpatía mientras la más pequeña hurgaba en su mochila.

—Hola —hablé de repente—. ¿Cómo te llamás?

—Andene —me respondió con una risa—. ¿Y vos cómo te llamás?

—Maryam.

—Maryam —repetió para sí misma—. Nunca escuché ese nombre.

—¿Y tu hermanita cómo se llama?

—Ainara, pero ella no habla mucho porque tiene tres añitos. Yo tengo siete y por eso hablo más.

Al escuchar su nombre, Ainara me miró con seriedad y luego corrió hasta donde estaba su papá. Al ver aquello, Andene empezó a reír. Y algo mágico será que hay en el reír de un niño porque de inmediato supo contagiarme las sonrisas.

—Ella siempre quiere estar con el papá —continuó riendo.

—Entonces es igual que yo —le compartí a Andene.

—¿Ah, sí? —De repente paró de reírse, pero al arrimarse hacia mí con mucha confianza empezó a hacerme cosquillas en las axilas mientras me decía—: Si hablás mucho como yo por más que seás como mi hermanita que siempre busca estar detrás del papá, vas a ser mi amiga. ¿Querés?

Observé a lo lejos con cariño cómo Janaan continuaba hablando con su marido mientras la pequeña Ainara estrujada las piernas de este. Luego volví mi mirada a Andene y le dije:

—Me encantaría ser tu amiga.

Me volvió a sonreír y fue ahí que sentí el mundo de maravillas en el que los niños viven. Ellos no pueden ver las penas, las tristezas ni las adversidades que hay en el mundo real y que los adultos padecen. Y cuando por alguna razón sí las ven, de inmediato convierten el dolor en una risa, en un tierno gesto o en un gracioso comentario. Tienen ese don y esa capacidad de remarcar esas simples cosas de la vida que los mayores ya dan por sentado.

—Recién salgo de acrobática —me contó—. Mi hermanita siempre va conmigo pero por ahora no hace nada porque es muy pequeña.

—¿Y tu papá las lleva a las clases siempre?

—Sí, él nos lleva mientras mamá está acá trabajando. Pero ahora ella y yo nos quedaremos acá en la Academia con mamá porque papá tiene cosas que hacer en el centro.

—¿Tiene que hacer trámites? —indagué con curiosidad.

—No, tiene que hacer cosas aburridas de gente grande.

Ahí mismo el marido de Janaan trajo en brazos a Ainara para que permaneciese junto a Andene. Y luego de despedirlas a ambas con un tierno beso en la frente, me miró sonriente con su barba estilo candado y dijo:

— ¿Vos sos Maryam, no?

— Sí — contesté entre asombrada y alegre.

— Un pajarito me habló de vos... Así que encantado de conocerte.

— ¡CHICAS! — La voz de Janaan junto a los espejos me sobresaltó —
¡SAQUEN LOS VELOS ASÍ ENSAYAN PRIMERO ESA COREO!

— Mejor me retiro ahora mismo antes de que la profesora me pegue un grito a mí también — continuó él graciosamente.

— Ay papá — pareció quejarse Andene —, ¡pero si mamá nunca te reta!

— Pero ella tiene el poder en este salón así que en serio voy emigrando.

No bien estuve a solas con ambas pequeñas, al ver Andene que el grupo de chicas ya se ubicaba frente a los espejos con el elemento antes demandado por Janaan, me codeé de costado preocupada.

— ¿Vos no bailás?

— Sí, ya bailé. Mi hora de clase ya fue hace rato y ahora debo esperar a que empiece la clase de perfeccionamiento a las nueve.

— Ah, ¿entonces a ese grupo de chicas no las conocés? — Las señaló.

— No, a ellas no. Ellas son del grupo de las intermedias.

— ¿Eso significa que tenés toda una hora libre sin hacer nada? — Me sonrió de repente.

— Sí, así es, exactamente.

De inmediato Andene se apoderó de la mochilita de Ainara y, abriéndola, extrajo desde ella unos naipes de *Barbie*.

— ¿Querés que juguemos a la memoria?

Sin poder ocultar mi entusiasmo, manifesté:

— ¡Daaaaaale!

Ubicadas en la alfombra de la recepción, disfrutamos juntas varias partidas del juego de la memoria con los distintos atuendos y poses de *Barbie* en los naipes. Ainara, mientras tanto, iba y venía en compañía de su muñeca buscando al parecer la atención de Janaan, quien no dejaba de trabajar con sus alumnas frente a los espejos.

Más tarde, Andene y yo charlamos un ratito junto a una de las ventanas. Me contó lo mucho que le gustaba la naturaleza y cuánto apreciaba a los animales. Le iba a mencionar cuál es mi favorito de entre todos, sin embargo señaló a través de la verja de la ventana diciendo:

— ¿Está muuuuuuuuy lejos no?

— ¿Qué? ¿La luna?

— Sí.

Observé hacia abajo aquella avenida que una noche crucé sin haber mirado a ambos lados antes de empujarme hacia la calle. Ese día mi muerte estuvo cerca, pero al mismo tiempo estuvo lejos porque abso-

lutamente nada sucedió. La sutil preguntita de Andene me demostró que con el satélite natural de la Tierra ocurre lo mismo: a simple vista está muy lejos pero cuando alguien se atreve a volar por medio de los sueños, está demasiado cerca.

—Sí, es verdad, la luna está muy lejos —le dije.

Todavía en medio de mi persistente dolor y tormenta espiritual, recordé aquel librito juvenil que una vez había leído, en donde la novela relataba cómo los protagonistas viajaban a un extraño planeta en donde la manera de vivir no tenía ni siquiera una sola semejanza a la Tierra. Para empezar, las monedas y los billetes no existían. Por el contrario, las necesidades cotidianas, el nivel de salud, los gustos diarios y el afán de hacer los anhelos realidad, todo se alcanzaba y equilibraba según qué tanto amor al prójimo sentías y, al mismo tiempo, según qué tanta humildad o envidia tenías almacenada en el corazón. Por ejemplo, entre menos mentiras decías, con más nafta podías abastecer el tanque de tu vehículo. O bien, mientras más empatía sentías por un desconocido, la gente a tu alrededor más te ayudaba y apoyaba en la lucha por tus sueños. A su vez, mientras menos rencor sentías por alguien que te lastimó, más alimentos tenías sobre la mesada de tu cocina. Entretanto más te alegrabas por el éxito ajeno, más agua corría por las cañerías de tu ducha. Con esta peculiar disciplina de vivir, todos los habitantes del planeta se esforzaban por ser buenas personas ante la familia y ante la sociedad. De hecho, el amor de pareja y el amor de padres hacia hijos no existían. Todos se trataban de hermanos entre sí sin importar la edad que tuviesen. Ese amor fraternal que parecía suspenderse desde la capa de ozono era nada más ni nada menos que la motivada y sincera ayuda hacia quien tenías ubicado enfrente. Y al ser todo esto recíproco, un círculo imaginario de abrazos te iba enseñando a ser aun un poquito mejor ser humano con cada día transcurrido.

—¿Y si ahora jugamos a que yo vendo caderillas y vos venías a comprarme algunas? —me apartó Andene de mis recuerdos literarios—. Y hagamos de cuenta que Ainara es tu hermanita, ¿querés? Así deja de molestarla a mamá frente a los espejos.

El mundo existente nunca dejaría de empujar la puerta de mi vida...

—¡ME ENCANTA LA IDEA! ¡JUGUEMOS! —le reflejé contenta.

... pero al menos en los abstractos regalos que brinda la niñez, la realidad sí que puede acariciar lo escondido en un librito juvenil.

Y no, no es fantasía. Es una realidad paralela.

CAPÍTULO 19

“Nunca antes sentí un dolor así”

Ya se aproximaba... Restaban por delante seis días para mi cumpleaños. Con sólo pensar los intachables minutos que me oprimían la mente evidenciando que mi existencia concluiría otra vuelta completa en el sistema solar, algo en mi interior me producía miedo. Es que en verdad crecer por dentro, dolía. Y como no existe escuela en la vida que te prepare y enseñe a cómo ser adulto, mi espíritu seguía añorando regresar a aquella niñez perfecta en la que había vivido. Entretanto fuese imposible retroceder mis propias pisadas, al menos debía considerar la posibilidad de detener para siempre a mis pies.

— ¿Dónde me dejaste la orden médica que compramos esta mañana en el *I.P.S.*? — preguntó mi papá dirigiéndose hacia mi mamá.

— Te la entregué al bajar de la *Kangoo*. — Escuché su respuesta un tanto cortante desde mi dormitorio.

— No, no me entregaste nada.

Me aparté de mi cama y cerré la puerta de mi habitación. Una nueva discusión estaba emergiendo y lo que más hubiese deseado en aquel momento sería que las paredes tuviesen algún tipo de aislamiento acústico.

— Por favor, ¡no me digás que la perdiste! — percibí la voz cansada de mi papá.

— NO SÉ, ¡QUÉ SÉ YO! ¡BUSCALA EN LA KANGOO!

Minutos después mi ingeniero tocó la puerta de mi dormitorio.

— Tesoro, ¿puedo pasar?

Cerré el libro de *Edgar Allan Poe* que estaba leyendo y mientras dejaba la novela a un costado de la cama, le dije:

— Sí, pasá.

En una de sus manos sostenía la orden del *I.P.S.*, la cual constataba su obvio desgarró muscular en la pantorrilla durante los días anteriores de consultas médicas.

— Ahora a las dos y media tengo el primer turno de fisioter...

— Espero te mejores rápido — le interrumpí.

— Dios quiera que sí. Por lo pronto debo hacer las sesiones de fisioterapia de lunes a viernes y, por supuesto, dejar de exigirle tanto a los músculos. Mi cuerpo ya no es el mismo de antes, Maryam.

Bajé la mirada. Mi cuerpo tampoco era el mismo de antes. Si él pensaba que por el sólo hecho de estar yo en plena juventud me correspondía tener más energías que las suyas, estaba equivocado. Mi organismo

estaba muy desequilibrado tanto como mi alma y mis emociones. Era como una balanza en continua pelea. ¿Quién habría de pesar más?: ¿el cuerpo o el espíritu?

—En fin —continuó— te venía a decir que ahora a las tres viene Diego. Yo estaré en fisioterapia así que vos hacelo entrar al jardín y andá indicándole que arregle las patas de la mesa de la recepción. Luego explicale también cómo querés que pinte la barra de elongar con el aerosol dorado que compramos. Comprobá que no hagan falta más aerosoles para los seis marcos redondos de madera que irán en el machimbre como tragaluces, que también querés que estén pintados del mismo color. Ah, y no te olvidés de fijarte que...

—¡BASTA!

Sorprendido ante mi exclamación, me preguntó:

—¿Preferís que te anote en un papel el orden de las cosas o sí te vas a acordar?

No soportaba que me dejase el puesto y, además, al cuidado de todo. Era una responsabilidad y una carga demasiado enorme y pesada para mí. Si bien aquel salón era el anhelo más gigantesco de mi vida, él estuvo involucrado en cada avance y en cada idea desde el inicio. ¡No podía abandonarme de esa manera! ¡Mi papá era el pilar de mi vida: no quería estar sola!

—Si ocurre algún imprevisto y no sé cómo manejarlo, ¿qué hago? —le insinué afligida como para que se diera cuenta lo mucho que la situación me estaba lastimando.

—Cruzás la calle, le pedís permiso a la fisioterapeuta y me buscás entre las camillas. ¡Es una bendición que haya una Clínica de Kinesiología y Fisioterapia justo enfrente de nuestra casa!

Sí... puede que aquello era una bendición. No obstante, el que se hubiese desgarrado la pierna claramente fue una desgracia. ¿Dónde estuvo Dios en ese momento? ¿Cómo no se le ocurrió impedir la mala fuerza de mi ingeniero en su pantorrilla a cambio de no acabar mi espíritu sin la compañía que tanto apoyo le brindaba a mi pasión? ¡¿DÓNDE RAYOS ESTABA DIOS?!

—¿Por qué dorado? — me preguntó Diego.

—Me gusta... Y además por alguna extraña razón ese color me produce paz.

—La otra vez tu papá me contó que en el techo pondrán luces cálidas, o sea luces amarillas. Ah, y que también el marco de esas lucécitas son doradas —continuó hablándome con confianza.

—Sí, mi idea es crear en este salón todo un ambiente dorado.

—Qué bueno. Sos muy creativa —dijo mientras agitaba el aerosol a un metro de la barra para elongar; pero justo antes de que comenzase a rociarla pronuncié estresada:

—¡ESPERÁ, VAS A MANCHAR LA PARED CON EL AEROSOL!
Confundido, volvió a mirarme.

—Pero si no está pintada de blanco todavía, no voy a manchar nada.

—¡Ya lo sé! pero aun así vas a arruinar el fijador transparente que ya está seco en la pared.

No me sentía cómoda dirigiendo y corrigiendo a un joven albañil. ¡Necesitaba la presencia masculina por parte de mi ingeniero! Le dije a Diego que esperase un momento y corrí hasta ingresar a casa. Busqué papeles de diario y cinta adhesiva y luego regresé al jardín.

—Poné esto en la pared alrededor de toda la barra así no manchás nada.

—¿No confiás en mí de que puedo usar el aerosol sin hacer líos? —preguntó con una sutil sonrisita.

¿Por qué le daba tantas vueltas al asunto? ¿No podía simplemente realizar al pie de la letra lo que le estaba pidiendo? ¿Tan incompresibles eran mis palabras?

—Por favor usá el papel de diario —le insistí todavía extendiéndoselo junto al rollito de cinta adhesiva.

Me di la media vuelta para retirarme con tal de que trabajase tranquilo, sin embargo ahí mismo me preguntó:

—¿Se pondrá bien tu papá? ¿Cómo está?

—Sí, él estará bien. No te preocupés —me limité en contestar—. ¿Hasta qué hora trabajarás hoy? Pregunto así voy haciendo el arqueo de dinero para pagarte las horas del día.

—Hasta las seis nada más porque después tengo un compromiso con unos amigos. Pero mañana vuelvo a las tres y me quedo hasta mucho más tarde.

Le asentí con la cabeza sin agregar nada más. Regresé a mi dormitorio para continuar leyendo y al finalizar la jornada me encargué de retribuirle su ganancia.

No bien tuve mi mente un poco despejada y sin estrés ni presiones por velar que un joven albañil continuase portándose y trabajando bien, fui a la habitación de mi ingeniero quien hacía reposo en cama desde que salió del turno de fisioterapia.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No completamente. —Negó su cabeza sin ánimos—. Como ya te lo dije, debo hacer fisioterapia cinco días a la semana. Y por lo menos estar así durante un mes.

— ¿Un mes en cama?

— Sí, un mes en cama junto a las sesiones en la pantorrilla.

Giré un poco sobre mí misma y simulé mirarme en el espejo que mi mamá tenía en la pared, justo sobre la cómoda del dormitorio. Como de costumbre no quería llorar frente a él; pero al verme a mí misma en el espejo me di cuenta de la propia vergüenza que sentía por mí misma. ¡Basta de llorar! ¡Basta de lágrimas para siempre!

A lo mejor si hablábamos de cualquier otro tema mi cerebro olvidaría el centro de las emociones y de esta manera se concentraría en algo que no produzca agobio, tristeza ni injusticias.

— Viste que ya falta poco para que Gabriel...

— Maryam —detuvo mis palabras—, por favor andá a la cocina y ayudala a tu mamá con la cena. Yo no puedo estar de pie, me cansa y me va a hacer muy mal. Así que por favor ayudala vos hoy. Encargate también de sacar la basura antes de las diez, apretá el candado del portón y después dale de comer a Vainilla su alimento balanceado.

Rotundamente, ¿cómo puede la realidad lastimarte una y otra vez y luego seguir estando allí tan visible y palpable aun sabiendo que uno de sus protagonistas tiene ganas de borrarse del mapa?

— Maryam, por favor —me insistió con su mirada cansada.

— Sí, ya me voy.

Me retiré de su dormitorio y mientras me dirigía hacia la cocina, una rebelde lagrimita rebotó en mi nariz. La sequé de muy mala gana pues en verdad estaba harta de mis emociones al igual que de mis pensamientos no capaces de hacer silencio. Pero más aún estaba harta de aquel insólito vacío en mi interior que nuevamente estaba volviendo a emerger.

La plataforma artística de mi existencia parecía haberse desestabilizado tanto frente a muchos temblores internos que, en verdad, se me desacomodaron todos los suelos. ¿Dónde fueron a parar mis anhelos? ¿Dónde se escondió el empuje y el entusiasmo que solía sentir por la danza? De hecho, ¿dónde estaba mi papá? Porque si de algo estaba segura es que aquel hombre debilitado en cama ya no era mi roca fuerte, mi pilar sostenible y mi compañero de aventuras en vuelos por la vida.

Definitivamente ya no estaba mi ingeniero. Además, Gabriel continuaba ausente entretanto mi mamá y Micaela seguían siendo ajenas y desconocidas frente a aquella construcción en el jardín de casa.

Estaba sola. Y no es que le tuviese miedo a la soledad, sino que me aterraba que el mundo adulto me obligase a estarlo. Eso era muy diferente.

En absoluto pretendía que las circunstancias fuesen fáciles, simplemente necesitaba compañía en medio de las situaciones difíciles e inespe-

radas. Necesitaba que alguien especial cobijase mi miedo hacia el mundo de los mayores. Necesitaba que alguien me enseñara con amor y con paciencia que todo acabaría teniendo sentido en algún momento porque en definitiva la vida es así: en un momento podés estar arriba de la montaña, pero al otro segundo podés caer mil metros hacia lo más hondo del abismo. Pero si caíste es porque permitiste que alguien te empujase y si lograste llegar a la montaña es porque alguien te estuvo sujetando.



—¿A quién buscás? — me preguntó la secretaria de la Clínica de Kinesiología y Fisioterapia.

— A mi papá. ¿Puedo verlo?

—¿Cómo es su apellido?

— Dimín.

— Dimín... — dijo mientras buscaba en la planilla de pacientes —. Mmm... no hay ningún...

— Dimín — reiteré intentando mostrar fortaleza en el tono de mi voz —. Tiene que estar aquí. Hace media hora vino para su sesión.

— ¡Ay sí, acá está! — Punteó la planilla con su lapicera —. Está en el segundo box. Tenés que cruzar esas cortinas. — Me las señaló.

Estaba acostado boca abajo en una camilla. A su lado había un gran y extraño aparato desde donde salían cablecitos los cuales estaban amarrados, en compañía de pequeñas almohadillas, sobre su piel en la pantorrilla derecha.

— ¿Pá?

— Maryam. — Levantó levemente su cabeza, sorprendido ante mi visita. Caminé hasta ubicarme al lado del extraño aparato.

— ¿Está todo bien? — me preguntó volviendo a recostar su cabeza de costado en la camilla.

— Sí... Ahí lo dejé en casa al albañil. Ahora mismo está poniéndole a los cerámicos de la recepción la pastina. ¿Te acordás que eso andaba faltando también?

— ¡Excelente! Vamos avanzando bastante bien a pesar de mi accidente.

— ¿Lo llamo por celular a Ignacio para que venga a instalar las cosas del baño? — le pregunté. Me salió un bostezo y seguí —: Acordate que después debemos ponerles a los azulejos la pastina también. ¿Qué se hace primero?

— Mientras Diego hace lo de la pastina en la recepción, andá vos comprando el balde de pintura blanca y el rodillo con tus ganancias del

último seminario. Lo del baño se lo hace rápido en una sola tarde, no te preocupés por eso.

Me apoyé con cuidado en la camilla evitando mover todos esos cables que rodeaban su pierna, con el claro fin de masajear y eliminar el dolor muscular mediante vibraciones de energía enviadas por el aparato a través de los imanes de polos positivo y negativo.

— ¿Voy sola a comprar el balde? — le pregunté extrañando su compañía.

— Te diría que sí pero como *Pinturerías Martel* está en pleno centro vas a perder mucho tiempo si vas en colectivo. Mejor decíle a la mamá que te lleve en la *Kangoo*, bajás sola y comprás lo necesario y luego que te recoja, ¿qué opinás?

Rememoré en mis pensamientos la escena vivida con ella el día anterior mientras preparábamos la cena. Ambas situadas en la mesada de la cocina nos encargábamos de abrir las vainas de las arvejas en silencio. El ruido se hacía presente sólo cuando me retaba, con su voz demandante, por qué dejaba caer las arvejas al sucio piso en vez de colocarlas en el interior de la pequeña cacerola ya abastecida de agua hirviendo sobre la hornalla. ¡No lo hacía a propósito, las arvejas se me resbalaban de entre los dedos!

— ¿Y si mejor compro la pintura otro día? — dije con desánimo.

— ¡Nooooo!, comprala hoy. Mientras más avancemos cada día, es mejor.

— Sí pero es que quiero quedarme acá con vos hoy. No quiero ir al centro.

— Andá, mi tesoro, yo estoy bien acá.

Por supuesto que estaba bien, la fisioterapia le ayudaba a calmar el dolor. Pero mi dolor sólo calmaba cuando mi corazón estaba al lado del suyo. ¿Por qué debía irme? ¡No quería dejarlo solo!

— Si no querés avanzar con la pintura al menos avanzá con los vidrios de las ventanas.

Estuve a punto de negarle con la cabeza, no obstante continuó:

— Andá caminando por la calle Olavarría hasta llegar a la Avenida San Martín. Antes de que deje de ser doble mano vas a ver que en una misma cuadra hay dos vidrierías muy conocidas. Entrá en ambas y pedí presupuesto en las dos siempre teniendo en cuenta las dimensiones y la cantidad de ventanas que hay en la Academia. Llevate el metro si es necesario. ¡Ah!, ¿y sabés qué deberías llevar también? — se preguntó y se respondió solo —: ¡Llevate una de las ventanas como muestra! Acordate que tienen una curva en la parte de arriba, eso es importante a tener en cuenta al momento de que te hagan el presupuesto.

— ¿Pero cómo querés que lleve la ventana de muestra si ya hace meses que Efraín las puso en la pared?

Nuevamente levantó su cabeza de la camilla, pero esta vez me miró confundido. Parecía que quería aflojar unas risas, sin embargo acabó permaneciendo serio.

— Me refiero a que llevés la hoja de alguna de las ventanas. ¡En esas hojas va el vidrio! En lo que vos decís, ahí va la tela mosquitera. En el futuro se las pondremos si querés, no hay problema. Pero ahora nos aboquemos a lo importante, no a los detalles.

Me hallaba tan agotada mental, emocional y físicamente que en verdad mis pensamientos ya vacilaban. ¿Sería eso la gráfica más elevada de estrés o simplemente principios de locura por no sentirme bien?

— ¿Estás cansada?

De reojo observé la pantorrilla propia de un hombre e imaginé la energía que esos cablecitos habrían de estar difundiendo por medio del extraño aparato. De haber sido yo quien hubiese tenido el accidente muscular, de seguro acabaría pidiéndole a Dios que, en vez de estar tumbada en una camilla de fisioterapia, estuviese en una camilla hospitalaria. Pues por alguna extraña razón mi cerebro relacionaba la sala de un hospital con la muerte.

— ¿Tesoro?

Aturdida, volví mi mirada hacia él.

— ¿Estás bien?

«No, quisiera estar en tu lugar o más aún en el lugar de otra persona».

— Estoy cansada...

«... de vivir».

— Lo sé, mi tesoro, pero debés ir a comprar los vidrios. No esperés a que yo me recupere para luego continuar con la construcción. ¡Vos podés seguir avanzando sola!

Claro que podía; pero así como en la naturaleza un pichón necesita de la compañía maternal en ese momento en que el pequeño pajarito abandona el nido en su primer vuelo, de igual manera mi alma necesitaba de aquella fortaleza espiritual al adentrarme al mundo adulto sola por primera vez. Y esa fortaleza espiritual sólo la conseguía en mi papá, él siempre me la supo transmitir. Incluso al hacer memoria hacia mis primeros años de vida, las anécdotas en las que él estaba involucrado -más allá de ser divertidas- eran también muy edificantes.

— Cuando acaben tus sesiones de fisioterapia y tus reposos, ¿vas a volver a estar conmigo?

— ¡Claro que sí!

«Siempre y cuando a mí no me suceda nada antes» pensé con tristeza.

— ¿Qué tal va la pierna? — Ingresó de repente al box la fisioterapeuta. Al verme, comentó —: ¿Sos su hija?

—Sí.

—Entonces vos debés de ser la profesora de danza.

Sorprendida, lo miré a mi ingeniero. ¿Acaso pretendía contarles a los nuevos vecinos quién era yo? Honestamente prefería que me ubicasen como la chica de dieciséis años que deseaba dejar de volar, contrario a afirmar unas palabras que no estaba ejerciendo.

—Debo ir a comprar unos vidrios. Nos vemos otro día — me despedí.

—Cuidate, un gusto — me dijo entretanto presionaba uno de los botones de la máquina.

Y justo antes de que saliera de aquella habitación, oí decir:

—¡Nos falta poco, tesoro!

Salí de la Clínica de Kinesiología y Fisioterapia y crucé la calle para regresar a casa. Se me resbalaban las lágrimas mientras veía a lo lejos un auto doblar la esquina. Era inútil decirme que no habría de llorar más. Me mentía a mí misma. E igual de mentirosa era al decirme que faltaban muchísimos años para dejar de sentir latidos en mi pecho.

—¡Eh, Maryam! — me habló Diego no bien me vio en el portón del jardín.

De inmediato, sequé las evidencias de mis pensamientos reflejadas en mi cara.

—¡Qué bueno que volviste! La pastina se está acabando, ¿habrá más?

—No, pero ahora mismo voy a comprar.

—Todavía queda un poco. No hay apuro de que vayás ahora.

—En la San Martín y Olavarría hay una ferretería, ahí compraré más pastina. Luego iré a pedir presupuesto para los vidrios de las puertas y las ventanas.

Asombrado, levantó ligeramente sus cejas.

—¿Vas a ir caminando?

—Sí, con tal es acá nomás. No está demasiado lejos.

Observé sus dedos manchados y pegoteados de pastina naranja mientras le pregunté:

—¿Dónde dejaste la pastina blanca para el baño?

—Ahí en el salón. — Miró el interior de la construcción—. ¿Por?

—Cuando se te acabe la pastina de acá de la recepción, andá haciendo la colocación de la pastina en los azulejos del baño.

—De acuerdo.

—Me voy — le avisé—. No te vayás sin que te pague.

—Obvio que no. — Rio con confianza.

Cansada de recorrer tantas cuadras cargando conmigo dos hojas de ventanas -una pequeña y otra grande-, fui asimilando cuánto tiempo había transcurrido desde que estas fueron compradas sólo para ser al-

macenadas en el comedor de casa. Ahora, un año después, recién terminarían cumpliendo su perfecta función junto a sus respectivas estructurales ya empotradas en la pared tiempo atrás.

—Qué buen diseño de ventanas coloniales —me dijo uno de los empleados de la ferretería mientras me miraba de arriba a abajo con curiosidad.

—Buenas tardes. —Saludé—. ¿Habrás pastina de color naranja?

Apoyó sus brazos con comodidad en el mostrador para observarme mejor. ¡Me incomodan tanto esas actitudes en los hombres! ¿Acaso no pueden mirarme sólo a los ojos? ¿Qué tanto esconde de llamativo vestirse con un simple jean y una remera de mangas cortas con femeninos vuelitos alrededor del cuello? ¿O es que me observaba con esa densa mirada suya porque no le resultaba para nada normal que una mujer estuviese entre cuatro paredes tan masculinas como esas?

—Lamento decirte que no existe pastina naranja —me dijo con seriedad.

¿Cómo que no existía si mi ingeniero había comprado aquella con la que el albañil estaba trabajando? ¡Hasta en una compra insignificante necesitaba a mi papá! ¡¡¡Lo necesitaba tanto!!!

Tragué saliva intentando que mis oscuros pensamientos, mi soledad y mis miedos no me atorasen la garganta. Con calma asimilé que quizás el empleado de la ferretería me dijo eso sólo con la intención de hacerse el gracioso para luego invadir el terreno de la confianza.

—¿Tiene un muestrario?

—Todo tuyo. —Me extendió sonriente una carpeta con una selección de cartas de colores guardadas en folios—. Fijate y vas a ver que no existe naranja, no te estoy mintiendo.

Me arrimé aún más al mostrador y busqué en dicha carpeta la sección de pastina para azulejos y cerámicos. No había naranja, pero sí que había uno de nombre TERRACOTA que era exactamente el color que Diego estaba utilizando para cubrir los detalles entre medio de las baldosas de la recepción. Era un hecho que en el mundillo de la construcción había que hablar su jerga para que los vendedores te entendieran. ¿Por qué cuestiones así no las aprendemos en el colegio? A fin de cuentas, sí es necesario.

—Quiero llevar una bolsita de un kilo de este. —Le indiqué con mi dedo el color terracota.

—A la orden, señorita.

Me dio la espalda y se agachó frente a una de las estanterías del fondo para buscar mi pedido. Resguardó el pequeño paquetito en una

bolsa de compra y me indicó que debía abonarlo en la caja registradora a cargo del dueño del local.

— Serían \$150.

Pagué con el efectivo justito, me entregó el ticket de compra y le di las gracias; pero justo cuando iba a salir del local el dueño me dijo:

— ¿No son tuyas esas ventanas coloniales, mi amor?

Sorprendida de mí misma por no haber recordado que había dejado las dos hojas de las ventanas apoyadas en el mostrador, me quedé sin palabras. Aunque lo que realmente me dejó con la garganta seca fue aquella última expresión de parte del dueño hacia mí. ¡Cómo me acordaba el mundo adulto! ¡Cuánta falta me hacía la protección de mi ingeniero!

Muy desalentada, cargué conmigo otra vez las ventanas mientras mi cerebro se molestó en retratarme una nueva imagen de una mujer ahorcándose en medio de mis pensamientos.

Agotada de caminar y que mis pasos ya no hiciesen eco en mi corazón, llegué a una de las vidrierías antes indicada por mi papá. Pero al ver desde la vereda que en el escritorio principal del local había un hombre, preferí seguir caminando. Mis zapatillas en verdad ya no las sentía, sin embargo el miedo que mis pasos me ocasionaban, sí...

No obstante, al llegar a la otra vidriería advertí que una mujer de unos cuarenta años era quien estaba ubicada frente a un pequeño escritorio. Exhalé un extraño aire mezclado de tranquilidad y cansancio, subí los escaloncitos de entrada e ingresé.

— Hola, qué tal, ¿te puedo ayudar en algo?

— Sí, necesito un presupuesto para la colocación de vidrios en ventanas.

— ¿Son sólo esas dos? — Las señaló con curiosidad.

— No, son once en total. Tres de ellas son las hojas superiores de dos puertas, ¿aunque eso no influye para el presupuesto no?

— No, en absoluto. — Soltó una risita con cierta amistad —. Decime las medidas de cada una y ya mismo te informo el precio total.

Saqué del bolsillo de mi jean mis anotaciones y le indiqué las medidas exactas de la hoja de las cuatro ventanas pequeñas. Así mismo lo hice con las cuatro hojas de las dos ventanas grandes y luego le detallé las peculiaridades de las puertas, también con sus curvas coloniales. Concentrada pero sonriente, tecleó con precisión sobre su calculadora de mesa por unos minutos.

— Este sería el monto final de todo el trabajo. — Alzó la calculadora para mostrarme los números en la pantallita.

— Bien, ¿puedo dejarle ahora mismo unos trescientos pesos de seña?

—¡Excelente! Y dejame esas dos ventanas también. A medida que vayás trayendo las demás, mis empleados irán entregándote las que ya estén listas con los vidrios. Cuando comprobés que todo el trabajo esté bien hecho, aboname el saldo final.

—Muy bien, ¡muchas gracias! Más tarde paso a dejarle las que faltan.

De regreso a casa con la única compañía de la bolsita de pastina en mis manos, le discutí con bronca y con dolor a mis sentimientos de por qué me encontraba haciendo lo que estaba haciendo aun cuando mi mente divagaba en otro camino tanto como mis alas torcidas, o tal vez simplemente debilitadas, ya no querían continuar volando por ese cielo tenebroso. ¿Todos esos adultos desconocidos que caminaban a mis lados por las veredas se sentían igual? Aunque, a decir verdad, ya ni sabía cómo expresar lo que yo sentía. No era desánimo, soledad, cansancio, estrés, temor ni tristeza. O sí... era todo aquello pero mezclado de tal forma que derivaba en esa pesadez llena de vacío, la cual daban ganas de extraerla y hacerla desaparecer. Pero extraer esa peculiar pesadez implicaba también arrancar algo en mí, porque todo se originaba en lo más hondo de mi espíritu.



—¿Que no pensás ir hoy a la Academia de Janaan? —Le escuché decir a mi mamá.

—Hoy no es jueves —le respondí al mismo tiempo de leer una vez más en la computadora aquella frase que Shanell había compartido por medio de una imagen en *Facebook*.

"Señor... Reconozco que sin Ti nada puedo,
pero también sé que si Tú estás conmigo todo lo puedo;
por eso me humillo ante Tu presencia y te pido que aumentes mi fe."

—Hoy es jueves, Maryam.

«¿Cómo puede uno humillarse ante la presencia de Dios cuando ni siquiera lo podemos ver?» me cuestioné con lógica.

—Maryam, te estoy hablando.

Cerré con bronca la pestaña de *Facebook*.

—¡¿QUÉ, QUÉ PASA?!

—¡HOY ES JUEVES!

Comprobé sus palabras viendo el calendario en la computadora y, efectivamente, tenía razón. De hecho en veinte minutos habrían de iniciar los ensayos del Ballet.

—Me cambio y ya vamos —dije con desánimo.

—No te demorés que ahora mismo saco la *Kangoo*.

—Mary, el albañil pregunta por vos —me habló Micaela mientras terminaba de vestirme con mi típica calza negra para bailar.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quiere? ¡Ya me tengo que ir! —le reclamé.

—No sé qué quiere, pero deberías ir afuera. ¡Y no me grités!

Molesta ante las contrariedades de último momento, fui a ver qué es lo que Diego necesitaba.

—¿Tenés cinta papel?

—¿Y para qué querés cinta papel?

—Para poner alrededor de los marcos de las puertas y las ventanas así mientras pinto las paredes no los mancho. Sería feo manchar lo que vos, tu papá y yo pintamos de negro hace un tiempo.

El balde de pintura blanca de sesenta centímetros de alto yacía abierto en el centro del salón. Sobre la tapa estaba provisoriamente apoyado el impecable rodillo. El olor era demasiado penetrante. Me empezó a doler la cabeza con sólo preguntarme si acaso debía faltar a lo de Jaanán a cambio de quedarme avanzando con lo que antes era mi sueño, o qué rayos debía hacer.

—Entonces... ¿tenés cinta papel?

—No —respondí y luego añadí de manera automática—: pero tomá cien pesos. —Lo extraje desde mi bolso en su presencia mientras continuaba—: Andá por ahí a comprar una. Yo ahora mismo me debo ir.

—Bueno, iré por la San Martín a comprar cinta papel.

De camino en la *Kangoo* a la Academia, mientras mi mamá manejaba el volante, yo no podía parar de pensar qué ocurriría si Diego se escapase con aquel billete. Su trabajo era conseguir cinta papel, nada más. ¿Dónde esconde un ladrón sus oscuras intenciones? No me perdonaría si se presentaba una nueva adversidad a causa de mi mala decisión. Tenía ensayo con las chicas del Ballet, me era imposible ir yo misma a comprar lo que el albañil requería. Pero... ¿y si no conseguía cinta papel por ningún lado? ¡Mancharía torpemente de blanco las distintas estructuras de puertas y ventanas! Aunque ya me daba igual. Si las manchaba nada podía estar más entorpecido que mi propio corazón. Incluso si se había olvidado de tapar el gran balde de pintura antes de salir, no me importaba. Me daba igual si se echaba a perder. Al fin y al cabo no dictaría otro seminario para transformar varios billetes más en el crecimiento de un anhelo que mis alas ya no merecían.

—Llegamos. —La voz de mi mamá aplastó de golpe cada uno de mis pensamientos.

Pero al abrir la puerta de la *Kangoo*, mi mente volvió a hacer lo suyo.

— Cuando me vengás a buscar a la noche haceme acordar que hay que pasar por la vidriería a buscar las ventanas que ya están listas.

— Bueno.

— ¡Por favor no te olvidés!...

«... ayudame, te necesito. ¡No puedo seguir haciendo todo sola!» la miré a través de la ventanilla antes de ingresar finalmente a la Academia.

El torbellino de responsabilidades que mi mente estaba ocultando empezó a transparentarse en mis obvios desenfoces de pasos durante las coreografías. Janaan le pidió a Graciela, una de mis compañeras, que me recordase las secuencias a un costado del salón mientras el resto del grupo continuaba ensayando frente a los espejos.

— ¿Estás bien? — pareció preocuparse entretanto peinaba su largo cabello oscuro con una cola de caballo —. Siempre sos la más atenta de la clase.

— Sí, estoy bien. No te preocupés, Graciela. Simplemente estoy cansada.

Asintió con su cabeza en señal de tranquilidad y luego siguió:

— Decime qué parte de la coreo no te estás acordando y te la explico.

Apreté con disimulo entre mis dedos las moneditas que caían desde mi caderilla. No entendía qué me estaba sucediendo. Conforme pasaban los días, cada vez me desconocía más a mí misma. Al tener el alma tan cegada debido a tantos claros pensamientos como así también debido a oscuras ideas, la danza parecía ya no poder cobijarme con su amor, su pasión, su adrenalina. ¿O era yo quien ya no quería ser cobijada por ella? ¡Miraba mi reflejo en el espejo y en verdad ya no me aguantaba!

— Mary, hay algo que me estás ocultando, ¿no? — Se me acercó Janaan no bien la clase de ritmología acabó y el profesor se fue retirando.

Su mirada envuelta de empatía desvistió a la mía mientras su presencia de inmediato me recordó que sus oídos de madre nunca dejarían de efectuar su bella función.

— Me siento muy culpable... — expresé desconsolada mientras le compartí las dolorosas novedades ocurridas durante toda la última semana.

Me escuchó con atención como siempre lo hacía y sólo desviaba sus ojos de los míos cuando las chicas del siguiente turno -el grupo intermedio- iban ingresando al salón y se acercaban a ella para saludarla.

— No te sientás culpable, mi niña. La culpa es la carga más innecesaria que podés llevar.

— ¡Pero es que yo debí de haber estado ahí con mi papá moviendo con él la mesa ese día para así evitar su desgarró!

— Hay cosas en este mundo que están fuera de nuestro control y es ahí cuando nos culpamos a nosotros mismos por ellas, intentando de

que tengan algún sentido. ¡No hay nada que podías haber hecho, Mary! Después de un intenso seminario que dictaste a sesenta alumnas, ese día vos necesitabas descansar.

Y si quería cerrar mis ojos y descansar para siempre, ¿eso también contaba como una necesidad?

—Janaan, ¿vamos sacando los velos? —preguntó repentinamente una de sus alumnas de nivel intermedio.

—Sí, chicas. Y vayan ubicándose en sus lugares también —le respondió—. Ya voy a ponerles la música.

Acaricié mis rulos, besé mi frente y luego me dijo:

—Mis hijas no vienen, Andene tiene una hora más de clase en acrobática así que hoy merendarás solita.

—No hay problema —dije escondiendo mi dolor al recordar lo bien que me había hecho la vez anterior jugar con dos preciosas niñas y compartir mi tiempo con ellas.

Janaan se ubicó frente a los espejos y continuó con su trabajo. Por mi parte, todavía sentada en unos de los silloncitos, busqué en el interior de mi bolso mi juguito *Ades* de manzana y mi alfajor *Tatín* de chocolate que siempre llevaba para merendar cada jueves. No obstante, ese día no los encontré entre mis cosas. Al recordarme que no había tenido tiempo de comprarlos en el súper chino de al lado de casa, busqué en mi bolso el dinero que sí había recordado guardar para conseguir una pequeña merienda en el kiosco de la esquina, en la misma cuadra de la Academia.

«Le di los cien pesos al albañil» me sentí derrotada. Analicé con indiferencia lo frío que se hallaba mi espíritu, semejante a un acero duro y olvidado que nadie se encargaba de darle forma, para acabar entendiendo lo mucho que se sentía atraído por la muerte como por un invisible imán.

A la medianoche, al estar de vuelta en casa, me duché. No sé si lo hice con la obvia necesidad de desprender la transpiración en mi piel luego de muchas horas de ensayo o si más bien lo hice porque aquel lugar de la casa era el único espacio en donde tenía la más completa e intacta privacidad.

Me arrinconé en la bañera, abracé mis rodillas con los brazos, agaché mi cabeza y allí me quedé... intentando ahogarme quizá con las finitas gotas de agua que caían desde la ducha pero, por sobre todo, con aquellas que caían desde mis ojos y ahogaban mi alma. Mis pestañas estaban tan mojaditas que ya ni sabía cuáles de ambas aguas las estaban perjudicando. Mis rulos no hacían ni el menor esfuerzo por despejarse

de mi mojada espalda. Sentía tanto dolor circulando por mis venas que, de repente, me pregunté si acaso era debido a eso que mi menstruación simplemente había desaparecido.

Es una sensación tan extraña cuando los ojos se sinceran sobre tu propio pecho desnudo mientras percibís la respiración de tus pulmones intentando buscar motivos que hagan valer la pena el que un corazón esté latiendo. Porque cuando se pierde toda la alegría en la vida, empiezas a preguntarte qué sentido tiene vivirla.



—Nos vamos con Mica al centro para que se inscriba en el Curso de Locución — me informó mi papá en compañía de mi mamá durante la hora de la siesta—. ¿Querés venir con nosotros? Luego nos iremos a mi médico para que chequee cómo va el desgarró.

—No, vayan ustedes. Quiero quedarme acá para terminar con los archivos en *Word* del profesorado para mis futuras alumnas — mentí.

—De acuerdo, tesoro. Mejor que te quedés así revisás cada tanto que Diego siga trabajando excelente como lo viene haciendo.

No bien estuve sola en casa me senté en mi escritorio. Allí en medio de los lápices de colores, el borrador, el sacapuntas y las lapiceras, elaboré a mano una detallada lista de los elementos que faltaban para que mi Academia estuviese finalizada. A su vez, al lado de cada una de aquellas palabras escritas, detallé el costo de cada material, los cuales conocía muy bien. De hecho entre los importes enumeré también la mano de obra de un albañil teniendo en cuenta, más o menos, las horas trabajadas a futuro por cada día hasta que llegase marzo del año siguiente.

Al acabar, sumé con la calculadora todos los números y me impactó descubrir que lo restante para dar fin a la construcción de mi sueño era un resultado de ¡\$20.000!

Confundida al desconocer por qué el clásico nudito en el fondo de mi garganta -que solía sentir desde niña siempre avisándome que las lágrimas se aproximaban-, había dejado de presentarse, mi cerebro pareció distenderse con ligereza y ahí mismo empezaron a resbalarse mis lágrimas. La hoja reveladora de números delante de mí parecía contenerlas mientras caían, al mismo tiempo que mis pensamientos hallaban la abismal diferencia entre una tristeza y una depresión. La primera es pasajera y te brinda enseñanzas. Y es tan volátil que así como llega, así también se va. Pero... la segunda... es una jaula sin salida. Todo es

pesado, pegajoso, oscuro y lento. Cuando un guerrero cae y luego no quiere volver la mirada hacia arriba es porque sabe y conoce que continuar peleando en un campo minado es agotador para los pies, para las manos, para el cuerpo y para el alma.

Ningún pajarito merecía volar por sectores así. Porque cuando lo hace, algo... alguien... acaba situando todo su ser y todas sus plumas entre cuatro paredes. Y de no ser algo o alguien, simplemente a veces las alas planean tanto que luego desde tan semejante altura caen hastiadas en el interior de una jaula hermética con candado.

Desde siempre mis alas habían sido espirituales y la sangre derramada en medio de las adversidades también. Sin embargo, al ver esa cifra de cinco números en la hoja, de repente sentí a mi propia existencia tan asfixiante que juraría haber visto el dolor espiritual traspasar mi piel con mucho filo, reflejándose la **SANGRE** en el propio exterior de mi cuerpo.

CAPÍTULO 20

“17 años”

Inesperadamente, mi celular empezó a sonar. Escondí entre las cosas de mi escritorio la lista detallada de realidad y luego corrí hasta mi dormitorio para atender la llamada entrante.

Era mi mamá.

—Mary nos acabamos de dar cuenta que antes del domingo debés hacerte poner la vacuna de los dieciséis años.

—Ah, bueno.

—Estate lista que cuando regresemos te llevo al Centro de Salud que está cerca de la casa.

—Bueno.

—El papá me dice que te diga que no olvidés ir cada tanto a ver cómo va el albañil.

—Sí, ya lo sé.

—Bueno, nos vemos en un rato. Besitos.

Corté la llamada y volví a dejar el celular sobre mi mesita de luz. Me senté delante de mi cama, sobre la alfombra, y pensé para qué tanta necesidad de una vacuna de refuerzo contra distintos virus si, en definitiva, todos moriremos tarde o temprano. ¿Para qué cuidar algo que incluso de antemano sabemos que tendrá un fin? No lo vale. Definitivamente no lo vale.

—La próxima semana empiezo con el curso —me contó Micaela contenta no bien regresaron a casa.

La miré sin pronunciar palabras. Tenía ganas de decirle que no se entusiasmase demasiado, que soñar sólo te bloquea y te lastima.

—Como me dijo el papá mientras veníamos, si no me gusta al menos me quedará la experiencia de haber hecho algo nuevo. Ah, y el certificado de asistencia también me quedará cuando el curso acabe de acá a un mes.

Continué callada. Nadie merecía escuchar las voces negativas, oscuras y ofensivas que aturdían y apretaban a mis propios pensamientos. Sin embargo, si permanecía tanto tiempo en silencio, intuirían que algo me sucedía.

—Papi, ¿puedo pedir algo para mi cumpleaños?

—Claro, tesoro. ¿Qué querés? —Me miró pensativo.

Escondí mis manos detrás de mi espalda y le dije:

—No es algo que quiero, es algo que necesito.

Me observó desconcertado.

—Necesito todo el día domingo con vos, la mamá y Mica. Que no haya discusiones, ni malas caras, ni cansancio, ni estrés, ni albañiles, ni construcción... ¡nada! Sólo nosotros cinc... nosotros cuatro. ¿Puede ser?

Sentí cómo mis pequeños lagrimales estaban a punto de humedecerse así que los obligué a actuar como esponjas. Debía aprender a absorber mis sentimientos en vez de soltarlos, para evitar que luego acabasen hundiéndose en la tempestad del mundo. Al retenerlos, continué:

—¿Y habrá treinta pesos para comprar una *Pepsi*?

Me miró con cariño y al estirar sus brazos, me dijo:

—Vení Mary...

Me sentí tan abrigada junto a su pecho y junto a los latidos de su corazón, que no quise apartarme de su lado por temor a que me volviese a dejar sola. Siempre necesitaré sus abrazos, no importa la edad que yo tenga.

—¡El domingo es tu día! Compremos una *Pepsi* e incluso preparemos una picadita con cerezas, quesos, aceitunas, ¡todo bien completito!

—¡Veamos una película también! —propuso Micaela.

—No quiero interrumpir sus planes —habló mi mamá sujetando mi carnet de vacunación— pero debemos irnos, Maryam.

Me aparté de mi papá y todo volvió a entenebrerse en mi interior. La quietud apenas si había durado veinte segundos.

Y por más simple que resulte, el ver a una enfermera con un estetoscopio alrededor de su cuello acercándose a mi brazo derecho en compañía de una puntiaguda jeringa, me remontó a mi infancia. Solía tenerles mucho miedo a las agujas y a todo lo relacionado con la medicina en general. Pero aquello sólo eran temores de niña, hasta era una tontería viéndome a mí misma en retrospectiva hacia el pasado.

Sin embargo, allí en el Centro de Salud, en ese momento presente, mi único miedo era seguir respirando.



Al otro día, sábado, durante la mañana me hallaba coaccionada por mí misma frente al espejo del pasillo de casa. Maquillándome y colocándome mis pestañas postizas me odié por tener que ir a un increíble lugar sin poder ser capaz de disfrutar de cada momento. La verdad que hubiese querido rechazar la invitación que *Tele 10 Visión* me obsequió siete días atrás, pero no podía. No estaba bien. No era profesional de mi parte decir algo así como: “No me apetece bailar, no quiero que el mundo siga lastimando mis alas; pero aun así muchas gracias por la invitación y por

reconocerme". No, no podía decir aquello. Por el contrario agradecí la invitación fingiendo alegría sin ni siquiera saber qué habría de bailar, qué tema escogería, qué traje utilizaría, qué coreografía presentaría.

—¿Llevás la cámara digital así te filmo? —me recordó mi papá.

—Sí la llevo.

—¡Muy bien! Será una experiencia muy diferente porque el público no estará presente ahí con vos aplaudiéndote, ya que te verán desde sus casas, a través del televisor.

—Sí... será bastante raro bailar así —dije sin ser consciente si lo inusual habría de ser la experiencia en sí misma o más bien la obligación que yo misma me estaba imponiendo.

Al llegar, ingresé en compañía de mi papá y mi mamá por una preciosa pero pesada puerta de cristal templado.

—¿Sos la joven bailarina invitada? —me habló el guardia de seguridad a modo de saludo.

—Sí, soy Maryam Dimín.

—Bien. Los camerinos están por allí —Me indicó un iluminado pasillo—, la parte técnica y sonido para que entregués el pendrive con tu música es por allá —Señaló la puerta bajo unas escaleras—, y el set de grabación está justo detrás de mí.

—Voy a los camerinos primero.

—De acuerdo. —Me cedió con amabilidad el paso.

Como de costumbre, mi mamá me ayudó a vestirme. De reojo me fui observando en el espejo principal que llegaba hasta el nivel del piso. El pantalón en corte evasé con cientos de pañuelitos de gasa en forma de rombitos me cubrían por completo las piernas. Recordé el día de estreno de aquel traje: mi examen de danza en la Academia de Vero. Si su propósito en el último año del Profesorado había sido que su alumna de apellido Dimín dejase de bailar danza árabe para siempre, lo estaba consiguiendo. Pero no precisamente por los daños que ella les había hecho a mis ilusiones, todo aquello ya estaba curado y superado. Al contrario, el mundo real era mil veces más lastimoso que cualquier maestra con malas intenciones.

—Andá a entregar el pendrive —me recordó mi mamá mientras me alcanzaba ambos brazaletes de tela también con sus peculiares rombitos.

—Sí, ahora voy.

Con los ojos del guardia de seguridad sobre mi espalda descubierta con el llamativo corpiño bordado, pedí permiso al adentrarme en la cabina. Los sonidistas me recibieron impactados pero contentos al mismo tiempo. Supongo que debía empezar a acostumbrarme a las miradas

empalagosas de los hombres. ¿Pero por qué tiempo atrás nunca ocurría eso? ¿Es que en serio la gente alrededor percibe cuando una mujer dejó sus cualidades de niña completamente atrás?

—¿Cuál es el archivo? —me preguntó uno de los muchachos luego de introducir mi pendrive en la computadora.

—Emmm, ese. —Señalé con mi dedo en la pantalla—. El que se llama *Baladi Zafrah*.

Copió el archivo de música y luego me devolvió el pendrive.

—Desde aquí te veremos bailar —me dijo otro de los muchachos señalando el vidrio que tenían ubicado en la pared cabezal.

Tras dicho vidrio estaba el set de grabación del estudio de televisión. ¡Tan desmotivada estaba que ni me había dado cuenta de aquello? ¡El lugar era increíble por donde se lo mirase! Mis ojos lo veían, pero ya nada sentía mi corazón. ¿Cómo pudo la danza dejar de revestirme con su pasión? Cuando más vacía me hallaba es cuando más necesitaba que me llenara, y sin embargo ya no lo hacía.

—Mucha suerte, linda.

—Sí, gracias. —Salí seria de la cabina de sonido.

—¡Maryam, aquí estás! —me expresó uno de los programadores quien precisamente me había invitado al programa—. Salimos al aire en veinte minutos, pero andá entrando al set así te vas ambientando. Tus padres acaban de entrar, dicen que quieren verte desde ahí y no “desde fuera” como se supone debe ser. —Rio con simpatía.

Lo saludé y juntos entramos al set. Había varias cámaras profesionales posicionadas desde diferentes ángulos mientras que enfrente, por el resto del espacio, estaba la escenografía; ésta simplemente se trataba del nombre del canal. Al fondo del plató había un par de sillones -allí estaban ubicados mis progenitores- mientras por sus espaldas estaba localizada la cabina de sonido que momento atrás había visitado.

—¿Te acobardan las cámaras? —me preguntó de repente el conductor al acercarse a mí.

—No, para nada —me sinceré.

—¿Tampoco le tenés miedo al micrófono?

—No, tampoco.

—¡Genial!, podré entrevistarte tranquilo entonces. La mayoría de artistas que vienen de invitados al programa se ponen muy nerviosos en medio de todo este ambiente.

Asimilé cuántos cables había en el suelo del plató y cuántos reflectores colgaban desde el techo. La experiencia era excitante. Pero no porque yo así la estuviese sintiendo sino porque así la veía reflejada en las miradas de cada uno de los profesionales que allí trabajaban.

—AL AIRE EN 3...

Apreté con bronca el micrófono que me habían cedido, mientras miraba desde lejos a uno de los camarógrafos emitir la cuenta regresiva.

—2...

Nunca antes me había obligado a bailar. La situación era agobiante, sin embargo no podía hacerme atrás a un compromiso ya asumido.

—1...

—¡Bienvenido a tu programa favorito de cada sábado aquí en *Tele 10 Visión!*

El conductor estaba a unos sesenta centímetros a mi lado. No obstante sólo él estaba siendo enfocado en primera plana.

—El mediodía se acerca, ¿estás en casa preparando el almuerzo?

Me lo habían informado con antelación: la cámara principal luego me enfocaría a mí en medio de la breve entrevista. Por lo pronto, mis ojos observaban una privada pantalla ubicada a unos cuatro metros por delante. En ella se veían las tomas exactas de cómo se iba viendo la transmisión en vivo en los hogares.

—No apagués la tele si ya estás por comer porque hoy tenemos con nosotros a una hermosa invitada. Ella es bailarina y profesora de danza árabe. ¡Es una gran artista que está surgiendo aquí en nuestra bella Salta!

Uno de los camarógrafos me emitió una señal con su mano y, toma siguiente, los lentes de las filmadoras ya me estaban enfocando. Presioné interiormente a mis emociones con la misteriosa y escasa fuerza que parecía quedarme y sonreí con la felicidad más adulterada nunca antes proyectada.

—Aquí nos encontramos con Maryam Dimín. —Me presentó el conductor entusiasmado—. ¿Cómo estás, Maryam? ¡Bienvenida, muy buenos días!

Ignoré el “¿cómo estás?”, arrimé el micrófono a pocos centímetros de mis labios y respondí:

—Muchas gracias, gracias a ustedes por la invitación.

—Bueno, antes de que nos mostrés tu danza, contame: ¿cuántos años tenés?

De todas las preguntas posibles, ¿justo tenía que iniciar con esa? Con lo mal que le hacía a mi mente el asumir que mi vida habría de seguir quién sabe con cuántos cumpleaños más por delante, hacía debilitar doblemente a mi futuro.

—Hasta esta noche dieciséis. Mañana cumplo los diecisiete.

—Eh, ¡qué lindo! Y justo cae domingo para pasarlo en familia —comentó sonriente.

Al menos esas últimas palabras tuyas eran acertadas: sólo quería estar en casa, con mi familia, sin hacer absolutamente nada. Sin pensar, sin sentir, sin recordar, sin soñar.

—Y contame, ¿te andás presentando en muchos escenarios o no? ¿Cómo te hace sentir eso?

Inmediatamente evoqué en mis pensamientos las incontables experiencias durante mi año anterior, ¡aquellos meses sí que eran una verdadera respuesta para una reveladora pregunta!

—Bien... —hablé por medio del micrófono—. La verdad es que el año pasado fue como un ¡boom! por tantos viajes que hice, al igual que seminarios a los que asistí. La verdad es que hace crecer muchísimo todo eso.

—Bueno —Me asintió el conductor al mismo tiempo de guiñar su ojo con disimulo en dirección a los sonidistas—, sin más palabras nos vas a mostrar tu baile.

—Dale, muchas gracias. —Le devolví el micrófono y luego se retiró de cámara.

Me apuré en ubicarme en posición para iniciar con la coreografía. Debía hacer un desinteresado esfuerzo mental por recordar cada uno de los pasos y cada una de las secuencias. Dicha coreo estaba más que pulida y terminada, habiendo sido creada y disfrutada sobre el duro piso de la construcción meses atrás. No obstante qué diferente estaba por resultar el compartirla sin ánimos y sin pasión.

—Para todo ustedes —puntualizó de repente la voz en off en el estudio de grabación—: Maryam Dimín por *Tele 10 Visión*.

La música inició y los movimientos empezaron a surgir de la nada en mis caderas, en mis pies, en mis brazos y en mi cabello. En serio ni los estaba pensando. Simplemente mis oídos escucharon la música y mi cuerpo solito fue reproduciendo la coreografía, mientras mi espíritu escondía con punzantes dolores lo que implicaba sonreírle falsa y constantemente a una audiencia escondida detrás de una cámara. La privada pantalla a unos metros de mí no sólo transmitía lo que estaba haciendo allí mismo en vivo, sino que también actuaba como un espejo si posicionaba mis ojos en ella. Un par de veces me miré, pero luego mis ojos acabaron rebotando con miedo al lente de la filmadora principal. Yo ya no importa. No importaba en absoluto.

—*Moto Olavarría*: repuestos y accesorios para todas las marcas. Compras al por mayor. Atención personalizada. Recibimos todas las tarjetas. *Moto Olavarría*. Horarios de atención, de lunes a viernes de nueve a trece horas, y de diecisiete a veinte treinta horas. *Moto Olavarría*. Olavarría 682. Salta Capital. Taller mecánico. *Moto Olavarría*.

– Bueno, aquí estamos de regreso con Maryam Dimín luego de los cortes comerciales – habló el conductor –. ¡Lindo baile que hiciste, eh!

– Muchas gracias – dije sin saber si mirarlo a él o mirar la cámara principal.

– Y antes de que te vayás, unas preguntas más.

Volví a apretar el micrófono con fuerza. Necesitaba que toda aquella falsedad en mí acabase cuanto antes.

– ¿Hace cuánto que danzás?

«Siete preciosos años. Ojalá sigan sumándose más pero... la verdad que ya no sé cómo seguir...».

– Siete años.

– ¡Siete años, ya! ¡¡¡Increíble!!! Iniciaste desde muy niña entonces.

– Sí... desde los diez añitos.

– Y ahora contanos lo más importante: ¿para el año ya tendrás tu Academia no es así?

– Sí, ahora para marzo es la inauguración. Las inscripciones ya están abiertas para quienes estén interesadas. Es sin límites de edad así que todas pueden ser bienvenidas.

Bajé mi mirada hacia la pantalla privada con la intención de darle una cachetada emocional a mi propio reflejo por haber hablado de más. ¿Cómo pude haber expuesto toda esa barbaridad de información cuando ni siquiera sabía qué pasaría con mi futuro? Sentía mi vida realmente tan desértica que ni mi propia danza podía continuar siendo un oasis en medio de tanta sequía espiritual. Odiaba tanto sentirme y estar así. Lo odiaba. ¡Me odiaba!

– Bueno, esperamos próximamente tenerte de vuelta aquí en el programa pero en compañía de tus alumnas, ¡eh!

«¿Por qué no pueden todos los espectadores dejar de decirme qué hacer? ¿Dónde rayos están las cortinas para cerrar el show cuando de verdad lo necesito?».

– Bueno, muchas gracias Maryam por haber venido...

– A ustedes por la invitación.

– ... gracias también a la compañía de tu papá y de tu mamá. El apoyo es muy importante tanto para vos como para todos nosotros.

Luego de la despedida y el agradecimiento, él permaneció hablando en primera plana. El programa y la conducción continuaban con su itinerario entretanto el fotógrafo oficial me pidió que fuésemos a la entrada del edificio. En presencia del guardia de seguridad, me tomó fotos en la escalera. Mi empuje de bailarina rozaba uno de los escalones de más arriba mientras mi sonrisa frente al flash se preguntó a sí misma si

la razón de que hubiese muchas profesoras dando clases en gimnasios o bien en lugares de alquiler era señal de lo mucho que costaba subir la escalera.

— ¿Se te perdió algo? — me preguntó el fotógrafo en un determinado momento al ver que miraba confundida los peldaños hacia lo alto de la escalera.

— No, está todo bien.

— Genial. Una fotito más y no te molesto más, ¿sí?

— Claro, ¡acá en la escalera también?

— Como vos quieras — dijo con amabilidad.

Miré hacia abajo el primer escalón y ahí me ubiqué con ambas manos en mis caderas. Allí me quedaría sentada hasta que viese el flash que aclarase mi mirada y, por sobre todo, el flash que ablandase mi corazón.



De regreso a casa, sentada en el asiento trasero de la *Kangoo*, miré la filmación que mi papá había hecho con mi cámara digital. La sonrisa y el carisma con el que envolví la coreografía de manera tan profesional, de verdad podían engañar a cualquiera. Pero daba igual, solamente yo sabía exactamente cómo me sentía y lo mucho que me costaba revelar mis heridas. No obstante, algo que sí desentendí en mí misma fue aquella pose final que analicé con intriga en la grabación. Había diseñado con meses de antelación que la coreografía finalizase con un corte como si le entregara mi corazón al público, luego de señalar mi pecho tal como solía hacerlo en tantas otras presentaciones. Pero esta vez, en medio del pleno baile en donde mi cuerpo sólo escuchó la música y se dejó llevar por la melodía sin pensar en absolutamente nada más, la coreografía acabó de manera insólita: acaricé el piso con mi mano e hice lo mismo en mi pecho para luego echar mi cabello hacia atrás con tal de quedarme quieta mirando hacia arriba con el brazo completamente estirado.

«¡No sé qué me está pasando!» pensé asustada al apagar mi cámara digital. «¡Hasta mi danza está cambiando sin que yo se lo permita!».

— Mamá, papá, ¡cortaron el agua fría! — nos informó Micaela no bien ingresamos a casa.

— No me sorprende ya que en primavera/verano *Aguas del Norte* siempre merma la presión en algunos barrios.

— Sí, pero esta vez la cortaron completita.

— ¿La presión de agua caliente cómo está? — preguntó mi papá.

—Por ahora está bien —siguió hablando mi hermana—, pero es obvio que en unas horas nos acabaremos toda la que hay en nuestro tanque.

—Que no se bañe nadie entonces así tenemos aunque sea para lavar los platos y cepillarnos los dientes —dijo mi mamá.

—¡Pero yo necesito bañarme! —les exclamé irritada.

—¡Yo también, tesoro! Pero bueno, son situaciones injustas que hay que soportar también.

—¡PERO DE VERDAD NECESITO! ¡Estoy muy transpirada y tengo los pies demasiado sucios por el baile en la televisión!

—Si no vuelven a dar el agua fría hasta la noche —comentó Micaela con indiferencia—, vas a tener que irte así nomás a la cama.

—¿Al menos yo hago cosas en la vida, no? —solté muy molesta—. No como vos que vas a empezar un tonto curso sólo para matar el tiempo.

—MARYAM —pronunció mi papá—. ¿Qué te pasa, por qué hablás así?

«¡Porque *Aguas del Norte* me está quitando el único espacio en donde nada ni nadie me hace daño!».

—Estoy cansada —dije sin ganas de seguir inventándoles mentiras—. Voy un rato al jardín a tomar aire.

Observé los equilibrados ladrillos de mi Academia y entré. El olor a pintura fresca seguía siendo lo bastante penetrante. Si aquello dañaba mis fosas nasales, ya no me conllevaba un peso. Al contrario, si de alguna manera u otra lograba intoxicarme, ¡le estaría enormemente agradecida!

«El albañil ya debe de estar viniendo. Supongo que hoy termina con los retoques finales en las paredes para después continuar con la pintura del baño» pensé mientras analizaba a lo lejos lo prolija y brillante que se hallaba la barra para elongar. Y sin poder apoyarme en las paredes, acabé sentándome en el duro contrapiso a fin de recordar que, con el nuevo ingreso mensual de la beca de Gabriel, dicho monto me alcanzaría justito para comprar el duro machimbre de pino para el techo.

Analicé las hojas de ambas puertas y las hojas de todas las ventanas. Sus transparentes vidrios irónicamente parecían proporcionarle más color a aquel lugar. Ahí mismo sentí mucha necesidad de llorar, pero no pude aflojar mis sentimientos debido a lo endurecido que se hallaba mi corazón. Por más avances que estuviese teniendo mi Academia, yo continuaba estando vacía por dentro. Parecía un ovillo de lana empequeñeciéndose a cambio de construir un cálido suéter. La transformación lastimaba. Las agujas me pinchaban. ¿Quién se encargaba de manejarlas? ¿La vida misma y el destino?

—Mary, el papá quiere que entrés. —La presencia de Micaela en la puerta de la Academia me irritó.

— ¿Por qué, qué quiere?

— No sé, pero dice que tiene que hablarte sobre algo.

Me levanté del contrapiso de mala gana y obedecí.

— ¿Qué pasa? — pregunté al encontrarme nuevamente en la cocina.

— Sentate. — Me indicó él a cambio.

Miré sin importancia un extraño papel impreso en computadora ubicado sobre la mesa.

— Quedan exactamente cuatro meses para que inicie marzo y a decir verdad la construcción de tu Academia va muy bien gracias a los ingresos de tu hermano. Pero es un hecho que no llegaremos a terminarla en cuatro meses. No por falta de tiempo sino por falta de dinero.

Me hablaba como si yo fuese la excluida de la situación. ¿Acaso se había olvidado que era yo quien estaba al mando y ya no él a causa de su desgarró? ¿Acaso ignoraba que tan detallista estaba siendo que me tomé la molestia de sacar la cuenta de cuál era con exactitud el monto que nos andaba haciendo falta? ¿Acaso no se daba cuenta que era tan consciente como él de la imposibilidad de conseguir \$20.000?

— ¿Y qué pasaría si las clases en tu Academia no empezasen en marzo? — preguntó curiosa mi mamá.

— ¿Cuándo quieres que empiecen, entonces? — le reclamé—. ¿A mitad de año? ¿En las vacaciones de invierno? Si así fuese es muy tonto hacer un espectáculo de fin de año en un teatro cuando sólo hubo cuatro o cinco meses de clases.

— Maryam, tranquila — expresó mi papá—. Sé que estás cansada pero te iba a proponer si no te gustaría ir a verlos al tío y a la abuela...

Instantáneamente mi mente los evocó y mis pensamientos recordaron aquella pesadilla que había tenido tiempo atrás. Ambos esposados por policías; Mica, Gabriel y yo en patrullas; papá y mamá muertos y un extraño árbol con sus hojas cubiertas de fuego sin estar quemándose.

— ... para compartirles en qué andamos. Podrías decirles que los extrañas y que te haría feliz que ambos te apoyasen en la etapa final de este gran sueño tuyo.

Sacudí la cabeza confundida o, más bien, asustada por lo que me estaba pidiendo que hiciese.

— ¿Quieres que los visite para pedirles que me presten dinero o mejor todavía si me lo pueden regalar sin importar que desde hace cinco años que no nos vemos porque se cortó la relación familiar con ellos a causa de que querían que yo haga la comunión aun sabiendo que esa ceremonia es antibíblica?

— La idea sería que por medio de esto se pueda dejar atrás lo del

pasado. Sería como un nuevo comienzo para todos: para ellos y para nosotros.

— Me gusta la idea — opinó Micaela de repente.

¡Qué sencillo les resulta opinar a los espectadores cuando en definitiva sólo el protagonista principal carga con toda la obra!

— Esto no me hace sentir cómoda — me animé a decir —. En las últimas discusiones de hace años la abuela me miraba con las cejas fruncidas, como si tuviese bronca hacia mí, hacia todos nosotros. Y el tío sólo apoyaba las palabras hirientes de ella. No quiero ir a verlos.

— Sabía que dirías eso — dijo mi papá —. Y por eso preparé esto. — Me señaló el extraño papel escrito de antemano en la computadora.

Lo agarré y lo leí.

Querida abuela:

Sé que pasó mucho tiempo desde que no sabés nada de mí, así como yo tampoco sé nada de vos ni del tío. Espero estén bien. Yo sí lo estoy gracias a Dios, muy feliz luchando con paciencia por mi sueño de ser profesora. ¿Te acordás cuando tenía diez añitos y me llevaste a mí y a mi mejor amiga a un espectáculo de danza en el teatro? ¿Te acordás que ahí conocimos a Verónica quien luego fue mi profesora? Creo que ni vos ni yo hubiésemos sospechado que gracias a ese simple paseo entre una abuela y su nieta con su amiguita, yo acabaría amando tanto la danza árabe. Hoy por hoy no sólo me encanta, ¡deseo vivir de eso! Estamos construyendo mi Academia en el jardín de casa y pensé que así como vos desde un inicio hiciste posible ese descubrimiento en mí, sería muy hermoso que me ayudases a acabarlo. Espero te des una idea de cuánto extraño los abrazos que solíamos darnos mientras nos repetíamos con fuerza que nos queremos hasta más allá del cielo y de las estrellas.

Espero estés muy bien. Dale mis saludos al tío.

Tu nieta, Maryam.

— ¿Qué opinás? ¿Te gusta? — preguntó mi papá al verme callada luego de leer la carta —. ¿Así es como vos te expresás o no?

— Sí, está bien.

— ¿Estás de acuerdo entonces que la mandemos por medio de un rapimoto?

— Sí.

— Bueno, para el lunes contrato a uno así le hace llegar la carta a tu nombre.

Sonreí con falsedad mientras por dentro pensaba cómo era posible que la savia en el árbol genealógico de parte de mi papá hubiera dejado de circular y nutrir a las personas en cuestión, sólo por una fuerte

discusión pasada sobre el catolicismo aun cuando todos ya habíamos empezado a transitar la vida como cristianos. A su vez, pensé también en cómo la savia en el árbol genealógico de parte de mi mamá podía estar tan ausente aun siguiendo con su circulación forzosamente natural.

«Definitivamente la familia no está constituida por las personas que tienen tu misma sangre» reflexioné dolida. Todavía podía percibir frío y duro a mi corazón, pero no fue impedimento para asimilar que la auténtica familia simplemente son las personas en la vida que comparten tus mismos valores con entera transparencia.

— Cambiando de tema — me dijo de repente mi papá —, ¿no querés ir a la casa de tus abuelos así te bañás ahí? Conociendo a *Aguas del Norte*, mañana recién darán de nuevo el agua fría. ¡Así pasa siempre!

Optaba por permanecer sucia y transpirada antes que ingresar a una ducha de una casa en donde sus integrantes no apoyaban en absoluto mis sueños, pues estaba claro que yo era una molestia.

— ¿Tesoro?

Hasta que se me ocurrió con rapidez que si los hechos en serio transmiten más que las palabras, mis abuelos maternos tenían que saber los sacrificios inesperados -irrelevantes quizá pero no por eso dejaban de ser sacrificios- que la familia Dimín no paraba de enfrentar.

— Sí, bueno, vamos — contesté finalmente.

— Prepará tus toallas y tu ropa, la mamá te llevará. Yo me voy a la cama, la pantorrilla ya me empezó a doler por tanto estar parado.



Como fiel examen fijado en un calendario que no se quiere enfrentar pero aun así la fecha llega, así inició mi día.

— ¡Feliz cumpleaños a la bailarina de la casa y a la futura profesora del barrio! — Me saludó mi papá al verme desayunar en la cocina.

— ¿Qué película veremos esta noche? — pregunté añorando compartir mi tiempo con él, con mi mamá y con Mica antes de que cada uno de mis coagulados sentimientos realmente acabasen obstaculizando el fluir de la sangre por mis venas.

— ¡La que vos quieras! ¿Qué tal *El Efecto Mariposa*? Hace bastante que no la veo.

— Sí, puede ser... ¿O qué tal si mejor vemos *Náufrago*? — sugerí.

— ¡Excelente elección! ¡Las películas con *Tom Hanks* son muy buenas!

— Sí, y además el mensaje que tiene esa película me gusta.

— Es una lección muy fuerte ir a parar solo en una pequeña isla,

intentar sobrevivir con los propios medios que brinda la naturaleza y entender que el suicidio no es una opción cuando al final nunca sabemos con qué puede sorprendernos la marea.

— Emm — expresé sin saber muy bien qué decir —, sí...

— ¿De verdad vamos a ver *Náufrago* a la noche? — pareció entusiasmarse Micaela que desayunaba conmigo en la mesa —. ¡Me divierte mucho esa peli! ¡Me encanta cuando *Tom Hanks* habla con *Wilson*, la pelota! — Rio mientras abría el paquete de galletas *Pepitos*.

— Es divertido, claro que sí — dijo mi papá —. Pero la película no pasa sólo por las risas que *Wilson* ocasiona. La película va mucho más allá de eso.

— ¿Me convidás una galleta?

— Claro — me respondió Mica pasándome el paquete.

Al hacerlo, miré sus ojos de manera reflexiva comprendiendo que solamente una persona que haya sentido o que sienta la máxima desesperación frente a la vida era capaz de verse a sí mismo reflejado en aquella película. Quienes no se conmueven es porque, al no hallarles un mensaje, simplemente están viendo lo que quieren ver.

— Espero no haberme olvidado de nada. — Ingresó a casa mi mamá con las compras recién hechas en el súper chino de al lado.

— ¿Queso? ¿Aceitunas? ¿Ananá en lata? ¿Cerezas? ¿Salchichas? ¿Mayonesa y mostaza? ¿Jamón cocido? ¿Papas *Lays*? — fue enumerando mi papá —. ¿Seguro que compraste todo?

— Sí, está todo. Pero salió bastante carita la cena para hoy.

— No importa. La cumpleañosera se lo merece. — Me miró alegre mi papá.

«No, si supieras que no la merezco...».

— Aunque creo que te faltó comprar lo más importante... — continuó él.

«... porque alguien que haya dejado de alimentar su propio espíritu con anhelos, ya ni merece tampoco alimentar con comida su propio cuerpo».

— ¿Qué? ¿Qué me olvidé? — pareció confundirse mi mamá.

— Tesoro, ¿qué le faltó?

«Si él supiese que lo único que me falta son las ganas de vivir, ¿seguiría diciendo que soy una "hija de Dios ejemplar" tal como lo pronunció el año pasado en aquel tiempo que estuve de novia a escondidas?».

— ¿Tesoro?

— ¿QUÉ? — expresé al haberme llevado su voz de vuelta a la mesa de la cocina.

— ¿No te diste cuenta de que no nombré la *Pepsi*?

— Ah, sí — mentí—. Pero como la mamá sí la compró — Señalé la botella recién ubicada sobre la mesada —, no te dije nada.

Mi celular sonó anunciando que había acabado de recibir un mensaje de texto. Bebí un último sorbo de café con leche de mi taza y luego lo leí.

Era de Janaan.

— ¡Muy feliz cumpleaños, Maryam! Espero puedas disfrutar de tu día tranquila, tal como sé que lo necesitás. Aprovecho esta ocasión para recordarte que sin importar la edad que tengamos, siempre habrá un niño pequeño viviendo dentro de nosotros. No te cansés nunca de cuidar a tu niña, es única, sensible y tierna. Cuando aparezcan los problemas no te obligués a superarlos sin antes preguntarle a tu niña cómo se siente y si necesita algún recreo especial, porque créeme que después de preguntárselo la sonrisa vuelve a aparecer. ¡Te amo! ¡Contá siempre conmigo!”.

Al leer sus palabras me sentí como un globo inflado siendo levemente comprimido por la palma de una mano, sin que el colorido elemento de cumpleaños llegase a reventar. Si por medio de sus palabras me hubiese podido abrazar con aún más fuerza, de seguro la presión ejercida hacia el globo sí iba a desintegrarlo. Y desintegrar ese globo significaba contarles a las personas de mi alrededor la realidad de cómo en verdad me sentía.

— Hola Mary. — Atendí y escuché la llamada entrante que minutos más tarde comenzó a sonar.

La voz de Gabriel parecía estar siendo la otra palma de la mano que apretaba el globo con el fin de que reventase de una buena vez por todas.

— ¡Feliz cumpleaños! Ya sé que te gustaría que esté ahí con vos y que te haga cosquillas pero bueno, ya falta poco. El dieciocho de diciembre ya vuelvo a estar en casa con ustedes.

— Sí, gracias. Lo sé.

Súbitamente, toda mano dejó de comprimir el globo. De hecho parecía como si alguien desde abajo lo hubiese jalado desde su piolín para que el hogar de mis pensamientos siga siendo solamente en el silencio de mi cabeza.

Por más que quería, no podía gritar y pedir ayuda. No podía. No supe por qué, pero de verdad no podía.

CAPÍTULO 21

“Ésta será mi última vez”

Una doliente discusión entre mi mamá y mi papá me fue despertando de a poco. No bien estuve completamente despabilada, me levanté sin saber lo que había ocurrido. Fui hasta la cocina y allí estaban ambos. Entre las manos de él había un extraño papel blanco doblado a la mitad simulando ser un sobre.

— ¿Te acordás que el lunes le mandé la carta a tu abuela con un rapimoto? — soltó la pregunta al verme.

Asustada, asentí con mi cabeza.

— Respondió con una carta documento. — Me entregó el papel doblado para que lo leyese. Lo sujeté y mis manos temblaron levemente mientras continuó —: Mandó a decir por medio de un abogado que por más que seas su nieta, ella ya no te quiere como tal y por lo tanto que no se la moleste, que no quiere saber nada de vos. Ah, y además puso una orden de restricción a mi nombre.

Comprobé sus palabras al leer dicha carta documento. Corrí la silla desde la mesa y me obligué a sentarme con tal de mantener la estabilidad emocional. ¿Cómo era posible tener una familia así? Si mi abuela paterna ya no me consideraba su nieta, ¿qué era yo entonces para ella? ¿Una completa desconocida?

— ¡Yo te dije que no era buena idea mandar esa carta pidiéndole dinero! ¡Te lo dije! — habló mi mamá molesta.

— Pero la idea era que tanto ella como el tío olvidasen sus errores del pasado así como nosotros ya lo olvidamos. ¡De verdad yo quería un nuevo comienzo para todos! — dijo apenado mi papá.

— ¡PERO ELLOS NO LO QUIEREN! ¡Y MUY EN CLARO LO DEJARON AL UTILIZAR UN ABOGADO!

Dejé la carta documento sobre la mesa y regresé a mi dormitorio. Mientras caminaba, iba pensando que en definitiva así como de ignorada estaba siendo por mi abuela y por mi tío, yo estaba haciendo lo mismo pero hacia la etapa final de la construcción de mi Academia.

Supongo que cuando una persona o un anhelo ya no significan nada en nuestro corazón, las palabras por sí solas ya son demasiado livianas para atestiguar lo insignificante que acaba resultando algo que tiempo atrás nos solía cargar de cariño y alegría el alma.



Mi mamá se encontraba junto al planchador acomodando prendas de vestir cuando, al pasar yo por el pasillo principal de casa a fin de ir hasta el baño de mi Academia para analizar que Ignacio estuviese instalando el lavatorio sin equivocaciones, inesperadamente me preguntó:

— Mary, ¿al final ya le enviaste la planilla de inscripción a la organizadora? Digo, por el certamen que habrá en La Merced el próximo fin de semana.

¿Por qué tuvo ella que haber visto la foto de publicidad en *Facebook* en donde una profesora organizadora me había etiquetado informándome acerca de aquel concurso? De haber visto yo la noticia en primer lugar, de seguro me hubiese encargado de borrar la etiqueta en la foto publicitaria con tal de ir quitando de a poco cualquier motivo que siguiera coaccionando a mis alas.

— No, no se la envié.

— ¿Todavía no se la enviaste? — repitió confundida —. ¿Por qué no se la enviaste? ¿Qué no querés participar o qué?

— Es que...

Mentir me resultaba tan fácil las últimas semanas que de repente hablé lo primero que se me fue a la cabeza.

— ... prefiero que sigamos avanzando con la Academia. No quiero que se vaya el dinero en la participación de un certamen.

— ¿De qué hablan? — Apareció inesperadamente mi papá quien había acabado de regresar de fisioterapia —. Desde el living que las venía escuchando.

— Maryam quiere sacrificar el concurso que se hará en La Merced por la construcción — dijo mi mamá.

— Pero, ¡tesoro! El precio de los solistas en este concurso está muy barato, y supongo que eso se debe a que es el primero que esta profesora está organizando. Además, La Merced está tan sólo a poco más de media hora de viaje, no tenemos que hospedarnos en un hotel ni nada. ¿Seguro que no querés ir?

No, no quería participar. Pero aun queriendo explicarles el porqué a ambos, ¡NO PODÍA! ¿HASTA CUÁNDO MÁS LOS PENSAMIENTOS SEGUIRÍAN TORTURANDO A MI MENTE DE ESA MANERA TAN AMORDAZANTE?

— Tené en cuenta que estamos en noviembre, Mary. Este es el último mes de competencias en el mundillo de la danza.

— Si yo estuviera en tu lugar — me dijo mi papá — iría por dos claras razones: la primera, continuar adquiriendo experiencias y, la segunda, ¡para que por primera vez ya llevés el nombre de tu Academia a un concurso!

Insensible ante todo, finalmente pensé con desinterés en sí realizar el corto viaje para participar. Quería acabar con todo. Quería despedirme de la danza y de la sensación que solía provocarme al pisar un escenario. Tanta felicidad y aprendizajes me regaló durante años que, si yo continuaba permaneciendo con ese espíritu tan oscuro y tan vacío, aquel precioso arte ya no me merecía. De hecho, quizá por eso mismo es que ya no podía embadurnar mis alas con ilusiones, con alegrías, con buenos sentimientos y con recuerdos.

— De acuerdo, sí vayamos — les concluí a mis progenitores.

— Envíale con tiempo entonces a la organizadora tus datos para la inscripción — mencionó mi mamá.

— Sí, ahora mismo lo hago.

Al hacer el trámite menor a través de *Facebook*, ahí mismo recordé que quien estaría de jurado sería ¡Samia! Mataría dos pájaros con un solo balazo al cortar definitivamente mis alas y, además, al pedirle a la bailarina de Buenos Aires que de mi parte le transmitiera a su amiga Shanell lo mucho que pudo inspirarme en la danza a través de la pantalla en la computadora. Estaba claro que nunca la conocería personalmente como sí las había conocido a Larissa y, a ella, a Samia. Pero al menos quería dejar tranquila mi conciencia de que por lo menos Shanell habría de saber que una bailarina salteña la admiró demasiado.

Sí... de verdad acabaría con todo. Porque sólo así se consumiría la tétrica jaula en la que mi alma se hallaba prisionera. Buscar una manera en cómo detener para siempre a mis pies era lo de menos.



— Maryam, ¿estás bien? — habló Graciela al ver que me hallaba sentada en uno de los silloncitos observando mi caderilla sin todavía ponerme —. Hoy estás súper rara...

Levanté mi cabeza y, a lo lejos, la miré a Janaan junto al equipo de música, prácticamente al lado de los espejos. Emití un grito de auxilio que salió desde lo más hondo de mi garganta. El grito fue mudo para toda la Academia, mas no para mí. Estaba claro que por más que mi alma quería contarle a la profesora de mis sueños lo que mis pensamientos me estaban obligando a hacer, ¡mi mente me imponía completo silencio! Pero al menos en tres días, luego del concurso en La Merced, todos se habrían de enterar.

— ¿Maryam?

Parpadeé y miré a mi compañera que estaba ubicada enfrente mío.

—Hola Graciela.

—Ya nos saludamos hace rato — pareció confundirse.

Guardé silencio y mis pensamientos volvieron a esconderme. Seguí sujetando mi caderilla sin animarme a atarla alrededor de mi cadera. No quería afrontar la realidad de tener que utilizarla por última vez.

No obstante las palabras de mi compañera le obligaron a mi mente a removerse.

— ¿Puedo preguntarte algo?

— Sí.

Se ubicó en el silloncito contiguo mientras su habitual cabello peinado en cola de caballo oscilaba por su espalda y, hablando en voz muy baja, siguió:

— ¿También estás mal porque te molesta tanto como a mí las actitudes de Analía? Es súper feo que siendo todas partes de un Ballet ella se crea “la superior” corrigiendo a sus compañeras en las coreos cuando en realidad ese es el trabajo de la profesora, o sea de Janaan.

Sí que había notado las actitudes en Analía con aires de superioridad hacia el grupo desde hacía poco más de un mes. Sin embargo, a mí no me afectaba en absoluto. No sé si porque al ya haber pasado por aquella amarga experiencia en un anterior Ballet ya nada podía impresionarme, o bien no me afectaba porque en definitiva mis alas soñadoras desde hace tiempo que estaban bloqueadas en una oscura parálisis de sueño sin poder reaccionar para lograr despertar.

— ¿Te acordás que el jueves pasado Janaan nos sentó a todas y nos habló pidiéndonos que no haya divisiones entre nosotras? ¿Te acordás o no? Fue muy lindo de su parte hablarnos sobre que no tenemos que ser competitivas pero es obvio que Analía sigue sin entenderlo.

Ajena a los detalles que al parecer Graciela continuaba percibiendo en dicha compañera, simplemente asentí con mi cabeza.

— ¿Te diste cuenta de cómo me anda saludando en los últimos ensayos? Está siendo súper cortante ¡pero sólo conmigo! ¿Qué le hice yo?

— Y bueno... — hablé sin ganas —, fuiste la primera en comentarle a Janaan que sus actitudes te andan molestando.

— ¡PERDOOOON, MUCHACHAS! Ya sé que llego diez minutos tarde pero bueno, el colectivero venía de leeeento. — Atravesé inesperadamente Analía las cortinas de entrada.

— Hablando de la chica X... — Rio Graciela al intercambiar una mirada conmigo.

— ¡Ahora sí que están todas, empecemos! — avisó Janaan —. Hoy les termino de marcar los cuarenta segundos de música que quedaron pen-

dientes de la coreo de percusión durante la clase pasada.

Me aparté del silloncito y me ubiqué frente a los espejos en la parte de adelante hacia la izquierda -mi lugar estipulado en la coreografía-.

—Mary, ¿y tu caderilla? —me preguntó Janaan de repente.

—Emm... hoy no la quiero usar.

Con su peculiar mirada que a veces hasta parecía desnudar mis pensamientos, se me acercó y me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada —mentí con naturalidad—. ¿Por qué la pregunta?

—Camila por favor encargate de poner el tema —le avisó a una de las chicas—, es el número dos. El pendrive ya está puesto. Ensayen todo el comienzo y ya enseguida les marco el final. —Sujetó con su mano mi muñeca y los latidos de mi corazón empezaron a elevarse por temor a que descubriese mi oscuro secreto—. Ya vuelvo —acabó diciendo hacia las demás.

—¿Y por qué te la llevás a Maryam? —la detuvo Analía con mirada curiosa.

—Necesito hablar con ella. Por favor ensayen chicas, ya vuelvo. Ya volvemos.

Sorpresivamente, la recepción estaba habitada de varias madres que ansiaban preguntarle a Janaan detalles sobre las lentejuelas y los canutillos en los trajes a ser utilizados en el espectáculo de la Academia.

—Cierto que me estaban esperando para charlar —habló Janaan estresada. Soltó mi mano y me dijo—: Sentate y ya enseguidita hablamos.

Entretanto más lo pensaba, peor me sentía. Menos lo pensaba y peor me ponía. Tan dolorosa era la vida para mi alma que, ¿por qué dejar que continúe empeorando? Mi espíritu parecía envuelto en alquitrán, y si no quería que ardiese debía quitarle el oxígeno. Así funciona la ley de la naturaleza.

—¿Los flecos de canutillos en la pollera deben ir alrededor de toda la cadera o sólo en la parte de adelante? —habló una de las madres.

—¿Pero que no habíamos quedado la última vez en sólo ponerlos por delante? Son polleras para niñas, no tienen por qué tener flecos en la cola —comentó otra.

—Les avisé con tiempo lo del bordado —dijo Janaan—. Ahora deberían ponerse de acuerdo entre ustedes para asegurarnos de que los trajecitos de las peques queden igualitos.

Sin poder sentarme debido a que todas las mamás presentes estaban ocupando las sillas, me apoyé contra la pared. Miré el suelo clavando mis ojos en una hebra suelta de la alfombra bordó de entrada. Segura-

mente si tiraba de ella, toda una zona se descosería entera. Oí la percusión que mis compañeras del Ballet ya estaban ensayando sin mí y, por un instante, pensé qué podría significar para ellas que quedase un lugar vacío en la coreografía.

Mientras las señoras continuaban debatiendo, de repente Janaan se apartó de su silla. Al acercarse hacia mí pensé que mucho ya no importaba que fuese yo la que estaba sufriendo cuando al final también les estaba causando problemas y pesos innecesarios a quienes me rodeaban.

—Entonces... ¿qué te anda pasando?

—Nada —insistí.

Negó su cabeza soltando una sonrisita de costado como diciéndome que hablase, que a ella no la podía engañar.

—Janaan, ¿los breteles del corpiñito también van con lentejuelas plateadas que no? —nos interrumpió una de las mamás.

—Sí, así es, con lentejuelas plateadas. —Se volteó hacia ellas a modo de respuesta. Luego regresó su mirada sobre la mía y me dijo—: Ojalá pudieras mirarte a través de mis ojos porque al menos serías consciente de lo mucho que te valoro. Además así entenderías lo luchadora que sos y la valentía e inteligencia que tenés guardada adentro.

Sentí la necesidad de abrazarla y, al hacerlo, mi garganta volvió a emitir aquel sordo grito. Mi alma estaba por demás agradecida con aquella mujer llena de preciosos valores de vida; pero mucho no servía que ella me amase cuando en definitiva yo misma había dejado de amar ese reflejo que proyectaba el espejo hacia mí.

—¿Ya me puedo ir? —le pregunté al mismo tiempo de soltarla.

—Sí, mi niña, vaya nomás.

«Lo haré, créeme que lo haré» pensé con determinación regresando al ensayo.



No bien mi papá, mi mamá y yo llegamos al *Complejo Deportivo de La Merced* -sitio en el cual se realizaba el concurso- vi la elevada tarima de madera ya perfectamente armada y decorada con telas, posicionada enfrente de cientos de sillas blancas de plástico. El color de los peculiares asientos eran el evidente contraste de cómo estaba mi mente y eso de inmediato me recordó en dónde habría de acabar mi espíritu. Eché mi cabeza hacia atrás para ver lo altísimo que era el techo del *Complejo* y luego bajé mi vista hacia las baldosas del suelo.

«Es más fácil pensar en cosas feas que en cosas bonitas porque el mal

va cuesta abajo, no cuesta arriba como el bien» me juzgué a mí misma.

—¿Esa no es la bailarina de Buenos Aires? —Señaló mi papá hacia la leve y pequeña elevación de madera manteniendo en su centro la mesa del jurado—. ¿Ella es la que dictó aquel seminario la noche que se nos rompió la manguera de nafta o no? ¿Cómo es su nombre?

—Samia —contesté.

—¿Y la que está sentada a su lado quién es? —preguntó mi mamá.

—No sé su nombre pero sé que es la que evaluará a las bailarinas de danza clásica.

—Aaah, sí. Cierto que este concurso es para ambas danzas.

Caminamos hasta las sillas de más adelante y allí nos ubicamos. Apoyé mi sable sobre mis piernas deseando que este tuviese filo para que pudiese lastimarme incluso a través del pantalón.

—Ya casi van a ser las tres. ¿Te querés ir cambiando o todavía no?

—Voy a ver cuántas coreografías participantes hay y según eso veo en qué número de orden estoy —le dije a mi mamá mientras dejaba el sable desamparado en la silla de al lado.

Caminé sin ánimos entre medio del resto de las bailarinas y público en general que continuaba ingresando al *Complejo*. Los huesos de mis piernas deambularon por el espacioso lugar mientras sentía cómo el peso de mi propia alma se hacía insoportable frente a aquel especial escenario. Llegué hasta su parte de atrás dando por hecho que allí debía encontrarse el listado de participantes con sus respectivos números de orden, pegado por algún sector de la pared.

—¡Maryam! —Me sobresaltó la voz de alguien.

—¡Eh, Gisela! —La saludé asombrada sin saber que estaría allí.

—¿Cómo andás? ¡Tanto tiempo! ¿Cómo va la construcción de tu Academia? ¡No sabés lo felices que están mis alumnas con la danza desde que les dictaste tu seminario!, sobre todo las más grandes están así de entusiasmadas.

Sin saber qué decir o qué pregunta responder primero, simplemente expresé:

—¡A mí también me encantó mucho compartir aquella tarde con ellas! ¿Las trajiste para que compitan hoy?

—Sí, pero solamente a algunas. Viste que recién este año inauguré mi Academia y el nivel en las alumnas no está excelente como para que ya se atrevan a competir en un evento.

—Claro, está muy bien. De a poco hay que ir haciéndolas crecer, no todo de golpe.

—Ahora están en el baño terminando de vestirse y maquillarse.

Después andá a saludarlas que van a estar el doble de felices al saber que estás acá.

—Sí ya iré a prepararme yo también y ahí las veré — me obligué a reflejarle alegría.

—¿Tu Academia cómo va? ¿Ya es un hecho que arrancás con todo ahora en marzo no? ¡Hace unas semanas te vi por la tele, estuviste increíble!

Desconociendo en mí misma qué tanta verdad o qué tanta mentira había en mi mente, dije:

—Sí... la idea es terminar con la construcción para marzo pero...

—¿Dimín y Cortez, verdad? — nos habló de repente la profesora organizadora cargando consigo muchos papeles. Era muy jovencita, con cabello largo de color negro.

—Sí — afirmamos Gisela y yo al unísono.

—¡Genial! Las reconocí gracias a las fotos del *Facebook* — expresó con confianza —. ¿Tienen el importe justito para las inscripciones? ¡Porfa digan que sí porque ando medio seca con los vueltos!

—Yo sí tengo justito. — Extraje los billetes desde el bolsillo trasero de mi jean.

—Yo creo que no — dudó Gisela abriendo su bolso.

—¿En qué número está mi coreografía con sable?

—A ver... ya te digo — me respondió la joven organizadora leyendo entre sus papeles —. Mmm... Maryam Dimín... Diecisiete años... Danza con Sable... Categoría Profesional... Ciudad de Salta...

Impaciente, ubiqué un mechón de mis rulos detrás de mi oreja derecha.

—Sos el número setenta y siete.

—¿El setenta y siete? — Me sorprendí sin poder aceptar que tuviese que esperar casi toda la tarde para recién despedirme de la danza.

—Sí, el setenta y siete. Pero en diez minutos ya arrancamos, las juezas están listas y las bailarinas de los primeros números también. Así que calculo tipo seis o siete de la tarde bailarías. Hay solamente ochenta y dos coreografías así que la entrega de premios no será muy de noche tampoco.

—¿Me podrías recordar cuántas coreografías presentan mis alumnas? — habló nerviosa Gisela —. Tengo un lío de billetes en mi cartera y ya me estoy estresando.

—¡Tranquila! — pareció calmarla la organizadora —. Si vos bailaras algún solista deberías estar estresada. Pero sólo tus alumnas son las que bailarían, así que tranquila — repitió.

—Me voy, un gusto conocerte — le dije.

—¡Encantada, Maryam! — Me sonrió —. Estaré ansiosa por verte con el sable, ¡sos la única en todo el concurso que bailará con ese difícil elemento!

—¡Yo también estaré ansiosa de verte bailar con ese elemento! — completó Gisela.

¿Así es como lo tildaban al sable el resto de bailarinas? Por el contrario, yo lo acreditaba como mi elemento de danza favorito, así sin más. Aunque eso era en los viejos tiempos... Ahí mismo simplemente era un elemento incapaz de lastimarme.

En lo que se iban desarrollando los setenta números participantes durante la tarde, miraba desde las sillas a las bailarinas de danza árabe y a las bailarinas de danza clásica, respectivamente, trenzar sus alegrías, sus sentimientos y sus nervios sobre el escenario. Tanto Samia como la otra jurado observaban atentas las coreografías, incluso por sus sonrisitas y murmuraciones se podía comprobar lo complacidas que estaban de analizar tanto arte. No obstante, en mi caso, por primera vez en mi vida no pude aplaudir a ninguna de las bailarinas al finalizar cada una de las presentaciones. No podía. Algo poderosamente oscuro y eclipsado me lo prohibía.

—¿Vamos ahora? —Acaricié de repente mi rodilla mi mamá—. Sólo faltan siete números y ya te toca.

—Sí, vamos.

Fuimos al baño y, para mi sorpresa, se hallaba completamente vacío. Me vestí con el pantalón violeta elastizado exclusivo para hacer contorsiones y giros con el sable y, sin romper la tradición, ella acabó prendiendo mi corpiño.

—NÚMERO DE ORDEN SETENTA Y DOS... —Escucharon mis oídos a lo lejos a través de los altavoces del *Complejo* mientras me acomodaba los brazaletes con piedritas de strass en ambas extremidades—. MODALIDAD: DANZA ÁRABE...

—¿Te dejo sí? —me avisó mi mamá—. Con tal no estamos en una biblioteca —Soltó una risita.

Le asentí con la cabeza forzándome en retribuirle una sonrisa también mientras, por dentro, me pregunté si había una razón por la cual su útero me albergó aun teniendo en cuenta que no fui buscada como sí lo fueron Micaela y Gabriel.

No bien estuve sola apoyé mis manos sobre el borde de uno de los lavatorios y me obligué por última vez a mirarme frente a un espejo. Mi oscura sombra de ojos y mi impecable delineado me observaron como diciéndome “Vas a hacer lo correcto, no te vas a arrepentir”. Asustada, parpadéé y bajé mi mirada hasta mis manos al mismo tiempo de percibir en mis párpados la minúscula textura de las pestañas postizas. Dos pulseras violetas -a juego con el traje- cubrían mis muñecas como si levemente quisiesen tapar mis finas venas por encima de la piel.

—NÚMERO DE ORDEN SETENTA Y TRES... MODALIDAD: DANZA CLÁSICA...

Me aparté del lavatorio e inquieta me puse a caminar de un lado a otro a lo largo del propio baño. Mi espíritu parecía alborotado. Y lo entendía, estaba cansado de existir. Llevaba diecisiete años con catorce días infundiéndole vida a mi cuerpo, a mi carne, por medio de la respiración y por medio de los latidos del corazón. Asimismo lo hice también durante los nueve meses de gestación, pero con la clara diferencia de no haber sido yo la que se aseguraba de que los pulmones estuviesen trabajando bien al igual que el corazón.

—Disculpá, ¿vos sos Maryam Dimín? —me habló una chica de unos dieciocho o diecinueve años desde la puerta.

—Sí, yo soy. —Detuve de golpe mis desordenadas caminatas en el interior del baño.

—Dice mi profe, o sea la organizadora —se corrigió—, que vayás yendo al lado del escenario.

—Bueno, ahí voy.

Salí del baño y en medio de las curiosas miradas de la gente, me dirigí hacia las sillas del público donde estaban ubicados mis progenitores. Recogí el sable como quien recoge una bolsa de residuos, sin cuidado y con asco; pero sobre todo sin amor. A unos setenta centímetros de mí, mi ingeniero me guiñó el ojo y luego de hacerlo pude leer en su mirada su chispa de entusiasmo envuelta de fe y de esperanza diciéndome algo así como “Estamos muy cerca de terminar de hacer realidad tu sueño”.

«Sí pero estoy huyendo de él. Es mi decisión. Es mi vida» le devolví una sutil mirada revuelta de odio y temor hacia el mundo pero sobre todo hacia mí misma.

Me encaminé hasta uno de los laterales del especial escenario y allí permanecí con mi sable en mano hasta que llegó el momento. El locutor emitió mi nombre y el nombre de mi Academia mientras mis descalzos pies fueron subiendo los escaloncitos hasta situarme en el centro del escenario. En mis diagonales se hallaban dos potentes reflectores blancos que no sólo irradiaban luz sino que también parecían esforzarse en calentar con su suave incandescencia mi congelado espíritu. Los miré a ambos recordándoles que ya había tomado mi decisión.

El DJ largó la música y ahí mismo comenzó a sonar *My Heart Will Go On* en versión árabe. Mientras las tristes ondas sonoras de la canción se esparcían por el *Complejo Deportivo de La Merced*, fui realizando aquella misma coreografía que presenté frente a Larissa cuando nos vimos durante el invierno, sin saber que horas después habríamos de compartir juntas un café.

Mis labios no sonreían, pero tampoco estaban tristes; simplemente se hallaban tiesos y eran la viva imagen de que detrás de ellos, en el fondo, se hallaba guardado un secreto del cual sólo mis pensamientos eran testigos.

Mas al momento de llegar el estribillo de la canción, mientras realizaba un rol hacia atrás manteniendo en excelente armonía al sable sobre la planta de mi pie derecho, un agonizante tirón se explayó en mi panza, más específicamente en la parte baja de mi abdomen. El leve pero punzante dolor me desconcertó, pero no podía detenerme y optar por bajar del escenario y pedir ayuda. No podía.

«Ésta será mi última vez» me recordé mientras desde el escenario continué concentrada en la melodía junto al equilibrio del sable. Quería en aquella lejana eternidad en la que iba a estar, rememorar por siempre esos cuatro minutos y medios de la mejor manera posible y, además, que el público allí presente lo recordase también de la manera más completa.

Cuando el instante de realizar la pose final llegó, cientos de manos aturdieron mis oídos por medio de los aplausos. Desde lejos logré mirar una tierna sonrisa en el rostro de la jurado de danza clásica, mientras a su lado Samia parecía terminar de escribir la devolución, pues tenía la cabeza hacia abajo.

Antes de abandonar el escenario, todavía agarrando mi sable, me dejé encandilar una vez más por esos dos potentes reflectores blancos. Percibí unas irresistibles ganas de gritar y de llorar, deseando que alguien pudiese sentirme desde adentro para que supiese exactamente cómo me encontraba y, desde ahí, poder ayudarme de alguna manera a reencontrar la luz de la vida.

Pero era imposible.

Únicamente yo sabía la magnitud y la intensidad de mis emociones, de mis pensamientos y de mis sentimientos. Por lo tanto asfixiar mi vida junto a mis sueños era la salida.

Las plantas de mis pies se enfriaron nuevamente al apoyarse en las baldosas, mientras mis ojos de reajo parecían despedirse de la calidez de las maderas del escenario. Acaricié mi panza y sentí algo raro en la boca de mi estómago. No me dolía tal como sí lo fue el tirón sentido durante la coreografía; pero fuese lo que fuese que hubiese ocurrido, daba igual. Mi piel adquiriría otro color antes de que la luna en el oscuro cielo se ocultase.

—¡Te juro que nunca antes vi bailar en vivo a una profesora que exprese tanto pero tanto por medio de sus coreos! —Escuché una desconocida voz por mis espaldas.

Me volteé y una chica adolescente, peinada con una llamativa trenza cocida en el nacimiento de su frente, me sonreía emocionada de oreja a oreja. Sobre la parte izquierda de su camiseta blanca se leía en pequeñas letras celestes ANGÉLICA.

— ¿Te puedo dar un abrazo? ¡Soñé con este momento por más de un año! ¡Qué sorpresa encontrarnos acá!

— ¿Por qué siento que ya nos conocemos? — le pregunté entre mareada y confundida.

— Te sigo por *Facebook*. ¡¡¡¡¡Sos mi ídola!!!!

Aporté mi sable con cuidado sobre las frías baldosas y, extendiendo mis brazos hacia ella, le expresé:

— ¡Angélica! ¡Perdón por no reconocerte!

La envolví en mi pecho sin saber si era yo quien estaba refugiando sus sueños e ilusiones junto a mi duro corazón o si era ella quien, sin saberlo, intentaba aflojar los míos.

Perturbada ante lo que mi espíritu estaba sintiendo, de repente la solté. Me sentí demasiado rara, semejante a estar bajo el agua queriendo llegar al fondo de una piscina para tocar el suelo con las manos, pero descubrí que es mucho más hondo de lo que pensaste. Y entonces seguís ahí... pataleando nerviosa y confundida en la superficie.

— Cuando abrás tu Academia, ¡seré la primera inscripta! — dijo sin dejar de sonreírme mientras sus ojos no paraban de brillarles debido a la emoción.

— ¡Pero tu profesora es increíble! ¡Y me imagino que tus compañeras también! No deberías cambiarte de Academia...

— Mi profe es increíble y muy buena, es verdad. Y mis amigas también. Pero mi profe no es mi ídola, ¡vos sí lo sos!

«Cuando me vaya, allí entenderá que su profesora es la única ídola que puede tener» intuí en mis oscuros pensamientos.

— Y ASÍ DAMOS POR FINALIZADO ESTE PRIMER CONCURSO AQUÍ EN LA MERCED CON SUS OCHENTA Y DOS COREOGRAFÍAS PRESENTADAS. — Se escuchó por los parlantes de repente —. EN CINCO MINUTOS SE HARÁ LA ENTREGA DE PREMIOS.

— Angélica, debo ir a vestirme. Fue lindo conocerte en persona.

— ¡FUE HERMOSO! ¡UN SUEÑO CUMPLIDO! — Se despidió de mí contenta.

Me encontré con mi mamá en el baño tal como habíamos arreglado con antelación. Me saqué el traje que, amoldado a mi piel debido a la transpiración, parecía no querer desunirse de mí. Con desaliento me preparé con mi jean y mi remera para la premiación. Le pedí a mi papá que se encargase de mi sable diciéndole que si quería podía ir guardán-

dolo en el baúl de la *Kangoo* pues, en definitiva, no lo vería nunca más.

—Categoría Profesional —habló la organizadora por medio del micrófono un momento más tarde—, Modalidad Danza Árabe, Danza con Sable, Maryam Dimín, Ciudad de Salta, ¡MEDALLA DE ORO!

Me alejé de la silla con apatía y, caminando entre el público, observé que las personas aplaudían con fervor y con alegría mientras me veían subir al escenario a recibir el premio. Samia estaba sosteniendo la medalla entre sus manos con una impecable sonrisa. Al arrimarme hasta ella, la ubicó en mi cuello mientras me dijo:

—Realmente estuviste preciosa. ¡Tenés una técnica impecable, Maryam!

Frente al público presente, frente a mis progenitores, frente a ambas juezas, frente a las demás bailarinas participantes y frente a la joven profesora organizadora, yo había ganado el primer puesto. Pero lo que todos ellos desconocían es que, frente a mí misma, podía de mi cuello estar colgando una reluciente medalla dorada mas desde el centro de mis alas caía la medalla más oxidada, sucia, desgastada, pisoteada y olvidada que haya podido existir. Porque los shows que en verdad cuentan no son los que se hacen en público sobre un escenario sino más bien aquellos que se presentan por dentro, a escondidas. Esas luchas invisibles son las únicas que importan. Y yo la había perdido.

—Samia... —me apuré en decir antes de que prosiguieran con la premiación y subiesen más participantes al escenario a recoger sus premios—. Sé que vos y Shanell son grandes amigas, ¿podés darle mis saludos? ¡La verdad que la admiro muchísimo!

—Claro, Maryam, no hay problema —dijo a modo de respuesta—. Ya mismo cuando acabe la premiación le mando un mensajito. Porque hasta que regrese a Buenos Aires y nos veamos, puede que se me olvide —se sinceró.

—Gracias, Samia. Y muchas gracias por todo.

Bajé del escenario mientras la medalla de oro parecía bailotear sobre mi remera. ¿Acaso tanto le costaba asumir que la otra medalla, desde el centro de mis alas, yacía dura como un metal?

Percibiendo cómo mi espíritu desbordaba obstinación en mi caminar hasta el baño como un futuro cementerio en tinieblas, no me di cuenta de que un grupo de chicas se hallaba obstaculizando mis propios pasos.

—¿Podemos hacernos una foto?

—¡Sos increíble bailando!

—Y no, no sólo increíble bailando sino también muy creativa.

—¡Tu premio está más que merecido!

— ¿Cómo es tu *Facebook*, me lo podés pasar?

Repentinamente dejé de patear en plena superficie al advertir una sombra en las afueras de la piscina. Tenía miedo. Por supuesto lo seguía teniendo, pero el que hubiese una sombra reflejaba que por algún lugar había un rayito de luz.

— Muchas gracias, chicas. Gracias de verdad.

— Nuestra profe es la que organizó todo esto — dijo una de ellas —, ya luego le pediremos que te contrate para que te haga volver acá a La Merced así nos das un seminario de sable.

— Eso sería muy bonito — hablé con sinceridad.

— ¿Es muy difícil bailar con sable no? — preguntó otra de ellas.

— Sí... pero creo que si las dificultades no existiesen la danza sería muy aburrida, ¿no les parece?

— Además de gran bailarina, ¿sos una gran inspiración como persona! — soltó con emoción otra de las adolescentes.

— ¿Puedo pedirte una foto yo también? — Se acercó un chico con su peculiar vestuario masculino de danza —. Vengo de Jujuy, más específicamente soy de Palpalá. Hace poco que empecé a bailar árabe y... ¡y no puedo creer que hoy haya conocido en vivo a una bailarina que sepa llegarle a la gente, al público!

El chico parecía de mi misma edad por más que su peculiar flequillo le tapaba gran parte de la frente haciéndole parecer un poco más pequeño. Estuve a punto de agradecerle por lo que me estaba expresando, sin embargo siguió:

— Bailar con la música del *Titanic*... ¡qué creativa que sos, por Dios! A la música la suelen tildar como triste pero si se conoce bien la letra en inglés, ¡es bella!

«¿Lo es?» mi espíritu dudó al sentir cómo la sombra en mi interior parecía ir ensanchándose un poco más.

— Sobre todo el estribillo lo es... “Estás aquí, no hay nada que temer. Mi corazón seguirá latiendo... no sé cómo pero sé que el amor permanecerá”, ¡esa parte es demasiado preciosa! Te soy honesto, me hiciste llorar mientras te vi bailar.

A los pocos segundos -a modo de despedida- las alumnas de Gisela se me acercaron y me dieron abrazos. Allí mismo, por delante, se acercaron mis progenitores con sigilo, como si no quisiesen interrumpir esos espontáneos momentos que la propia danza se encargaba de hacer surgir.

— Te acabamos de comprar una botellita de *Pepsi* y sanguchitos. Te esperamos afuera en la *Kangoo*.

A lo lejos, miré de reojo el baño y la soledad que lo habitaba desde

su puerta, simulando ser en verdad un cementerio frente a los oscuros pensamientos que habitaban en mi espíritu. Ubiqué mi mano debajo de mi nariz asegurándome de que había aire. Todavía respiraba.

«¡ESTOY VIVA!».

Recordé el pasado abrazo con Angélica y luego volví a posicionar mi mirada sobre el grupo de adolescentes que tenía enfrente, como así también sobre el chico de flequillo y luego sobre las alumnas de Gisela. De inmediato me despedí de todos ellos con respeto y, apurada, perseguí las pisadas de mi papá y de mi mamá.

— ¡Eh! — Se sorprendió ella al ver que me encontraba siguiéndoles—. Seguí con tus admiradores si querés. El aviso de la *Pepsi* y los sanguchitos no era para que te despidás de ellos ya mismo.

— Tesoro, ¿estás bien? — Se preocupó él al ver de repente pasearse unas lágrimas por mis mejillas.

¡¡¡Estaba viva!!! ¡Mi espíritu continuaba infundiéndole respiración a mi cuerpo! ¿Cómo no estar bien?

— La danza sigue haciéndome feliz... — fue lo único que pude pronunciar con claridad.

Toqué mis párpados asegurándome de que las pestañas postizas siguiesen allí conmigo cuando, de pronto, una desconocida señora que salía a nuestra par por la puerta principal del *Complejo*, me exclamó:

— ¡Seguí brillando de la forma que lo hacés, sos puro arte!

Carraspeé mi garganta para aclarar mi voz y añadí:

— ¡Muchas gracias!

Era un hecho que la oscuridad ya no me provocaba miedo pero, por el contrario, el poquito haz de luz que se estaba proyectando hacia mi espíritu era la sombra más alarmante. Estaba completamente desorientada. Mis pensamientos habían dejado de sumergirse en la hipotética piscina, sin embargo todavía percibía con entera precisión cómo mi alma persistía encerrada en una jaula. No sabía qué habría de ocurrir de ahí en más. No sabía qué hacer. Ya ni sabía cómo describir lo que sentía y lo que deseaba.

— Y bueno, mañana ya de vuelta a la rutina con el albañil — dijo mi papá al conducir la *Kangoo* durante el regreso hasta Capital.

Masticando un pedacito de jamón y queso con pan de miga, consernada miré a través de la ventanilla y me pregunté por qué la brillantez de las estrellas sólo es visible durante la noche, y jamás de día.

CAPÍTULO 22

“¡Cristo, por favor salvame!”

Al día siguiente, durante el mediodía, mientras revisaba que la carga del video de la coreografía con sable se estuviese subiendo de manera correcta a mi cuenta de *YouTube*, inesperadamente sonó un mensaje privado desde la pestaña de *Facebook*.

— Un pajarito me contó que me mandaste un saludo... ¡Muchas gracias, hermosa! ¡Gracias de todo corazón! Dios te bendiga 777 veces en tu vida y prospere esto que tanto amás hacer al igual que yo: bailar. ¡Un besito desde aquí de Buenos Aires!

Al leer el mensaje, aferré con fuerza mi mano en el mouse de la computadora, asimilando la solidez de la realidad. La última bailarina de mi lista de inspiraciones me escribió, eso era un hecho. Lo vertiginoso estaba siendo rendirme a la idea de qué hubiese sucedido con exactitud si mis ojos jamás presenciaban aquel tierno mensaje.

— ¡Gracias Shanell, gracias por ser tan buena! ¡¡¡Te admiro con toda mi alma!!!

— Waaaaaaw, ¡gracias! — Continuó escribiendo—. Por cierto, ¡felicidades por tu Academia! Hace rato vi tus fotos y es divina, ¡está quedando hermosísima!

Puse la mano sobre mi pecho y sentí cómo latió mi corazón. Di un gran suspiro que logró empañar la pantalla, preguntándome si era adecuado pedirle consejos por más que no nos conociésemos en absoluto.

— Me imagino lo difícil que debió ser todo al comienzo — Mantuve mi espíritu fijado en cada una de sus sorpresivas palabras, las cuales parecían intensificar aún más mi escondida sombra— y más ahora en la etapa final. Pero bueno, así es esta vida terrenal. A veces lo que tanto deseamos se nos hace súper difícil de conseguir y nos bajonea mucho porque no entendemos por qué nos tiene que costar tanto. Pero mientras más amarga sea la lucha, más dulce será la victoria. Y es en esas luchas donde más tenemos que buscar a Cristo para que nos ayude, nos de fortaleza y... nos salve.

— Shanell, ¿puedo preguntarte algo? — Escribí de repente.

— Claro, hermosa, ¿qué es?

— ¿Por qué creés que algunas personas se suicidan? ¿Es por falta de fe... en Dios... o no?

Leyó el mensaje y un misterioso silencio hubo tras la pantalla. Podía percibir el singular sosiego incluso estando a unos 1500 *km* de distancia.

— Y prácticamente sí — respondió instante después— porque algo

así se hace cuando uno se siente perdido y sin salida, pero en realidad Dios nos ofrece eso ¡Y MÁS! Nada, absolutamente nada es tan grave como para tomar esa decisión.

«¿Pero y entonces qué se hace?...» pensé aturdida por dentro.

—Nunca deberíamos pensar las cosas con mucho detenimiento en momentos de angustia ni incluso en momentos de mucha felicidad porque “*engañoso es el corazón*” (*Jeremías 17:9*) —Siguió tecleando—, por lo tanto nuestros estados de ánimos siempre van a confundirnos: o está todo perdido o somos los dueños del mundo.

«¿Cómo habrá que manejar entonces las emociones frente a las adversidades de la vida y más todavía frente a un extraño vacío espiritual?» reflexioné.

—Me perturba un poco tu pregunta ya que no sé a qué viene, pero deberías estar tranquila si sos creyente, hermosa. Sea lo que sea dejá todo en manos de Dios... Él nunca te va a llevar a lugares malos. Al contrario, somos nosotros quienes a veces tendemos a tomar malas decisiones.

—Sí... estoy tranquila —Escribí percibiendo mis sentimientos un tantito enredados—, sólo que a veces me desespera la vida, o no sé... muchas veces no lo entiendo a Dios.

—No siempre entendemos por qué Dios hace ciertas cosas, es verdad, pero lo que sí te puedo asegurar es que todo lo que estés atravesando es parte de un gran plan para tu vida. Con amor, con paciencia y con fe lo vas a ir descubriendo.

—¿Y si no lo descubro nunca?

—¡Lo vas a hacer, hermosa!

—¿Y cómo estás tan segura de eso?

—Porque Sus planes son el medio que Él mismo utiliza para que una persona le vaya conociendo. Y más alguien como vos que evidentemente está muy hambrienta de las cosas espirituales.

De repente, una desconocida paz envolvió a esa sombra en mi interior. Aún quedaba un poco de oscuridad pero, al mismo tiempo, había un poco más de luz. Y sin encontrar palabras exactas que pudiesen plasmar lo que allí mismo mi espíritu estaba sintiendo, simplemente le envié un emoticón de un angelito volando.

Si hubiésemos estado cara a cara, ¿habría de ver reflejado en mis ojos lo mucho que quería ser su amiga? Apenas si nuestras edades se diferenciaban en tres años, y eso sin contar el mismo amor que ambas compartíamos por la danza.

Era complicado manifestarlo, pero todas las palabras que Shanell me había dicho -gracias a que Samia le transmitió mi saludo- empezaron a encender algo en mi interior... un fuego espiritual y emocional

que nunca antes había sentido ni experimentado. Aunque sí, ya una vez lo había palpado pero sólo por unos cortos minutos: aquel día cuando compartió esa canción titulada “*Demente*” sin que supiese que yo la había escuchado. Y sin mucho menos saber los intensos planteamientos que había hecho surgir en mi cabeza desde entonces.

Dios existe.

Es real, bueno y poderoso.

Algo sumamente infalible e intangible me lo había dejado en claro a través de ella.

Gracias, Shanell.



En horas de la tarde, mi papá decidió acompañarme hasta el centro y hasta corralones de alrededores para buscar y adquirir el machimbre de pino de mejor grosor para el cielorraso de mi Academia. A su vez compramos también un mediano tacho de pintura de color CAOBA, sorprendidos de que nos hubiese quedado dinero cuando de antemano habíamos revisado con precisión que sólo nos iba a alcanzar para las maderas del cielorraso, precisamente. Mi mente no se atrevía mucho a indagar en cosas relacionadas a milagros, pero de verdad el estipendio mensual de la beca de Gabriel parecía multiplicarse a sí mismo en billetes delante de nuestros ojos.

— Maryam, me voy a recostar un rato — me avisó no bien regresamos a casa —. Tanto caminar por los corralones me hizo doler la pantorrilla.

— Y claro que te va a doler si todavía no termina el mes de reposo con las sesiones de fisioterapia — le dije preocupada.

— ¡Es que extraño acompañarte en el avance de tu sueño, tesoro! Haberte visto bailar ayer en La Merced ya como toda una bailarina profesional, me hizo muy bien por más que mi pierna parezca decir lo contrario.

Inesperadamente, sonreí.

— Sí, te entiendo. A mí también me hizo muy bien lo vivido ayer en La Merced...

«... y más aún la charla espontánea de hoy con Shanell».

— Andá a la Academia. Fijate si Ignacio va bien con la disposición de cables y fijate también si Diego le está ayudando a pesar de no saber nada relacionado a instalación eléctrica.

— Bueno, ahora voy.

— ¡No te olvidés de ofrecerles a los dos un vaso de agua o un vaso de gaseosa, eh! Faltará casi un mes para el verano pero ya está un poco

fuerte el calor.

Al entrar a mi Academia, de golpe percibí como si mis alas quisieran extenderse. No obstante no podían volar, seguían siendo prisioneras de aquella extraña jaula. Sin embargo ya no me dolía percibirme a mí misma en esa situación. Era como si mi espíritu comenzase a tener la esperanza de que pronto mis planteamientos íntimos y personales terminarían por desvelarse.

—¿Pudieron vos y tu papá conseguir el machimbre? —me preguntó Diego al verme.

—Sí, ya lo compramos. Mañana a la tarde un flete lo traerá.

—¡Qué bueno!

—O sea que tengo hasta mañana a la tarde para terminar con la instalación eléctrica —habló Ignacio desde la parte superior de la escalera—. Pero voy a tardar más de un día, lamentablemente.

—¿Sí o sí tiene que quedar todo listo ahí arriba para recién sujetar desde los tirantes de madera el machimbre? —pregunté con curiosidad al acercarme hasta la escalera.

—Sí se puede hacer el trabajo al revés pero se me hace el doble de difícil. Suficiente con tener que estar en una escalera para llegar al cielorraso —me explicó.

—Sí y además el diseño de tu papá de poner seis tragaluzes circulares a lo largo del techo hace el trabajo el triple de difícil —comentó Diego con simpatía mientras le alcanzaba una de las pinzas.

—Estoy de acuerdo con Diego —pareció apoyarlo Ignacio al recibir la herramienta.

Riendo, miré las chapas opacas y traslúcidas que indiscutiblemente en menos de una semana dejarían de estar a la vista. El diseño que realizó mi ingeniero en la construcción desbordaba mucha armonía por donde se la mirase. No había duda de que las matemáticas están envueltas de belleza. ¡Y eso que todavía no se perfilaba el resultado final!

Les compartí a ambos trabajadores algo de beber y luego volví a entrar a casa sin ser consciente de la súbita charla que se presentaría entre mi mamá y mi hermana.

—Mary, ¿andás usando toallitas femeninas? Pregunto porque a Mica ya se le está acabando su último paquete y vos ni lo empezaste, y me parece raro porque a ambas prácticamente les dura lo mismo cuando les compro cada mes.

—La última vez que me bajó fue en septiembre —manifesté sin darle vueltas al asunto.

—¿En septiembre?! —Se asombró Micaela—. ¿Desde cuándo tenés

un periodo tan irregular?

Mi mamá dejó de pasar las crudas milanesas en pan rallado sobre la mesada y me miró intranquila.

— ¿Estás pensando lo mismo que yo?

— No sé qué estás pensando — le admití.

— Que estás volviendo a tener quistes en los ovarios, eso estoy pensando.

A mis trece años y parte de los catorce, tuve periodos extremadamente irregulares en mi menstruación. Y tanto lo fueron que en definitiva sólo ovulaba unas cinco o seis veces al año, con intervalos de cuarenta días entre cada periodo o incluso a veces con apenas quince días de diferencia. Mi mamá no dudó en llevarme a una consulta ginecológica al ver que, conforme transcurrían los meses, nada se estabilizaba. Y tras una simple ecografía, la doctora me mostró que tanto mi ovario izquierdo como mi ovario derecho sufrían de micropoliquistosis. El tratamiento consistía en ingerir pastillas anticonceptivas para, claramente, regularizar la menstruación; pero ante la obvia declaración de mi organismo de apenas ser capaz de asimilar sus propias hormonas, si empezaba a tomar suplementos dotados de más hormonas, ¡mis pobres ovarios iban a enloquecer!

— No creo que tenga quistes otra vez — dije —. Aquella vez mis ovarios terminaron educándose solitos y los quistes desaparecieron por completo cuando, después del análisis de sangre, la doctora descubrió que mi glucosa elevada era lo que estaba perjudicando el funcionamiento de los ovarios.

— Es verdad — comentó Micaela —. Me acuerdo que empezaste a comer menos cosas dulces en el desayuno y casi de golpe se normalizó todo hasta tal punto de ser súper relojito cada mes.

— Será otra cosa entonces — opinó mi mamá —. ¿Cómo no me avisaste antes?

— No sé... — dudé de mí misma —. Tenía otras cosas en la cabeza y... y se me pasó decírtelo.

— Intentaré conseguirte un turno en alguna ginecóloga lo más antes posible para esta misma semana.

— Bueno, está bien — dije mientras por dentro me cuestionaba si el punzante dolor sentido en medio de mi presentación en el concurso tenía algo que ver con mis ovarios. Si bien estos están en la parte baja de la pelvis y mi extraño dolor fue un poquito más arriba, ¿acaso no puede un problema ramificar hacia otro lado si no se lo atiende a tiempo?



—¿Cómo te fue en La Merced? —dijo Janaan a modo de saludo al verme subir las escaleras de ingreso a su Academia.

—Medalla de oro. —Me encogí de hombros con una sonrisa.

—Era obvio. —Sonrió conmigo.

Me acerqué hasta la mesita de la recepción y me abrazó. Esos instantes de silencio en donde dos corazones bombean de forma acompañada sin que haya espacio para los miedos y las dudas, son en verdad conexiones especiales entre ambos espíritus. Y tal será de especial la armonía surgida que, incluso en medio del silencio, algo latente puede llegar a hacer ruido por dentro por más contradictorio que parezca frente a la lógica.

—Te siento diferente. ¿Anda todo bien? —Me soltó.

—Sí, todo está bien.

—Me gusta verte así, me hace bien.

—¿Interrumpo algo? —Nos sorprendió Graciela al recorrer las escaleras.

—No, para nada. —Reímos al unísono Janaan y yo.

Ambas saludamos a Graciela y con el correr de los minutos fueron llegando también el resto de las chicas del Ballet. Justo antes de arrancar con el ensayo de nuestra primera coreografía frente a los espejos, Janaan preguntó dirigiéndose hacia todas:

—¿Por casualidad alguna de ustedes conoce a algún plomero de confianza? Sé que esto no tiene nada que ver con la coreo, pero es que la cadena del inodoro anda muy mal últimamente. —Miró de reojo la puerta del baño—. Seguro ya se dieron cuenta, ¿no?

—¡Eso te iba a avisar! —habló de repente Analía—. Mis viejos contrataron a un plomero hace un tiempo, te busco su teléfono para que lo contactés si querés.

—¿Pero es de confianza? —reiteró Janaan—. Acá todas somos mujeres y no quiero meter a cualquiera en la Academia.

—Ah, bueno, eso no sé. No sé decirte si es de confianza, yo no lo conocí.

—Yo conozco a alguien —expresé—. El plomero que instaló el baño de mi Academia podría venir.

—¡Excelente! ¿Es de confianza?

—Sí, es muy bueno. Mi familia y yo lo conocemos desde hace un par de años.

—¡Genial, Mary! —se alegró Janaan—. Al acabar el ensayo pásame su número, ¿sí?

—No hay problema, pero te advierto que tardará unos días en venir a ver el inodoro porque ahora mismo anda trabajando con la instalación eléctrica en mi salón.

—¿También es electricista? —Se sorprendió una de mis compañeras.

—Sí, también es electricista.

—Tenés muy buen personal trabajando para tu Academia, ¿eh? —comentó Graciela divertidamente.

«Me cae muy bien» pensé de repente. «Me parece que en ella hay escondida una muy buena amiga».

—Supongo que sí —acabé respondiendo—. Mi papá es quien se esfuerza por encontrar gente buena para que trabaje en mi Academia.

—Esperaré todo lo que sea necesario —volvió a hablar Janaan—. Tu Academia es la que más importa ahora, no la mía.

—¿Vamos a estar sin inodoro hasta entonces? —pareció quejarse Analía.

Un poco sorprendida ante su comentario luego de tan cariñosas palabras de Janaan hacia mí, me quedé expectante por ver de qué manera habría de contestarle.

—El inodoro sigue cumpliendo su función de recibir el líquido de sus vejigas. Sólo asegúrense de no hacer trabajar a sus intestinos para que el problema en la cadena no sea demasiado notorio, por favor.

A excepción de Analía, todas reímos.

«No existirá la profesora perfecta porque obviamente debe ser complicado guiar las emociones de cada alumna, pero aun así me encantaría que en mi Academia se respirase la misma confianza y el mismo amor que hay en este lugar» pensé animada.

—Prepárense, ahí va la música —nos advirtió.

Me ubiqué en posición para ensayar la coreografía de shaabi -género de música popular egipcia- sin sospechar ni un poquito lo próximo a desvelarse en mí. En medio de los leves golpes de mis caderas en sintonía con la voz del cantante y en medio de los saltitos propios del baile al compás de la música, me empecé a sentir mareada. Todo el cuerpo me pesaba pero, al mismo tiempo, parecía flotar debido a las náuseas. Si continuaba bailando me desmayaría.

Caminé con sumisión hacia el sector de los silloncitos del salón alejándome de la coreografía, de los espejos y del Ballet mientras me preguntaba por qué justo cuando empezaba a percibir esperanza en mi vida y hacia mis anhelos, mi cuerpo parecía empeñarse en plasmarle agonía a mi espíritu.

—¡NO SE APUREN, CHICAS! ¡ESCUCHEN BIEN LA MÚSICA! —avisó Janaan mientras mis compañeras persistían con el ensayo.

De manera involuntaria cerré mis ojos. Sentí a mi organismo cansado al ubicarme sobre los blandos almohadones. No entendía qué me estaba sucediendo. ¿Acaso mi cuerpo se estaba vengando por lo que con anterioridad mi espíritu había pensado tan ciegamente hacerle?

—Maryam, ¿qué te pasó? ¿Qué te pasa? —Janaan acarició mis brazos, alarmada.

Abrí mis ojos sin saber cuánto tiempo había transcurrido. Por lo visto no mucho, ya que el Ballet continuaba a tope con la música en pleno ensayo.

—¿Te duele algo?

—No, pero sí me siento muy mareada —expresé.

—No te levantés, ya mismo te traigo un vasito de agua con azúcar.

Se apartó de mi lado y en lo que la veía dirigirse hasta la recepción para buscar en el dispenser lo antes mencionado, un extraño calambre arriba de la pelvis me asustó. Sintiéndome incómoda, apreté levemente mi panza con ambas manos, entre el top y la calza.

La música cesó y las chicas acabaron con el ensayo de la coreografía. Graciela fue la primera en acercarse a mí.

—Mary, ¿estás bien? Parecía que te ibas a desplomar en medio de la coreo.

Negué con la cabeza y otra vez de manera involuntaria se me cayeron los párpados.

—¡JANAAN! —gritó confundida Graciela—. ¡APURÁ!

—Acá estoy, acá estoy. Estaba buscando una cuchara entre mis cosas del mate para revolver bien el azúcar.

«Si de verdad esto es un castigo por parte de mi cuerpo, me arrepiento de haberlo querido lastimar» reflexioné con los pensamientos dolidos.

—Mi niña, tomá. —Escuché la voz de Janaan a lo lejos y para cuando reabrí mis ojos ya se encontraba extendiéndome un vasito descartable.

Bebí la dulce agua mientras una de las chicas comentó:

—¿Te hacés chequeos médicos cada tanto, Maryam?

—Sólo voy al médico cuando sé que algo va mal —contesté.

—¿Y ahora vas a ir? —Me miró Janaan con ojos de madre amenazadora.

—Sí, de hecho mañana tengo turno en la ginecóloga.

—¿En la ginecóloga?

Junto a su pregunta, las miradas intrusas de mis compañeras alrededor me acobardaron. Jamás fui tímida, sin embargo el que Janaan supiese cada detalle de mi vida desde que nos conocimos, sin querer ubicaba al resto de personas en una vereda muy lejana.

—Después te cuento por *Facebook*.

—Mmm... me dejás preocupada.

— ¡Y a mí también! — manifestó Graciela de repente.

Terminé el último sorbo de agua con azúcar y ubiqué el vasito descartable al lado de uno de los almohadones. Ante la mirada empática que Janaan cruzó conmigo supe que estaba respetando mi silencio, así que simplemente continuó hacia todas:

— ¿Sigamos ahora con la coreo de abanicos?

— Síííí, ¡genial! — expresaron las chicas mientras rebuscaban en sus bolsos los fan veils.

Hice el ademán de levantarme del silloncito pero, como era de esperar, la profesora de mis sueños me detuvo.

— Ni se te ocurra moverte de ahí.

— ¡Pero quiero bailar! — expresé con sinceridad.

— Date unos minutos para que tu cuerpo reponga energías y recién andá con tus compañeras.

— Pero es que no quiero estar ausente en el ensayo de mi coreo preferida.

— Tranquila, mi niña, no estás ausente. El que no estés frente a los espejos no significa que estés dejando de ser parte del Ballet.

Sin importar el cansancio físico que aún persistía en mí, mis músculos se esforzaron en retribuirle una sonrisa.

— Janaan, ¿puedo hacerte una pregunta?

Al escucharme se dio media vuelta pues ya se dirigía hasta el equipo de música, al advertir que las chicas ya estaban ubicadas en sus posiciones.

— Claro, siempre podés.

— ¿Por qué sos tan buena? — solté la pregunta así sin más.

A cambio ella soltó una expresión de cariño desde su mirada y, arriándose nuevamente a mí, respondió con dulzura:

— En gran medida, vos me enseñás a serlo.



En la sala de espera, mi mamá se encontraba hojeando una revista *LOOK* acerca de las tendencias de la nueva moda para el verano. Mis ojos rebotaban en idas y venidas sobre el secretario que se encargaba de ir llamando a cada uno de los pacientes, quienes también aguardaban su ingreso a algún consultorio específico.

— RAMÍREZ — habló seguidamente.

Un mediano y obeso señor se levantó de entre las sillas y se dirigió hacia la puerta del consultorio de gastroenterología.

Mi mamá y yo llevábamos esperando allí quince minutos y hasta

tanto nadie había entrado ni salido desde el consultorio de ginecología. Infaliblemente el siguiente turno debía ser el mío frente a tanto tiempo de retraso en la espera.

— ¿Vas a entrar conmigo?

— Claro — me respondió—. ¿O querés entrar sola?

— Entrá conmigo — expresé con la intención de que compartiésemos momentos juntas.

— DIMÍN. — Oímos de repente luego de ver que una señora embarazada se alejaba por el pasillo en dirección hacia la salida.

Caminamos hacia el consultorio que el secretario nos indicó y mientras el puño de mi mamá llamaba a la puerta, yo leí sobre ella “Dra. Velázquez”.

— Qué tal, buenas tardes. — Nos atendió con amabilidad, invitándonos a ingresar al consultorio.

Nos ubicamos frente a su escritorio, que muy modernamente se trataba de una elegante mesa de vidrio, y después de una rutinaria presentación de nombres, preguntó:

— Bueno, ¿qué anda ocurriendo? ¿Cuál es el problema?

A groso modo le conté que en mi primera etapa de adolescencia tuve periodos irregulares en mi menstruación y que, sorprendentemente, desde hacía casi tres meses que no me bajaba.

— No creo que estés padeciendo otra vez de micropoliquistosis — me habló con seguridad —, eso es muy común en los primeros años cuando el aparato reproductor femenino va madurando en nosotras. Pero es muy poco habitual tener el síndrome del ovario poliquístico con tu edad actual.

— ¿Y qué podrá ser, entonces? — pensó en voz alta mi mamá.

La doctora sacó sus lentes y limpió los pequeños vidrios con un pañuelo extraído desde su bolsillo. Y ya mientras volvía a colocárselos me miró con cierto aire de indagación.

— Disculpá la pregunta, pero... ¿estás de novia?

Sin saber a qué venía ese tipo de interrogatorio, aun así lo contesté.

— No, no tengo novio.

— Actualmente no lo tenés pero, ¿hace tres meses atrás anduviste con algún chico? — insistió mientras miraba a mi mamá de reojo y con prevención.

«¿Está insinuando que ya no me baja mi menstruación porque estoy embarazada?» la voz de mi conciencia pareció aturdirse sin saber cómo reaccionar ante aquellos típicos comentarios de adultos que involucran a todos los jóvenes en una misma categoría, sin ni siquiera respaldar la posibilidad de que haya adolescentes diferentes.

—No anduvo con ningún chico —respondió mi mamá en mi lugar al advertir mi inquietante silencio.

—Recostate en la camilla, por favor. —Me indicó la doctora.

Así lo hice y, pidiéndome que levantase mi remera y desabrochase los botones de mi jean, continuó:

—Permiso, debo hacer el examen pélvico.

Apoyó sus frías manos sobre la parte baja de mi panza ejerciendo una limitada presión sobre la piel.

—¡Ay! —me quejé.

—¿Dolor o molestia? —me preguntó.

—Un poco de las dos —dije sin ganas de pensar en dónde habría de acabar toda aquella insólita situación con mi salud.

—Definitivamente haré un pedido para que le hagan una ecografía para saber bien a qué nos estamos enfrentando —habló en dirección hacia mi mamá. Luego retomó sus palabras hacia mí—: Asegurate de retener la orina una hora antes de que te hagan la ecografía porque así se facilita la obtención de las imágenes por contraste en la pantalla.

El viernes siguiente, es decir una semana después, mi papá a cargo del volante nos llevó a mi mamá y a mí hasta el Centro de Diagnóstico por Imagen en donde habíamos reservado turno la misma semana anterior.

—Buenas tardes. —Nos recibió el encargado en puerta—. ¿Vienen a reservar turno o a consulta?

—Tenemos consulta con la doctora Ruiz ahora a las seis, a pedido de la doctora Velázquez —habló mi mamá.

—El turno está a nombre de Maryam Dimín —detallé.

—¿Tienen turno con la doctora Ruiz? —nos repitió confundido—. La doctora Ruiz en estos momentos está de viaje y no está atendiendo consultas hasta mediados de diciembre por lo menos.

—¿QUÉ? —refunfuñó mi mamá—. ¡PERO SI RESERVAMOS EL TURNO LA SEMANA PASADA!

—¿Llamó por teléfono para hacer el pedido o se apersonó hasta acá para realizarlo?

—LLAMÉ POR TELÉFONO. ¿CÓMO ES POSIBLE QUE NO ME HAYAN AVISADO QUE ESTARÍA DE VIAJE?

Nerviosa ante la discusión, mi necesidad de orinar empezaba a hacerse presente. Y no era para menos teniendo en cuenta que antes de ingresar a la *Kangoo* había tomado en casa alrededor de un litro de agua.

—¿Quién... quién es el encargado de anotar los turnos que se piden por teléf... por teléfono? —hablé temerosa con la intención de distraer

a mi vejiga más que con el propósito de apoyar a mi mamá.

— Yo soy el encargado — me afirmó él a cambio con voz orgullosa —. ¿Le apetece cambiar su turno con la doctora Ruiz para diciembre?

— ¡NO! ¡NO QUEREMOS CAMBIAR EL TURNO! ¡TENÍAMOS TURNO PARA HOY! ¡ES URGENTE QUE ALGUIEN LE REALICE UNA ECOGRAFÍA A MI HIJA! — reclamó mi mamá apoyando la orden médica del *I.P.S.* sobre el mostrador de entrada.

Emergiendo una nueva e injusta adversidad en el mundo adulto, de a poco fui percibiendo en mi espíritu mis ganas de llorar debido a la bronca. Mi salud estaba en juego tanto como la situación de mi vejiga también. Debíamos solucionar aquello rápido o de lo contrario había que bajar los brazos y empezar el trámite desde cero otro día, teniendo siempre en cuenta que, por lo visto, ningún profesional empatizaba con mi singular calambre en la panza.

— El doctor López también realiza ecografías ginecológicas en este Centro. — Revisó el cuaderno apoyado sobre el mostrador para corroborar los turnos del día —. Ahora a las ocho y cuarto está libre, ¿a nombre de quién le reservo la consulta?

Intentando ser fuerte al retener las lágrimas sabiendo lo que mi mamá respondería, me obligué en distraer mis pensamientos observando cómo la encargada de limpieza fregaba desde el lado de adentro los vidrios de entrada al Centro. «Ojalá alguien pudiese limpiarme a mí también por dentro» me concentré sin saber en mí misma si me estaba refiriendo a las molestias físicas o a las espirituales que otra vez estaban haciéndose presentes.

— ¡DÉJELO ASÍ NOMÁS! YA MISMO NOS VAMOS A OTRO CENTRO.

— A tres cuadras hay uno — comentó abruptamente la encargada de limpieza —, sobre la calle Pueyrredón hacen ecografías también.

— Gracias, ahora mismo iremos para ahí — le expresó mi mamá a la desconocida señora.

Al salir, nos reencontramos con mi papá en la cuadra de enfrente.

— ¿Ya está? ¿Tan rápido? — Se sorprendió.

— La doctora que iba a hacerme la ecografía está de viaje — le dije molesta.

— Que no te sorprenda que los peloteos de la gente estén presentes también en los ambientes profesionales, tesoro. Así es el mundo, así son las personas.

«No hace falta que me lo recordés».

— A tres cuadras hay otro Centro — le dijo mi mamá —. Vamos para allá.

No bien ingresamos al lugar recomendado por la señora de la limpieza, el joven muchacho encargado del mostrador en recepción nos expresó:

— Buenas tardes, ¿les puedo ayudar en algo?

— Mi hija necesita hacerse una ecografía ginecológica. ¿Habrá turno disponible con algún doctor?

— ¡ES MUY URGENTE! — completó mi papá.

«¡Lo que me urge es hacer pis!» pensé fastidiada reteniendo con fuerza no sólo entre mis piernas el líquido en mi vejiga sino también las gotitas de frustración en mis ojos.

El joven muchacho corroboró unas planillas ubicadas delante suyo y luego sonrió con simpleza.

— El doctor Herrera está libre. Permítanme que vaya a su consultorio para avisarle y ya les hago pasar.

— Bien, muchas gracias — habló mi mamá al mismo tiempo de entregarle la orden médica.

— Sentate, mi tesoro. — Me invitó mi papá a que me ubicase cómoda a su lado en las sillas de espera.

Sin decir nada, me limité a negarle con la cabeza.

— Se está orinando — le susurró mi mamá.

Harta de la situación, me puse a caminar de un lado a otro a lo largo y ancho de la recepción. Mis pies iban y venían bordeando las sillas del lugar, esquivando las verdosas macetas que adornaban las esquinas del mostrador en la entrada.

Ignorando las sensaciones raras en la parte baja de mi panza, mi cuerpo estaba experimentando un nuevo dolor: tortura en las paredes de mi vejiga. Si en el futuro me habrían de diagnosticar cálculos renales o más aún cáncer en la vejiga, sería a causa de la propia irresponsabilidad de los médicos.

— El doctor Herrera no está en su consultorio... — nos informó el joven muchacho al regresar —, supongo que salió a hacer algún recado o algo.

— ¿Tardará mucho en volver? — preguntó mi mamá sentada junto a mi papá.

— No sabría decirle pero creería que no.

— ¿No puede llamarlo por celular y decirle que lo estamos esperando? Mi hija necesita ingresar al baño con urgencia pero no sin antes hacerse la ecografía. ¡Es muy necesario, por favor! — añadió mi papá.

El joven muchacho realizó al pie de la letra nuestro pedido y el doctor acabó infomándole que en diez minutos estaría de regreso.

Durante aquellos apremiantes seiscientos segundos recordé mi Aca-

demia. La primera mitad del cielorraso ya estaba colocado, la otra mitad todavía mostraba a las membranas. Aun así, íbamos bien ya que lo próximo que restaba por delante era realizar con paciencia y con cuidado los circulares y equidistantes agujeros -los futuros tragaluces- sobre las maderas de pino ya encastradas y atornilladas en las alturas, con la ayuda de una amoladora. Pero hasta que Ignacio no acabase con la disposición y verificación de cables allí arriba, Diego no podía culminar con el machimbre. Ni mucho menos podía darle rienda suelta al rodillo en aquel balde de pintura que, dicho sea de paso, de verdad parecía habernos caído del cielo por la manera en que lo adquirimos, para que la madera de pino tuviese vida y color.

—Qué tal, soy el doctor Herrera. —Se presentó frente a mí y frente a mis progenitores un cincuentero señor de patillas blancas y cabello negro—. Perdonen por hacerlos esperar pero honestamente no tenía en lista a ningún paciente para esta tarde.

Mi mamá le explicó con rapidez mi situación y a cambio el doctor pidió que se le entregase el pedido de ecografía que había hecho la semana anterior la doctora Velázquez. Comprobó el papel y luego ingresé en compañía de mi papá y de mi mamá a su consultorio.

—Me imagino que te estarás orinando así que haremos esto rápido. —Me observó con educación.

Me acosté en la camilla, desabroché mi jean y, desapegándolo de mis caderas, bajé también parte de mi bombacha. El doctor aplicó sobre mi piel el desagradable gel para captar las ondas ultrasónicas con más eficiencia y allí mismo ejerció presión con el escáner sobre la parte baja de mi pelvis. Podía sentir cómo mi uretra se empeñaba en no permitirle a mi orina seguir su curso. Distraje a mi cerebro rememorando todas aquellas enseñanzas que tanto mi papá como mi mamá me inculcaron de niña diciéndome que nunca le permitiese a cualquiera verme desnuda. Siendo el cuerpo sagrado, merece no sólo cuidado sino también respeto, y ese respeto debe ir de la mano con la dignidad ya que no cualquier chico puede protegerlo y embellecerlo con amor verdadero.

No obstante allí mismo me encontraba echada en una camilla, con la mitad de mi bombacha fuera de su sitio, frente a un completo desconocido. Vi de reojo la mirada de ambos y me dejó tranquila saber que ellos estaban conmigo, a pesar de que sus ojos me revelaban preocupación.

—¿Tiene quistes? —preguntó mi mamá observando las imágenes en el ecógrafo.

—¿O un tumor o algo raro? —añadió mi papá.

El doctor continuó ejerciendo presión con el escáner moviéndolo por los cercanos alrededores de mi pelvis. Paralelamente miró las imá-

genes proyectadas y habló:

—Nunca antes vi dos ovarios tan impecables. Además sus dimensiones están conservadas, son normales. Y la forma del útero, su contorno y su estructura están perfectos también. El grosor del endometrio está muy bien e incluso el Douglas está libre.

—¿Qué significa que esté libre? —dijo mi papá.

—Que el saco de Douglas esté libre es lo normal. Lo patológico es que se encuentre ocupado por líquido, por sangre, por un tumor, en fin.

—Apartó el escáner de mi piel y me facilitó un pañuelito descartable para que me retirase el gel mientras me decía—: Puede que lo que te esté sucediendo sea algo más interno y haya que hacerte una ecografía transvaginal, pero lo dudo ya que la ecografía de ultrasonido fue muy acertada.

—¿Dónde está el baño? —Me aparté de la camilla subiéndome el jean sin engancharme los botoncitos pero, por sobre todo, sin encontrarle sentido alguno a las situaciones que estaba confrontando.

—Allí. —Me señaló la puerta a apenas un metro de su lado—. Es mi baño personal, pasá tranquila.

Corrí desesperada hasta ingresar en él y, ¡por fin!, oriné. Mientras mi vejiga y mi uretra se alivianaban, escuché detrás de la puerta el diálogo que el doctor estaba teniendo con mis progenitores.

—Estoy bastante convencido de que sea lo que sea que le esté causando esos calambres en la panza, nada tiene que ver con la parte ginecológica.

—¿Y cómo se explica entonces que su periodo haya desaparecido? —planteó mi mamá.

—Muchas veces el estrés es el causante de retrasos en la menstruación.

—¿Y retraso por tres meses también? —percibí la voz desorientada de mi papá.

—Claro, también —respondió el doctor—. Ya sea estrés físico o estrés emocional, las hormonas son las que siempre acaban perjudicialmente alteradas.

Jalé la cadena del inodoro, abrí el grifo del lavatorio y, al lavarme las manos mientras me analizaba con juicio justo en el espejo, de repente lo entendí todo. El dolor espiritual que no es desahogado con las suficientes lágrimas acaba haciendo que los órganos del cuerpo sean los que lo lloren. Callar los sentimientos está mal. Ignorarlos es peor. Pero fingir que no están ahí aun cuando somos conscientes de cada emoción es lo que acaba endureciendo el corazón. Y me refiero a aquel corazón espiritual... pero asimismo también al otro... al de carne, al real. Endurecer este último es estar muerta en vida. Lo supe al observar en el propio

reflejo del espejo a mis pupilas dilatadas, básicas, monótonas. Los ojos de Micaela, de Gabriel e incluso los ojos de mi papá y de mi mamá no se hallaban así, los de ellos tenían vida, tenían brillo, tenían luz.

Y recapitulando en mi memoria las fotos de Shanell en *Facebook* pude recordar que los de ella tenían también esa peculiar luz.

Si estuviese en manos de la ciencia el poder crear un tomógrafo especial que fuese capaz de indagar qué color está siendo intensamente habitado en el espíritu humano, muchísimas personas descubrirían lo que allí mismo yo estaba entendiendo: está bien por ciertos años de vida tener implantado en el espíritu un blanco color mezclado con negro que en definitiva acaba fundiéndose en gris. Está bien. Pero lo que no está bien es advertir aquella sombra con vehemencia y quedarse quieto, temeroso, sin atreverse a llevar a cabo en la realidad algún especial cambio radical.

—Maryam, me parece que te desgarraste el abdomen —habló de repente mi papá no bien apagué la luz del baño y salí.

—¿Y eso por qué? —pregunté pensativa.

—¿Sos bailarina o no? —dijo el doctor.

Asentí mi cabeza con una humilde sonrisa.

—Como les comentaba recién a tus padres, no me corresponde a mí decir esto porque soy ginecólogo y no traumatólogo ya que no sé nada acerca de las lesiones en el aparato locomotor, pero es evidente que tus molestias no son ginecológicas sino más bien musculares.

Instantáneamente me acordé que minutos antes de subir al escenario en el concurso llevado a cabo en La Merced, no realicé los estiramientos adecuados para calentar los músculos al bailar con sable, siendo mi coreografía tan relevante en giros, trucos y contorsiones.

«Yo misma me lo busqué» me sorprendí a mí misma reconociéndolo a conciencia. «No puedo creer lo muy cegada de oscuridad que estuve espiritualmente como para no hacer lo correcto».

—¿Creés que es posible que hayás hecho algún mal movimiento en las clases de Janaan o en tus ensayos en casa? —me preguntó mi mamá.

En intimidad conmigo misma percibí por dentro los latidos de mi corazón. Miré de reojo la blanca y lisa bata del doctor. Ya no tenía por qué seguir mintiendo.

—Sí... es muy posible.



Mi papá y mi mamá me dejaron sola en casa. Micaela estuvo gran

parte de la tarde en el curso de Locución y como ya casi sería la hora 20:30, ambos optaron por ir en la *Kangoo* a buscarla. Me aseguré a través de la ventana del living, rodeando de antemano a las delicadas tablitas de mora allí ubicadas, de que nuestro vehículo familiar no siguiese junto al cordón de la vereda y finalmente me dirigí al jardín. Ingresé a mi Academia, pues en definitiva no había nadie allí y eso es justamente lo que quería: completa privacidad en aquel que era mi espacio, mi sueño. Vainilla correteaba y ladraba por los alrededores, pero no me molestaba ni me demandaba atención. El albañil había trabajado sólo durante la mañana aquel viernes, así que de verdad estaba sola. Mas a causa de la escasez de luz en el salón, ya que Ignacio aún no acababa con la instalación, por poco me tropecé con la amoladora ubicada en el mismo contrapiso. A tientas hallé las maderas de pino apiladas una encima de otra. Me senté sobre ellas con cuidado. Exhalé aire con mucha fuerza desde lo más hondo de mis pulmones y empecé.

—Si mal no recuerdo la última vez que hablé con vos fue el año pasado... cuando llorando con capricho en mi cama te pedí que le permitieras al mecánico arreglar la *Kangoo* para así poder viajar a Villa Carlos Paz y conocerla personalmente a Larissa. ¿Lo recordás?

Aflojé una risa y seguí:

—Por supuesto que te acordás si sabés todo de mí. Sabés cuándo vuelo, cuándo caigo y lo mucho que me cuesta levantarme. Conocés las causas de mis lágrimas y los motivos de mis sonrisas. Sabés lo que pienso, lo que digo y lo que callo. ¡CONOCÉS TODO DE MÍ! ¡Me conocés tan bien que hasta sabés cuántos cabellos hay en mi cabeza!

Las lágrimas fueron resbalando por mis mejillas hasta caer en el oscuro contrapiso de mi Academia. Fui hasta la parte de afuera y la resplandeciente luz de la luna llena en medio de la noche emocionó aún más mi espíritu. El satélite natural de la Tierra parecía acabar de ser pintado por un ángel debido a su perfecta forma y a su realzado color.

Apoyé mis manos sobre los ladrillos y luego también mi frente. Cerré mis ojos y como si estuviese hablando en el oído de un mejor amigo cada uno de mis secretos, en susurros continué confesando:

—¿Podés operarme? Necesito una cirugía a corazón abierto. ¡Cambialo! ¿Podés darme nuevas alas? Intenté cortar las mías y ahora ya no puedo volar como antes. Mostrame qué es lo que estás esperando de mí. Ya no quiero vivir para mí misma, ya me cansé. De ahora en más quiero vivir para vos. ¿Me podés enseñar a cómo hacerlo? ¿Me podés enseñar a cómo caminar a tu lado? No te quiero fallar, no te quiero desilusionar. Quiero que me amés. Quiero amarte tanto o incluso más

de lo que amo bailar.

Mientras mis lágrimas parecían ser un suave jabón que refrescaba mi alma, por primera vez en mi vida experimenté cómo el llorar estaba siendo un bálsamo para mis emociones y mis pensamientos. Mi espíritu ya no estaba frío, ni mucho menos parecía un duro acero. Al contrario, estaba tan encendido de ardor que hasta podía percibir como si un poderoso fuego penetrase mis huesos, mi estructura y mi raíz. Un fuego que, sin incendiar nada en mi interior, con delicadeza empezó a alumbrar mis sueños. Mis anhelos habían dejado de disolverse, ya no eran más cubitos de hielo derritiéndose en la intemperie del mundo.

Continué llorando y susurrando palabras frente a los anaranjados ladrillos por alrededor de cuatro minutos. Expresé tantos sentimientos que, de repente, descubrí que ahí a solas bajo la iluminada luna, sin traje de danza, sin maquillaje, sin pestañas postizas, sin música y sin aplausos, se hallaba el más gigantesco y precioso escenario que mis pies hubieran pisado jamás. No había locutor. No había público. No había una mesa con jurados. Pero sí que había alguien muy especial y muy importante bailando a mi lado, atestiguando y acompañando cada uno de mis movimientos.

Y con tanto amor velaba cada una de mis pisadas allí en soledad, que de pronto pareció introducir su poderoso brazo en medio de las verjas de la jaula en la que mi espíritu se hallaba prisionero. Apoyó con ternura su mano sobre mi pecho y extrajo desde mí la llave. Abrió la jaula y de inmediato mis alas se extendieron en plena libertad. Y mientras sentía cómo mi alma ya dejaba de demandar que se saciase su insólita hambre y su insólito vacío, miles de nuevos colores se despertaron en mis plumas.

—¿Qué podemos cenar hoy? —preguntó mi mamá dirigiéndose hacia todos no bien regresaron a casa.

—¿Qué tal si hago una pizza? —sugirió mi papá—. Hace mucho que no comemos pizza.

—¡Sí, comamos pizza! —apoyó Micaela contenta.

—¿Quieres pizza, tesoro?

—Claro que sí —respondí sacando mi botella de agua de la heladera. De repente se acercó a mi lado y dijo:

—¿Me perdonás?

—¿Perdonarte de qué? —me desorienté.

—Tu menstruación dejó de bajarte por mi culpa... por el estrés que yo mismo te estuve contagiando.

—No, papi. No fue tu culpa...

«... la culpa fue mía. Porque de haberme atrevido mucho antes a acercarme a ese árbol coposo lleno de fuego, de seguro muchas cosas en mí hubiesen sido distintas».

En lo que mi mamá encendía el horno y él abría la bolsa que contenía en su interior la prepizza cruda, Mica y yo fuimos cortando rodajas de tomates, aceitunas y tiritas de jamón cocido sobre la mesa de la cocina.

En un determinado momento dejé el cuchillo a un lado y miré con disimulo a mi papá y a mi mamá, quienes se hallaban junto a las alacenas. No importaba que no me hubiesen buscado antes de la gestación. En la mente de Dios había sido concebida desde antes de la fundación del mundo y eso era lo verdaderamente valioso.

A medianoche no sé por qué pero me sentí muy sola. No es que extrañase compartir la habitación con Micaela, simplemente me sentía algo distinta allí en mi cama.

Evoqué aquella época de niñez en la que dormía con tantos peluches que terminaba conciliando el sueño muy incómoda a cambio de que ninguno de mis acompañantes acabase en el suelo. A su vez recordé también que cuando a los doce años me bajó mi primera menstruación, guardé absolutamente todos mis peluches en una enorme bolsa y dicha bolsa la resguardé en el interior de mi ropero. Se supone que si el cuerpo va transformándose y dejando las cualidades de niña atrás, de manera interna tiene que haber cambios también. Y mi primer cambio claramente se reflejó en no dormir nunca más con peluches.

Sin embargo esa noche me sentía tan rara en la cama que percibí la profunda necesidad de abrazar a algún esponjoso acompañante. Ya nunca más me importarían los estereotipos impuestos por la gente, por la sociedad y por el mundo. Yo volvería a dormir abrazadita de un peluche. Lo necesitaba. La pequeña Maryam que vivía dentro mío me lo pedía a gritos. Y sería una mala mujer si no era capaz de saciar sus inocentes caprichos.

—Tantos años sin vernos, Dreamy —le hablé con ternura a mi mediana osa de peluche luego de haber prendido la luz de mi velador y buscarla en el interior de mi ropero. Apoyé su cabecita orejuda en mi almohada al mismo tiempo de arroparme y, mirando el delicado moñito rosa en su cuello, ultimé —: De ahora en más lo tendré presente si me vuelven a atacar esos oscuros pensamientos de una áspera cuerda envolviendo al mío.

CAPÍTULO 23

“El propósito no es huir sino perseguir los sueños”

—¿Y cómo seguirá esto? Es decir, ¿tenés que hacer fisioterapia o no? — me preguntó Janaan chateando a través de *Facebook*.

—Sí, esta tarde fui a un traumatólogo y me indicó sesiones en el abdomen.

—Eso significa que...

—... que no puedo bailar. —Escribí con un emoticón triste—. De hecho me lo indicó por treinta días.

—Ay mi niña, cuánto lamento que estés pasando por todo esto. Entiendo muy bien si no vas a estar en condiciones para nuestro espectáculo del quince de diciembre. Créeme que lo entiendo.

—¡No te voy a fallar, Janaan! ¡Y al Ballet tampoco!

—¿Me querés decir que igual vas a bailar? Mary, no me asustés. Cuidá tu salud y hacele caso al médico.

—Me desgarré el diecisiete de noviembre —le detallé—. Y desde esa fecha hasta ahora no hice ningún esfuerzo físico pesado para el músculo ni mucho menos contorsiones raras en danza así que hasta el quince de diciembre, prácticamente el mes ya estaría cumplido.

—¿Tus papis están de acuerdo con esto?

—Por supuesto que lo están. Obviamente no podré continuar ensayando las coreos con las chicas pero aun así pensaba igual ir a la Academia para presenciar los ensayos aunque sea.

—¡Cuánto te admiro! Ese entusiasmo y ese empuje que tenés adentro, ¡es increíblemente hermoso!



—Papi...

—¿Sí? —dijo mientras pinchaba con el tendedor unas arvejas ubicadas junto a los canelones de carne hechos por mi mamá.

—Estos días anduve pensando mucho en algo... pero no sé cómo decírtelo a vos y a la mamá.

—¿De qué se trata? —curioseó ella desde su lado de la mesa.

Los potentes rayos del sol del mediodía atravesaron el rectangular tragaluz de nuestra cocina. Terminé de masticar y tragar un pedacito de canelón y hablé:

—¿Se acuerdan que en la película *Náufrago*, el personaje de *Tom Hanks* mientras intenta con mucho esfuerzo y mucho sacrificio encen-

der una fogata, desea con muchas ganas un fósforo?

— ¡Es verdad, *Tom Hanks* le pide a *Wilson* un fósforo! — interrumpió mi hermana con inocencia.

— Shhh — le chistó mi mamá —. Dejá que termine de hablar.

— Claro que me acuerdo, tesoro.

— Bueno — proseguí —, sé muy bien que mi Academia no se encenderá hasta tanto miles de fosforitos convertidos en billetes no terminen de perderla por dentro.

— Linda metáfora — me felicitó mi mamá.

— Quiero hablar a solas con la abuela lo antes posible — solté de repente.

— ¿Con mi mamá? — se asombró mi papá.

— ¿O con la mía? — añadió mi mamá.

— Con la tuya — afirmé —. La otra abuela responde con cartas documentos y esa no es la manera correcta de dialogar.

— Hoy después de tu ensayo con el Ballet y de tu clase de ritmología te llevo a su casa — me propuso mi mamá.

— ¡Genial! Pero recordá que necesito estar a solas con ella — reiteré —. Vos y el abuelo no deben estar presentes.

— ¿De qué le querés hablar?

El calor del mediodía seguía atravesando por el techo haciéndose presente a través del tragaluz. Su viveza parecía calentar mis hombros.

— De las ramas apagadas que hay adentro mío y de los fosforitos que ella tiene afuera sin ser utilizados — expresé con tranquilidad cruzando una mirada con mi ingeniero.

No bien estuve en la Academia de Janaan me apoyé en el suelo, delante de los espejos. Desde allí estudiaría y repasaría mentalmente las coreografías viéndolas bailar a mis compañeras.

Exceptuando a Cristo, no le había expresado a nadie lo mucho que estaba extrañando bailar. Siendo la danza un hobby tan especial desde mi niñez que luego en la adolescencia se transformó en pasión, de verdad ocasionaba un desagradable dolor emocional no poder seguir disfrutándola a causa del desgarro muscular en el abdomen.

Pero por lo visto, cuando primero se comparte con los Oídos Perfectos lo que sentís, luego es más fácil que las personas a tu alrededor, que te quieren y te valoran de corazón, perciban con sencillez lo que tu propio espíritu anda padeciendo. Hasta parece mágico porque, en definitiva, ya no hay pensamientos escondidos ni sentimientos callados.

— En una escala del uno al diez, ¿cuánto extrañas bailar? — me preguntó Janaan sentándose a mi lado delante de los espejos.

Continué observando a mis compañeras con reflexión mientras la música de percusión no paraba de sonar a través de los parlantes. Entretanto percibía que nunca hay que dar por sentada una vocación, sino más bien agradecer de poder disfrutarla y crecer en ella, respondí:

— ¿Diez es el mayor?

— Claro pues.

— Entonces extraño cien.

— Recordá que también soy bailarina así que te comprendo mejor que nadie.

— Lo sé, Janaan. — La miré con ojos abastecidos de gratitud —. Pero aun así es difícil esto — Toqué mi panza por encima de la musculosa —, no entiendo por qué y hasta no me parece justo semanas antes del show.

— ¿La fisioterapeuta te trata bien?

— Sí, es muy amable y comprensiva también.

— ¿Es la misma a la que estuvo yendo tu papi o no?

— Sí, la misma. La que está frente a nuestra casa — dije regresando mi vista hacia el Ballet.

Aun sentada a mi lado, desde allí corregía uno que otro detalle a mis compañeras en medio del ensayo.

— GRACIELA, ¡CUIDADO CON LOS BRAZOS! NO TE ASUSTÉS EN ESTIRARLOS MÁS PORQUE ¡ESA ES LA IDEA!

Graciela me miró sonriente desde su posición. Me había confesado días atrás que sus brazos tan largos la acomplejaban en cierta manera en medio de la danza y por eso tendía a, inconscientemente, restringirlos en movimiento.

— Sé que no es justo — continuó hablándome Janaan mientras apoyaba con empatía su mano sobre una de mis rodillas —, pero también sé que todo pasa por algo. Ya sé que es una frase súper trillada pero es tan verdadera... porque a la larga todo está marchando como corresponde en tu vida.

Apoyé mi espalda sobre el espejo a cambio de seguir nutriendo mis emociones con sus preciosas palabras.

— Tu Academia va muy bien, yo soy feliz de tenerte, tus papis dejaron de pensar si están mal ellos para estar bien por vos y VOS, a pesar de lo que te pasó, estás bien. Estás viva y tus sueños también.

— “La vida es bella” — expresé con una sonrisa —. El título que elegiste para tu espectáculo es muy bonito.

— Nuestro espectáculo. — Me corrigió poniéndose de pie. Y justo antes de que me guiñase un ojo con simpatía, continuó —: Recordá, mi

niña, que un guerrero nunca se rinde ante lo que le apasiona porque siempre encuentra el amor en lo que hace.

“Mi niña”... esa expresión definitivamente no dejaba de encender un especial color en mi vida. Despegué mi espalda del espejo y escuché con entusiasmo la percusión que no paraba de ingresar por mis oídos hasta inundar de alegría mi nuevo corazón. Mis compañeras realizaron la pose final de la coreografía frente mío y allí indagué que por más nostalgia que estuviesen sintiendo mis caderas, el amor siempre surge y nace en la mente. Así que incluso a través de un simple ensayo en el cerebro, la pasión no tenía por qué verse cambiada ni alterada.

— Así que querés hablar conmigo — dijo mi abuela mientras nos saludábamos un poco más allá del umbral en la puerta.

— ¿Cómo lo sabe? — hablé mirándola a mi mamá quien se hallaba a mi lado.

— Antes de que te pasase a buscar al acabar tu clase de ritmología, la llamé y le avisé que vendríamos — me respondió.

— Sí, quiero hablar con vos — acabé expresándole con ansias.

Ingresé a casa y fui hasta la parte del fondo, al quincho. Como de costumbre allí estaba mi abuelo con sus inseparables anteojos realizando el crucigrama del diario *El Tribuno* sobre la mesa.

— ¡Hola, abuelo!

— Eh, ¿qué hacés acá? — Me miró de reojo.

— La mamá y yo vinimos de visita. — Lo saludé.

— Ah, muy bien.

Me senté a su lado indagando en mis recuerdos porqué desde que tuve uso de razón la relación familiar nunca fue mutua. Es decir, siempre éramos nosotros los que íbamos a verlos a ambos, ¿por qué nunca ellos iban por nuestra casa? Si a fin de cuentas disponían de un *Peugeot 504 Modelo 1992* en excelente estado guardado en el garaje sin ser utilizado, podían movilizarse sin problemas.

¿De verdad tan fastidiosa fue mi abuela como suegra relacionándose con mi papá que incluso ni en el presente le apetecía ir a visitar a sus tres nietos?

— ¿Quieren polenta? — Nos ofreció a mi mamá y a mí—. Quedó de hoy al mediodía.

— No abuela. Estoy bien, gracias.

— Yo sí quiero — dijo mi mamá—. Tu polenta es rica, la mía no.

— ¿¡Pero qué estás diciendo!?! — le encaré con dulzura—. Tu polenta es riquísima, mami.

— Eso decís porque sos mi hija.

—O sea que cuando yo digo que amo mis rulos, ¿sólo lo estoy diciendo porque vos, que sos mi mamá, también los tenés? Yo que sepa la sinceridad no funciona así.

—Está bien, me rindo. Tenés razón. —Sonrió.

Momento más tarde mi abuelo le pidió a mi mamá que lo acompañase a comprar *hojas de coca* en el kiosco de enfrente. Aprovechando la situación, le pedí a mi abuela que nos quedásemos allí solas en el quincho. Y apagando el incesante ruido del noticiero en la televisión, hablé por medio de mis pensamientos:

«Cristo, si está dentro de tus planes porque de verdad ya es tiempo de que la construcción de mi Academia termine, ablandá el corazón de mi abuela. Abrí sus ojos y destapá sus oídos. Tengo la fe de que lo podés hacer».

Me ubiqué en la silla contigua a la suya y, enfrentándonos, inicié con la charla.

—Abuela, ¿por qué de todas las veces que vengo a visitarte nunca me preguntás cómo va mi Academia de Danza?

—Y no sé... —pareció incomodarse con mi interrogatorio—. Supongo que doy por hecho de que vas bien.

—No, no voy bien.

—¿Ah, no?

—Es una construcción pequeña dentro de todo y sin embargo ya pasó un año y sigue sin ser acababa. ¿Viste que las clases en los colegios inician en marzo? Bueno, las clases de danza en una Academia también.

—¿Vas a iniciar con tus clases ahora para marzo? ¡Qué lindo!

Bailar con sable era difícil, pero asimismo era disfrutable también. No obstante, era difícil y hasta estresante dialogar con una persona que evidentemente no sabía escuchar. Mi abuela poseía una audición excelente y sin embargo la desperdiciaba por completo al no prestarle verdaderos oídos a su nieta. Por supuesto que la audición es una capacidad física que no todos poseen, sin embargo el saber oír acompañado de un interés sincero en lo que el otro tiene para decir es algo que va mucho más allá de los oídos, hasta tal punto de que incluso una persona con incapacidad de audición sí puede discernir. Porque el saber escuchar no sólo está en las palabras emitidas que quedan suspendidas en el aire. Las miradas, el timbre de voz, las pausas, los gestos en las cejas y las emociones atoradas en la garganta que se revelan en la punta de los labios, siempre exigen escuchar más que los propios oídos.

—Lo haría si estuviese segura de poder acabar en tres meses con la construcción —dije finalmente.

— Sé que te gusta bailar así que vos y tus padres tendrán que ahorrar dinero para acabarla, ese es mi consejo.

«¿Cómo puede referirse con esa expresión tan fría siendo ella parte del árbol genealógico también?» pensé disgustada. «Es más, ¿cómo puede referirse a mi danza con un simple “sé que te gusta bailar” aun habiéndome visto en su propio patio ensayar durante los meses pasados sin importar si llovía, si hacía calor o si refrescaba?».

— Abuela, con la inflación es contraproducente ahorrar dinero porque se desvaloriza.

— Si pero qué se le va a hacer a la inflación. Hay que aprender a ser paciente.

— Esto no se trata de ser paciente. Esto se trata de que vos pudiéndome ayudar, ¿no lo hacés!

De repente me miró avergonzada, lo podía percibir en sus ojos. De seguro pensó que cómo era posible que su nieta menor le hablase así con tanta seguridad. Si me hubiese conocido habría de saber que todo era debido a mis crecimientos personales. Pero no, no fue testigo de mis experiencias dulces y amargas atravesadas durante aquel año como así tampoco durante el año anterior. No me conocía en absoluto.

— Si no me importase muchísimo la danza ni mis sueños ni mi futuro, tranquilamente podría vivir al lado de una Academia paralizada. Pero no, ¿no puedo!

Permaneció callada así que seguí:

— Sé muy bien que vos y el abuelo tienen mucho dinero desvalorizándose en la caja de ahorro del banco. Sólo te voy a pedir que reconsiderés prestarme otro monto que nada tenga que ver con los \$50.000 que nos diste el año pasado. Si así lo hacés, cuando empiece a ganar mi propio dinero en la Academia, yo misma te iré devolviendo el monto que me hayás prestado.

— De acuerdo — dijo pausadamente luego de unos segundos —. Dame unos días para que lo piense y después te digo mi decisión — ultimó.

— Gracias abuela. — Sonreí con honestidad.

— ¿Qué tal la charla de hoy con tu abuela? — me preguntó mi papá luego de que mi mamá ingresó la *Kangoo* al garaje de casa.

— Complicada — dije cerrando con un leve golpe la puerta corrediza del vehículo —. Nunca pensé que fuese tan difícil hablar con una persona. ¡Y eso que es alguien de la familia!

— ¿Te imaginás entonces lo mucho que me costó a mí hablarle hace unos veinticinco años atrás para pedirle la mano de su hija?

—No sé cómo lo hiciste. Yo apenas si pude hacer que me escuches para que entienda cuánto significan para mí esos ladrillos. —Señalé mi Academia a unos dos metros de mí.

—Con la ayuda de Dios lo hice, tesoro.

Mi mamá pasó entre medio de nosotros luego de cerrar el portón de entrada y, deteniéndose, en mi presencia besó los labios de su compañero de vida. Luego me miró y dijo:

—¿No lo vas a decir?

—¿Decir qué? —me desorienté.

—“¡Vayan a la pieza!” —imitó con gracia mi mamá.

Solté una risita y les manifesté:

—Ya lo había olvidado. Creo que hace mucho que no los veía besarse así.

—¿Estás bien, tesoro? —preguntó repentinamente mi papá—. Hay algo raro en tu mirada. Estate tranquila por la charla con la abuela, sé que hiciste lo correcto y además sé que lo hiciste con educación así que tranquila —repitió—. De ahora en más dejá la situación en manos de Cristo y Él dirá cómo deben continuar las cosas en tu Academia.

—Sí, lo sé. Sé que hice lo correcto y por eso estoy tranquila.

—¿Entonces por qué te noto un poco desanimada?

—Extraño bailar —le expresé—. Extraño compartir el ruido de las moneditas con mis compañeras.

Mi mamá volvió a besar los labios de mi ingeniero y luego fue ingresando a casa. Ambos quedamos a solas en el jardín y allí me aconsejó:

—¿Te gusta mucho leer novelas no?

—Sabés que sí —dije sin saber a dónde quería llegar con aquel tema—. Sabés que desde niña amo mucho leer. Es como estar soñando despierta... es como estar visualizando una película en tu propia cabeza.

—Ponete a leer. De esta manera las semanas sin bailar se te van a pasar más rápido y cuando menos lo pensés ya será quince de diciembre y estarás de vuelta en un escenario.

—Esa es una muy buena idea —reconocí—. ¡Gracias papi!

—Gracias a vos por ser una hija maravillosa. Vos, Gabriel y Micaela son mis tres preciosos frutos de vida.



La semana siguiente, más específicamente el día martes, durante la mañana sucedieron acontecimientos muy deseados por mis alas, por mi mente y mi nuevo corazón. A su vez, también ocurrió algo que mis

emociones catalogaron como ESPECIAL, pues de existir la suerte entonces los planes de Dios son casualidades también y eso es un equívoco. Puesto que, sabiendo que DIOS es sinónimo de PERFECCIÓN, sus propósitos claramente también lo son.

— ¡TELÉFONOOOOOOO! — avisó Micaela desde el escritorio de su computadora sin molestarse en atender ella misma la llamada entrante.

Dejé a un costado la novela que estaba leyendo y salí de mi dormitorio. Corrí hasta la cocina con la obvia intención de agarrar el celular de mi mamá -ubicado sobre el pasaplatos- y atender en su lugar la llamada. No obstante me ganó.

— Eh, ¡hola mamá! Sí, sí... empezamos bien la semana... ¿Vos cómo estás?... ¿Papá está bien también?...

Apoyé mis codos encima del pasaplatos y desde ahí escuché a medias la conversación que mi mamá estaba teniendo.

— Qué bueno... Sí yo también ando viendo qué almorzaremos...

Aburrida, de pronto bostecé. Mi papá ingresó inesperadamente a la cocina diciéndome:

— El albañil acaba de terminar de pintar la puerta del baño. ¿Querés ir a ver lo linda que quedó?

— La mamá está hablando con la abuela — le avisé en voz baja.

— ¿Y qué dice? ¿Nos prestará dinero o al final decidió que no? — murmuró acercándose a mi lado.

— No lo sé. Creo que sólo llamó para preguntar cómo estamos.

Sentí una extraña sensación de ardor en mi espíritu y me sorprendí a mí misma reafirmando:

— Creo.

Mi papá se acercó hasta las hornallas y, agarrando la cajita de fósforos desde arriba del horno, se la meneó con simpatía a mi mamá que aún continuaba con la llamada. Me reí de su histrionismo sin saber que desde el otro lado de la línea, mi abuela ya estaba comunicándole a mi mamá la decisión tomada.

— Ah, bueno. Le aviso a Maryam entonces. Nos estamos viendo, mamá. ¡Besitos!

Volvió a colocar su celular sobre el pasaplatos entretanto mi ingeniero y yo la mirábamos expectantes e impacientes.

— ¡¿Qué te dijo?! — rompió el silencio mi papá.

— Dice que sí le prestará dinero a Maryam...

Impresionada ante la real noticia, no supe si llorar de la emoción o más bien sonreír hasta que mi mandíbula me advirtiera estar a punto de desencajarse de mi cráneo.

—... de hecho quiere que vaya ahora mismo hasta el *Banco Macro* con el abuelo para que realice la extracción.

Simplemente dejé que mis alas se estirasen. Mi espíritu percibió con encanto los cientos de colores habitados en cada una de mis plumas.

—¡Preparate entonces! —dijo mi papá evidenciando mi pijama con alegría—. Ya mismo le pago a Diego las horas trabajadas y le digo que regrese mañana.

—Decile que regrese a la tarde —le corregí.

—A la tarde estaremos ocupados comprando el equipo de música y los espejos. —Guiñó su ojo con entusiasmo.

Me acordé del consejo de Shanell y no me detuve a analizar la realidad en las palabras de mi ingeniero para así evitar sentirme la dueña del mundo. Me limité a mirarla a mi mamá y preguntarle:

—¿Vas a venir con nosotros?

—No, no. Vayan ustedes. Yo me quedo preparando la comida.

—¡Vení con nosotros! —le expresó mi papá—. El planeta no se va a caer porque almorcemos tarde hoy. ¡El alimentarse espiritualmente por medio de los sueños también es importante!

—Porfa, mami, vení con nosotros —dije con dulzura.

—Bueno, voy con ustedes. —Sonrió sin ser consciente de que ese gesto en ella abastecía de cariño a mi alma.

Nos encontramos con mi abuelo en la puerta del *Banco*. Había muchas personas en diferentes filas esperando a ser atendidas por consultas de plazos fijos, por préstamos, por seguros, etc. No obstante nosotros no tuvimos ni que hacer fila ya que mi abuelo era cliente vip y, por lo tanto, tenía el privilegio de ser atendido en primer lugar.

—¿Cuál es el importe exacto que desea retirar, señor? —preguntó la señorita uniformada por detrás de la ventanilla de seguridad luego de comprobar los debidos datos personales en el DNI y en la tarjeta del banco.

Mi abuelo me miró pensativo. Luego la miró a mi mamá, que estaba junto a mí, y preguntó:

—¿De cuánto es el monto esta vez?

—Ay, ni idea. ¿Cuánto es lo que le pediste a la abuela, Mary?

—No puse números. Sólo le dije que necesitaba de su apoyo.

—A ver, ahora salgo a la vereda, la llamo y le pregunto de cuánto es la extracción que decidió —dijo mi mamá buscando en el interior de su bolso el celular.

Tras la llamada, ella terminó informándole a la señorita:

—La extracción que haremos es \$20.000.

—¿¿¿¿¿\$20.000?????? —hablé asombrada. «Eso es exactamente la

cantidad que falta para ser invertida. La calculé aquel día que...» de repente acaricié mis muñecas a escondidas.

—¿Hay algún problema? —Me miró intrigada la señorita uniformada a través de la ventanilla.

—No. —Negué con sinceridad mi cabeza sin saber cómo manifestarles a todas aquellas personas haciendo fila a mi alrededor y a mis laterales que Dios es tan real como los cielos y la tierra.

Mientras la maquina contadora de billetes verificaba delante de nosotros la autenticidad de los mismos, me sorprendí descubriendo que tras esos cotidianos papelitos con números verdaderamente se hallaba la culminación de mi gran sueño. Ya era un hecho: ¡en marzo se habría de inaugurar mi inmenso anhelo!

Mi mamá guardó con cautela un fajo de \$10.000 en su bolso. El otro fajo me lo cedió a mí, pidiéndome que me encargase de esconderlo.

«Pero yo no traje bolso» pensé contrariada hasta que se me ocurrió ubicar el delgado fajo entre mi bombacha y mi calza. Me aseguré de que nadie me mirase mientras lo resguardaba allí, a lo que mi abuelo simplemente comentó con cierto aire de simpatía:

—Ese es un muy buen lugar, hasta mejor que en el bolso.

De camino hasta la vereda, acaricié cada tanto y con disimulo mi cadera izquierda. Pero al entender con mucha reflexión que detrás de esa extracción de dinero se hallaba la voluntad de Dios de finalmente tener alumnas, desapegué por completo mi mano de la calza. Contrario a inicios del año anterior cuando Fabiana, la profesora de hip hop, me había propuesto con mucho cariño dar clases de danza árabe en su Estudio, sin que se desarrollase el proyecto justamente por ausencia de alumnas, esta vez nada ni nadie podía arrebatarme la voluntad del Todopoderoso sobre mí.

Mi mamá y yo ingresamos a la *Kango*, no sin antes agradecerle a mi abuelo por respetar la decisión de mi abuela, y luego nos despedimos.

—¿Salió todo bien? —preguntó mi papá a través del espejito retrovisor.

Sentí una vez más aquel calor emergiendo desde mi espíritu para luego explayarse a lo largo de mis huesos. Comprendí que toda oración hecha hacia el Cielo con amor, con sinceridad y con fe, siempre bajará hasta la tierra en forma de bendición. SIEMPRE.

—Todo excelente. —Le regalé una sonrisa desde el asiento trasero.

Fuimos hasta el shopping y en el local de *MUSIMUNDO* adquirimos un equipo de música *Sony*: abastecido de cuatro obesos parlantes y dos tweeters con la función de hacer del sonido algo mucho más en-

volviente y acústico en el espacio en que se lo ubicase.

Más tarde nos dirigimos a *CASTELLANI, el nombre del vidrio*. Ingresé por su ancha puerta principal y de inmediato quedé embobada admirando la belleza de la escalera que había a un costado. Sus escalones de vidrio y su baranda de cristal, de seguro llevaban a las oficinas privadas de los trabajadores.

— ¿Están atendidos? — dijo a modo de saludo un empleado desde su escritorio. Tenía la cabeza calva y vestía camisa celeste con corbata azul.

— No — respondimos al unísono.

— Tomen asiento, por favor.

Mis progenitores se ubicaron en las dos butacas negras de cuero situadas enfrente del escritorio. No había una tercera butaca así que permanecí de pie en medio de ambos. Las plantas de mis pies parecían renovadas por lo que mis muslos ni se molestaron de no estar relajados.

— ¿Qué andan buscando?

— Espejos con la mayor medida que viene — dijo mi papá —. Tengo entendido que son los de 2, 50 m por 1, 80 m.

— Sí, eso son los más grandes — enfatizó el empleado acariciando su corbata.

— ¿Me podría hacer el presupuesto de seis espejos? Tres de ellos hay que hacerlos cortar: en vez de medir 1, 80 m de ancho deben medir 1, 72 m.

— Claro, ya mismo le hago el presupuesto más el incluido de los cortes — expresó con seguridad. De repente me observó de pies a cabeza y dijo —: Son para vos, ¿no? Apuesto a que sos bailarina.

«¿Cómo lo sabe si ni siquiera abrí la boca?» pensé sorprendida. «¿O es que acaso la manera en la que uno permanece al estar parado revela también mucho de la persona?».

— Soy bailarina y profesora de danza árabe — respondí sonriendo.

Su calvicie resaltó aún más al sonreír él también. Y mientras extraía del cajón del escritorio un anillado con los precios de los espejos según sus medidas, prosiguió:

— Disculpa la curiosidad pero... ¿tu estudio de danza ha de ser hiper grande para equiparlo de seis espejos no?

Mi ingeniero levantó sus cejas con simpatía al mirarme de costado.

— No es ni muy pequeño ni muy grande — le compartí —. De hecho está diseñado y construido para que tres espejos quepan en el frente principal y los otros tres, los que serán cortados, estarán en el perfil izquierdo.

— En un comienzo pensábamos poner dos de cada lado, pero con la altura que tiene el salón se deslucirían — completó mi ingeniero —. Así que de-

cidimos poner tres espejos de cada lado y de manera vertical, no horizontal.

—Se percibe muy lindo eso. —Asintió su cabeza con fascinación.

Terminó de realizar a mano el presupuesto y se lo entregó a mis progenitores.

—Qué bueno que no hayan subido de precio —comentó de repente mi mamá al ver los números en la hoja.

—Es verdad —expresó mi papá—. Vinimos hace dos meses y gracias a Dios todo está igual.

—Así es, no subieron. Pero ahora para el año entrante sí habrá un aumento. La inflamación es galopante y honestamente nos cuesta continuar de la misma manera.

—¿Podemos dejar pagado ahora mismo los seis espejos con la condición de que nos permitan regresar en enero con la factura para retirarlos? —continuó mi papá.

—No hay ningún problema. Sólo asegúrese de dejar bien asentada la dirección del estudio —Me miró con respeto— en la factura para que así los trabajadores no tengan inconvenientes de llegar al sitio en donde deben colocarse los espejos.

—Muy bien, hacemos la compra entonces —dijo mi papá.

—Pase por caja y mi compañero le realizará la factura.

Mi ingeniero le estrechó la mano al señor calvo en señal de agradecimiento. Y justo antes de dirigirnos al sector de la caja, dijo:

—¡Mucha suerte con tu estudio de danza!

«La suerte no existe...» reflexioné, «... lo que existe son las bendiciones de Dios».

Pero si el señor aún no había decidido experimentar en su vida ese “encuentro personal” con Aquel que le ganó a la muerte tras haber estado en una cruz de madera, jamás podría razonar la seriedad y real viveza de mis pensamientos.

—¡Muchas gracias! ¡Es usted muy amable!

Entretanto subían y bajaban empleados y trabajadores por la preciosa escalera, concretamos la compra de los espejos. De regreso a la *Kangoo* estacionada a pocas cuadras de allí, mi papá comentó:

—Bueno tesoro, tenemos hasta el siete de enero para terminar con los detalles generales de instalación eléctrica...

—... instalación de ventiladores... instalación de equipo de música... —añadí.

—... pintura del machimbre...

—... tragaluces...

—... cañitos para las futuras cortinas y cualquier otra cosa que pro-

duzca suciedad con el taladro o la amoladora...

—Todo tiene que quedar limpio y bonito cuando los de CASTELLANI coloquen los espejos — pensé en voz alta—. No tiene que haber escaleras en medio del paso o herramientas ni mucho menos cables colgando desde el techo.

—¡Exacto! Tenemos que asegurarnos de avanzar con toda la última etapa para así dejar prolijo y cómodo todo para el día de la colocación de los seis espejos.

—No entiendo. ¿Qué pasa el siete de enero? —preguntó mi mamá despreocupada.

Mi papá y yo intercambiamos sonrisas de inmediato. Había olvidado lo bien que se sentía tenerlo a mi lado acompañándome en el más grande anhelo de mi vida.

—¿No me escuchaste decirle al cajero que después del Día de Reyes vayan a colocar los espejos en la Academia?

—Ah, no. No escuché. Mientras ustedes pagaban yo estaba viendo el almanaque del nuevo año que había colgado en la pared. ¿No se dieron cuenta de que la foto del almanaque era de un gatito muy parecido a *Las aventuras de Chatrán*?

Ambos le negamos con la cabeza, a lo que ella siguió:

—¿Y qué pasa si no llegan a tiempo hasta el siete de enero para terminar con todo eso que nombraron?

—De pasar no va a pasar nada —expresó mi papá—. Pero aun así no sería bueno dejar pasar más tiempo teniendo en cuenta que ya están pagados los espejos.

«Sí llegaremos a tiempo» me sentí tranquila, «porque de lo contrario la voluntad de Dios por medio de esos \$20.000 no tendría sentido... y TODO lo que proviene de Cristo tiene sentido de perfección e incluso tiene también perfecto equilibrio en el tiempo».

—¿Trajiste un pendrive con las fotos? —me preguntó el diseñador junto a la computadora profesional.

—Sí, aquí está. —Lo extraje de mi bolso mientras desde su interior mi caderilla se hizo notar por su peculiar ruidito—. Hay fotos para el banner de pie y está también la foto para el cartel gigante.

—Perfecto. —Me lo recibió.

—¿Podrá terminar ambos diseños ahora así ya están listas las imágenes para ser llevadas a la máquina gigantográfica? —preguntó mi papá ubicado a mis espaldas.

—¡Eh, tranquilo! —intenté equilibrar su entusiasmo al mirarlo.

—Mientras más antes empecemos a hacer propaganda, tesoro, ¡¡¡mejor!!!

—Estas cosas toman su tiempo — comentó mi mamá.

—Así es — habló el diseñador —, llevan su tiempo. Pero por lo que veo su hija ya sabe cómo quiere los diseños así que de seguro avanzaré rápido.

Extraje mis distintas fotos desde el pendrive hasta su computadora. Copió también ambos fondos de colores con brillitos y estrellitas en excelente calidad que busqué a través de Internet luego de que habíamos regresado a casa para almorzar.

—Decime en qué lugares querés que vaya cada foto — me indicó el diseñador —. Decime también si querés que haya alguna palabra o alguna dirección en medio de las fotos, o no sé... lo que necesités.

Le fui señalando con confianza en la pantalla el orden equitativo de las fotitos para el que sería el banner de pie.

—Ahí en el medio va el eslogan — Le orienté —: *“Un espacio donde bailamos con los pies en la tierra y el corazón en el cielo...”*. Ya le digo con qué tipo de fuente va. —Extraje unos apuntes de mi bolso.

—¿De dónde sacaste ese eslogan? — me preguntó mi papá impactado.

—¡Es muy bonito! — añadió mi mamá con ternura.

Le entregué los detallados apuntes al diseñador y luego les dirigí la palabra a mis progenitores.

—Hace unos días lo inventé... De esa manera es como estoy imaginando mi salón cuando lo comparta con mis futuras alumnas.

Anonadado, mi ingeniero no pudo dejar de asentir su cabeza con deleite. Mi mamá continuaba afirmando la belleza escondida que había en aquel peculiar lema.

Estaba señalando ítems en la pantalla para el que sería el cartel gigante cuando las preguntas reaparecieron en ambos.

—¿“Escuela”?

—¿Que no se dice “Academia”?

Leí una vez más en la computadora lo que instante atrás le había indicado al diseñador que escribiese: *“Escuela de Danzas Árabes ‘Maryam Dimín’*” y sin darme cuenta sonreí animada al ver en medio del enorme título a las sutiles estrellitas amarillas.

—Decir “academia” me suena a algo muy comercial — les manifesté con sinceridad —. En cambio decir “escuela” revela que es un lugar para aprender... para aprender a bailar árabe, por supuesto, pero también para aprender valores de vida.

—¿Qué edad tenés? — me preguntó inesperadamente el diseñador.

—Diecisiete prácticamente recién cumplidos. ¿Por qué la pregunta?

—¿Vas a trabajar siendo menor de edad? —pareció asombrarse en gran manera.

No supe si pretendía apartarse de su computadora profesional y llamar a Servicios Sociales o bien al 911 para demandar a los adultos que me acompañaban, sin embargo seguí con sinceridad:

—Aunque teóricamente será un trabajo ya que manejaré inscripciones y cuotas mensuales, yo no lo sentiré como un trabajo. Cuando se hace lo que se ama, el trabajo no es trabajo; ¡es puro disfrute!

Sorprendido ante mis palabras, me dedicó una mirada de admiración. La mayor parte de la sociedad de seguro creería, conforme pasase el tiempo, que estaba marcándome el futuro de una manera fatal; pero siempre habría excepciones de personas que comprendan que no todos los jóvenes son fotocopias sin color duplicadas en una secundaria máquina mecánica.

Si bien era martes, oficialmente no era día de ensayos con el Ballet de Janaan. Pero como cada vez estábamos más cerquita de la fecha para el gran día, Janaan nos avisó a mis compañeras y a mí que fuésemos también ese martes a ensayar. Intercalaríamos nuestras coreografías con las de las niñas, al estar entrometidas en su horario de clase.

—Papá, ya tenemos que irnos —le avisé—. Recordá que tengo ensayo.

—De acuerdo, vamos.

—Espero terminar con los detalles de ambos carteles hasta más a la noche —habló el diseñador.

—Sí, no hay problema —dijo mi ingeniero—, termine tranquilo. Nuestra idea más que nada es que ambos carteles estén listos y ya muy bien colocados para antes de que acabe el año.

—Cancelaremos el pago cuando nos avise que ya está por mandar a hacerlos imprimir —expresó mi mamá.

—Les estaré llamando entonces. ¿El número es este que está en el futuro banner, aquí en mi pantalla?

—Sí, ese es el mío —advertí.

—Bien, te estaré llamando.

De camino en la *Kangoo* hacia la Academia de Janaan, mi mamá de repente le dijo a mi papá:

—¡No te olvides que antes de volver a casa quedamos en que hay que buscarlo a Ignacio!

—¡Cierto! ¡Cierto que quedamos en que hoy trabajará hasta la medianoche para terminar los tomacorrientes! Gracias por hacerme acordar, mi vida. —Le sonrió.

—Papi, ¿podemos buscarlo ahora mismo a Ignacio? —pregunté des-

de el asiento—. Su casa queda bastante cerca de la Academia de Janaan y ella necesita que le arregle el inodoro. El otro día me comentó que intentó comunicarse con él por teléfono pero que no atendió la llamada.

— Bueno, tesoro. Vamos ahora a buscarlo. No creo que haya inconvenientes, cada vez hay más confianza y hasta diría que amistad con él.

— ¿Por más que sea muy católico? — preguntó mi mamá pensativa.

— Nosotros antes fuimos como él, mi vida, así que la amistad empieza desde ahí... desde la empatía y la comprensión hacia el prójimo. Pero así como nosotros rompimos la ceguera en nuestros ojos hace once años descubriendo que la Iglesia Católica no respeta para nada las deslumbrantes enseñanzas establecidas por Cristo divinamente en la *Biblia*, a lo mejor Ignacio lo acabe reconociendo y comprendiendo algún día también.

Momento más tarde ya me encontraba subiendo las escaleras en compañía de Ignacio. Le dije que esperase un ratito allí en la recepción y fui en busca de Janaan. Atravesé las cortinas de tela y, para mi fascinación, frente a los espejos se hallaban bailando alrededor de unas doce bonitas niñas. Una de ellas era Andene. Dejó de bailar al verme y de inmediato corrió hasta mí y me obsequió un fuerte abrazo alrededor de mi cintura.

— ¿Cómo estás? — le pregunté feliz por el reencuentro.

— ¡Muy bien! — Me soltó y me regaló una iluminada sonrisa—. ¿Vos cómo estás, Mary?

«De más grande, cuando seás consciente de lo que le hiciste al camino de mi vida, conocerás porqué es que ahora me siento excelente incluso con un desgarró en mi abdomen».

— Al igual que vos, ¡muy bien también!

— Mary, mi niña. — Se acercó Janaan para saludarme en medio de sus demás aluminitas—. Como siempre, sos la primerita del Ballet en llegar.

— Hoy más que nunca quería asegurarme de venir un poquito antes ya que te lo traje al plomero.

— ¿Es un chiste no? — Se sorprendió.

— No, de hecho está ahí afuera esperándote en la recepción.

— Ay Maryam por favorrrrrr, ¿qué es lo que hacés para que te quepa tanta bondad en el corazón?



— Me estoy yendo a la fisio, ¿vos te encargás de comprar los seis vidrios corrugados para los tragaluces? ¿O luego vamos caminando hasta la San Martín para comprarlos juntos?

— No tesoro — me respondió mi papá desde el interior de mi Escue-

la mientras hablaba con Diego sobre los detalles finales del machimbre —, andá tranquila a fisioterapia. Yo me quedo al mando.

Me despedí de mi ingeniero favorito y cerré el portón de casa reflexionando en qué momento habíamos invertido los papales. Realmente las situaciones se desarrollaron tan rápido que ni me detuve a analizar que su pantorrilla ya estaba muy bien. Por supuesto que el músculo nunca volvería a ser el mismo de antes en la parte baja de su pierna, pero aun así ya no le dolía, molestaba ni pesaba.

Me aseguré de que no circulase ningún vehículo, ni menos que menos algún ciclista en contramano, y crucé la calle hasta ingresar a la Clínica. La fisioterapeuta me hizo pasar al primer box y tal como lo estaba haciendo desde hacía más de una semana, me acosté en la camilla. Levanté mi remera hasta la altura de mi corpiño mientras ella se encargaba de absorber alcohol en un algodón.

—¿No te anda molestando el parche terapéutico, no? —me preguntó al mirarlo pegado justo arriba de mi ombligo.

—No, para nada. De hecho sí me ayuda mucho a relajar el músculo.

—Entonces sí anda haciendo muy bien su trabajo. A simple vista no es más que un autoadhesivo pero por dentro tiene sus debidos fármacos analgésicos.

Lo fue despegando con cuidado y de a poco de mi piel. Obviamente, el algodón con alcohol era para que mis rubios vellitos en la panza no sufriesen en medio del tironeo. Ubicó las almohadillas con sus respectivos cablecitos sobre mi abdomen, ciñéndolas con un especial elástico alrededor de mi espalda, bajo mis riñones. Configuró el aparato para que transfiriera las ondas de calor generadas por las vibraciones, con el fin de regenerar las células en mi músculo, y me dijo:

—Recordá no estar tensa, relajate. En treinta minutos regreso.

No bien me hallé a solas en el box aparté el señalador de la novela que había llevado para proseguir con mi lectura diaria. Si bien era un poco incómodo leer estando allí en completa posición horizontal sobre la camilla terapéutica, toda historia impresa en un libro impregnado de olor a tinta fresca junto a ese mágico perfume de la imaginación, seguía ocasionando en mí esa misma sensación desde que aprendí a leer fluidamente a los seis añitos: todo a mi alrededor desaparece... sólo existen mis ojos, el libro entre mis manos y la infinita percepción de una realidad alternativa en mi cerebro. La sensación de la lectura es realmente excitante.

No obstante cuando a los veinte minutos la sangre fluyendo en el interior de mis brazos comenzó a detenerse, la realidad me obligó a

regresar a mi vida. Apoyé el libro abierto sobre mi pecho y dejé reposar un rato mis entumecidos brazos. Y al mirar el blanco techo del pequeño box, fui recordando todos los libros que había leído durante las últimas pasadas tres semanas. Novelas de *Richard Bach*; “*Mi planta de naranjallima*” de *José Mauro de Vasconcelos*; la más destacada obra de *Antoine de Saint-Exupéry* e incluso releí también mis historias favoritas de la infancia: cuentos de *Allan P. Rice* “*Suspense a la medianoche*” y las novelitas de la escritora italiana *Elisabetta Dami* que escribe bajo el seudónimo del afamado ratoncito *Geronimo Stilton*.

Apoyé una de mis manos sobre el libro que todavía permanecía abierto en mi pecho. Ejercí una leve presión sobre su lomo y de repente sentí como si todo el disfrute en mí al momento de leer se transformase en algo más grande. Ya conocía esa peculiar sensación detonante que llenaba mi espíritu por completo de felicidad. La sentí por primera vez en el viaje a San Ramón de la Nueva Orán, llevado a hacía exactamente dos años y medio atrás.

Pero... ¿era posible sentir eso no sólo al pisar un escenario sino también al leer un libro? ¿Era posible? Mi subconsciente parecía decirme entre risas que estaba perdiendo la cordura; pero no... ¿o sí la estaba perdiendo? ¿Es posible sentir pasión hacia dos actividades distintas en la vida? ¿Es posible descubrir una segunda vocación?

«Quiero ser escritora» pensé decidida mientras percibía cómo las almohadillas con sus respectivos cablecitos en mi abdomen subían y bajaban al mismo tiempo que mi respiración. «Quiero escribir una novela que refleje mi vida... con mis subidas, mis bajadas, con los errores y las bendiciones. Quiero que su nombre sean tres simples palabritas que puedan ser capaces de describirme junto a una portada que hable por sí misma pero que, al mismo tiempo, los lectores que no deseen conocerme acaben reconociendo que mi vida es un libro cerrado del que sólo están viendo el título».

— Acabaron los treinta minutos. — Escuché la voz de la fisioterapeuta desde el abierto arco del box —. ¿Lista para continuar otros treinta con el otro aparato?

Recoloqué el señalador en la página adecuada del libro abierto.

— Por supuesto que lo estoy.

CAPÍTULO 24

“Emoción en los ojos y amor en el corazón”

—Janaan, hay un problema. Problemita, mejor dicho.

—¿Qué pasó? ¿Volvió a romperse la cadena del inodoro? —dijo viéndome salir del baño.

—Por esas casualidades ¿no tenés una toallita?

—¿Te acaba de venir? —pareció inquietarse más ella que yo—. Aunque eso es una excelente noticia, ¡eh!

—Sí... lo sé.

—No estoy segura de tener pero creo que sí. —Abrió su bolso delante de mí y empezó a rebuscar entre sus cosas—. Ay tengo tampones pero no toallitas. —Me mostró la cajita que los contenía—. A veces se me olvida reponer las cosas en el bolso.

De repente me miró preocupada y me preguntó:

—¿No usás tampones no?

—No, porque soy virgen.

—¿Sabías que los tampones no rompen el himen?

—Sí, lo sé. Pero creo que me expresé mal —me corregí—. No uso tampones porque no me agrada la idea y la sensación de tener todo el tiempo algo ahí dentro. —Reí con sutileza.

—¿Y el día de mañana cuando tengás un marido? —me preguntó simpática haciéndose la desentendida.

—Eso es diferente. Además no será por todo el tiempo —concluí graciosa.

Sacó veinte pesos desde su billetera y mientras me lo extendía, expresó:

—Nunca seas como la mayoría de las otras chicas en el mundo. Vos seguí así de pura por muchos años, Mary. Créeme que lo vale... yo lo sé.

—¿Qué tiene que ver eso con el billete?

—Andá a comprar al kiosco de la esquina toallitas. Seguro que venden paquetitos.

Recibí el dinero y le di las gracias. Y mientras cruzaba las cortinas de entrada del salón, aprovechando de que estábamos a solas pues ninguna de las chicas del Ballet había llegado todavía, desde allí le manifesté con entera confianza:

—Tené por seguro que hasta que no encuentre a mi príncipe azul, ¡no voy a hacer nunca nada!

—¿Ni siquiera vas a besar sapos? —me preguntó desde lejos.

—YA BESÉ A UNO EL AÑO PASADO Y HOY POR HOY RECONOZCO QUE ALTERÉ MIS SENTIMIENTOS SIN SENTIDO. SUPON-

GO QUE ES COHERENTE RECORDAR QUE LOS SAPOS NO TIENEN VÉRTEBRAS QUE ENDERIECEN SUS VIDAS Y POR ESO LO ÚNICO QUE HACEN ES SALTAR – respondí mientras recorría la escalera –. EL PRÍNCIPE AZUL CAMINA DERECHITO POR LA VIDA CON SUEÑOS Y CON PROYECTOS, ¡CÓMO NO VA A VALER LA PENA BUSCARLO CON PACIENCIA!

– ¡ESA ES MI NIÑAAAAAAAA!

Cuando el ensayo general terminó horas más tarde, mi papá me pasó a buscar por la Academia. Recorrimos a pie varias ferreterías del centro buscando los cañitos dorados para sujetar desde ellos las futuras cortinas, ¡pero por ningún lado hallábamos lo deseado!

– ¿Quién sujeta cortinas desde un caño negro que a lo lejos parece oxidado? – le planteé mientras salíamos desilusionados de otro local más.

– Y no sé... supongo que hay gusto para todo. Al menos los cañitos plateados que vimos en el negocio de hace rato estaban más aceptables.

– Sí pero el interior de mi Escuela tiene decorados en dorado, no en plateado. ¡Los cañitos tienen que ser dorados!

– Ya encontraremos, tesoro.

Caminamos hasta el final de la cuadra en medio del latoso tumulto de gente. Vislumbé entre las oscuras nubes un relámpago cuando de repente me dijo:

– ¡Ya sé dónde podemos encontrar caños dorados!

– ¿Dónde? ¿Queda muy lejos? En cualquier momento empieza la tormenta.

– En la *Ferretería Libra*, queda en la calle Córdoba. ¡Vamos para allá!

– ¿Caminando? – Acaricié mis brazos pues el típico airecillo fresco previo a una lluvia ya se hacía notar.

– No, no. ¡Vamos en la *Kangoo*! En la Córdoba sí se puede estacionar así que no tendremos que buscar calles más a lo lejos en donde dejarla.

– ¡Dale, vamos entonces!

Todavía en medio del tumultuoso gentío del centro, regresamos por nuestras propias pisadas anteriores e ingresamos al vehículo. Unas contadas gotitas ya se hicieron notar sobre el parabrisas hasta llegar a *Libra*. Pero al recordar con entusiasmo que el auténtico sol está por dentro, ¡qué importa que afuera esté por diluviar!

– Sacá número – me avisó mi papá no bien entramos al negocio –. Yo voy viendo qué hay entre los muestrarios de la pared.

Extraje un papelito desde la expendedora de números y, evidenciando que debíamos esperar seis, me senté cómoda en la banca ubicada justo frente a la caja registradora. Fui ideando en mis pensamientos

que, si finalmente conseguíamos los cañitos dorados, me haría mucha ilusión que desde ellos colgase aquella misma tela diáfana en tono amarillo suave que habíamos comprado para embellecer la gran tarima que se utilizó en la Cena-Show de mis quince años.

—¿Estás atendida? —me habló el señor cajero desde su sitio luego de beber un sorbo de mate.

—No, pero...

—¡Maryam! ¡Sí hay caños dorados! —interrumpió mi papá al acercarse a mí.

—¡GENIAAAAAAAL!

—¿Quiere que lo atienda, caballero? —evidenció el cajero dirigiéndose a mi papá.

—Somos el número 77. Esperaremos.

—Insisto —Volvió a beber un sorbito de mate—, permítanme que los atienda.

Crucé una mirada de asombro con mi papá mientras él me devolvía una de desconcierto. Le explicamos al señor cajero lo que andábamos buscando. Y con mucha amabilidad nos cedió dieciséis terminales puntiagudos para cañitos de cortina -dorados por supuesto- como así también diecinueve soportes a juego. Y claro, cinco largos caños de aluminio nos trajo desde el depósito también.

—¿Necesitan algo más?

—No, eso es todo.

—Excelente, vamos por caja así les cobro.

Caminamos a su par, con excepción que él lo hacía desde el otro lado de los mostradores, al mismo tiempo que mis ojos observaban que los empleados apenas si iban atendiendo a los clientes 71 y 72, respectivamente. Mi ingeniero se encargó de la bolsita contenedora de los accesorios pequeños, entretanto yo acogí los cinco caños de aluminio. El señor humedeció la yerba con agua hirviendo de su termo mientras nos sonreía, luego de haberle agradecido por su cálida atención.

Advertí que una señora mayor con un paraguas recién cerrado y mojado, estaba a punto de extraer un papelito en la entrada desde la expendedora de números. Me arrimé hacia ella con rapidez y, mostrándole el 77 que todavía permanecía intacto en mi mano, le expresé:

—Tenga el mío. Así no tendrá que esperar tanto.

Sus blancos dientes me sonrieron con amabilidad.

—Gracias, jovencita. Justo estaba por sacar el 84.

Las grises baldosas de la vereda ya estaban bañadas en agua, sin embargo sentí al verdadero sol brillando desde mi interior por lo que

me animé a decir:

– Que tenga un lindo día.

– Con tu lindo gesto, créeme que lo voy a tener.

Pisé una baldosa floja y esta salpicó agua sucia en la parte baja de mi calza. Un estruendoso trueno se escuchó de repente mientras la lluvia no paraba de acrecentar. Percibí cómo se fueron humedeciendo mis ru-
los mientras que, por unos dos metros delante de mí, mi papá caminaba con un poco de rapidez con tal de ubicar la llave en la cerradura de la *Kangoo*, al no haber sido precavidos en llevar un paraguas.

Permanecí quieta en plena vereda y miré los resplandecientes cañitos dorados de aluminio de dos metros de alto cada uno, amarrados con fuerza pero con cariño en mi puño. Por la vereda de enfrente unas cuantas personas correteaban fastidiadas mientras intentaban cubrir sus cabezas con una carpeta de cartón, con una bolsa plástica o con un buzo. De hecho, a un jovencito se le cayó el celular al haber tropezado con una baldosa en mal estado. Miré con diversión las gotas de lluvia que resbalaban por mis descubiertos hombros mientras otras más refrescaban mi frente, entretanto reflexionaba qué tan grande habrá de resultar la irritación en Satanás al identificar bajo una tormenta a una persona feliz.

«Ahora sí sé cómo y dónde se refugia un pajarito en plena lluvia» me dije sin apartar mi vista de aquel alto y dorado túnel que parecía ascender desde el delicado puño de mi mano.



– ¡¡¡¡No me creo que ya haya llegado el día!!! – dijo efusiva de alegría y energía Graciela.

– Créelo porque en menos de treinta minutos ya abrimos el espectáculo con Janaan – le dije al mismo tiempo de mirarme en el espejo del camarín.

– ¿Tu abdomen cómo está para hoy?

– Excelente, antes de ayer tuve mi última sesión de fisioterapia.

– ¿Y las coreos... todo bien también? Digo, porque hace prácticamente un mes que no las ensayás con nosotras.

– Las ensayé todo el tiempo aquí. – Palpé la parte derecha de mi frente.

Graciela me sonrió como expresándome que confiaba en mí. Verdaderamente habíamos estado alimentando, sin darnos cuenta, una muy linda amistad desde los dos últimos meses más o menos.

– Wiiiiii, ¡el vestuario más grande de toda la *Casa de la Cultura* es para el Ballet! – Ingresó Analía con una valija a rueditas saludando con

entusiasmo a Graciela, a mí y a las demás chicas que ya estaban allí en el camarín con nosotras.

Mi amiga me codeó y, en voz baja, me expresó:

— ¿Te das cuenta de lo que acaba de hacer?

— ¿A qué te referís?

— A la chica X... — Señaló con su mirada a Analía por medio del espejo.

— Acordate lo mucho que Janaan estuvo hablando a solas con ella en la Academia las últimas semanas — le dije en voz baja también—. Sé positiva porque quién sabe, quizás acabés descubriendo que las actitudes de Analía están siendo reales y sinceras, y ya no falsas ni chocantes.

— Sí... pero como sea... Lo estuve charlando con mi familia y para el año me cambiaré de Academia.

— ¿Lo decís en serio? — me sorprendí ya que no me pareció muy maduro de su parte el ansiar abandonar un precioso lugar de ensueños solamente porque una compañera no la hiciese sentir cómoda.

Me asintió con su cabeza mientras terminaba de subirse el cierre del largo pantalón azul de acetato con el que abríamos el espectáculo.

— ¡Pero si la querés muchísimo a Janaan! ¡Y ella te quiere muchísimo también! — intenté recordarle el lado bueno y grande en comparación a un pasajero disgusto.

— Sí, lo sé. Pero bueno, ya tomé mi decisión — me contó—. Después de las fiestas son las mesas de exámenes así que para mediados de enero le haré saber mi decisión y me despediré de ella. Luego, para marzo, continuaré en otro lugar para así cursar mi último año del Profesorado en ese otro lugar y ya recibirme de profe a finales del año que viene.

— Ay Graciela, me dejás shockeada — fui sincera—. Yo si estuviese en tu lugar no me cambiaría de Academia conociendo a la increíble maestra que tenés.

Enchufó su planchita en el tomacorriente que había al lado del espejo y, mientras esperaba a que se fuese calentando, me dijo:

— ¿No te interesa saber quién será mi nueva profesora?

— ¿Ya la tenés elegida?

— Sí. — Sonrió—. Es un año menor que yo y sin embargo es TAN GIGANTE POR DENTRO que con ella sería capaz de viajar para participar en un certamen hasta en la luna. De hecho hace un par de noches me enteré por una foto en *Facebook* que esta profesora ya hizo colocar en la parte superior de los ladrillos de su Escuela un preciosísimo cartel con su nombre.

Pasmada ante las palabras que acababa de escuchar desde la boca de mi compañera de Ballet, no supe qué decirle. Si bien era muy boni-

ta la sensación en mi espíritu de que mi nueva amiga anhelase recibir un título de profesora de danza árabe con el nombre de mi Escuela, al mismo tiempo algo en mi espíritu me incomodaba. No estaba bien “robarle” una alumna a Janaan.

—Macarena y Maryam —informó desde la puerta del camarín Mónica (colega y gran amiga de Janaan a quien había conocido en el curso de verano)—, vengan conmigo. Ustedes son las dos siguientes a quienes maquillaré.

Miré a Graciela con rapidez, antes de perseguir a Mónica y a mi compañera Macarena hasta el camarín contigoo, y le expresé:

—Esta charla no terminará así, ¿eh?

—Obvio que no, futura profe —dijo casi en un murmullo.

La falta de luces habitaba el escenario. El silencio y la oscuridad eran continuos. No obstante, yo estaba segura y feliz. Ya nada asustaba al escenario de mi vida porque de verdad podía sentir la compañía de Cristo conmigo. Acaricié mi abdomen y sentí con satisfacción las muchas enseñanzas que mi cuerpo le había otorgado a mi espíritu aquel año, como así también los muchos aprendizajes que este último había recibido por medio de especiales pensamientos. Aparté la mano de mi piel riendo con sutileza al recordar que sin querer podía estar quitándome la purpurina plateada de la panza. Respiraciones nerviosas escuché a mi alrededor, sin embargo estuve más que segura que ninguna de ellas provenía de Janaan. ¡Ella era el liso y equilibrado piso de madera que albergaba de sueños y de valores a su Ballet!

El telón se abrió frente a todas nosotras y justo antes de que la locutora hablase desde el micrófono tras bambalinas, la adrenalina y el placer se fueron esparciendo por mi cuerpo y por mi espíritu. Parecían chispitas de electricidad fusionadas con energía potencial y energía potencial gravitatoria, semejante al carrito de una montaña rusa, que a medida que sube por las altas vías del juego más afamado del parque de diversiones lo hace por medio de su propio motorcito; pero una vez arriba, el resto del trayecto continúa a través de la propia pasión chisporroteada sobre el carril que incluso puede hacerlo subir a nuevas cimas. Larissa tenía razón: el secreto radica en hacer explotar esas emociones internas justo antes de que inicie la música.

—CON TODOS USTEDES EL PRIMER NÚMERO DE LA NOCHE... ¡“FUERZA VIVA”!

Las coloridas luces del escenario se encendieron al mismo tiempo que el comienzo de la música. Mis alas se extendieron al ver la platea

y el pulman de aquel teatro ¡llenísimo! para luego levantar vuelo, entretanto las plantas de mis pies, mis caderas, mis brazos y mi enrulado cabello no dejaban de hacer lo suyo desde la moldeada estructura de mi cuerpo. Conforme avanzaba la melodía y la coreografía, me era imposible borrar la sonrisa en mi rostro que, dicho sea de paso, se la compartía con mucho placer a todo aquel incontable público. Entre giros y cambios de posiciones en el escenario, les sonreía a mis compañeras también. Pero al ver de reojo en plena presentación a Janaan danzar en medio de nosotras, ese pedacito de cielo contenedor de un buen disfrute, un buen expresar y un buen compartir, se agigantó tanto a lo largo de mis alas que incluso en medio del escenario le agradecí mentalmente una vez más al Creador del universo por aquello que hizo en mí... curarlas y otorgarles el real significado de libertad hasta transformarlas en nuevas plumas decoradas de un fresco y diferente aleteo.

—Nooo, ¡no te saqués el traje azul, Mary! — me avisó Camila, una de mis compañeras, no bien estuvimos de regreso en el camarín.

—¡Cierto que para la coreo de percusión usaremos el mismo! — recordé en voz alta.

—Sí, pero agregándole los accesorios de tela lurex rosa sobre el corpiño y sobre la cadera — añadió Graciela todavía más entusiasmada.

Mientras buscaba entre mis pertenencias el topcito y la pequeña faldita de lurex rosa para ponérmelas y así quedar lista para nuestro siguiente número, reflexioné si es que acaso había alguna razón por la que Janaan había diseñado y establecido los trajes para el Ballet aquel año de una manera sencilla pero sin dejar de ser elegante.

Respetando la numeración del programa, mis compañeras y yo regresamos al escenario cuando nuevamente llegó nuestro momento. Allí bailamos la coreografía de percusión que tanto habíamos ensayado con mucho esfuerzo y dedicación los meses anteriores. Cada aplauso quedaba atrapado en nuestros corazones y, particularmente, me pregunté si las personas en el público eran conscientes de lo que significaban para todas nosotras aquellas manifestaciones de su parte.

De hecho, cuando inició la segunda parte del espectáculo luego de unos diez minutos de intervalo, nos fuimos preparando para nuestro siguiente número coreográfico: el baile con los fan veils. Graciela me ayudó a prender el ganchito de mi corpiño en el camarín entretanto mi mente recordaba que todo su bordado de plateadas lentejuelas era lo único que había tenido que realizar mi mamá. LO ÚNICO. Ninguno de los otros atuendos en las otras coreos requirió bordado, piedritas, canutillos ni nada semejante. No obstante, el resto de alumnas de la

Academia sí que disponían en sus diseños laboriosos bordados que claramente costaron tiempo, paciencia y dinero.

Pero allí ubicada frente al espejo del vestuario, al colocarme el enterizo de una peculiar tela negra con brillos que cubría mis piernas y parte de mi cintura derecha junto a todo el brazo derecho, me acordé del día en que Janaan me informó de manera privada: “No te pediré que te hagás hacer el traje para la coreo de abanicos cuando yo misma te puedo prestar mi enterito negro. El corpiño plateado sí te lo vas a tener que hacer porque el mío te quedará grande”.

Salí del camarín observando con cautela la palma de mi mano izquierda y recordando la horrible ampolla que había tenido allí a causa de los mismos abanicos. Sorprendentemente no había quedado ninguna cicatriz después de haberla torturado con una tijerita. «Y qué curioso...» pensé, «... a veces siento que tampoco hay cicatrices en mis alas», concluí con añoranza y recordé cuánto me había brindado la profesora de mis sueños desde ese día en el curso de verano en donde todo entre nosotras inició, sin saber si tratarnos de colegas o de qué otra especial manera.

Posteriormente a la coreo de abanicos, mis compañeras y yo bailamos la coreografía de shaabi pop. Nuestro “traje” no era nada más ni nada menos que un pantalón jean de vestir en tono azul acompañado del mismo corpiño bordado en plateado ya antes utilizado sólo que, por encima de este, teníamos un bolero hecho de tela blanca que revelaba un poco por debajo al propio corpiño. ¡Amé ser parte del Ballet e interpretar con tanto disfrute esa coreografía con música popular egipcia!

Mas al final del espectáculo, cuando todas las alumnas de la Academia bailamos coreográficamente el bellissimo tema *Vivir mi vida* con la jubilosa voz de *Marc Anthony*, tuve que verme obligada a retener la emoción en mis ojos en pleno cierre del show. Mi mirada vidriosa se contentó en pleno baile al verla en la parte de adelante del escenario a Janaan, como cabecera de cada ilusión y cada movimiento que sin duda alguna cada una de sus alumnas albergaba en sus alas gracias a ella.

— Y ASÍ DAMOS POR FINALIZADO ESTE ESPECTÁCULO... — habló la locutora saliendo desde las bambalinas para dejarse ver con el micrófono en manos no bien la canción culminó — ... ¡“LA VIDA ES BELLA”! ¡¡¡MUCHAS GRACIAS A TODOS POR HABER VENIDO Y POR QUEDARSE HASTA EL FINAL!!!

A mi alrededor, las más peques de la Academia, las alumnas más avanzadas e intermedias, mis compañeras de clase de perfeccionamiento y las integrantes del Ballet, absolutamente todas nos hallábamos vestidas igualitas: un catsuit elastizado de color ladrillo con la es-

palda descubierta y el cabello totalmente suelto. Mientras la locutora deseó desde el iluminado escenario un buen final de año para el público presente, la observé a Janaan a unos tres metros de mí vestida con su catsuit de color ladrillo al igual que nosotras.

De pronto recordé lo que una vez había leído en una enciclopedia, instruyéndome de que si la medicina pudiese poner en fila todas las arterias, venas y capilares de nuestro sistema cardiovascular obtendríamos un hilo de más de 96.000 kilómetros: ¡el equivalente a dos veces la circunferencia de la Tierra! Aún ahí en el escenario, mi corazón latió con más velocidad de la normal pues no quería que el planeta acabase su debida traslación sin que el nuevo órgano de mi cuerpo hiciese algo especial en el cierre de aquel precioso espectáculo.

—¿Me prestás el micrófono? —le murmuré a la locutora luego de haberme arrimado hasta ella en medio de las numerosas integrantes de la Academia—. Necesito decir algo.

Un poco asombrada ante mi pedido me preguntó mi nombre y me cedió el micrófono, pero no sin antes manifestar:

—Aquí Maryam Dimín va a decir unas palabras.

Caminé con alegría y confianza hasta la orilla del escenario mientras, teniendo aferrado en mi mano el micrófono, deseé en mis pensamientos que tanto el delineador líquido como la máscara de pestañas que había utilizado Mónica horas atrás en mí, fuesen a prueba de agua. Mis lagrimales ya estaban bastante humedecidos y mis cuerdas vocales todavía no habían emitido ni una sola palabra.

—Me gustaría queeee... que todos ustedes —Extendí mi mano hacia la platea y el pulman— sean testigos de mis palabras. —Miré de manera general los expectantes rostros de los cientos de personas ubicadas en las butacas y supe que estaba marcando en mi vida un momento que ni los años futuros lo olvidarían. Miré de reojo a Janaan con una sonrisa para hacer el doble de especial aquel momento y luego continué—: En este último tiempo la danza me enseñó a través de varias personas que si una bailarina tiene la mejor técnica de todas, eso no te puede asegurar que sus enseñanzas frente a sus alumnas sean excelentes también. O viceversa, si una profesora es maravillosa estando frente a los espejos, eso no tiene porqué garantizar que sea brillante también al estar en un escenario. —Callé mis palabras por un instante y recordé con cierta añoranza a Verónica Cardozo para luego seguir—: Y si hay alguien que siendo buena en ambos aspectos a la vez no dispone de un buen corazón, ¿entonces de qué sirve ser una gran bailarina y gran profesora?

Pasé mi dedo índice por debajo de mis ojos ya sin importarme comprobar que el maquillaje fuese a prueba de agua. Noté que Janaan no paraba de llorar emocionada mientras me miraba de pies a cabeza.

—Pero ella... —La señalé con la voz un poco partida a causa de mi propia emoción— ... me demostró que sí es posible ser buena bailando, enseñando y por sobre todo ser poseedora de un sincero y bello corazón. Encontrar en una persona estos tres aspectos a la vez no puede ser sino ¡UNA BENDICIÓN! Y que haya aparecido en mi vida, ahí... en el momento justo... —Volví a secar mis lágrimas al mismo tiempo de continuar sosteniendo el micrófono— ... ¡La vida está llena de actos de perfección frente a nuestros ojos! ¡Sólo hay que abrirlos y saber descubrirlos!

Sin importar los escasos dos metros que nos separaban en pleno escenario, miré sus ojos llorosos y con exclusividad le dije:

—Me acuerdo que una noche me dijiste por *Facebook* que cuando no estés logrando darme lo mejor de vos, que te lo dijera. Y esta noche, frente a todo este inmenso público como testigo, quiero decirte algo... —Observé que mis compañeras de Ballet me sonreían mientras el resto de alumnas, e incluso las más pequeñas, me miraban entusiasmadas con sus manos amarradas sobre sus pechos— ... ¡me diste muchísimo más de lo que yo esperaba!

Incluso envuelta en su propio mar de lágrimas, Janaan corrió para abrazarme. Rodeé su espalda con mis brazos y me quedé completamente muda mientras percibí cómo los latidos de mi corazón se normalizaban. De inmediato surgieron honestos aplausos recordándome que realmente no hay mejores tablitas en las que nuestros descalzos pies se apoyen para revelar lo que sentimos que ¡la propia vida!

—Te amo tanto, mi Mary — me susurró al oído.

Mis lágrimas continuaron cayendo en su hombro mientras en milésimas de segundos me fui preguntando qué ocurriría de ahí en más. ¿Debía decirle adiós a aquella auténtica y verdadera profesora de danza árabe sólo porque mi Escuela iba a estar lista para el año entrante? No cabe duda de que cerrar etapas ocasiona un extraño dolor. Sin embargo, si esa aflicción es contenida por un sincero y correcto abrazo, una sorprendente alegría es ocasionada al mismo tiempo de discernir que las bendiciones no son temporales. ¡Las bendiciones son para siempre!



Cuando me terminé de vestir en compañía de mis compañeras en el

camarín, mutuamente nos fuimos despidiendo y deseando un pronto comienzo de año excelente. Camila fue la primera en hacer el ademán de ir saliendo del vestuario con su abastecido bolso de trajes, no obstante Janaan entró de repente impidiéndoselo.

— ¿Alguna vez escucharon, vieron o leyeron sobre cómo es que crece un árbol de bambú? — preguntó dirigiéndose hacia todas.

— No tengo ni la menor idea — habló Analía.

— ¿A qué viene esa pregunta? — dijo curiosa Graciela mientras guardaba en su bolso su planchita para el cabello.

— No. — Negaron con la cabeza las demás chicas.

Janaan me miró con simpatía entretanto sus ojos revelaban el corrido de su maquillaje por “mi culpa” junto al micrófono momentos atrás.

— ¿Vos sabés, Mary?

— No, ni idea tampoco — me sinceré.

Cerró la puerta del camarín y, tras apoyarse en ella, desde allí nos expresó:

— La semilla del bambú tarda siete años en fijar sus raíces en la tierra. Una vez pasado ese tiempo recién empieza a crecer y lo hace con tanta velocidad que es capaz de, en apenas seis semanas, crecer más de treinta metros.

Mis compañeras y yo cruzamos miradas confundidas. ¿A qué se debía esa “charla privada” tras haber finalizado el espectáculo?

— A lo que quiero llegar con esto es que cuando un cultivador planta una semilla de este árbol, el bambú no crece nada por más que se lo riegue todos los días. Y no crece no porque la semilla sea infértil, sino porque durante esos siete años el bambú se dedica a desarrollar y fortalecer sus raíces que justamente después le permiten sostener su veloz crecimiento. — Nos dedicó tiernas miradas a cada una y continuó—: Por el contrario una semilla de roble, por ejemplo, asoma su primer tallo en apenas unos cortos meses, pero si un cultivador malo lastima su estructura, jamás vuelve a brotar. Un roble alcanzará mucho más rápido su éxito de aparente crecimiento que un bambú, sin embargo al bambú lo pueden azotar una y otra vez y siempre va a seguir creciendo porque su vida reside en la raíz y no en el tallo.

«Ahora mismo se cumplen siete años consecutivos de haber asistido a clases de danza» pensé. «Sé que no hay errores al afirmar que ahora sí ya estoy lista para ser profesora».

Observé a Janaan apoyada contra la puerta y recordé sus clases de perfeccionamiento a lo largo de los pasados meses. Llegaba a su hogar y veía a sus hijas cerca de las doce de la noche por haber estado im-

partiendo enseñanzas con tanta pasión a sus alumnas. Y a pesar del cansancio corporal que eso implicaba, nunca se mostró exhausta pues la felicidad obtenida en su trabajo era mil veces más permanente que un pasajero dolor físico. ¡La admiraba tanto!

—Nosotros como seres humanos nos parecemos mucho a los árboles, chicas —ultimó—. Pero con el claro privilegio de poder elegir ser como robles o ser como bambúes.

Inesperadamente Graciela, que estaba ubicada a mi lado, dejó caer una lágrima conmovida.

—Cada una de ustedes sabe muy bien por qué les estoy diciendo esto.

CAPÍTULO 25

“Tu regreso”

—Qué pena lo que le pasó al tío José —dijo mi papá al mismo tiempo de arrancar el motor de la *Kangoo* para que se fuese calentando antes de sacarla del garaje.

—¿Por qué, qué le pasó? —pregunté confundida ya ubicada en el asiento de atrás.

—¿No te contó todavía la mamá? —me habló Micaela sentada a mi derecha—. Esta mañana ella fue a la casa de la abuela y ahí se enteró que hace unos días el tío José se resbaló en la bañera de su casa. Se golpeó muy fuerte en la cabeza y ahora mismo está en coma, en terapia intensiva en el *Sanatorio Parque*.

Impresionada ante la noticia o quizá más bien asombrada ante lo frágil que es un cuerpo de carne, órganos y huesos, permanecí en silencio.

—¿Eso es un castigo de parte de Dios por no haberle querido prestar a Mary su plazo fijo hace unos meses, no? —preguntó mi hermana.

—¡No, en absoluto! —contestó con rapidez mi ingeniero volteándose desde su asiento—. Dios nunca castiga a las personas en esta vida terrenal. Pero sí que situaciones como estas Dios las permite para que la persona recapacite o se arrepienta de los males que haya estado haciendo en su propia vida o hacia la de los demás.

—Cierto —expresó Micaela con detenimiento—, porque el *Nuevo Testamento* enseña que todos debemos arrepentirnos de nuestros pecados y así nacer de nuevo en el sentido espiritual para luego obtener la salvación y entrar a la Vida Eterna.

—¿O sea que alguien quien no nazca de nuevo no vivirá para siempre? —me animé a preguntarles con la intención de ir aprendiendo y entendiendo lo que la *Biblia* enseña.

—Así es, Mary —afirmó Micaela.

—Sí, tesoro, eso es lo que revela el *Nuevo Testamento*. Pero también a través de ese precioso libro Dios muestra que Él desea que toda la humanidad sea salva, por lo cual Cristo siempre buscará de hacer “llamados de atención” en la vida personal de cada ser humano.

—Pero no te olvides del libre albedrío, papá —dijo mi hermana ubicada cómoda en el asiento—. Las personas tienen toda la libertad de elegir ser hijos de Dios o hijos del Diablo. Eso está súper claro a lo largo de toda la *Biblia* también.

—¿De verdad vamos a salir tan temprano? —preguntó mi mamá

ingresando de repente a la *Kangoo*—. El avión en donde está viajando Gabriel no va a aterrizar hasta dentro de una hora.

—Vamos antes porque pasaremos por un bazar del centro para comprar un reloj para mi Escuela.

—Aaaaah, bueno —comentó—. No sabía.

—Pero sí te lo había...

—Maryam —me interrumpió mi papá mirándome a través del espejito retrovisor—, los fosforitos se multiplicaron y parece que el apoyo alrededor va por el mismo camino. No digás nada por más razón que tengás. —Me guiñó el ojo.

Me reí mientras observaba complacida cómo mi ingeniero le regalaba un tierno beso a su compañera antes de poner en marcha el vehículo, en lo que aproveché para decirles:

—¡Vayan a la piezaaaaa!

De camino al bazar del centro fui pensando con detenimiento en aquella cortita charla surgida entre mi papá y Micaela. Si de alguna manera u otra todos los seres humanos estamos predestinados a tener un encuentro personal con Cristo para allí palpar y recibir la salvación -siempre y cuando queramos de corazón ser hijos de Dios Padre-, ¿cómo habrá sido entonces el encuentro que tuvo Shanell con Cristo? ¿Habría sentido Su presencia así de espontánea como yo la había sentido también?

«Hay tantas cosas que me gustaría hablar con ella...» pensé. «Pero no hay confianza... Si bien andamos intercambiando muchos “me gusta” en *Facebook* como buenas amantes de la danza, sólo charlamos aquella vez. Supongo que también el hecho de que sea demasiado conocida en el ambiente, debe jugar en contra el seleccionar amigas en medio de tantas admiradoras que tiene».

Mi ingeniero y yo ingresamos al negocio mientras mi mamá y Micaela optaron por esperarnos en la *Kangoo*, junto al cordón de la vereda de enfrente. Mis íntimos pensamientos acabaron concluyendo que el tiempo iría mostrándome la voluntad de Dios con respecto a entablar o no una sincera amistad con Shanell. Evidentemente éramos desconocidas mutuamente, pero quizás en los planes perfectos y celestiales habría algún especial regalo escondido. Muchos más regalos de los que ya ella me había brindado sin ni siquiera ser consciente de habérmelos obsequiado.

Por lo pronto entendía muy bien que el hecho de haber nacido en un hogar católico y, posteriormente, haber crecido en un ambiente cristiano rodeada de enseñanzas bíblicas, nunca me había hecho hija del Creador del universo; no hasta que a solas le pedí a Cristo con humildad que me fuese enseñando a cómo caminar de Su mano.

—¿Qué andan buscando? —Nos recibió un empleado.
—Un reloj de pared —habló mi papá.
—Un reloj de pared con marco dorado — completé con entusiasmo.
—Mmm, ¿dorado? No sé si habrá. En el cuarto pasillo a la izquierda están los relojes de muestra. —Nos señaló el camino en medio de los estantes del espacioso lugar.

Al advertir que el piso del negocio era de melamina tal como tiempo atrás yo quería que fuese el suelo de mi Escuela, me sorprendí notando que la simple lámina decorativa arriba de la madera se estaba descascando seguramente por las obvias pisadas de las personas cada día. Me agaché para tocarla y así comprobar lo desagradable que era por partes sentir madera y, por otras partes, sentir una simple lámina decorativa que todavía no se había despegado, pero aun así se hallaba medio despintada y hasta impregnada de manchas.

Aún a la altura del suelo descubrí los zapatos de mi papá por debajo de la estantería en el pasillo contiguo y, sonriendo porque mis largos rulos reposaban en el “piso de madera”, pensé divertida: «Cuando tiene razón, tiene razón».

—¿Consiguieron el reloj? —preguntó mi mamá no bien regresamos al vehículo.

—Sí. —Mostré la bolsa que lo contenía—. Pero es con borde negro, no dorado.

—Tuvimos que comprar ese porque no había otro. Pero ya le dije a Mary que podemos pintarlo con aerosol cuando estén listos los marcos de madera que encargamos el otro día, que también los pintaremos de dorado.

—También hay que pintar con aerosol el marquito de la pizarra que ya compramos —le recordé entretanto abrí la ventanilla de la *Kangoo* para dejar escapar el aire caluroso con tal de que los asientos y yo no acabásemos siendo pan tostado.

—¿Qué se te dio por el dorado, Mary? —me preguntó Micaela ya de camino al *Aeropuerto Martín Miguel de Güemes*—. ¿Tus colores favoritos no son naranja y amarillo?

—Sí, esos son mis favoritos —dije mirándola para luego observar mi ventanilla y ver en un descuido el potente y brillante sol de la tarde en medio de las altísimas nubes. Involuntariamente entrecerré mis ojos y recordé lo que le había comentado al albañil Diego aquella vez que me preguntó prácticamente lo mismo. Regresé mi mirada a ella y continué—: pero es que el dorado es especial...

Cuando llegamos al aeropuerto, aparcamos nuestro vehículo en el

estacionamiento y luego caminamos hasta llegar a la sala de arribos. Al percatar en las pantallas de las distintas aerolíneas que el vuelo donde se encontraba Gabriel se hallaba con retraso, nos instalamos cómodos en las sillas del lugar.

— Les propondría que vayamos a la cafetería pero todo es muy caro acá — dijo mi mamá.

— No hay problema, yo no tengo hambre — expresé casi de manera inconsciente.

Mis pensamientos estaban concentrados en la inusual congoja que andaba percibiendo en el centro de mi pecho. Era como si me sintiese feliz porque en menos de sesenta minutos me reencontraría con mi mejor amigo luego de cinco meses de ausencia, pero al mismo tiempo era como si me sintiese triste por él al lamentarme que siguiese sin hallar una universidad en Argentina que fuera acorde a su elevado coeficiente intelectual. En definitiva para los estudiantes “comunes” que tienen un coeficiente entre 80 y 110, cualquier universidad les va bien, mas no para Gabriel con su peculiar factor superior a 185 evaluado por una psicóloga años atrás.

— Yo también ya merendé en casa — habló Micaela.

— AEROLINEAS ARGENTINAS INFORMA QUE EL VUELO 1250 CON DESTINO A BUENOS AIRES YA SE ENCUENTRA LISTO PARA ABORDAR. PASAJEROS, POR FAVOR DIRÍJANSE A LA PUERTA A2.

La persistente voz por el altavoz me regresó a la realidad. Multitud de personas recorrían con sus gorditas valijas lo largo y ancho del aeropuerto sobre las resaltantes baldosas rojas del suelo. Algunos viajeros reflejaban estar tranquilos, pero la mayoría de ellos evidentemente estaban estresados. Se notaba en sus miradas.

Noté que mi ingeniero no dejaba de observarme desde la silla de enfrente así que, cambiándome de sitio y ubicándome a su lado, comenté:

— ¿Todo bien?

— Sí, tesoro. Me andaba acordando cuando hace más o menos unos doce años atrás fuimos por primera vez al *Complejo Termal “El Sauce”* en El Bordo. Tanto Micaela, Gabriel y vos usaban flotadores cuando entraban a la pileta, sin embargo vos no te sentías segura ni con el flotador en medio del agua.

— ¿Ah, no? — Intenté hacer memoria a través del tiempo — . ¡Pero si yo amo nadar!

— Ahora sí, pero antes te asustaban las piletas. Me acuerdo que una de las primeras veces que fuimos allí de vacaciones a mí se me ocurrió amarrar una soguita en tu flotador inflable para que así pasearas con-

migo en el agua mientras el otro extremo de la soguita estaba en mi mano.

Sonreí al recordar la foto que teníamos en casa, en el álbum familiar, de aquel momento que estaba describiendo.

—¿Puede ser que me largaba a llorar cada vez que soltabas de tu mano la soguita?

—Sí. —Río conmigo mientras mi mamá escuchaba con cierta nostalgia y en silencio la charla—. ¡Y pensar que la soguita tenía menos de un centímetro de grosor! ¡Es increíble cuánto confiabas en ella en vez de confiar en el flotador!

Apoyé mi mejilla sobre el hombro de mi ingeniero reconociendo en mi interior que no se trataba de no confiar en el flotador o de confiar en la soguita. Se trataba de que él siempre estaba a mi lado, pataleando en el agua conmigo.

—Si está dentro de los planes de Dios que algún día formés tu propia familia, vas a entender y vas a experimentar la increíble bendición que es traer pequeñas vidas al mundo y criarlas desde cero con mucho amor —ultimó observándola a Mica quien se hallaba sentada enfrente.

Miré a lo lejos las vacías escaleras mecánicas que llevaban al piso superior en donde había negocios de comidas, ropas, baños, enormes ventanales, etc. Mentalmente asemejé que si la vida es un colosal océano con tiburones deslumbrando sus aletas dorsales en el límite de la superficie, no hay por qué temer que papá y mamá algún día asciendan por esas escaleras cuando en definitiva si en nuestro barco personal invitamos a Cristo a que maniobre el timón viajando a nuestro lado, el paisaje terrenal nunca dejará de verse precioso.

Cuando el altavoz informó el aterrizaje exitoso del avión en donde viajaba Gabriel, mis ojos estuvieron atentos a la puerta de arribos por donde lo veríamos entrar. Había muchísima gente en estado de espera al igual que nosotros, por lo que mi mirada no tardó en ser obstaculizada con las cabezas de los demás. En cierto sentido me agobió la situación de ir viendo a los demás viajeros reencontrarse con sus familiares y amigos, y seguir nosotros sin encontrar a Gabriel en medio de tanto tumulto.

Hasta que sentí que alguien tanteó mi hombro de repente. Me volteé confundida y allí estaba a mis espaldas.

—Hola Mary. ¿No me extrañaste, no? —Me sonrió con su peculiar matiz de sarcasmo.

De inmediato me apoyé en su pecho y no paré de pensar que eso era cien mil veces mejor que las llamadas por celular. Las lágrimas empe-

zaron a caer desde mis ojos mientras escuchaba los latidos de su corazón, sin permitirle a mi cerebro que los ruidos albergados en el propio aeropuerto me distrajesen. Ubicó sus manos con delicadeza sobre mis largos rulos como siempre lo hacía en sus suaves abrazos. Lucía un poco diferente: su pelo castaño oscuro estaba revuelto y tenía más barba de la normal e incluso sus ojos azules resplandecían con más brillo que antes. Pero seguía siendo mi hermano y mi mejor amigo. La unión de carne y uña nunca dejaría de ser constante.

— ¡ALLÁ ESTÁN! — Escuché un poco a lo lejos la voz de Micaela.

Corrió hasta nosotros en medio del resto de las personas y se unió al abrazo. Los tres volvimos a estar juntos. Allí sentí con extrema claridad que los años van a continuar... mi futuro reloj dorado nunca dejaría de hacer su trabajo... nos podremos casar y formar cada uno nuestra propia familia... Sin embargo, eso jamás logrará separarnos, pues con mucha madurez estaba comprendiendo que por más que el porvenir pudiera continuar deparándonos un distanciamiento físico, aun así seguiríamos siempre juntitos los tres. Por más contradictorio que suene es un hecho genuino, pues la hermandad se asemeja a las ramas de un árbol: que por más que la misma naturaleza las distancia con el transcurso del tiempo, jamás dejan de compartir raíces.

Nuevamente la familia Dimín completa, esperamos ver llegar la maleta de Gabriel por la cinta transportadora del aeropuerto. Y ya durante el trayecto en la *Kangoo* hasta regresar a casa, mi mamá le comentó que los planes de cena para aquella noche sería su aperitivo favorito: sándwiches de miga con manteca, queso y jamón crudo.

— ¿Van a hacer también de ternera, aceitunas y tomate, no? — pregunté—. Les recuerdo que a mí no me gusta el jamón crudo.

— ¿Y por qué siempre me robás uno, entonces? — me preguntó Gabriel desde su lado del asiento.

— Porque me gusta hacerte la contra. — No pude evitar reírme.

— ¡Yo quiero sándwich de huevo duro, queso y ají! — se hizo notar Micaela.

— No se preocupen — avisó el querido conductor —, haremos sándwiches de todo ¡para todos!

Mi mamá se volteó desde el asiento del copiloto y nos miró con ternura a los tres. Lo único que pude pensar en ese preciso momento fue: «Gracias por haberte casado con tu príncipe azul. Gracias por habernos cobijado en tu útero. Gracias por ser una buena mamá».

— ¿Querés ir a conocer la Escuela de tu hermana? — preguntó mi inge-

niero desde la mesa mientras terminábamos la divertida cena en familia.

—Claro, vamos. —Asintió Gabriel luego de beber en su vaso su jugo *Baggio* sabor multifruta.

—Yo también voy —dijo Micaela apartándose de la silla.

—Lavo los platos y quizá vaya yo también después —comentó mi mamá ubicada al lado de la mesada.

Tras acercar la llave a la cerradura de la puerta principal, sentí que me encontraba abriendo las puertas de ingreso a un paraíso. Dejé el pequeño manojito de llaves colgado ahí mismo ya que le dirigí una mirada a Gabriel.

—¿Ves este salón? —Señalé con ambos brazos abiertos los anaranjados ladrillos a la vista.

—Sí, ¿qué hay?

Percibí la firmeza en las plantas de mis pies sobre las elegantes baldosas de la recepción. Su pastina en color terracota me recordó con cierta satisfacción todos aquellos pasados momentos de suplicios y tormentas.

—Yo no lo construí. El salón me construyó a mí...

Ingresamos y encendí las doce dicroicas halógenas. El interruptor se hallaba al lado de la puerta principal, hacia la izquierda. Eran un poco más de las diez de la noche, por ende los seis tragaluces equidistantes no reflejaban luz natural por medio de sus corrugados vidrios desde el machimbre. Pero aun así los doce spot dorados que sujetaban individualmente a cada dicroica lograban iluminar el ambiente de mi Escuela de un color especial.

—Che no sabía que ya casi están por terminar —comentó Micaela sorprendida mirando todo a su alrededor—. Sólo les falta colocar el piso de madera que sigue estorbando en el living y los espejos obviamente faltan también.

Lo observé a Gabriel con disimulo mirar cada detalle del salón mientras caminaba por todo su espacio. Las negras ménsulas de hierro ya embutidas en cada una de las esquinas superiores soportaban muy bien el peso de cada uno de los parlantes. A su vez, bajo uno de ellos pero a una cómoda altura, se encontraba el mismísimo equipo de música. Justo en mitad del salón, enfrentados, ya estaban también muy bien sujetos los dos tweeters. A su vez, por las paredes opuestas, cuatro medianas repisas de vidrio sostenían en lo alto todos y cada uno de mis trofeos y medallas.

«De ahora en más las arañitas deberán mudarse desde la repisa de mi dormitorio hasta aquí» pensé mirando las repisas de vidrio sin interés futuro de tener que treparme a una escalera para limpiarlas.

Gabriel continuó analizando sobre cada puerta y cada ventana, pintadas prolijamente con pintura negra, los delicados soportes doraditos sujetando a los preciosos cañitos. Aquello fue lo último que Diego realizó antes de informarnos que había conseguido un trabajo a tiempo completo -y no por horas- en otra construcción por la zona de su barrio.

Por mi parte, miré la madera del cielorraso ya completamente pintada en tono caoba. Sus salpicadas betas negras naturales grabadas en las mismas maderas, seguían cautivando mi vista de una manera personal. «Estuve sentada sobre todas ellas con un blando corazón mientras hablé con...».

— Me encanta que hayan invertido el dinero de mi beca para todo esto. — Nos sonrió de repente Gabriel a mi ingeniero y a mí —. Aunque acá hay puesto mucho más dinero del que pensé. ¿De dónde sacaron más?

— Maryam lo consiguió. De verdad la construcción la hizo crecer ¡muchísimo!

— Vos hiciste tu parte. — Lo señalé a mi papá —. Yo hice la mía. Y luego Cristo nos sorprendió con la suya.

Gabriel levantó sus cejas y supe muy bien porqué. Nunca antes mi garganta se había expresado de ese modo acerca de Dios.

— ¡Hoy volveremos a compartir habitación! — soltó de la nada Micaela hacia mí —. Ya te estaba extrañando, Mary. La pieza de Gabriel es increíble por tener televisor, pero la nuestra es mejor porque estás vos — ultimó regalándome su inocente sonrisa.

— ¿De qué me perdí? — Apareció de repente mi mamá sobre el umbral de la puerta de mi Escuela.



La noche anterior a que nuestros vecinos recibiesen el festejo de Navidad como de costumbre con fuegos artificiales, llovió torrencialmente. De hecho un fuerte viento en medio de la tormenta ocasionó que se fuese la luz en todo el barrio.

— ¿Estabas tirada en cama leyendo no? — me preguntó Gabriel a oscuras en el pasillo de casa luego de habernos chocado.

— Sí, ¿y vos qué andabas haciendo?

— Programando unas cosas en mi computadora. — Escuché su respuesta —. Tengo cosas pendientes que hacer después de tantos meses sin utilizarla.

Ahí mismo Micaela chocó con nosotros.

— Eeeeh, ¡avisen que están acá!

— Mejor deberías avisarle a los de *EDESA* que devuelvan la luz — objetó Gabriel entre risas.

Ayudamos en lo que pudimos a nuestros progenitores a preparar la cena, alumbrándonos con velas encendidas. Más tarde cuando ambos se fueron a dormir, Mica, Gabriel y yo optamos por ubicarnos cómodos frente a la enorme ventana de nuestra cocina para que desde allí la luna nos alumbrase un poco aunque sea.

— ¿A qué hora creen que regresará la luz?

— Ni idea, Mica. A la madrugada tal vez la vuelvan a dar. Muchas veces pasó que hasta ocho horas después no regresa, acordate cómo son los de *EDESA* — le respondí.

A tuestas percibí que Gabriel estiró sus brazos para luego ubicarlos cómodos detrás de su nuca.

— Contá algo que haya pasado en Bariloche — dije aprovechando de que seguíamos sin hacer algo productivo al estar sin tecnología.

— Es verdad, contá algo — me apoyó Micaela.

— Mmm... — pensó Gabriel —. ¿Algo como qué? ¿Algo como que un día me fui a clases en chinelas y desde ahí mis compañeros se atrevieron a hacer lo mismo? ¿Algo como eso?

— ¿En serio fuiste con chinelas a clase? — dudé al pensar que nos estaba tomando el pelo.

— ¿El profesor no te dijo nada?

— No — nos respondió Gabriel —, ¡ni que fuese un pecado! Además cómo no ir así de cómodo si las habitaciones estaban híper cerca de las aulas.

Mica y yo reímos sin saber que la siguiente anécdota habría de ser un tantito descabellada en comparación a la anterior.

— Mi compañero de habitación, Pablo, se encariñó con un perrito callejero que siempre andaba por los alrededores del *Instituto Einstein*. Cuestión que una tarde en que íbamos al supermercado a hacer las compras para la semana, Oreja nos acompañó. Así decidió Pablo llamarle al perrito, tenía una de sus orejitas como partida, un poquito lastimada.

— ¿Y qué pasó? — se impacientó Micaela.

Gabriel guardó silencio. No podía mirarle a los ojos pero aun así en plena oscuridad me hizo sentir que no era muy merecedora de risas el resto de la historia.

— Cuando regresábamos al *Instituto*, Oreja se nos adelantó y cruzó una avenida sin nosotros.

— Ay, ¡noooooo! — se lamentó Micaela.

—El conductor frenó y se bajó del auto preocupado para ver qué tan grave había sido todo. Pero... ya era demasiado tarde. Me acuerdo que Pablo se puso muy mal, estaba confundido y muy mareado al ver lo que le había ocurrido a Oreja. Y en medio de esa situación le pidió al conductor que por favor le diese respiración boca a boca a Oreja.

Sin poder evitar largarme a reír a pesar de la aflicción sentida con la historia, al final acabé soltando mis sonrisas. De hecho Gabriel se unió a mí.

—¿¡Qué es tan gracioso!?! — intentó regañarnos Micaela como buena hermana mayor —. ¡El perrito murió atropellado! ¡Pobrecito!

—Por supuesto que fue triste — comentó Gabriel con sinceridad —, pero resultó contradictorio el pedido de mi amigo al conductor: “dale un boca a boca a Oreja” mientras el señor no entendía para nada lo que Pablo le estaba pidiendo.

—Y eso sin contar que debe haber algún cuidado especial en hacer eso a un animalito — declaré con sinceridad también —. ¡Cómo se lo va a pedir al conductor! ¿O es que acaso era veterinario?

—No, no era veterinario. — Escuché la respuesta de Gabriel riendo otra vez.

Micaela y yo escuchamos muchas más anécdotas de su estancia en Bariloche. Entre ellas nos contó lo penoso o, más bien, lo desilusionante que fue para él ver a sus profesores beber cerveza en la cocina junto a muchos de sus compañeros. Rotundamente, ¿dónde quedó la cortesía y el respeto que se supone debe existir entre un maestro y un estudiante?

Cerca de las dos de la madrugada Gabriel detuvo sus palabras al escuchar un bostezo.

—No sé ustedes pero yo ya me voy a dormir — avisó Mica.

—Yo también ya tengo sueño — hablé — pero creo que aguanto un poquito más.

—Yo también aguanto un rato más. — Le escuché decir a Gabriel.

Dicho y hecho, Gabriel y yo nos quedamos a solas. Continuó contándome que días antes del viaje de regreso, él y Pablo estaban tan aburridos que optaron por repartirse los fosforitos que ambos compartían en la cocina.

—¿Se repartieron el dinero? — pregunté impresionada.

—¿Qué? ¡No! Repartimos los fósforos. Comprábamos en el supermercado una cajita para utilizar los dos y como él regresaba a Salta para reencontrarse con su novia mientras que yo regresaba para finalmente quedarme acá, nos los acabamos repartiendo.

«Cierto que los fosforitos son eso... ¡FÓSFOROS!» pensé contrariada debido al sueño.

De repente un silencio se instaló en medio de ambos. Contrario a

Micaela que, vaya a saber por qué, nunca supo el valor de intercalar pausas con otras personas ya que no siempre deben atolondrarse las palabras en medio de un compartir, el silencio con Gabriel era por demás dulce y agradable.

—Esta experiencia de cinco meses —habló un momento después— estudiando allá en el *Instituto Einstein* me hizo pensar mucho en por qué Dios me otorgó una inteligencia tan grande cuando en definitiva es como si no la pudiese manejar y compartir como es debido.

La luna iluminó parte de su rostro a través de la ventana mientras en mi interior recordé: «Nunca podré olvidar cómo su vida cambió a los trece años, cuando solito decidió acercarse a la *Biblia* y ¡devorarla! Desde entonces su vida cambió tan radicalmente que de hecho ahí fue cuando empezó a aburrirse en el colegio y calificar de “opas” a los adolescentes».

—No es que no la puedas manejar y compartir como es debido —opiné con honestidad—, sino que la sociedad y el mundillo de los Licenciados en Física son quienes no acompañan tu acelerado aprendizaje como se supone deberían hacerlo.

Reflexioné un poco más y seguí.

—Hasta que encuentrés el lugar... la provincia... el país... donde todo se transforme en desafíos para vos, me imagino que Cristo irá desarrollando tu paciencia. ¿No creés lo mismo?

—Absolutamente —dijo luego de un nuevo silencio. De pronto se apartó de la silla y percibí sus pisadas hasta situarse al lado de la mesa. Desde la ventana escuché cómo se sirvió jugo en su vaso. El olor a multifruta quedó suspendido en el ambiente tal como habría de quedar su pronta pregunta en plena madrugada—: Y vos Mary, ¿qué aprendiste durante estos meses?

CAPÍTULO 26

“No importa el resultado. Importa obrar bien cada día”

Estaba sentada a la mesa desayunando mi té helado con medialunas recién compradas en la panadería del barrio cuando llamaron al timbre. Yo no lo escuché debido al insistente zumbido del ventilador refrescándome y recordándome que el verano se hallaba en su pleno auge.

—MARYAAAAAM. —Me sobresaltó la voz de mi papá desde el living—. ¿NO VAS A ESTAR PRESENTE VIENDO CÓMO COLOCAN LOS SEIS ESPEJOS?

—Por supuesto —dije no bien estuvo conmigo en la cocina—, cuando vengan los de *CASTELLANI* a ponerlos allí estaré.

—¡Ya llegaron! Los acabo de hacer pasar a tu Escuela.

Tosí con delicadeza evitando así ahogarme con el pedacito de medialuna que estaba a punto de tragar. Bebí rápidamente un último sorbo de té y le avisé:

—Agarro mi cámara digital ¡y vamos con ellos!

Dos trabajadores, un señor un poco mayor y el otro un joven treintañero, ubicaron con mucho esmero y cuidado los pequeños soportes de latón cromado sobre las blancas paredes del salón con la ayuda de un moderno taladro inalámbrico. Desde esos inadvertidos “clips” se hallarían sostenidos, por arriba y por debajo, cada uno de los espejos. Por supuesto estarían pegados también en las paredes; pero además estos fijadores de latón cromado, con perfecto bisel sin llegar a ser angulitos de noventa grados, resguardarían tan excelentemente mis futuros reflejos que incluso ni un movimiento sísmico podría quebrarlos desde el sostén de su estructura.

—¿Mañana conoceremos a Sebastián? —le pregunté a mi ingeniero mientras ambos veíamos cómo los trabajadores revisaban el ancho y el largo de las paredes conforme a la ubicación de los soportes.

—Sí tesoro, mañana quedó en venir al haber leído nuestro aviso en *El Diario Chiquito* —me contestó al mismo tiempo de mirar el limpio y despejado contrapiso en el salón—. Pero recordá que no vendrá a trabajar hasta que no consigamos durante esta semana las alfajías de pino ya cepilladas.

—¿Eso es lo que logrará que las tablitas de mora sean en verdad un piso de madera flotante, que no?

—Así es. Aunque antes hay que ponerle al contrapiso —Lo señaló

de reajo — una capa de membrana para así evitar que le entre humedad a la futura madera. Luego de eso sí atornillaremos y pegaremos entre sí las maderas de alfajía por todo el suelo del salón...

— ... y finalmente vienen las preciosas y delicadas tablitas de mora encastradas — concluí entusiasmada.

El señor cruzó la recepción a fin de llegar hasta la calle para ir abriendo la caja de carga del camión en donde estaban muy bien resguardados mis espejos. El muchacho treintañero se encargó de ir posicionando en el salón unas cortas planchas de telgopor.

«Su cara me hace acordar a alguien» pensé de repente mientras dejé caer al suelo el último retazo. Me fijé en la parte de atrás de su camisa y esta revelaba *CASTELLANI, el nombre del vidrio*. «¡Qué raro! siento que lo conozco pero al mismo tiempo no» volví a mirarlo con cierto disimulo.

Ambos trabajadores amortiguaron con una leve inclinación pero, a su vez, con mucha firmeza, los seis espejos sobre las planchas de telgopor. No paré de capturar fotos mientras los fueron pegando y sujetando uno a uno, según sus medidas cortadas o estándares, en las paredes correspondientes. Mi cámara digital atesoraría por siempre cómo los alzaron con guantes especiales, cómo el pegamento adhesivo en tono turquesa salió desde una peculiar pistolita y cómo las sopapas ventosas succionaron su propio reflejo hasta crear el vacío necesario -que hace el mismo efecto de succión- para así arrimarlos a milímetros de la pared sin causar accidente alguno.

No obstante había algo que a la cámara le era imposible congelar en sus imágenes: por muchísimo tiempo había soñado aquel salón de una manera y sin embargo la realidad me estaba devolviendo otra. Dicen que los sueños nunca salen tal y como queremos. Y es verdad. Un sueño trabajado con mucho sudor, paciencia, esfuerzo, lágrimas, sacrificios y fe en Dios, siempre acabará superando en belleza a lo que uno mismo había estado imaginando.

— ¿Te diste cuenta que los espejos devuelven el reflejo del techo, de las dicroicas y de los tragaluces?

Mi papá corroboró la respuesta a mi pregunta para luego mirarme impactado.

— No lo diseñamos para que fuese así...

— No, ¡pero está precioso! — dije con voz emocionada.

— Lo que sí acabo de notar es que al haber espejos al frente y al lateral se crea en el salón una sensación de muchísima más amplitud.

— Y mucha más altura también — comenté al mismo tiempo de ob-

servar cómo mi propio reflejo en uno de los espejos sonreía sin previo permiso por parte de mi cerebro.

En el momento en que ambos trabajadores se despidieron de nosotros en la vereda, allí asimilé mucho mejor el rostro del joven treintañero.

«¡Se parece a Facundo! ¡El chico que se enamoró de mis rulos! ¡El único que logró hacerme sentir mariposas en el estómago! ¡Mi compañero de colegio en el último año que estuve en el secundario!».

Tratando de hacer memoria si es que acaso Facundo tenía un hermano mayor para luego acabar recordando que era hijo único, por lo que se trataba de una coincidencia con el trabajador de *CASTELLANI*, no advertí que una preciosa niña rubiecita de la mano de su mamá se acercaba hacia mí.

— Disculpá, ¿vos sos la profesora?

— Buen día, sí. Yo soy la profesora — respondí entretanto mi ingeniero regresó al garaje con el fin de no interrumpir en mi ya latente trabajo.

— Un gusto conocerte, Maryam — me expresó con amabilidad la señora mientras la pequeña, bastante tímida, pretendía esconderse detrás de las piernas de su mamá —. Ella es Delfina, tiene cinco. ¿Vas a enseñar árabe a nenas muy pequeñas o cómo será tu organización?

— No hay ningún problema, enseñaré a todas las edades.

— ¿A señoras grandes también?

— Sí, tengo en mente un horario exclusivo para las mamis interesadas en aprender también.

— ¡Qué lindo, qué hermosa iniciativa!

Debido a su gran interés ahí mismo aproveché en comentarle que si bien en mi Escuela de seguro muchas alumnas considerarían la danza como un hobby, habría una evidente diferencia para quienes desearan realizar la carrera para ser profesoras de danza a futuro. Estas últimas rendirían exámenes cada año para así avanzar con el correspondiente desarrollo del programa del Profesorado que, de hecho, ya muy bien había acabado su realización en distintos archivos de *Word*.

— ¿Cuándo empezarás con las clases?

— El lunes tres de marzo — dije con confianza.

— ¡Menos de dos meses! ¡Genial! Lo hablaré con mi marido y cualquier cosa venimos a inscribirla. — Miró de reojo a la pequeña rubiecita —. Tengo muchas ganas de que realice algo divertido este año, además en el jardincito es muy vergonzosa y me encantaría que la danza cambie eso en ella.

Me agaché hasta quedar a la altura de la niña y, a modo de despedida, con dulzura le dije:

—Sos muy bonita, Delfina. Me encantaría tenerte como alumna.

Miró a su mamá con ternura y luego regresó sus ojitos con sus colorados cachetes hacia mí.

—Gracias. —Se encogió de hombros sin dejar de aferrarse a las piernas de su mami.

Quizá fue un simple despertar del momento, pero verdaderamente aquel día no dejé de darle vueltas en mi cabeza el cómo lograr discernir la voluntad de Dios en el amor. Si bien mi espíritu y mis alas estaban fielmente enamoradas de la danza, el clon de Facundo y la agradable niña me hicieron cuestionar si de verdad habría por allí en el mapa de la vida un príncipe azul cabalgando en anhelos y buscando a su bailarina.



«Si todos te conocieran... Si en vez de juzgarte te aceptaran... Y no, ¡no hablo de pertenecer a una religión!, ¡hablo de tener una relación íntima y personal! Pero no, muy pocos lo hacen porque parece que no es cool creer en tus palabras y no está de moda seguirte. Nos resulta más fácil pensar que no existís, que sos un inverosímil personaje sacado de un viejo libro. Optamos por lo que más cómodo nos queda y nos autoconvencemos de que todos los caminos nos llevarán al mismo lugar. Quisiera saber cómo se nos ocurrió eso. Somos tan egocéntricos que creemos que con pensar en nosotros mismos ya es suficiente; pero bien que cuando estamos en apuros corremos hacia tu presencia como si fueses una patrulla del 911 en vez de verte y sentirte como un hermano y amigo, sin importar si todo va bien o todo va mal... Amado Señor, cuán grande es tu misericordia y tu amor que, aun siendo rebeldes, perdonas el corazón de un arrepentido. Y yo me pongo en primera lista de quienes te negaban porque aun así me perdonaste para nunca dejar de mostrarme día a día tu existencia y tus enseñanzas. Me diste y me das más de lo que puedo imaginar. Y por más que a veces vea oscuridad, en el fondo estoy tranquila porque sé en quién he puesto mi confianza, sé que estás al lado mío y sé que en el momento oportuno vas a sacarme de ahí, bendecida y victoriosa ¡porque así sos Vos! ¿Cómo podría enumerar todo lo que me enseñas si eres Infinito? Desearía que el mundo entero te conozca y sienta esto».

Al terminar de leer con detenimiento la publicación de Shanell acompañada de una imagen de una corona con espinas, más se impregnó mi espíritu de curiosidad y deseo por conocerla. Y no tanto conocer-

la como exponente de inspiración en la danza sino más bien conocerla como persona.

—Mary. —Me distrajo mi papá sin querer, acercándose a mi computadora—. Me voy a la San Martín a comprar más cola blanca que ya se está acabando.

—Pero ya no hay más dinero del préstamo de la abuela —le recordé—. ¿Con qué vas a pagar la cola?

—Con el medio aguinaldo mío y de la mamá —me expresó tranquilo—. Los \$20.000 fueron excelentemente invertidos en los espejos, el equipo de música, el cartel gigante, el banner de pie y las alfajías. Los detalles que nos faltan son gastos menores que sí podemos manejar.

Observé de reojo la publicación abierta de *Facebook* mientras pensé: «De verdad Cristo se encarga de manejar lo “imposible”. Realmente da más de lo que uno no se pueda imaginar... ¡Es tan bueno!».

—Cada tanto andá a la Escuela y fijate si Sebastián y Ezequiel necesitan algo.

—De acuerdo —dije al mismo tiempo de ir apagando mi computadora—. Pero de igual manera Sebastián y Ezequiel siguen cubriendo las alfajías con la pintura antitermita, ¿o no?

—Sebastián les está dando una última mano con el pincel a las que faltan —me informó—. Ezequiel ya está trabajando sobre la capa de membrana ubicando algunas alfajías para ir pegándolas. ¡Así que ya mismo me voy a conseguir un pote de cola blanca!

Cuando me dirigí a mi Escuela observé sobre las baldosas de la recepción cómo Sebastián pintaba, agachado y cubierto con un barbijo, las largas maderas de pino ya cepilladas. El olor a insecticida y fungicida que emanaba desde el mediano tacho era un poco penetrante. Pero eso no me impidió analizar la delicadeza con la que trabajaba y movía el pincel.

—¿Sos profesor de arte, no? —me animé a preguntarle.

Me miró sorprendido, a lo que contestó:

—Sí, soy profesor de plástica. ¿Cómo lo sabés?

—No sé. —Solté una risa—. Simplemente lo supuse.

—Cuando leí el aviso que hizo tu padre en el diario hace unas semanas buscando personal para trabajar en una construcción, decidí presentarme con la esperanza de que el trabajo se tratase de pinturas —me contó al mismo tiempo en que untaba el pincel en el interior del balde incoloro de veneno— y bueno, aquí estoy.

Sebastián apenas si parecía tener unos pocos años más que yo. Me lo imaginé frente a una clase, acompañado de tizas y un pizarrón, impartiendo a adolescentes la intensidad de emociones que se pueden

plasmar en una escultura, en un dibujo o en un cuadro. Ahí mismo recordé que desde niña siempre amé en el colegio las clases de Plástica tanto como las de Lengua. Pero nunca habría de olvidar cómo conforme pasaron los años, el resto de compañeros saboteaban las enseñanzas de los distintos docentes con gritos o con faltas de respeto, simplemente porque no tenían ganas de aprender. Eso siempre me afectó mucho, y más cuando sucedía en medio de las horas de clase de mis asignaturas preferidas. «Pero ahora ya no estoy encerrada entre cuatro paredes, ahora tengo libertad y silencio para continuar aprendiendo y desarrollando todo lo que siempre me gustó» pensé al recordar la decisión de mi mamá y de mi papá con respecto a abandonar el secundario.

— Eh, disculpá — me habló desde el salón Ezequiel —. ¿Dónde dejó tu papá la cajita con las mechas para el taladro?

— ¿No están ahí dentro? — dije encaminándome a mi Escuela.

— Mmm... no.

Mis zapatillas pisaron la membrana y, con cuidado, fui esquivando muchas de las alfajías ya muy bien colocadas sobre el contrapiso.

— Mirá acá están. — Alcé la cajita contenedora de las mechas a un costado de la puerta, casi bajo la barra dorada para elongar.

— No las había visto. Gracias — comentó Ezequiel.

Por el contrario, él sí parecía tener mi misma edad. De hecho, un laborioso tatuaje de una calavera sosteniendo con sus dientes lo que parecía ser una hoja de marihuana, había en su antebrazo izquierdo. Nunca habría de comprender por qué muchas personas deciden grabarse con tinta dibujos bajo la piel. Al fin y al cabo ni eso perdurará cuando la muerte nos dé la bienvenida. Los músculos y los órganos entran en proceso de putrefacción cuando el espíritu humano deja de infundirle vida a un cerebro. ¿Por qué no mejor esforzarnos en tatuar arte en el espíritu en vez de en la carne? En definitiva lo que no podemos ver es lo verdaderamente eterno.

— Tesoro, ¿ya escuchaste los temas del nuevo álbum de *Palito Ortega*?

— ¿Ya llegó a Salta el CD? — le pregunté al terminar de cenar.

— No, sigue sin llegar. ¿Podés creer que ni en *Yenny* del shopping está? Pero encontré varias de las canciones en *YouTube*, alguien misericordioso las está subiendo.

Iba a comentar si acaso subir canciones a Internet sin la autorización del autor era legal, no obstante siguió con entusiasmo:

— ¡El mejor tema de todo el álbum "*Por los caminos del Rey*" es "*Para qué has vivido*"! ¡Tenés que escucharlo, tesoro! ¡Es increíble la letra de esa canción!

Acerqué los platos sucios al lavabo y luego fui hasta el living. La computadora de mi papá se hallaba encendida con el tema listo para que yo lo escuchase. Me senté en la butaca giratoria y se me puso la piel de gallina en los brazos al compenetrarse mis oídos y mi cerebro con el mensaje de la canción a medida que esta avanzaba. Entendí muy bien por qué un alma caritativa se había arriesgado a exponer gratis semejante belleza en Internet. Valía totalmente la pena.



A los pocos días de iniciar febrero, la alfajía sobre el contrapiso terminó de ser colocada por Ezequiel. Y tanto él como Sebastián se retiraron, puesto que lo siguiente debía ser trabajado por un carpintero profesional.

—Papá, alguien te busca en el portón. —Escuché la voz de Gabriel en el pasillo de casa.

—¿Quién es?

—No sé, pero dice que viene por la colocación de la mora.

—¡Excelente, conseguimos un carpintero! MARYAAAAM, VENÍ CONMIGO.

Me levanté de mi cama hasta ubicar mis descalzos pies en la alfombra. Apagué el ventilador, convenciéndome que más tarde habría de continuar con la frescura y el disfrute de muchas más novelas.

Mi ingeniero y yo conocimos a Marco, un muy respetuoso carpintero. De mediana estatura y con bigote negro, el señor comenzó con su labor acarreando todas las tablitas de mora hasta la recepción, que permanecieron tantos meses ubicadas en el living.

—Me dijo que tengo menos de cuatro semanas para instalar el piso, ¿verdad? —habló Marco hacia mi papá con cierto tono preocupante en su voz—. ¿Con qué objetivo tienen los días contados?

—El primer lunes de marzo se inaugura mi Escuela —expresé alegre robándole las palabras a mi ingeniero.

—¿Sos profesora de baile? —Alargó el cuello desde la recepción mirando curioso el interior del salón y luego dijo—: ¿Puedo pasar a ver?

—Claro, adelante —respondió mi papá—. Usted trabajará ahí, así que pase.

Marco pisó con confianza la membrana y las alfajías en el suelo. Sus ojos rebotaron asombrados desde los espejos hasta la barra de elongar. Desde los tweeters a la puerta del baño. Desde los cuadros con marquitos dorados ya colgados en la pared hasta los dos ventiladores en

medio de las altas repisas expositoras de mis premios.

—Qué preciosa Escuela. ¿Cuánto tiempo tardó en construirla?

—¿Cuándo tardamos, Mary? — me preguntó mi papá desorientado.

—Exactamente dieciséis meses...

«... dieciséis meses de vuelos impensados y dolores desconocidos en mis alas pero también dieciséis meses de subrayar el real significado de una vocación» pensé complacida.

Exceptuando los domingos, Marco trabajó en el piso de mi Escuela todo el resto de los días de la semana. Se presentaba cerca de las ocho de la mañana y no se retiraba hasta tipo seis de la tarde. De hecho su esposa muy amablemente siempre le llevaba el almuerzo a la hora del mediodía, por lo cual tenía alrededor de una horita de descanso ahí mismo en las sillas de la recepción.

La bolsa plástica abastecedora de más de mil larguitos tornillos de cabeza plana exclusivos para perforar madera, con el transcurso de los días se fue vaciando cada vez un poquito más. Eso era buena señal. Mientras más vacía estuviese la bolsa plástica, menos maderitas de mora había dispersas sobre las baldosas de la recepción.

Sin embargo, justo a mitad de febrero, casualmente cuando la mitad del salón ya estaba cubierto de maderas perfectamente colocadas, sucedió una desgracia. Estaba claro que no importaba qué tan vivas y qué tan nuevas y coloridas se encontrasen las plumas de mis alas, las adversidades nunca desaparecían de los cielos de aquel mundo terrenal en que estaba respirando.

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando me desperté. Salí de mi dormitorio todavía un poco con los ojos adormilados cuando oí desde lejos una leve discusión en la habitación de mis progenitores.

—¿Y por qué no hicieron colocar los espejos después? —Escuché el reclamo de mi mamá.

—Porque si hacíamos colocar en primer lugar el piso de madera, la altura de los espejos no iba a atravesar la puerta. Maryam lo sabe muy bien, ella fue parte de todo el proceso —comentó mi papá.

—¿Y qué harán ahora, entonces?

Entré a su dormitorio e inmediatamente ambos se callaron al escuchar mis pasos. Los ojos de mi ingeniero parecían dolidos al verme, como si tuviese la obligación de revelarme algo pero al mismo tiempo prefería permanecer callado.

—¿Está todo bien? —pregunté luego de bostezar.

Mi mamá abrió una de las puertas de su ropero y pareció fingir bus-

car algo allí dentro en medio de las ropas. Mi papá se acercó a mí y simplemente lo dijo:

— Marco rompió un espejo.

Froté mis ojos no sé si debido a mi somnolencia o más bien a causa de no poder asimilar lo que luego comprobaría en mi Escuela.

— ¿Qué? — apenas si pude balbucear.

— Le pegó sin querer con la escuadra, la que utiliza junto al nivelador de burbuja para comprobar el nivel de las maderas.

Efectivamente aquello estaba pasando. Sentí una punzada de dolor y de injusticia en el fondo de mi corazón. El carpintero no lo hizo a propósito, eso estaba claro. Los accidentes suceden y punto. ¡Pero debió de haber sido cuidadoso! Las inversiones cuestan. Cuestan billetes, cuestan sacrificios y cuestan emociones.

— Marco me dijo que anoche fue a cenar con su señora por San Valentín, bebieron un poco de alcohol y al parecer hoy se sentía un poco mareado.

— ¿Ahora sigue afuera trabajando?

— No, no. Le dije que se fuese a casa a descansar. Ya el lunes regresará.

Corrí en camisón hasta el jardín en medio de los ladridos de Vainilla. Crucé la recepción e ingresé a mi Escuela. La larga regla de aluminio yacía colocada sobre el piso de madera. Observé los tres espejos cabezales y estos estaban impecables. Me giré hacia la izquierda con recelo sabiendo lo que allí me esperaba ver. Ahí estaba la herida: en el espejo del medio, sobre un costado, abajo, una notable grieta y varios pedazos de espejitos esparcidos sobre la madera.

Me agaché y, sin darme cuenta, unas lagrimitas comenzaron a derretirse por mis mejillas. Miré mi propio reflejo partido en el espejo sin saber qué hacer, sin saber cómo habría de continuar aquello. Los espejos habían subido de precio, no podíamos permitirnos reemplazarlo con uno nuevo. Y de alguna manera parcharlo u optar porque quedase así roto, era peligroso para mis futuras alumnas. La fisura del espejo pegado y sostenido en la pared se continuaría abriendo hacia arriba, eso era más que sabido.

Alcé un pedacito con cuidado y acaricié el fresco filo en sus bordes. Recordé la lúgubre oscuridad que en un tiempo me inundó y, asustada, lo dejé caer; pero miré los desnudos brazos que exponían mi camisón y me sentí tentada en otra vez alzarlo. Pensé en Dreamy y en su bonito moño rosa amarrado a su cuello y de golpe me levanté.

Necesitaba hablar con una persona que me comprendiese.

Necesitaba a Shanell.

CAPÍTULO 27

“Sonrío y dejo que los demás se pregunten ‘¿por qué?’”

Gracias a Dios estaba conectada.

—Shanell, ¿tenés un momento? Sé que me haría mucho bien hablar con vos.

Por un corto instante me acobardó la tonta idea de pensar que no se acordaría de mí. Pero fueron incontables las veces en que agradecí interiormente que haya sucedido lo contrario.

—Hola hermosa, claro. ¿Qué pasó?

Le compartí las últimas novedades con respecto a mi Escuela y quedando así al tanto de la situación, me dijo:

—Tranquila, estás viendo el vaso vacío sólo porque estás enfocada en ver la gota que se cayó. Volvé la mirada al vaso y acordate de lo mucho que está lleno... de todo lo que ya hizo Dios.

Las lágrimas cayeron sobre mi teclado. Me daba igual si mis progenitores o mis hermanos pasasen por mi alrededor y me viesan en aquella situación. Las certeras palabras de Shanell no hacían más que tocar mi corazón y ayudar a que mi espíritu permaneciese en calma, sin oscuridad. Y aunque tercos pensamientos en mí lo hubiesen querido, ella no estaba dejando que me ahogase en mis propios errores. ¿Acaso los amigos no hacen eso? Nos ayudan a colocar nuestros sentimientos en perspectiva para luego empujarnos en la dirección correcta.

—¿Habrà una razón por la que haya pasado esto? —Escribí.

—¡Por supuesto! Muchas veces Dios no sólo permite imprevistos así para moldear cositas de nuestro carácter sino que también lo hace por los demás. Te aseguro que el carpintero aprenderá una lección gracias a lo sucedido.

—¿Cómo hacés para tener palabras y respuestas para todo?

—Las cosas que sé son porque de alguna manera u otra las viví y sé cómo se siente atravesarlas. Pero aun así no lo sé todo, hermosa. No soy perfecta.

Con una sonrisa, sequé con el dorso de mis manos las lágrimas. Llorar siempre le hará bien al espíritu, pero hay que procurar que las emociones no queden pegadas en el llanto sino volver... volver al equilibrio y a la felicidad. Es ahí cuando se comprende en calma que a veces Dios se asemeja a un dentista: nos hace doler porque es incómodo sobrellevar el proceso de cura en una muela cariada. Sin embargo nunca nos

lastima porque todo es para nuestro bien. Basta con recostarse en paz y cerrar los ojos ante ese especial reflector sabiendo que un Profesional es quien está a cargo de la recuperación.

— ¿Seguís ahí? — Leí de repente.

— Sí, aquí estoy.

— Quería decirte que es muy lindo encontrar personas como vos, Maryam. No es por menospreciar a nadie pero la mayoría de chicas en el ambiente de la danza se refugian en horóscopos, en adivinación, en santitos, en energías, en hechicería o bien están las que dicen “no soy atea pero tampoco soy una loca fanática religiosa”. En fin, apenas si sos la primera que conozco que se refugia en Dios aun con tantas distracciones mundanas que pretenden alejarnos de Él.

— Lo mismo digo: ¡¡qué inmensa bendición haberte encontrado, Shanell!!

«¿Será consciente de que Cristo salvó mi vida gracias a sus mismas publicaciones? ¿Será consciente de que apareció en mi vida en el momento justo? ¿Será consciente de todo lo que anda haciendo en mi espíritu?».

— Es muy cierto lo que decís — Continué escribiendo dejando de lado mis personales pensamientos —, pero Dios no nos hizo robots para que todos seamos iguales. Nos regaló un libre albedrío y me parece que en esa libertad es donde hay que buscar con esfuerzo cuál es el camino correcto a seguir en la vida, ¿no te parece?

— ¡Tal cual, exacto! Yo antes también fui así como ellas, dura de corazón. No quería saber nada de Cristo ni de la *Biblia*, era muy mundana y me burlaba de los cristianos. Decía que creía en Dios a mi manera y para mí eso estaba bien, los demás eran justamente los fanáticos porque alguien “les lavó la cabeza”.

»Me acuerdo que lloraba cuando veía *La Pasión de Cristo* pero ahí quedaba... no hacía algo por cambiar. Era una simple película nada más porque en el fondo sabía que estaba en falta con Dios, pero hacer algo al respecto significaba mucho esfuerzo, entonces seguía como estaba. Hasta que te enfrentás a la realidad y te das cuenta que de Dios uno no conoce ni un poquito hasta que no nos ocupamos de crear una relación sincera, estrecha y personal con Él.

De repente algo me hizo sentir que la confianza en ambas estaba surgiendo. Olvidé el motivo principal por el cual le había escrito y, con respeto, cambié la dirección de la charla.

— Por lo que veo tu testimonio es distinto al mío... Si me querés contar, me encantaría conocer los detalles del tuyo.

— Por supuesto, me encantará compartírtelo.

El chat me informó que Shanell continuaba escribiendo. Esperé a que enviase el mensaje sin apartar ni por un momento mi vista de la pantalla.

— Resulta que hace unos tres años decidí vivir sola porque mi hermano andaba muy agresivo conmigo. Poco tiempo antes mi mamá había fallecido así que no la estaba pasando nada bien y eso sin contar que me había enterado que mi papá estaba teniendo una doble vida con otra mujer desde que mi hermano y yo éramos pequeños.

»En la danza recién estaba dando mis primeros pasos, nadie en el ambiente me conocía. Estaba media depresiva, me escapaba, iba a fiestas, tomaba, fumaba, probaba cosas, estaba perdida. No comía, tenía pesadillas horribles y una angustia en mi pecho que no se iba. Tenía ganas de quitarme la vida.

Impresionada ante todo lo que me estaba confiando, de repente lo admitió:

— Esto nunca se lo conté a nadie. Te lo cuento a vos ahora porque... no sé... Dios me está diciendo que lo haga.

Parpadeé conmovida reiteradas veces.

— Tan desesperada estaba que ya ni la danza me importaba, no tenía ganas ni inspiración para bailar. Así que comencé a ir a unos brujos para que me tiren las cartas, a ver qué iba a ser de mi vida, y ni bien empecé a ir a esos lugares las pesadillas se multiplicaron, también empecé a ver sombras, escuchar cosas, etc. etc. ¡Y anímicamente me sentía cada vez peooooooooor!

»Pero un señor organizador de eventos árabes de acá de Buenos Aires llamado Israel, que de hecho era un muy buen amigo de mi familia, de repente contactó conmigo un día y me dijo que había estado desaparecido y sin organizar shows por cuestiones personales que no vienen al caso, en lo que aproveché en contarle lo mal que estaba y cómo me sentía. Me dijo que iba a orar por mí. Al principio no entendí a qué se refería ya que Israel era ateo, pero luego me aclaró que en medio de sus problemas personales sintió la necesidad de refugiarse en la *Biblia* hasta tal punto de empezar a creer, amar y conocer con tanta devoción a Cristo que se hizo cristiano.

»Hasta que una noche (casualmente horas antes de mi cumpleaños n° 19) estaba tirada en cama súper deprimida, con tantos nervios y angustias que tenía vómitos y un ardor fuertísimo en la boca del estómago ya que no pasaba ni agua. Me paré de la cama y caí de rodillas en mi habitación. Hablé con Cristo y le dije que me arrepentía de mis errores y de haber ido a todos esos lugares feos. Le dije que por favor

me ayudara porque para mí era imposible salir de esa depresión, de tanto dolor y de tanta angustia. Sentía tanto remordimiento por cosas que había hecho que sólo podía pedirle perdón. En el fondo sentía que ni siquiera era digna de que Él me perdonase; tantas veces lo ignoré... me burlé... tantas veces lo crucifiqué que ni siquiera podía levantar mi frente del suelo porque sentía que me estaba mirando. Pero sentí un “te amo” en mi corazón y automáticamente una paz que nunca antes había sentido en mi vida me invadió por completo.

»Al otro día me levanté como nueva, sin dolores físicos y con un gozo que me iluminaba la cara. Todo a mi alrededor seguía siendo igual de feo pero yo estaba diferente, llena de fe y de esperanza, llena de vida. Me acuerdo que por dentro me dije “wow, siento que nací de nuevo” y después cuando a los días me compro la *Biblia* y la empiezo a leer me encuentro esa misma frase, que cuando uno acepta a Cristo en el corazón nace de nuevo.

»Y desde ahí seguí, seguí, seguí y seguí... Dios me hizo ver lo maravilloso que a diario me rodea y que antes no podía valorar. Me hizo descubrir cosas de mí que ni yo sabía. Cambió con paciencia mi mal carácter y cosas de mi personalidad. Me siento amada y querida a cada minuto. El resto es historia...

Continuamos chateando alrededor de una hora, confiándonos y compartiéndonos infinidad de temas e íntimos secretos personales. También me contó que la primera vez que leyó *Ezequiel 16:1-14* en el *Antiguo Testamento*, Dios tocó su corazón de una especial manera con esos versículos ya que hablan de un nacimiento no deseado como fue el caso de ella. Tanto Shanell como su hermano no conocen a sus respectivos padres biológicos. Ambos fueron adoptados no bien nacieron.

– Parábolas me gustan todas – me detalló –. Pero sin duda la *parábola de la oveja perdida* me hizo y me hace sentir súper identificada.

– Mmm, no conozco esa parábola – me sinceré.

– Tiempo al tiempo, Mary. Ya llegará tu momento de acercarte a la *Biblia* y la vas a devorar!!!!!!!!!!!!!! Es tan hermosa. Tiene historia, tiene poesía, tiene cultura, tiene geografía, tiene profecías, contiene una sabiduría celestial inagotable, contiene un amor indescriptible que no es de este mundo y encima tiene el poder de hacer milagros al transformar el espíritu de una persona.

– Aaaaay, ¡ves que me estás impulsando a leerla de principio a fin! De verdad Dios te puso en mi vida por muchas razones, Shanell.

– Sólo Él sabe por qué nos conocimos (virtualmente por ahora), vaya a saber el propósito a futuro. A mí ya me hace bien el hecho de

saber que amás a Cristo con todo tu corazón. Y aunque al comienzo de acercarte a la *Biblia* quizá muchas cosas no entiendás, va a haber algo dentro tuyo que te va a decir “seguí leyendo, seguí leyendo”. Y si empezás desde el *Evangelio de Mateo* en adelante, ese “seguí leyendo, seguí leyendo” ¡es sumamente especial!

—¿Qué pasa si empiezo a leerla ahora mismo?

—No lo hagás por complacerme a mí ni por complacer a nadie de tu entorno. No te desesperés pero tampoco te relajés. Hacé lo que sientás...

—Si, así lo haré. Lo prometo.

—Cambiando de tema, buscá “*Eras Tú*” del cantante *Jesús Adrián Romero*. Te aseguro que vas a entender muchísimas cositas de tu pasado escuchando la letra de esa canción, Mary.

—Dale, ya la busco por *YouTube*.

—¿Con quién chateás? —Me sobresaltó Micaela de repente—. Desde hace rato que escucho puro tic tic tic en tu teclado.

«Con la mejor amiga que siempre quise tener».

—Con una de las bailarinas que tanto me inspira en la danza —le respondí mirando de reojo la pantalla en mi computadora con cierto aire de privacidad.



Abrí mis ojos. Mis largos rulos reposaban sobre un costado de la funda fucsia de mi almohada. Intenté hacer memoria de qué es lo que había soñado durante la madrugada, pero no recordé absolutamente nada. Supongo que aquellos estudios que circulan en Internet exponiendo que el cerebro generalmente sólo recuerda esas películas oníricas nocturnas que de antemano sabe que serán importantes, son irrefutables. El área del hipocampo, al encargarse de pasar información de la memoria a corto plazo a la memoria a largo plazo, cabalmente suprime los sueños que considera no interesantes.

Me incorporé en la cama y apoyé mis manos en el colchón. Sentí su firmeza mientras escuchaba el canto de los gorriones a través de la ventana. Las persianas se movieron en sintonía con la delicadeza del viento. Un ineludible polvo suspendido en el ambiente vislumbré a través de la resolana.

«Otro día. Otra aventura».

Apoyé mis descalzos pies sobre mi limpia y peludita alfombra. Me pregunté cómo es posible que todos esos detalles que no tienen precio en la vida suelen pasar desapercibidos para las personas que arrancan

el día con prisa, sin detenerse aunque sea unos minutitos a admirar tanta belleza escondida.

— Ya encontré los paños de tela amarilla que usamos como decorado en tus quince. — Me observó mi mamá desde el pasaplato a modo de saludo al verme ingresar a la cocina—. ¿Cuándo querés que tomemos las medidas y hagamos las cortinas?

— ¿Dónde estaban guardados los paños?

— Arriba de ese armario —dijo señalándome el aparador que resguardaba enciclopedias, carpetas, diccionarios y revistas—. Estaban metidas en bolsas así que están muy limpietas las telas.

— Vayamos esta tarde a la casa de los abuelos a usar la máquina de coser. — Fui sacando de la heladera el sachet de leche descremada para mi desayuno.

— Dale, vamos esta tarde.

— ¿Puedo ir yo también? — preguntó Micaela al mismo tiempo de terminar su primera comida del día en la mesa.

— Claro, ¡vayamos las tres! — expresó contenta mi mamá.

— Deciles a tus abuelos que son más que bienvenidos para que conozcan tu Escuela, tesoro — me sorprendió la voz de mi ingeniero de repente a mis espaldas—. Faltará la mitad de la colocación del piso de madera, pero ya está ahí... ya todo es real y palpable.

— Sí, pero falta arreglar el imprevisto también — le recordé.

Apartó la taza de mi mano y la colocó sobre la mesada. Me otorgó un abrazo y con cariño me dijo:

— No te preocupés. Antes del lunes tres de marzo ya estará el problema solucionado.

— ¿Ah, sí? ¿Y cómo lo solucionaremos?

De repente escuché gotitas cayendo desde el grifo hacia el lavabo, ahí en la mesada. Me soltó y escuché enternecida sus palabras.

— Dios proveerá, ya verás. Él nunca les falla a sus hijos.

No bien estuvimos en la casa de mis abuelos, Mica me ayudó a extender la tradicional y amplia alfombra de color verde sobre las baldosas de cerámica del patio. Luego mi mamá ubicó encima los distintos paños de aproximadamente cinco metros de largo cada uno.

— ¿Hay suficiente tela para hacer cortinas? — pensó en voz alta Micaela—. Tu Escuela tiene muchas ventanas, Mary.

— Hay suficiente. — Acaricié la diáfana y suave tela impregnada invisiblemente de recuerdos—. Hay unos quince metros de tela.

Micaela alzó sus cejas.

— ¿Le pido a la abuela la cinta métrica?

— Sí, y pedile también una tijera.

Mientras mi hermana se fue a la habitación en donde se hallaba mi abuela —de seguro ya enchufando la máquina de coser— mi mamá repasó entre sus anotaciones que las alturas de las ventanas como así también sus respectivos anchos, tuviesen las medidas apropiadas en las telas. Los pliegues debían ser notorios mas no abundantes.

— Mary, ¿son tres las ventanas chiquitas no?

— Sin contar la del baño, sí.

— Ah, ¿entonces son cuatro en total?

— Claro. — Me acosté cómodamente sobre la alfombra —. ¿Calculamos otra vez las medidas o está todo bien?

— No, no. Sí está todo bien. — Me sonrió.

Allí desde el nivel del piso todo era diferente. Y no precisamente por la dureza que amortiguaba mi espalda sino más bien por lo que mis ojos descubrían en ese desacostumbrado ángulo. Una maceta de mi abuela escondía entre sus largas patas de cemento una impresionante telaraña. En sus hilos, seguramente pegajosos, se apreciaba tanta geometría que me emboqué pensando cuánta perfección hay en la propia naturaleza.

Me incorporé con tal de que la minúscula dueña de aquella majestuosa obra de arte no entrase en pánico al verme y otra vez observé a mi mamá, todavía con sus papeles y su calculadora. De pronto recordé a mi papá y algo en mis pensamientos me insinuó el increíble complemento que se daba entre ambos cuando estaban juntos. Las tablitas de mora en mi salón lo entendían mil veces mejor que yo: macho y hembra encastran a la perfección.

— Aquí están la cinta métrica y la tijera. — Reapareció Micaela.

— Muy bien, empecemos — avisó mi mamá.

Entre las tres desplegamos la abultada tela y, de a poco y con confianza, fuimos midiéndola y cortándola, creando así las bonitas cortinas durante el transcurso de la tarde. Asimilé que ambas sí me estaban ayudando con la construcción de mi más grande anhelo. Que no hubiesen cargado conmigo y con mi ingeniero una larga regla de hierro de dos metros de largo bajo el sol o incluso que Gabriel no hubiera estado presente en medio de tantos planteos con distintos albañiles, no significaba que solamente mi papá me hubiese apoyado.

Una afamada reflexión hecha por el físico *Albert Einstein* revela que, si juzgamos a un pez por su habilidad para trepar árboles, acabará pensando durante toda su vida que es un inútil. Cada uno es bueno para algo. Y así también cada miembro en una familia tiene un rol especial

en el proceso de la realización de un sueño de uno de sus integrantes. No importa si su ocupación ha de durar varios meses o apenas unas cuantas horas, porque en definitiva si juzgamos las acciones por medio del tiempo las pupilas en el cuerpo humano deberían de ser menos importantes que el cerebro sólo por el hecho de que este último no permanece inactivo cada día, por ocho horas, tal como los ojos sí lo hacen al ser tapados por los párpados al descansar. Todo órgano, todo miembro familiar en un hogar y todo detalle envuelto de perfección en la naturaleza, están allí por algo muchísimo más grande de lo que somos capaces de analizar. Esquivarlos, alterarlos o ignorarlos es no admirar toda esa belleza escondida.

—Mary, ¡qué bueno que ya volvieron! —me dijo Gabriel al vernos ingresar a casa—. Hace ratito una señora tocó el timbre preguntando por las clases de danza.

—Ay noooo —me lamenté—, ¿y qué le dijiste?

—La verdad: que la profesora no estaba en casa.

Mientras pensaba que habría de necesitar una mano derecha en mi Escuela que conociese los programas, los horarios y los precios tal como mi mente los conocía, él continuó:

—Entró al súper chino. Andá a darte una vuelta y quizá la encontrés.

—¿Cómo iba vestida?

—Vamos, te acompaño. —Apoyó su brazo derecho sobre mi hombro sin dejar pasar la oportunidad de hacerme cosquillas.

Recorriendo las góndolas del supermercado en medio de tantas personas, sorpresivamente la ubicó.

—¡Ahí estáaaaa! Es la señora con los anteojos de sol sujetado en la camisa, ¿o es una blusa? ¿Es lo mismo no? Da igual, te dejo hacer tu trabajo.

Me acerqué a la señora, que alzaba un paquete de magdalenas y las ubicaba en el interior del canasto, y me presenté. Por lo visto quedó encantada conmigo y con mis palabras porque le pidió a uno de los empleados que por favor cuidase sus adquisiciones prontas a pagar, ya que deseaba inscribir a su hija allí mismo.

—Tiene catorce años —me contó mientras salíamos del súper y nos encaminábamos hasta mi Escuela—. De niña hizo danza árabe por bastante tiempo, pero luego su profesora tuvo que dejar de dar clases porque no podía continuar pagando el alquiler del lugar en donde enseñaba. —Le cedí el ingreso a la recepción tras cruzar el puentecito de entrada de nuestro jardín.

—Su hija será la primera alumna adolescente inscrita —dije con sinceridad mientras rellenaba con sus datos el talonario de cuotas.

— ¿Ya tenés muchas?

— Nenas sí ya hay varias. Hay dos señoras también, una de las cuales es mi madre — Reí con entusiasmo — y bueno, como le digo, su hija será la primera adolescente.

La señora pareció observar con gusto todo a su alrededor en la recepción.

— ¿Lo que hay debajo del puente es un estanque con peces?

— Sí, exactamente. — La invité a que regresásemos a él para que lo analizase mejor —. Es de mi hermana, ella ama los animales. Mi papá se lo construyó cuando era niña. Ella se encarga de alimentarlos, cuidarlos y limpiarles el lugar.

— ¡Qué precioso es todo acá! ¿Y qué tipo de peces son?

— Son peces carpas — dije mientras mirábamos nadar en el fondo del estanque uno con aletitas blancas y cuerpo naranja.

Recibí el importe exacto en concepto de la inscripción y de la cuota de marzo y, a cambio, yo le entregué el recibo no bien volvimos a la mesa. Le recordé los días y el horario de clases designado para el grupo adolescente y luego, a modo de despedida, me dijo:

— ¡Te vas a llenar de alumnas! ¡Tenés una Escuela preciosa!

— ¡Muchas gracias...!

«... espero que mis alumnas se enamoren de mí y de mis enseñanzas aún más que del propio puente, recepción y salón».



A las seis de la tarde me esperaba Janaan en su departamento para tomar el té y, por qué no, compartir también divertidos momentos con sus dos hijas. Su marido estaría de visita en la casa de unos amigos, así que sería un peculiar encuentro completamente femenino en su hogar.

No obstante hasta que se hiciese hora de ir, me acomodé cómodamente en la butaca giratoria de mi computadora dispuesta a ver alguna película. No tuve ni que molestarme en buscar alguna ya que el propio *YouTube* me recomendó una. Le di al play pues su título honestamente me llamó mucho la atención: *Secretos de familia*.

Ni bien inició advertí que se trataba de un film mexicano. Y si bien desde siempre preferí disfrutar del cine estadounidense, no dejé de verla ya que algo pareció decirle a mi espíritu que debía ver aquella película sí o sí.

Cuando acabó entendí lo que Cristo estaba pretendiendo que reflexionara: nunca es necesario que nuestras emociones toquen fondo

para recién acercarnos a Él. ¡Nunca! Los problemas injustos de la vida que nos ahogan siempre estarán ahí a nuestro alrededor acechándonos, pero el orar también siempre estará ahí esperándonos. Sólo hay una opción que escoger entre ambos caminos y ninguna tiene que ver con saber o no saber nadar. Cada uno decide si ahogarse o flotar en la superficie.

«Siempre mostraré cada una de mis heridas para que los demás puedan animarse también a transformar sus dolores en sabiduría» medité al mismo tiempo de apagar la computadora.

— ¡Mi niña, tanto tiempo! — Me saludó Janaan luego de abrirme la puerta de su apartamento.

Sus abrazos no cambiaban. El especial cielo con el que envolvía a mis alas seguía siendo el mismo por más que no continuase siendo su alumna.

— Tanto tiempo sin vernos es raro — evidenció.

— Lo sé, pero relaciones como la nuestra ni el tiempo las altera.

Su hogar era sencillo pero acogedor y precioso. Un acolchonado sillón se hallaba frente a un televisor mientras que, al lado de este, estaba situada la mesa. De reojo advertí que a mi izquierda estaba la cocina y luego un clásico pasillo que conducía al baño y a dos medianos dormitorios.

Andene salió de su habitación corriendo al escuchar mi voz.

— ¡Maryaaaaam! — Me sonrió entusiasmada mientras detrás de ella apareció la pequeña Ainara con sus recientes cuatro añitos cumplidos.

Las abracé a ambas y de inmediato me invitaron a su dormitorio para que viese su casa de muñecas. Sus *Barbies* con sus distintos atuendos me recordaron a todos mis juguetes de infancia que, por alguna extraña razón, no me atrevía a regalar.

— Para la próxima vez que venga traeré mis *Barbies* así jugamos.

— ¿Seguís teniendo *Barbies*? — me dijo Andene asombrada.

— Por supuesto — respondí—. Las tengo muy bien guardaditas en la repisa de mi pieza, en una caja con todos sus accesorios y vestidos.

— ¿Cuándo vas a volver? — preguntó ansiosa la pequeña Ainara.

— Cuando su mami me invite de nuevo.

— MAMÁAAAAA, ¿MARYAM PUEDE VOLVER MAÑANA?

— Andene, no grités. — Janaan se presentó de repente en el marco de la puerta—. Sabés bien que no me gusta oír gritos.

— Perdón, mamá. ¿Esta no va a ser la única vez que Mary venga a vernos, o sí?

Janaan se arrimó hasta la casita de muñecas puesto que junto a ella me encontraba y, luego de su típico beso sobre mi frente, respondió:

— Claro que no. Y ahora si no les molesta me la llevo al comedor.

— Me agarró de la mano para que la siguiera.

—Ooooooh, ¿por qué? —se quejó Ainara.

—¡No nos la robés! Ella quiere jugar con nosotras.

Sentí la viveza que desprendía en mis pensamientos la pequeña Maryam, forjándose en mi interior de la mano de aquel maduro espíritu, y acabé aflojando unas risas.

—Voy al comedor a hablar cosas de gente grande y luego vengo a jugar con ustedes.

—Bueno, ¿pero me lo prometés? —me interrogó Andene entretanto abrazaba con una mano uno de los vestiditos contra su pecho mientras, con la otra, me extendió el dedo meñique.

Estiré mi mano hasta amarrar mi meñique con el suyo sin poder borrar la sonrisa en mi rostro. Miré sus ojitos jubilosos y dije:

—Te lo prometo.

Ya sentada a la mesa a solas con Janaan, ella soltó la pregunta que mis oídos más estaban temiendo escuchar.

—¿Lista para empezar a disfrutar de tu sueño? ¡¡¡Queda exactamente una semana!!! ¡Estoy igual o incluso más emocionada y ansiosa de lo que estás vos!

—¿Te digo la verdad? A veces siento que todo esto no está pasando, no después de tantas tormentas.

—¡Creélo porque es real, Mary! Tan real como cuando en medio de una lluvia vuelve a aparecer el sol y se crea el arcoíris.

Por lo visto mi silencio empezó a hacer mucho ruido pues continuó:

—¿Qué es lo que te preocupa?

—No sé cómo expresarlo... —Apoyé mis brazos en la mesa antes de seguir—: pero es como si tuviese miedo de alguna vez lastimarlas sin querer a mis alumnas.

—Eso nunca va a pasar. Que tu profesora te haya hecho daño no significa que vos vayás a hacer lo mismo. ¡Y menos voooooos! Tenés un corazón tan grande y a la vez tan pequeño que sin importar si te acercás a un niño, a un adolescente, a un adulto o a un anciano, es tal la comodidad emocional que las personas sienten con tu presencia que nadie se quiere alejar de vos.

—¿Y si algo de eso en mí cambia siendo profesora?

—¡Tené por seguro que no va a cambiar! Por supuesto vas a seguir creciendo y adquiriendo nuevas experiencias que continuarán moldeándote como mujer, pero nada puede modificar tu raíz. Tu esencia seguirá siendo siempre regada pero jamás arrancada.

—¿Sabés lo mucho que te amo?

—¡Yo te amo demasiado también, mi niña! Y no sólo por la bella

persona que sos o por la admiración que tengo hacia tu gigantesca pasión como bailarina, sino que te amo también porque me pone muy feliz verte hacer lo que yo nunca pude.

—¿A qué te referís? —me desorienté.

De repente exhaló como si alguna insólita carga emocional la agotase.

—Tanto mi papá como mi mamá nunca estuvieron de acuerdo con que me dedicase a la danza. Mi papá falleció poco antes de que naciera Andene, pero aun hasta el día de hoy mi mamá sigue sosteniendo que el arte es un pasatiempo. No lo entiende como lo que realmente es para un artista: pasión y felicidad. —Ubicó su castaño cabello oscuro a un costado de su hombro y reanudó—: Cuando terminé el secundario tuve que estudiar una carrera universitaria y cuando les mostré a ambos el título recién ahí me permitieron buscar un espacio para que enseñase danza.

—¿Por qué nunca me habías contado esto?

—No sé... —Soltó una sonrisa de repente junto a sus brillantes ojos—. Siempre me llenó el alma ver el apoyo y las ideas de tu papá y cómo de alguna manera u otra limabas las asperezas con tu mamá. Me llena de felicidad, Mary, que tengás tu propio espacio para bailar y enseñar y que no hayás desperdiciado años de tu vida en tener que hacer otra cosa por obligación sólo porque alguien te lo haya impuesto.

—¡Cada vez te admiro más que antes, Janaan!

—¡Nooooo! —me retó con simpatía—, ¡yo te admiro! Y te admiro porque sos un ejemplo vivo de lo que muchas personas en la sociedad consideran imposible.

—Mamá, ¿podemos merendar licuado de banana? —preguntó Andene alzando a su hermanita de camino a la mesa.

—¿Te gusta el licuado de banana? —Me miró Janaan.

—No me gusta, ¡me encanta!

—Marchando cuatro vasos de licuado entonces —expresó con alegría dirigiéndose a la cocina.



Un nuevo espejo cortado a la medida exacta -tal como el anterior- fue pegado en la pared reemplazando al agrietado. El mismo personal de CASTELLANI, *el nombre del vidrio* se encargó de despegarlo con especiales instrumentos sin ocasionar ningún tipo de accidente.

—De veras lo siento tanto —me expresó Marco ubicado respetuosamente a mi lado.

Rememoré los detalles sobre su esposa, que siempre le llevaba el

almuerzo cada día. Recordé las charlas generales que le escuché tener con mi ingeniero acerca de ser padre primerizo en medio de las obvias horas de trabajo. Su señora estaba en el octavo mes de embarazo, ambos esperaban con mucha felicidad una niña.

Aunque lo quisiera, no podía guardar rencor. Mi nuevo corazón rebotaba tanta templanza que eso mismo fue lo que le reflejé al carpintero.

—No se preocupe, todo está bien.

—Tenés un gran padre —comentó de repente—. Le dije que yo mismo pagaría un nuevo espejo y sin embargo se empeñó en ayudarme con un poco de dinero para que así mis horas trabajadas en el piso de madera no se perdiesen.

Observé a lo lejos que mi papá encendía las luces de la recepción, pues ya estaba atardeciendo, y supe que la templanza habitada en su corazón era la misma que anidaba en el mío.

—Me llevaré el espejo que rompí, lo haré cortar para que quede un poco más presentable y luego lo pondré en el cuarto de mi bebé.

—Es una muy linda idea —dije al analizar que se estaba haciendo cargo de su propio tropiezo sin dejar de mirar hacia el futuro con optimismo.

Cuando los de *CASTELLANI* se retiraron de mi Escuela, uno de los muchachos esquivó en medio de su caminar una mediana bolsa que se hallaba junto a la puerta principal. De curiosa me agaché a ver qué contenía y me topé con cientos de clavos torcidos e incluso algunos otros oxidados también.

«¿Los que están en mal estado van directo a la basura?» pensé. «Si es así, ¡qué privilegio el de los clavos rectos porque ellos siempre son utilizados por el martillo!».

Todavía agachada, giré levemente mi cabeza para mirarme en la pared lateral de espejos de mi salón, considerando la idea si es que acaso Dios “martilla” con amor nuestros rectos anhelos porque sólo así permanecen dentro de la perfecta madera de Su Voluntad. Porque si en definitiva en medio de los golpes emocionales es donde se moldean los espíritus, en verdad las personas más grandiosas están grabadas con cicatrices.

El Mesías es un claro ejemplo de ello.

CAPÍTULO 28

“El final... es el comienzo de algo nuevo”

Veinticuatro horas antes de la tan esperada inauguración, mi papá y Micaela se encargaron de limpiar el piso de la recepción. De hecho, plantaron en las macetas junto al estanque flores pensamientos con sus preciosos y contrastantes colores en los pétalos. Entretanto, yo me encargué de dejar reluciente las baldosas del baño como así también barrer repetidas veces el salón para así asegurarme de dejarlo súper liso: sin restos de aserrín y sin rastros de astillas que quizá pudieran haber.

— Estoy muy cansada — nos avisó Mica en un determinado momento —, sigan ustedes.

Yo también estaba agotada. Seguramente mi ingeniero también. Mas el entusiasmo es ese ingrediente fantasma capaz de envolver una fatiga física de tal manera que añade un especial sabor espiritual a las horas de limpieza.

Cuando estaba fregando los siete espejos (el del baño incluido) con limpiavidrios, mi papá me habló desde la recepción:

— Se te está olvidando algo, Mary.

Giré trescientos sesenta grados en mí misma mirando con detenimiento todo a mi alrededor. Las repisas sosteniendo a los trofeos y medallas ya se encontraban limpias. La mediana pizarra en la pared para las clases teóricas relucía en blancura también. Incluso los vidrios de las distintas puertas y ventanas se asemejaban a más espejos debido a su increíble pulcritud.

— ¿En serio no te acordás? — preguntó al ver mi gesto de desentendimiento.

Miró la pared de la recepción, dotada de las desnudas ramas de la enredadera que él y Micaela plantaron hacía varios años atrás, para luego volver su mirada hasta mí.

— ¡Las plantas artificiales colgantes que compramos en Cafayate! — exclamé de golpe —. ¿Dónde las guardamos? ¡No me digás que las perdimos!

— No, aquí están. — Evidenció una mediana bolsa de compras que había estado escondiendo tras su espalda —. ¿Las pongamos juntos?

Le asentí con la cabeza conteniendo la emoción en mi mirada. Aquellos diez cotidianos objetos colgantes fueron, con exactitud, la primera compra que efectuamos relacionada a mi Escuela y a la construcción en general. Tantísimo tiempo había transcurrido desde ese día en Cafayate que honestamente me las había estado pasando por alto, como

cuando mirás por tanto tiempo hacia arriba disfrutando los destellantes colores de fuegos artificiales en el cielo y se te olvida que, abajo, sobre una habitual mesa, hay una refrescante botella de *sidra* esperando ser disfrutada también.

—Me acuerdo de cada viaje que hicimos una vez al mes durante el año dos mil doce y ¡me siento feliz de que hayás crecido tanto! —dijo mientras ubicaba en medio de las ramas de la pared una de las plantas artificiales—. Y no me refiero sólo al crecimiento como mujercita sino también como artista.

Uno de los extremos de la planta se desprendió. Lo sujeté en lugar de él mientras expresé:

—Y pensar que de ahora en más los viajes de crecimiento serán con mis alumnas...

—¿Pero no en la *Kangoo*, eh? No es que no quiera compartir nuestro vehículo, sino que puede que sus familias sean desconfiadas. No es que sean malas pero las personas suelen ser así, Mary.

—Sí, pero si le pido a Dios que me mande alumnas con padres que las apoyen, nada será imposible.

Me sonrió complacido al mismo tiempo que sus ojos reflejaron cierto matiz de sorpresa.

—Es nuevo escucharte hablar así, tesoro. ¿Desde cuándo tu fe dio tan grande salto?

«Desde que conocí que no soy la única creyente en la *Biblia* en el ambiente de la danza».

—Me resulta un poco complicado de explicar pero es como si los sueños demasiado grandes nos acabasen sorprendiendo con tantas cosas, con especiales momentos e inesperadas personas, que al final el propio espíritu crece dentro de ese sueño también.

Cuando las labores de limpieza de ese mismo domingo llegaron a su fin, apagué las dicroicas y cerré con llave la puerta de mi Escuela. Crucé el pequeño y privado jardín que separaba dicho salón de nuestro hogar y, cuando quise ingresar a casa con el objetivo de ducharme, una sutil belleza de la naturaleza cautivó mi mirada desde el sector izquierdo del césped. Me arrodillé y lo atrapé entre mis manos antes de que volviese a levantar vuelo. Un diente de león.

Nunca creí en las supersticiones ideadas por la gente, no obstante me hacía mucha ilusión soplarlo con fuerza al mismo tiempo de pensar en algo bonito. Me incorporé para hacerlo, pero allí mismo de reojo advertí que otro diente de león se estaba meciendo en medio del suave

viento a unos cortos metros de mí. Mi niña interior quería correr tras él y atraparlo. Sin embargo permanecí inmóvil viéndolo ondear en compañía del infinito aire, al mismo tiempo de percibir lo excelente que mis alas estaban volando a la par de la brisa también.

Cerré mis ojos y rememoré aquel viaje en catamarán, en el dique, en San Miguel de Tucumán. Aquello tan extraño que había sentido hace más de un año y medio sin poder entenderlo, ¡de repente lo comprendí! Abrí mis ojos y allí estaba... el viento. Quizás insignificante pero aun así muy firme como aquel día en el catamarán de nombre *Arquímedes*.

«Mientras me encuentre aquí en este mundo donde reina la muerte, el mal y la injusticia, mi relación con Vos será así como el viento. No te veo, pero te siento», pensé con una electrizante oleada espiritual cargada de paz y de gozo. «Ahora sé bien que entre esas subidas y bajadas de montañas nunca me dejarás sola. Porque como la brisa que resguarda siempre a una garza en su vuelo mientras desea que el horizonte la sorprenda a medida que crecen sus plumas, tengo la fe de que continuarás haciendo lo mismo conmigo».

Percibí algo entre mis rulos, sobre mi cabeza. Tanteé mi cabello y allí había ido a planear su aterrizaje el diente de león. Me asombré, mas la pequeña Maryam gestándose en medio de mis emociones y mis pensamientos, lo apartó de entre mis rulos sonriendo.

Y ya con un diente de león entre mis dedos de la mano izquierda y con el otro diente de león entre los dedos de mi mano derecha, soplé ambos con mucha fuerza simultáneamente. Las pequeñas semillitas de ambas flores flotaron en el aire y, sin ser consciente de que la naturaleza agradece por contribuir a esparcir las semillas de dicha planta, lo único que pude desear en mis pensamientos fue que todos los jóvenes adolescentes que hubieran encontrado la vocación en sus vidas, tuvieran la gran dosis de coraje de ir en contra de la corriente de la cultura, de la sociedad y del sistema educativo para así crecer tanto como mi alma lo estaba haciendo.

A Dios le agrada los salmones. Él transforma a los valientes mientras, paralelamente, respeta la decisión de los conformistas en ser cobardes.



Miré la redondez dorada del reloj en mi salón, colgado entre las dos ventanitas coloniales. Sus negras agujitas marcaban las tres en punto. En exactamente dos horas habría de llegar el primer grupo de niñas. No estaba nerviosa ni mucho menos ansiosa. Por el contrario estaba dema-

siado tranquila, la pasión no sólo se basa en alta cantidad de adrenalina.

Me senté en el umbral de la puerta apoyando mis descalzos pies de bailarina sobre la alfombra con dibujo de camellos adquirida en Termas de Río Hondo, Santiago del Estero. Mis zapatillas las deposité tapando parte del cielo en la colorida imagen. Observé a grandes rasgos la recepción aludiendo que, durante toda la infancia de Micaela, Gabriel y mía, hubo césped allí. Realmente es increíble la sensación de analizar lo mucho que puede cambiar un lugar que nos vio crecer y convertirnos en alguien diferente. La mesa que se utilizó para la Cena-Show de mi fiesta de quince, en diagonal al asador familiar, de ahí en más sería la mesa de entrada. No obstante su silla principal estaba vacía.

«Mi Escuela necesita una recepcionista» volví a pensar.

Miré por encima de mi hombro el interior del salón evocando la realidad de que cada albañil dejó una experiencia de vida en mí. Cada trabajador que puso sus manos, sus herramientas, sus maquinarias y su tiempo en aquella construcción, verdaderamente dejaron huellas de crecimiento en mi alma. No cabe duda de que toda persona que se cruza por el jardín de nuestras vidas es para impulsarnos a embellecer aún más nuestro cielo de ensueños. Mi Escuela de Danza estaba siendo el reflejo de aquello.

Inesperadamente escuché las patitas de Vainilla cruzando el puente. Caminó sobre las baldosas hasta arrimarse al umbral de la puerta en donde todavía permanecía yo sentada. Cobijé su peluda cabecita entre mis manos y, con ternura, la besé en medio de las orejas. Y a modo de devolución de cariño, comenzó a mover su blanca colita de un lado a otro sin parar. Recordé aquella mañana en que “por su culpa” mi ingeniero se desgarró la pierna. ¿Es posible que Dios posicionase en el lugar oportuno hasta a una mascota para que ningún detalle de su perfecto plan se escape de su divina voluntad? Realmente había tantos detalles especiales que el ponerse a considerar que a lo mejor no fueron casualidades, producía escalofríos.

«Si aun con mis caídas e imperfecciones tuviese la oportunidad de yo misma reescribir mi propia historia, no cambiaría absolutamente nada. Porque la historia personal que Él escribió desde antes de la fundación del mundo para cada persona, es exquisita cuando se la conoce» reflexioné detenidamente. «Dios moldeó tanto mi alma de mujer en estos últimos meses que de pronto el haber vuelto a dormir abrazada de un peluche como cuando era niña, no me avergüenza. Al contrario, me emociona».

Me levanté y pisé las delicadas y niveladas tablitas de mora deslizantes. Ya no podía distinguir cuáles habían sido mojadas por la llu-

via y cuáles no. ¿Será que las tormentas se comportan así? Se funden con las propias betas de la naturaleza y... las gotas de agua acaban moldeándose a la estructura. Caminé hasta el espejo principal comprobando con las plantas de mis pies que en verdad era el mismo suelo del escenario del *Teatro del Huerto*; pero claro, en menor medida por supuesto.

Eché mi cabeza hacia atrás y vi en lo alto de la pared aquel enorme certificado enmarcado. Añoré los abrazos que Verónica y yo compartimos aquel día en San Ramón de la Nueva Orán en donde toda mi aventura inició. Ya no guardaba rencor, las cicatrices en mis alas se habían cerrado por completo. Sin embargo era como si la empezase a extrañar... Ella fue quien me enseñó los primeros pasos en la danza. Ella fue mi mentora. Ella fue la maestra que rodeó mis caderas con sus manos cuando tuve diez añitos explicándome con amor y paciencia el porqué de cada nombre en cada movimiento.

«Vero tuvo un espacio en mi antiguo corazón que al final acabé oscureciendo. Pero ahora mismo sus recuerdos ocupan uno muchísimo más grande en el nuevo y limpio corazón».

Mentalmente agradecí por los momentos lindos y feos que me hizo vivir y padecer porque me formaron en la mujer de diecisiete años que estaba siendo. Seguiría sin entender por qué hizo lo que hizo conmigo, aun así Cristo nunca dejaría de conocer la sinceridad en mis sentimientos: «si pudiese cruzarme con ella por tan sólo cinco minutos le haría saber que la perdono. La abrazaría deseando que encontrase y sintiese a Dios de la misma manera en que lo hice yo. Porque al conocerlo, mis alas cambiaron al disponer de plumas muy pero muy especiales en colores. Y ese cambio se nota al pisar un escenario... un disfrute y un placer más allá del que cualquier bailarina está acostumbrada. Anhele lo mismo para vos, Vero. De verdad lo anhele».

Apoyé las palmas de mis manos sobre el espejo y analicé en el reflejo mis pupilas. Tenían vida, tenían brillo, tenían un especial encanto. Me recordaron a los ojos de Shanell por medio de las fotos en *Facebook* y, de repente, aludí sus palabras en mi mente: “Tiempo al tiempo, Mary. Ya llegará tu momento. Hacé lo que sientás”.

Rápidamente salí de mi Escuela, me coloqué las zapatillas y corrí hasta el interior de casa.

— Mica, ¿te molestaría prestarme tu *Biblia*? — pregunté no bien la encontré frente a la pantalla de su computadora, leyendo lo que parecían unos estudios hebreos bajados de Internet.

— Claro, Mary. Andá a buscarla. Está en la pieza, encima de mi velador.

No bien la tuve entre mis manos, regresé corriendo hasta mi Escuela como quien roba un alimento y no quiere ser visto ni descubierto por quienes les rodean; o por lo menos no hasta que el justo momento en el futuro por sí solo dé a conocer el brillo y la verdad que habías estado devorando.

Dejé mis zapatillas en la alfombra de entrada sin dejar de mirar con ilusión los globos amarillos que horas atrás había inflado y pegado sobre el arco de la puerta colonial. Apreté la *Biblia* con sus duras tapas contra mi pecho, sintiendo que no importaba que mi Escuela no estuviese avalada por la *Asociación Latinoamericana de Danzas* –conociendo y sabiendo que sólo se trataba de dinero y no de apoyo sincero–, cuando en definitiva ese salón estaba más que aprobado por el Rey del Universo. E incluso si algún día mis pensamientos dudaban de aquel divino aval, bastaba con amarrar un piolín a un globo, sujetarme de él e impulsar mi espíritu al viento hasta llegar al más lejano cielo y verificar que no se trataba de una mentira. Todo era real.

Finalmente ingresé al salón y apoyé la *Biblia* sobre mi derbake que se encontraba bajo una de las ventanas. Me molesté en dejar el libro abierto más o menos a la mitad con la intención de luego buscar dónde inicia el *Evangelio de Mateo*.

Agarré desde la barra para elongar mi caderilla allí colgada y, mientras me la ataba pensando cómo habría de ser mi rutina de ahí en más teniendo en cuenta que semanas atrás ya había dado rienda suelta a mis dedos sobre el teclado para experimentar así mi segunda vocación, de repente un extraño airecillo ingresó por todas las ventanas e hizo ondear las doradas cortinas. Era una frescura anticipada del otoño, mas cuando advertí en el reflejo de los espejos que unas cuantas hojitas de arroz, finas y livianas, bailotearon sobre el derbake, comprendí que no era cualquier cotidiano viento de estación.

Me senté frente al derbake y escuché el chasquido de las moneditas siendo aplastadas. El habitual sol de la hora de la siesta inundó con sus cálidos rayos el interior del salón a través de la ventana. Una de las dos carillas de la página de la *Biblia* se iluminó de una especial manera frente a mis ojos. Me atreví a leer lo que esta tenía escrita con tan pequeñitas letras:

“Todos nacen de padres humanos; pero los hijos de Dios sólo nacen del Espíritu.

No te sorprendas si te digo que hay que nacer de nuevo.

*El viento sopla por donde quiere, y aunque oyes su sonido,
no sabes de dónde viene ni a dónde va.*

Así también sucede con todos los que nacen del Espíritu.”

No supe por qué, pero los ojos se me llenaron de lágrimas al terminar de leer esas palabras. Había iniciado la construcción del mayor anhelo de toda mi vida con una sonrisa y, sin embargo, la estaba culminando con un llanto. ¿No debería haber sido al revés? Aunque bueno, teniendo en cuenta que el salmón va contra corriente, no había por qué alarmarse.

Aun así, ¿qué más podía depararme la vida por medio de mis pasiones? ¿Por cuáles otros cielos volaría? ¿Cómo serían los corazoncitos de cada una de mis alumnas? ¿Qué más me esperaba transcurrir?

Lo que Dios Padre Celestial escribió en el libro de mi vida, ¡eso es lo que me esperaba! Pero... ¿qué era exactamente?

Me puse de pie y le eché una miradilla al reloj en la pared. Caminé con confianza hacia el equipo de música mientras me dije:

— Estoy lista. Que empiece el show.

CONCLUSIÓN

– Lo pienso y lo repienso y... ¡no puedo creerlo! – exclamó una de las chicas.

– Con tantas cosas vividas, seguís acá... ¡más fuerte que nunca! – añadió otra de mis alumnas.

– Si tu testimonio de vida fuese proyectado en un cine, me levantaría de la butaca llorando y aplaudiendo en muchas escenas. ¡Sos realmente increíble, profe Maryam!

No pude expresar con un sentir más grande que no sea agradecerles con una enorme sonrisa lo que me estaban diciendo. Pronunciarles un “gracias a todas por escucharme”, era muy poco decir.

Percibí que Agustina, una de mis excelentes alumnas, además de haberse convertido con el transcurso del tiempo en una muy buena amiga, se levantó desde donde estaba sentada. Cuando estuvo a mi lado, se agachó nuevamente.

– Mary, me dejaste sin palabras... Me dejaste más que en claro las subidas y las bajadas en tu vida.

Al notar cómo conversaban entre sí las demás chicas sobre todo lo que les había acabado de relatar, la miré tranquilamente a Agustina por lo que me acaba de decir en voz baja.

– Ay Agus... – Agarré sus manos a modo de cariño antes de seguir – : me alegra que vos y yo seamos como un espejo en ciertos temas personales.

Me miró conmovida. Observé sus ojos con detenimiento. Ella clavó los suyos en los míos y, mientras se le resbalaban unas lágrimas, dijo:

– Además de ser una gran profesora, una gran bailarina, una gran persona y una gran amiga para mí, ¡sos también una gran luchadora! Tus cicatrices se encargan día a día de demostrar, enseñar y motivar a las personas que son parte de tu vida que por más que bajaste los brazos y caíste de rodillas en varios momentos, supiste cómo desde esa posición volver a ponerte de pie al recurrir a Dios. Recurrir a aquella Perfección que tanta gente suele ignorar.

Con semejantes palabras, me encontré a mí misma en una mar de lágrimas otra vez. Nos abrazamos con el bello objetivo de contenernos mutuamente ante aquel sincero sentimiento de empatía.

– ¡Ahora entiendo todo! – exclamó otra de las chicas dirigiéndose a sus demás compañeras y, a la vez, a mí.
– ¿Qué entendiste? – curioseó Agustina.
– El significado de los cuatro cuadros de ahí arriba. – Los señaló como respuesta junto a una honesta sonrisa.
– Me encanta la foto en la que estás con Shanell – comentó de repente otra de las chicas – , salen las dos muy bonitas.
– ¡La de ahí es Janaan, no es Shanell! – corrigió Agustina sin darme tiempo a comentar algo al respecto.
– ¿Pero y Shanell? ¿Por qué no hay foto con ella si es tu mejor amiga dentro y fuera de la danza?
– Recordá que sólo comparten virtualmente – rememoró otra de mis alumnas.

Riendo, les negué a todas con la cabeza.

– Mi foto con ella la tengo enmarcada en mi dormitorio.

Asombradas, las preguntas no dejaron de emerger:

– ¿Se vieron personalmente?

– ¿Cuándo?

– ¿Cómo?

– ¿En serio es posible tener una amistad sincera a la distancia?

Me encogí de hombros y, todavía sonriendo, les respondí:

– Esa es otra gran y larga historia...

– La noche es larga también – dijo con entusiasmo una de las chicas.

– Maryam, ya son las nueve – avisó de repente mi mamá al arrimarse a la puerta principal – . Ya están llegando algunos padres a buscarlas.

– Sí, ya casi terminamos – le informé – . Les digo una última cosa a las chicas y ya van a la recepción.

Mis alumnas me miraron expectantes. Nunca me habría de surgir la duda de que todo en mí siempre lo analizaban: mis gestos, mis palabras, mis silencios, mi maquillaje, mi modo de vestir y mis conductas.

– ¡Hermosas mías! Si tienen problemas – me fue inevitable cruzar una peculiar mirada hacia Agustina – nunca pero nunca tengan miedo de hablar con alguien. Sea arriba de un escenario o, más aún, ¡abajo de él! Sepan que no hay nada de qué avergonzarse. Créanme, la única vergüenza es perderse en la vida.

Y como para ultimar detalles, acabé con unas últimas palabras:

– Tengan siempre presente que la esencia de la vida en esta

Tierra se asemeja a una propia coreografía de baile: Podemos esperar sentadas tras una ventana viendo cómo la tormenta termina para recién salir a bailar. Podemos abrir la puerta y bailar bajo esa lluvia enfrentando cada gota y cada charco. O podemos intentar enseñarle a aquella tempestad a danzar con nosotras mismas.

»Si escogen la primera opción, le estarían soltando la mano a lo que aman. Si escogen la segunda, estarían siendo fuertes habiendo dejado el miedo de lado. Pero si escogen la tercera opción, sepan que seguirían siempre bailando con la seguridad de que no solamente verán otra vez al sol resplandecer, sino que también Cristo las sorprendería con un arcoíris. Así lo hizo conmigo. Así que nunca olviden en el escenario de sus vidas lo que con lágrimas y sangre aprendí en mi escenario:

*“No hay que perder nunca la fe en DIOS.
Los mejores comienzos llegan después de los peores finales”.*

EPÍLOGO

Si mal no recuerdo, tendría siete u ocho años cuando por primera vez escuché la expresión “tal libro fue escrito a cuatro manos”. De inmediato pensé que aquello significaba que el autor se cansaba de escribir y entonces usaba guantes especiales para aflojar los dedos. También pensaba que quizás el escritor se hartó de su novela y entonces buscaba a otra persona para que se la terminase de redactar en cuenta suya. Lo tengo que admitir: ¡la inocencia en la niñez se pasa de bonita la mayoría de las veces!

Hoy por hoy no sólo sé muy bien lo que ese hecho significa sino que también lo puse en práctica al experimentarlo con todo el proceso en esta segunda novela. Fue una aventura grandísima. Nunca me hubiese imaginado la desmedida felicidad que se halla escondida al compartir ideas, planteamientos e imaginaciones con otro escritor. Pero al mismo tiempo tengo que ser honesta y admitir que fue duro el proceso. Al desnudar con tanta transparencia mis pensamientos hacia alguien y, al mismo tiempo, que ese alguien desnude y exponga los suyos conmigo, hizo que todo se convirtiese en algo tan íntimo que muchas veces se tornaban agotadoras las horas de planificación de los capítulos y, posteriormente, las horas de escritura.

Cuando escribí “*Danza, pasión y lágrimas...*” las decisiones, creaciones e ideas las realicé por mi propia cuenta; mas con “*Danza, pasión y sangre*” las razoné y debatí con mi coautor antes de escribirlas. Siempre quedarán muy bien guardaditas en mi espíritu todas aquellas charlas a la madrugada con mi compañero de escritura, cuando en medio del placer nocturno por el silencio de un mundo dormido, la hora de mi tentempié llegaba e iba por mi chocolatada *Nesquik* y mi paquete de galletas *Chocolinas* para hacer feliz a mi estómago tanto como mi mente se abastecía de felicidad por continuar compartiéndole mis ideas para la novela.

No obstante, debo reconocer que al principio no quería aceptar sus opiniones ni sus críticas constructivas, y no precisamente porque no me gustasen sino más bien porque como mi cerebro ya venía programado para escribir sola, me costó tiempo romper con ese terco esquema mental en mí. Un increíble y majestuoso escritor estaba a mi lado diciéndome “¿Puedo escribir con vos, querida Maricel?” y no le di el “Sí, escribamos juntos” hasta que no entendí que ya era el momento de animarme a dar ese especial vuelo para averiguar qué es lo que hay más allá del horizonte. Ahora ya lo sé, mi coautor me lo mostró y ense-

ño todo. Y si digo que el paisaje es exquisito, siento que estoy en deuda porque en definitiva estoy diciendo muy poquito.

El hecho de que esta segunda parte de la historia de Maryam Dimín (a quien tanto cariño le tengo, dicho sea de paso) se atrasase cuatro años desde el lanzamiento de la primera parte, fue por mi propia culpa. Porque entre mis idas y vueltas de pensamientos, mi coautor continuaba esperándome a que tomase una decisión, a que le diese una respuesta. Amo y agradezco la paciencia que me tuvo durante todo este tiempo repleto de preguntas, llantos, dudas, sonrisas y sueños en mí. Así mismo agradezco también a los fieles lectores que sé que esperaron con calma la continuación. Ruego para que en la tercera y última parte de la historia de Maryam no reaparezcan en mí, como escritora, nuevas inquietudes que me hagan otra vez parar.

Mi compañero escritor quiere seguir trabajando a mi lado (y honestamente yo tampoco quiero que me deje sola) así que de seguro los procesos complicados, pero disfrutables al mismo tiempo, seguirán presentes tanto como los desacuerdos imaginativos en la narración que supimos sobrellevar con mucho amor a lo largo de toda esta novela. Y como bien lo habrás notado, en la portada sólo aparece mi nombre y mi apellido. Y no, no es que el coautor de *"Danza, pasión y sangre"* sea tímido y haya optado por quedar como anónimo. ¡Para nada! Simplemente me pidió que revelase su identidad de una manera diferente... con el deseo de que cada lector/lectora lo descubra con perspicacia. Pero si no sabés cómo descubrir su identidad, lo diré de todas formas. El coautor es mi Mejor Amigo. Su nombre es Yahshua. ¡Ups! Ya volvimos a entrar en desacuerdo otra vez. Por favor no te molestés conmigo, Yahshua, ya te dije que por tener un nombre tan único y bonito ¡me es imposible no teclearlo!

Salta Capital - Argentina
Julio 2019